VIDA DE SAN JUAN DE LA CRUZ

VIDA

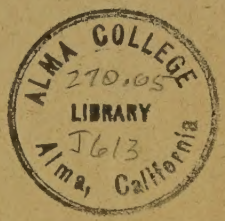
DE

San Juan de la Cruz

POR

FR. JOSÉ DE JESUS MARÍA, C. D.

TERCERA EDICIÓN



BURGOS — 1927

TIPOGRAFÍA DE «EL MONTE CARMELO»

28373

Nihil obstat

Natalius Sarasa, censor.

Imprimatur:

Burgis 30 Martii 1927.

† PETRUS, Archiepiscopus Burgensis.

De mandato Excmi. ac Rvmi. Archiepiscopi,
Domini mei,

Lic. Alexander Saldaña, canc. Srius.

Imprimi potest:

Victoriae 29 Martii 1927.

Fr. Ezechiel a S. C. Jesu,
ex deleg. R. Ad. P. N. Praep. Gen.

AL LECTOR

Si todos los héroes del cristianismo, a los que, con el más excelso título que hay en la tierra, apellidamos los Santos, pueden en justicia blasonar de haber con sus acciones y doctrina ejercido la más alta influencia en el mundo de las almas, siendo los maestros y guías de la Humanidad en el camino que conduce a la eterna bienaventuranza; por manera particular ostenta tan glorioso timbre el seráfico Reformador del Carmelo, el Príncipe de los Místicos, el nuevo Doctor de la Iglesia Universal, San Juan de la Cruz. Su vida portentosa, sus esclarecidas virtudes, sus celestiales escritos le han granjeado puesto muy honroso entre todos los Santos.

En pleno siglo de oro de la Iglesia española, cuando ésta se mostraba a la faz de las naciones ataviada con innumerables hijos, cada uno de los cuales bastara a inmortalizarla, San Juan de la Cruz por su santidad, genio y sabiduría descuella grandemente entre legiones de sabios y de santos, constituyendo una de las más originales y sublimes figuras, no ya de España, sino de todos los pueblos y edades.

Como prosista, forma época en aquella tan gloriosa para su patria, que imponía su idioma a dos mundos; como poeta, ocupa el primer puesto en nuestro parnaso por sus canciones, que, en expresión de Menéndez Pelayo, «no parecen de hombre, sino de ángel»; y por su ingenio remóntase a las cimas del saber, mereciendo que se le apellidara milagro de genio,

> Pues en él, aunque fué un hombre,
> se ve una Universidad,

según escribió su discípulo, el clásico Jerónimo de Alcalá; y como escritor ascético-místico, obtuvo, después de su muerte, tanta autoridad, que «los expositores de la ciencia sagrada y los Santos—testifica el Breve pontificio de su doctorado—, constantemente le han reconocido por maestro de la piedad y de la santidad, y a sus escritos han acudido a beber, como en purísima fuente del sentimiento cristiano y espíritu de la Iglesia, las sentencias y argumentos de las materias espirituales que trataban»; escritos que han venido a formar como el código y escuela del alma fiel que anhela llegar a la cumbre de la perfección cristiana. En una palabra, S. Juan de la Cruz era, según le llamaba quien tan a fondo le conocía, su santa compañera, la virgen de Avila, Teresa de Jesús, «un hombre celestial y divino», ya por sus acciones, que forman una de las vidas más bellas y heroicas de la agiografía de todas las épocas, ya por sus maravillosos escritos, «henchidos, a juicio de la Iglesia, de sabiduría celestial».

Alma de tan relevantes méritos y escritos, totalmente trasformada en Dios y puesta en su Iglesia para, con su prodigiosa vida y divinas enseñanzas, servir a todos de modelo y guía, así en los comienzos de la virtud, como en las más sublimes vías de la santidad, no podía menos de solicitar muchos y excelentes ingenios que empeñarán sus plumas en la nobilísima y benemérita tarea de ilustrarla a los ojos del mundo y trasmitirla a las futuras generaciones. El Venerable carmelita P. José de Jesús María, contemporáneo del Santo, primer historiador de la Reforma Teresiana, fué el primero que puso manos a la obra de dibujar y sacar a luz la bellísima figura del Reformador del Carmelo, del seráfico San Juan de la Cruz.

Varón de muy peregrinas dotes, muchas e insignes virtudes, según lo acreditan sus numerosos y profundos escritos, lo ponderan los historiadores de la Reforma Teresiana: Fr. Francisco de Santa María (Crónicas de la Orden, t. II, l. VII,

c. 11, n. 6) y Fr. José de Sta. Teresa (t. IV, l. XVII, c. 25), y lo verá el lector, a continuación de estas líneas, en la *Noticia* puesta por el P. Juan de la Resurrección, a modo de prólogo, al frente de la segunda edición de la presente obra, era sujeto como cortado para dignamente celebrar con su pluma las virtudes, sabiduría y espíritu de su Santo Padre Juan de la Cruz.

En verdad, nadie más apto que el Padre José de Jesús María para trazarnos la Vida del Santo con tanta honra del biografiado como provecho de las almas que la leyeren. Si las historias de los Santos —alega el atildado autor del Genio de la Historia—, «sólo otros Santos debían escribirlas, ya porque sólo ellos dan, con la excelencia de su vida, cumplida autoridad al testimonio de su pluma, ya porque de la virtud y santidad aquél siente y habla mejor, que más digna y heheroicamente la ejercita, y ya, finalmente, porque sólo el que agrada al Padre de las lumbres, alcanza lo que necesariamente se requiere para conocer y escribir las virtudes y ejemplos más ilustres de sus siervos», ¿quién tan autorizado para pintarnos al Santo Reformador del Carmelo y describirnos los diversos estados de la vida espiritual por los que fué subiendo hasta la trasformación en Dios, como aquel devotísimo hijo suyo fray José de Jesús María, que tan perfectamente se asimiló la doctrina mística del Santo y tan de cerca le siguió en sus raros ejemplos de todas las virtudes?

Sobre este subido y precioso fundamento del Padre José asentaban otras grandes prendas y conocimientos de varia erudición teológica, dogmática y mística, por los que tan aplaudido fué de los doctos de su tiempo, hasta el punto de ser su ciencia calificada de infusa por cuantos conocían su vida y leían sus escritos.

Para llevar a cabo la Historia de San Juan de la Cruz, sólo le faltaba allegar los respectivos materiales, y a este intento, cuando apenas había trascurrido un lustro de la muerte del Santo, discurrió por las provincias y lugares santificados

por sus virtudes, donde tan fresca se conservaba su memoria, e informóse minuciosamente de los que le habían tratado y convivido con él, adquiriendo así riquísimo tesoro de noticias auténticas con que levantar el edificio de la Historia, recibida después con universal admiración.

No intentamos parangonarla con las diferentes «Vidas» de San Juan de la Cruz que han ido saliendo a la luz pública en España y otros países, para apuntar las ventajas que lleva a las demás, y tal cual deficiencia que bajo algún aspecto la pudiera hacer inferior a otras obras del mismo argumento; bástanos asegurar, con el cronista José de Santa Teresa («Crónicas», t. IV, l. XVII, c. 25, a. 7), en elogio del autor y, consiguientemente, en alabanza de la obra, que por su vasta erudición, óptimo estilo y acertada disposición «pudiera honrarse el Santo con tal escritor, si fuera capaz de ello».

Sobre todo, merece singular loa y ponderación, y la palma entre todas las demás Vidas por el carácter histórico-místico de que la reviste su autor poniéndonos ante los ojos no ya las heroicas acciones, virtudes y santidad del extático Padre, mas también los principios y doctrinas místicas por que se regía el Santo en la práctica de la virtud, y las diversass etapas de su espíritu en el camino de la contemplación y unión divina hasta llegar a la trasformación amorosa en el Esposo Divino de las almas, el Hijo de Dios, en conformidad siempre con lo que el gran Doctor de la Mística nos dejó escrito en sus admirables libros, y apoyándose de continuo en la doctrina de otros Santos, especialmente en el llamado «Areopagita», Santa Teresa de Jesús, y con más particularidad en Santo Tomás de Aquino, en cuyas obras se hallaba el Padre José tan versado, que apenas toca una cuestión cualquiera o asienta una afirmación, que no la confirme con la autoridad del Angélico Maestro. Así verifica cumplidamente el autor el título que había puesto a su obra: «Historia de la vida y virtudes del Venerable Padre Fr. Juan de la Cruz, con declaración de los

grados de la vida contemplativa por donde Nuestro Señor le levantó a una rara perfección en el estado de destierro, y del singular dón que tuvo para enseñar la sabiduría divina que transforma las almas en Dios», dándonos, a la par que la historia de San Juan de la Cruz, un acabado tratado de la vida espiritual y de la divina contemplación hasta los más altos grados de la unión con Su Majestad, ilustrando de esta suerte el entendimiento del lector en la parte historial del Santo y en las vías místicas, e inflamando la voluntad en deseos de las virtudes, de la contemplación y de la más heroica santidad.

La primera edición de esta Historia salió de las prensas en Bruselas, el 1628, dedicada a la Princesa Clara Eugenia, sin noticia de su autor, faltándole su corrección, así como la revisión y licencias de los Superiores de la Orden. Al fin de ella va una tabla de lugares místicos y escolásticos, de ciento cincuenta y una notas, correspondientes a otras tantas indicaciones hechas al margen de las páginas, cuyo objeto es alegar las palabras textuales de los autores citados, confirmar o declarar la doctrina expuesta en la obra.

La segunda edición, corregida, aunque no cuanto fuera de desear, publicóse en Málaga, el 1717. La portada, en estilo muy conforme a la época, reza así: «Hechos heroycos de la portentosa vida y virtudes de N. Seráphico y glorioso Padre S. Juan de la Cruz, Doctor Mystico y Seráphyco, primer Descalzo Carmelita. Práctica enseñanza de sus acciones, de lo mesme que doctrinó en sus escritos. Doctrina acreditada con obras que de la divina contemplación delineó su pluma. Elevada de rarísima perfección, que adquirió en el estado de el destierro; donde le fué concedido el dón singularísimo de enseñar, obrando la Sabiduría divina, que transforma las almas en Dios, que historiando la vida de N. primero P. expone y declara su amantísimo hijo y v. P. Fr. José de Jesús María».

Las notas que la primera edición llevaba al fin, ésta las coloca al principio.

En la presente edición se introducen algunas ligeras modificaciones en la obra del Padre José, dada a los tórculos, según queda indicado, sin el aviso ni corrección del autor.

En cuanto al lenguaje, damos al Místico Doctor el título de Santo con que no podían designarle las ediciones anteriores, y se corrigen frases sin sentido. Respecto de las notas, como su doctrina de ordinario se expone íntegra en el cuerpo de la obra, aunque no con las mismas palabras de los autores acotados, nos ceñimos a indicar el lugar de la cita, con lo cual se provee suficientemente al curioso lector, que así sabrá dónde acudir, y se aligera la lectura para el que no busca la cita textual de los autores. Pocas excepciones hacemos, trasladando al márgen algunas notas por amor de la doctrina mística que contienen. Otras, cuyo fin era ilustrar materias escolásticas, que se tocan de paso en la Vida, y que nada le quitan ni añaden, quedan suprimidas. Omítese también algún punto o apreciación del autor menos conforme con la crítica moderna, y se anotan brevemente algunas aclaraciones interesantes en esta Historia.

Que el glorioso Doctor de la Iglesia San Juan de la Cruz bendiga esta su Vida, y haga que contribuya a difundir más y más su espíritu en las almas.

FR. SABINO DE JESUS, C. D.

Burgos, 1 de enero de 1927.

NOTICIA HISTÓRICA
DEL V. P. JOSÉ DE JESUS MARÍA

A aprobación divina no se merecieron los escritos, si con lo heroico de las virtudes no se la granjearon sus escritores. Fué esta verdad autorizada de Plinio, en su pluma, regida con las escasas luces de la naturaleza, y con las superiores de la gracia nos la doctrinó el Autor de la vida; para que la del escritor católico resplandeciese obrando, antes que su mano fuese aprobada escribiendo.

Vivió lucido entre las sombras de la oscura noche del padecer San Juan de la Cruz; y entre los quebrantos del penar, gozó las primeras luces de la prensa esta descripción de su admirable y portentosa vida. Su venerable historiador no quiso serle menos semejante padeciendo, cuanto fidelísimo imitador suyo historiando. Preciosa lámina de lo que obró mi Santo Padre, fué lo que su pluma nos dejó escrito, como luz del mundo; y espejo el más puro, donde se admiran los talentos más bien logrados de virtud y sabiduría del Cielo, la historia que nos franquea los aciertos del primer historiador del Carmen reformado. Salen hoy a lucir repetidos, sin las sombras de ignorarlo su dueño. En lo profundo de su humildad se ahogó la pena, que no pudo merecer su ignorancia invencible, y de su mérito obligada mi Religión, no sólo gustosa ofrece su permiso, sí me precisa, con superior mandato, a que se repita la prensa en sus tareas, para que se publiquen las de la preciosa vida y muerte de nuestro primer padre, y las de nuestro autor se manifiesten, y que yo no sabré ponderar, porque cabalmente no puedo conocer. A los propios, que en su tiempo pudieron adecuar el concepto, dijo un extraño, tan desapasionado como docto y verídico, al leer su Teología Mística: «Vuestras Paternidades no conocieron a aquel religioso; en el catálogo de los mayores y más iluminados había de estar su nombre; porque su ciencia no fué de la tierra, sino del Cielo» (Cf. Francisco de Sta. María, «Crónicas del Carmen», t. 2, lib. 7, capítulo 11, núm. 6). Al tiempo que se publicó un libro, trabajo de nuestro autor venerable, se oyó este elogio de su celestial talento. Y

ahora que esta obra se publica, tan propia de sus manos, me precisa la obligación de darle a conocer en breve epílogo de sus gloriosos hechos.

Nació para los más heroicos, sigilado con los esmaltes de gracia y naturaleza. Esta le franqueó el clarísimo origen de la ilustrísima casa de los Quirogas, y si el filósofo definió lo esencial de la nobleza por lo esclarecido de los progenitores, de éstos las superiores luces fabricaron el asiento más propio a los lucimientos de la virtud. Para ésta es la más propia disposición, la más lustrosa progenie. Crió Dios a don Francisco de Quiroga (éste fué su nombre en el siglo) para luz del mundo, y le dispuso lucido su nacimiento para realzar su esplendor con las superiores luces de la gracia.

Y así como ésta le previno para las virtudes cristianas y religiosas, así fué misteriosa prevención de su eficacia padeciese en sus tiernos años la orfandad de sus ilustrísimos padres, Alvaro Enríquez de Quiroga y Mayor Arias de Quiroga, por anticiparle a los gozos de la adopción divina; cuya providencia, tan cariñosa como sabia, dispuso no le faltase lo indispensable de la humana, en un deudo, don Andrés de Grada, secretario de Felipe II y III, en el real Consejo de su estado. Y en otro eminentísimo tío y senor Cardenal, Don Gaspar de Quiroga, Arzobispo de Toledo. El primero le crió como a hijo, y le aplicó al estudio de las primeras ciencias; y el segundo reconociéndole primero aprovechado, científico y virtuoso, antes que pariente y consanguíneo, le confirió por benemérito una de las prebendas de su Santa Iglesia y otras copiosas rentas eclesiásticas, para que le hallaron digno la razón y justicia.

Las cuales admitió y administró con tal moderación, que ni ellas ni la esperanza de otras mayores, que el favor de su eminentísimo tío le prevenía, llenaron el vacío de su corazón, desembarazándole su desengaño de todos los afectos del mundo, para satisfacerle con lo precioso de la pobreza y desprecio de todo lo terreno. Con esta madurez y atención procedía, cuando llegó a sazonarse del todo con el golpe de la muerte del Cardenal, su tío; y meditando lo sentencioso del melífluo Bernardo, lo reconoció ejecutoriado en lo fatal de una vida que no hicieron exenta ni la sabiduría, ni las riquezas, dignidades, ni lo ajustado de sus acciones.

A cuya vista decretó componer las suyas en la seguridad del religioso estado. Eligió el de Carmelita Descalzo. Pretendió el santo hábito en el convento de Madrid, donde fué admitido, día de la Purificación de Nuestra Señora, del año de 1595. Día tan memorable a

su agradecimiento, que en su memoria no llegó a borrarse el carácter que su estimación en ella dejó impreso. Felicísima serenidad gozó su alma después de los días nebulosos del siglo, en el día que la mejor Aurora le sacó de la miseria laboriosa del mundo. Así él mismo lo confiesa en el libro que su obsequioso reconocimiento nos dejó escrito, de la vida de su bienhechora y Señora nuestra. «Y aunque para todos los fieles es feliz este día, para mí, dice, por particular razón es felicísimo; pues en él quiso la piedad divina sacarme de las tinieblas del mundo, y después de tan larga paciencia, como mostró de mis pecados, llamarme a su casa con vocación tan gloriosa, como hacerme hijo adoptivo de su madre». Llegó el tiempo en que se explicó la piedad divina, premiando con la mayor gloria la orfandad humana.

Tan de veras volvió al mundo todo lo que el mundo le había conferido, que hasta el nombre de don Francisco de Quiroga mudó en el de Fr. José de Jesús María, alistando en el catálogo de los hijos de esta Señora y madre. Como verdadero hijo suyo, le correspondía con las obras de su devoción más fervorosa. Esta le dictó el libro de sus excelencias y vida, ilustrado de soberanas luces, y sin ellas no pudo escribirle, como él mismo, obligado de la obediencia, lo confesó a nuestro Reverendo Padre fray Jerónimo de la Concepción, General que después fué de la Orden. Porque habiendo sido sus primeros estudios, en Salamanca, la facultad de Sagrados Cánones, y no siendo de profesión teólogo, disputa y resuelve puntos los más difíciles de Teología Sagrada y Escritura Divina, causando admiración a los mayores teólogos, y atribuyendo éstos a ciencia infusa la que sus doctrinas manifiestan. (Así lo afirmaron los catedráticos de Alcalá: Doctor Merino, Fr. Juan González, Fr. Lorenzo Gutiérrez y el Doctor Miguel Vargas).

Desde el noviciado, se manifestaron sus talentos venciendo a su desvelo en ocultarlos. Conocidos y admirados de los religiosos, le dieron la profesión a 11 de febrero del año de 1596, cumplidos los treinta y tres de su edad; y siendo ya sacerdote y muy consumado en los estudios de Salamanca, a los dos años de profeso le juzgó muy proporcionado nuestro muy Reverendo Padre Fr. Elías de San Martín para el empleo de General Historiador de la Orden, cuando en toda ella se deseaba ansiosa sujeto con el lleno de letras, virtud y celo religioso, que con acierto redujese a la historia los hechos particulares y comunes, que había fructificado de María Santísima

el amenísimo Carmen, con el cultivo de su amada hija Santa Teresa, en su Reforma.

El mayor apoyo y confirmación de las elecciones son los aciertos de los electos. Aciertan los electores cuando los elegidos llenan la ocupación para su desempeño y de los que en ella le colocaron. Acreditó esta verídica máxima nuestro historiador electo, y como el primero en tan noble ejercicio, que tan verídicas pide las noticias, sin perdonarse al trabajo, discurrió de la Orden todas las provincias, dejando en todas ellas impreso su nombre con la tinta de su buen ejemplo. Volvió abundante de preciosos materiales, para erigir la excelsa fábrica de la historia de su encargo, dejando muchos en el depósito de cuantos le admiraron en esta jornada, para fabricar crecido volumen de su ejemplarísima vida; y habiendo cumplido con lo preciso para el cumplimiento de su obligación historial, cumplió con sí mismo, satisfaciendo su deseo, al retiro de una cláusula religiosa. Eligió la del convento de Madrid, donde vivió tan a oscuras del bullicio de aquella Corte, como si estuviera en las quietudes y soledades de un yermo. Estrenó su pluma en la materia de su angélica inclinación a la pureza, con tan eficaz impulso, que trabajó en este tiempo cuatro crecidos tomos de las excelencias de la castidad: obra muy propia de angélicos vuelos, desmintiéndose humano en sus escritos, el que en la realidad era quebradizo y terreno.

Fueron tantos los que trabajó su pluma, que afirma su inmediato sucesor y el más verídico cronista, nuestro Venerable Padre fray Francisco de Santa María (tom. 2, lib. 7, cap. 11, núm. 6), excedieron al tiempo que gastó en escribirlos, siendo su continuo ejercicio de su pluma el empleo. Pues aunque la Religión le marcó por capacísimo de las prelacías, sólo pudo vencer su repugnancia para el oficio de prior del convento de Toledo. Y como a él mismo le gobernaba su desengaño, le gobernó con tanto acierto, que fué su gobierno milagroso. Se le quejaba el hortelano de que, por la falta del agua, ninguno de los árboles que le mandaba plantar, prevalecía: a que le respondió lleno de fe, haciendo prueba de la obediencia del súbdito: «Vaya, Hermano, vuelva a la huerta, busque agua, y no me vuelva sin ella» (Fr. José de Santa Teresa, tom. 4, lib. 17, cap. 25, núm. 4). Obedeció sin discurso, y cavando entre unas peñas, a pocos golpes, saltó una fuente de agua tan dulce y saludable, que milagrosa dió salud a muchos enfermos. Con estas maravillas y el ejemplo de sus virtudes, se hizo amabilísimo a propios y extraños; y sólo él desapoyaba su gobierno, gimiendo con el peso de gobernar

a otros. Concluído este oficio, se negó del todo a otro cualquiera de prelado, entregándose a su primer empleo de historiador ejemplarísimo.

Y para lograrlo con sazonados frutos, pidió su residencia en el colegio de Alcalá de Henares. En este insigne seminario de virtud y letras, resplandeció para todos su ejemplo de pobre, retirado y humilde, que le veneraban con la estima y veneración de Santo. Aquí salió vencedor su desengaño, de haberle elegido prior de la casa de Madrid, con las poderosas armas de súplicas y lágrimas que derramó a los pies del General y Definidores, que a su elección habían concurrido, y dándose éstos por vencidos de su humildad, le permitieron gozase el amado retiro de su celda.

En ella el más gustoso y más bien empleado en lo historial y místico cohabitador del cielo, contempló lo divino, para comprender y escribir con acierto elevado los hechos y sucesos humanos. Practicaba su alma lo que para utilidad de muchas escribió en este tiempo en varios y místicos tratados. A San Dionisio Areopagita y al Doctor Angélico consultaba en sus dudas, y cuando alguna se le ofrecía, cerraba el libro, y puesto en oración, salía de ella del Señor ilustrado y con la enseñanza para vencer fácilmente las mayores dificultades. Otras veces sentía en su interior un impulso, como que le decía: «Acude a Santo Tomás, y en tal cuestión y artículo hallarás la resolución que deseas». Y así su experiencia lo acreditaba. Ciertos de estos principios los hombres más graves, espirituales y doctos de aquel siglo, llegaron a inferir que la ciencia del Padre Fr. José era celestial e infusa.

Para esta sabiduría del cielo tuvo por el más propio y especialísimo maestro a San Juan de la Cruz, nuestro Padre, de quien fué fidelísimo imitador, el más devoto y aficionado, y su retrato tan semejante, como ya dejamos dicho, que es precisa de un lince la perspicacia, y del estudio la aplicación más cuidadosa, para distinguirle de su original. Este fué de Cristo Crucificado perfectísima copia, y de ambos el más propio dibujo, Fr. José de Jesús María, obrando y padeciendo. La devoción ardiente a nuestro Místico Doctor y primer Padre de nuestra Reforma, con el ansia de muchos sus devotos por ver escrita su vida, satisfizo, escribiéndola con tan igual satisfacción de propios y extraños, que en un todo parece quedó satisfecho su deseo. Muchos han escrito la vida de mi Santo Padre, pero ninguno excede la que ahora se repite a la prensa. Todos historiaron sus virtudes sin extenderse a la explicación de la mística

enseñanza: la doctrina que se halla extensa en sus libros, nos la explica nuestro autor practicada, discurriendo del Santo la vida, y en consecuencia de lo ponderado (sin que parezca exceso de la ponderación), la propia vida de nuestro Venerable Fr. José trasladó su pluma en las planas y líneas de este libro, equivocándose con el objeto de sus laboriosas tareas.

Estas le hicieron singularísimo en los trabajos. Y si como el Doctor Angélico vió al seráfico Doctor San Buenaventura escribiendo la vida de su Santo Patriarca, el serafín Francisco, hubiera visto a nuestro Venerable Fray José escribir la de San Juan de la Cruz, su primer Padre, discurro piadosamente, dijera con la debida proporción: «Sinamus Sanctum pro Sancto laborare»: dejemos al Santo, que por otro Santo trabaje; mas con singularísima disimilitud. Escribir de los Santos las vidas, no hay duda es dulce trabajar; mas que, después del actual trabajo de escribirlas, por haberlas escrito, al escritor se ocasionen mayores trabajos, no siendo culpables sus escritos, y siendo sus doctrinas las más saludables y plausibles, es de lo raro, y que sólo reservó la providencia divina para la tolerancia, humildad, obediencia, silencio con el cúmulo de las demás virtudes del primer Descalzo historiador Carmelita.

Digamos el suceso, para que se reconozca lo acrisolado de lo virtuoso y santo. Con los motivos referidos trabajó la vida de su místico Maestro con tan acertado estilo, que respecto de otros sus escritos, se excedió a sí mismo. Por su devoción y por su aprovechamiento, así manuscrita, se la pidió un primo suyo, canónigo de Toledo. Y habiéndola leído, juzgó con engaño lisonjearía a la Religión y a su autor si se la volvía impresa. Para la más breve ejecución de su intento la despachó a Flandes. Y llegando a manos de la Serenísima señora Infanta de España, Doña Isabel Clara Eugenia, se halló con el tesoro que su devoción y grandeza mucho antes había deseado. Y para que al bien público se participase, mandó al reverendísimo Padre Maestro Fr. Crisóstomo Enríquez, cronista del Sagrado Orden de San Bernardo, que a expensas de Su Alteza tomase el cuidado de imprimirla. Y fué tan puntual su obediencia, que el año de 1628 gozó las primeras luces de impreso. Cuando le vió la Religión sin la de su permiso, formó el justo sentimiento correspondiente a su derecho y autoridad; y juzgando se hallaba ésta vulnerada, aunque no menos atendida de la humildad del Padre Fr. José, en quien no presumió positiva cautela o malicia, para que la de otros no quedase ejecutoriada con el disi-

mulo, viéndose el nombre de un súbdito suyo en la primera plana, y en ninguna las licencias de los prelados, hizo la demostración de quitarle los papeles todos, privarlo del ejercicio de historiador y darle la penitencia del retiro en el convento de Cuenca.

Admitió gustoso, y como obediente el más rendido, el precepto de los superiores. Aquí resplandecieron sus virtudes en el grado supremo, dando nuevo crédito y esplendor a las doctrinas de su pluma. Esta fué la piedra de toque donde manifestó sus quilates, la pobreza más desasida de lo humano, en el silencio más profundo, en culpa. De este crisol salió manifiesta la mayor fineza del amor divino, del propio aborrecimiento, de la negación a todo lo terreno, y ansia insaciable a lo celestial y eterno, que todo lo cifraba en la pobreza más desasida de lo humano, en el silencio más profundo, en el retiro más abstraído y en la total entrega que a Dios tenía hecha de su alma y potencias, ejercitadas toda su vida en la contemplación de lo soberano, con el desembarazo y vicio de lo caduco y perecedero. Así le halló prevenido este golpe, y aun afirmó su confesor le previno el Señor con superior aviso antes que llegase, asegurándole Su Majestad no era castigo de los hombres, sino misericordia suya, para que lograse la última disposición con tanto mérito, para recibir la corona.

Bien guiado de su ciega obediencia, llegó al convento de la ciudad de Cuenca, y tan asistido de superiores e infalibles noticias (como las calificaron los efectos), que saliéndole a recibir el Padre prior, le dijo: «Yo vengo a morir, Padre nuestro, y a que Vuestra Reverencia me entierre en su casa». Esperaba gozar en breve las eternas moradas. Y caminando a ellas con el fervor de su adelantado espíritu, le purificó más en el sacramento de la penitencia con una confesión general. La pureza de su alma le hizo el más puro de todo lo sensible. Fué amantísimo de la castidad, y para que todos de corazón la amasen, explicó el suyo en cuatro tomos que, como ya se ha insinuado, nos dejó escritos de esta celeste y angelical virtud. Purificado con ellas y con la eficacia de los sacramentos de la Iglesia, sintió su cuerpo las pensiones de nuestra mortalidad, hallándose de repente tullido de pies y manos, y levantando las de su alma al Criador, le dió gozoso las gracias porque se acercaba al fin de su destierro.

Padeció en el espacio de dos meses, aprisionado en la cama con los grillos del accidente repentino, intensísimos dolores, con tal sufrimiento, que ni el menor ay pronunciaron sus labios; ni la más leve

queja formó su sentimiento de hallarse penitenciado sin culpa. Por gravísimas ponderaba las suyas, pidiendo perdón al Señor con fervorosos actos, que prorrumpió su espíritu; y cierto de la hora en que le había de entregar en sus manos, la indicaron sus palabras, verificadas con el lastimoso suceso de su muerte. Llegado el día 13 de diciembre, víspera de nuestro Padre San Juan de la Cruz, dijo al Padre prior no le faltase a las cinco de la tarde de aquel día, hora en que había de padecer el batallón más fuerte y rigoroso. A las tres de la misma tarde, ofreciéndose al Padre prior ocasión precisa de apartarse de su vista, le dijo: «A Dios, Padre nuestro, a Dios». Bajó el prelado a recibir al señor Obispo, cuya atención le apartó del enfermo, y también por haberle hallado el médico poco antes con tanto aliento, que aseguró había enfermo para dos meses; mas aún no bien había llegado el prior a la portería, cuando avisado de un cruel parasismo que le sobrevino, volvió a darle la extrema-unción, y durando su vida hasta las cinco de la tarde, la terminó gloriosa, dando el primer golpe el reloj del convento. Llegó la hora para ser glorificado, según cree nuestra piedad. Llegó la hora en que se desvanecieron las sombras del padecer y se esparcieron del gozar los resplandores. Se cumplió la predicción de la hora, para que se cumpliese y verificase fué un San Juan de la Cruz repetido, el que en sus vísperas gozó el mismo privilegio de avisar la hora de su tránsito. Aquel, oyendo la campana a maitines en el convento de Ubeda, dijo se iba a cantarlos con los ángeles en el Cielo; y éste pudo decir en Cuenca, a la hora de las cinco, que en toda la Orden llama a la contemplación divina, se iba al cielo a continuar, con la visión clara, la que por fe tuvo por su más amable y continuo ejercicio. Aun estas semejanzas previno la divina providencia para predicarle glorioso.

Otros indicios la manifestaron. Y no fué el menos digno de ponderación que, habiéndole quedado el rostro difunto por lo penoso del accidente y dilatado de la enfermedad muy desfigurado; apenas para amortajarle le vistieron el santo hábito, cuando tanto se hermoseó su cara, que pareció despedía soberanas luces. Es el hábito que viste al cuerpo una cualidad que le informa. A unos por su mala disposición afea, y a los bien dispuestos, aun después del morir, manifiesta del alma la preciosa hermosura del gozar. Esta salió al rostro del cuerpo difunto, premio del aprecio que hizo viviendo del hábito penitente y pobre, habiéndole estimado por el más precioso ornato. «Pater venit hora, clarifica filium tuum, ut

filius tuus clarificet te». Así clamaba a su Eterno Padre su Hijo unigénito, para que le clarificase, y fuese clarificado de su mismo Hijo. El que lo fué amantísimo de María Santísima, vistiendo su hábito, recibe la gloria del alma y la hermosura de su rostro. Porque llegó la hora, «mater venit hora», en que madre e hijo quedan clarificados con la claridad que el rostro difunto manifiesta, para que de ambos la honra y gloria se publique: «Venit hora».

Llegó la hora en que las más ingeniosas plumas e ingenios más elevados clarificasen con sus elogios las horas más bien empleadas de su vida. Valga por todos y por único el ilustrísimo señor Caramuel, quien, por el reloj de su estimación, distribuye las horas de sus celestiales empleos: «Jesús, María y José, dice, dieron en nuestro siglo al Venerable Fr. José de Jesús María, varón de levantado ingenio, y adornado de grandísima erudición. El cual, mientras vivió, era huésped y peregrino en la tierra, y morador en los cielos. Y gastando muchas horas despreciando las cosas terrenas y observando las divinas, no se apartaba de su amable compañía. Y así, todo lo que de día observaba en el cielo, de noche lo escribía en la tierra». Se ajustó este lucido testimonio calificando la luz al reloj de sol del superior mérito de nuestro escritor clarificado. Y ya no tiene lugar la admiración de que excediesen sus escritos a las horas que en ellos consumió su elevada pluma, si el cielo la gobernaba y regía.

El número de los libros que nos dejó trabajados de su propia mano, porque nunca se valió de amanuense, de los que hoy corren impresos, son: un tomo de folio: «Excelencias de la castidad»; otro en octavo: «Excelencias de San José». Tercero: «Vida de Santa Catalina, Virgen y Mártir». Cuarto: «la Vida del Venerable Hermano Fr. Francisco del Niño Jesús». Quinto: «la de nuestro Padre San Juan de la Cruz». El mismo que hoy se repite a la prensa. Estos se imprimieron viviendo. Después de su muerte: «La Vida y excelencias de la Virgen María Nuestra Señora». La primera y segunda parte de «La Subida del Alma a Dios», que es la flor de la Teología Mística. Los que dejó escritos y perfeccionados son tres tomos de folio y crecido volumen de «La Castidad», prosiguiendo el primero. Otros tres de «La Historia de la Religión». Una declaración del capítulo veintidós de la «Vida de nuestra Madre Santa Teresa, escrita por la misma Santa», y otro tratado que, con el inmediato antecedente, se hallaron en los archivos de la Orden, y que por la conexión de las doctrinas con las de esta obra, con ella ahora

se imprimen: «Noticias sumarias del singular dón divino que Nuestro Santo Padre San Juan de la Cruz tuvo para comunicar a las almas contemplativas la sabiduría del cielo escondida, que él había recibido del Espíritu Santo».

Entre tantos trabajos y vuelos de su pluma, ninguno más trabajado, ni más elevado por su materia, ni más útil por su enseñanza, que la que nos dió en este libro. En él hace de lo especulativo demostración con lo práctico de la santidad del sujeto de su Historia. Sacia las dos espirituales potencias, ilustrando lo intelectual y abrasando lo afectivo con el ejemplo de una vida tan arreglada a los divinos preceptos, a las doctrinas místicas y a lo verídico de la Historia.

Ya llegó la hora en que con ésta clarifique a su madre la Religión, porque ella misma le clarifica con las luces de su licencia y permiso y expreso mandato, que a mí me impone: «Mater, venit hora, clarifica filium tuum, ut filius tuus clarificet te». Será lustre glorioso del reformado Carmelo la obra de un hijo que siempre le fué el más rendido obediente, cuya obediencia exclarece la Religión, sabia y piadosa madre, que si se mostró injuriada, porque no se juzgase menos atendida, hoy publica por inculpable al inocente; da y recibe honroso lustre a su obra y de su desvelo, y si se juzgare noche dilatada la que ha precedido a este día, diciendo: «Nulla tam longa nox», el precepto de Josué hizo la más dilatada dilación del día más lucido. El mandato del mejor Josué, y superior monarca del dilatado y sagrado imperio del Carmen en su ser primitivo, desvanece las sombras de tan dilatada noche, y hará eterno el día de sus lucimientos. El año de 1628 se imprimió en Bruselas, el de 1629, falleció su autor, y el de 1717, el más lucido se repite. Midió la tardanza el nivel de la justicia, y ella misma nivela hoy y mide la duración de las más lucidas enseñanzas, para todos las más útiles y provechosas; para la Religión el más glorioso lustre, y para Dios la honra y gloria más crecida.—Málaga, 1717. —*Fr. Juan de la Resurrección, C. D.*

LIBRO PRIMERO

CAPITULO PRIMERO

Santa Teresa y San Juan de la Cruz, elegidos por Dios para dar principio a la Reforma de la Orden del Carmen.

Como ha usado Dios en las cosas grandes que pensaba hacer en el mundo, anunciarlas primero misteriosamente, como dando sus vísperas a la solemnidad del día; esto mismo hizo Su Majestad en la Reformación de nuestra Orden del Carmen, a quien el mismo Señor calificó con este nombre de grande, cuando, fundado ya el primer monasterio de mon-descalzas en Avila, y estando como en víspera de extenderse la Reforma no sólo a nuevos monasterios de monjas, mas también de frailes, se halló una noche nuestra Madre Santa Teresa, por el mucho amor que tenía a Dios, muy afligida de ver los muchos enemigos que cada día se iban levantando con nuevas herejías en la Iglesia, y deseando ser parte con la oración y buen ejemplo suyo y de sus hijas para oponerse a ellos con armas contrarias a las que ellos usan, le dijo el Señor aquellas palabras de virtud infinita: «Espera un poco, hija, y verás grandes cosas» (*Fund.*, c. I). Pues si todas las de este mundo visible, por grandes que nos parezcan, son tan pequeñas en los ojos de Dios, que dice él mismo que como jugando las crió, ¿cuál será aquella obra que en los ojos de Dios es grande?

Algunas otras revelaciones tuvo Santa Teresa, de que ella hace memoria en sus libros, particularmente cuando se le apareció nuestro Padre original y le mostró un libro en que estaban escritas estas palabras: «En los tiempos venideros florecerá esta Orden; habrá muchos mártires» (*Vida*, c. 40). Y luego refiere otras revelaciones que tuvo, donde vió pelear por la Iglesia y derramar su sangre muchos de esta mis-

ma Orden, y por su modestia y no parecer que hablaba en causa propia, calló el nombre de la Religión; pero a algunos de sus hijos declaró que era la nuestra (1), de los cuales alcancé yo uno, muy santo y de gran crédito, que lo oyó de boca de la misma Santa, y en las señas que da del fundador de la Religión que le dió el libro y del estado de la misma Religión se conoce cuál era, aunque ella no lo declarara.

Llegado, pues, el tiempo en que tenía Dios determinado de sacar a luz este glorioso parto de la Iglesia tantos siglos antes anunciado, como se habían de extender sus resplandores a monjas y frailes del Carmelo renovado, y la sustituta de la Virgen, que con su influencia iba ya, como Maestra del cielo, guiando las monjas a vida celestial, no podía guiar a los frailes con acciones personales, y por esto habían menester también guía de su género; parece que se hubo nuestro Señor en esta renovación de la naturaleza, al modo que se hubo en su creación, cuando, después de haber criado a Adán para la propagación humana corporal, dijo: «No es bueno que esté el hombre solo, démosle quien le ayude, y que sea semejante a él». Porque otro tanto hizo en esta propagación espiritual, en la cual, viendo que la ilustre Teresa había menester quien para ella le ayudase a llevar entre los religiosos, como guía ejemplar, la bandera de la milicia del cielo, como ella la llevaba entre las religiosas, dijo a su Madre: No es conveniente que Teresa esté sola en esta obra tan grande; démosle compañía que le ayude a llevar el ganado esco-

---

1 Esta revelación de Santa Teresa ha dado lugar a muchos y muy diversos comentarios. ¿A qué Orden Religiosa se refiere la tan halagadora y encomiástica visión de la Santa? El P. Gerónimo Gracián y el P. Ribera creen que la Religión así favorecida es la de Santo Domingo. En cambio, Yepes, los PP. Andrés de la Encarnación, Jerónimo de San José, Juan de Jesús María, Tomás de Jesús, Alonso de Jesús María, juntamente con el autor de la presente Historia y otros gravísimos escritores de la Orden sostienen que Santa Teresa se refiere a su propia Reforma. Entre los modernos, el P. Silverio se inclina a creer que se trata de la Orden del glorioso Santo Domingo, (Edic. crítica de las Obras de Santa Teresa, t. I, pág. 364-5). Por el contrario, el P. Florencio del Niño Jesús («Mensajero de Santa Teresa», 15 de octubre de 1923, págs. 230-5) vuelve por la Reforma Teresiana, apoyado en el testimonio de una carta, tenida hasta ahora por dudosa, pero de cuya autenticidad consta por su autógrafo, escrita al P. Juan Luis de la Asunción por la Beata Ana de San Bartolomé, que, como compañera y secretaria de Santa Teresa, estaba en los más íntimos secretos de la Santa (Nota del editor).

gido a los pastos interiores del Carmelo, y que en la virtud y en el espíritu sea su semejante; y para tan gloriosa empresa eligieron a San Juan de la Cruz. De cuya elección y cuán misteriosa fué, trataremos adelante en su lugar propio. En la cual vemos como cumplido a lo verdadero lo que dijo fabulosamente de la antigua Teresa Ausonio, poeta antiquísimo de la gentilidad: que ella y su hermano Marte eran los capitanes de su gente que peleaban en las batallas con los más fuertes enemigos de ella. Porque Teresa en aquellos siglos tan antiguos fué nombre de excelencia en género de valor, y con él nombraban a las mujeres varoniles, de donde vino llamar Teresa a la fabulosa Belona, de cuyo valor y fortaleza decían los poetas que competía con Marte, su hermano. Y por eso cuadra muy bien así el nombre como sus calidades a nuestra Teresa, y al oficio para que Dios la había escogido con su santo compañero, haciéndolos capitanes aventajados de su Iglesia contra los enemigos de ella; y de tal valor y fortaleza los armó, que pudieron pelear contra todas las potestades del infierno y salir victoriosos de ellas.

De esta elección podemos conocer que de dos excelencias con que Dios ilustra los fundadores de las Religiones (la una es darles autoridad de fundador, y la otra imprimir en su espíritu, como en tablas animadas, la regla original de la vida que ha de asentar en su familia) concedió la primera a Santa Teresa, no sólo cuanto a las monjas, mas también cuanto a los frailes, como a sustituta inmediata de la Virgen Reina del cielo, autora principal de esta Reforma; y la segunda excelencia, cuanto a los religiosos, la concedió a nuestro santo Padre, imprimiendo en él, como en dechado nuestro, la forma de la nueva vida que pretendió resucitar en esta Congregación, imitando la antigua; y como a tal debemos mirarle, para seguirle, si no queremos errar en el camino. Cuya vida hallaremos tan concorde con lo que la Regla primitiva, dada por Dios a nuestro fundador original, pide, que parece que con esta elección le infundió el Señor como en un nuevo Elías el espíritu primario del Elías antiguo, como iremos verificando en el discurso de su vida, a que daremos principio en el capítulo siguiente.

CAPITULO II

Patria y padres de San Juan de la Cruz.—Cuán temprano comenzó a ser favorecido de la Virgen.

Tuvo San Juan de la Cruz por patria de su nacimiento la villa de Fontiveros, cercana a la ciudad de Avila, y de su crianza la villa de Medina del Campo. Por padres, a Gonzalo de Yepes y Catalina Alvarez, naturales entrambos de Toledo. Era Gonzalo de Yepes hombre bien nacido, y tenía parientes prebendados en la santa iglesia de Toledo, y un tío inquisidor de la misma ciudad, testimonios acreditados de limpieza de sangre, y traían su origen de la villa de Yepes, lugar de lucidas calidades, cerca de la misma ciudad de Toledo. Y hoy viven todavía primos suyos, naturales de la misma villa. Trataba su padre Gonzalo de Yepes en sedas por grueso (trato muy ordinario en aquella ciudad de gente caudalosa, y que no se tiene por menoscabo de lo que cada uno es de su cosecha) y queriendo hacer a su hijo heredero de su industria, le enviaba con partidas de seda a Medina del Campo, para su granjería, y pasaba por Fontiveros. Estaba entonces en aquella villa una señora de Toledo en algunas cobranzas de su hacienda, y había traído en su compañía una doncella, natural también de Toledo, llamada Catalina Alvarez, de buen parecer y virtuosa. Aficionóse de ella Gonzalo de Yepes, y sin parecer de su padre ni de ninguno de sus parientes, se casó con ella. Este casamiento le granjeo tan notable aborrecimiento de su padre y de todos los demás parientes, que nunca más quisieron verle ni socorrerle. Viéndose, pues, de esta manera, desamparado de todos los que debían ayudarle, y con casa y mujer que sustentar, sin otra hacienda de que valerse, más que su trabajo e industria, se determinó a quedarse en Fontiveros, y aprender oficio de que vivir, para no acordarse más ya de Toledo. El oficio a que más se acomodó, fué de tejedor de lienzos, ahora lo hiciese por parecerle que era el más a propósito para hallar allí que trabajar, sin salir a otros lugares a

buscar la obra de su ejercicio; ahora lo aprendiese por dar pesar a su padre y parientes, que tan rigurosamente lo habían negado.

Tuvo tres hijos de su matrimonio, que fueron Francisco de Yepes, que poco ha murió en Medina del Campo, con opinión de Santo, y Luis de Yepes, que murió de poca edad; y el menor fué San Juan de la Cruz. Murió su padre, dejándolos a todos niños, y a su madre moza, pobre y llena de trabajos, en los cuales se hubo con mucha virtud, sustentando a sus hijos con el sudor y trabajo de sus manos. Fuése a vivir a Medina del Campo, por ser lugar más a propósito con la prosperidad con que entonces estaba para remediarse gente pobre; y allí se crió el niño Juan, descubriendo desde los primeros años loables inclinaciones. Siendo de edad de hasta cinco años, deseando su madre que supiese leer y escribir y ayudar a misa, le puso en el Colegio de los niños de la doctrina, de Medina del Campo, para que se ejercitase en esto. Y desde entonces comenzó a experimentar cuán favorecido había de ser del cielo, y que la Virgen Nuestra Señora se encargó de él, y le tomaba debajo de su poderosa protección, pues tan temprano le hacía favores milagrosos.

Siendo de esta edad y recien entrado en el colegio, andaba jugando con otros compañeros suyos, junto a un pozo sin brocal, que allí había, y cayó dentro de él, que tenía harta agua, y al punto se hundió. Los otros muchachos, viendo el mal recado, fueron huyendo, unos de temor de ser tenidos por participantes del delito y de la pena de él, y otros a dar voces hacia la calle, diciendo que había caído un muchacho en el pozo. Acudió gente con garfios, con que suelen sacar los calderos de los pozos, para sacar al niño, teniéndole ya por ahogado, y mirando al pozo, le vieron estar sobre el agua. Y como venían diciendo los hombres: «ya al cabo de tanto tiempo estará ahogado»; oyólo el niño, y viéndolos asomar, les dijo: No estoy ahogado, que una Señora me guardó y me sustenta, para que no me hunda: échenme una soga, que yo me ataré para que me saquen. Y echándole la soga, se ató con ella por debajo de los brazos (que tan fijo estaba como esto en los de quien le sustentaba) y le sacaron sin haber recibido daño alguno, más que haberse bien mojado, mostrando en esto que había estado todo debajo del agua.

Preguntáronle después cómo no se había ahogado, y respondió que, luego que cayó en el pozo, se había hundido hasta el suelo de él (que tenía algunos estados de agua) y que allí se le había aparecido una Señora muy hermosa, y asiéndole de la mano, le había subido hasta lo alto del agua donde le habían hallado, y que estaba allí tan firme, como si estuviera en una tabla. Esto contaba después su madre y algunos de los vecinos del colegio de los niños, que habían acudido al caso, de los cuales vivían todavía dos, cuando se hicieron en Medina del Campo las informaciones para su beatificación, y fueron examinados en ellas. Y con ser entonces nuestro santo Padre tan niño, todavía se acordaba de este favor, que había recibido de la Reina del Cielo, y se regalaba con su memoria, y algunas veces solía contarlo a personas muy familiares suyas, acusándose de lo mal que, a su parecer, cumplía con las grandes obligaciones que tenía a ser muy devoto de esta soberana Señora, de quien había recibido en todos los estados de su vida muy señalados beneficios y favores. Y aunque adelante habemos de tratar de algunos de éstos, que por camino cierto se han sabido, haremos aquí memoria de otro peligro, de que también le libró milagrosamente poco después de éste.

Este milagro del pozo dió mucho que sospechar al demonio que en este niño se criaba un gran enemigo de sus maliciosos intentos, y así, desde entonces, comenzó a hacerle guerra con deseo de atajar temprano el daño que le amenazaba. Pocos años después del caso ya referido, estando el niño Juan con otros de su edad zabullendo una caña en una balsa de agua mal limpia, que salía de unas tenerías, cayó dentro, y se hundió, que estaba honda. Subió luego a lo alto y volvió a hundirse, y segunda vez a levantarse; y estando dentro del agua y para volverse otra vez a hundir, se le apareció aquella Señora muy hermosa que la primera vez había visto en el pozo, la cual alargando su mano, le pedía la suya para socorrerle; y como él estaba ya advertido, por lo que la otra vez había oído decir, que aquella señora era la Virgen Reina del cielo, rehusaba de darle la mano, por no mancharla; pero ella extendiendo el brazo, le asió a él del suyo y le sustentó sobre el agua para que no se hundiese. A las voces

que daban los otros niños, acudió un labrador que allí cerca andaba arando, y viéndole sobre el agua, le dió la aguijada que traía en la mano, para que se asiese a ella, y de esta manera le sacó fuera (1). No dijo por entonces nada del socorro milagroso que había tenido; que tan temprano comenzó a ser recatado en ocultar las cosas misteriosas; y siendo ya religioso descalzo y prelado de la Religión, lo dijo al hermano fray Martín de la Asunción, religioso de gran virtud, en una de las jornadas que con él hizo, por hacerle muy devoto de la Virgen Nuestra Señora, y acusándose a sí mismo de lo poco que la servía, para las grandes obligaciones en que le había puesto, como el mismo religioso lo declara en las informaciones que se hicieron en Jaén para su beatificación. Con este segundo milagro tuvo el demonio otro argumento para persuadirse que Dios escogía para algún gran fin al niño Juan, pues esto anunciaban tan tempranos favores milagrosos de la Virgen, su madre, y desde entonces se receló más de él.

En el colegio de los niños aprendió en poco tiempo a leer y escribir y también a ayudar a misa, y desde aquella edad comenzó a resplandecer en él la gran devoción que había de tener después con el Santísimo Sacramento de la Eucaristía y misterio de la misa. Porque después de haber oído la que se decía en su colegio, pasaba al monasterio de la Magdalena a ayudar a las misas que allí se decían; y por esta temprana devoción y las buenas inclinaciones que mostraba, le querían mucho las monjas de este monasterio. Después que supo leer y escribir, como su madre no tenía comodidad para ponerle al estudio de la gramática, quisiera que aprendiera algún oficio por donde valerse, y él también lo deseaba para ayudar a su madre con su industria.

---

1 Asegura el autor que San Juan de la Cruz cayó al pozo, a la edad de cinco años, en el Colegio de la doctrina, y señala edad posterior a la caída en el estanque, que refiere a continuación. Los escritores de la Orden en general disienten de la opinión del P. Quiroga, invirtiendo el orden de los sucesos. Así, el P. Jerónimo de San José (Historia del V. P. Fr. Juan de la Cruz, l. I, c. III y IV) coloca las caídas primero en el estanque y después en el pozo del hospital de Medina; y entre los extraños sustenta la misma opinión Muñoz Garnica («San Juan de la Cruz». pág. 3 y 7: 1875).—(Nota del editor.)

Pero aunque probó a aprender algunos, como carpintero, sastre, entallador y pintor, no descubría capacidad para aprovechar en ninguno, porque le tenía Dios destinado para cosas mayores, y así, a poco tiempo después de comenzados, los dejaba, desayudándole para aprenderlos la poca aplicación que su natural tenía a ellos.

CAPITULO III

Por la devoción que tenía a la Virgen Nuestra Señora, toma el hábito de su Orden.—Buen ejemplo que dió en su noviciado.

Cada día iba descubriendo más el niño Juan sus loables inclinaciones con los años, y conocidas por un caballero de rara virtud y extraordinaria piedad, llamado Alonso Alvarez, de Toledo (que atropellando el qué dirían del mundo, se había retirado al Hospital de la Concepción, que ahora es el general, a curar y servir a los pobres), llevó consigo a nuestro Juan, con intento que pidiese para ellos y le ayudase en aquel piadoso ministerio: que tan temprano quiso Dios que se ejercitase en estas obras. Esta ocupación y todas las demás del hospital en que le ponía, hacía con tanto cuidado el mozo Juan, que se le aficionó mucho este caballero. Y advirtiendo la afición que mostraba a las cosas del culto divino y también a las de piedad, deseó que estudiase, con propósito de irle disponiendo para capellán del hospital, y así le dió lugar para que acudiese a oir gramática al colegio de la Compañía de Jesús. Mostró buen ingenio para tratar de letras, y con ser poco el tiempo que tenía desocupado después de haber cumplido con las ocupaciones del hospital que tenía a su cargo (y las ejercitaba con gran puntualidad), aprovechaba en su estudio, como si de otra cosa no tratara, quitando al sueño y al descanso el tiempo que pedían las letras, y buscando para esto lugares solos y quietos; y así, cuando alguna vez le buscaban de noche, solían hallarle en algún rincón entre las tinajas y sarmientos, pasando sus lecciones, y de esta manera ejercitaba las letras y la virtud, como a porfía.

Vivió muchos años después su madre con tan gran crédito de virtud, que la tenían en Medina por santa; y así por esto como por ser madre de tal hijo, ordenó Santa Teresa a sus monjas de aquella villa que la sustentasen mientras viviese, y así lo hicieron; y murió santamente, algunos años después que su hijo se había descalzado; y está enterrada (1) en el mismo monasterio de nuestras monjas de Medina. Siendo ya buen estudiante Juan de Yepes, y dando cada día mayores muestras de su virtud, trató este caballero que se ordenase, ofreciéndole para ello la capellanía del hospital. Pero como sus pensamientos entre una profundísima humildad fuesen más altos, aunque le agradeció el ofrecimiento, no le ejecutó por la palabra; porque hacía tan alto concepto de la dignidad de sacerdote y de la pureza de vida que era necesaria para ejercitarla, que de ninguna manera se atreviera a serlo entre las ocasiones y peligros del mundo.

Con este pensamiento y con la devoción de la Virgen Nuestra Señora, que cada día se iba aumentando en su alma, se determinó de dedicarse todo a ella, para gastar en su servicio la vida, que dos veces le había conservado tan milagrosamente; para lo cual pidó el hábito en el monasterio de Santa Ana, de la misma villa de Medina del Campo, de religiosos de Nuestra Señora del Carmen, donde se le dieron el año de mil quinientos y sesenta y tres, conociendo su virtud y buen caudal. La vida que hizo en esta Religión, hasta que se descalzó para profesar la vida primitiva de la misma Orden, cuentan algunos de sus compañeros de noviciado y colegio que yo alcancé, personas muy graves, que por sus letras y virtudes han tenido muchas prelacías de su Orden, de cuya acreditada relación nos habemos de valer para este tiempo.

Desde que fué novicio, se dió mucho a la oración, que para esto y para todos los buenos ejercicios de virtud halló

---

1 El 14 de enero de 1679 fueron trasladados sus venerables restos de la Iglesia primitiva de las Carmelitas, que actualmente es su locutorio, al claustro del Convento. En 1900, al hacerse el entarimado del claustro, fueron sacados y puestos encima del arco del mismo claustro, junto a los de la V. M. Inés de Jesús, colocándose en la pared, debajo del arco, la lápida que en 1679 cubría el sepulcro, y en la que se lee: «Aquí yace la Venerable Señora Catalina Alvarez, madre de nuestro Padre San Juan de la Cruz» (N. del E.).

enseñanza y buena ocasión en aquel convento. Todo el tiempo que las ocupaciones de novicio le dejaban desocupado, y las disposiciones del maestro no lo estorbaban, estaba delante del Santísimo Sacramento en el coro o en otra parte acomodada, para hallarse allí más recogido y más devoto en oración. Y así le era de particularísimo consuelo ayudar a misa, aunque gastase toda la mañana en esto, sintiendo con este ejercicio no cansancio, sino nuevo aliento; y cuando todo esto faltaba, no le era menos agradable el rincón de la celda, que le servía de oratorio. Y como le escogía Nuestro Señor para restituir por su medio en nuestro siglo la soledad y contemplación antigua, que esta Religión ejercitaba en los desiertos de Palestina, Egipto y otras provincias orientales, le hacía en la oración grandes mercedes, para aficionarle a ella y ensanchar la capacidad de aquel raro espíritu, en que su Majestad quería encerrar grandes riquezas de los tesoros del cielo, para que las comunicase a otros.

El ejercicio principal que tenía en este tiempo, así en la oración como en la propia reformación, era el que él aconseja en uno de sus libros, por el primer escalón, y como fundamento de la vida espiritual y camino de perfección, diciendo: «Lo primero que ha de hacer el que quisiere aprovechar en el camino del espíritu, es que traiga un ordinario cuidado y afecto de imitar a Cristo en todas las cosas, conformándose con su vida, la cual debe considerar para saberla imitar, y haberse en todas las cosas como se hubiera él» (*Subida*, l. 1, cap. 13). Pues esto mismo abrazó desde el principio de su noviciado, meditando con mucha continuación en la Vida y Pasión de Cristo, y tomando de ella, como de fuente original y divina, las virtudes ejemplares que había de asentar en su alma. Y considerando que el camino de cruz y negación, por donde el mismo Señor dice que le han de seguir los que quisieren ser sus discípulos, lo había primero enseñado con las obras que con las palabras, por todo el discurso de su vida, propuso en su corazón de caminar alentadamente por él; y el modo de ejercitarlo refiere él por estas palabras: «Lo segundo que ha de hacer, para poder bien imitar a Cristo, es que cualquiera gusto que se le ofreciere a los sentidos, como no sea puramente para gloria y honra de Dios, lo renuncie y

quédese vacío de él por amor de Jesucristo, el cual en esta vida no tuvo otro gusto, ni le quiso, que hacer la voluntad de su Padre, lo cual llamaba él su comida y manjar. Pongo ejemplo: si se le ofreciere gusto en oir cosas que no importan para el servicio de Dios, ni las quiera gustar ni las quiera oir. Y si le diere gusto mirar cosas que no le lleven más a Dios, ni quiera este gusto ni mirar las tales cosas. Y si en hablar, o en otra cualquiera cosa se le ofreciere gusto, haga lo mismo en todos los sentidos, y de esta manera en poco tiempo aprovechará mucho» (Ibid).

Este gran provecho en poco tiempo experimentó él bien en sí mismo, los primeros años de su religión; porque con el continuo cuidado que puso en negarse en todo, tenía tan mortificadas sus pasiones y afectos, y comenzó desde entonces a gozar de tan dichosa paz de espíritu, que le duró toda la vida; y como Dios busca almas pacíficas, para hacer su morada en ellas, como dice el Profeta, estaba muy dispuesta la suya para recibir en la oración grandes comunicaciones divinas. Tuvo luego noticia de la singular perfección que habían guardado antiguamente nuestros monjes solitarios, rigurosos observadores de nuestra Regla primitiva, y desdeñándose de usar de la indulgencia de las mitigaciones que a su rigor se habían concedido, proponía imitarlos en la vida, como los imitaba en el hábito. Y así, en cuanto la obediencia se lo permitía, se ajustaba a la observancia estrecha de la Regla, como lo dice un religioso de aquel tiempo, testigo muy acreditado y que trataba su conciencia, por estas palabras: «En este tiempo guardó nuestra Regla primitiva en lo que es la oración, y en el rigor y tratamiento de su persona con muchas abstinencias, cilicios, grandes disciplinas, muchas vigilias y larga oración, retirándose, cuanto le era lícito, de todos los demás y guardando mucho recogimiento». Todo esto dice en su declaración este religioso antiguo y grave.

La composición bien ordenada que traía interiormente en sus afectos y pasiones, resplandecía en lo de afuera con una tan singular modestia, que sólo mirarla componía a otros. Llegó esto (según afirma un religioso, compañero suyo en este tiempo, y después Prelado muchas veces de su Orden) a tener los demás tan gran estimación de esta ejemplar mo-

destia, que se guardaban de hacer delante de él imperfecciones, viéndose como reprendidos de aquella imagen viva de modestia religiosa. Y si desde lejos le veían que venía a pasar por junto a ellos, se mesuraban hasta que él pasaba: que tanto como esto puede el buen ejemplo, aunque sea en un novicio. Con estas muestras de perfección, profesó a su tiempo, continuándolas siempre con mejoría. Y como había hecho tan de gana renunciación del mundo con una filiación tan alta, como la que la Religión le daba, no quiso heredar nada de la antigua; y así, dejando el apellido paterno, tomó otro que más le consolase, llamándose Fray Juan de S. Matías. Y en Duruelo, cuando abrazó el Instituto Descalzo, tomó el renombre de la Cruz, cuya imitación desde entonces abrazaba alegremente. Y tan en el corazón tuvo esta sagrada insignia de nuestro reparo todo lo que le duró la vida, que el continuo padecer era su mayor consuelo, y su mayor aflicción verse honrado y estimado, como veremos adelante.

CAPITULO IV

Estudia en el Colegio de su Orden de Salamanca.—Su ejemplar vida.

Desde este tiempo, hasta que el Santo Padre fué a Salamanca, no hallo escrito nada de la vida que hizo, sino que siempre se iba mejorando, y que conociendo los Prelados su ingenio tan acompañado de virtudes, y pareciéndoles que era sujeto de grandes esperanzas, le enviaron a estudiar al colegio de su Orden, de Salamanca. De la vida que en él hacía, dicen cosas de muy gran ejemplo algunos de sus condiscípulos, Padres graves de su Orden, a quienes yo comuniqué para estas noticias; los cuales, como testigos de vista, refieren que era mozo en la edad, pero lleno de canas en el reposo, en la prudencia y en toda la buena disciplina religiosa. En la vida, tan inculpable, que nunca se halló en él qué reprender, si no era el rigor con que se trataba y las muchas penitencias que hacía: en lo cual le daban larga mano los Prelados, por conocer de sus fuerzas que podía llevarlas, y de su espíritu

que las pedía. Sus ayunos eran casi ordinarios, particularmente los de la Regla, que son la mayor parte del año; sus disciplinas muy continuas y rigurosas, hasta sacar con ellas mucha sangre; los cilicios asperísimos, y entre otros usaba un jubón hecho de esparto anudado, a manera de las redes que suelen poner en las ventanas de los gallineros, aunque eran los nudos más espesos, y unos zaragüelles de lo mismo. Todo lo cual traía a raíz de la carne, y con ser penitencia tan rara y hallada pocas veces aun en los grandes penitentes antiguos, a él le parecía que traía muy regalada su carne.

La celda en que vivía, era estrecha y oscura, tan apetecida de él, cuanto desechada de otros, por ser muy a su propósito, así por la representación de pobreza y penitencia, que tan bien asentaba en su espíritu, como por una ventanilla que tenía con una vidriera que salía hacia el Santísimo Sacramento, desde donde gozaba el espíritu con anchura de las cosas del cielo, aunque el cuerpo estaba en lugar tan estrecho. Y para poder estudiar las horas que la obediencia ordenaba, tenía hecho un agujero en el tejado, que caía sobre la mesilla donde estaban sus libros, y con tanta luz espiritual como Dios allí le daba, echaba poco menos la que le faltaba del sol visible, contentándose con sólo la suficiente para cumplir la obligación de los estudios. Su cama era a manera de un cuezo, algo más largo que los que suelen hacer para amasar yeso, en cuya cabecera estaba clavado un madero en hueco, que hacía oficio de almohada, y aquí dormía, sin colchón: que, por ser forma de sepultura, que representaba la muerte muy al vivo, debía de agradarle más que la tabla rasa.

Era grande su silencio, al cual sólo la obediencia o conocida necesidad interrumpía, y tan ejemplar su recogimiento, que cuando no estaba en su celdilla, era señal que había acto de comunidad a que asistiese; porque para solos éstos salía de ella. Lo que en este tiempo más le molestaba, era no poder esconder todas sus penitencias de sus compañeros; porque aunque él lo procuraba, no podía tanto encubrirlas, por ser cosas exteriores que una vez u otra no se traslucíesen. Y esto, que le tuviesen en más opinión de virtuoso, que la ordinaria, le daba notable pena, aunque no era sin provecho de sus compañeros, que por su ejemplo andaban fervoro-

sos en el cumplimiento de sus obligaciones, y después les lucía la virtud que allí habian adquirido, porque algunos de ellos ayudaron mucho a su Religión, así siendo súbditos, como Prelados. Con todo esto, para soltar San Juan de la Cruz más la rienda a la fuerza de su espíritu solitario, y ser menos notado en sus obras, deseaba pasarse a la Cartuja, cuando hubiese acabado sus estudios.

Procuraba de tal manera acomodarlos al fin que sus prelados pretendían, que era a que ayudase con ellos a las almas, que en primer lugar cuidaba del estudio que había menester la suya, gastando algunos ratos en leer libros espirituales, donde su alma hallase pasto saludable. Y como leía en los autores antiguos que tratan de la vida perfecta y alentada de nuestros monjes solitarios, que su continuo ejercicio era la contemplación divina, y por eso los llamaban por excelencia contemplativos, y que a esto mismo se ordenaba el fin principal de la Regla primitiva, mezclaba, entre las materias escolásticas que estudiaba, particular lección de autores místicos, particularmente de San Dionisio y de San Gregorio, para sacar de ellos la sustancia de la contemplación, en que por blanco de su Instituto debía ejercitarse; y hallaba tan encontradas la doctrina antigua de éstos y de otros Santos que la Iglesia de Cristo tiene como por lumbreras clarísimas de sus verdades, y las opiniones nuevas, que en materia de oración mental corrían en este tiempo, que gastó mucho en averiguarlas, para sacar en limpio la esencia verdadera de la contemplación provechosa, que era como fundamento de la vida que profesaba. Y hallaba poca resolución de esto en las personas espirituales que comunicaba, por estar ya muy desusada la verdadera contemplación, que enseñaron los Santos, por otros modos nuevos de orar, que maestros modernos habían introducido, fundados más en artificio humano, que en los recibos de la operación divina; sobre lo cual, y cuánto le lastimaba, hizo nuestro Santo Padre un excelente discurso. Y como quería Nuestro Señor que fuese Maestro de la verdadera comunicación divina, y que resucitase en nuestro siglo la contemplación endiosada, ejercitada por nuestros mayores en los siglos antiguos, poníale un gran deseo de inquirirla en los Santos y experimentarla en sí mismo.

Andando con este cuidado, como estudiaba por Sto. Tomás las lecciones que oía en escuelas, llegó a aquel lugar de la primera parte (q. 85, c. 4) de sus obras, donde dice el Angélico Doctor que, como es imposible que un mismo cuerpo sea en un mismo tiempo figurado con diversas figuras; así lo es también que un mismo entendimiento sea informado de diferentes formas y semejanzas en un mismo tiempo. Alegróse mucho con este lugar del príncipe de la teología escolástica, que pone las verdades de ella en regla firme, y de aquí se acabó de persuadir, lo que hallaba en los grandes maestros de la teología mística, que para los recibos de la influencia divina sobrenatural, a que la contemplación se ordena, se han de dejar todas las semejanzas del conocimiento natural; y a esto mismo le inclinaba también la misma influencia divina en la oración.

Confirmóse más en esto con lo que dice San Gregorio: que la influencia de la luz divina no se compadece con las semejanzas de las cosas corporales. Y así, dejando opiniones nuevas de artificios humanos, hizo asiento, como en doctrina apostólica, en lo que dice San Dionisio, y Santo Tomás, declarándole: que el conocimiento de las cosas divinas, para participar de ellas, no ha de ser por medio de semejanzas de las cosas que conocemos, sino por luz de fe, en negación de todas esas semejanzas. Y de esta manera ejercitó en quietud de ánimo la divina contemplación de allí adelante, y se dispuso para recibir de Dios altísimos dones de perfección, y sabiduría divina, que comunicó después a otros. Y como la suavidad espiritual de estos recibos divinos abundaba en su alma, andaba en el colegio tan abstraído de todas las cosas de la tierra, que no parecía que vivía en ella; y podía decir con el Apóstol que su comunicación era en el cielo. Y así le miraban sus condiscípulos como a hombre muy ilustrado y favorecido de Dios. Porque, aunque él procuraba mucho encubrir sus ganancias interiores, sus virtudes exteriores las estaban publicando.

CAPITULO V

Primeras disposiciones para fundar Conventos de Descalzos. — Va San Juan de la Cruz a Medina, donde estaba Santa Teresa.

Había ya Santa Teresa tratado de la fundación de frailes primitivos de esta Reforma, cuando estuvo en Avila el General de la Orden de Ntra. Señora del Carmen, llamado fray Juan Bautista Rubeo de Rabena, dando cargo al Obispo de Avila, D. Alvaro de Mendoza, para que lo alcanzase de él. Pero no se lo concedió el Señor por este medio; porque esta fundación estaba a cargo de la Virgen, su Madre, y por su orden se había de encaminar y así no tuvo efecto la diligencia del Obispo. Viendo Santa Teresa que su General había partido ya de Avila, sin haber querido conceder esta licencia (porque aunque era muy amigo de reformación y la procuraba en su Orden, como tan reformado en su persona, había visto alguna repugnancia en la Provincia de que se fundasen monasterios de Descalzos), determinó la Santa de mudar de intercesión. Y así, encomendándoselo a la Virgen Nuestra Señora y haciéndola protectora de esta diligencia, escribió sobre ello a su General, representándole el servicio que se haría a Dios y a su Madre en dar esta licencia, y las utilidades que de ella se podían prometer a su religión, mucho más considerables, que los inconvenientes que le habían puesto. Llegó esta carta a sus manos estando él en Valencia, de camino para Roma, y como llevaba el favor de la Reina del Cielo (que a ella se le atribuye nuestra Sta. Madre) se quitaron todas las dificultades, y desde allí le envió licencia para que se fundasen dos monasterios de religiosos contemplativos (que así los nombra) que guardasen la Regla primitiva en su primera observancia, y porque no hubiese contradicción de parte de la Provincia, quiso que también ella tuviese parte en esto; y así envió subordinada esta licencia a los dos Provinciales, pasado y presente.

Después que la Santa tuvo en sus manos la licencia, dió las gracias a Dios y a su Madre, y solicitaba con ellos lo que

faltaba para ponerla en ejecución, como lo dice por estas palabras: «Pues, estando yo ya consolada con la licencia, creció más mi cuidado por no haber fraile en la Provincia, que yo entendiese, para ponerlo por obra, ni seglar que quisiese hacer tal comienzo. Yo no hacía sino suplicar a Nuestro Señor que siquiera una persona despertase. Tampoco tenía casa, ni cómo tenerla... y así estaba cargada de patentes y buenos deseos, y sin ninguna posibilidad para ponerlo por obra. El ánimo no desfallecía ni la esperanza, que pues el Señor había dado lo uno, daría lo otro. Ya todo me parecía muy posible, y así lo comencé a poner por obra» (*Fund.*, c. II). Todo esto es de nuestra Santa, y dice que estaba cargada de patentes en Avila, porque también la tenía para fundar más monasterios de monjas descalzas, que entonces no había fundados más que el primero de San José.

Poco después, fué a la villa de Medina del Campo a fundar el segundo monasterio de sus monjas, donde le ayudó cuidadosamente el P. fray Antonio de Heredia, Prior del convento de Santa Ana de aquella villa, que es de la Orden de Nuestra Señora del Carmen, con el cual trató, como por camino de consejo, lo que deseaba de la fundación de frailes descalzos, para saber de él qué personas de la Orden serían a propósito para dar principio a esto. Ya fray Antonio tenía noticia de ello, y por ser de los primeros que se descalzasen, había suspendido una determinación con que andaba, muchos días había, de pasarse a la Cartuja, por gozar de mayor soledad y retiro de criaturas, y poderse dar más a la oración: que a esto inclinaba Nuestro Señor en este tiempo a los dos que habían de dar principio a la renovación del Carmelo antiguo. Y como ensayándose el P. fray Antonio en la vida que pensaba tener presto, se iba ejercitando en obras de rigor y penitencia, para hacer prueba de sus fuerzas y ejercitarlas a lo alentado; y así ofreció a Santa Teresa que sería uno de los que ejecutasen sus deseos en el primer convento de primitivos.

No se prendó mucho la Santa de este ofrecimiento; porque aunque sabía cuán buen religioso era, cuán recogido, estudioso y amigo de su celda (que de esta manera le describe la misma Santa), no le pareció que tendría sujeto tan

robusto ni espíritu tan fervoroso como era menester para la vida primitiva, por ser de suyo delicado y criado en menos asperezas de las que se habían de profesar en la nueva vida, según el concepto que de ella hacía la Santa, que era resucitar la vida heroica y perfección antigua que nuestros mayores hacían en los desiertos de Palestina y Egipto, tan celebrada de los Santos y de los historiadores de la Iglesia. Y como la edad del Padre Fr. Antonio estaba ya algo adelante, por tener casi sesenta años y los cuarenta de religión, daba más ocasión a la duda de la Santa, y parecíale que uso tan largo de la vida mitigada era fuerte prescripción contra la primitiva. Viendo el Padre fray Antonio dudosa de su esfuerzo a la santa Madre, le descubrió los antiguos deseos con que andaba de vida más rigurosa y sola, y las nuevas determinaciones de la Cartuja y le certificó que ya estuviera en ella si no aguardara la reformación de su Orden.

No acababa, con todo eso, de satisfacerse Santa Teresa del sujeto del P. fray Antonio para piedra fundamental de tan gran edificio; porque, aunque su mucha virtud podía asegurar, no llenaba en lo demás el vacío de su esperanza, ni en el concepto que, según las palabras de Dios en otra parte referidas, tenía hecho de la vida de estos dos conventos, para que tenía ya licencia, pues habían de ser como plantel de tan logrados y extendidos frutos, como prometían aquellas cosas grandes que Dios le había dicho. Con todo eso, se alegró de ver con tan buen ánimo al Padre Fr. Antonio, y así no le disuadió de su intento, antes le aconsejó que por algún tiempo se ejercitase en las cosas que había de profesar, y que, según que se hallase en ellas, así se determinaría. Parecióle bien este consejo, y poniéndolo por obra, añadió a las penitencias que hacía, otras proporcionadas a la observancia original de la Regla. Para lo cual era menester mayor esfuerzo, que para la vida que después hizo en los conventos primitivos; porque es mucho más fácil segir la común de todos, aunque más áspera sea, que hacer otra particular menos penosa; y así fué esta disposición un como noviciado, tanto más riguroso, cuanto más a solas lo llevaba. Y aunque eran tan grandes las penitencias que él tomaba por su mano, otras le aplicaba Dios que él más sentía, de per-

secuciones y trabajos con que Su Majestad le iba labrando para piedra firme del nuevo edificio. Y en un año que dice nuestra Santa que le duró este ejercicio de vida más áspera y trabajos llevados con gran paciencia, hizo tan buenas pruebas de cuán maciza era su virtud, que ya ella se iba asegurando más del sujeto y perdiendo algo del temor primero.

Continuaba todavía su oración, pidiendo a la Virgen nuestra Señora alcanzase de su Hijo que le diese buenos fundamentos para estos monasterios, pues le había alcanzado la licencia para ellos, deseando dar principio a esto antes de salir de Medina a otras fundaciones de monasterios de monjas que se le ofrecían. En este tiempo, acababa ya sus estudios de Teología en Salamanca San Juan de la Cruz, y como su espíritu estaba tan inclinado a la soledad y retiro de criaturas para entregarse todo a Dios, deseaba irse acercando hacia Segovia, con intento de tomar el hábito de la Cartuja, en el monasterio de El Paular, que está cerca de aquella ciudad. Ofrecióse entonces a fray Pedro de Orozco, fraile grave de su Orden, ir a Medina del Campo, y gustó de llevarle por compañero, como a persona que tenía tan gran opinión de santidad y espíritu en su colegio, y así se fueron juntos. Llegados a Medina, habló el P. Fr. Pedro de Orozco a Santa Teresa, y entre las demás pláticas de reformación que se trataron, le dijo cómo traía un compañero de rara virtud y aventajado espíritu, y le contó tales cosas de su vida, que dió motivo a la Santa de alabar a Dios, que tan buenos religiosos tenía en su Orden, y deseando verle, encargó al P. Fr. Pedro que se lo enviase, y quedó cuidadosa de pedir a Dios aquella noche que le diese aquel sujeto para fundamento del primer monasterio, porque sola aquella primera noticia llenaba más el vacío de su deseo, que todo lo que en otros sujetos había visto.

CAPITULO VI

Elección que Dios hizo en San Juan de la Cruz para primer descalzo de esta Reformación.

La eficacia con que Santa Teresa hizo la diligencia con Dios aquella noche, pidiéndole a San Juan de la Cruz para uno de la nueva familia, se puede conocer en el suceso; porque tuvo respuesta de su petición en que le aseguró Nuestro Señor que se la había concedido, y que aquel Religioso sería el primero que se descalzase y la piedra fundamental del nuevo edificio, de que ella quedó muy consolada. Esta revelación tuvo ella por entonces muy secreta, así por el recato con que ella vivía de guardar silencio en sus ilustraciones, como también por no desalentar al P. fray Antonio de Heredia, con cuyo calor se había de hacer la fundación por la autoridad y buen crédito que tenía en su Orden, como religioso tan antiguo y tantas veces prelado en ella, y San Juan de la Cruz, religioso mozo; pero bien conoció de la revelación que en los ojos de Dios estaban más aventajados sus pocos años, que los muchos de otros, y que le miraba favorablemente. Con todo ello, dijo después la Santa a algunas de sus monjas más familiares suyas esta revelación, cuando había experimentado ya en San Juan de la Cruz cuán bien concordaba su vida y espíritu con lo que allí había entendido; y esta noticia milagrosa que tuvo la Santa, y la que ella dió a sus monjas de esta revelación, viene probada en las informaciones que en Medina y Segovia se hicieron para la beatificación de nuestro Santo Padre.

De esta elección que Nuestro Señor hizo de San Juan de la Cruz para piedra fundamental y primaria de este edificio entre los religiosos Descalzos, como nuestra santa Madre lo era entre las monjas, tenemos otra nueva prenda de conocimiento misterioso con algunas calidades que hacen a nuestro intento, en una de las apariciones milagrosas que se ven en la carne del Santo, de que se han hecho tan graves calificaciones por los ministros de la Iglesia, a quienes tocaba, como veremos adelante. Y algunas de estas apariciones

son como historia viva (así las llama San Dionisio) de cosas misteriosas que sucedieron en esta reformación, y por haberlas ocultado estas dos columnas primitivas con afecto de humildad, las descubre Nuestro Señor por este medio tan milagroso. De manera que pudo decir con verdad un testigo muy grave y docto de los que para su calificación se examinaron, que, como el Santo Padre había sido tan cuidadoso en encubrir su milagrosa vida y las comunicaciones que había tenido de Dios, y por eso no se podían probar con testigos de la tierra, ni saberse para historiarlas; había Su Majestad enviado testigos del cielo que las testificasen en su misma carne, y tan calificados, que no se les pudiese negar el crédito, y por este camino milagroso se supiesen las que antes se ignoraban. Y por los fundamentos que veremos adelante muy acreditados con el riguroso examen de gravísimas diligencias humanas, y con la sonora concordancia que tienen con las divinas Letras y con la segura doctrina de los Santos, conoceremos cuánta veneración se debe a estas apariciones milagrosas, como emanadas de la Sabiduría divina y figuras manifiestas de misterios encubiertos. Pues en una de estas apariciones que se vieron en un pedazo de carne de San Juan de la Cruz, y vienen probadas en la información que se hizo en el tribunal episcopal de Jaén, refieren los testigos, entre las demás, una de esta manera: Estaba la Virgen Nuestra Señora al un lado de esta carne, y al otro una figura de nuestro Padre original, el Profeta Elías, y un poco más abajo estaban dos figuras, la una de nuestra Madre Santa Teresa, y la otra de nuestro santo Padre San Juan de la Cruz, y entrambos estaban mirando a las manos de la Virgen Nuestra Señora, que les estaba como entregando una cosa, a modo de un bultico muy blanco, y el plato en que se la daba, era la cabeza de un serafín con sus mejillas muy encendidas. Pues, como sea verdad lo que dice San Dionisio: que las imágenes y figuras que proceden de la Sabiduría divina, no son formadas para sola la vista de ellos, sino propuestas para significación de misterios escondidos, conocidamente nos están significando éstas la elección, que queda referida de nuestras dos columnas primarias, y nos certifican juntamente las principales calidades de esta reformación (significada en este bulto blanco)

y a lo que han de aspirar los profesores de ella. Porque este bulto muy blanco sobre la cabeza del serafín muy encendido, que la Virgen entregaba a sus ilustres sustitutos, y con esto la investidura de piedras fundamentales de la nueva Reforma, nos está como intimando la pureza de ángeles y el fervor de serafines que se ha de profesar en ella. Y asistió allí el profeta Elías para significar que de su familia (no como estaba entonces, sino como él la había fundado en el Carmelo antiguo), se tomaban las primeras plantas del Carmelo reformado, para restaurar lo que con las persecuciones de los infieles, con las mudanzas de las tierras y con el celo de la utilidad de las almas, se había apartado de la perfección primera y de los medios favorables a la vida contemplativa en que está fundada.

Importunado, pues, S. Juan de la Cruz de su compañero, fué el día siguiente a ver a Sta. Teresa, como ella se lo había pedido, y en hablándole, conoció luego cuán a propósito era para el fin que Dios le elegía, y que en sus pocos años tenía muchas canas de santidad y prudencia, y deseaba que en la plática se ofreciese ocasión para persuadirle su intento, y hallóla presto; porque él le dió cuenta, como a persona tan ilustrada, de la prisa que Dios le daba para abrazar vida más áspera y retirada, y que así pretendía pasarse a la Cartuja. A lo cual le respondió la Santa estas palabras que refiere una compañera suya: «Mi hijo, tenga paciencia, y no se vaya a la Cartuja, que ahora tratamos de hacer una reformación de Descalzos de nuestra misma Orden, y sé yo que se consolará con el aparejo que tendrá en ella para cumplir todos sus deseos de recogimiento, retiro de cosas de acá, oración y penitencia, y hará un gran servicio a Dios y a su Madre». Bien le sonó esto a San Juan de la Cruz; pero era mucha la eficacia con que su espíritu le inclinaba a esta mudanza de vida; y lo que la Santa le ofrecía, caminaba, al parecer, muy despacio, pues, aún no tenía principio, y así en sólo la dilación del tiempo reparaba. Pero como ya Dios lo tenía determinado y ella le supo también persuadir, se convenció y le dió la palabra de ser uno de esta reformación, si no se tardaba mucho en comenzarla, porque, según sus deseos eran grandes, no sufrían largas dilaciones.

Con esto quedó Santa Teresa muy contenta, viéndose ya con dos frailes para primitivos, y pareciéndole que con esto estaba lo más del camino andado, pedía a Dios que, pues le había dado gente, le diese casa; porque con la dilación no le faltase pieza tan de codicia, como la que había visto, aunque tenía confianza que Dios, que la había dado, la conservaría. Y porque a ella le era forzoso ir a la fundación del monasterio de monjas de Malagón, por estarla esperando en Toledo doña Luisa de la Cerda, señora de aquella villa, para ir a ella, y había de pasar por Medina del Campo doña María de Mendoza, hermana del Obispo de Avila, para llevarla hasta Madrid, trató con San Juan de la Cruz que, mientras Dios ofrecía casa para fundación de frailes (que fiaba en Su Majestad sería presto), se fuese entreteniendo en Medina, sin divertirse en otras ocupaciones, más que en las que eran necesarias para lo que los dos habían tratado; y que, pues lo que Nuestro Señor pretendía en esta Reforma, era resucitar la perfección antigua de nuestros mayores, era bien que gastase algunos ratos en leer los autores que trataban de la vida y ejercicios de nuestros antiguos solitarios, para que de ahí tomase las noticias originales de lo que se había de asentar entre los religiosos del nuevo monasterio; y que fuese también mirando la vida común que hacían sus monjas, para tomar de allí lo que le pareciese, guardando secreto en lo que habían tratado, porque no levantase el demonio alguna polvareda para estorbarlo. Y con esto partió Santa Teresa de Medina para Malagón, a mediado de febrero del año de mil quinientos y sesenta y ocho, aunque fué necesario detenerse en Alcalá de Henares, a ruego de doña María de Mendoza y de doña Leonor Mascareñas, aya del rey Don Felipe II, para instruir las monjas que allí había fundado, debajo la Regla de Nuestra Señora del Carmen, una santa beata, llamada María de Jesús, en cuya instrucción se detuvo allí algún tiempo, aunque en todo se daba prisa por las muchas cosas, y todas de importancia, que la estaban esperando en otras partes.

CAPITULO VII

Medios con que se dispuso San Juan de la Cruz para dar principio acertadamente a la fundación de Religiosos primitivos.

Muy consolado salió San Juan de la Cruz de estos coloquios primitivos, que había tenido con Santa Teresa, y muy alentado para ayudar con todas sus fuerzas a la reformación de su Orden, que ella le había persuadido, aunque no le dijo entonces nada de la misteriosa elección que Dios había hecho de él para esto; sino que, mirando él la vida reformada que sus monjas hacían en Medina, y los buenos efectos que de ella salían, así para la utilidad de la Orden, como para el buen ejemplo de los fieles, se prometía lo mismo con la vida de frailes reformados, que guardasen en su rigor la Regla primitiva. Y tomando el consejo de la santa Madre, se ocupaba muchos ratos en mirar los autores antiguos que tratan de la vida heroica y retirada de nuestros monjes solitarios, como San Jerónimo, San Juan Crisóstomo, San Gregorio Nacianceno, Casiano, Paladio y otros que, habiendo sido profesores del mismo Instituto, la referían como testigos de vista acreditados. Miraba asimismo los historiadores graves de la Iglesia en lo que tratan de ellos, y también a Filón y a Josefo, autores sabios de los judíos, que comunicaron muy de cerca a los que había en su tiempo. Y de lo que todos referían de ellos, cada uno en su siglo, venía a sacar en limpio que, aunque diferenciaban en algunos accidentes, todos concordaban en la sustancia de la Regla primitiva y de las principales virtudes en que está fundada, de oración, silencio, soledad, recogimiento en las celdas, para vacar a Dios y huir de criaturas; vida común e igual; abstinencia de carne con largos ayunos; y en todo vida penitente y como celestial, imitadora de la cruz de Cristo y de su desnudez y pureza.

Todo lo cual hacía admirable consonancia con el concepto interior de la nueva vida que Dios había impreso en su alma, como en principio fundamental de ella. Porque aquella blancura y pureza de ángeles, y la caridad encendida de se-

rafines, con que apareció la nueva Reforma en su carne, después de muerto, como ya vimos, la imprimió Dios en el corazón vivo, cuando le dió la investidura de esta primacía; y cómo se habían de ordenar a esto los medios y ejercicios que pone la Regla primitiva, según los ordenaban nuestros monjes antiguos. Y así, aunque en el P. Fr. Antonio de Jesús y en otros de los primeros prelados de la nueva Reforma, hubo diferentes pareceres acerca de los medios proporcionados de nuestra vida y de lo que Dios quería de nosotros, como adelante veremos, en San Juan de la Cruz, como en piedra fundamental, estuvo siempre tan constante este primer concepto, que Dios había asentado en su espíritu, como en forma divina, trasladada del antiguo Elías en el nuevo, de los fundamentos originales de su Instituto, que le duró todo lo que la vida, aunque padeció por ello incomparables trabajos, por la oposición que hacían sus sentimientos a los de muchos religiosos de buen crédito, que se tenían por columnas del edificio primitivo. Los cuales, por ser muchos y bien acreditados, pudieron prevalecer hartas veces contra esta Regla viva del nuevo Elías; que, como nunca ocupó el lugar supremo de esta Reforma, no era tan poderoso para asentar en ella su sentimiento, como los que le ocupaban para asentar los suyos. Lo cual y el lucir menos el venerable Padre en su vida, ordenó Nuestro Señor con particular providencia; porque, como había concedido la dignidad de Fundadora, así de monjas como de frailes, a nuestra Madre Santa Teresa, como a sustituta inmediata de la Virgen Reina del Cielo, autora principal de esta nueva gloria de su Monte, no quiso darle competidor en esta primacía; como parece que se le diera si las excelencias de vida y espíritu de San Juan fueran conocidas en vida, como las va Dios dando a conocer después de muerto, y hubiera gobernado la Orden como prelado superior de ella. Y así, después que el Romano Pontífice, en la beatificación y canonización de Santa Teresa, confirmó en la tierra este título de Fundadora de monjas y frailes de esta reformación, que Dios le había concedido en el cielo, parece que abrió Su Majestad la puerta, que antes estaba como cerrada, para tratar de sacar a luz las excelencias del venerable Padre, su compañero, por no correr ya este peligro.

Pero, aunque muchos de los autores antiguos daban luz acreditada a San Juan de la vida de nuestros mayores, que Nuestro Señor quería restituir en nuestro siglo, le hacía particular fuerza lo que dice Casiano (Collat., 14, c. 4): que nuestros Padres originales, Elías y Eliseo, en los tiempos antiguos habían puesto la suma de su intención acerca de su instituto en la soledad de los desiertos y en la pureza del corazón; y que lo mismo habían hecho después los verdaderos seguidores de su profesión, como San Antonio y otros, que, por medio del silencio y quietud de la soledad se unían familiarmente con Dios. Esto dice este autor y lo imprimía el Señor en el espíritu del venerable Padre, y le parecía que para imitar esta misma pureza de vida y esta familiar unión con Dios, era necesario abrazar los mismos medios de soledad y silencio y retiro de criaturas, compañeros inseparables de la oración quieta y fervorosa.

Ayudaba también a este concepto aquella notable profecía de San Cirilo Constantinopolitano, prior del Monte Carmelo, que entre otras le envió Dios con un ángel, y se refiere en nuestros Anales (Palionid., lib. 3, c. 9. «De antiq. Ord. Carm.»), la cual dice que aquel resplandor de perfección que en su tiempo tenía la Religión de la Virgen, vendría a obscurecerse poco a poco con las picaduras sucias de las moscas y polvos de los caminos. En que significó que la comunicación de las criaturas (cuyas memorias dicen los Santos que manchan y obscurecen al alma) y la falta de recogimiento habían de obscurecer estos antiguos resplandores cuanto a los medros de la vida contemplativa, que nuestros mayores, como fin principal de su Instituto, ejercitaron. Y que así, por el camino contrario de retiro de criaturas y recogimiento en las celdas para vacar a Dios, como nuestra Regla manda, se había de reparar lo perdido de estos medios antiguos de nuestra profesión primaria. Y de todo esto sacaba en limpio que se había de imitar en la nueva Reforma la vida solitaria y retirada, como medianera y defensora de la pureza y fervor que Nuestro Señor pide a la nuestra; y poner para esto los ojos en la que asentaron en sus congregaciones San Antonio y San Pacomio, reformadores entrambos, por elección de Dios, del instituto de Elías en su siglo.

A esta diligencia que hacía el Santo, de reconocer los originales antiguos, tan conformes con los sentimientos nuevos que había Dios impreso en su alma, añadía ir reconociendo la vida que Santa Teresa había introducido entre sus monjas por moción divina. Y hallaba también que los medios por donde caminaban a la guarda de la Regla primitiva, concordaban con las observancias antiguas. Porque las dos horas de oración de comunidad, de mañana y tarde, las tenían también nuestros mayores de la primitiva Iglesia, como afirma Filón, autor grave de aquel tiempo, y que todo lo demás del día lo daban a la meditación de la ley del Señor; y los demás actos comunes que la Santa introdujo en sus conventos, también los hallaba observados en nuestros monasterios antiguos reformados; y así le pareció al Santo que, sin saber nuestra Santa estas antigüedades, por instinto del cielo las asentó en sus comunidades.

Finalmente, todo lo que de la vida común había introducido en sus monasterios, con tan gran igualdad entre súbditas y preladas, lo hallaba también inviolablemente observado entre los monjes antiguos, nuestros mayores, y estrechamente mandado en las Constituciones que Dios envió a San Pacomio para el gobierno de sus monasterios, con tan particular y menuda providencia, que puede espantar a quien las viere para hacer una gran ponderación de lo que esta igualdad importa a la perfección religiosa. Las cuales constituciones recibieron poco después los discípulos de San Antonio, como profesores de un mismo Instituto, y se trasladaron de lengua egipcia en griego, para que se extendiesen por las demás provincias. Y San Jerónimo las tradujo de griego en latín, como consta de su prólogo, para que los religiosos latinos que en ellas había, las entendiesen; cuya traslación pone el Cardenal Baronio el año 404. De todo lo cual sacaba el santo Padre que, para las observancias que Santa Teresa había introducido entre sus monjas, había sido particularmente movida de Dios; y que, como tan conformes a la vida antigua de nuestros religiosos (con los cuales se conformaban también las monjas que había entonces, como lo afirman los autores graves de aquellos siglos antiguos), asentarían muy bien en el monasterio de frailes primitivos; pues así en los frailes, como en las monjas,

quería Dios resucitar en nuestro siglo la perfección que en los antiguos guardaban nuestros mayores, trocado el orden; para que, como entonces comenzaba la reformación en los religiosos, mirando a Elías, su fundador, ahora comenzase en las religiosas, mirando a la Virgen soberana, su reformadora.

CAPITULO VIII

Se comienza a tratar de la fundación de los frailes primitivos y se sacan las licencias para ella.

Como sobre ascuas estaba Santa Teresa en Malagón, según la prisa con que tiraban de ella dos fuertes ocasiones. La una era la fundación de religiosos primitivos de su Orden, por no perder un sujeto de tan grandes esperanzas para vida reformada, como el P. Juan de la Cruz, aunque confiaba que el Señor, que le había elegido para esto, le conservaría en su propósito. La otra era haberle revelado Nuestro Señor que don Bernardino de Mendoza, hermano del Obispo de Avila (que había dado a la Santa una casa y huerta en Valladolid para fundar allí monasterio), estaba en el purgatorio, y que hahabía de salir su alma de él el día que se dijese allí la primera misa. Y como la Santa era tan agradecida, deseaba abreviar la pena de su bienhechor, y así, en pudiéndose desembarazar de las cosas de Malagón, partió de allí, sin detenerse, hasta llegar a Avila, aunque en Toledo la quisieron detener para que tratase de fundar allí, que se le ofrecía ocasión.

Llegó a Avila por el mes de junio del mismo año de 1568, donde Dios la estaba aguardando con el solar de primitivos. Vino allí a visitarla un caballero de aquella ciudad, llamado don Rafael de Avila, a quien ella jamás había hablado, y díjole que, habiendo oído decir que trataba de fundación de frailes descalzos, venía a ofrecerle para ello una casa que tenía en Duruelo, alquería de Avila, y de hasta seis o siete labradores, la cual servía de vivienda a un rentero que cuidaba de recogerle allí su pan de renta. Díjole también cómo estaba en el camino desde Avila a Medina del Campo, y que, pues ha-

bía de hacer presto esta jornada, atravesase por allí y la viese. Bien echó de ver la Santa, según la relación del lugar y de la casa, que no era muy a propósito; pero la gana que tenía de ver ya frailes de su profesión, era tanta, que agradeciendo al caballero el ofrecimiento, concertó con él que iría a verla. Abrevió las ocupaciones que tenía en Avila y partió de allí a mediado junio, y después de mucho cansancio, por haber errado el camino, llegaron a Duruelo y entraron en la casa que había de ser el honrado solar de la nobleza primitiva. Y si malo fué el concepto que de la primera relación había sacado, peor era la figura de la casa. Era todo el edificio un razonable portal con una cámara doblada (esto es, aposento ábajo, y desván arriba) y una cocinilla, y con esto se remataban aquellos grandes palacios; y todo tan desaliñado y poco limpio, que no veían la hora de salirse fuera.

Comenzó la Santa Madre a tantear allí el nuevo monasterio con harta risa de sus compañeras y del P. Julián de Avila, que allí iba, de que pensase que había de haber espíritu que se acomodase a fundar allí convento. Parecióle a la Santa que el portal podía servir de iglesia, el desván de coro, y la cámara de dormitorio. Y no carece de misterio que, teniendo Santa Teresa un corazón tan grande y una confianza en Dios tan dilatada, se estrechase tanto en esta ocasión, que le pareciese que no había de hallar otra mejor para fundación de frailes. Todo lo cual ordenaba Dios, que con pequeños principios suele encaminar sus obras grandes. Y así parece que quiso Nuestro Señor levantar desde un portal (pensamiento es de Santa Teresa) el edificio de la vida primitiva; como también desde otro había levantado el de su Iglesia. Y teniendo la Santa por ordenación de Dios que allí se fundase el primer monasterio de primitivos, aunque se lo contradecían todos los que venían con ella, sin esperar a tratarlo con los dos Padres, que para esto la estaban aguardando en Medina, comenzó a tratar luego de esta fundación.

Para lo cual despachó desde Duruelo al P. Julián de Avila a Olmedo (donde se hallaba entonces el obispo Don Alvaro de Mendoza) a tratar con él que escribiese encarecidamente a los dos Provinciales, presente y pasado, de la Orden de Nuestra Señora del Carmen, a quien venía subordinada

la licencia del General para la fundación de los dos monasterios de frailes, y les pidiese que diesen la licencia, y ella partió a Medina para las cosas que allí la esperaban, con intento de pasar luego desde allí a la fundación de monjas de Valladolid. El Obispo, continuando su devoción, que siempre había tenido a la Santa, y movido del deseo que tenía de ver fundado ya monasterio de frailes primitivos, no se contentó con escribir sobre esto a los dos Provinciales, sino añadió más prendas a la diligencia, enviando las cartas con don Juan Carrillo, su secretario, persona de gran caudal, para que, en su nombre, lo negociase con ellos. Llegada a Medina Santa Teresa, se vió luego con los dos Padres, Fr. Antonio de Heredia y Fr. Juan de la Cruz, destinados para dar principio a esta obra (que entrambos estaban allí aguardándola), y les dió cuenta de los palacios de Alejandro que les tenía aparejados ya en Duruelo, aunque temerosa si habían de desechar-los. Pero ellos estaban con tanto deseo de verse ya profesores de la nueva vida, por la prisa que Dios les daba para abrazarla, que ninguna dificultad pusieron.

Tuvo sus dificultades el sacar la licencia de los Provinciales, porque, con ser hombres celosos de la reformación de su Orden, hallaban tanta repugnancia, en la Provincia, de que hubiese frailes primitivos que se diferenciasen tanto de los demás en hábito y vida, como nuestra santa Madre y sus monjas se diferenciaban de las de profesión mitigada de su Orden, que, por no dar disgusto a la Provincia, no querían conceder la licencia. Pero facilitóla Dios por un medio muy secreto que nuestra Santa no sabía; porque se atravesó un negocio de mucha consideración para la Orden de Nuestra Señora del Carmen, y que lo deseaban mucho entrambos Padres, y se había de encaminar por mano de doña María de Mendoza, hermana del Obispo de Avila, que también intercedía por la licencia; y así se la dió en las manos el desear contentarla en esto para lo que ellos pretendían. Y como el P. Fr. Antonio de Heredia, por ser religioso tan antiguo y Prelado tantas veces en la Orden, y el P. Fr. Juan de la Cruz no ordenado más que de Evangelio (1), había de ser prelado del nuevo

1 Según el autor, San Juan de la Cruz, al ir a Duruelo, no era todavía sacer-

monasterio, le dió cargo nuestra santa Madre que fuese acomodando para él algunas cosas, mientras vencían las dificultades de las licencias, que duraron hasta que la Santa llegó a Valladolid.

El título que el General y los dos Provinciales dan a nuestros Descalzos es muy misterioso, llamándolos contemplativos. Porque como Nuestro Señor pretendía resucitar en esta Reforma del nuevo Carmelo la contemplación divina, ejercitada por tantos siglos en el Carmelo antiguo, nos puso delante de los ojos este título tan a los principios, como fijándolo en las puertas del edificio, para que nunca le perdiésemos de vista. Lo cual fué como renovar con la nueva vida el título antiguo que dieron los Apóstoles a nuestros monjes de la primitiva Iglesia, llamándolos en la confirmación de nuestro Instituto «Ordo Contemplativus», como refiere San Dionisio (D. Dio., c. 6, «De Eccles. hierar.»), que es lo mismo que suena en estas nuevas licencias. De lo que cuidaban más nuestra santa Madre en este tiempo, era de acomodar las cosas de esta fundación; de manera que, sin sentimiento del P. Fr. Antonio, se cumpliese lo que Nuestro Señor tenía determinado: que el Padre Fr. Juan de la Cruz fuese el primero que se descalzase y pusiese la bandera reformada sobre el muro primitivo. Y parecióle que para esto era conveniente llevársele consigo a Valladolid, para cuya fundación de monjas estaba de partida, y donde se estaban haciendo entonces apretadas diligencias con los Provinciales, para que diesen su licencia para la de frailes.

---

dote, aunque en el capítulo siguiente nos lo presenta celebrando la santa misa, sin decir nada de su ordenación sacerdotal. En cambio, en el mismo capítulo declara presbítero al compañero del Santo, Fr. José de Cristo. Contra el parecer, inadmisible, del autor, está el unánime sentir de los historiadores de la Orden, que ponen por entonces sacerdote a San Juan de la Cruz y diácono a José de Cristo, refutando la opinión contraria (Nota del editor).

CAPITULO IX

De la fundación del Monasterio de Duruelo.

Cuando fué tiempo de partir Santa Teresa de Medina a la fundación de Valladolid, descubrió a S. Juan de la Cruz la revelación que había tenido de Nuestro Señor, acerca de la elección que había hecho de él, para que fuese el primero que se descalzase y diese principio a la vida primitiva del nuevo monasterio; y que, para que esto se pudiese hacer convenientemente y sin estorbo del P. Fr. Antonio de Heredia, había pensado llevarse consigo a Valladolid, con ocasión que viese la vida que ella y sus monjas hacían, para tomar de ella lo que le pareciese, y que, desde Valladolid, alcanzadas las licencias de los dos Provinciales y del Obispo, se iría derecho a Duruelo, sin tocar en Medina. San Juan, dando crédito a un espíritu tan ilustrado de Dios y de persona escogida de él para dar estos medios de la reformación de su Orden y ejecutarlos, se sujetó a seguir su parecer en todo, y así se dispuso para acompañarla. De este acto, que se celebró entre las dos columnas del nuevo Carmelo, tenemos noticia milagrosa (demás de la Historia) en las informaciones que se hicieron en el tribunal episcopal de Jaén, donde viene verificado que, entre las demás apariciones que allí se vieron en la carne del santo Padre, de que hicimos mención en otra parte, estaba en una figurada perfectamente nuestra Santa Madre, y junto a ella San Juan de la Cruz, y sobre las cabezas de entrambos estaba el Espíritu Santo en figura de paloma blanca, y nuestro Padre tenía inclinada la cabeza hacia Santa Teresa, como obedeciendo lo que, de parte de Dios, le proponía. En todo lo cual ya se ve cuán misteriosamente está figurado lo que de este acto queda referido.

Abreviando la Santa las cosas que la detenían en Medina, partió a Valladolid, acompañada de nuestro Padre; del cual y de su espíritu estaba tan pagada, que ponderaba a sus monjas que pudiera decir de él lo que Dios había dicho de David: «Que había hallado un hombre conforme a su corazón y hecho a su voluntad»; y así se consolaba mucho de

comunicarle. Para lo cual tuvo mucha ocasión en esta jornada, como ella lo dice por estas palabras: «Como en esta fundación de Valladolid estuvimos algunos días con oficiales para recoger la casa, sin clausura, había lugar para informar al P. Fr. Juan de la Cruz de toda nuestra manera de proceder, para que llevase bien entendidas todas las cosas» (*Fund.*, capítulo XIII). Pues en estos largos ratos no sólo platicaba con él las cosas que ella y sus monjas habían abrazado de rigor y perfección; mas también lo que había entendido de Dios, del fin que Su Majestad tenía en esta Reformación, que era (como la misma Santa lo tocó en algunas partes de sus libros) resucitar en nuestro siglo la vida primitiva retirada y fervorosa que nuestros mayores habían hecho en los siglos antiguos, con tan gran hermosura y utilidad de toda la Iglesia, imitando desde la tierra la vida y contemplación de los ángeles: Y lo mismo que ella sentía en esto, había Nuestro Señor asentado en el espíritu de nuestro santo Padre; y mientras que se sacaban todas las licencias, le hizo Santa Teresa hábito de descalzo, para que entrase en Duruelo a modo primitivo, pues lo había de ser la vida, según Nuestro Señor lo tenía ordenado.

Alcanzadas ya las licencias con buena diligencia de Santa Teresa, así la de los Provinciales (a quien la del General venía subordinada), como también la del Obispo; partió a Duruelo S. Juan de la Cruz, con orden de la Santa Madre que no entrase en Medina del Campo; y llevó consigo un Padre (1) de su Orden y de buenos deseos, llamado Fr. José de Cristo, para que le ayudase en la nueva vida; y entre los dos llevaban algunas cosas de casa pobre, que la Santa les había dado. Y usando ya San Juan de la Cruz de las licencias que llevaba de sus Prelados, se descalzó de pie y pierna, y se vistió un hábito grosero y penitente, con que se puso en figura de primitivo. Avisó luego de su ida al P. Fr. Antonio de Heredia, el cual no pudo salir tan presto de Medina, porque, como hombre que daba buena cuenta de sí en todo lo que tenía a su cargo, estaba aguardando al Padre Provincial, que viniese a visitar el monasterio de Santa Ana, de Medina, don-

1 Véase la nota anterior.

de era prior entonces, y hasta que viniese, no podía ir a Duruelo. Lo cual ordenó también Nuestro Señor para que con esto se encaminase suavemente lo que Su Majestad tenía determinado: que San Juan de la Cruz fuese el primero que subiese al muro primitivo y asentase en él la bandera reformada.

Llegados los dos religiosos a Duruelo, trataron de componer la casa y lo que de ella había de ser iglesia y coro, y comenzaron a hacer una vida nueva, imitadora de la antigua, según lo que en Valladolid se había tratado con Santa Teresa, y según el concepto que San Juan de la Cruz había hecho de ella, sacado de nuestra Regla y de los autores antiguos, acomodándola al fin principal que la Regla mira. Decían sus Maitines a media noche con devoción y buena pausa, y después se recogían a sus celdillas, donde oraban o reposaban, según su devoción o la necesidad lo pedían. A la mañana, tenían su oración de comunidad, y después de ella, decían las cuatro horas menores. Después de las Horas, decían misa el P. José de Cristo (1) y San Juan de la Cruz, y todo lo demás de la mañana gastaban en las celdas en oración y meditación de la ley del Señor, como manda la Regla. A este modo acomodaban también el tiempo de la tarde, después de dichas Vísperas, hasta la hora de la tarde que habían de tener oración en común. Después de colación, decían Completas y se recogían a las celdas, donde rezaban sus devociones y tenían oración en particular, como disposición devota del sueño que tomaban para levantarse a Maitines. Y esta fué la vida de Duruelo en todos aquellos días que el P. Fr. Antonio se detuvo en salir de Medina, aunque no pusieron el Santísimo Sacramento, aguardando que él lo pusiese, como Prelado de la casa.

Después que el P. Provincial llegó a Medina e hizo allí su visita, renunció el P. Fr. Antonio el oficio de prior y la Regla mitigada, y profesó la primitiva en manos de su Provincial, y tomando hábito de descalzo, como su compañero, partió al nuevo monasterio, lleno de gozo, llevando consigo algunas pobres alhajas, y llegó a Duruelo a 28 días del mes de noviembre de 1568, adonde fué alegremente recibido de los que allí le aguardaban. En aquel día y en el siguiente, adere-

1 Véase la nota de la pág. 31.

zaron devotamente la iglesia, para poner en ella el Santísimo Sacramento el día del glorioso apóstol San Andrés, que es a 30 de noviembre, en cuya fiesta cayó aquel año la primera Domínica de Adviento, y así se hizo con mayor solemnidad espiritual, que adorno suntuoso de cosas materiales. Pusieron por nombre al nuevo monasterio Nuestra Señora del Monte Carmelo, a imitación del antiguo de Palestina, cuya perfección se pretendía resucitar juntamente con el nombre. Celebrada la fiesta y acabada la misa, renunció San Juan de la Cruz la Regla mitigada y profesó la primitiva. Y desde este día se cuenta la fundación de este monasterio, cuando se puso en él el Santísimo Sacramento, y no desde el día que se hizo en él vida primitiva (1).

Comenzaron luego a pedir el hábito algunos que Dios movía para esto con fervor, como había menester la aspereza de vida que allí se abrazó. De manera que, en poco tiempo, pudo haber comunidad formada. Y habiendo ya forma de convento, asentó el P. Fr. Antonio de Jesús la vida común, que hoy se observa en nuestra Reforma, conformándose con lo que acerca de esto tenían dispuesto los Capítulos Generales, y vistiendo los actos comunes con ceremonias y circunstancias más conformes a reformación y encogimiento, conformándose en todo S. Juan con el parecer de su Prelado.

CAPITULO X

El Monasterio de Duruelo, planta fundamental del Carmelo renovado.

Para describir este solar de primitivos y la vida que hacían los primeros habitadores de él, es a propósito lo que dice Santa Teresa por estas palabras (*Fund.*, c. 14): «El primer domingo de Adviento de este año de 68, se dijo la primera misa en aquel portalico de Belén, que no me parece era mejor. La Cuaresma adelante, viniendo a la fundación de Toledo, me vine

1 Sobre la fecha precisa del día en que los religiosos de Duruelo profesaron la Regla primitiva, implantando así la Reforma, hay diversidad de opiniones en los historiadores. Unos asignan el 28, otros el 29 y otros el 30 de noviembre (N. del E.).

por allí. Llegué una mañana... y como entré en la iglesia, quedéme espantada de ver el espíritu que el Señor había puesto allí. Y no era yo sola, que dos mercaderes que habían venido de Medina hasta allí conmigo, que eran mis amigos, no hacían otra cosa sino llorar. ¡Tenía tantas cruces, tantas calaveras! Nunca se me olvida una cruz pequeña de palo, que tenía para el agua bendita, que tenía en ella pegada una imagen de papel con un Cristo, que parecía ponía más devoción que si fuera de cosa muy bien labrada. El coro era el desván, que por mitad estaba alto, que podían decir las Horas; mas habíanse de abajar mucho para entrar y para oir misa. Tenían a los dos rincones, hacia la iglesia, dos ermitillas, adonde no podían estar sino o echados o sentados, llenas de heno (porque el lugar era muy frío, y el tejado casi les daba en la cabeza) con dos ventanillas al altar, y dos piedras por cabeceras, y allí sus cruces y calaveras».

«Supe que, después que acababan Maitines hasta Prima, no se tornaban a ir, sino allí se quedaban en oración, que la tenían tan grande, y que les acaecía ir con harta nieve los hábitos, cuando iban a Prima, y no haberlo sentido. Decían sus Horas con otro Padre de los del Paño, que se fué con ellos a estar, aunque no mudó hábito, porque era muy enfermo, y otro fraile mancebo, que no era ordenado, que también estaba allí. En tan poco tiempo, era tanto el crédito que tenían, que a mí me hizo grandísimo consuelo cuando lo supe. Iban a predicar a muchos lugares, que están por allí comarcanos sin ninguna doctrina... legua y media, dos leguas, descalzos (que entonces no traían alpargatas, que después se las mandaron poner), y con harta nieve y frío; y después que habían predicado y confesado, se tornaban bien tarde a comer a su casa. Con el contento, todo se les hacía poco»

Esta es la descripción que hace Santa Teresa del nuevo monasterio y de sus habitadores, y como entre ella y San Juan de la Cruz habían tratado tan de propósito de la vida que se había de asentar en el nuevo monasterio, acomodándola principalmente a los ejercicios de la vida contemplativa de nuestros mayores, y vió que se abrazaba tanto de la activa, que había de ocupar la mayor parte del tiempo del día y de la noche, extrañóla mucho, y aunque mostró la novedad que

le hacía, no la contradijo; antes hablando con veneración de lo que hacían, alabó su fervor, aunque rogándoles que moderasen mucho de lo que habían tomado de peso, para que lo pudiesen llevar los hombros flacos, pues en la vida común no podían ser todos gigantes. Y no fué la vida penitente y áspera la que extrañó; pues la misma había abrazado ella entre sus monjas y la persuade en muchos lugares de sus libros, a imitación de nuestros monjes antiguos; sino que, por haber abrazado tantos actos de ocupaciones ajenas, se había de faltar después a la del fin principal, que Dios quería resucitar en esta Reformación que era la contemplación divina, que pedía no sólo tiempo, mas también ánimos no ahogados con muchas ocupaciones, y cuerpos no molidos con el trabajo de ellas. Porque con ser tan pocos los religiosos que había entonces, cantaban todo el Oficio divino, aunque fuesen ferias, y abundaba tanto el fervor, que todo lo que veían loable de actos comunes en las otras religiones, que profesan diferentes Reglas y para diferentes ejercicios, lo abrazaban.

Esto que tan a los principios temió nuestra gloriosa Madre, vió, después de algunos años, que se iba cumpliendo, y que por embarazarse mucho con las ocupaciones ajenas, se faltaba a la propia; y así lo decía algunas veces, y en uno de sus libros lo significó, aunque con su modestia acostumbrada por estas palabras: «Aunque todos los que traemos este hábito sagrado del Carmen, somos llamados a la oración y contemplación, porque este fué nuestro principio, de esta casta venimos, de aquellos Santos Padres nuestros del Monte Carmelo, que en tan gran soledad y con tanto desprecio del mundo buscaban este tesoro, esta preciosa margarita de que hablamos; pocos nos disponemos para que nos la descubra el Señor» (*Mor.* V, c. 5). Esto dice, y experimentándose en la Religión que no se compadecían con el ejercicio quieto y abstraído de la contemplación divina y vida angélica tantas ocupaciones ajenas, para que Dios tenía ya otras religiones en su Iglesia, las fué moderando, particularmente lo mucho que se cantaba del Oficio divino, y las ocupaciones ordenadas al bien de los fieles fuera de nuestros conventos, en que se ejercitan con gran provecho otras religiones

dedicadas a eso. Todo lo cual es tan conforme a lo que Dios quiere de nosotros, que cuando nuestros mayores se ocupaban mucho en otras ocupaciones, aunque fuesen del culto exterior de Dios, enviaba Su Majestad ángeles que lo moderasen, y la causa que daban de esta moderación, era para que cumpliesen lo que manda la Regla de estar de día y de noche en contemplación en sus celdas: de lo cual hallamos gravísimos ejemplos en los autores antiguos de la Iglesia (1).

Volviendo, pues, a nuestro solar primitivo, añadiremos a la devota descripción de nuestra gloriosa Madre, la que hacían los primeros que allí tomaron el hábito. Uno de los cuales, persona muy santa y de gran crédito, que le tomó el mes de septiembre del año siguiente de 1569, dice que, cuando llegó a Duruelo, habían hecho dormitorio del aposento bajo, quitando de él lo que fué menester para hacer dos confesonarios hacia la parte que caía a la iglesia, para la gente que de la comarca acudía a confesarse. Las camas eran un heno, que servía de esteras del aposento, y algunos necesitados tenían una manta, y todas eran viejas, dadas como por deshecho en aquellos lugarejos. Las almohadas eran una piedra o un madero, que servía de cabecera, y los que por algún achaque no podían tener esto, gozaban de la comodidad de una almohada de sayal grosero con paja o heno dentro; porque el uso de la lana en esto se tenía por falta de pobreza.

De la cocina hicieron dos partes, quitándole la mitad para refectorio, cuyo adorno era sola una tabla, sobre que ponían la comida, y unas medias calabazas pegadas por de dentro, que servían de tazas, y cualquier cántaro viejo y jarro quebrado, que los labradores tenían ya echado al rincón por cosa desaprovechada, y lo daban a los religiosos para tener agua y vino; porque de todas estas alhajas ninguna se compraba, y todo esto era el ajuar del refectorio. El de la cocina era un par de ollas, en que se cocían unas yerbas y alguna vez un poco de abadejo. El coro todavía permanecía con su teja vana, y ésta tan maltratada, que cuando nevaba o llovía, entraba fácilmente la nieve y el agua dentro. La ventana del coro por donde entraba la luz, era una teja que

1 Pallad., Hist. Lausiaca, sect. 35.ª—Casian., instit., lib. 2., cap. 5.

quitaban de día del tejado, y la volvían a poner de noche; y éste era todo el monasterio y su aparato rico.

Quien mirara esta obra de Dios con solos ojos de carne, sin hacer debida reverencia a la profundidad de los misterios divinos, a que no puede dar alcance, tendría razón de admirarse de tan flacos fundamentos para tan gran edificio, y desconociendo la obra, de decir: ¿qué tiene que ver esta pobreza, esta desnudez y este desabrigo con aquellas grandes cosas que Dios tenía ofrecidas a esta reformación? Pero si la conferimos con otras cosas grandes que Dios ha hecho en el mundo, hallaremos que por estos principios caminaron, mostrando más su poder en alcanzar victoria del mundo y del infierno con instrumentos flacos y despreciados, que si la alcanzara por otros de mayor majestad y grandeza. No trato ya de la pobreza humilde, con que el Hijo de Dios vino a ganar el mundo, revelado contra su natural Señor, sin querer reconocerle; ni de las fuerzas flacas de los capitanes que escogió para esta empresa; sino de otros ejemplos semejantes al nuestro. Porque ¿quién dijera que en aquella humilde choza, aunque por sus habitadores venerable, en que el glorioso San Francisco, antes de mudarse a la Porciúncula, vivía con sus discípulos en tanta desnudez y pobreza (retrato en todo de nuestro Carmelo recién nacido) estaban las generosas primicias de tan ilustre familia de la Iglesia? Y ¿quién con sola razón humana hiciera muy alto concepto de aquellas dichosas cuevas y cabañas, principio heroico del monasterio de Claravals, y ejemplarísimo fundamento de la religión de San Bernardo? De esta manera, pues, introduce Dios sus mayores obras en el mundo, para que toda la gloria sea suya, y no se atribuya a la suficiencia de los arcaduces por donde se encaminan.

CAPITULO XI

Observancia de la Regla primitiva en Duruelo.

Asentóse en el nuevo monasterio de Duruelo por fundamento primario la observancia original en todo su rigor de la Regla primitiva, que Alberto, Patriarca de Jerusalén, recopiló de nuestras observancias antiguas, emanadas desde el profeta Elías, fundador primario de nuestro instituto, y confirmada y declarada por el Papa Inocencio IV, la cual veneraban nuestros nuevos Descalzos como cosa divina, por haber sido como una oficina celestial, en que se habían labrado tan innumerable multitud de piedras hermosísimas para el edificio de la Jerusalén triunfante, en todas las provincias orientales, por muchos siglos de la Iglesia, como escriben los historiadores de ella. Y así la abrazaron los nuevos primitivos de Duruelo, como llamados de Dios a esta gloriosa herencia, renunciando las mitigaciones que había tenido después que nuestros religiosos dejaron la Tierra Santa y se trasladaron de las provincias orientales a las del occidente. Y particularmente la mitigación concedida por el Papa Eugenio IV el año 1431, para cuyo reparo levantó Nuestro Señor esta Reforma. Pero con esta Regla primitiva abrazaron también nuestros Descalzos las declaraciones que en su confirmación hizo el Papa Inocencio IV a esta Regla el año 1248. Porque estas declaraciones acomodan con gran perfección y consonancia las dos vidas, eremítica y cenobial, sin las cuales declaraciones no se pudiera ocurrir convenientemente a la utilidad de los prójimos, a que esta reformación también acude, si se hubiera de guardar el silencio riguroso desde Vísperas hasta Tercia, como la Regla original manda, y no desde Completas hasta Prima, como lo declaró Inocencio.

El hábito de que se vistieron en Duruelo los nuevos primitivos, fué el mismo que en la antigüedad había corrido entre los monjes, verdaderos hijos e imitadores de Elías, por todas las provincias orientales, conviene a saber, capa blanca, hábito y escapulario de color buriel, con sus capillas, todo

de materia muy grosera, como jerga o sayal, y de forma penitente y edificativa. El cual fué el hábito común de nuestros mayores, aunque diferentes autores nombran con diferentes nombres estas partes de hábito, cada uno al uso de su reino o provincia.

Vestidos ya los Descalzos del hábito primitivo, comenzaron luego a poner en ejecución con gran rigor todas las penitencias y observancias de la Regla primitiva: como no comer perpetuamente carne, si no fuese en los casos de enfermedad, que ella permite; ayunar, desde la fiesta de la Exaltación de la Cruz (que es a 14 de septiembre) hasta Pascua de Resurrección; estar en las celdas de día y de noche, meditando en la Ley del Señor y velando en oración; guardar silencio en todo tiempo, y más estrechamente desde Completas hasta dicha Prima, sin interrumpir el primero, sino en cosas necesarias y conocidamente útiles, ni el segundo, sino en las muy forzosas, que no se pueden dilatar para otro tiempo, cuales son las de los enfermos y las que de fuera ocurren al Prelado. Y entonces se tratan con voz tan modesta, que no se oiga en ninguna parte del Convento.

Desterróse de los umbrales primitivos todo género de blandura y regalo, particularmente el uso del lienzo ni aun para un paño de narices, por parecer en todo soldados del ejército de Cristo, herederos del valor de sus mayores. En todas las cuales observancias era San Juan de la Cruz el que llevaba delante la bandera del rigor primitivo con su doctrina y ejemplo, con que alentaba a los demás a abrazar su esforzado espíritu; el cual no se daba aun por contento con toda la aspereza de la Regla, y así abrazaron con ella otras penitencias, entonces voluntarias, y después, por la antigua costumbre y nuevas Constituciones, ya obligatorias: como más días de ayuno entre año, tres disciplinas cada semana, dos horas de oración mental cada día, en comunidad, de más de la que se tiene en las celdas; muchos oficios de difuntos y otros actos comunes del coro o fuera de él, a que la Regla no obliga; muchas mortificaciones, y algunas de ellas muy dificultosas a la altivez de la naturaleza mal inclinada; y finalmente, asperezas casi continuas por diferentes caminos. Abrazóse asimismo la vida común e igual entre Prelados y súbditos, así

en comida y hábitos como en todas las demás cosas necesarias para la vida humana en salud y enfermedad. Y asentóse en Duruelo con tan inviolable observancia, como cosa tan observada en la Religión de Elías en todos los siglos antiguos, que la igualdad y pobreza que se guardaba en Duruelo, en ninguna cosa era inferior a la que en la iglesia de Tabena guardaban San Pacomio y sus discípulos, primeros observavadores de estas Constituciones.

Y aunque nuestro venerable Padre, como forma viva de la vida primitiva, fué el principal autor de la que se asentó en Duruelo y Mancera (adonde poco después se trasladó este convento), no me detendré en referirla en particular, como cosa que toca más a la Historia general. Pero tales fueron estos primeros observadores de ella, cuales los había visto en espíritu el glorioso San Vicente Ferrer, honra de España y gloria de la religión de Santo Domingo, según él lo dejó escrito en un tratado que hizo de vida espiritual, donde dice estas palabras (1): «Pero lo que particularmente habemos de considerar, es el estado y vida de aquellos varones evangélicos que después han de venir: comunidad de pobres, sencillos, mansos, humildes, despreciados; unidos entre sí con caridad ardentísima. Los cuales ninguna cosa piensan ni hablan, y ninguna saben, sino sólo a Jesucristo, y ése crucificado; que no cuidan de este mundo, y se olvidan de sí mismos, contemplando la gloria celestial de Dios y de sus bienaventurados, y suspirando por ella y por su amor íntimamente, esperando siempre la muerte y diciendo con San Pablo: Deseo ser desatado y estar con Cristo; que son enriquecidos de lo alto con innumerables tesoros de riquezas celestiales, y bañados de los dulcísimos y melífluos arroyos de la suavidad y alegría divina. A los cuales bienes, dejadas las demás cosas maravillosamente aspiran. Y con estos ejercicios los puedes considerar como unos cantores de la capilla de los ángeles, que en júbilo hacen música a Dios en los instrumentos del corazón».

Todas estas son palabras de San Vicente, tan al vivo verificadas en nuestros nuevos primitivos, que no parece habla-

1 D. Vinc., De vita espirit., c. 19.

ba de tiempo venidero, sino de presente, y que estaba viendo con los ojos corporales, lo que vió con los del espíritu de la vida penitente y contemplativa que se hacía en los primeros monasterios de esta reforma de Duruelo, Mancera, Pastrana, Altomira, la Peñuela y en otros de aquel tiempo. Y el mismo Santo dió noticia en vida a algunos religiosos familiares suyos del antiquísimo tronco de donde habían de salir estos milagrosos renuevos; y se conservó entre ellos esta memoria. Y así, estando en un monasterio de Sto. Domingo el P. Fr. Ambrosio Mariano de San Benito, hombre de heroica virtud y de gran verdad, y uno de los primeros de esta reformación, le dijo un religioso muy grave de aquella sagrada Orden que mucho antes había noticia entre ellos que esta profecía del glorioso San Vicente Ferrer se había de cumplir en la Religión de Nuestra Señora del Carmen; y se lo enseñó escrito en un libro de mano, cuyo autor era muerto muchos años antes que esta reformación saliese a luz.

Y como en ella quería Nuestro Señor resucitar la perfección de nuestros monjes antiguos, extendidos por todas las provincias orientales, les eran tan parecidos estos nuevos observadores de la Regla primitiva, que la vida que hacían en estos nuevos monasterios, era la que San Gregorio Nacianceno describe de los de su tiempo, de esta manera: «Todas las cosas que miraba en mis hermanos, eran para mí estímulos que me despertaban, conviene a saber: vigilias, ayunos, oraciones, lágrimas, rodillas hechas callos de mucho orar, disciplinas, suspiros profundos, oración de toda la noche, peregrinación del alma anegada en Dios, llanto suave en la oración, que despierta a compunción devota los ánimos de los que le oyen. Allí se veían unos cantores celestiales de la gloria de Dios, celebrando en la tierra sus alabanzas, y meditando en la Ley del Señor de día y de noche, y saboreándose en las consolaciones divinas. Todas las cosas que veía en sus personas, eran argumentos y como unos pregoneros mudos de la vida agradable a Dios, conviene a saber: la cabellera descuidada, los pies desnudos, imitadores de los apostólicos, que no llevan cosa muerta, el vestido humilde, la capa estrecha y corta, para que no impida a los pies, los pasos compuestos, los ojos bajos, el rostro alegre y humilde, las palabras mo-

deradas, el silencio útil, la alabanza sazonada, la reprensión templada con suavidad. La riqueza tienen en la pobreza, la posesión en la desnudez, la gloria en el menosprecio, el poder en la flaqueza. Tienen por deleite el menospreciar los deleites, son los que se humillan por el reino del cielo, los que no tienen nada en el mundo, y están sobre el mundo como señoreándole. Son los que estando en carne, viven fuera de la carne, los que tienen a Dios por patrimonio, los que por el reino padecen pobreza, y por pobreza reinan». Todas estas son palabras de este Santo, y como descripción de nuestros nuevos primitivos, imitadores de aquéllos.

CAPITULO XII

Va nuestro Señor perfeccionando el espíritu de San Juan de la Cruz y despojándole de las ropas del hombre viejo, para vestirle de sus resplandores.

La vida de San Juan de la Cruz es de las cosas que dice San Dionisio que no tienen historia muerta, sino perfección vital; y que así las habemos de considerar menudamente, y venerar en lo visible de ellas lo secreto de las determinaciones divinas que en ellas está encerrado. Porque, como Nuestro Señor le escogió para maestro de perfección y guía acertada de verdaderos contemplativos en su tiempo, como sus mayores lo habían sido en los antiguos; no sólo le infundió lo que de virtud singular y altísima sabiduría había menester para este oficio; mas también hizo en su misma persona un perfecto dechado y ejemplar vivo de los grados por donde se sube, como por escalera mística de la vida contemplativa, a la cumbre de la perfección del destierro, imitadora de la patria. Y por esto nos corre obligación, concurriendo con este fin de Dios, a ir caminando en la historia del Santo por estos grados de perfección, directivos de la nuestra, al arrimo de lo que él nos dejó escrito de su fiel experiencia; aunque pasaremos por ellos de corrida, tocando solamente lo que baste para dar noticia de las mercedes que Dios le hizo y de la perfección grande a que llegó por ellas; lo cual es una

parte muy principal de su historia. Y para subir en esta noticia a los grados superiores, donde fueron mayores estas mercedes, es forzoso tocar algo de los inferiores, que son sus fundamentos.

Tiene nuestra alma sus órdenes y como esferas de diferentes grados de potencias, al modo de las jerarquías celestiales (1), por donde en la contemplación va subiendo, como dijo el Profeta, de una iluminación y participación de Dios a otra mayor, hasta llegar a unirse con él, aquí por felicidad comenzada, y en el cielo consumada. Y es la regla general en la subida a estos aumentos de perfección: que, para subir proporcionadamente de un grado a otro, ha de ser purificada el alma, según lo pide la excelencia del grado de participación divina, que en él le ha de ser comunicada. Y como nuestro Santo fué levantado por todos estos grados de la vida contemplativa, hasta llegar al supremo de la unión y transformación en Dios, como se verá adelante, forzosamente había de pasar por todas estas disposiciones. Y aunque fueron muchos los crisoles divinos en que purificaron y acendraron su espíritu, de sólo tres haremos memoria brevemente, por lo que él refiere muy a lo largo en sus tratados místicos, sacados de su experiencia, como él lo dijo en algunas cartas que han llegado a mis manos, escritas a personas muy familiares suyas.

El primer crisol en que le purificaron, fué el que significó el profeta Isaías, cuando dijo: «Que a los destetados de los pechos de las cosas sensibles, les enseñaría el Señor la Sabiduría y les abriría el oído para que pudieran percibirla». Pues para esto pusieron a nuestro Santo Padre en esta primera cura de la parte sensible, donde están las pasiones, para sazonarla y en cierta manera espiritualizarla; porque con su desorden y materialidad no impidiese al espíritu el vuelo de la contemplación divina. Y en esta cura fué afligido muchas veces con grandes desconsuelos y sequedades, que le causaba de parte de la divina influencia, y con apretadas tentaciones del demonio, por ser la cura en parte donde pueden alcanzar sus baterías. Porque, como Dios le daba licencia

1 D. Dion., De cael. hier., c. X.

para que le afligiese, como se la dió con el santo Job, y con su impugnación ayudase a labrar sus coronas, y este enemigo le tenía tan entrañable odio; le dió por muchos caminos cruda guerra, particularmente con tentaciones contra la fe y esperanza, cargándole tanto de escrúpulos y desconfianzas, que le parecía que veía el infierno ya abierto para tragársele. De los cuales trabajos trata él muy en particular por todo el libro primero de su Noche Oscura, sacando de su penosa experiencia el consuelo y enseñanza de las almas por este camino atribuladas.

Con esta primera cura le fueron disponiendo para la segunda, la cual fué en la parte espiritual cuanto a los hábitos viciosos que en ella se habían adquirido de la comunicación de los sentidos y desorden de las pasiones. El cual beneficio significó el Salvador, cuando dijo: «Que él era vid, y que el sarmiento que diese fruto, le purgaría para que fructificase más». Porque esta purga, como es ya en la parte espiritual, se hace por sola la influencia divina (1). Y como estos hábitos adquiridos, de que van desnudando al alma, están abrazados con la sustancia de ella, aunque el quitarlos es alteración solamente accidental (2), siente el alma tanto dolor en el apartamiento de estos accidentes entrañados en ella, como si le arrancaran algo de la misma substancia. La cual purificación fué muy apretada en el Santo Padre, como disposición para grandes recibos de Dios; y le metieron en este crisol divino, no una vez, sino muchas; de que él mismo nos dió noticia experimental en los primeros capítulos del libro segundo de su Noche Oscura.

El tercer crisol fué en lo supremo del espíritu, donde está la imagen de Dios en nosotros (3), para lo cual le metió Su Majestad en aquella eficacísima fragua de su influencia, donde él dice por Isaías (I, 25): «Que cocería al alma para purgarla de su escoria y desnudarla de todo su estaño» hasta dejarla con la pureza que la naturaleza humana tuvo en su primer estado. En las cuales palabras significó que le acabaría

1 D. Th., De ver., q. 26, a. 1.
2 Idem, I Sent., dist. 17, quaest. 2, art. 1, ad 5.
3 D. Th., De verit., quaest. X, a. 1.

de, purificar de la escoria de lo vicioso adquirido, y la desnudaría de lo natural imperfecto, que son las ropas del hombre viejo, para vestirla de la inocencia y pureza del hombre nuevo, Hijo de Dios, con quien ha de ser unida: como quien quita a la piedra tosca su forma grosera, para que, penetrada de la luz y unida con ella, quede hecha piedra preciosa; sin el cual despojo, como declaran los Santos (1), no puede el alma ser unida a Dios. Cuán penoso sea esto para el alma de esta manera cauterizada, se puede fácilmente conocer por lo que padecía en el crisol pasado. Porque, si allí sentía tanto dolor, con no padecer más que accidentalmente, en cuanto los hábitos adquiridos estaban abrazados de la substancia del alma, ¿cuál será el dolor que resultará a las potencias de estotro crisol, donde, por despojarla en cierta manera de la forma natural, cuanto a lo imperfecto de ella, padece en la misma substancia de ella?

De este penoso crisol, y cómo cocieron y purificaron en él el espíritu del Santo, trata él mismo muy a lo largo por todo el libro segundo de su Noche Oscura, declarando con su experiencia cómo se sentía allí atormentar y deshacer, como si una fiera le hubiera tragado, y le estuviera digeriendo con angustias de muerte en su vientre tenebroso; que con esta comparación declara lo que en este crisol sentía. Y con ser éste tan gran tormento, otros mayores dice que sentía en él: como la aprehensión vehementísima de que estaba aborrecido de Dios y desechado de él. Al cual tormento acompañaban otras penas que él allí refiere, y tan profundo conocimiento de su íntima perdición y miseria, que no halla con qué encarecerlo, sino con decir que le parecía que se veía como condenado ya y en su última perdición. Y como juntamente con esto le tenía la influencia divina como atadas las potencias para el ejercicio de su obrar imperfecto, en todo lo que no era necesario para la vida humana u obras de obediencia, hasta introducir en el alma, con la forma divina, el modo de obrar a lo perfecto, como quien ata al niño la mano izquierda para que se acostumbre a obrar con la derecha; y con esto se hallaba como privado de los bienes, que a su modo grosero

1 D. Th III Sent., dist. 27. quaest. 1. art 1 ad 4.

alcanzaba por medio de sus operaciones naturales; recibía con este atamiento tan gran pena y aflicción, que se puede comparar a la que dicen los Santos que padecen las almas en el Purgatorio, con semejante aflicción e impedimento. Estas y otras penas y aflicciones, que aquí se cuentan de paso, estuvieron en el Santo tan de asiento, que le duraron muchos años. Y con estos crisoles le fué disponiendo Dios para asentar en su espíritu, ya acendrado, sus divinos esmaltes, como el mismo Señor lo dijo a Santa Teresa, cuando estaba en lo muy apretado de esta tercera fragua.

CAPITULO XIII

Algunas mercedes que nuestro Señor le hizo después de este despojo, como disposiciones de la unión divina.

De este despojo de las ropas del hombre viejo para ser vestida el alma de los resplandores del Hijo de Dios, con quien ha de ser unida por amor y semejanza, pasó el Santo a las heridas de amor, que inmediatamente la disponen para esta unión. Las cuales, cuando está ya purgada de su tosca ropa, la penetran hasta lo más íntimo de ella, como declaran los Santos (1), para vestirla de la forma divina y transformarla en Dios. El cual es efecto de la misma divina influencia, que la despojó de la forma imperfecta, que, a manera de fuego, va encendiendo y transformando en sí lo que ha purgado ya de sus contrarios. A la cual penetración ayudan también, para que sea más breve y eficaz, algunas heridas de amor con que Dios la llaga por medio de sus dones, con que se le aumentan mucho las ansias de unirse con él y gozarle más de cerca. Porque en estas heridas, según Sto. Tomás declara, se le comunica al alma el sumo bien como de cerca, y el favor de él como de lejos y con esto le ponen el deseo en acto, y el deleite sólo en la memoria, y así la dejan penando en ansias de amor (2).

1 D. Th., III Sent , dist. 27, q. 1, art. 1 ad 4.
2 D. Th., I-IIae, q. 33, a. 2.

De estos efectos que estas heridas hacían en este tiempo en el espíritu del Santo, dice él mismo estas palabras: «Entre otras muchas diferencias de visitas que hace Dios al alma, con que la llaga y levanta a su amor, suele hacer unos encendidos toques amorosos que, a manera de saetas de fuego, hieren y traspasan al alma, y la dejan toda cauterizada con fuego de amor, y éstas se llaman propiamente heridas de amor. Con las cuales se levanta la voluntad con súbita presteza a la posesión del amado, cuyo toque sintió, y con esa misma presteza siente su ausencia y el gemido de ella. Porque estas visitas no son como otras con que Dios recrea y satisface al alma, llenándola de pacífica suavidad; pues éstas las hace más para llagar, que para sanar; y más para lastimar que para satisfacer; y así no sirven más que para avivar la noticia y aumentar el apetito, y, por el consiguiente, el dolor. Inflaman tanto estas heridas la voluntad de amor de Dios, que se está el alma abrasando en este fuego, tanto que parece consumirse en aquella llama, y la hace salir fuera de sí para renovarse toda, y pasar a nueva manera de ser» (*Cánt. Esp.*, c. 1, v. 4).

Todas estas son palabras del Santo, y llama toques amorosos a estas heridas, por ser efectos del contacto virtual de Dios en las almas contemplativas por medio de sus dones procedidos de él inmediatamente. Estas ansias de amor duraron al Santo mucho tiempo, y los efectos que hacían en su alma, declara él mismo muy a lo largo en uno de sus tratados místicos, y algunas veces le ponían en el estrecho que él significó en estas palabras: «Esta pena y sentimiento de la ausencia de Dios, suele ser tan grande en los que van llegando a perfección al tiempo de estas divinas heridas, que si el Señor no los socorriese, morirían. Porque como tienen el paladar de la voluntad sano y bien dispuesto para saborearse en Dios, y el espíritu limpio de lo que le estorbaba unirse a él, y en estos toques se les da muy subida noticia de la dulzura del amor, que ellos sobre todo modo apetecen, padecen sobre todo modo. Porque, como por resquicios se les muestra un inmenso bien, y no se les concede, así es inefable la pena y el tormento». De esta manera nos significó lo

apretado de estas heridas y la iluminación divina que en ellas recibía.

Con estos medios tan eficaces de la virtud divina, ya penosos, ya fogosos, iba el Señor purificando y adivinizando su espíritu para levantarle a una gran perfección y semejanza suya, con los divinos esmaltes de sus dones, que había de poner en ella. Y aunque éstos fueron muchos y de muchas maneras, y todos muy preciosos, aquí solamente haremos breve memoria de los que son propios de este estado cercano a la unión divina, dejando los demás de que él mismo nos dió noticia en sus escritos, para los grados más levantados de sus ilustraciones. Pues de este estado son muy propias las iluminaciones divinas de Dios y de sus perfecciones, que llaman los teólogos (1) de verdades desnudas comunicadas al entendimiento por especies infusas muy espirituales, y de que hacen tan gran aprecio los Santos, que dicen de ellas que introducen en el alma la perfección y santidad.

Pues de estos esmaltes endiosados, y de los admirables efectos que hacían en su alma, dice San Juan de la Cruz estas palabras: «De esta manera de visiones o, por mejor decir, noticias de verdades desnudas, unas son acerca del Criador, y otras acerca de las criaturas; y aunque las unas y las otras son muy sabrosas para el alma, pero el deleite que causan en ella éstas que son de Dios, no hay cosa a que le poder comparar, ni vocablos ni términos con que poderlo decir. Porque son noticias del mismo Dios, que, como dice David, no hay como él cosa alguna. Porque acaecen estas noticias derechamente acerca de Dios, sintiendo altísimamente de algún atributo suyo, ahora de su omnipotencia, ahora de su fortaleza, ahora de su bondad y dulzura, y todas las veces que se siente, pega en el alma aquello que se siente. Que por cuanto es pura contemplación, ve claro el alma que no hay cómo poder decir algo de ello, sino por algunos términos generales que la abundancia del deleite y bien que allí sintió le hace decir cuando lo siente. Y así, cuando San Pablo tuvo aquella altísima noticia de Dios, no curó de decir nada, sino que no era lícito al hombre tratar de ello.»

1 D. Th., III Sent., dist. 34, q. 1, art. 2.

«Estas altísimas noticias amorosas no las puede tener sino el alma que llega a unión de Dios, porque ellas mismas pertenecen a unión, como el tenerlas consista en cierto toque que se hace del alma con la divina Verdad. Y así el mismo Dios es el que allí es sentido y gustado; y aunque no manifiesta y claramente, como en la gloria, pero es tan subido y alto toque de noticia y favor, que penetra lo más íntimo del alma. Y el demonio no se puede entrometer en figurar cosa semejante; porque no lo hay que con esto pueda compararse, ni el infundir semejante deleite y favor. Porque aquellas noticias saben algo a divino ser y vida eterna, y el demonio no puede fingir cosa tan alta. Porque hay algunas noticias y toques de estos que de tal manera enriquecen al alma, que no sólo basta una de ellas para quitarle de una vez las imperfecciones que ella no había podido quitar en toda la vida; mas también la deja llena de virtudes y bienes de Dios. Y le son al alma tan sabrosos y de tan íntimo deleite estos toques, que con uno de ellos se dará por bien pagada de todos los trabajos que en su vida hubiese padecido, aunque fuesen muchos y muy grandes. Y queda tan animada y con tanto esfuerzo para padecer cosas por Dios, que le es particular pena ver que no padece mucho» (*Subida*, l. II, c. 24).

De esta manera nos declara la experiencia ilustrada del Santo cómo le hizo Nuestro Señor en este tiempo el favor que a la Esposa en los Cantares, del cual ella dice que la introdujo el Esposo divino en sus cilleros, para que se gozase y alegrase en él, llamando cilleros a estas comunicaciones tan altas, que por medio de los dones de entendimiento y sabiduría concede al alma contemplativa en los actos supremos de las potencias espirituales. Con las cuales mercedes la va disponiendo para introducirla en la bodega de los vinos místicos, que es la unión divina dentro de la morada que tiene Dios en el alma que está en gracia, de que se tratará en el capítulo siguiente.

CAPITULO XIV

Cómo fué levantada su alma a la unión divina, y de los incomparables bienes que en ella comunicaba de la suma bondad.

Por estas disposiciones de la vida contemplativa fué caminando San Juan a una altísima semejanza divina de toda su alma, así de la esencia, como de las potencias, por medio de la gracia y de los dones y virtudes que proceden de ella. Y cuando estuvo con ellos del todo divinizada, y como reengendrada a lo divino, según el felicísimo estado de esta vida, entonces la juntó el Señor consigo en unión de afectos, con participación de un mismo espíritu, como dijo el Apóstol. Donde, como generosa fénix, deja ya en cierta manera su ser imperfecto y modo grosero de vida, y queda renovada a lo divino, para vivir vida también divina, que así llaman los Santos (1) a la de este estado. Y es muy para notar que, siendo esta unión cosa tan rara, como pondera uno de ellos, y para que son necesarias tan altas disposiciones, cualquiera mujer devota que ha llegado en la oración a tener un poco de recogimiento sensible, le califica luego por unión con Dios, no habiendo aun llegado a la primera mortificación de sus pasiones y afectos.

De este acto supremo de la contemplación de esta vida, a que fué levantado en este tiempo el Santo Padre por remate de sus aprietos de espíritu y ansias amorosas, nos da él mismo noticia en uno de sus libros por estas palabras: «Pues como esta palomita del alma andaba volando por los aires del amor sobre las aguas del diluvio de las fatigas y ansias amorosas, que hasta aquí ha mostrado, sin hallar dónde sus pies descansasen; extendió el piadoso Noé la mano de su misericordia y recogióla, metiéndola en el arca de su caridad y amor, donde ve y gusta abundancia de riquezas inestimables, y halla todo el descanso y recreación que ella puede desear,

1 D. Th , III Sent.. dist. 34. q. 1 a. 3.—Laur. Justin , De casto con.. c. 25.

y entiende secretos e inteligencias extrañas de Dios, que es uno de los manjares que mejor le saben. Siente en Dios terrible poder y fuerza, que todo otro poder y fuerza priva; gusta allí admirable suavidad y deleite de espíritu; halla verdadero sosiego y luz divina, y gusta altamente de la sabiduría de Dios, que en sus obras y en la armonía de las criaturas reluce, y siéntese llena de bienes y dones, y vacía y ajena de males. Y sobre todo entiende y goza de una inestimable refección de amor, que la confirma en el que ella tiene a Dios» (*Cánt. Esp.*, c. 14).

Todo esto es del Santo, y va luego declarando los admirables efectos que la divina unión y el haber entrado en el lecho florido de las bodas, hizo en ella. Entre los cuales pone, como el principal, el que la esposa significó en el libro de los Cantares, cuando, tratando de esta entrada, dijo que había el Esposo ordenado la caridad en ella. Y a este propósito dice el Santo de esta manera: «Este lecho está ya florido para el alma, por razón de la unión con Dios, mediante la cual, le comunican de ella las virtudes, gracias y dones del Amado; con las cuales está tan hermoseada y rica, y tan llena de deleites, que le parece estar en un lecho de variedad de suaves flores, que con su toque deleitan y con su olor recrean. Por lo cual llama ella a esta unión de amor lecho florido, como le llama la Esposa, hablando con el Esposo, cuando dice: nuestro lecho es florido; y llámale nuestro porque unas mismas virtudes, un mismo amor y un mismo deleite es ya de entrambos, comunicando ella estos bienes del Amado, cuyos deleites él dice que son estar con los hijos de los hombres» (*Cánt. Esp.*, c. 24).

De esta manera declaró el Santo cuán medrada quedó su alma de haber entrado en la casa de la sabiduría, donde, a mesa puesta de convite opulento, se participan de cerca los bienes y manjares del Esposo; la cual participación entre los unidos, dicen los Santos que es muy propia de la verdadera unión. Y por eso no es mucho que, en este tiempo, se sintiese tan rico de bienes espirituales, pues tan altamente participaba de las riquezas de Dios y de su divina semejanza. De esta participación y de las mercedes que del Señor recibía en ella, trata muy a lo largo en uno de sus libros místicos, particularmente

de su incomparable suavidad, de sus amorosas visitas y de la abundancia de caridad con que le embriagaba en su amor.

CAPITULO XV

Dón de sabiduría celestial con que instruía a sus discípulos.

Parece que se hubo Nuestro Señor con las dos primeras columnas de esta Reforma, para la propagación de la Orden de Elías renovada, al modo que se hubo con sus Apóstoles para la propagación de la Ley de gracia. De los cuales dice santo Tomás (1) que, aunque antes tenían ya al Espíritu Santo en sus almas con gracia particular, con que eran perfecionados en sí mismos; se les comunicó el día de Pentecostés con gracia más universal, que los perfeccionaba para aprovechar a otros y propagar la fe. Y otro tanto podemos considerar en nuestros dos maestros, que para su particular perfección ya tenían en su alma al Espíritu Santo, desde la gracia bautismal, que los iba cada día ilustrando y perfeccionando en sí mismos. Y como Su Majestad los había escogido para ayudar mucho a las almas y trasladar de sus espíritus, como de pechos apostólicos, la perfección de la vida religiosa a muchos reinos y provincias; cuando quiso que tratasen de esto, les dió más favorablemente al Espíritu Santo, con gracia más universal, con que habían de ser criados los nuevos hijos del Carmelo.

De esta merced tuvo Santa Teresa prendas conocidas y milagrosas, como ella misma lo refiere en el capítulo XXXVIII de su Vida. Y porque el santo Padre cuidó mucho de encubrir las mercedes que recibía de Dios, y no fué apremiado por obediencia, como Sta. Teresa, a dar cuenta de ellas a sus confesores, y por esto no se supieron en vida, ordenó Nuestro Señor que se manifestasen muchas de ellas después de muerto, por caminos milagrosos. Uno de los cuales es las apariciones de cosas divinas que se ven en su carne, que, como las unas son significadoras de misterios escondidos, así tam-

1 D. Th., IV Sent., dist. 7, q. 1, art. 2.

bién otras son como noticias historiales, que nos estaban escondidas, para que (como ponderan en sus informaciones algunos hombres sabios) de las cosas milagrosas que él, por su humildad, había callado, hubiese testigos también milagrosos que en su misma carne nos la manifestasen. Y de esta manera se manifiesta esta merced que Dios le hizo en darle su divino espíritu, como lo había dado para el mismo fin a su ilustrada compañera. Y así, en diferentes pedazos de su carne se aparece el Espíritu Santo, al modo que le pinta la Iglesia, como testificando que fué muy singular la asistencia que le hizo, como adelante veremos, cuando se trate de estas apariciones milagrosas y de la calificación que en contradictorio juicio se hizo de ellas por ministros de la Iglesia, a quienes tocaba.

Y que este divino espíritu se le comunicase con plenitud grande de sus dones, se puede fácilmente conocer por el ejercicio milagroso de ellos, con que tanto aprovechó, no sólo a los hijos de su Religión, mas también a innumerables almas que llegó a Dios por caminos extraordinarios, esclareciendo con su doctrina y ejemplo las sendas de la perfección cristiana, y haciendo trilladas las del espíritu, que antes estaban como incultas y poco descubiertas. Y porque en otra parte se ha de tratar de estos dones que recibió del Espíritu Santo, aquí sólo haremos breve memoria del dón singularísimo que tuvo de enseñar gente espiritual, como escogido de Dios para guía de espíritus verdaderamente contemplativos, que en la vida y en el ejercicio imitasen a los ángeles.

Para cuyo ministerio les concedió Su Majestad a él y a su ilustradísima compañera el grado de maestros de la sabiduría del cielo, que contó el Apóstol entre las gracias gratis datas, concedidas de este divino Espíritu. El cual grado consiste en conocer en la contemplación altos misterios divinos y poderlos declarar a otros, y encaminarlos a Dios por reglas divinas; y de esta singular merced que del Señor había recibido, hace mención Santa Teresa cuando dice, en muchos lugares de sus libros, que antes que la recibiese, de ninguna manera podía darse a entender a sus confesores en las mercedes que Dios le hacía en la oración, y después que se la concedieron, hablaba de ellas con tanta distinción, como

si con los ojos corporales viera lo que Dios obraba en su alma. Y lo mismo vemos en los escritos del Santo, y lo experimentaban las personas que con él comunicaban sus espíritus. A las cuales daba tan gran luz de sus caminos y de las cosas muy íntimas y dificultosas de espíritu, que se puede decir de él aquello del Eclesiástico: «Como la estrella de la mañana en medio de la niebla, y como la luna llena y sol resplandeciente; así éste resplandeció en el templo de Dios, y hermoseó su siglo como las rosas a los días de la primavera, y como las azucenas cerca de las corrientes de las aguas, y esparció su olor como el incienso en los días del estío.» Porque todas estas calidades le cuadran muy al propio, como al antiguo Simón, de quien primero se dijeron. Y como nuestra Santa Madre recibió este dón, antes de fundar el primer monasterio de sus monjas, como se saca de sus libros, para que, en teniendo hijas, pudiese luego doctrinarlas; así también parece que se lo concedieron a nuestro Santo Padre antes de la fundación del primer monasterio de sus Descalzos, pues se vió en la experiencia cuán acertadamente comenzó luego a instruirlos por el camino del espíritu y vida contemplativa.

El estado en que estaba este magisterio espiritual cuando este maestro de la contemplación divina vino a dar forma acertada de ella, lo significó Santa Teresa después de una larga y penosa experiencia por estas palabras: «Siempre oimos cuán buena es la oración, y tenemos de Constitución tenerla tantas horas, y no se nos declara más de lo que podemos nosotras, y de cosas que obra el Señor en una alma declárase poco» (*Moradas*, I c. 2). En las cuales palabras significó bastantemente la oración mental que corría entonces, que era la meditación imaginaria y el discurso movido de la razón. Y esto no como principio de este ejercicio, y preámbulo necesario para grados más perfectos, sino como fin de él; fundando el aprovechamiento espiritual en los actos de la razón, y no en la disposición para los recibos de Dios, que es la quietud de los mismos actos, como lo enseñan las divinas Letras y los Santos muy ilustrados de Dios. Y de que esto corría así, es indubitable prueba lo que la misma Santa dice en el libro de su Vida, c. IV, por estas palabras: «Este

libro que enseñaba camino de recogimiento, tuve por maestro, porque yo no hallé confesor que me entendiese, aunque le busqué en veinte años». Y todo lo demás que dice en este capítulo son señales muy conocidas, que le hacía el Señor el beneficio que significó por Isaías, de destetarla de las comunicaciones sensibles, para que subiese a recibir la sabiduría mística en la contemplación intelectual sencilla de fe, sobre los actos de la razón; y no halló quien la pusiese en ella, y así los diez y ocho años que ella pondera en este lugar haber padecido sequedades, no eran propiamente sequedades, sino falta de quien le diese a conocer los llamamientos de Dios.

Pues en este tiempo tan estéril de guías experimentadas en la vida contemplativa, nos dió Nuestro Señor este maestro tan ilustrado de la luz superior, que llevaba con gran acierto las almas que gobernaba, como otro Moisés su ganado, a lo interior del desierto y a los verdaderos pastos del espíritu. Y así, mientras él vivió, se experimentaron en nuestros conventos, así de frailes, como de monjas (que a todos se extendía su magisterio) aventajadísimos frutos de su doctrina, y se veía claramente cumplido lo que dice S. Dionisio (1): que a los que siguen en su Orden el blanco que Dios les puso, como tienen al mismo Señor por guía de su camino, los va reformando a semejanza de su hermosura y haciéndolos perfectas imágenes divinas. Porque no había monasterio de frailes primitivos, donde la influencia de este ilustrado maestro alcanzaba, en que no hubiese espíritus muy aventajados, que entre los demás se señalasen mucho. Y lo mismo sucedía en los monasterios de monjas, de que nos da noticia la Santa Madre en diferentes lugares de sus libros (2). Los cuales efectos no se conocen con estas ventajas, después que influyeron así en los frailes como en monjas otros maestros con doctrinas diferentes de la que enseñaba el santo Padre.

Y porque ésta, con estar tan acreditada con la de los Santos y con la teología mística y escolástica, había de tener muchos contrarios; quiso Nuestro Señor, para mayor crédito, calificarla a lo milagroso en una de estas apariciones que se

1 S. Dion., De cael. hier., c. 3.
2 *Fund.*, c. IV.—*Mor.*, V, c. I.

ven en su carne. Porque una de las más repetidas en los testigos jurados que las vieron, así en Medina del Campo, como en Jaén, donde se examinaron, es una figura de Cristo crucificado, sin cruz, cuya cabeza y brazos estaban cubiertos con una nube, y en lo alto de la nube se aparecía el Espíritu Santo en figura de paloma, como despidiendo rayos. Y pues estas figuras (como se probará adelante) proceden de la Sabiduría divina, y como tales son todas misteriosas, parece que estas aquí referidas son como un decreto divino, con que el Espíritu Santo aprueba y acredita la doctrina mística que el Santo Padre enseñaba y la dejó escrita en sus libros. Porque la figura de Cristo crucificado sin cruz, a juicio de muchos hombres doctos, significa que los misterios de la humildad de Cristo Nuestro Señor y de su vida y pasión se han de meditar por semejanzas distintas, pero sin cruz. Esto es, más a lo intelectual y sencillo, que a lo imaginario y material, conocimiento más a propósito para la penetración de estos misterios y para el amor agradecido que habemos de sacar de ellos: que a esto ordenaba la meditación el Santo; y lo mismo enseñó también Nuestro Señor a lo milagroso a S. Buenaventura, según él refiere (1). El estar cubierta con nube la cabeza y los brazos de Cristo (que significan su divinidad y operaciones divinas), nos enseña que la contemplación, donde lo uno y lo otro se ejercita, no ha de ser a lo distinto de nuestra razón, sino a lo indistinto de fe, como lo enseñaba el Santo Padre, en concordancia de los Santos (2). Y sobre la nube está el Espíritu Santo, como testificando que esta doctrina, que lé comunicó a San Dionisio y a los demás Doctores de la Iglesia, la había comunicdo también al Santo Padre, y que la enseñaba como instrumento suyo.

---

1 D. Bon., Stimul. amoris; I p., cap. 1.
2 D. Dion., De div. nomin., cap. 1.

CAPITULO XVI

Heroico ejemplo que San Juan de la Cruz daba en Duruelo a los Religiosos en todas las cosas de rigor y observancia primitiva.

Había escogido Nuestro Señor a San Juan de la Cruz por forma viva de la vida primitiva, y la imprimió para esto en su espíritu, y así edificaba las nuevas plantas con su ejemplo, como las instruía con su doctrina. Porque él era siempre el primero en las cosas de rigor y perfecta observancia de la Regla, y de otros medios de mortificación y penitencia, que allí se introdujeron con el fervor de espíritu con que andaban, deseosos de abrazar cosas de menosprecio y abatimiento, a imitación de la vida de Cristo, a quien miraba como a dechado de la suya. De algunas de estas mortificaciones, que llamamos ordinarias, por ser muy frecuentes, tenían ya ejemplo en las que Santa Teresa usaba en sus conventos, y San Juan de la Cruz las introdujo en el de Duruelo: como pedir bofetones en el refectorio, después de sentados a la mesa los religiosos, ponerse en cruz, besar los pies, y otras semejantes, según el espíritu de cada uno, y precediendo licencia del Prelado, y lo mismo para comer en tierra. Pero para otras más dificultosas y más raras, y por eso las llaman extraordinarias, movía Dios al Santo, como había movido para las mismas a nuestros monjes antiguos, cuyo espíritu parece que se había trasladado, por entre tantos siglos, desde el Carmelo antiguo a este renovado.

A estas mortificaciones extraordinarias dió principio el Santo, como a todas las demás cosas de rigor esforzado. Andaba algo achacoso, y por pedirlo así su necesidad, hizo colación antes que los otros religiosos, y advirtiendo después el mal ejemplo que había dado en anticipar su refección, y cuán dañoso era cualquier inconveniente a los principios, y más en cosa de perfección religiosa, embistiósele un celo de Elías, y deseando enmendar, con buen ejemplo, lo que a su parecer había desedificado, entró con figura muy penitente en

refectorio, acabada la colación, a la hora que se suelen reprender las culpas comunes de aquel día, e hiriéndose fuertemente en las espaldas con una rigurosa disciplina, confesó su culpa y mal ejemplo, con un espíritu tan superior y palabras tan eficaces, que la fuerza con que las arrojaba, y el espectáculo riguroso con que las acompañaba, hacía temblar a todos los presentes, pareciéndoles que tenían delante otro Jonás profeta, y que oían las voces de la destrucción de Nínive. Con este esforzado principio se fueron luego introduciendo estas mortificaciones extraordinarias en aquel convento, y de él pasaron a los demás de primitivos que se fueron fundando, de que se sigue tan gran utilidad, como experimentan los que las hacen, en notable moción interior y renovación de vida.

Aunque San Juan de la Cruz era tan amigo del rincón de la celda, después de haber cumplido con los actos comunes, porque sabía que le había llamado Dios a estar de día y de noche alabándole en ella; con todo eso, le hacía el P. Fr. Antonio de Jesús salir por aquellos lugarejos a predicar e instruir en la vida cristiana aquella gente inculta, y hacía esto con tan gran aprovechamiento de las almas, que después de haberse ejercitado en ello algunas veces, ordenando sus sermones a enseñarles las cosas que tenían obligación a saber como cristianos, y cómo habían de vivir para evitar pecados, parecía otra gente diferente de la que había sido antes. Y no sólo hacía provecho en ellos con la doctrina, mas también con la rara virtud, extraordinaria pobreza, y espantoso rigor que mostraba en su persona. De manera que, aun en aquella gente ruda, criada, desde que nace, en trabajos y pobreza, dispuestos con poca defensa a la inclemencia de los tiempos, y que por eso no se espantan de ninguna aspereza corporal voluntaria, por ser tan grande la forzosa con que ellos viven; con todo eso, se espantaban de la que veían en nuestros primitivos. Porque los fríos de aquella tierra son muy grandes, la ropa que vestían para reparo de ellos, era muy poca y tan áspera que no abrigaba, y caminaban a pie, descalzos, y sin otra defensa, pisando la nieve, los hielos y la escarcha, y desollándoles las piernas las zarpas de los hábitos enlodados, hasta derramar sangre. Con lo cual que-

daban tales los pies, de las nieves y fríos del invierno, que mudaban los cueros y algunas uñas de los dedos.

Jamás se quedaba a comer el Santo Padre en los lugares donde iba a predicar, aunque estaban algunos a legua y media, y dos leguas del convento; porque el amor que tenía a la celda, le hacía volver a comer siempre al monasterio. Y el mayor regalo que fuera de él usaba, era llevar consigo algún mendrugo de pan, para que, si la necesidad le apretase o le fatigase mucho la sed, después de haber predicado, pudiese desayunarse junto a alguna fuente o arroyo.

Tenía el Santo un hermano muy virtuoso, llamado Francisco de Yepes, que murió poco ha en Medina del Campo con gran opinión de singular virtud; y como era de los de capa raída, por ser de suyo pobre y cuidar más de las riquezas del alma que de las del mundo, era también muy a propósito para granjear con él las de humildad de San Juan de la Cruz, y por eso le hacía muy grandes caricias en los conventos donde estaba, para aficionarle a que los frecuentase. Y cuando venía a ellos, aprovechábase también de la ocasión el Santo, que andaba con él entre los religiosos y seglares, dándole a conocer por su hermano, con su capa pobre y persona humilde, queriendo templar con esto la honra y aplauso grande que todos le hacían, como quien echaba buen lastre a la nave, para que el viento de la vanidad no la trastornase. De este preservativo usó más particularmente en Segovia y en Granada, donde era más calificada la honra que recibía de los seglares, a los cuales ponía delante a su hermano, para que le conociesen, y por su pobreza la del nacimiento de entrambos.

Pues como había entonces tan pocos frailes en Duruelo, hacía San Juan de la Cruz venir allí desde Medina a su hermano, para que le acompañase a los pueblos, cuando iba a predicar, y de camino hacer con él estas ganancias. Si llegaba temprano al lugar, gastaba todo aquel tiempo en oír confesiones, hasta subir al púlpito, y en bajando de él, tomaba el camino del convento, porque no le convidasen a comer, ni le agradeciesen lo que había hecho.

Habíale llevado un día un cura de un lugar de aquellos a predicar a su iglesia, y tenía prevenida la comida para él y

para su hermano. Acabado el sermón, mientras el cura acabó la misa, San Juan bajó del púlpito y tomó su camino hacia el convento. Buscando después el cura a sus huéspedes, y sabiendo que eran idos, envió un criado en su seguimiento, y a rogar al Santo que fuese aquel día su convidado; pero él se excusó cortésmente y continuó su camino. El hermano, que quisiera más que se hubiera quedado a comer en casa del cura, que condenarle con tan arrebatada vuelta a comer el pan duro y las yerbas mal guisadas del convento, le dijo por qué no había aceptado el convite; que el cura quedaría sentido. A lo cual le respondió que de lo que hacía por Dios, no quería paga de hombres.

Había en el camino una fuente, y como venía cansado de predicar y confesar, sentóse junto a ella, y tomando de su claridad ocasión de alabar a Dios, que la había criado, sacó un poco de pan, que del convento había traído, y partiendo con su hermano, le convidó a su comida; pero el otro, aunque era gran siervo de Dios, quisiera más la olla del cura, que el mendrugo. Algunas personas de aquellas aldeas, a quienes él había movido con su doctrina, salían a darle algunas limosnas, pero ninguna recibía, porque otra paga mayor aguardaba de lo que trabajaba por las almas.

CAPITULO XVII

Fundación de Religiosos de Pastrana y traslación de la de Duruelo a Mancera.—Jornada de San Juan de la Cruz a Pastrana, a dar forma primitiva a aquel noviciado.

Después de fundado el convento de Duruelo, solicitó Santa Teresa la fundación de frailes de San Pedro de Pastrana, que fué el segundo de nuestros descalzos, y un plantel celestial de otros muchos de la Orden. Porque, como Nuestro Señor había concedido a esta ilustradísima esposa suya el título de fundadora, así de monjas como de frailes primitivos, le concedió también la fundación de los dos monasterios primeros de sus frailes, que habían de ser como seminarios de todos los que después se habían de fundar en diferentes rei-

nos y provincias. Y como el P. Fr. Antonio de Jesús, prior de Duruelo, era el primer prelado de ella y persona tan acreditada entre los Padres Calzados por las muchas prelacías que había tenido entre ellos, le envió a llamar la Santa Madre para que autorizase la fundación de Pastrana con su presencia, aunque había ya licencia de los Prelados superiores de la Orden, y se habían descalzado ya algunos religiosos y tomado la posesión del nuevo monasterio, a 9 de julio del año 1569, poco más de siete meses después de fundado el monasterio de Duruelo. Y condescendiendo el Padre Fr. Antonio con los ruegos de Santa Teresa, hizo esta jornada, dejando por vicario del convento de Duruelo a San Juan de la Cruz. Con cuya influencia, así en lo temporal, como en lo espiritual, recibieron mucha renovación los ánimos de los nuevos primitivos, porque no sólo con sus palabras, sino también con su ejemplo, predicaba perfección a todas horas. Y echábase de ver que había puesto el Espíritu Santo fuego divino en su lengua, como en las de los Apóstoles, según le prendía en los corazones de quien le oía. Y así decían no sólo los religiosos, sino también los seglares, que era tal su eficacia, que lo que persuadía de virtud con sus palabras, lo asentaba en los ánimos; de manera que quitaba todas las dificultades para ponerlo por obra, al modo de las palabras de Dios, que obran lo que dicen.

Como se fué conociendo por toda la comarca de Duruelo y en las ciudades convecinas la vida renovada de los nuevos primitivos; y para los que acudían a profesarla, así de los Padres Calzados, como de los del siglo, estaba aquello muy angosto, les ofrecieron muchos caballeros puestos más acomodados en sus lugares, deseando cada uno como a porfía tenerlos por vecinos. Pero entre todas las comodidades ofrecidas, la que más agradó al P. Fr. Antonio de Jesús, fué la que le ofrecía don Luis de Toledo, Señor de Mancera, en aquella villa. Y así se fundó allí tan a prisa monasterio, que, a 11 de julio del año de 1570, se puso en él el Santísimo Sacramento por traslación allí del convento de Duruelo, que no había servido más que de humilde nacimiento del nuevo Carmelo, y como representación del nacimiento de Cristo; que así lo dice nuestra Santa Madre, tratando de esta fundación.

Acudieron a tomar luego el hábito de Descalzos en Mancera muchos novicios, en quienes ejercitó el Santo Padre su magisterio con tan gran utilidad de los gobernados, que fué aquella casa una escuela perfecta de gente espiritual muy aprovechada.

Su vida era para los demás como regla viva, porque todo lo que la escrita ordena, lo veían puesto en ejecución en su persona. Era tan puntual en acudir a los actos comunes, que a ninguno faltaba por muchas ocupaciones que tuviese; y cuando oía la campanilla, que hacía señal para ellos, decía que era la voz de Dios, y que no se podía dejar de acudir a donde llamaba, aunque faltase a otras cosas, y particularmente al coro y refectorio: en aquéllos, para hallarse presente a las alabanzas divinas y procurar que se celebrasen con gravedad y devoción; y en éstos, para seguir la vida común e igual a súbditos y prelados y procurar que la siguiesen todos, porque de esta igualdad fué toda su vida celosísimo, así cuando era prelado, como cuando súbdito; en lo uno para reprenderlo, y en lo otro para advertirlo. Igualmente, le daba pena que no se acudiese a las necesidades de los religiosos sin excepción de personas, y que hubiese desigualdad entre prelados y súbditos, así en salud, como en enfermedad, mirando más respectos que la menor o mayor necesidad; sin la cual igualdad decía que no se podía conservar la perfección religiosa y la pobreza evangélica con total descuido de los religiosos en sus comodidades. En los actos humildes de comunidad, como fregar, barrer y otros semejantes, no sólo era puntual, sino también continuo, en los cuales se hallaba de los primeros y los continuaba hasta que se acababan. Y con verle delante en las incomodidades y en los trabajos, andaban los religiosos contentos y fervorosos en ellos, y en todo lo demás del cumplimiento de sus obligaciones.

Era tan notable la dulzura con que hablaba de Dios, que afervorizaba y recogía los ánimos de los que le oían, y vestía los interiores de tan firmes propósitos de nueva vida, que sólo oirle bastaba para hacerlos de tibios fervorosos. Y como las recreaciones ordinarias eran siempre de estas materias, tenía en ellas tan entretenidos a los religiosos, y salían con

tanto aprovechamiento de ellas, como de otro cualquier ejercicio de devoción, y el tiempo que duraban, estaban como suspensos en una admiración suave de lo que le oían, así de las perfecciones divinas (de que hablaba con singular excelencia), como de los efectos de las virtudes y de su dignidad y ejercicio; con lo cual no sólo recibía su alivio el cuerpo, para volver con nuevo aliento a continuar la carrera de la vida religiosa (a cuyo efecto se ordenan estas recreaciones), mas también el alma nueva luz y renovado esfuerzo, para no desfallecer en ella. De todo lo cual dan larga noticia muchos de sus discípulos en sus informaciones.

La prudencia con que los gobernaba, excedía los términos del común magisterio, porque como le había concedido Dios tan singular dón de discreción de espíritu, según adelante veremos, conocía por luz superior, no sólo la calidad de los naturales, mas también los caminos por donde había de guiarlos provechosamente. Y porque adelante habemos de referir muchos casos de este dón que tuvo, aquí referiremos sólo uno.

Tomó nuestro hábito un novicio venido de Salamanca, muy docto en Derechos y con tanta estimación de su ciencia, que había echado menos que en la librería común no hubiese muchos libros de ella. A los primeros toques que el Santo dió a su espíritu, conoció cuán vestido estaba de la estimación de sabio, y queriendo curarle con medicina proporcionada a su dolencia, le hizo quitar todos los libros de devoción, que se suelen dar a uso a los novicios, y ponerle en la celda sólo una cartilla donde estaba la doctrina cristiana. Y díjole que, para caminar a la sabiduría del cielo que había venido a buscar, no aprovechaba todo lo que había estudiado en el siglo, sino saberse hacer niño en la ignorancia e inocencia; que de esa manera se entraba en el cielo. Y poniéndole un puntero en la mano, como a los niños que comienzan a leer, le mandó que fuese deletreando en aquella cartilla y rumiando con ponderación devota la doctrina que allí se enseñaba, y que aquél fuese su ejercicio hasta que le pusiesen en otro, pues tan ignorante era en las cosas de perfección. Obedeció el novicio, y en este ejercicio gastaba grandes ratos, cumpliendo lo que le habían mandado por mu-

chos días; y en él le dió Nuestro Señor más luz que había tenido antes en la oración, y tan gran devoción y ternura, que derramaba muchas lágrimas. Con la cual y con otras pruebas de virtud, que en él hizo su maestro, salió tan esforzado descalzo, que fué después Provincial de aquella provincia.

Como el monasterio de Pastrana está cerca de la Universidad de Alcalá de Henares, acudieron luego a tomar allí el hábito muchos estudiantes de buenos caudales; y vuelto el P. Fr. Antonio de Jesús a Duruelo, le pareció (por haberlo tratado así con Santa Teresa) que, para dar forma de virtud primitiva al convento segundo, como la había dado al primero, fuese a Pastrana San Juan de la Cruz, y se detuviese allí lo que bastase, para dejar asentadas en él las cosas de aquel noviciado, así en las costumbres como en el espíritu. Hizo nuestro Santo esta jornada en compañía del hermano Fr. Pedro de los Angeles, segundo novicio del monasterio de Duruelo (a quien yo comuniqué después algunos años), y me ponderaba mucho cuánto le había edificado el Santo en todo este camino con sus pláticas de Dios y con sus virtudes. Iban a pie, y en los lugares pedían limosna, y de lo que les daban, socorrían a los pobres que hallaban por el camino; tomando de ello escasamente lo que habían menester para el sustento precisamente necesario. Posaba siempre en algunas casas pobres, por no hacer noche en casas grandes y donde había criados y mujeres; y algunas veces desechando casas bien acomodadas, le era forzoso dormir en algún pajar o corral, no todas veces muy limpio, por no haber en las casas pobres otro albergue. Llegado a Pastrana, asentó allí las cosas del noviciado, y conociendo buen caudal de espíritu en Fr. Gabriel de la Asunción, le instruyó particularmente para que hiciese oficio de maestro, mientras se ponía allí maestro de propósito que cuidase de los novicios. Y habiéndole advertido de cómo se había de haber con ellos, así en el ejercicio de la oración mental, como en las costumbres de vida primitiva, se volvió a Duruelo a cuidar de su familia.

CAPITULO XVIII

Jornada de San Juan de la Cruz a Pastrana a moderar los excesos de fervor que allí había.

Aunque duraron algún tiempo en el monasterio de Pastrana los saludables documentos que San Juan de la Cruz había dejado allí para instrucción de los novicios, mientras les asistió, aunque de prestado, Fr. Gabriel de la Asunción, se alteraron después. Porque, habiendo hecho maestro de novicios en propiedad al P. Fr. Angel de San Gabriel, hombre de alentadísimo espíritu para las cosas de rigor, penitencia y mortificación exterior, se hallaba como atado su ánimo riguroso con las limitaciones prudenciales del Santo Padre, necesarias en todo tiempo y mucho más en los principios de esta Reforma, donde abundaba tanto el fervor de espíritu con los auxilios particulares que Dios daba, para resucitar en nuestro siglo la perfección heroica con que nuestros mayores ilustraron los siglos antiguos; que si dieran a los ánimos toda la licencia que su aliento pedía, fuera menester hacer cuerpos de hierro que pudieran sufrirlo. Pues, como el nuevo maestro era tan alentado y hallaba buena disposición en el fervor de los discípulos, no sólo les daba largas licencias para los ejercicios penitenciales, sino que juntamente con estos los ejercitaba en otros tan extraordinarios y dificultosos, que no leía ninguno de los monasterios de nuestros monjes antiguos, que no le pareciese hallarse obligado a introducirlo en Pastrana, como en sucesores hereditarios de ellos. Y no sólo esto, sino también todo lo que otros Santos hicieron, movidos de Dios, de cosas raras no imitables, lo introducía entre sus novicios. Y así hubo en este tiempo en aquel convento ejercicios de mortificación y penitencia tan rigurosos y extraordinarios, que dejaban muy atrás todo lo que San Juan Clímaco vió en los monasterios de nuestros monjes de Tebaida, y lo que experimentó San Juan Damasceno en los del Jordán de Palestina, donde fué monje: por todo lo cual pasamos de corrida por ser más propio de la Historia General que de esta particular.

De estos excesos de fervor que había en el monasterio de Pastrana, avisaron al P. Fr. Antonio de Jesús, como al primer prelado de los Descalzos, a quien reconocían todos cierta subordinación de obediencia. El cual, habiéndolo consultado con San Juan de la Cruz y con otros religiosos prudentes y experimentados, que había ya entre los Descalzos; y conviniendo todos en que no se había de dar tanta rienda al fervor de espíritu, que entonces abundaba en los primitivos, aunque más buenos efectos se experimentasen de esto; parecióles que, para moderarlo sazonadamente, era muy a propósito San Juan de la Cruz, a quien miraban todos como a un nuevo Elías, para las cosas de perfección primitiva, y así se lo encargaron. Y porque el Prior de Pastrana estaba ausente, le hicieron vicario de aquel convento, para que con más autoridad pudiese quitar todo lo que le pareciese exceso, y asentar lo que fuese más conveniente. Llegado a Pastrana y habiéndose informado de todos los ejercicios, halló unos que excedían las fuerzas humanas, y que era necesario esperar milagros para poderlos tolerar sin quiebra de la salud en breve tiempo; y otros que, no siendo propios de nuestro Instituto, embarazaban mucho a los religiosos y les gastaban el tiempo que la Regla les daba para estar en la celda en oración y contemplación, como fin principal de su Instituto.

Y así, después de haber alabado al maestro su fervor y la obediencia de sus discípulos, y sazonádole para llevar bien la moderación de sus excesos, quitó las mortificaciones públicas, que con figuras muy penitentes se hacían fuera del convento, y dejando en su observancia las que se hacían dentro de él, como en refectorio, moderó también la frecuencia muy continuada de ellas, porque con el mucho uso no dejasen de causar la compunción interior y otros buenos efectos que causaban en los religiosos delante de quienes se hacían. Quitó también las que se ejercitaban no emanadas de nuestros mayores, sino por imitación de otros Santos, como hacer cosas que pareciesen desvaríos, para que los tuviesen por locos y los desestimasen, y esforzó otros ejercicios de humildad y penitencia que se hacían dentro del convento. Quitó asimismo el salir por las calles enseñando la doctrina cristiana los días de fiesta, que allí se había introducido. Y porque el maestro le

alegaba grandes razones de celo de almas, para no dejar de hacerlo, como cosa que había salido de su elección, le acalló con aquellas palabras que refiere S. Dionisio de la instrucción de los Apóstoles a los monjes, nuestros mayores, diciendo (1): «No es propio del Instituto de los monjes guiar a otros, sino conservarse firmemente en el estado santo y singular en que Dios les puso». Y que así dejásemos ese ejercicio a otras Religiones a quienes Dios había dado ese cuidado; que a nosotros nos bastaba enseñar y consolar a los que acudiesen a nuestro convento, sin salir a buscarlos por las calles.

Quitó también el salir nuestros religiosos a entierros y a otras cosas de piedad que causaban distracción, diciendo que tampoco nos llamaba Dios a estos ejercicios de fuera del convento, para los cuales tenía en su Iglesia otras religiones que acudían a ellos loablemente; que procurásemos guardar nuestro puesto, que era el recogimiento y la soledad, compañeros de la contemplación divina, a que mira nuestra profesión como al blanco de ella. Y para que esto se cumpliese, no como ordenación suya solamente, sino como ley asentada ya en la Congregación primitiva, puso allí en ejecución las Constituciones que él y el P. Fr. Antonio de Jesús habían hecho, confirmadas por el Prelado superior, y se guardaban ya en Mancera; las cuales fueron la semilla substancial de las que hoy tenemos y celan tanto el recogimiento, que vedan el salir a entierros de difuntos, ni a visitas de parientes, ni enfermos, ni aun con título de irlos a confesar, si no fuese en algún caso de tan grave necesidad, que fuese contra caridad dejar de hacer tal confesión; y aun entonces mandaban que no lo pudiese hacer el Prior sino con el consentimiento de dos Padres, los más ancianos: que este fué el espíritu que puso Dios en las piedras fundamentales de este edificio, para que se derivase a las demás partes de él.

Moderó asimismo el Santo Padre las mortificaciones ordinarias que se hacen en nuestros refectorios. Porque, como abundaba el fervor en las nuevas plantas, y se les daba mucha mano para ejercitarle, eran tantas las mortificaciones que se hacían, que más parecía que se juntaban allí para esto,

1 De Eccle. Hier.. c. 6.

que para tomar el sustento necesario. Y por esta devoción, que era accidental, se faltaba a la sustancia de aquel acto y a la quietud, modestia y silencio que tanto alaban los autores graves de la antigüedad en nuestros mayores de aquel tiempo, a cuya imitación esta Reformación aspira (1). Y así encargando el Santo Padre esta quietud y silencio en el refectorio de Pastrana, permitía dos o tres mortificaciones ordinarias, a lo sumo, como besar los pies, recibir bofetón, ponerse en cruz y otras semejantes, por ser introducidas por nuestra Santa Madre. Y encargaba que se hiciesen al principio, y no al fin de la comida, por estar entonces más dispuesto el ánimo para la devoción, y no causaban tanta inquietud en el refectorio, como cuando se habían de levantar de las mesas para hacerlas. Estas y otras cosas de la reformación ordenó San Juan de la Cruz en el monasterio de Pastrana; y así parece que les hizo el mismo beneficio que San Basilio a los monjes nuestros mayores de la Provincia de Ponto; en los cuales abundaba tanto el fervor, que sacándolos del paso ordinario, hacían cosas espantosas de mortificación y penitencia, al modo de estos nuevos primitivos, como refiere San Gregorio Nacianceno, que acompañó en esta reformación a San Basilio.

No se contentaba el maestro de novicios de Pastrana con este límite, que a su fervor y al de sus discípulos había puesto el Santo Padre, pareciéndole que no se daba a sus deseos todo lo que ellos pedían, y escribió sobre ello a Santa Teresa, dándole cuenta de lo que antes se hacía en aquella casa, y de la moderación que se había hecho en los ejercicios de ella. Y aunque la Santa era del mismo parecer que el Santo Padre, después de haberlo encomendado mucho a Dios, y pudiera responder a la carta luego; con todo eso, no quiso en cosa tan importante interponer sola su autoridad, y así consultó primero sobre ello varones prudentes y de buen celo y acertado juicio, para saber su sentimiento. Uno de éstos fué el P. Maestro Fr. Domingo Báñez, catedrático de Prima de Teología, de la Universidad de Salamanca, de la Orden de Predicadores, persona de gran caudal y prudencia, sobre que

1 D Hie., ad Eust., De custod. virg., cap. 15. - Casian., Instit. l. 4. cap. 17.

asentaban tan lucidas letras; al cual envió la carta del Maestro de novicios para que, como hombre tan docto y espiritual, y que tanta noticia tenía de las obligaciones originales de nuestra profesión, le diese su parecer en ello. Y él, respondiendo a nuestra gloriosa Madre una carta que tengo original en mi poder, llena de admirables consejos de sabiduría y prudencia religiosa, se conforma en todo con el sentimiento de San Juan de la Cruz y aprueba lo que había ordenado. Y particularmente persuade mucho que no se hagan estas mortificaciones públicas fuera del convento, ni otros ejercicios que causen distracción a gente que profesa tanto recogimiento, aunque sea enseñar la doctrina cristiana por las calles, diciendo que todo esto lo deje el fraile carmelita descalzo, dedicado al silencio y estrecha clausura, y lo remita a los que lo profesan con otros ejercicios de enseñanza pública en utilidad de los prójimos, y no se meta en profesión ajena, dejando la propia, que es ayudar y edificar a los prójimos desde su convento. Esta carta envió Santa Teresa con su parecer en la misma substancia al Maestro de novicios de Pastrana; y desde entonces no se usaron más allí estas mortificaciones públicas, sino otras que hallaban en los autores de la antigüedad haber usado nuestros mayores, dentro de sus conventos, como patrimonio propio de que nuestros Descalzos se tenían por legítimos herederos.

Para asentar todo esto, se detuvo el Santo Padre algunos meses en Pastrana, dando vida espiritual con su ejemplo y doctrina del cielo a todas aquellas nuevas plantas, que habían de salir de allí a fructificar en otras partes (porque este monasterio fué un ilustre seminario de Reformación para toda la Congregación Descalza), e instruyó a cada uno en los fundamentos de la vida contemplativa, según la razón que tenía para ellos, acomodando la meditación a lo más útil y menos penoso, según la enseñan los Santos.

CAPITULO XIX

Informa en la vida primitiva a nuestros Religiosos del Colegio de Alcalá.

Habiendo estado el Santo Padre algunos meses en Pastrana, le ordenó la obediencia que fuese a presidir en nuestro Colegio de San Cirilo de la Universidad de Alcalá, para introducir en él la misma forma de vida religiosa que en Pastrana. Porque, como le había escogido Nuestro Señor por ejemplar primario de las virtudes primitivas de nuestro Instituto, y dádole para ello las primicias del espíritu de nuestros heroicos mayores, le traía por las principales casas de la nueva familia, para introducir en ellas el mismo espíritu y las virtudes originales que le acompañan, de recogimiento, oración, soledad, retiro de criaturas, penitencia, aspereza de vida y las demás que disponen al alma para unirse con Dios y participar de su divinidad. Y como en el Colegio de Alcalá se disponían con caudal de letras los Religiosos de mejores esperanzas, que después habían de alentar estas virtudes primitivas en diversos conventos y provincias; puso nuestro Santo Padre en su instrucción muy gran cuidado, y en asentar estas virtudes en sus ánimos, y el medio de la oración por donde ellas se granjean.

Enseñábales, lo primero, el buen ejemplo que debían dar, así dentro, como fuera del Colegio. Y en orden a esto les decía que para aprender solamente letras y predicar con palabras, no eran necesarias en el pueblo cristiano nuevas religiones, pues tenía Dios ya fundadas otras, tan ilustradas de letras, que daban a su Iglesia bastantes predicadores. Y que así entendiesen que la predicación para que Dios nos llamaba, era para la del buen ejemplo, donde callando la boca, predican las obras con mayor fruto; y que de esta manera de predicar, se tuviesen ya por predicadores, edificando a los fieles con gran mortificación y modestia. Acordábales que descendían de aquellos heroicos predicadores de virtudes, de quienes dicen los

autores graves de la antigüedad (1) que la majestad y excelencia de su vida era tal, que no sólo a la gente común, mas también a los reyes y grandes príncipes causaba admiración y espanto, y por ella los veneraban con honras y aprobaciones. Y que pues éramos llamados a imitarlos, entendiesen que no eran tan necesarias para esto las letras escolásticas, como las virtudes prácticas que en el noviciado les habían enseñado.

Y como el Espíritu Santo cuando hizo a nuestro Santo Padre Maestro de su escuela, puso en sus palabras tal virtud y eficacia, que asentaba en los ánimos lo que persuadía con ellas; tales efectos hacían en estos religiosos, que dicen testigos de vista de aquel tiempo que era un maravilloso espectáculo verlos entrar en escuelas. Porque en ellos se representabaa al propio la vida apostólica, heroicamente imitada, la senda estrecha del cielo al natural seguida, el menosprecio del mundo voluntariamente buscado, la vida de ángeles trasladada en hombres, las victorias de espíritus fuertes ganadas en cuerpos flacos, y la cruz de Cristo estrechamente abrazada. Allí se veían unos vivos muertos, y unos muertos vivos, con vida para lo eterno, y muertos a todo lo visible; unas imágenes de virtud, que, con sólo mirarlos, la persuadían. Porque sus ojos iban tan clavados en la tierra, que sólo descubrían de ella lo que había de ocupar el paso, para que estaba el pie ya levantado, y todo lo demás de su modestia causaba edificación a quien los miraba, y veneración juntamente.

Los ejercicios de mortificación y penitencia dentro del colegio, eran tan continuos y esforzados, que, yendo poco después a visitar aquella casa el P. Fr. Pedro Fernández, varón gravísimo de la Orden de Santo Domingo y Comisario Apostólico (de cuya comisión se tratará adelante), admirado su compañero de las penitencias que allí se hacían, y pareciéndole más casa de ejercicios penitentes de la cárcel religiosa que refiere San Juan Clímaco, que colegio de estudios, trató con el P. Visitador que los moderase. Pero él con un celo

1 *Philo* in Apologia de practicis Essenis.—Eusebius, De præpar. Evang. l. 8. cap. 4

apostólico antes los animó a que lo continuasen; y cuando se despidió de ellos, después de haberles significado cuán gran consuelo había tenido de ver tanto fervor de virtud entre las letras, les dijo que no aflojasen por los estudios en el rigor de vida y buen ejemplo; que, aunque muriesen en la demanda, más habrían predicado con esto, que rompiendo después muchos púlpitos por el camino ordinario, y mayor servicio hacían a la Iglesia; para que en tiempo que estaba el mundo tan lleno de letras, y las obras de penitencia y rigor de vida enseñada por Cristo como desterradas, viesen en ellos una semejanza de la primitiva Iglesia y de la predicación apostólica, que movía más con obras que con palabras.

Y como los religiosos que estaban en el colegio, era ya gente aprovechada y más dispuesta que la de los noviciados para el ejercicio de la contemplación (1), habiendo pasado ya por la meditación que dispone para ella, trató allí más de propósito de esta sabiduría del cielo, de que Dios le había hecho maestro, y asentó en esta casa su cátedra, para ense-

1 En dos cosas consiste el hábito de meditación, que sazona al alma para pasar a la contemplación. La primera, en tener el entendimiento posible suficientes noticias habituales, adquiridas con los actos de la razón, para conocimiento del bien y del mal, como dijo el Apóstol a este propósito (Ad Heb., V, 14). Y la segunda, en tener sazonado el apetito sensitivo, que está en el corazón, con algún sabor de las cosas espirituales, y con esto, como dice San Dionisio (Epist. ad Tit.), «la sensualidad se adapte, a su modo, al conocimiento mental, y así se extienda a las cosas divinas». Para esto sirve el deleite, fervor sensible que se saca de la meditación de las cosas divinas; y cuando Dios se lo concede a lo infuso, más presto se sazona este apetito inferior, para cooperar con el superior. Para la primera de estas dos cosas no es menester tanto tiempo, como le dan comúnmente los maestros poco experimentados; porque, como dice Santo Tomás (I-II, q. 51, a. 3) «Una proposición por sí conocida convence al entendimiento a asentir firmemente a la conclusión. Y así el hábito de ciencia puede ser producido por un acto de la razón en cuanto al entendimiento posible». Y de esta misma calidad son las proposiciones de fe, por donde la meditación de los cristianos comúnmente camina, como dice el mismo Santo (II-II.ae q. 1, a. 7); y así, pocos actos de ellas bastan para hacer hábito de meditación. Pero para lo segundo que pide la razón del apetito sensible, es menester más tiempo; y si hay recogimiento infuso, procedido de la iluminación divina, también se sazona presto, y comúnmente le da San Buenaventura (después del ejercicio pueril del discurso imaginario) un mes o dos, para pasar a la contemplación sencilla y amorosa de Mística Teología; y así (in Prol. ad Myst. Theol.) dice: «Después del camino pueril por espacio de poco tiempo, esto es, uno o dos meses, según creyere conveniente con la luz que Dios le comunique, suba con el pensamiento al amor». Así llama a esta contemplación fundada en amor con el conocimiento indistinto de vista derecha a Dios, que acompaña los actos de la voluntad.

ñarla a los que después la habían de enseñar a otros. Y como la humildad es la que abre la puerta (1), con esta virtud los disponía para recibirla, y a esto ordenaba muchas veces sus pláticas, declarándoles cómo a esta sabiduría celestial, que hace almas perfectas y semejantes a Dios, no se camina al modo que a la ciencia de escuelas, por argumentos y agudeza de ingenio, sino haciéndose delante de Dios niños ignorantes (2). Porque él había reservado para sí el ser el principal maestro de esta sabiduría, y los humildes eran los discípulos a quienes él la enseñaba, y no los grandes letrados, si no eran también grandes en la humildad

Enseñábales asimismo que en el tiempo de la oración excusasen razones y discursos de sus estudios, aunque fuesen acerca de los misterios divinos que enseña la Teología escolástica; pues iban allí para ser enseñados de Dios por otro medio más alto y más provechoso de su iluminación en quietud de estos discursos. Porque el demonio andaría con gran cuidado de estorbarles estos recibos de Dios con los actos de la razón especulativa. Y lo que más allí los había de ayudar para ser ilustrados de la divina Sabiduría, cuando estaban delante de ella, era la sabia ignorancia en negación de todo lo conocido, para recibir con entendimientos sencillos esta sabiduría escondida (3). Y la experiencia mostraba cuán excelente doctrina les daba de contemplación para estos divinos recibos, en lo que cada día se iban aventajando, así en el caudal, como en la vida. Porque casi todos los religiosos que había entonces en este colegio, fueron grandes contemplativos y tan ilustrados de Dios, que pudieron después ser maestros de oración provechosa en otras partes y ayudar a otros, no sólo con su fervor y ejemplo, mas también con su doctrina.

1 D. Th., II-IIae, q. 161, a. 5.
2 D. Bon., De myst. Theol., cap. 3.—D. Th., II-IIae, q. 82, a. 3.
3 D. Dion., De Divin. Nom., cap. 7, p. 2.

CAPITULO XX

San Juan de la Cruz, Confesor de las Monjas de la Encarnación de Avila, a instancia de Santa Teresa.

Después que San Juan de la Cruz tuvo suficientemente instruídos los religiosos de Alcalá, queriendo Nuestro Señor que aquella luz se esparciese más, ordenó que fuese a Avila, a ayudar a Santa Teresa en una empresa de gran dificultad, que tenía entre manos. Para lo cual será necesario dar primero alguna noticia de los comisarios apostólicos que en este tiempo hubo en la Religión de Nuestra Señora del Carmen, que ordenaron esta jornada, y otras cosas que se han de tocar más adelante.

Deseando el católico rey Don Felipe II esforzar la perfección de algunas Religiones de España (de cuyo buen ejemplo pende la reformación de los demás estados), trató con el santo Pontífice Pío V de algunos medios convenientes para esto. Uno de los cuales fué dar visitadores con autoridad apostólica, muy extendida, a estas Religiones, para que por modo de visita (que es medio breve) fuese introduciendo en ellas lo que de más estrecha observancia deseaba. Y así, el año 1560, señaló el Santo Pontífice de su Orden de Predicadores algunos religiosos muy ejemplares y de conocido caudal por comisarios y visitadores apostólicos de algunas Religiones; y de éstos nombró para la Religión de Nuestra Señora del Carmen dos varones verdaderamente apostólicos en el celo e insignes en virtud y letras. El uno fué Fr. Pedro Fernández, prior del monasterio de Nuestra Señora de Atocha, de Madrid, y después provincial de su Orden; y el otro Fr. Francisco de Vargas, que entonces era prior del convento de Córdoba, y después lo fué del de Granada, dándole a cada uno su distrito; a aquél, para que visitase la Provincia de Castilla, y a éste para la de la Andalucía. Y aunque el breve de su elección no se extendía a los Descalzos, le dieron también la obediencia, así porque los Comisarios lo solicitaron para el buen fin de sus intentos, como también por el

favor que les prometieron para el aumento de la nueva familia primitiva.

Entre las cosas de reformación que hizo en Castilla el P. Comisario Fr. Pedro Fernández, fué una elegir a Santa Teresa por Priora del monasterio de la Encarnación, de Avila, donde ella había tomado el hábito de religiosa, y profesado la Regla mitigada, para que, con su doctrina y ejemplo, ayudase a aquel venerable seminario, de donde ella y sus hijas habían salido. Trabajaba mucho la Santa en cultivar este jardín de Cristo, que él le había encomendado, y no todas veces lograba sus diligencias; porque, aunque hallaba disposición para todas las cosas de virtud en las religiosas, experimentaba que le ayudaban poco los ministros de Dios que trataban sus conciencias. Y así, le pareció que para que su trabajo hiciese fruto y el intento del P. Visitador se consiguiese, era necesario traer a la Encarnación confesores Descalzos que se conformasen con ella en la doctrina y en el ejemplo, y en los confesonarios diesen calor a la semilla que ella sembraba en el monasterio, para que fructificase. Y como así por revelación, como por experiencia, había conocido las grandes riquezas de pureza y sabiduría del cielo que había Dios encerrado en San Juan de la Cruz, y cuán a propósito era para guiar almas por las sendas de la perfección, se persuadió que, si lo tenía en aquel monasterio por confesor de las monjas, le ayudaría mucho a las cosas de reformación. Y así le pidió al P. Visitador, dándole acreditada noticia del sujeto y de lo que se podía esperar de aumento de perfección con su venida.

El P. Visitador se lo concedió luego, mandando a San Juan de la Cruz que fuese para esto a Avila, y le dió por compañero al P. Fr. Germán de Santa María, profeso de Pastrana, religioso de aprobada virtud y conocido caudal. Y porque estuviesen más desocupados de obligaciones de convento y más a mano para instruir a las religiosas, les señaló por posada una casita que estaba pegada al mismo monasterio de la Encarnación, donde hacían vida de ermitaños, y desde allí esparcían por toda la ciudad con su vida y ejemplo el buen olor del Carmelo renovado.

Fuése luego conociendo en el monasterio el provecho de la nueva doctrina, y dábanse tan bien las manos para la cau-

sa de Dios nuestra gloriosa Madre en su gobierno, y nuestro Santo Padre en el confesonario, que, como si hubiera bajado del cielo algún serafín a pegar en aquella casa el fuego en que éstos supremos espíritus arden, así eran grandes los fervores de las religiosas. Y por esto solía decir la Santa algunas veces a sus monjas que, en entrando los confesores Descalzos en los confesonarios de la Encarnación, le había sido menos trabajoso aquel gobierno. Porque antes cualquiera cosa que había de asentar de reformación, le costaba mucha dificultad, como la suele haber siempre que se altera lo que el tiempo y la larga prescripción de vida menos estrecha tienen introducido; pero después que se hicieron a una los confesores y la Priora, le parecía que labraba corazones de cera, según los hallaba blandos y bien dispuestos.

Al principio, estaban las religiosas de la Encarnación exasperadas con el nuevo gobierno, considerando a los Descalzos gente rigorosa y desapacible. Pero después que fueron experimentando la blandura discreta de nuestra gloriosa Madre y el término apacible de San Juan de la Cruz, y con cuánta suavidad las iba encaminando al cumplimiento de su profesión con medios fáciles y proporcionados a su fin, ya les parecía la virtud primitiva de mejor cara que antes, y se saboreaban en lo que les tocaba de ella. De este tiempo y de esta apacibilidad dice una compañera antigua de Santa Teresa en su declaración estas palabras: «Muchas veces oí decir a nuestra Santa Madre el gran provecho que el santo Fr. Juan de la Cruz hacía en las monjas de la Encarnación todo el tiempo que allí estuvo, no sólo en la oración (porque las puso mucho en ella, y las traía con esto recogidas y santas), mas también en el retiro del trato y comunicación de los de afuera. Alabábanle ellas mucho por el buen término y santidad con que las sabía llevar a todas y traerlas contentas.»

Esto dice esta testigo, pero más larga relación nos dan de esto las religiosas antiguas del monasterio de la Encarnación, que aún vivían cuando se hicieron allí las primeras informaciones en orden a la Beatificación del Santo Padre, y fueron examinadas en ellas; de cuyas noticias, como de testigos de vista tan acreditados, referiremos algo más, de cómo ejercitaba allí su prudente celo el nuevo Elías.

Dice, pues, a este propósito una religiosa de aquel monasterio, muy ilustrada de Dios y grande amiga de Santa Teresa, y de las que más trataron allí a San Juan de la Cruz, llamada Ana María, estas palabras: «Ejercitaba nuestro Santo Padre con gran caridad el amor de los prójimos y mostraba en las obras el deseo que tenía del aprovechamiento de las almas y de su mayor perfección. La cual les procuraba por ser almas criadas para gozar de Dios, y por sólo este fin, y no por otro interés, acudía a tratarlas, confesarlas y ganarlas para Dios. Asentábalas en el trato de oración, poniendo en esto mucho trabajo y espera de su parte, para lo cual era muy discreto y prudente, y con esta prudencia y gracia que Dios le comunicaba, acababa con las religiosas de este monasterio (que en aquel tiempo eran muchas) que dejasen niñerías y cosas del mundo, y abrazasen la oración y los otros medios de la vida perfecta. Y ellas, obligadas de sus palabras del cielo, dichas tan a tiempo, y con tanta blandura, suavidad y amor, se rendían a lo que él las exhortaba, quitando las visitas y los demás impedimentos, y abrazaban la vida penitente y reformada, y las recogía a trato de oración, para lo cual daba Dios a este Santo particular gracia.»

»Espantada yo de esta breve mudanza, le pregunté un día qué hacía para granjear estas monjas, que tan presto las rendía a hacer lo que les aconsejaba, y las inclinaba con tanta facilidad al camino de la virtud, y perfección; y dónde tenía tan a la mano la fragua del amor de Dios, que tan presto prendía en ellas este fuego. A lo cual me respondió: Hácelo Dios todo, y toma por instrumento a este gusanillo, y para que se valgan del orden a que les sea acepto. Fué mucho lo que con su doctrina y vida ejemplar edificó en este monasterio; y el gran fruto que hizo en estas almas con sus confesiones y pláticas espirituales y trato de oración, se ha echado bien de ver en el gran recogimiento y virtud que desde aquel tiempo persevera aún hasta ahora, con aprovechamiento de muchas almas santas que en él ha habido y hay de singulares virtudes y conocida santidad. Y como la Santa Madre veía estas ganancias y conocía bien la santidad y raro espíritu de nuestro Santo Padre, era grande la estimación que de él tenía. Todo su trato era de Dios, y cualesquie-

ra pláticas indiferentes las enderezaba luego a él; y las que tenía con las monjas, ahora fuesen largas, ahora cortas, todas eran para llegarlas más a Dios, y tratar del ejercicio de virtudes con que se ha de caminar a esto. Este trato de virtudes ponderé más una noche que se quedó con su compañero a velar una monja enferma y de peligro, que toda la pasó enseñando a las monjas cómo habían de ser caritativas, humildes y obedientes. Y después de haberles dado admirable doctrina acerca de todo esto, añadió: y cuando hubieren alcanzado estas virtudes, por mucho trabajo que les hayan costado, piensen que Dios se las dió de balde.»

Estas y otras cosas a este propósito refiere en su declaración esta testigo de vista, con la cual concuerdan las demás religiosas de este monasterio, que fueron examinadas por el Juez eclesiástico para estas informaciones.

CAPITULO XXI

Caridad del Santo con las Religiosas de la Encarnación para llegarlas a Dios.

Tratando el Santo Padre con Santa Teresa de las cosas que había que ir encaminando con su doctrina y diligencia en aquel monasterio para el aprovechamiento de las religiosas, convinieron entrambos en que era necesario desterrar de él dos maneras de personas: las unas, ociosas que no servían sino de gastarles tiempo e indisponerlas para los ejercicios del espíritu, y no pocas veces para los exteriores de sus obligaciones; y las otras que, con nombre de confesores y maestros de espíritu, les hacían más daño que provecho, unas veces con doctrinas de anchura, y otras con medios poco convenientes para el ejercicio acertado y provechoso de la oración. Y comenzando a encaminar esto el Santo, hallaba mucha menor dificultad en apartar las religiosas de las redes para las visitas de los primeros, que para la comunicación de los segundos. Porque, como ellos tenían su interés en ejercitar allí su magisterio y estaban apoderados de las conciencias de las religiosas, por haberlas gobernado mucho tiem-

po, y habían asentado en ellas tan despacio sus ejercicios de espíritu, contrarios a los que nuestro Santo Padre, como maestro sabio y experimentado, les practicaba, sentíanlo mucho y desacreditaban su doctrina, sin poderles negar la puerta contra el gusto de las religiosas, habiéndolas de llevar el nuevo gobierno con suavidad y sin violencia. Y por esto, después de haberse cansado el Santo Padre en instruirlas, le sucedía lo lo que hallamos hartas veces en monasterios nuestros, donde se admiten peregrinas instrucciones: que cuanto los ministros propios edifican en muchos meses, lo destruyen los ajenos en un día. Y así, de la noche a la mañana, hallaba a las monjas de la Encarnación pervertidas de la buena doctrina que les había enseñado, y apartadas del camino verdadero del espíritu, por donde les iba guiando, como por senda breve, a la unión divina.

Fué esta contradicción tan porfiada, que tuvo necesidad el Santo Padre de trabajar mucho, así en convencer a estos maestros, como en desengañar a las monjas. Los argumentos que ellos hacían, son los ordinarios que oponen a la verdadera contemplación los que, en cosa que tanto excede nuestra rudeza y para que es menester luz superior, se gobiernan por sus rateros sentimientos, y no por la doctrina de los Santos, que puso Dios por lumbreras de la verdadera luz en su Iglesia. Y las respuestas del Santo eran conformes a esta luz, aunque procuraba más reducir las religiosas a la verdad y guiarlas por las sendas de la perfección, que convencerlos a ellos de sus ignorancias porfiadas.

Después que las religiosas fueron experimentando que lo que el Santo Padre les enseñaba exteriormente, era lo mismo que sentían en la moción interior de Dios, y que al paso que ellas en la oración abrían la puerta, como él se lo enseñaba, a la iluminación e influencia divina, a ése eran movidas de ella, se fueron desengañando y dando de mano a otros maestros, para entregarse del todo a su gobierno, y se conocía muy claro lo que con esto iban medrando. Y lo conocía también en el suyo nuestra gloriosa Madre, y le daba a él estas nuevas, y cuán bien se les imprimía ya cualquiera doctrina de reformación y ejercicio de virtudes, de que ella se hallaba muy consolada.

Entre otras cosas de alabanza con que estas religiosas celebran la memoria del Santo, ponderan mucho la gran espera que tenía en el gobierno de las almas que guiaba, sufriéndoles sus imperfecciones después de muchas veces reprendidas, y llevándolas a su paso imperfecto hacia la perfección, sin violencia, y por medios flacos hacia el estado de fortaleza, guardando aquella regla de prudencia sabia que proporciona los medios con el fin, introduciendo la meditación conforme a la dolencia y al sujeto que ha de recibirla. Porque el sujeto imperfecto—dice un filósofo cristiano (1)—, no puede ser enderezado convenientemente por medios perfectos, ni el flaco por medios fuertes, sino por otros más moderados y blandos, conforme a su imperfección y flaqueza. Y aun entre almas de oración, cuales eran éstas, hay muchas que, aunque están adelante en las mercedes de Dios, no lo están en las virtudes y mortificación de pasiones, como en semejante caso lo dice de sí Santa Teresa, y que por eso no acertó a guiarla un confesor que tenía crédito de muy espiritual, porque la quiso luego perfecta. En lo cual fué muy sazonado el gobierno del Santo, introduciendo en las almas los frutos del espíritu, al modo con que Dios introduce los de la tierra, que primero envía la primavera blanda para criarlos, y después el rigoroso estío que los sazone. Y con esta blandura y espera prudencial obligaba más a las religiosas a darse prisa en dejar imperfecciones, que si usara de medios muy acelerados, como desproporcionados para esto.

Y aunque su caridad se extendía a todas, sin aceptación de personas, con todo eso se conocía mayor cuidado en las que tenían más necesidad o mayor peligro. Y así ponderan mucho estas religiosas cuánto trabajó en quitar estorbos a las más mozas, para que de afuera no las inquietasen, saboreándoles la virtud y el trato de Dios en la oración y recogimiento, para aficionarlas a él y a huir de criaturas; y en la oración solicitaba con Nuestro Señor su mejoría. Los efectos de estas piadosas diligencias se conocían en la notable mudanza que en poco tiempo se vió en ellas, abrazando alentadamente los ejercicios de oración y mortificación, y re-

1 Boet., De Consolat., l. 1, p. 5.ª

tiro de redes, y locutorios, y comunicación de seglares, con gran edificación y ejemplo de toda la ciudad.

Abundaba tanto el fervor de espíritu en este monasterio y el fuego de amor de Dios que el Santo prendía con sus palabras en las almas, que no se trataba ya en él sino de confesiones generales, de mortificaciones interiores y también de las exteriores. Ejercitábanse las cosas de penitencia, cerrábanse los locutorios, poco favorables a la perfección religiosa, y los asientos de ellos estaban llenos de polvo, de no usados, desamparando los umbrales de la Encarnación la gente ociosa y cualquiera que en él no tuviese negocio de importancia. Y tal era la vida que allí se hacía, que nuestra gloriosa Madre hallaba entre aquellas religiosas y las suyas poca más diferencia que en el hábito, cuanto al cumplimiento puntual de sus obligaciones. Y así, pudo sacar de este monasterio tantas monjas para la vida primitiva de los suyos, que con su gran virtud y buen ejemplo fueron mucha parte para asentar la perfección que se guarda en ellos. Por lo cual podemos decir que el monasterio de la Encarnación fué un plantel sagrado de los conventos de Religiosas Descalzas, que esparció su buen olor por tantos reinos y provincias, donde se han trasplantado las flores hermosísimas que de él salieron.

Estando San Juan en esta ciudad, se comenzó a descubrir la gracia de hacer milagros que Nuestro Señor le había comunicado; la cual por su humildad encubrió toda su vida, si no era en casos muy apretados. De estos referiremos uno, como lo cuenta en su declaración jurada una religiosa antigua en las informaciones que allí se hicieron, de esta manera:

«Cayó mala en este tiempo, en este monasterio, una monja principal, llamada D.ª María de Yera, y caminó tan a prisa a lo último de la vida, que faltándole los pulsos y el sentido, la juzgaron las monjas ya por muerta, y de esta manera se hablaba ya de ella, por verla sin señal alguna de persona viva. Habíamos enviado a llamar al P. Fr. Juan de la Cruz, y vino con su compañero cuando en la opinión de todas estaba la enferma ya difunta. Llegando a la cama donde estaba, le dije: Padre, ¿cómo ha sido esto? Buena cuenta ha dado Vuestra Reverencia de su hija, pues se ha muerto sin

confesión y sin los demás Sacramentos. Entonces el buen Padre, sin responderme ni hablar palabra, se fué al coro de la iglesia, y puesto de rodillas delante del Santísimo Sacramento, se estuvo allí en oración, hasta que después de un buen rato de tiempo, le enviaron a llamar, porque la que tenían por muerta, había mostrado vida y vuelto en sí. Y entonces me dijo el Vble. Padre: Hija, ¿está contenta? Y llegándose cerca de la enferma, la confesó, estando ella muy en su acuerdo y le dió los demás sacramentos. Después de haberlos la enferma recibido, estuvo muy en su ser, haciendo muchos actos de virtudes con gran edificación de todas las religiosas, para los cuales la ayudaba y alentaba el Santo; y con esta disposición murió, quedando como un ángel. Lo cual atribuímos todas a cosa milagrosa, alcanzada de Dios por la oración del Santo Padre.»

De esta manera cuenta esta religiosa este caso, y continuando en su declaración los oficios de caridad que el Santo ejercitaba con las religiosas, añade: «Esta caridad que nos aconsejaba con sus palabras, nos enseñaba también con sus obras, ejercitándola con las Religiosas, particularmente con las necesitadas y enfermas, de muchas maneras, hasta buscarles lo que habían menester para su regalo. Entrando una vez en el monasterio a confesar una enferma, advirtió que una monja que estaba barriendo, padecía cierta necesidad en su hábito; y compadeciéndose de ella el Santo, buscó dineros de limosna y se los dió para que se acomodase. Y aunque estos oficios exteriores de caridad eran muy ordinarios, mucho más lo eran los interiores, con que les granjeaba de Dios los aumentos de virtud y perfección». Todo esto es de esta religiosa, y con todas estas diligencias no sólo ejercitaba la caridad provechosamente, mas también les ganaba la voluntad, para poderlas llegar mejor a Dios.

CAPITULO XXII

Vida ejemplar que hizo en Avila. - Provechos de su comunicación a Religiosas y seglares.

De la vida que hacía en Avila San Juan de la Cruz el tiempo que estuvo por confesor de este monasterio, dicen también mucho en estas informaciones las religiosas que allí le conocieron. De cuyas noticias referiremos aquí solamente las palabras, que una de las más antiguas dice acerca de esto en su declaración, de esta manera.

«El tiempo que el Santo Padre Fr. Juan de la Cruz asistió en este monasterio por confesor de él, guardó con gran rigor la Regla primitiva, y en todo resplandecía su pobreza, humildad y penitencia. Vivían él y su compañero en una casita pobre, junto al monasterio, en la cual no había más halajas, cuanto a su celda, que una tarima con una manta sobre que dormía lo poco que daba al sueño. Su hábito era muy viejo y de sayal grosero; en el comer era muy templado, porque comía muy poco y no cuidaba de la comida, y con cualquiera cosa que le daban, quedaba contento, sin jamás haber echado menos otra cosa, ni la pedía aunque le faltase, ni se le daba nada que le diesen la comida, o se la dejasen de dar, o que fuese buena o mala. Antes, cuando le daban alguna cosa que parecía de regalo, lo enviaba a las monjas enfermas. Estaba muy flaco y gastado por la gran penitencia que hacía. En sus palabras y acciones, era humildísimo, y aunque en todas las virtudes resplandecía mucho, en la humildad se esmeraba más, porque siempre trataba de su abatimiento y menosprecio, y puedo asegurar que, con haberle tratado mucho, jamás vi en él acción alguna que oliese a propia estimación o alabanza, ni a pagarse de alguna cosa suya bien hecha; antes todas sus palabras y obras predicaban y pegaban humildad. Su honestidad era tan grande, que con sólo su aspecto movía a ella, y sus palabras pegaban castidad y mortificación de afectos desconcertados, y aficionaban a la virtud, sin oirle jamás una palabra que se pudiese

tener por liviana u ociosa. Y por lo que vi en él, me parece que no ofendía a Dios en toda su vida gravemente, habiendo sido prevenido tan temprano con los socorros de su gracia y vivido después tan ejemplarmente. Junto con esta gravedad y modestia que tenía en sus palabras y acciones, no era pesado en su comunicación, sino muy suave, agradable y apacible; porque en hablar de Dios, le dió Su Majestad tal gracia, que deleitaba y no cansaba».

Todo esto es de esta testigo tan acreditada, y concuerdan con ella todas las monjas de la Encarnación que allí le conocieron y fueron examinadas en estas informaciones.

Y no sólo en este monasterio se experimentaba el fruto de su doctrina y buen ejemplo, mas también en otros de aquella ciudad. Porque, como su opinión era tan grande, le importunaban que les hiciese pláticas (en que tuvo rarísimo dón del cielo), y lo que de ellas resultaba era muchas mudanzas notables con renovación de espíritu. Había en algunos de estos monasterios personas muy lastimadas de escrúpulos y otras fatigas de melancolías, de que el demonio se había aprovechado para sus intentos, hasta ponerlas en estado no sólo peligroso, mas también del todo miserable. Y siendo importunado que cuidase de ellas, las remedió por caminos extraordinarios, con admiración de los que las habían dejado ya por incurables. Cuentan de esto muy particulares casos, que fuera detenerme mucho si hubiera de referirlos. Porque, para quitar fatigas del corazón, de cualquiera raíz que procediesen, tuvo dón particular, y sus palabras eficacísima virtud. Y aun después de muerto, parece que ha concedido Dios esto mismo a cosas suyas, según son muchos los milagros que ha hecho Su Majestad por medio de ellas en personas lastimadas del corazón.

Y no sólo por este camino quitó en Avila al demonio muchos lances y desbarató muchas de sus redes más ocultas, sino también por otros: como curando endemoniados, expeliendo los demonios de sus cuerpos y también de sus almas, de donde procedía su miserable cautiverio. Todo lo cual le costaba mucha oración, ayuno y penitencia, que eran las armas con que entraba en las batallas del demonio. Las cuales tuvo grandes en esta ciudad con estos enemigos, de que ade-

lante referiremos algún caso de los muy notables, cuando verifiquemos el señorío que Dios le concedió sobre los demonios. Conocían muy bien ellos cuán eficaces eran sus palabras para convertir a Dios almas muy engolfadas en el mundo; y por eso trabajaban mucho por apartarlas de él, para que no se las quitase de las manos. Hubo de esto muchos ejemplos, de los cuales referiremos uno, bien probado en sus informaciones.

Había en esta ciudad una mujer moza, rica y bien nanacida, tan cuidadosa de su hermosura y tan profana en sus galas y curiosidades, que arrebataba los ojos y ánimos destemplados, y servía de cebo a los lazos del demonio. Algunas personas, de las que la deseaban ver más moderada en estas vanidades poco ejemplares, le aconsejaban que comunicase al Santo, de cuya santidad había ya en aquella ciudad muy gran noticia, pareciéndoles que sería medio éste para componerla. Pero resistiendo el demonio a estos intentos, le representaba áspero y rigoroso al Santo, y que con temores y espantos le había de hacer dejar las galas que ella amaba tanto, y con esto huía de comunicarle. Al fin, venció a su temor la persuasión de sus amigas, y, confesóse una vez con él, y quedó tan pagada de la apacibilidad santa con que persuadía la virtud, que se determinó a continuar su comunicación. De la cual le resultó una mudanza de vida muy notable, pasando de una gran vanidad a un loable ejemplo con que edificaba, como antes había destruído. El cual efecto era tan común en las comunicaciones del Santo, que nadie le trataba, que a pocos días no se le conociese particular mudanza de vida.

Entre los lances, que quitó en Avila al demonio, uno sintió él mucho de un pecado muy escandaloso de un hombre rico con una mujer dedicada a Dios; que es cosa que su malicia estima en mucho. Pudieron tanto con esta mujer las exhortaciones del Santo, que haciendo una larga confesión con mucho dolor de sus yerros, se retiró de la ocasión tan constantemente, que no quiso ver ni hablar más al cómplice de su pecado. El cual, instigado del demonio y arrebatado de un sentimiento furioso, fué a tomar venganza de quien le había estorbado la ejecución de su mal deseo; y saliendo San

Juan del confesonario de la Encarnación, solo, a la hora de las Avemarías, para recogerse a su casita, le dió de palos con tan buena gana, que le derribó en el suelo muy mal tratado. Bien conoció el Santo al malhechor y la causa de su enojo, pero jamás quiso descubrirlo. Y decía después que en toda su vida no había recibido mayor consuelo que entonces, por saber que padecía aquello por amor de Dios y por sacar un alma de pecado; y que este consuelo le había hecho dulces los palos, como a San Esteban las pedradas.

Por otros muchos caminos procuró el demonio vengarse de él en esta ciudad, y uno fué armarle lazos contra la virtud de la castidad. Entre los cuales hubo alguno tan peligroso y heroicamente vencido, que en lo uno y en lo otro fué muy raro, de que se hará memoria cuando tratemos de la ejemplar hermosura con que esta virtud ilustró su alma. Y tal era la rabia que tenía contra él este enemigo, que no pudiendo vengarse de él de otra manera, le maltrataba de noche por las presas que de día le quitaba. Y aunque el Santo procuraba encubrir estos malos tratamientos del demonio, eran casi tan ordinarios, que no podía dejar de sentirlos algunas veces el P. Fr. Germán, su compañero, y el H.º Fr. Francisco de los Apóstoles, que estuvo allí con él más de año y medio.

Con estas y otras obras de virtud heroica que hacía en Avila, y el raro ejemplo que daba con su vida, era tan grande el crédito de santidad que tenía entre los eclesiásticos y seglares, con andarse él escondiendo siempre de ellos, cuando la necesidad o la caridad no lo pedían, que todos le veneraron como a Santo. Pero quien más veneración le tenía, era Santa Teresa, por concordar con su experiencia lo que había entendido de Dios de los muchos dones que había puesto en su espíritu. Y del altísimo concepto que por estas noticias prácticas y reveladas, que de él había hecho, salían aquellas palabras de tan gran ponderación que muchas de sus hijas le oyeron diversas veces: que San Juan de la Cruz era una de las almas más puras y santas que Dios tenía en su Iglesia, y que le había infundido Su Majestad muy grandes riquezas de sabiduría del cielo.

De esta veneración con que Santa Teresa le trataba, y de

la gran estima que de él tenía, dicen mucho sus hijas en estas informaciones, y una de ellas la pondera de esta manera:

«Eran muy eficaces sus exhortaciones, y acompañábalas con una modestia tan venerable, que le daba cierta superioridad espiritual sobre todas las personas que trataba; y hasta nuestra Sta. Madre le veneraba de manera, que se postraba cuando la reprendía algo, por la estimación que tenía de su santidad, y el acatamiento con que le miraba como a Padre espiritual de su alma. Y él, ejercitando esta autoridad, la mortificaba algunas veces, y de una me acuerdo que la tuvo buen rato postrada, mostrando ella una alegre humildad, y él la libertad santa con que ejercitaba en la mortificación las almas que gobernaba, sin excepción de personas. Siempre que nuestra Santa Madre hablaba de él, era con una estimación como de un Santo canonizado, y cuando estaba en su presencia, parece que asistía allí con particular respeto y reverencia, acatando en él esta virtud y santidad».

Todo esto es de esta religiosa.

CAPITULO XXIII

Ilustraciones y comunicaciones divinas con que el Señor favoreció en este tiempo a San Juan de la Cruz.

En el estado de unión, dicen los Santos (1) que trata el Esposo divino con el alma contemplativa con gran regalo y familiaridad, como ya con esposa suya, manifestándole en comunicaciones muy altas que es Hijo de Dios, por haber ya entre los unidos comunicaciones de bienes y conformidad de voluntades para fiar el uno al otro sus secretos. Pues, como el Santo gozaba en este tiempo de este felicísimo estado, según se verificó en otra parte, era muy regalado de Dios, como él lo significó en aquellas palabras que nos dejó escritas en uno de sus libros, diciendo: «En esta divina unión ve el alma y gusta abundancia de riquezas inestimables, y halla todo el descanso y recreación, que ella puede desear. Entiende

1 D. Th., opusc. 61, in gradu 7.° amoris.

secretos e inteligencias de Dios extrañas, que es otro manjar de los que mejor le saben.» De esta favorable comunicación divina, donde hallaba a Dios tan afable, le venía padecer en este tiempo tan frecuentes excesos de espíritu, que decía Santa Teresa que no se podía hablar con San Juan de la Cruz en cosas de Dios, porque luego se trasportaba. En lo cual, ella se hallaba más Señora de sí, porque estaba ya en el estado de perfección, a que él por estos excesos caminaba, y tenía tan ennoblecido el entendimiento y proporcionado con la luz divina, que no padecía ya con los recibos de ella las enajenaciones de admiración que solía, sino en alguna comunicación desacostumbrada.

Con todo eso, hablaba el Santo tan dulcemente de Dios, y con tanta claridad se lo representaba, que en las pláticas que entre los dos tenían, de esto algunas veces se trasportaban entrambos. De una de estas fué testigo una religiosa de la Encarnación, que entrando con un recado a la Santa Madre, que estaba en el locutorio con San Juan de la Cruz, los halló a entrambos arrobados, que, como serafines que intensamente ardían en el fuego de la primera jerarquía, volaban sus espíritus hacia su esfera. A estos raptos del Santo Padre se han de reducir las palabras poco ha referidas: que en la unión entendía secretos e inteligencias de Dios extrañas. Porque el acto de unión dura poco, como declaran los Santos (1), y es tanto lo que en él goza el alma de Dios, que sólo eso entiende y todo lo demás que dura el rapto, hay comunicaciones divinas que el entendimiento percibe (como lo uno y lo otro experimentaba la Santa Madre), las cuales son unas veces de las perfecciones divinas, y otras acerca de las criaturas, y de estas comunicaciones habla aquí el Santo Padre.

Pero para conocer la excelencia de estas comunicaciones, conviene advertir lo que dicen los Santos, que hay dos maneras de raptos. El primero es visión imaginaria de algún objeto sensible eficazmente aprehendido; y éste puede suceder a personas de corta capacidad espiritual, y por eso le llama la Santa Madre arrobamiento de flaqueza de mujeres. Y también

1 D. Th., II-IIae, q. 180, a. 8. D. Greg., Mor., l. 3, c. 12.—Santa Teresa, Mor., VI, c. 4.

puede proceder de engaño del demonio, que tiene mucha mano en la imaginación y en el apetito sensitivo. El cual modo de enajenación nunca le tuvo el Santo Padre, porque su oración fué siempre en espíritu, y de su capacidad muy grande. La segunda manera de rapto es visión intelectual, y propia de los grandes amadores de Dios; y en éstos siempre hay comunicaciones divinas muy levantadas por semejanzas infusas, y algunas a modo de ángeles. En los cuales suele el Señor, cuando es servido, levantar los amigos íntimos, que tiene en este mundo, al santuario del cielo, para ser allí participantes de la corte de los ángeles; porque con la recordación de la gloria a que caminan sus trabajos, los lleven con alegre tolerancia, como la Sta. Madre lo refiere de su experiencia (*V.*, c. 38) Y en éstos no puede tener parte el demonio, por estar entonces suspendida la comunicación natural de la imaginación al entendimiento, y así cerrada la puerta por donde él podia arrojar sus saetas ponzoñosas. Y éste es el modo de raptos a que era levantado el Santo, en los cuales fué en este tiempo muy favorecido y regalado de Nuestro Señor con altísimas noticias de sus divinas perfecciones y secretos escondidos, como él dice, y también de aquellas nobilísimas substancias criadas que en su corte real asisten.

Cuán altas hayan sido estas comunicaciones, se conoce de la luz en que en este tiempo las tenía, pues él mismo dice que era la luz del alba del día eterno. La cual nos significó la experiencia ilustrada de Santa Teresa, tratando de una de estas comunicaciones tan elevadas, de esta manera: «Quisiera yo dar a entender algo de lo menos que entendía; y pensando cómo puede ser, hallo que es imposible; porque en sólo la diferencia que hay de esta luz que vemos, a la que allí se representa, siendo todo luz, no hay comparación, porque la claridad del sol parece muy deslustrada» (*Vida*, capítulo 38). Esto dice la Santa, y de la misma luz gozaba también el profeta David, levantado a aquella altísima comunicación divina, de la cual dice: «Hablóme el fuerte de Israel». Y declarando el modo de ilustración en que le habló, añade: «Como la luz del alba, que en la mañana clara y sin nubes resplandece al tiempo que quiere nacer el sol». Algunos autores escolásticos la llaman reverberación de la claridad de

Dios, que se compadece con el acto de fe; y esto de no excluir la fe, declaró Sto. Tomás (1) con un ejemplo muy conveniente, diciendo que, así como para ver las cosas sensibles no es necesario ver la substancia del sol, aunque de él procede la luz con que se ven; así, para ver las cosas intelectuales con la luz divna, no es necesario ver la esencia de Dios. Según lo cual, así como en una mañana clara, cuando ya el alba se descubre, antes de ver el sol, vemos con la reverberación de su claridad las cosas, que en la oscuridad de la noche no veíamos, así también, sin ver al descubierto la claridad de la luz increada, ven los de esta manera ilustrados las cosas que Dios les concede ver con la reverberación de esta claridad divina.

Pues de esta luz, y hablando de este estado, dice el Santo estas palabras: «En este sueño espiritual que el alma duerme en el pecho de su Amado, posee y gusta todo el sosiego, descanso y quietud de la noche pacífica, y recibe juntamente en Dios una profundísima y oscura inteligencia divina. Pero esta noche sosegada no es de manera que sea como noche oscura, sino como la noche junto ya a los levantes de la mañana. Porque este sosiego y quietud en Dios no le es al alma del todo oscuro, como noche, sino sosiego y quietud en luz divina, y nuevo conocimiento de Dios, con que el espíritu está suavísimamente quieto, levantado a luz divina. La cual se llama con propiedad luz de alba; porque, como el alba despide la oscuridad de la noche y descubre la luz del día, así este espíritu sosegado y quieto en Dios es levantado de la tiniebla del conocimiento natural a la luz del conocimiento sobrenatural de Dios, no claro, sino oscuro, como noche cuando ríe el alba, que ni del todo es noche, ni del todo día, sino, como dicen, entre dos luces. Así, esta soledad y sosiego divino ni goza de toda la claridad de la luz divina ni deja de participar de ella. En este sosiego se ve el entendimiento levantado con extraña novedad sobre todo natural entender a la divina luz: bien así como quien, después de un gran sueño, abre los ojos a luz que no esperaba» (*Cánt. Esp.*, c. XV).

Todo esto es de San Juan de la Cruz y de esta luz

1 D. Th, II-IIae, q. 175, a. 3. I, q. 12, a. 11.

hicieron tan alto concepto algunos autores escolásticos, que dijeron que a esta contemplación había sido levantado el Apóstol en su rapto, donde había visto aquellas cosas tan misteriosas, que no le era lícito al hombre decirlas. Porque en esta contemplación siempre se comunican al alma cosas grandes de vida celestial, como lo experimentaban nuestros dos Santos.

CAPITULO XXIV

Es levantado su espíritu, al modo de los Angeles viadores, a música celestial de la concordancia de las criaturas con su Criador.

Pero, aunque no nos dice San Juan en particular estos secretos y noticias extrañas que le comunicaban en esta luz del alba celestial, una se nos descubre en que le hacían participante de la contemplación divina de los ángeles viadores, antes de ser glorificados. Para cuya declaración, es necesario advertir que de dos maneras contemplan a Dios los ángeles en el primer estado antes de la vista clara de la divina esencia: una por la naturaleza de ellos mismos, que es luz criada y semejanza expresa de la luz increada; y otra por el conocimiento de las criaturas, a las cuales conocían por unas semejanzas infusas que Dios imprimió en su naturaleza de todas las cosas criadas, procedidas de las razones eternas que en la mente divina, como en el original de donde salieron, están de estas criaturas. El cual conocimiento es en los ángeles mucho más perfecto que el que nuestro entendimiento puede alcanzar de ellas por medio de los sentidos corporales y potencias sensibles, así para conocerlas en sí mismas, como para subir por ellas a Dios, como por los efectos a su causa. Pues este conocimiento de los ángeles en el primer estado, dicen los Santos (1), grandes contemplativos, que lo concede Nuestro Señor a algunos hombres muy ilustrados, que en la pureza y contemplación tienen semejanza con los ángeles. Y

1 D. Dion., De divi. nomin., cap. 1, p. 3.

así le concedió también al Santo Padre, como por ayuda de costa de grandísimos trabajos que le estaban ya amenazando. Y dejando la primera parte del que toca a la contemplación del Criador en sí mismo para otro lugar, donde él lo refiere, haremos mención aquí de lo que él dice del segundo.

Continuando, pues, el Santo el exceso de espíritu, de que nos dió noticia en el capítulo pasado, añade estas palabras: «En aquel sosiego y silencio del sueño espiritual, que el alma duerme en el pecho de su Amado, y en aquella noticia de luz divina, echa de ver el alma una admirable conveniencia y disposición de la sabiduría de Dios en las diferencias de todas las criaturas y obras de su sabiduría y bondad, todas ellas y cada una en particular dotadas de una cierta correspondencia a Dios, en que cada una en su manera da su voz de lo que es Dios en ella; de suerte que le parece al alma esta concordancia una armonía de música subidísima, que sobrepuja todos los saraos y melodías del mundo. Y llama nuestra canción a esta música, callada; porque es inteligencia sosegada y quieta, sin ruido de voces, y así se goza en ella la suavidad de la música y la quietud del silencio. Dice también que su Amado es esta música callada; porque en él se conoce y gusta esta armonía de música espiritual, a semejanza de la que oyó San Juan en el Apocalipsis de voz del cielo, como de músicos que tañían cítaras. Lo cual fué en espíritu, y no música de cítaras materiales, sino cierto conocimiento de las alabanzas que los bienaventurados, cada uno en su manera de gloria, dan a Dios continuamente, lo cual es como música. Porque, así como cada uno posee diferentemente sus dones, así diferentemente canta su alabanza, y todos en una consonancia de amor, a modo de música. Pues de esta manera echa de ver el alma en aquella sabiduría sosegada de todas las criaturas, no sólo superiores, mas también inferiores, según lo que cada una tiene recibido de Dios, cómo da su voz de testimonio de lo que es Dios, y ve que cada una en su manera engrandece a Dios, por lo que tiene de él, según su capacidad. Y así, todas estas voces hacen una armonía de música de grandeza de Dios y admirable sabiduría. Y esto es lo que significó el Espíritu Santo cuando dijo:

Que el espíritu del Señor llenó la redondez de la tierra, y este mundo (que comprende todas las cosas que él hizo) tiene ciencia de voz, que es el testimonio que todas ellas dan en sí de Dios. Y como el alma percibe esta sonora música, en soledad y enajenación de todas las cosas exteriores, la llama música callada y soledad sonora» (*Cánt. Esp.*, ib.).

De esta manera declaró el Santo Padre la música celestial con que Nuestro Señor le recreaba en este tiempo. En la cual parece que no sólo le dió conocimiento infuso de las criaturas visibles y del orden y consonancia que tenían con su Criador, mas también de las invisibles. De esta música gozaba el Profeta David, cuando decía: «Deleitéme, Señor, en tu hechura, y alegréme en las obras de tus manos». Porque así como la música corporal es variedad de voces en unidad de consonancias; así también es música espiritual tan gran variedad de cosas criadas reducidas a tan sonora armonía y consonancia con su Criador. Este conocimiento infuso de las criaturas no se daba al Santo solo, sino acompañado de un conocimiento muy subido del Criador, por semejanzas infusas, a modo de ángeles viadores, proporcionadas a las mismas cosas y a la correspondencia que había de Dios a ellas y de ellas a Dios. Lo cual él mismo declaró de su ilustrada experiencia por estas palabras: «Pero no se ha de entender que, porque el alma sienta de Dios tan altamente lo que vamos diciendo, vea a Dios esencialmente: que no es sino una fuerte y copiosa comunicación y vislumbre de lo que es Dios en sí, en que siente este bien de las cosas.» En las cuales palabras claramente significa que en el conocimiento de Dios le daban el de las criaturas; pero tal conocimiento, que se compadecía con la fe, al cual llaman los teólogos conocimiento vespertino.[1]

De este conocimiento le quedaban al Santo Padre muchas utilidades, particularmente la que se refiere de los ángeles viadores, que por el conocimiento de las criaturas aprovechaban en el conocimiento del Criador (1). Y de aquí le venía el gran consuelo que (como veremos adelante) hallaba de ponerse en

1 Cfr. S. Th., De ver., q. 18, a. 2.—II Sent., d. 23, q. 2, a. 1.—De ver., q. 8, a. 16.—II-II^{ae}, q. 175, a. 4.

oración donde viese campos, fuentes, ríos y cielo estrellado, en que decía que hallaba a Dios. Porque en las memorias que había sacado de estas ilustraciones en elevación de espíritu (como San Pablo de las cosas que había visto en el rapto), gozaba de esta música celestial para engolfarse más íntimamente en Dios, y en la contemplación de su infinita sabiduría y bondad, de donde habían salido todas las criaturas.

CAPITULO XXV

De las heroicas virtudes de San Juan de la Cruz y particularmente de su fe.

Mientras el Santo queda tan de asiento en Avila, ejercitando en obras provechosas el gran caudal de espíritu y luz divina que Dios le había comunicado, denos el lector licencia para que nos detengamos un poco en referir en particular algo más de sus virtudes, pues nos le dió el Señor a los Religiosos de esta Reformación por dechado y forma de vida primitiva, como Santa Teresa lo fué para las religiosas. Y aunque las principales virtudes de donde toman su valor las demás, que son las teologales (por cuyo medio se junta el alma con Dios y se introduce en ella la verdadera santidad), sólo aquel divino espíritu que se las infundió, puede conocer cuánto le ilustraron; todavía por los resplandores que reverberaban de ellas a lo exterior, y por los actos que producían sus hábitos, se conocía cuán intensamente estaban arraigadas en su alma.

Tenía tan viva fe, que no sólo no apetecía ninguna de las experiencias con que ella se esfuerza en pechos flacos, cuales son las milagrosas; mas también sentía mucho ver tan llevados a los espirituales del afecto de estas cosas y de visiones y revelaciones. Del cual afecto procuraba desnudar a las personas contemplativas que él gobernaba, para que caminasen a Dios por fe viva y desnuda de estas experiencias. Y muchas veces les platicaba aquella doctrina de Santo Tomás: que el deseo de visiones y revelaciones y otras señales milagrosas es falta de fe, y que cuanto más se arriman a

ellas, tanto más se desarriman del ejercicio sustancial de la fe (que es hábito oscuro) y del merecimiento de ella, según aquello de San Gregorio: que la fe no tiene merecimiento cuando la razón la experimenta a lo humano y palpable; y esto mismo nos dejó escrito en sus libros, y que sola la fe oscura, desnuda de las semejanzas palpables de la razón, es para los contemplativos el medio próximo y proporcionado para unirse el alma con Dios: de la cual dijo el Profeta que puso Dios en las tinieblas su habitación para esconderse de nuestros ojos en la vida de destierro.

Trabajaba también mucho con sus discípulos para vestirlos de la gran estimación que él tenía de esta incomparable merced que Dios hizo a los hombres en darles esta antorcha divina, con la cual nos hace participantes de la felicidad de los Bienaventurados en su conocimiento; pues entre la luz de la fe y de la gloria, no hay más diferencia que mostrar ésta a los de la patria al descubierto lo que por fe creen los del destierro. Y con ella decía que nos había concedido Dios una como llave maestra de su cámara real para entrar el alma contemplativa a comunicarle a todas horas dentro de sí misma, donde él por modo singular habita en los que están en gracia; y la fe le abre la puerta y la une a sus divinos rayos, para que sea iluminada de ellos.

A sus súbditos y a las almas que gobernaba, les enseñaba este camino breve para su perfección de vivir en fe con total resignación en Dios, sin otra dependencia alguna, y lo mismo persuade en sus escritos. Y decía que, como el orar en fe y vivir en fe tenían a Dios por autor, granjeaban grandes bienes al alma y le daban paz y seguridad en todos los sucesos. Y por el contrario, que todas las turbaciones y desconsuelos de esta vida venían de no estar la nave del espíritu humano asida a Dios con esta áncora sagrada de la fe.

Como él estaba tan aferrado a ella, se espantaba de cuán pequeñas ocasiones bastaban para turbar y afligir a los que se gobernaban por sus discursos y providencias y no por la fe firme en Dios. Y cuando acudían a él a consolarse en sus trabajos, les ensanchaba el corazón de manera con sus palabras vestidas de fe, que como el viento cierzo limpia el

aire de nubes y le vuelve sereno, así serenaba al alma de sus aflicciones.

Referiré un ejemplo de los que cada día sucedían acerca de esto. Siendo Priora del monasterio de nuestras Religiosas de Segovia María de la Encarnación, estaba muy afligida de una dificultad que se le ofrecía, de las mayores que, a su parecer, se podían ofrecer a una Prelada en materia de gobierno; y apretóla tanto su turbación, que en toda aquella noche no había podido pegar los ojos. Fuéla a ver a ruego suyo San Juan de la Cruz, que entonces presidía en el convento de Segovia, y habiéndole dado cuenta de su pena, pensando que también él había de alterarse mucho, por ser cosa que tocaba a lo universal de la Religión, él se quedó muy sereno y como riéndose de verla tan turbada y tan poco fundada en fe, y le dijo que no le diese pena, que todo aquello no era más que un nublado que con cualquier aire se deshace, porque a la providencia de Dios nadie podía contrastar, y así sucedió, como él lo dijo.

Las sequedades y trabajos interiores que a los contemplativos fatigan y desconsuelan tanto, a él le eran de consuelo, porque en ellas, más que en los sentimientos dulces, iba arrimado a la fe en la oración. En sus mayores trabajos y apreturas, esta fe le tenía consolado, y aunque viese como cerrados todos los caminos de la esperanza, la fe abría puerta al alma afligida, para que respirase. De manera, que con haber tenido apretadísimas aflicciones, siempre caminaba segura su confianza al arrimo de la fe. Cuando la navecilla tierna de la Congregación primitiva padecía naufragios tan furiosos, que parecía que iba a anegarse, la fe del Santo Padre estuvo firme. Y así, las cartas que se hallan suyas de aquel tiempo, publicaban bonanza en medio de la mayor tormenta. Tenía por tan ciertos los socorros de la fe viva, y firmemente asentada en el alma, que hablaba de ellos con tanta seguridad, como si ya los viera presentes en la experiencia, y así más parecían profecías que efectos de su confianza, según era cierto su cumplimenito.

Cuando caminaba (que siempre era a pie, mientras tuvo salud, si las jornadas no eran muy largas), la provisión que llevaba para el camino era la providencia de Dios, librada en

su fe. Y salíale tan cierta, que de lo que le sobraba de las limosnas que le daban, proveía los hospitales y pobres donde llegaba, como lo dicen en sus declaraciones los compañeros que llevó en algunas jornadas.

Y dábale notable pena ver grandes providencias en algunos religiosos, fuesen súditos o prelados, y que habiéndonos Cristo Ntro. Señor asegurado que nos daría, como por añadidura, lo necesario para la vida humana, porque sólo cuidásemos de buscar el reino de Dios, fiásemos tan poco en sus palabras. Este modo de caminar a lo apostólico, persuadía a sus súbditos, particularmente si eran mozos o de buena salud, asegurándoles que no les faltaría lo necesario en los caminos, si se fiaban de Dios. Y en muchos casos había cosas tan notables de la abundancia con que Nuestro Señor los socorría, que experimentaban bien el cumplimiento de sus palabras, de que referiremos algunos de los muchos que hubo de esto.

Siendo Vicario Provincial de Andalucía, llegó a Córdoba, y hallando en aquel convento muchos novicios que habían tomado allí el hábito, mandó al hermano fray Martín de la Asunción que llevase siete hermanos coristas y un donado al convento de Sevilla. Estando para partir a pie y con sus báculos, como viese el hermano fray Martín que no le daban nada para el gasto, se lo acordó, diciéndole que eran muchos para ir pidiendo limosna. Y el Santo le respondió: buena alforja llevan, pues los acompaña la providencia de Dios; tengan mucha fe, que Su Majestad los proveerá tan bastantemente, que sin sacar nada del convento, vuelva a él con dineros sobrados. Salieron de Córdoba de esta manera, todos a pie, sin otra provisión que la fe de su Prelado, y salióles tan cierta, que no llegaban a parte donde no hallasen quien, sin pedirlo ellos, los proveyese de dineros y regalos. En lo cual cuenta el mismo hermano Fr. Martín, en su declaración jurada, notables sucesos de la providencia favorable de Dios, y llegaron tan sobrados a Sevilla, que, después de haber hecho el gasto, volvió el hermano Fr. Martín a Córdoba con trescientos reales, que le habían sobrado. Llegó a tomar la bendición del Santo y le dió cuenta de la jornada y el dinero que le había sobrado, y mandándole que lo diese al procu-

rador del convento, le dijo: más quisiera que volviera muy santo con haber padecido menguas y trabajos por amor de Dios, que tan proveído y sobrado.

Esta misma fe ejercitaba también en las elecciones que estaban a su cargo, en las cuales evitaba cuanto podía toda negociación, aunque fuese ordenada para la buena dirección de ellas, diciendo que ya el Hijo de Dios, Sabiduría Eterna, nos había asegurado que donde se juntasen dos o tres en su nombre, allí estaba él entre ellos, y que así no les había de faltar, si se juntaban a elegir, puesta la intención y confianza solamente en Dios; y que las muchas diligencias en las elecciones pocas veces se fundaban en fe y en desnudez de propias comodidades; y que, en castigo de nuestras providencias interesadas, permitía Dios que se errasen las elecciones; y que cuando Su Majestad las hacía, aunque no saliesen tan a satisfacción de los hombres, él daba el caudal necesario a los electos, lo cual no sucedía en las elecciones de los hombres.

Y así, en los conventos donde había de hacer elección, hacía dueño de ella al Espíritu Santo, y daba plena libertad a los electores, después de haberlos dispuesto con admirable doctrina, para que se desnudasen de sí mismos y de sus propias comodidades, y se vistiesen del verdadero celo de Dios y del bien de la Religión. Y por esto solía hacer las elecciones en entrando en los conventos, por dar menos lugar a diligencias interesadas con capa de celo religioso. Esta misma doctrina enseñaba a los Prelados de la Religión, que le eran más familiares, asegurándoles que con esta fe sencilla y confiada en Dios, y no con nuestras providencias y diligencias demasiadas, se habían de acertar las elecciones y conservar la Religión en su perfecta observancia; y que, en abriendo la puerta a estas diligencias violentas, la abrían también a la ambición, destruidora de la perfección religiosa.

Finalmente, todos los que conocieron y comunicaron mucho a nuestro Santo, celebran en sus declaraciones juradas la firmeza de su fe, por una cosa rara y pocas veces vista. De lo cual no nos espantaremos si consideramos algunas circunstancias que en ella concurrían; porque cuanto el sujeto en quien está la fe, participa más del objeto de ella, que es

la primera Verdad, y de sus misterios, tanto estará en él más perfecta esta virtud, así cuanto al entendimiento, por la mayor certidumbre y firmeza, como cuanto a la voluntad, por la mayor prontitud, devoción y confianza. Y por todo esto fué la fe de nuestro Santo de grado superior a la fe común de los demás cristianos; porque tuvo tan ilustrado el entendimiento con luz sobrenatural para el conocimiento de los misterios divinos que la fe nos representa, que se puede decir de él lo que los Doctores sagrados dicen de los ángeles viadores y de Adán en el primer estado: que estuvo en ellos la fe tan ilustrada, que de muchos misterios divinos tuvieron conocimiento, no sólo creído, sino también manifiesto; porque de esta manera le tuvo el Santo Padre, como se verá cuando tratemos de cuán ilustrado estuvo del dón de sabiduría y de la luz profética. También de parte de la voluntad fué su fe muy reforzada, por haber sido la caridad de nuestro Santo de grado superior, y al modo de la caridad de los serafines, como adelante veremos; y como la caridad es forma de la fe, cuanto más intensamente estuviere arraigada en el alma, tanto mayor devoción y prontitud habrá en ella para creer, y mayor confianza en lo que creyere. Todo lo cual se verificaba con tan gran propiedad en la fe de nuestro Santo, que por eso la juzgaban por cosa rara los que le comunicaban mucho.

CAPITULO XXVI

Firmeza de la esperanza en San Juan de la Cruz.

De la fe procede la esperanza, porque, como dice el Apóstol, la fe es sustancia de las cosas que se esperan, y de la certeza de la fe viene la firmeza de la esperanza. Pues, como la fe de nuestro Santo fué de grado superior, así lo fué también su esperanza, y de aquella calidad que llaman los teólogos esperanza robusta y magnánima, que no sólo es firme, mas también menospreciadora de las cosas viles y caducas, cuales son las terrenas y temporales, porque aspira continuamente a las celestiales y eternas. Todo lo cual tuvo

con gran excelencia la esperanza de San Juan de la Cruz; y así se lastimaba mucho de ver la esperanza de los hombres illustrados con la fe de Cristo, tan abatida a la vileza de estas cosas perecederas y tan poco alentada para las eternas, que el Hijo de Dios les había ganado con tantos dolores y trabajos, y para las cuales había sido criado el hombre. De este desorden decía que venían todas las fatigas humanas; porque todo cuanto atormenta en el mundo, procede de alguna cosa que se amó o esperó de él desordenadamente, y de quererse abrazar de cosas de aire, como si fuesen sólidas, y hacer patria del destierro, y ciudad perpetua de la venta de paso. Y como no es posible abrazar el aire sin que se deslice, así al mejor tiempo se hallan burlados y destituídos de lo que pensaban que poseían con firmeza.

Esta esperanza robusta y magnánima trae consigo seguridad cierta contra los temores, y quieto el ánimo entre todos los vaivenes de esta vida: lo cual se verifica también con particular excelencia en la esperanza de San Juan de la Cruz. Porque en todos los sucesos, fuesen prósperos o adversos, estaba tan quieto su ánimo con esta áncora de la esperanza, que ningún viento de tribulación ni adversidad le inquietaba ni turbaba. Porque los bienes que esperaba, no eran falsos ni fugitivos, sino verdaderos y firmes, y caminaba a ellos no confiado en favor humano, sino en el auxilio divino, que son las dos cosas a que mira la verdadera esperanza, y por eso navegaba seguro entre las tempestades, porque tenía firmeza su esperanza, así de parte de las cosas que esperaba, como del medio por donde caminaba a ellas.

Y como la fe de San Juan de la Cruz fué ilustradísima, lo fué también su esperanza; porque, como ésta tenga por blanco un bien venidero, arduo y dificultoso, pero posible, que es la gloria eterna, merecida por Cristo, caminaba ya a él sin las dificultades de la naturaleza rebelde, común a los demás hombres, por los grandes auxilios que gozaba de Dios, recibidos en la continua oración y comunicación que con él tenía, y por los hábitos de las virtudes infusas, intensamente arraigadas en su alma, de las cuales, informado a lo divino, obraba en las cosas de virtud, no sólo con facilidad, mas también con deleite, y miraba este bien, no sólo como posible y ve-

nidero, sino, en cierta manera, como presente y poseído, por las milagrosas prendas que de él tenía en su alma, una de las cuales era la palabra de Dios de la perseverancia en su gracia, como veremos adelante.

Así, con mucho fundamento dicen de él algunos de los que bien le conocían, que su fe y esperanza eran como de apóstol, y que no estaba limitada en su alma, sino con un género de inmensidad; porque la medía no con la pequeñez de su corazón, sino con la omnipotencia de Dios. Y así solía decir muy de ordinario: «¡Oh esperanza del cielo, que tanto alcanzas cuanto esperas!», y con tal eficacia decía estas palabras, que con ellas parecía que imprimía esta virtud en los ánimos de quien se las oía, según quedaban inclinados a ella, y como desnudos de la apretura desconfiada en que cualquier trabajo los ponía.

Muchos testigos dicen en sus declaraciones que experimentaron esto; de uno de los cuales, por ser persona muy religiosa y acreditada, referiré unas palabras, donde nos significó esta eficacia, diciendo: «Persuadíanos muchas veces nuestro Padre San Juan de la Cruz la virtud de la esperanza, deseando asentarnos firmemente en ella, y engrandeciéndola, solía decir: ¡Oh esperanza del cielo, que tanto alcanzas cuanto esperas! Y tenían tal virtud estas palabras, que en tribulaciones y necesidades mías, he tenido gran aliento con ellas, y con las mismas he consolado a otras personas atribuladas. Y así me parece que, por haber salido de la boca y afecto de quien tenía su confianza tan asentada en Dios, tenían particular y secreto efecto para esforzar la flaqueza de nuestra confianza y arrimarla a Dios, de donde viene el verdadero consuelo en las necesidades y tribulaciones. Decía muchas veces a sus religiosos que, si pusiesen en Dios su esperanza, alcanzarían grandes cosas; porque, siendo riquísimo, era liberalísimo; y más deseaba darnos sus riquezas, que nosotros recibirlas, y le atábamos las manos con la falta de confianza. Y lo que enseñaba en las palabras, se descubría en sus obras, y mostraba en todo cuán ancha confianza tenía en Dios para las cosas grandes y para las pequeñas.» Este mismo concepto, que aquí significa este testigo, tenían de él los que le trataron muy

de cerca, como muchos de ellos lo declaran en sus dichos jurados.

En las pláticas espirituales que hacía a sus religiosos, les decía muchas veces que la esperanza en Dios era el patrimonio de los pobres, particularmente religiosos, y que de ella se habían de valer para sus necesidades, más que de diligencias humanas. Y los efectos que en sus almas hacían estas exhortaciones, se conocían en los casos en que Nuestro Señor dilataba su socorro para hacer prueba de su confianza. Porque entrando los Religiosos algunas veces en el refectorio a la hora acostumbrada, sin haber cosa que comer en el convento, les daba por refección corporal la del espíritu, diciéndoles cuatro palabras, breves y muy sentidas, de la certeza de la confianza en Dios, para los que de veras le servían, y cuán gran riqueza era padecer por él menguas y necesidades.

Con lo cual quedaban los Religiosos tan alegres y consolados, que mostraban grande regocijo por experimentar en sí la pobreza de Cristo, y en ella experimentaban también la certeza de sus socorros. Porque algunas veces, antes de acabarse la plática, traían de repente a la portería lo que habían menester para su sustento; y nunca se detenía tanto en socorrerlos, que dilatase mucho la comida, y de ordinario estaban sus conventos muy proveídos de lo necesario, sin mucho cuidado suyo y con pocas diligencias de sus súbditos. Sólo tenía gran cuidado de que sirviesen mucho a Dios, y en esto apretaba las diligencias, cuando faltaba lo necesario, pareciéndole que esta falta era aviso de Nuestro Señor de que no le servían con cuidado. Cuando iba de camino y llegaba a alguna venta o lugar, donde no había qué comer, y le daba el compañero estas nuevas por socorro de su necesidad y cansancio, él se regocijaba con ellas y decía con rostro alegre: «Pasemos hoy con el amor de Dios, que no moriremos de hambre, y Su Majestad cuidará de nosotros». Y así sucedía, porque nunca faltaba algún caminante o persona devota que los socorriese o regalase.

En los conventos donde él presidía, de ninguna manera se pedía por los lugares al tiempo de la cosecha, diciendo que en su profesión habían hecho este concierto con Dios: que ellos le sirviesen y él los sustentase, pues los tenía en

casa y era tan rico; y, que si ellos no faltaban por su parte, Dios no faltaría de la suya. En lo cual, no condenaba las diligencias necesarias de otros, sino las que en él fueran superfluas, según la firmeza de su confianza. Y porque no pareciese quería vivir de milagro, cuando estaba en lugares grandes, como Granada y Baeza, hacía que, los miércoles y los sábados, saliesen dos donados a pedir por las puertas, y de lo que traían se proveía lo necesario. Y con todo esto, abundaban tanto sus conventos, que dicen los que le conocieron en ellos, que había también para socorrer a muchos pobres y a las monjas de nuestra Orden, como las de Segovia lo dicen en sus declaraciones. Persuadíanle los seglares y religiosos que visitase gente rica y principal de estas ciudades, para que, conociéndole, hiciesen limosna a su convento; pero él se excusaba, diciendo que, cuando fuese menester, Dios los movería sin que él les fuese importuno, y que si Dios no los movía, por demás era hacer humanas diligencias.

Finalmente, tan poderoso se hallaba con esta firmísima confianza para todas las cosas, ahora fuese para socorro de necesidades, ahora para salir de los peligros, ahora para otros sucesos, que como fuese para servicio de Dios, ninguna cosa se le ponía delante, todo lo hallaba posible. Y con esta firmísima confianza en Dios, descuidada de humanas diligencias, enfrenaba la solícita providencia de los procuradores de sus conventos, no todas veces necesaria, enseñándolos a fiar más de Dios que de sus molestas diligencias, aunque ellos no siempre lo aprobaban; porque como estaban acostumbrados a hacer su cuidado, solicitador de las limosnas que venían al convento, hacíaseles nueva esta manera de esperanza retirada. Y él les decía que el Procurador de su convento había de ser un Juan de espera en Dios, que con su confianza y oración sacase, desde el rincón de la celda, las limosnas de la mano de Dios y del seno de los fieles. Y porque fueron muchos los casos notables, y algunas veces como milagrosos, con que favorecía Nuestro Señor su confianza, referiremos adelante algunos, cuando tratemos de su gobierno en los conventos donde sucedieron.

CAPITULO XXVII

Caridad del Santo.

Como la caridad sea forma próxima de todas las virtudes, que ordena a Dios, como a su fin, los actos de ellas, y la que une al alma con él, como con su principio, en que consiste la felicidad del espíritu humano, comenzada en el destierro y consumada en la patria; de aquí viene lo que dice Santo Tomás (1), que toda la perfección de la vida cristiana, se toma principalmente de la caridad. Según lo cual, cuanto uno tuviere más de caridad, tanto tendrá más de verdadera santidad y de semejanza con Dios. Y habiendo de sacar la perfección del hábito de caridad, que está en el alma, por los efectos exteriores, que proceden de ella, para declarar por ellos la del Santo Padre, en primer lugar de todos ponen los teólogos la espiritualidad de la vida. Porque, como cada uno obra según el hábito de que está vestida el alma, que es regla de las obras de ella, al paso que esta forma divina de la caridad se va arraigando y apoderando del sujeto en quien está, a ese mismo se va espiritualizando para que obre y viva a lo divino, hasta que, informado ya perfectamente de ella, pueda decir con el Apóstol: «Que ya no vive en sí, sino Dios en él».

Pues esta espiritualidad de vida resplandeció tanto en San Juan de la Cruz, que estando con el cuerpo en la tierra, parecía habitaba ya con el espíritu en el cielo, según estaban espiritualizados y en cierta manera endiosados sus afectos. Y por eso le llamaban comúnmente hombre interior; porque toda su conversación era con Dios en el centro de su alma, con tan gran abstracción de todo lo visible, que tenía necesidad de hacerse mucha fuerza para atender a las acciones necesarias a la vida humana. Y no sólo las potencias, mas también los sentidos parece que tenía espiritualizados, según la poca contradicción que le hacían para asistir a Dios dentro de su

1 D. Th., II-II.ae, q. 23, a. 8: et q. 18, a. 1. Cf. III Sent., d. 27, q. 1, a. 1.

alma (1). Lo cual le venía también de la perfección de la caridad, que reduce a unión y concordancia los sentidos y las potencias, para ordenar todo el hombre a Dios.

De esta asistencia tan ordinaria que hacía a la blancura de la Luz eterna, a quien continuamente sacrificaba su alma, le venía una pureza de ángel, que en todas sus acciones se descubría (2). Porque, como lo que mancha al alma, es la comunicación de las criaturas, y lo que la purifica, es la comunicación de Dios, y él procuraba tanto esconder la atención de todo lo que mancha, para atender a lo que purifica, participaba de la blancura de Dios y librábase de la impureza de las cosas inferiores, con que es forzoso mezclarse en esta vida, para que, a manera del sol, no se le pegase nada de ellas, aunque las comunicase. Y si de la abundancia del corazón habla la lengua, bien se conocía lo que abundaba en el suyo, pues todas sus conversaciones y pláticas eran de cosas espirituales, que encendían las almas en amor de Dios.

Andaba su espíritu tan abrasado en este fuego divino, y tan anegado en el abismo inmenso de las perfecciones de Dios, (donde se participa, desde la tierra, del convite que hace a sus escogidos en el cielo), que le era muy penoso retirar la atención del paraíso interior—donde él habitaba ya, como ciudadano del cielo, por conformidad del espíritu con sus ilustres habitadores (3)—, para poder atender a las cosas exteriores, donde él se tenía por desterrado, y el haber de aplicar la atención a ellas, era para él una mortificación continua. Y a este propósito dijo él a una persona muy espiritual, con quien él trataba más estrechamente algunas cosas de su alma, que había muchos años que padecía este tormento. Porque la abundancia de la suavidad de Dios, que en su alma sentía, y el hábito milagroso, superior a la vida común del destierro, que tenía de asistir felizmente a Dios con las potencias en el centro de ella (donde él singularmente habita), le tiraban mucho a este paraíso interior; y por otra parte, las obligaciones de su oficio y de la comunicación humana, inevitable, pedían

1 D. Th., II-IIae, q. 184, a. 1.
2 S. Th., opusc. 61, c. 3.
3 D. Th., 1 Sent, d. 15, q. 5, a. 3.—I p., q. 12, a. 6.

advertencia cuidadosa a las acciones exteriores, para él tán pesadas, y así era menester una violencia continua para poder atender a ellas.

Esta fuerza de amor y suavidad, que le robaba la atención nacia lo interior, llegaba a punto, en algunos tiempos, que con ser él tan amigo del rincón de la celda, huía de estar recogido, porque no le hallasen arrobado, por lo mal que su humildad llevaba que se entendiese de él que tenía visitaciones de Dios, más particulares que otros religiosos. Referiré, para declarar más esto, unas palabras de un testigo de gran crédito, con quien él algunas veces comunicaba la pena que le causaba verse tan regalado de Dios, deseando él más padecer por su amor trabajos, que gozar en esta vida de sus regalos: «Es tanta (me dijo una vez) la consolación que mi alma recibe, que no me atrevo a entrar donde esté muy recogido, porque no me parece que puede ya sufrir tanto mi flaco natural, y me abstengo algunos días de decir misa, porque temo que me ha de suceder algo de mucha nota. Ya le digo a este Señor que o ensanche mi natural o me saque de esta vida, mas que no sea teniendo cargo de almas.» Esto refiere en su declaración este religioso, en lo cual descubre mucho de lo que vamos diciendo.

A este mismo propósito dice otro testigo: «Estaba el amor de Dios tan apoderado de su alma, y el fuego de este amor tan encendido en ella, que abrasaba a los prójimos con sus palabras, y andaba tan absorto en Dios, que había menester hacerse mucha fuerza para tratar de otra cosa. Estando en la ciudad de Segovia, gobernando aquella casa, cuando le llamaban para persona de afuera que venía a buscarle, le hallaban muchas veces en una cueva de la huerta del convento, donde se escondía todo el tiempo que podía hurtar de las ocupaciones, para tratar despacio con Dios, y de allí salía tan anegado en el conocimiento y sabor de las cosas divinas, que parecía no poder advertir a otras. Y a un religioso que de ordinario le iba a llamar, le decía algunas veces: déjeme, Padre, por amor de Dios, que no estoy para tratar con gentes.» Esto mismo dicen otros testigos que en este tiempo le conocieron, y lo experimentaban hartas veces nuestras religiosas de aquellas ciudad, y lo poco que advertía a las cosas

exteriores que no le tocaban de oficio; porque, preguntándole algunas que por él habían pasado aquellos días, no se acordaba de ellas. Si las cosas que hablaban no eran de Dios, atendía poco a ellas; y si hablaban de Dios, se afervorizaba tanto, que a veces se suspendía entre las pláticas.

Esta fuerza que se hacía para poder atender a las cosas exteriores, notaron algunos religiosos por algunos medios violentos que disimuladamente hacía para esto. Porque, así como a un enfermo de letargo le atormentan el cuerpo para que no se duerma; así también era necesario que él atormentase al suyo para no dormirse en el dulce sueño de la Esposa, donde duerme el cuerpo y vela el alma. Viéronle algunas veces paseándose con seglares, darse con los artejos de los dedos de las manos, cerrado el puño, en una pared grandes porrazos, para que el dolor corporal llamase la atención a lo exterior, porque los seglares no le notasen las elevaciones del espíritu y le tuviesen en mayor opinión por esto. Y atormentábase de esta manera por la gran ocasión en que se ponía de trasportarse, habiendo de tratar cosas de Dios con ellos, porque éstas eran siempre sus pláticas; y como el alma se afervorizaba con ellas, trabajaba mucho por detenerla para que no volase tras lo que amaba. Y de este tormento corporal, de que usaba para estorbar el vuelo del espíritu, traía muy de ordinario llagados los artejos de las manos, como lo notaron algunos religiosos. Otras veces, cuando no había pared donde hacer esto, como cuando paseaban por la huerta, usaba de otro ejercicio penoso, como apretar en el cuerpo el cilicio o la cadenilla, de que andaba ordinariamente armado contra las peleas de su carne, aunque la traía harto rendida; y algunas veces llegaba esta violencia a sacar sangre, que después se hallaba en su ropa.

Cuando hablaba con las monjas de su Orden, más sin miedo trataba de Dios, y así se quedaba muchas veces trasportado con una compostura devotísima, que sólo mirarle afervorizaba y recogía; y cuando volvía, después de gran rato, era con un profundísimo suspiro y alguna palabra que significaba la fuerza de su amor y de las prendas que tenía de Dios en su alma; y lo mismo le sucedía cuando volvía de los raptos de mayor vuelo, que arrebataba al espíritu con

mayor violencia que el éxtasis. La eficacia con que persuadía alguna verdad de desengaño, era tan grande, que muchas veces no podía reprimir la fuerza del espíritu; particularmente cuando se trataba de cosas del cielo y del olvido que tenían de ellas los que con fatiga continua buscaban las de la tierra, viles y caducas.

En las conversaciones que tenía con personas religiosas, érale muy familiar esta palabra: «Alto, ¿qué hacemos aquí? Vamos a vida eterna», y clavando los ojos en el cielo, se quedaba como suspenso. Y llamaba vida eterna, no sólo a la consumada que esperamos en la patria, sino también a la comenzada en el destierro, cuando el entendimiento, abstraído de las cosas temporales, se traslada por la contemplacion a las eternas, y el afecto, como le es posible, las abraza: a lo cual llamaron también los Santos (1) estar en vida eterna, por cierta conformidad del alma con las cosas celestiales. Lo cual en San Juan de la Cruz era con mayor facilidad; porque, como en estos raptos había sido muchas veces levantado a comunicación de la vida celestial y de las maravillas que en ella gozan los Bienaventurados, y le quedaban en el entendimiento las memorias de ellas, cualquiera recordación de esto le era dulce y muy ocasionada para esconderse el espíritu de la atención de lo visible, para gozar sin estorbos de lo invisible, de que tenía ya tantas prendas conocidas, como frutos que había sacado, aunque de paso, de la dichosa tierra prometida.

De todo lo cual se puede echar de ver cuán espiritualizado estaba y qué raíces tan profundas había echado en su alma la virtud de la caridad, pues tales efectos hacía en ella. Y si la verdadera santidad, como la teología prueba (2), se toma de estar todo el espíritu del hombre con sus actos aplicado a Dios, como a su primer principio y último fin, grande fué la santidad que el Señor comunicó a San Juan de la Cruz, que tan dedicado y entregado estuvo a su servicio con todas sus potencias y sentidos, desde su niñez hasta su muerte, sin que se le conociese tiempo, desde que el uso de la razón amane-

1 D. Th., I Sent., dist., 15, q. 5, a. 3.
2 D. Th., II-IIae, q. 81. ar. 8.

ció en su alma, en que no ordenase a Dios todas sus acciones interiores y exteriores, según se conocía de su modo de obrar, tan fervoroso y elevado. Lo cual era una admirable disposición para grandes y continuos aumentos de caridad, cuya intención y lo perfecto de la santidad se toma de estar el alma reducida, por conformidad con Dios, de la multiplicidad a la unidad, y de la vida esparcida a la única (1), porque ésta era la vida de nuestro Santo.

CAPITULO XXVIII

Algunas calidades de perfecta caridad que resplandecieron en el Santo.

Ya vimos en otra parte que los recibos de la sabiduría divina en el espíritu criado son purificación, iluminación y perfección del mismo espíritu; y que según la perfección a que cada uno ha de ser levantado, ha de ser esta purgación e iluminación (2). Pues, como los hombres han de ser colocados entre las jerarquías de los ángeles en el cielo, según sus merecimientos (3), los va esta divina Sabiduría purificando en esta vida más o menos con trabajos interiores y exteriores, conforme al grado de caridad a que ha de ser cada uno levantado en el destierro; porque, según ésa, le corresponderá la bienaventuranza en la patria. Y así, unos son purificados a modo de jerarquía ínfima, y otros de jerarquía media, y otros de jerarquía suprema; y cuanto más han de subir en la perfección de la caridad, tanto han de ser más apretados los cauterios de la purificación. Y los que han de ser colocados entre los serafines—de que no están excluídos estos siglos postreros, como dicen (4) los Santos—, pasan en esta vida por apretadísimos crisoles, hasta llegar a aquel que San Dionisio llamó sacrificio divinísimo, porque en él disponen al alma para quedar toda sacrificada a Dios por tal despojo de todas

1 D. Th., I Sent., dist. 17, q. 2, a. 2.
2 D. Dio., De Coel. Hier, c. 13.
3 D. Th., I p., q. 108, a. 8.
4 D. Th., I-IIae, q. 4, a. 5.—D. Dio., De Coel. Hier, c. 3.

las desemejanzas e imperfecciones del hombre viejo, para ser vestida de los resplandores del hombre nuevo, Hijo de Dios, con quien ha de ser unida por transformación de amor. Declarando este lugar el Venerable Hugo de San Víctor a nuestro propósito, dice que con este sacrificio divinísimo han de ser purificados aquellos que, a manera de espíritus supremos, han de ser iluminados inmediatamente de Dios, para repartir su luz a otros. Y como Santa Teresa y su ilustradísimo compañero habían de ser principio de jerarquía, para iluminar a los que en ella los siguiesen, por eso pasaron por fortísimos cauterios, hasta llegar a este último, con que los fueron disponiendo para la ciudad de la jerarquía suprema, en que habían de ser colocados entre los serafines.

Y si aplicamos la atención a las calidades del amor, en que arden estos espíritus supremos, las hallaremos todas en el amor que tenía a Dios nuestro serafín terreno. La primera, según la noticia revelada que nos da de ellas S. Dionisio (1), aprendida del Apóstol, su Maestro, es movimiento continuo hacia Dios, como a su esfera. La segunda, que nunca cesa este movimiento del afecto a unirse con él, como con su centro. La tercera, que es fogoso y siempre le aviva y despierta a amar. La cuarta, que es agudo, no contentándose con amar desde afuera, sino que penetra hasta entrar donde esté el Amado. A la quinta llama superférvido, que levantando el espíritu sobre sí mismo y sobre todas las cosas, le hace que, olvidado de todas y de sí, vuele hacia la esfera de este fuego divino sobre la condición del estado del destierro, de donde vienen los éxtasis y los raptos con todos los demás excesos de espíritu.

Aplicando, pues, esto a nuestro propósito, las primeras tres calidades de las cinco referidas, fueron tan conocidas en el Santo Padre, que ninguno de los que le trataron, podrá dudar cuán altamente participaba de ellas, y por eso casi todos los testigos que fueron examinados en orden a su beatificación, las tocan.

---

1 D. Dio., De Coel. Hier., c. 7.—Actualmente está fuera de controversia que las obras atribuídas en otros tiempos a San Dionisio *Areopagita*, discípulo de San Pablo y obispo de Atenas, fueron escritas en la segunda mitad del siglo V, por un autor probablemente sirio (N. del E.).

Y contentándome con referir las palabras de uno de ellos, diré a este propósito: «El amor interior que nuestro Padre San Juan de la Criz tenía a Dios, se descubría en alguna manera en lo exterior, no sólo porque le veíamos andar siempre recogido y atendiendo a Dios interiormente, mas también por el afecto y amor con que hablaba de Dios y por los efectos que hacían sus palabras en los que las oían; porque parecía que abrasaban con el mismo fuego en que él ardía. Y eran tan levantadas y daba con ellas tanta luz a las almas, que con el conocimiento de Dios que de ellas salía, y con el calor de que iban vestidas, encendían y esforzaban los deseos de servirle. Y con tratar siempre en sus pláticas de esta materia, habíale dado Dios tanta gracia en esto, que nunca cansaba, antes saboreados los religiosos con este manjar divino, le pedían que les dijese más. Y con ser algunas veces a tiempo que el cuerpecillo, cansado de los ejercicios espirituales de todo el día, suele apetecer un poquito de recreación, como después de colación o cena, recreaba tanto con la suavidad con que hablaba de Dios, que gustaban que les tratase de esto, y estaban tan atentos y con tanto aprecio y gusto de lo que oían, que los tenía como suspensos, sin que hubiese quien se menease, y salían admirados de las riquezas de sabiduría que allí había esparcido. Y aunque fuese de cosas muy sabidas, daba tal vida y espíritu a lo que decía, y tales motivos espirituales sacaba de ello, que los dejaba a todos fervorosos y regalados en Dios dándole gracias por aquel sustento del cielo, que les había dado por boca de su siervo. Y si por los efectos se han de juzgar sus causas, tan asentado estaba el amor de Dios en su corazón, que siempre me parece estaba en ejercicio de este amor, porque siempre se veían en él efectos de esto. Y notaba que ahora fuesen pláticas largas, ahora cortas, todas eran tratar de Dios, y de cómo nos habíamos de llegar a Su Majestad por el ejercicio de las virtudes; de manera que ninguna palabra desperdiciaba. Y así, cuando en la conversación se atravesaban algunas cosas de negocios de acá de la tierra, concluía con brevedad con ellos y decíame: dejemos estas baratijas, hablemos de Dios, y según eran provechosas y de levantado espíritu las cosas que decía, pare-

cía que el Espíritu Santo hablaba en él, y el amor con que él amaba a Dios, pegaba a las almas con quienes trataba. Y en mí experimentaba esto, que siempre que le hablaba, quedaba con unos grandes deseos de servir y amar a Dios, y lo mismo sé que sucedía a otras personas. Y echábase de ver la gran fuerza que se hacía para atender a las cosas exteriores, y a lo que hablaban otros, y a veces se suspendía entre las pláticas. De las perfecciones divinas hablaba tan altamente, con tanta claridad las significaba, y con tal eficacia las imprimía en el alma, que daba calor al corazón y dejaba renovados los espíritus, con determinación de atropellar por todas las dificultades de que anda rodeada la virtud. Y con haber yo oído muchos sermones y pláticas espirituales de personas doctas y de santa vida, nunca vi ninguno que tan levantadamente y con tal sentimiento hablase de Dios, ni que con sus pláticas tanto moviese mi alma a desearle agradar. Y por todos estos efectos que veía en él de un hombre divino, transformado en Dios, solía decir que nuestro Padre San Juan de la Cruz no era hombre de este siglo, sino morador ya del cielo con el espíritu». Esto nos dice este testigo de estas primeras calidades del amor seráfico, y en esta sustancia hablan casi los demás que le conocieron y trataron.

CAPITULO XXIX

Caridad seráfica de San Juan de la Cruz.

A la cuarta calidad del amor de los serafines llama San Dionisio amor agudo, con el cual al alma contemplativa, despojada ya de la ropa del hombre viejo, la va el Esposo divino vistiendo de sus resplandores y penetrando con su amor y semejanza todos los senos de ella, para que toda quede divinizada y convertida a él (1). Y porque el deseo del Amado es disposición para recibirle, la hiere de amor para encender en ella estos deseos, que la disponen próximamente para

1 D. Th., III Sent., dist. 27, q. 1, a. 1.—Idem. I p., q. 12, a. 6.—De Ver., q. 12, a. 8.

unirla consigo; y cuanto la unión ha de ser más íntima, tanto estas heridas son más eficaces, y para nuevo grado de unión hay también nuevo cauterio de amor. El cual efecto se hace en estas almas tan elevadas por dos caminos: uno por la influencia de los dones del Espíritu Santo, que se llama luz inmediata de Dios; y el segundo por el ministerio de los ángeles; y conforme a la dignidad y grado de esta unión, así son los ministros de esta obra. Y por eso hallamos en los contemplativos muchas maneras de ansias y heridas de amor, muy distantes unas de otras.

Pues, como a nuestro Santo Padre le quería Dios levantar a la dignidad de serafín humanado, para que en los premios del cielo fuese semejante a su ilustradísima compañera, como lo había sido en el oficio y en los trabajos, estando en la tierra, le entregó a los serafines para que con su ardiente influencia le abrasasen al modo de su jerarquía y purificasen su alma de todo lo imperfecto y desemejante a Dios, que para este grado de blancura más levantado habían dejado en ella las purificaciones pasadas, no tan eficaces. Porque, así como el nombre de serafín significa no sólo caridad, sino también exceso de caridad con ardor e incendio de amor (1), que, a manera de fuego, va penetrando y purificando hasta lo más íntimo de lo que embiste; así también la operación que los serafines ejercitan poderosamente en sus súbditos, es con estos mismos efectos de exceso, incendio y penetración de amor, con que los purifican y levantan a un sublime fervor de caridad. Y así no cualesquiera ansias de Dios y fervor de espíritu proceden de la influencia de los serafines, y de la herida, y llaga de amor que causan en las almas muy enamoradas de Dios, sino las que con efectos tan excesivos dispone Su Majestad para grados muy altos de estrecha unión con él, y para ocupar asiento en la primera jerarquía, como príncipes celestiales; y como esto es cosa muy rara, así lo son también estas elevaciones.

Algunas veces concede Dios a estos ilustradísimos espíritus, por particular privilegio, que vean con ojos corporales o intelectuales no sólo el efecto, sino también el ministro que le

1 D. Th., I p., q. 108, a. 5.

causa: como el Profeta Isaías, que vió un serafín que con un ascua encendida le purificaba; y el glorioso San Francisco vió un serafín que le imprimía las llagas de Cristo; y Santa Teresa vió otro serafín que con un dardo de fuego le traspasaba el corazón. Y San Juan de la Cruz se vió embestir de otro serafín, en forma de llama de fuego muy encendida, para abrasarle con ella; y así comienza uno de sus libros místicos significando este efecto y diciendo: «¡Oh, llama de amor viva, que tiernamente hieres en el más profundo centro de mi alma!»

De estas heridas y encendidos efectos nos da noticia experimental en la «Llama de amor» (c. 2.ª, v. 2.º), por estas palabras. «Acaece que, estando el alma inflamada en este amor, siente un serafín que, embistiéndola con una llama de fuego encendidísimo, la traspasa y cauteriza subidamente. Y entonces en este cauterizar traspasándola, apresúrase la llama, y sube de punto con vehemencia, al modo que en un encendidísimo horno o fragua, cuando lo hornaguean, se levanta llama y se aviva el fuego; y entonces, siente el alma esta llaga en deleite sobre todo encarecimiento. Porque demás de ser toda removida, al tiempo que la revuelven a la moción impetuosa de su fuego (en que es grande el ardor y derretimiento de amor, y la herida fina) siente el alma lo profundo del espíritu traspasado, y lo fino del deleite; de que nadie puede hablar como conviene, porque se ve el alma hecha un inmenso fuego de amor. Pocas almas llegan a esto, mas algunas han llegado, mayormente las de aquellos cuya virtud y espíritu se había de difundir en la sucesión de sus hijos, dando Dios la riqueza y valor a la cabeza, según había de ser la sucesión de la familia, en las primicias del espíritu». Todo esto es de nuestro Maestro, y como declaración experimental de lo que Santo Tomás dice (1) de este amor agudo, con que el Esposo celestial introduce su semejanza en el alma contemplativa que ha de unir consigo.

De este grado de amor agudo de los serafines (que pertenece a la penetración de la caridad en el alma contemplativa, para introducir en ella la semejanza de Dios, con que ha

1 D. Th., III Sent., dist. 27, q. 1, a. 1.

de ser unida con él) pasa San Dionisio al amor superfervido, que pertenece a la transformación del alma en Dios, que es grado superior. Cuya violenta eficacia sobre los grados pasados (dice el Venerable Hugo de San Víctor) se puede conocer en el sonido de su nombre, pues vemos que lo que hierve, sale fuera de sus términos con cierta violencia de calor e incendio, y levantándose sobre sí, hace gran moción con la fuerza del íntimo y escondido ardor. De manera que, aunque no se ve el calor del incendio secreto que en lo interior está moviendo, se conoce por lo que de este movimiento sale a fuera, y por él entendemos la gran fuerza, la virtud robusta y la violencia fuerte del calor secreto, que no vemos. Pero ¿quién podrá dignamente declarar con semejanzas visibles la majestad de las cosas invisibles? El amor que antes era agudo para penetrar por todas las cosas, menospreciándolas por el Amado, ya es superfervido, que saliendo de sus términos, también a sí mismo desprecia y desampara, para transformarse en lo que ama; lo cual no puede hacer sino un grandísimo y singular amor. Y así sucede por maravilloso modo que, levantándose con la fuerza de este fuego amoroso a unirse con el que es sobre sí, de sí se olvida y enajena con la misma fuerza por el que sólo ama.

De esta manera declara este gravísimo autor la sustancia de este grado de amor de serafines, el cual se descubría en el Santo Padre por mil caminos desde el tiempo en que le dejamos en Avila, caminando por el estado de unión al de la perfecta transformación en Dios.

Porque de esta llama violenta (que así la llaman los maestros místicos) procedía aquella fuerza amorosa con que era llevado a Dios tan de ordinario, que era necesario estarse reprimiendo y violentando para poder atender a las cosas exteriores. Asimismo, la desestima que tenía no sólo de las cosas temporales, mas también de sí mismo, que es efecto de este grado. Y si por el movimiento exterior se conoce el calor íntimo de lo que hierve y sale de sus términos, bien claro nos manifiestan los efectos de este movimiento que en nuestro serafín se descubrían, la fuerza grande, la virtud robusta y la violencia fuerte del calor secreto que no se veía, pues con tan violenta eficacia volaba el espíritu a Dios, olvidado de sí

mismo que algunas veces arrebataba también consigo al cuerpo, como en su lugar veremos.

Pues si en todas estas comunicaciones divinas (donde tan eficazmente se despierta el fervor del espíritu, y el acto de caridad se hace más intenso) se aumenta mucho la misma caridad, como prueban los teólogos (1), ¿a qué intensión y perfección de caridad habrá llegado el espíritu de nuestro serafín terreno, después de haber tantas veces entrado en la fragua de amor divino, hasta llegar a la suprema de la primera jerarquía, donde el amor tanto se acendra y perfecciona? Y, siendo verdad que cuanto el espíritu criado tuviese más de caridad, tanto más perfectamente verá a Dios (2), en que consiste la gloria esencial, y más bienaventurado será; ¿a cuánta gloria nos persuade la piedad cristiana, con tan sólidos fundamentos, que fué levantado el abrasado espíritu de este primer capitán de la nueva Congregación de serafines de la tierra, tan obligados por su Instituto a imitar a los del cielo?

Bien se acredita con todo esto aquella milagrosa aparición que se ve en su carne, como adelante veremos, donde nos representaron a nuestra gloriosa Madre Santa Teresa y a este ilustradísimo compañero suyo en forma de serafines coronados; como diferenciando los de los demás del cielo por haber subido a esta dignidad como a punta de lanza, pasando, con los auxilios de la gracia, por grandes trabajos y peligros, y alcanzando insignes victorias de los enemigos de Cristo y de su vida y doctrina: y esta guerra contra sí mismos y contra su propia flaqueza, no tuvieron los otros serafines por la felicidad de su naturaleza, y así tan poco estas victorias, que en los nuestros fueron coronadas.

1 D. Th., I Sent., dist. 17, q. 2, a. 1.
2 S. Th., I par., q. 12, a. 6.

CAPITULO XXX

Intensidad de la caridad luminosa de San Juan de la Cruz, que comunicaba algunas veces su resplandor al cuerpo.

Por lo más acendrado y perfecto de la caridad de los serafines, pone San Dionisio (1) el holocausto de amor, cuando el espíritu está ya tan penetrado de este fuego divino y tan transformado en él, que, como en el madero hecho ascua, todo lo que se ve en él, parece fuego. Y las señales que el mismo Santo da del espíritu de esta manera transformado y hecho holocausto de amor, son: que tenga propiedad resplandeciente e iluminativa, perseguidora de las tinieblas y manifestadora de ellas. Todas las cuales señales hallamos en nuestro serafín terreno viviendo aun en carne mortal, y con la declaración de ellas quedarán sabidas algunas nuevas excelencias de su fogosa caridad e ilustradísimo espíritu.

Cuanto a la primera, que es ser resplandeciente, fué tan conocida en el Santo Padre, que algunas veces salían sus resplandores de la esfera espiritual, y redundaban al cuerpo queriendo Dios que se descubriesen en lo exterior, por modo milagroso, los grandes incendios de amor que en lo interior de su espíritu había.

De este efecto milagroso que en nuestro serafín se descubría, nos dan harta noticia muchos testigos de vista de los que se examinaron en las informaciones para su beatificación. Los cuales declaran haberle visto muchas veces (particularmente los últimos años de su vida) como a otro Moisés, cuando salía de hablar con Dios, resplandeciéndole el rostro y vestido de cierta Majestad, más que de hombre, que daba reverencia y edificaba, unas veces más y otras menos, según la dispensación divina en favor de la caridad que ejercitaba el alma. Verificaremos esto con palabras de algunos de estos testigos más acreditados.

---

1 D. Dio., De Coel. Hier., c. 7.

Uno de los cuales lo declara de esta manera: «Este amor interior que tenía a Dios el santo Fr. Juan, se echaba de ver algunas veces exteriormente en el aspecto; porque le salía del rostro un resplandor sobrenatural, que causaba devoción y compunción a los que lo miraban. Y más particularmente sucedía esto cuando acababa de decir misa o salía de oración, o cuando hablando de Nuestro Señor, se quedaba suspenso de alguna cosa que le había hecho mayor fuerza. Esto mismo notaron en él otras muchas personas, y tratando yo de ello con el Doctor Villegas, canónigo penitenciario de la Iglesia Catedral de Segovia y gran siervo de Dios, que había comunicado mucho al P. Fr. Juan de la Cruz, cuando estuvo por Vicario del convento de aquella ciudad, me dijo que, algunas veces de las que iba a hablarle a su monasterio, veía salir de él una divinidad y resplandor, que le ponía admiración y reverencia, respetándole no a lo humano, sino por lo que veía de Dios en él». Esto que dice este testigo del Doctor Villegas, muchos se lo oyeron a él mismo, y fué el que mejor pudo testificar de esto; porque, como sentía tan gran provecho en su alma con la comunicación espiritual del Santo, le iba a buscar muchas veces, y saliéndose los dos a la huerta del convento, se solían estar sentados en el suelo, arrimados a alguna peña, hablando de Dios la mayor parte de la tarde. Y como allí se meneaba la leña de este fuego en el horno del espíritu, salían a lo exterior de nuestro serafín estas luminosas llamaradas, que ponían en admiración devota al compañero.

Estos efectos luminosos de intensa caridad fueron más conocidos en el Santo los postreros años de su vida por haberse acercado más su espíritu a Dios, en quien estaba transformado, y participaba de más cerca del fuego de la caridad increada, y con mayor abundancia. Y demás de esto algunas veces le favoreecía Nuestro Señor con algunas inundaciones extraordinarias de los efectos de este fuego, particularmente de su resplandor, o para manifestación de su santidad, o para utilidad de los que le comunicaban. Lo cual experimentaron algunas personas, dignas de todo crédito, cuando iban a confesar con él; que, en entrando en el confesonario, veían salir por el rallo un gran resplandor de luz extraordinaria, y

no de esta común, de la cual quedaron algunas de ellas tan movidas, que siendo antes profanas, fueron después cuidadosísimas de sus almas.

Entre éstas, fué notable la mudanza de vida que hizo una doncella de Segovia, bien nacida, llamada Angela de Alemán, muy hermosa y muy profana, y después tan ejemplar, que de ella habemos de hacer memoria adelante. Y el principio de esta mudanza le resultó de esta maravilla que vió en S. Juan de la Cruz. Porque, yéndose a confesar con él, cargada de joyas y de galas profanas, vió en entrando en el confesonario donde el Santo estaba, que salía por los agujeros del rallo un resplandor de luz celestial, que le penetró el alma, de manera que de allí salió movida a dejar las galas y vestirse de un saco, como en su lugar diremos.

Y porque ella era ya muerta, cuando se hicieron estas informaciones, declaran en ellas el licenciado Antonio Alemán, canónigo de Segovia, su sobrino, y el licenciado Diego de Río-Frío, con otros muchos testigos, habérselo oído a ella misma, y que este resplandor que salía del confesonario de San Juan de la Cruz, cuando se iba a confesar con él, lo había visto muchas veces, y fué mujer de tanta verdad y virtud, que murió con opinión de Santa. Y fuera del confesonario le vió algunas veces con el mismo resplandor, y de una testifica el Doctor Villegas haberlo sabido de ella misma. Otro testigo de estas informaciones dice que tres veces que se fué a confesar con el Santo Padre, en abriendo el confesonario donde estaba, salía de él tan gran resplandor, que le deslumbraba la vista, y una vez le preguntó qué era aquello. Y mostrando disgusto el Santo de que lo hubiese notado, quiso deshacer el misterio, y después le mandó que no lo dijese a nadie.

De esto mismo nos dan noticias personas muy acreditadas de nuestra Orden, y en particular dicen algunas monjas que, cuando el Santo Padre las comulgaba, al fin de la misa, entraba por la ventanilla del comulgatorio un extraordinario resplandor, que salía de su rostro y les causaba devoción.

De los efectos que esta maravillosa reverberación hizo en algunas personas que la vieron, referiré sólo un caso, por ser de original muy acreditado y haberlo referido el mismo a quien sucedió, a toda una comunidad de nuestros frailes. Un re-

ligioso grave de la Orden de Santo Domingo (cuyo nombre por su humildad callo) siendo aún seglar, entró un día en un monasterio nuestro, bien descuidado de tomar otro estado más perfecto, y encontróse con San Juan de la Cruz, que acababa de decir misa, y salía de su rostro tan admirable resplandor, que le deslumbró los ojos, y pasando al corazón, le pegó el fuego de donde el resplandor procedía, con tan eficaz moción, que desde allí salió resuelto a ser religioso, y fuélo tan de veras, que cuando contó esto, era Maestro de novicios de un monasterio grave de su Orden, y muy de ordinario decía a nuestros religiosos que a la nuestra debía su vocación.

De estos efectos de fervor y luz favorecidos de Dios tan a lo milagroso en las ocasiones que aquí señalan los testigos, se conocía que eran muy intensos los actos de caridad que nuestro serafín ejercitaba, así en orden a Dios, como en orden a los prójimos; pues la moción de la parte inferior, por redundancia de la superior, dicen los teólogos (1) que es señal muy conocida que es muy intenso el acto de la voluntad, de donde procede esta alteración de la parte sensible. Y de aquí se nos descubre un muy extendido campo de aumentos de la caridad de San Juan de la Cruz con la intensión de los actos de ella; pues, como ya vimos, el fervor que procede del acto intenso de caridad, siempre aumenta la esencia de ella. Y como estos actos eran tan frecuentes, también lo eran sus aumentos, de lo cual era forzoso que se siguiese una rara santidad.

Conocíase también en esta redundancia luminosa cuán crecido era el fuego de amor de Dios que ardía en el espíritu de este serafín terreno con la influencia de los celestiales; pues tales llamaradas y resplandores despedía de sí, que de esta manera redundaban al cuerpo. Porque esta influencia divina primero se recibía y ejercitaba en la voluntad, como en sujeto de la caridad, y de allí redundaba al apetito sensible (2), que está en el corazón, desde donde comunicaba a lo milagroso su fogosa eficacia hasta lo exterior del cuerpo.

---

1 D. Th., De Verit, q. 26, a. 7.
2 D. Th., II-IIae, q. 56, a. 6.—Cf. I Sent., d. 17, q. 2, a. 1.

CAPITULO XXXI

Caridad iluminativa con que, a modo de serafín, iluminaba y encendía a otros en el fuego en que él ardía.

Como la caridad mira principalmente a Dios y secundariamente al prójimo, entrambas cosas se hallan en los serafines, como los que entre los espíritus celestiales arden más en este divino fuego de la caridad. Y de estos dos efectos de arder en sí y encender a otros, dice San Dionisio (1) que se denominan. A lo primero llama calidad luminosa, y a lo segundo iluminativa. Y a la operación que ejercitan en los inferiores, llama por esto mismo reductiva y activa: reductiva, porque los reduce a Dios con el fuego de la caridad en el vuelo de la contemplación; y activa, porque los compone en sí mismos, según la voluntad de Dios, y ordena a él todas operaciones. Y añade el mismo Dionisio en los tocados de este fuego una calidad, muy propia de prelados: que ellos mismos, en su modo de obrar, dan forma y ejemplo de estas cosas a sus inferiores. Todo lo cual hallamos con particularísima excelencia en la operación de nuestro serafín terreno: que no sólo era luminosa en sí misma, sino también iluminativa para otros; y de lo que enseñaba a sus súbditos, daba en sí mismo forma ejemplarísima, predicando no menos con las obras que con las palabras. Y pues en el capítulo pasado tratamos de su caridad luminosa, en éste trataremos de su caridad iluminativa, valiéndonos para esto de lo que algunos de los testigos examinados en sus informaciones dicen de este efecto en sus declaraciones juradas.

Una religiosa antigua y muchas veces prelada, de quien Santa Teresa tenía muy gran crédito, dice, acerca de esto, en su declaración, de esta manera: «La fuerza de las palabras del P. Fr. Juan de la Cruz manifestaba bien cuán lleno andaba de Dios; porque bastaban para trocar a quien las oía y dejar a un alma renovada y otra de la que había ido a

1 D. Dio., De Coel. Hier., c. 7, p. 1.

sus pies. Esto experimentélo yo diversas veces en nuestro convento de Segovia, donde cada vez que iba, parece que había prendido fuego de amor de Dios en todas las religiosas, a quienes él hablaba, según quedaban fervorosas. Y si alguna tenía alguna tentación o trabajo, en hablándole, se le quitaba luego y así hizo notable provecho en muchas almas. Imprimía en el corazón con eficacia las verdades que otras veces se habían oído, casi sin reparar en ellas, que pegaban olvido y menosprecio de las cosas de la tierra, y gran aprecio y deseo de las del cielo».

Otra persona, de no menor crédito, dice de este mismo tiempo que estuvo en Segovia, estas palabras: «Tenía el Santo Fr. Juan de la Cruz tanta eficacia en persuadir a cosas de virtud, que con sus palabras parecía que daba al alma un esfuerzo invencible, para procurar la virtud que persuadía. Y era esto de manera, que algunas veces que él me animaba a llevar los trabajos con esfuerzo, sucedía vestirme el alma de tal aliento y de tan gran fortaleza, que quisiera tener presente la muerte para acometerla, en ejecución de lo que me persuadía. Y esto era con tan notable fervor y conocimiento, que me parecía que habían hecho poco los mártires en ofrecer la vida por Cristo, si ellos se sentían con el esfuerzo que yo entonces. Y admirándome de verme tan fuerte en un instante, después de tanta flaqueza y cobardía, decía entre mí: no sé qué hombre es éste, que parece encantador a lo divino, que juntamente con persuadir las cosas, parece que infunde la ejecución de ellas. Porque era tan dueño de los afectos ajenos para moverlos a las cosas de virtud, que mostraban bien sus palabras tener fuerza sobrenatural para inclinarlos a lo que quería y vestirlos de tan gran fervor, que parecía abrasaba las almas. Y en todo lo demás era un vivo retrato de la vida y ejemplo de Cristo». Todo esto es de este testigo tan acreditado, y casi lo mismo dicen otros de los que se examinaron en Segovia. Y añaden que en las comunicaciones de los prójimos parecía que adivinaba el trabajo interior que cada uno tenía; porque luego encaminaba la plática a aquella necesidad, hasta dejarlos con mucha paz o por lo menos consolados.

Del tiempo que San Juan de la Cruz estuvo en Granada,

dicen también mucho nuestros religiosos y religiosas de este provecho que con su comunicación hacía a las almas.

Una de estas personas, de muy gran virtud, que por ella y por su buen caudal ha sido prelada muchas veces, refiriendo en su declaración lo que experimentó de estos efectos, dice así: «Las palabras de nuestro Santo Padre Fr. Juan de la Cruz tenían tan particular sustancia, que pegaban inclinación a la virtud y fuego de amor de Dios, como en mí lo experimenté muchas veces. Porque encendían tanto los deseos de servir y amar a Nuestro Señor, que el corazón parecía que no me cabía algunas veces en el cuerpo, con ansias de agradar a Dios tan eficaces, que me hacían esconderme, y a solas arrojarme en la celda, delante de alguna imagen de Cristo, para descansar de aquel afecto. Otras veces, de dolor y pena de que no era agradable a Dios; y estos mismos efectos de fervor y calor oí decir a otras religiosas que hacía su comunicación en ellas. Y no sólo sus palabras vivas, mas también las escritas, tenían esta eficacia, por bullir en sus razones no sé qué de Nuestro Señor, que alentaba y hacía particular operación en el alma. Y así, cuando él estaba ausente de la ciudad de Granada, y me escribía acerca de mis dudas, sentía el mismo efecto con sus cartas que con sus palabras.»

Esto dicen las monjas de Granada, y otra noticia semejante nos dan en sus declaraciones las monjas de Beas, del tiempo que acudió allí a confesarlas. Y una de ellas, de mucho crédito, añade a los efectos ya dichos, otros, diciendo: «Tanta gracia dió Nuestro Señor al santo Fr. Juan de la Cruz en edificar y afervorizar con su santidad, presencia y pláticas, que traía las monjas a la perfección con muchos medios esforzados, como mortificaciones, penitencias, trato de espíritu, olvido del mundo, amor de Dios, y mucha puntualidad y observancia en las cosas de Religión. Y así puedo afirmar por lo que vi, que nunca el monasterio de Beas llegó a la perfección de aquel tiempo que este Santo fué allí Maestro y Padre». Todas estas palabras he referido de nuestras religiosas, por ser dichos casi de conventos enteros de ellas, que por diferentes palabras dicen una misma substancia.

Esta gracia tan sobrenatural que el Santo Padre tenía para afervorizar las almas y moverlas con extraordinaria eficacia

a la virtud, tenía bien conocida Santa Teresa por una larga experiencia que había hecho de lo que renovaba las personas que le comunicaban; y así procuraba mucho que tratase a sus religiosas, para que les pegase espíritu y fervor. Y cuando le tenía donde ella podía comunicarle, con él trataba sus dudas de espíritu, como con persona que ella tenía por tan ilustrada de Dios, y en ningún otro Maestro hallaba tanta luz. Y acordándose de lo mucho que había padecido en sus dificultades tantos años, sin hallar maestro que la entendiese, como ella lo dejó escrito en uno de sus libros, decía (como dando gracias a Dios que le había dado, dentro de su Religión, lo que no había hallado fuera de ella): «Andome por aquí y por allí, buscando luz, y todo lo hallo junto en mi Senequita», llamándolo así por la gran sabiduría que estaba atesorada en tan pequeño cuerpo. Y cuando él estaba ausente y lejos de donde ella podía comunicarle, encarecía mucho la falta que le hacía y envidiaba a las que le tenían cerca. Y así escribía a sus monjas donde él acudía, cuánto debían estimar que él las comunicase.

Siendo él prelado en los dos monasterios del Calvario y de Baeza, iba algunas veces a confesar las religiosas de Beas, convento de aquel partido, y escribiendo la M. Ana de Jesús a Santa Teresa la falta que en aquel lugar había de personas espirituales que supiesen guiar a sus monjas, le respondió la Santa estas palabras: «En gracia me ha caído, hija, cuán sin razón se queja, pues tiene allá a mi Padre Fr. Juan de la Cruz, que es un hombre celestial y divino. Pues yo le digo que, después que se fué allá, no he hallado en toda Castilla otro como él, ni que tanto fervore en el camino del cielo. No creerá la soledad que me causa su falta; miren que es un gran tesoro el que tienen allá en ese Santo, y todas las de esa casa traten y comuniquen con él sus almas, y verán qué aprovechadas están, y se hallarán muy adelante en todo lo que es el espíritu y perfección, porque le ha dado Nuestro Señor para esto particular gracia». Esto es de esta carta, y la misma estima mostraba siempre que se le ofrecía tratar de él.

También nuestros religiosos dicen mucho, en sus declaraciones, de lo que edificaba con su vida y doctrina a sus súbditos en los conventos donde era prelado, ejercitando la ca-

ridad con ellos de mil maneras, particularmente en encaminarlos a la perfección por las sendas derechas de ella. No se contentaba, como otros, con hacerles pláticas comunes, sino comunicándolos en particular muy a menudo, examinaba su aprovechamiento interior para enderezar lo que fuese torcido y mejorarlos en la vida espiritual, según la disposición que hallaba en cada uno. Si estaban afligidos, los consolaba y sentía mucho verlos melancólicos, teniéndolo por gran estorbo del camino de la virtud, y cosa muy ajena del consuelo que da Dios a los que le sirven. Siempre que acudían a él, los recibía con rostro alegre, y jamás se le vieron torcido para ningún súbdito, hallando todos en él acogida de Padre. Procuraba mucho aficionarlos a la soledad y retiro de criaturas, compañero de la oración, y trato familiar con Dios. Para esto los sacaba algunas veces al campo, y a lugares solos, y después de haberlos alegrado allí un rato, les decía que se dividiesen por la soledad para gastar aquel tiempo en oración y en hacer exclamaciones afectuosas a Dios, sin más testigos que los ángeles.

Y siendo tan largo en estas salidas a la soledad, que él mismo las solicitaba, era muy estrecho en las que le pedían para la ciudad o para los lugares, y sentía mucho que se ordenasen a cumplimientos de correspondencia humana, de que por nuestro estado estábamos excusados. Cuando era forzoso salir algunos de sus religiosos a los lugares, les encargaba mucho el buen ejemplo fuera de casa, diciéndoles que en nuestra Religión todos habían de ser predicadores de vida reformada con la modestia y reformación de la suya; que para eso los había puesto Dios en su Iglesia; que guardasen silencio en las palabras, mortificación en los ojos y modestia en todas sus acciones; que evitasen comunicaciones de mujeres, y que donde fuesen más conocidos, allí acudiesen menos veces; y que con esto predicarían más que otros con largos sermones de agudos conceptos. Y, finalmente, ahora hablase, ahora callase, siempre predicaba virtud y reformación, porque sólo verle edificaba y componía: y éste es el común lenguaje con que hablan de él todos los que le conocieron.

Esta misma doctrina escribía muchas veces a nuestras religiosas en sus cartas. En una que llegó a mis manos, aca-

bando este capítulo, escrita a las monjas de Beas, disculpándose que les escribía pocas veces, les dice estas palabras:

«Hijas mías, harto está dicho y escrito, si lo pusiésemos por obra en silencio y amor; que el hablar distrae, y el callar y obrar recoge, y da fuerza al espíritu. Y así, en sabiendo una persona lo que le han dicho para su aprovechamiento, ya no ha menester oir ni hablar, sino obrarlo de veras en caridad callada y desprecio de sí; y el querer saber cosas nuevas más es satisfacer al apetito, que aumentar la virtud interior: y es como quien come sobre lo indigesto, que no se convierte en sustancia, sino en mal humor. Para aumentar la virtud del espíritu, no hay mejor medio que padecer, obrar y callar, cerrar los sentidos, en soledad y olvido de toda criatura, y de todos los acaecimientos humanos, aunque se hunda el mundo: que quien está divertida con ellos, muy poco advertida está en Dios; porque, cuando lo está con fuerza, le tiran de dentro a callar y huir de toda conversación. Porque más quiere Dios que el alma se goce en El, que con ninguna criatura, por aventajada que sea». Esto dice nuestro venerable Padre, y a este modo eran todas sus cartas, llenas de doctrina sustancial y desengañada.

CAPITULO XXXII

Caridad de San Juan con los prójimos, de que resultaban conversiones muy ejemplares.

Esta influencia iluminativa de nuestro serafín se extendía no sólo a los religiosos, mas también a los seglares, y algunas veces tanto con mayor eficacia, por ser muy celoso del bien de los prójimos, fuesen pobres o ricos, porque sólo miraba en ellos que eran redimidos con la sangre de Cristo, y así procuraba su bien por muchos caminos, según su estado se lo permitía. Con su oración y exhortaciones sacó a muchos de pecados graves con que el demonio los tenía miserablemente encadenados, y los llegó mucho a Dios. De que referiremos algunos casos muy ejemplares, que nos descubran la eficacia de este celo y del espíritu con que la ejercitaba. Ya re-

ferimos, tratando de su asistencia en Avila, una conversión muy notable de una mujer moza, bien nacida y muy profana, que por su exhortación pasó de la vanidad a la virtud con gran edificación de aquella ciudad. Aunque no fué sólo este lance el que allí quitó al demonio: que otros secretos sintió más este enemigo, por tocar algunos a personas dedicadas a Dios, de que estaba apoderado, de los cuales se tocará adelante a otro propósito alguno de los más notables.

Estando en Segovia el Santo Padre, había allí una doncella noble, tan desvanecida con su hermosura y tan cuidadosa de lucirla con galas y curiosidades profanas, que hacían mucho daño en la ciudad su vano ejemplo y las invenciones que cada día sacaba de esta vanidad. Personas que deseaban su bien, le aconsejaban que comunicase a Fr. Juan de la Cruz, alabándoselo por un Santo muy discreto, y acabaron con ella que, en una fiesta principal que ella había de ir a confesarse a otra parte, cumpliese esta devoción en nuestro monasterio. Entrando Angela de Alemán (que así se llamaba), en el confesonario donde nuestro venerable Padre estaba, vió el resplandor que se dijo en otra parte, y le sirvió de buena disposición para recibir el Sacramento. Hizo su confesión, y tales cosas le dijo en ella aquella lengua del cielo, que salió de sus pies como la Magdalena de la predicación de Cristo, herida de su amor y confusa de las vanidades pasadas, y tan trocada su alma, que, en llegando a su casa, se cortó los cabellos que a tantos habían sido lazos, y quitándose los tocados curiosos en que hacía prueba no sólo de la vanidad, sino también de su ingenio, se puso una toca de lienzo grueso, dejó las galas y se vistió un saco de sayal muy basto, con un escapulario de buriel, como monja Carmelita Descalza. Quitóse los chapines curiosos y púsose zapatos gruesos y un manto de anascote basto, y desde aquel día comenzó a ejercitarse en muchas penitencias para purgar con ellas las delicias pasadas: como ayunos de pan y agua en muchos días, cilicios muy ásperos y rigurosas disciplinas por largo tiempo, acompañando todo esto con oración, mortificación interior, lección de libros devotos, gran recogimiento y muchas lágrimas, y gobernando su alma, según los consejos de nuestro Santo Padre. Con la cual mudanza dió un raro

ejemplo de vida reformada y penitente en aquella ciudad, y pegaba devoción y mortificación a las personas que la comunicaban. Deseó mucho ser monja Carmelita Descalza, y aunque hizo sus diligencias, no se lo concedió Nuestro Señor; pero en su casa hacía la misma vida, y, después de muchos años de estos tan ejemplares ejercicios, murió con opinión de santa.

Otras conversiones hizo nuestro Santo Padre en Segovia de vida reprensible a vida loable, y lo mismo sucedió en las demás partes donde vivió de asiento, como en Baeza. A donde granjeó para Dios muchos de los sujetos más lucidos de aquella Universidad, que pasaron de ella a la escuela de Cristo, no sin gran sentimiento de algunos de los Doctores, sus maestros, por la falta que les parecía que hacían a la Universidad tales ingenios.

Pero, demás de estas conversiones, fué muy ejemplar la que se refiere en las informaciones que se hicieron para su beatificación, en Baeza, de un caballero de aquella ciudad muy travieso y de vida muy estragada, cuyo daño alcanzaba á muchos de su edad, que le acompañaban e imitaban. Llegó una Semana Santa a confesarse a nuestro Colegio de Baeza, apremiado del precepto de la Iglesia. Y deseando su reparo el hermano Fr. Martín de la Asunción, que era portero, como tenía tan conocido el raro espíritu de nuestro Santo Padre, que entonces era allí Rector, le dijo quién era el caballero y el daño que con su vida libre hacía en aquella ciudad, y le pidió que saliese a confesarle. Hízolo así San Juan, y tan mudado salió de sus pies el caballero, que no sólo tenía intento de mudar de vida, mas también de hábito, dejando el de caballero por otro grosero y penitente, si el Santo no se lo estorbara, gobernando con prudencia sus fervores; de manera que, conservando el hábito que a su calidad convenía, se ejercitase en penitencias secretas y en oración y mortificación. Trató luego de virtud muy al descubierto, ejercitándose en obras de piedad y en otras penales, y acudía muy a menudo a nuestro Colegio a confesarse con el P. Fr. Juan de la Cruz, y a tomar de él la instrucción y gobierno de su vida, cuidadoso de poner por obra sus consejos; y perseveró en es-

tos ejercicios piadosos y ejemplares, edificando con ellos, como antes había desedificado con sus travesuras.

Eran algunas veces tan eficaces sus acciones en esta materia de celo de almas y estorbar ofensas de Dios, que salían del curso natural y tenían un no sé qué de milagrosas, de que referiremos también algún ejemplo.

Siendo Vicario Provincial de Andalucía, caminaba desde Córdoba a Bujalance con su compañero. Llegando a las ventas de Alcolea, salió a la puerta de la venta una mujer de buen parecer y traje muy profano, haciéndole acciones libres y diciendo palabras poco honestas, como provocando a mal a los que la miraban. Como la vió nuestro nuevo Elías, vestido del celo del antiguo, comenzó a reprenderla ásperamente de su deshonesta libertad; y con tal fervor y eficacia la habló, que, como si sonara un gran trueno en sus oídos y algún rayo del cielo le hubiera dado en el corazón, se quedó toda turbada y como atónita, mirándole con admiración, sin poder hablar palabra, y durando la reprensión, hizo tal eficacia en ella, que, llena de temor y espanto, cayó en tierra, desmayada, y estuvo así por algún espacio. Los que allí estaban, admirados de la repentina turbación y temor de una mujer antes tan libre, que no temía a Dios ni a las gentes, le echaban agua y hacían otros remedios para que volviese en sí. Al fin volvió de allí a un gran rato pidiendo confesión y diciendo que ya quería ser buena y servir a Dios. Estuvo el Santo con ella un buen espacio animándola a poner por obra su buen propósito. Y echando de ver que su conciencia, después de una mala vida tan larga, había menester más cuidadoso examen y sazonada disposición para confesarse bien, le dió una carta para que en nuestro convento de Córdoba la confesasen, estando ya ella persuadida a esto. Llegó al convento, e hizo despacio su confesión, y trató después de vida reformada y penitente tan de veras, que era ejemplo de virtud en la misma ciudad de Córdoba.

A este propósito hace también lo que le sucedió viniendo de Granada para la Manchuela de Jaén: que llegando con su compañero a la venta de Benalua, vieron salir de ella dos hombres con espadas desnudas, tirándose muchas cuchilladas, ciegos de cólera, y el uno de ellos estaba ya herido en una mano, con lo cual se había encendido más el deseo de vengan-

za. Dióse prisa el P. Fr. Juan de la Cruz para acercarse a ellos, y con voz alta de dominio superior les dijo: en virtud de Jesucristo, Nuestro Señor, os mando que no riñáis más; y echando mano del sombrero que llevaba, le arrojó en medio de los dos con tal efecto, que trocándose la cólera ciega en un temor misterioso, se quedaron como pasmados, mirándose el uno al otro. Apeóse del jumento, hablóles más suavemente y trató con ellos que, dejando el enojo, fuesen amigos, y acabólo con entrambos; de manera que no sólo se dieron las manos de amistad, mas también, besándole los pies el uno al otro, se pidieron perdón con mucha humildad: lo cual tuvieron por milagroso los que estaban en la venta, por haberlos visto tan indignados el uno contra el otro, que aunque los habían puesto en paz otras veces, no había aprovechado.

CAPITULO XXXIII

Magisterio espiritual de San Juan de la Cruz.

Todos los que comunicaron de muy cerca al Santo y trataron con él sus almas, afirman haber sido uno de los más excelentes maestros de espíritu que ha tenido Dios en su Iglesia. Y como la sabiduría que comunicaba a las almas, emanaba de Dios y su espíritu, tenía aquélla dos propiedades que los Doctores sagrados (1) declaran de esta divina sabiduría: que es iluminación para el entendimiento y fuego de amor para el afecto, con cierta renovación de espíritu en los así luminados, porque todo esto se verificaba en el magisterio espiritual del Santo Padre. De esta sabiduría divina procedía el gran dón que tenía de conocer espíritus, que, a pocas palabras que hablase con cualquiera persona espiritual, conocía luego el camino por donde iba, y si caminaba acertadamente o si iba errada. Y así, muchas veces decía a sus compañeros (como ellos testificaban) cuando, a instancia de ellos o de otros, comunicaba fuera de confesión algunas personas: «Esta alma va

1 D. Th., I p, q. 43, a. 5-6.

por este camino y no va bien, y si fuese por éste, iría por donde Dios la llama». Y experimentaron en muchas cuánto había acertado en guiarlas, por los provechos que ellas conocían haber hallado por el camino en que las había puesto. Asimismo, cuando se trataba de personas que deseaban servir a Dios (cuya vocación y espíritu él había encominado), le oyeron decir en muchas ocasiones: «Este será religioso, éste no, éste perseverará en la Religión, éste volverá atrás en lo que ha comenzado». Y todo lo veían después cumplido con tanta puntualidad como si hablara de cosa ya pasada.

Declararemos esto con algún ejemplo. Siendo Vicario Provincial de Andalucía y llegando al convento de Granada, dijéronle el Prior y los Religiosos que habían dado el hábito a dos buenos sujetos, el uno de misa y el otro de evangelio, mostrando estar muy contentos con ellos. Quiso verlos el Santo y subiendo al noviciado, estuvo con ellos un rato, y cuando bajó, dijo al Prior y al maestro de novicios que el del evangelio les había de dar un mal rato, y al fin se iría a su casa. Y fué así, porque, de allí a pocos días, cansado ya de la vida penitente, fingió una apoplegía y alborotó al convento. Vino el médico e hiciéronle remedios, y al fin se conoció que era fingido el mal para tener ocasión de salirse, y le quitaron el hábito.

Estando en Segovia, se confesaba con él un mancebo de aquella ciudad, llamado Miguel de Angulo, y llegaron sus buenos deseos a querer ser fraile de nuestra Religión, y el Santo le dijo que no le quería Dios para ese estado. Continuábanse sus deseos, y viendo cerrada la puerta en nuestra Orden para cumplirlos, trató de serlo en la de S. Francisco, y consultándolo con el P. Fr. Juan de la Cruz, le dijo que no se cansase, que no sería religioso. Porfió en ello e hizo sus diligencias hasta sacar licencia del Provincial para que le diesen el hábito; y teniéndolo ya como por hecho, se le ofrecieron tantas dificultades en la ejecución, que claramente conoció que era verdad lo que el Santo Padre le había dicho, y que se cansaba sin provecho, y así se quietó y procuró servir a Dios por otro camino, persuadiéndose que había dado luz a nuestro Santo Padre de lo que más le convenía. Todo lo cual refiere en su declaración jurada.

Tenía para esto tan a la mano la luz divina, que cosas muy secretas de los sujetos que pedían el hábito, le estaban a él manifiestas, y se aprovechaba del conocimiento infuso no para descubrirlas hasta que el tiempo las hiciese públicas, sino para que se procediese con acierto en las elecciones, como se verá también en un ejemplo. Estando en Granada, siendo Vicario Provincial, vino a nuestro convento un hombre de buena suerte a pedir el hábito de Religiosos, y viéndole el Prior y los conventuales, y sabiendo que era buen estudiante, se contentaron tanto de él, que se determinaron a darle el hábito. Comunicáronle con el Santo Padre, y él les dijo que no convenía dárselo. Y como ellos porfiasen en su intento dando razones de conveniencia, y deseando saber las que había en contrario, les certificó el Santo que, si le daban el hábito, verían presto la razón por que no convenía dárselo. Al fin, se le dieron por estar muy agradados de él, y pocos días después, vinieron al convento la mujer y dos hijos del novicio (que era casado); y la mujer pedía a su marido y los hijos a su padre; y así le quitaron el hábito, y tuvieron otro ejemplo más del ilustrado espíritu de su prelado.

El conocimiento que tenía de los espíritus que gobernaba, pasaba tan adelante, que cuando había de hacer alguna ausencia larga, les decía lo que adelante había de pasar por ellos, como si ya lo viera presente, y les advertía cómo se habían de haber en cada tiempo. Para lo cual tenía particular luz de Dios, y dentro de su alma, como en un espejo divino (en que él miraba las de otros que tenía a su cargo, aunque estuviese ausente y muchas leguas de ellos), conocía sus trabajos y peligros, y los avisaba de ellos, y cómo se habían de haber en los unos y en los otros. De lo cual referiremos muchos casos muy notables, cuando tratemos del dón que tuvo de profecía, como en su lugar propio. De manera que las personas que le tenían por guía, después de haberle comunicado su espíritu y ejercicios, y recibido de él sus advertencias, aunque después les faltase, no tenían necesidad de otro maestro, sino gobernarse por lo que les había dicho. Y cuando alguna cosa nueva se ofrecía, las gobernaba por cartas, unas veces respondiendo a las dudas que le habían propuesto,

y otras avisando de cómo se habían de haber en ellas antes de habérselas escrito.

Personas muy fatigadas de tentaciones o pasiones muy vehementes, en poniéndose en sus manos, se hallaban otras, según el aprovechamiento que sentían con los medios con que las socorría, para lo cual tenía prudencia y sabiduría del cielo. Y para desahogar y dilatar corazones apretados y afligidos, tuvo tan particular dón, que cualquiera persona afligida que llegaba a él, quedaba con su comunicación tan consolada y libre de lo que la afligía, como si no lo hubiera tenido. Y hacíanle tanta lástima personas de corazones apretados, que tenía particular consuelo en acudirles; y parece que, a modo de ángel, ejercitaba su operación en ellas, que a los que iluminan, les dan luz y juntamente los confortan, para que puedan recibirla y obrar con ella; porque otro tanto se experimentaba en su comunicación, según estas personas quedaban alentadas después de haberle comunicado. Y de este efecto dicen mucho los testigos en sus declaraciones; y aun después de muerto, experimentan sus devotos esta piedad con los afligidos, según son muchos los casos milagrosos que hallamos probados de este socorro, de algunos de los cuales haremos memoria adelante, cuando tratemos de las cosas sucedidas después de su muerte.

Para socorrer estas y otras necesidades, le había dado Dios, demás de la luz, un no sé qué gratuíto a que no sabían dar nombre, que convidaba a las almas a participar de esta luz y a descubrirle todos los rincones de ellas: cosa muy dificultosa a todo género de persona, y mucho más al de las mujeres honestas. De cuyo encogimiento se vale el demonio, unas veces para encubrir los pecados o disfrazarlos de manera que se hagan malas confesiones, y otras para no manifestar las tentaciones y peligros. Pues estas personas, en viéndose a sus pies, se hallaban como fuertemente movidas a poner en sus manos sus almas, quitados todos los velos y rebozos. Y por este camino hizo a Dios muchos y muy grandes servicios, unas veces de conciencias muy manchadas, y otras de almas mal encaminadas. Decían estas personas que la mansedumbre recatada y la afabilidad severa que en él conocían, les daba seguridad y juntamente osadía para descu-

brirle sus conciencias; y otras, que considerándole un ángel en la vida y en el espíritu, les quitaba el encogimiento que pudieran tener de un hombre. Pero, sobre todas estas buenas propiedades de la seguridad humana, caía el particular dón divino; y algunas veces, queriendo Nuestro Señor remediar por su medio algunas almas, le daba luz del estado en que estaban, y antes que ellas descubriesen la dolencia, mostraba haberla conocido, y les aplicaba convenientemente medicina; de que referiremos algunos casos cuando tratemos del dón de profecía.

CAPITULO XXXIV

Dón particular que tuvo para guiar y consolar almas.

Las grandes dificultades de espíritu y las tempestades que suelen padecer las almas que Nuestro Señor quiere levantar a grados muy altos de su comunicación y amor, en nuestro Santo Padre, como en puerto seguro, hallaban su satisfacción y reposo. Y así, era muy ordinario acudir a él personas que habían andado muchos años atormentadas en los ejercicios espirituales sin haber hallado quien las entendiese, y en comunicándole, conocía luego el caminno por donde el Señor las llevaba, y en la luz que les daba, hallaban su descanso. Para lo cual tenía grandísimo caudal de sabiduría ilustrada por muchos caminos; porque, lo primero, tenía a lo muy eminente (como tocamos en otra parte) aquel grado del dón de sabiduría que contó el Apóstol entre las gracias «gratis datas» por el cual el iluminado con él no sólo recibe el conocimiento de misterios divinos muy levantados, mas también habilidad para declararlos a otros y ordenar la dirección de los actos humanos en sí y en los demás, según las reglas divinas. Tenía, asimismo la sabiduría de Dios aprendida en las Letras sagradas, en que era tan versado, que de ordinario traía la Biblia en las manos, leyendo y meditando en la Ley del Señor y en sus divinos misterios. Había también bebido en su pureza la Sabiduría celestial, escondida a los del mundo y concedida en la contemplación a los amadores de Dios, la cual recibía sin estorbos como tan gran maestro

de ella. Y tenía, finalmente, la sabiduría experimental con que se perfeccionaba su magisterio; de manera que se podía decir de él lo que San Dionisio del divino Hieroteo: que no sólo conocía las cosas divinas, mas también las padecía; porque de los efectos que en la voluntad experimentaba de ellas, se perfeccionaba más en su conocimiento. Porque había pasado por todos los grados de la escala mística y por los efectos de las influencias divinas muy particulares, ya penosas, ya sabrosas, por donde Nuestro Señor va levantando a las almas contemplativas bien dispuestas, hasta unirlas consigo en caridad perfecta. Y de aquí venía que, en cualquier grado de esta escala celestial en que el contemplativo estuviese, y en cualquiera dificultad que en su camino se le ofreciese, a dos palabras que le dijese, lo entendía luego, y con su doctrina le daba luz práctica y guía acertada para caminar seguro.

Pudiéramos verificar esto con innumerables ejemplos de personas que habían andado atormentadas muchos años, sin hallar quién entendiese el camino por donde Dios las llevaba en la vida espiritual, hasta que se encontraban con nuestro Santo Padre; pero contentaréme con sólo referir unas palabras de la santa virgen María de Jesús, una de las dos primeras novicias y fundadoras del monasterio de Beas (a quien nombro con veneración por su rara virtud), la cual de su experiencia dice así: «Cuando vi la primera vez al santo P. Fr. Juan de la Cruz, había algunos años que padecía grandes trabajos de espíritu dados de Dios y sin alivio, porque no los entendían los confesores; y en viéndole, me llenó luego el alma, y con la satisfacción que quedé, me confesé con él y declaré mi alma. Al punto la entendió, y me aseguró el camino y dió ánimo para padecer lo que quedaba, y por su parecer me regía hasta que murió, aunque estuviese ausente.» Esto dice esta santa religiosa, y la misma experiencia hizo también de él Santa Teresa, después que le trató; y de la claridad con que le habló en todos los grados de la escala mística, por donde ella había pasado, conoció cuánto tiempo había perdido y cuántos trabajos había padecido por falta de guía en aquellos veinte años que ella dice que no halló confesor ni maestro que la entendiese.

Entre las almas de oración que gobernaba, dos maneras

de sujetos le daban mucho que trabajar por caminos contrarios: unos muy discursivos, y otros que no podían discurrir. Los primeros alegaban que por padecer tanta dificultad en quietar el entendimiento en una cosa sola, no eran capaces de ser contemplativos, y que así les cuadraba aquella doctrina de Santa Teresa: que, pues no podían todos ser contemplativos, se contentasen con oración mental (1). A los cuales respondía que lo mismo les aconsejaba él, pero que advirtiesen que la Santa Madre llamaba oración mental a la contemplación que nosotros podemos ejercitar a nuestro modo, por medio de la luz de la fe y los auxilios comunes de la gracia. Y que sólo llamaba contemplación a la infusa, que Dios concede sobre nuestro modo humano; a la cual era bien que ellos no aspirasen, contentándose con la otra; pero que guardasen las condiciones que la Santa Madre ponía, para que esta oración mental fuese provechosa, y serían de veras contemplativos. Las cuales son que acallen el entendimiento y se queden en quietud, mirando a Dios y advirtiendo que él los mira, y le acompañen, y se regalen con él (2); todo lo cual se hace con el conocimiento sencillo de la fe, porque esto mismo era lo que él las enseñaba en la contemplación ejercitada a nuestro modo. La cual todos podían ejercitar, porque el ejercicio de la luz de la fe se nos concede a nuestro modo humano, y la iluminación del dón de sabiduría, que anda con los auxilios comunes de Dios, a ninguno de los que están en gracia, se niega, como afirman los Santos (3). Y que, pues no había más dificultad para esto que quietar el alma en el conocimiento sencillo de la fe, y esto se vencía con la perseverancia y ejercicio continuado (4), se había de pelear por la virtud contra

1 *Cam. de Perf.*, c. 17.
2 *Vida*, c. XIII.
3 D. Th., III Sent., d. 34, q. I, a. 1.—II-II.ae, q. 45, a. 5.
4 Conforme a esta doctrina, había escrito San Bernardo (De int. domo. c. 14): «Aprende a habitar dentro de tu corazón y hacer allí tu morada, y siempre que te vieres fuera de ella por la vagueación de la mente, apresúrate a volver a la misma. Sin duda que con la mucha frecuencia se te hará muy agradable, de suerte que, sin ningún trabajo ni dificultad, podrás morar allí sin interrupción, antes bien, te será penoso vivir en cualquiera otra parte fuera de allí». Al mismo propósito dice San Buenaventura (Myst. Theol., p. 4, c. 3) que esta quietud sin distracciones no se alcanza «sino con gran ejercicio y trabajo».

la inquietud del alma, como se peleaba contra otros vicios de la naturaleza; pues el discurso sin esta quietud donde él se logra, era de poco o ningún provecho (1).

A los otros por el camino contrario, como no podían discurrir, les parecía que, aunque más atentos estuviesen a Dios en la oración con deseo de agradarle, estaban perdiendo tiempo, y era menester trabajar con ellos para persuadirles que, en quedándose delante de Dios en la oración con la advertencia amorosa y sencilla de fe (que es el acto de contemplación que él enseñaba a la gente sencilla), recibían la iluminación divina y sus efectos, aunque ellos no los percibiesen. Y así los unos como los otros, con la larga espera y continuación de trabajar con ellos, se iban mejorando, y algunos, después de este trabajo, llegaban a ser grandes contemplativos, cumpliéndose en ellos lo que dice la Santa Madre a este propósito por estas palabras: «No por esta dificultad desmaye, ni deje la oración y de hacer lo que todas, que, a las veces, viene el Señor muy tarde, y paga tan bien y tan por junto como en muchos años ha ido dando a otros» (2). Y pone el ejemplo en sí, que en catorce años no pudo meditar, y después le dió el Señor la contemplación infusa, muy ilustrada y continua.

Del buen logro de este trabajo de San Juan de la Cruz pondremos también algún ejemplo. Había en el monasterio de nuestras monjas de Segovia una religiosa llamada María de la Cruz, que tenía tan gran dificultad en la oración mental, que no le era posible recogerse, aunque lo procuraba con muchos medios, y como era trabajo este ya de muchos años, estaba tan desanimada, que pensaba no trabajar ya más en esto. Un día que fué a confesarlas el Santo Padre, le dió cuenta de esta dificultad, y luego conoció de dónde le procedía, que era ser su natural poco discursivo, y llamarla Nues-

1 «Ningún efecto, dice Santo Tomás, produciría el discurso de la razón si no llegara a la unidad de pureza o sencillez intelectual» (Super c. 11, lect. 2.ª De div. nom.) Y San Lorenzo Justiniano (De Casto conn , c. 19) añade sobre lo mismo: «Gran lazo es la prudencia de la carne. la cual merece de un modo humano las grandezas de Dios; cree por la razón lo que entiende y no puede rendirse al yugo de la pura fe, oponiéndose a la sencillez, que es madre de la dulzura interior». Y así la quietud sencilla en luz de fe es la disposición propia para la devoción, porque dispone para los recibos de la influencia divina, y no el discurso, que la indispone para esto.

2 *Cam. de Perf.*, c. 17.

tro Señor a la quietud sencilla de luz de fe sin discurso, donde Su Majestad se comunica a las almas sin estorbos de semejanzas sensibles; y así comenzó a alentarla a esto con esperanza que en poco tiempo podía ser muy contemplativa y tener grandes recibos de Dios en su alma. A los principios padeció con ella mucho trabajo; porque hasta que el paladar espiritual, templado a lo sensible, se fué saboreando a lo intelectual en los recibos de la divina influencia, le parecía que en la quietud sencilla, aunque más atenta fuese a Dios, estaba ociosa y perdiendo tiempo, y así se afligía y ejercitaba la paciencia del maestro. Pero al fin con su gran espera y perseverancia en guiarla y animarla, llegó a hacer tan provechoso asiento en la oración, que vino a ser una gran contemplativa, y por este camino una de las religiosas más aventajadas que hubo en el Convento de Segovia, como lo dicen en sus declaraciones juradas las religiosas que la conocieron.

Con esta misma sabiduría y prudencia socorría también el Santo a las almas afligidas en los aprietos de conciencia, de cualquiera calidad que fuesen, y nadie llegaba a sus pies que no hallase la satisfacción que buscaba; porque, demás de la sabiduría infusa, era también docto en la adquirida, de lo cual refiere un ejemplo en su declaración una persona de gran crédito por estas palabras: «Tenía el Padre Fr. Juan de la Cruz particularísimo dón para tratar conciencias dificultosas. Una vez llegó a mí una persona de autoridad muy congojada, diciéndome que tenía un negocio gravísimo de conciencia, y lo había tratado con muchos confesores, y ninguno la había satisfecho de manera que la quietase, y por esto padecía notable aflicción. Yo, doliéndome de ella, la llevé al P. Fr. Juan de la Cruz, y habiéndose confesado con él, quedó tan quieta, que nunca más le dió pena lo que antes; y hasta hoy me da las gracias del bien que le hice en haberla encaminado a quien le había dado tan eficaz remedio.» De estos ejemplos se pudieran referir muchos, y así dice en su declaración una persona sabia, que le había tratado mucho, que la boca del Santo Padre era un minero de riquezas del Cielo, que nunca se agotaba.

CAPITULO XXXV

Discreción de espíritus de San Juan de la Cruz.

Declarando San Gregorio (1) aquellas palabras del capítulo cuarenta y uno de Job, donde, tratando del demonio, dice: ¿quién descubrirá la haz de su vestidura?, afirma con la autoridad de este lugar, verificado en muchas experiencias, que cuando este cauteloso enemigo de nuestro bien se transfigura en ángel de luz para engañar a los siervos de Dios, con apariencia de santidad, sólo aquel que es ilustrado de luz divina y de la gracia de discreción de espíritus, puede conocer sus redes y engaños.

Pues esta gracia la tuvo tan conocidamente nuestro Santo, que con ella remedió muchas almas a quienes el demonio llevaba engañadas, a unas por medio de falsas revelaciones, y a otras de deleites espirituales contrahechos, con que las iba disponiendo para grandes males. Y la conversión y desengaño de ellas era para él de mayor trabajo, que el reparo de grandes pecadores. Porque, encastilladas ya en la aprehensión de que eran favorecidas de buen espíritu, y en la estimación de su santidad, a que atribuían aquellos favores, se persuadían mal a caer de esta opinión, después de muchas aprobaciones de hombres tenidos por espirituales y doctos.

En descubrir estos engaños del demonio, trabajó tanto, que, en muerte y en vida, hicieron confesar a este enemigo, a fuerza de conjuros de la Iglesia, que, después de San Basilio, ninguno le había perseguido tanto como el Santo Padre; de que trataremos más de propósito en otra parte. Favoreciendo, pues, el Señor sus diligencias, deshizo sutilísimas redes que el demonio tenía armadas a almas espirituales, y le quitó de las manos muchos lances que tenía ya por seguros, y por eso le temían tanto estos enemigos de la luz, y sentían que las personas engañadas le consultasen; de cuyo reparo había cada día conocidas experiencias. Alguna de éstas, en que se

1 S. Greg., Mor., l. 32, c. 22.

descubra mucho esta guerra tan trabada entre estos dos grandes capitanes, el uno de la luz, el otro de las tinieblas, referiremos adelante; y ahora me contentaré con sólo hacer memoria de un parecer que dió en estas materias (cuyo original llegó a mis manos), por tener admirable doctrina de seguridad de espíritu contra estos engaños del demonio.

A una religiosa dada a oración, sin lastre de humildad y con deseos curiosos de penetrar grandes secretos de espíritu, salió el demonio al camino con efectos contrahechos de buen espíritu, así de sentimientos dulces, como de revelaciones, por el camino que él puede contrahacerlos en los poco humildes y nada recatados. Y tan cauteloso andaba en encubrir la ponzoña, que comunicando esta religiosa su espíritu y oración con muchos letrados de diferentes Religiones, lo habían aprobado todos por bueno. Con todo eso, el Vble. P. Fr. Nicolás de Jesús María (gran muro de la perfección religiosa y del verdadero espíritu de la nuestra), como era prelado superior de todos los Descalzos de ella, no acababa de asegurarse del camino de esta religiosa, aunque no conocía en él por entonces cosa mala, y la virtud de ella no desacreditaba el caso, y para examinarlo bien, le mandó que escribiese su oración y los efectos de ella. Este papel dió a San Juan de la Cruz, que entonces era definidor primero de la Orden, por la gran satisfacción que tenía de su espíritu y de la mucha luz que Dios le daba en estas cosas, y le pidió que le viese con cuidado y al pie de él diese su parecer. En leyendo el Santo Padre el papel, conoció luego de qué esfera salía aquella luz, y dió su decreto con palabras tan útiles y substanciales, que descubren bien cuán ilustrado estaba de Dios para diferenciar la verdadera luz entre la falsa, y por la que pueden dar a gente espiritual, me pareció referirlas aquí en su pureza, y son las siguientes.

«En este modo afectivo que lleva esta alma, parece que hay cinco defectos para juzgarle por verdadero espíritu. Lo primero, que parece lleva en él mucha golosina de propiedad, y el espíritu verdadero lleva siempre gran desnudez en el apetito. Lo segundo, que tiene demasiada seguridad y poco recelo de errar interiormente, sin el cual nunca anda el espíritu de Dios para guardar al alma de mal, como dice el

Sabio. Lo tercero, parece que tenía gana de persuadir que crean que esto que tiene, es bueno y mucho, lo cual no tiene el verdadero espíritu, sino, por el contrario, gana que lo tengan en poco y se lo desprecien, y él mismo lo hace. Lo cuarto y principal, que en este modo que lleva, no parecen efectos de humildad, los cuales, cuando las mercedes son como ella aquí dice verdaderas, nunca se comunican de ordinario al alma sin deshacerla y aniquilarla primero en abatimiento interior de humildad. Y si este efecto le hicieran, no dejara ella de escribir aquí algo, y aun mucho de ello; porque lo primero que ocurre al alma para decirlo y estimarlo, son efectos de humildad, que cierto son de tanta operación, que no los puede disimular. Que aunque no en todas las aprehensiones de Dios acaezcan tan notables; pero estas que ella aquí llama unión, nunca andan sin ellos: Quoniam antequam exaltetur anima, humiliatur, et bonum mihi quia humiliasti me. Lo quinto, que el estilo y lenguaje que allí lleva, no parece del espíritu que ella aquí significa, porque el mismo espíritu enseña estilo más sencillo y sin afectaciones ni encarecimientos, como éste lleva. Y todo esto que dice: dijo ella a Dios, y Dios a ella, parece disparate.

Lo que yo diría es que no le manden ni dejen escribir nada de esto, ni le dé muestra el confesor de oírselo de buena gana, sino para desestimarlo y deshacérselo; y pruébenla en ejercicio de las virtudes a secas, mayormente en el desprecio, humildad y obediencia, y en el sonido del toque saldrá la blandura del alma que han causado tantas mercedes. Y las pruebas han de ser buenas, porque no hay demonio que por su honra no sufra algo». Todas estas son palabras de nuestro maestro y tan sustanciales, que no hay ninguna de ellas que no esté echando rayos de verdadera luz contra las tinieblas del demonio, para dar a conocer sus lazos, como dió a conocer éste, y cerró la puerta a los engaños con que iba despeñando a esta alma, si tan a tiempo no fuera socorrida.

Y no sólo en las almas que comunicaba de palabra o por escrito, conoció los engaños del demonio, aunque más disfrazados viniesen con apariencia de virtudes, mas también en otras que no había comunicado, o por el sonido de las

cosas que de ellas se decían, o por ilustración particular, al modo de otras que referiremos cuando se trate del dón que tuvo de profecía. De la experiencia de esto tocaremos aquí sólo dos ejemplos, aunque fueron muchos donde se experimentó.

Del uno dice la M. Leonor de Jesús, religiosa antigua y muy estimada de Santa Teresa, estas palabras en su declaración jurada: «Siendo yo Maestra de novicias en cierto monasterio nuestro, se recibió, a instancia de un Obispo, una novicia, cuyo espíritu conocimos la priora y yo que no convenía para la Religión, por traerla el demonio muy engañada, sabiéndolo ella y encubriéndolo. Y dilatándose el echarla, hasta hallar mejor ocasión, por respeto del Obispo, el P. Fr. Juan de la Cruz, que estaba por prior en Granada, y a muchas leguas de nuestro monasterio, sin haberle comunicado ni dado cuenta del caso, por estar muy secreto, escribió una carta persuadiendo en ella que, sin reparar en nada, echasen luego la novicia. Por lo cual entendimos que había tenido revelación de su espíritu; pues en lo exterior antes corrían entonces sus cosas con muy buen crédito y como de persona santa, y sólo entre las dos se sabía el caso.

El segundo ejemplo es que, cuando todo el mundo veneraba por santa a la monja de la Anunciada, de Lisboa, y hacía reliquias de sus cosas, con tan gran aprobación de hombres doctos y piadosos, nuestro Padre San Juan de la Cruz mostraba en el semblante notable desestima de ella y de las llagas que en ella veían, al modo de las de Cristo. Y aunque se se iba a la mano en hablar en esto, algunas veces era como arrebatado con la fuerza del espíritu para no poder disimularlo. Referiré acerca de esto lo que el P. Fr. Gabriel de Cristo, Provincial de Andalucía, dice en su declaración, por estas palabras: «Siendo yo Prior del convento de San Felipe, de Lisboa, cuando hubo allí Capítulo general de nuestra Orden, y paseándonos hacia las Atarazanas, que están junto a la mar, el P. Fr. Agustín de los Reyes, Provincial que era entonces de Sevilla, y yo, me dijo estas palabras: Arrimado a estas paredes hallé un día al P. Fr. Juan de la Cruz, aquel Santo tan poco conocido, con una Biblia en la mano, en contemplación, como él acostumbraba. Al cual dije que tomase su capa y

que fuésemos a ver la monja de las llagas. Y el P. Fr. Juan de la Cruz me respondió: Vaya de ahí, ¿y qué quiere ir a ver? Una embustera. Calle, que presto descubrirá Nuestro Señor la maldad que hay en eso. Con esto se quedó el P. fray Juan de la Cruz en su lugar, y en todo aquel tiempo de Capítulo nadie le pudo convencer a que fuese a ver esta monja, aunque la fueron a ver todos los capitulares».

Esto dice el P. Fr. Gabriel de Cristo, y muchos de los Padres que se hallaron en este Capítulo, hicieron misterio de no haber querido nuestro Santo ir a ver la monja, aunque se lo habían rogado tantas veces; y en particular el P. fray Agustín de los Reyes, como le tenía por santo y tan ilustrado de Dios, entendió que había tenido revelación del espíritu de ambición vana que la movía, y de cuánto convenía desengañar al mundo. Y parece que, muy antes de haber ido a Lisboa, fué certificado de esto; porque, estando aún en Castilla el P. Fr. Bartolomé de San Basilio, varón de heroica virtud, tenía una redomilla de agua de la que bendecía esta monja (que a más que esto llegaba su crédito), y echando de ver San Juan de la Cruz que varón tan insigne tenía en veneración cosa tan indigna de ella, se la tomó de las manos y derramó el agua. Todo lo cual considerado, y la reverencia con que trataba a las personas religiosas, aunque no fuesen de tan gran opinión, no deja dudar que, si no tuviera luz y moción de Dios, no desestimara a ésta en tiempo que la veneraban religiosos y seglares por santa. Y cuando el santo Tribunal de la Inquisición metió la mano en reconocer estos embustes y desengañó al mundo, como suele, se verificó el misterio con que había hablado el Santo Padre, y que había sido ilustrado de Dios para conocerlos anticipadamente y no concurriese en acreditarlos.

Por este dón que tenía para conocer espíritus y guiar almas a la perfección por camino seguro, procuraba tanto Santa Teresa que comunicase a sus hijas, pareciéndole que no entraría el lobo en la manada sobre que él velase, y aun después de muerta, y viviendo todavía el Santo, procuró esto mismo por camino muy acreditado, como adelante veremos; porque, como habitaba ya en la región de la luz, donde

las cosas se ven al descubierto, sin mezcla de dudas ni nublados, conocía mejor la que Dios había dado a su ilustrado compañero para guiar almas contemplativas.

CAPITULO XXXVI

Cómo gobernaba San Juan de la Cruz las almas contemplativas.

Pero aunque el Santo Padre velaba mucho sobre las almas contemplativas que gobernaba, para guardarlas de las asechanzas y engaños del demonio, particularmente si eran de las que en la oración tenían recibos muy sobrenaturales; con todo eso, las encaminaba de su seguridad por un medio prudente y acertado, entre dos extremos muy dañosos que se hallan muy de ordinario en maestros espirituales poco experimentados, de los cuales iba siempre huyendo.

El uno es de los que, en siendo cosa sobrenatural, todo lo condenan a poco más o menos, sin tener para ello fundamento. Y el otro, de los que todo lo aprueban sin el prudente examen y reposado juicio que estas cosas piden. Y de estos dos extremos no le parecía que era fácil juzgar cuál abría más presto la puerta al demonio para sus engaños; porque, así como la incauta seguridad de los unos hace menos recatada al alma contemplativa de sus daños, así también los espantos y asombros de los otros, en oyendo recibo sobrenatural, la amilanan y espantan, y con esto cierran la puerta al buen consejo y echan uno como candado a su boca, para no atreverse a dar cuenta de estas cosas a quien las guía, que es lo que el demonio pretende para armar sus redes.

De éstos se queja mucho Santa Teresa en diferentes lugares de sus libros por lo mucho que padeció con ellos. En uno los llama medio letrados, espantadizos; en otro dice que lo que ellos no alcanzan, no lo quieren conceder a Dios, ni creer de su bondad que regale tanto a las almas que le sirven; y en otro encarece tanto los trabajos que padeció con ellos, que dice que a un maestro sólo de éstos teme más que a todos los demonios del infierno juntos. Finalmente, en otro lugar

donde la misma Santa trata de está materia más despacio y muy a provecho de las almas muy ilustradas de Dios, dice a este propósito estas palabras: «Parece hace espanto á algunas personas sólo oir nombrar visiones o revelaciones. No entiendo la causa por qué tienen por camino tan peligroso el llevar Dios un alma por aquí, ni de dónde ha procedido este pasmo. No quiero ahora tratar de cuáles son buenas o malas, ni las señales que he oído a personas muy doctas para conocer esto; sino de lo que será bien que haga quien se viere en semejante ocasión; porque a pocos confesores irá que no la dejen atemorizada. Que, cierto, no los espanta tanto decir que les representa el demonio muchos géneros de tentaciones y de espíritu de blasfemias, y disparatadas y deshonestas cosas, cuanto se escandalizará de decirle que ha visto o habládola algún ángel, o que se le ha representado Jesucristo crucificado» (*Fund.*, c. 8).

Y dando la misma Santa doctrina saludable de su ilustrado espíritu a los maestros de poca experiencia en estas materias místicas, les dice así (Vida, c. 34): «Y es el engaño que nos parece por los años hemos de entender lo que en ninguna manera se puede alcanzar sin experiencia; y así yerran muchos, como he dicho, en querer conocer espíritus sin tenerle. No digo que quien no tuviere espíritu, si es letrado, no gobierne a quien le tiene; mas entiéndese, en lo exterior é interior, que va conforme a vía natural por obra del entendimiento; y en lo sobrenatural, que mire vaya conforme a la Sagrada Escritura. En lo demás no se meta, ni piense entender lo que no entiende, ni ahogue los espíritus, que ya, cuanto en aquello, otro mayor Señor los gobierna, que no están sin superior. No se espante ni le parezcan cosas imposibles: todo es posible al Señor; sino procure esforzar la fe y humillarse de que hace el Señor en esta ciencia una viejecita más sabia por ventura que a él, aunque sea muy letrado; y con esta humildad aprovechará más a las almas y a sí, que por hacerse contemplativo sin serlo.» Todo esto es de nuestra maestra, en que condena la libertad con que algunos ignorantes de esta sabiduría escondida juzgan luego de ella sin más consulta, confesándose por insuficientes para penetrarla los grandes Santos que Dios puso por lumbreras de esta luz en su Iglesia.

Pues como nuestro Santo era tan experimentado y advertido, así en la sabiduría de escuelas como en la del espíritu, por eso juzgaba las almas contemplativas sin estos espantos, y muy a lo provechoso y seguro, ahora fuese en los grados muy altos, ahora en los muy bajos de la escala mística. Y de lo que cuidaba mucho era de apartarles en la oración las potencias de los arcaduces sensibles, donde el demonio puede armar sus redes, y ordenarlas a Dios en actos intelectuales y sencillos. Que esto dice San Dionisio (1) que pretende Dios en las comunicaciones sobrenaturales que concede a modo sensible a los contemplativos. A esto mismo los inclina la divina influencia en estas comunicaciones, como lo experimentaba la Santa Madre en una de ellas, cuando decía que el entendimiento no quería atender a más que una cosa, ni la memoria ocuparse en más. Y de este preservativo usaba el Santo con estas almas, no sólo en las comunicaciones sobrenaturales, que derechamente se hacen al entendimiento, como son visiones y revelaciones, sino también en las que se comunican al afecto de suavidad y sentimientos dulces; siguiendo en esto la doctrina de San Buenaventura (2), que a este propósito dice que, como el demonio puede contrahacer estos sentimientos dulces de la parte sensible, es necesario, para caminar a lo seguro, levantar la vista del entendimiento a la contemplación sencilla e indistinta de Dios, porque con esto se pone el espíritu en lugar sagrado y seguro, donde el demonio no puede alcanzar. Y por eso dijo el sabio que por demás era armar redes a los que tenían alas para volar de esta manera a Dios, y huir de las fuerzas sensibles, donde este enemigo tiene mano.

Con esta preservación les daba también a entender nues-

1 D. Dio., De Coel. Hier., cap. I, p. Visibiles.

2 S. Buenav., Stim. amoris, p. II, c. 8: «Consistiendo esta abundancia de dulzura en cierta admirable suavidad del corazón, es siempre más seguro dudar, ya que el demonio, transfigurándose en ángel de luz, ha procurado a veces al hombre los mismos sentimientos, no ya para refeccionarlo, sino para así inficionarlo ocultamente, haciéndole que se ensoberbezca, teniéndose por algo. Por lo cual, has de estar muy avisado para que al dirigir a Dios los ojos de tu mente, en manera alguna se separe de él tu corazón, de suerte que, si te hayas de gozar, en sólo él se deleite. Y entonces si aquella dulzura procediere de Dios, podrás ir tras ella, y si del diablo, habrás de negarla, destruirla o al menos aminorarla».

tro Santo que con ella no sólo se ponían en seguridad, mas también acudían al llamamiento de Dios, que suele conceder estos consuelos (1) para levantar a su modo las almas imperfectas al conocimiento intelectual, donde él se comunica con las que de veras le buscan.

Procuraba también en las visiones y revelaciones guiar de manera a las almas que las tenían, que caminando con seguridad en ellas y evitando todo lo que puede ser engaño, gozasen el fruto de las que son de Dios.

Para esto escuchaba con apacibilidad y sin espantos a las personas que se las referían, y después de haberlas oído, les declaraba lo que podían tener de utilidad y lo que de daño aquellas cosas, para que abrazando lo uno, se evitase lo otro. Para lo cual les daba la doctrina que él dejó escrita en uno de sus libros de esta manera (*Subida*, l. II, c .14): «Pues de todas estas aprehensiones y visiones imaginarias y otras cualesquiera, como ellas se ofrezcan debajo de forma o inteligencia particular, ahora sean falsas, de parte del demonio, ahora verdaderas, de parte de Dios, el enten-

1 San Dionisio, declarando cómo por las comunicaciones sensibles, que sobrenaturalmente Dios da a los principiantes, pretende levantarlos a las intelectuales, pone entre ellas la suavidad sensible con que los recoge. Y habiendo declarado cómo a esta suavidad sensible, había llamado el apóstol, su Maestro, manjar líquido o leche, añade que se da a los que todavía están en la meditación dividida, para llevarlos, como guiados de la mano, a la contemplación firme de fe, que es el manjar sólido que hace perfectos. De las mismas comunicaciones sensibles y del fin para que Dios las da, dice San Buenaventura (Itin. aetern., 5, d. 3): «La revelación sensible se da a la plebe que vive sencillamente, deseando salir del Egipto temporal a la tierra de la prometida eternidad... para que, como explica Dionisio, la sensualidad, siguiendo la propiedad de la naturaleza, se vaya proporcionando al conocimiento intelectual y así llegue a las cosas divinas». San Lorenzo Justiniano, declarando (De perfect. monast., c. 18) cómo estos recogimientos infusos son llamamientos de Dios a la contemplación quieta y sencilla, dice así: «El alma se ha de dedicar con ardor a estas meditaciones, a no ser que una nueva luz de la gracia o el abundante afecto de la caridad arrebate el corazón a otra parte. Pues nunca se ha de resistir a tales infusiones, dejando o interrumpiendo por entonces lo bueno que se piensa o ocurre a la mente, para someter el corazón con toda la alegría del espíritu a las inmisiones celestiales, sin resistir al llamamiento de la gracia. Resistir y no someterse humildemente a la voz de Dios, no es otra cosa que secar los arroyos de la gracia, cerrar, para el daño propio, la puerta de las devociones internas y atraerse poderosamente las iras de Dios. Por esto decía el Profeta: Terrible es para el que quita el espíritu. Y San Pablo: No extingáis el espíritu». No es, pues, de poca importancia cosa que tanto encarece un maestro tan sabio y experimentado de esta sabiduría del cielo.

dimiento no se ha de embarazar ni cebar en ellas, para poder el alma estar desasida, pura y sencilla, como conviene para la divina unión, la cual impide cualquiera inteligencia distinta y particular... Y si por algún caso se hubiesen de admitir estas visiones y detenerse en ellas, era por el provecho y buen efecto que las verdaderas hacen en el alma. Pero para esto no es necesario admitirlas, antes conviene, para gozarlo mejor, negarlas. Porque el bien que pueden hacer en el alma estas visiones, ahora sean corporales, ahora imaginarias, es comunicarle inteligencia, amor o suavidad; el cual efecto hacen en el mismo instante que se representan, y lo recibe el alma pasivamente, sin ser ella parte para lo impedir, como tampoco lo fué para lo adquirir. Y así, cuanto más el alma se desnudare de las aprehensiones, imágenes y figuras, en que vienen envueltas estas comunicaciones espirituales, tanto recibirá con mayor abundancia, claridad y libertad de espíritu los buenos efectos de ellas, quitadas todas aquellas aprehensiones, que son como cortinas y velos que encubren lo más espiritual que en ellas viene».

De esta manera daba a entender nuestro maestro a estas personas cómo el efecto para que Nuestro Señor comunica a las almas contemplativas estas visiones, en el mismo instante que se las representa, lo reciben. Y para que él se continúe y aumente, que el medio más proporcionado es dejar estas representaciones particulares y distintas, y quedarse atendiendo a Dios en luz sencilla de fe, a lo indistinto y no conocido, con que se pone el entendimiento cerca de la fuente divina, para recibir de más cerca, con mayor abundancia, estos efectos. Y para templar en estas almas la estimación de estas visiones, les declaraba que el comunicárselas el Señor a lo sensible, era señal que estaba el alma todavía imperfecta; pues a las almas aprovechadas se comunica Su Majestad a lo espiritual y sencillo, como él lo dijo por San Juan (1). Con estas y otras semejantes exhortaciones conservaba estas almas en humil-

1 A los perfectos contemplativos, como tienen ya cierta afinidad con la luz divina por su pureza y espiritualidad, se les comunican las iluminaciones divinas a lo sencillo y espiritual, a modo de ángeles, y a los imperfectos y sensibles por semejanzas materiales y sensibles, según su grosera disposición (Cfr. Dion., De Eccles. Hier., c. 4).

dad y dejaba abierta la puerta de la comunicación, para que le fuesen avisando de cualquiera aprehensión nueva que tuviesen, para ayudarles con nuevos avisos en ellas.

Y no sólo de estas visiones imaginarias, mas también de las espirituales distintas y de otras cualesquiera aprehensiones, que suelen acaecer acerca de cosas criadas, procuraba desnudar a las almas que gobernaba. Y también de las revelaciones de secretos escondidos y sucesos venideros, o que tocan a terceras personas, así por el embarazo que pueden hacer al alma, para caminar a la unión divina y los grados de contemplación más levantada (cuyo medio próximo y proporcionado es sólo la luz oscura de la fe), como también por los engaños que el demonio puede hacer por este camino, de que dejó admirable doctrina en uno de sus libros. Y les ponía rigoroso silencio para que de ninguna manera diesen cuenta a nadie de ninguna cosa de estas. Para lo cual les declaraba lo poco que les importaba todas estas noticias para su propio aprovechamiento y perfección, y cuánto se podían dañar con ellas estimándolas. Asimismo, les ponderaba lo que dicen los teólogos (1), que de mayor momento es para el alma el aprovechar en un solo grado de aumento de caridad ordenada a mayor unión con Dios, que todas las visiones y revelaciones que pueden tener, no sólo los hombres, sino también los ángeles, si no incluyen en sí este aumento de caridad y unión divina. Al cual se camina derechamente por la luz oscura de la fe, en negación de todas estas noticias particulares y distintas; y a hacer este ganancioso trueco se encamina muy gran parte de los libros de el Santo Padre, como también de los de San Dionisio, como él lo dice en uno de ellos (2).

De esta manera, pues, se había San Juan con las almas sencillas que gobernaba, apartándolas suavemente de los lazos encubiertos, sin privarlas de los aprovechamientos que de las verdaderas comunicaciones sobrenaturales podían tener en el magisterio del Espíritu Santo, que es el principal maestro de ellas, cerrando la puerta al demonio, y dejándola abierta al

1 Cfr. Suarez, I p., l. 12, c. 15.- S Th., I p , q. 13. a. 6 ad 3.– D. T o I Sent., dist. 17, q. 2, a. 2.

2 D. Dio., De Coel. Hier.. c. 15

Divino Espíritu. Lo contrario de lo cual hacen muchos, por querer ser maestros de un oficio tan dificultoso, en que apenas son discípulos.

De las diligencias que el Santo Padre hacía en reprender a los que aprobaban fácilmente estas cosas con daño y peligro de las almas que guiaban, trataremos en otra parte por haberse de tocar historia que no tiene ahora su lugar.

Finalmente, después de muchos años de gobierno de almas espirituales y de tan largas experiencias, tenía el mismo sentimiento que aquel varón sabio y de tan madura experiencia en estas cosas (1), que tan gravemente trató este punto, persuadiendo a los que se encargan de ser guías de personas contemplativas, que han de estar muy versados en la lección de los Santos, que tuvieron de esto ciencia y experiencia; y que no han de ser fáciles en condenar en las almas devotas lo que no hallan contrario a la fe y a las buenas costumbres, sino que consulten sobre ello a los que tuvieron luz de Dios en estas cosas, para abrazarla con humildad, o las remitan a quien mejor las guíe.

CAPITULO XXXVII

Otros efectos de la caridad del Santo con que socorría a las necesidades de los prójimos.

De los demás efectos de la caridad de San Juan de la Cruz que tocan a la utilidad de los prójimos, había mucho que decir, si no nos hubiéramos detenido tanto en los pasados. Fué muy amigo de consolar afligidos y tuvo tan particular dón para esto, que con sólo hablarles, los alentaba y les quitaba la aflicción. Porque, como su caridad procedía de la jerarquía superior, era iluminativa, desterraba, a modo del sol, las tinieblas de los corazones oscurecidos con la aflicción, y los alegraba con el calor de la misma caridad, de que pudiéramos referir innumerables casos probados en sus informaciones. Tuvo gran amor a los pobres por ser tan enco-

1 Gerson., De Myst. Theol. specul , confid. 8.

mendados de Cristo, y en los conventos donde era prelado, les daba mucha limosna, particularmente en años apretados, como lo fué el año 1584, notablemente estéril en España.

Era entonces Prior de Granada y, ensanchando los senos de la confianza en Dios y también los de la caridad para los pobres, los socorrió con mucha largueza, así en la portería a los pobres comunes, como en sus casas a personas honradas y muy necesitadas. Y acudió Nuestro Señor a su confianza de manera, que nunca le faltaba que darles. Y refieren los religiosos que allí se hallaron, por caso como milagroso, en sus declaraciones, que habiendo obrado mucho en el convento aquel año y sustentado en él muchos religiosos, y tras esto socorrido con largueza tantas necesidades de pobres, le sobró trigo, cuando vino lo nuevo; lo cual les parece que no podía ser por el camino ordinario, si Dios extraordinariamente no favoreciera su piedad y confianza. Y no sólo con el sustento corporal socorría los pobres, sino también con el espiritual, y así gastaba en el confesonario mucho tiempo en doctrinar y guiar personas pobres virtuosas.

Tuvo gran cuidado con el regalo de los enfermos, y cuando llegaba a algún convento, siendo Vicario provincial, lo primero que hacía, en tomando la bendición del Santísimo Sacramento, era visitar los enfermos y saber las necesidades que tenían, y cómo se les acudía en ellas. Y siendo súbdito, los visitaba a menudo, y con aquella lengua del cielo con que hablaba tan dulcemente de Dios y quitaba las dolencias del ánimo, les aliviaba las del cuerpo. Si les veía sin gana de comer, hacíales muchas preguntas de lo que comerían, nombrándoles las cosas que más suelen comer los enfermos, y sabiendo de lo que gustaban, con gran solicitud se lo buscaba. Y este cuidado tenía igualmente con todos, grandes y chicos, sin reparar en el gasto, diciendo que para los enfermos no se había de alegar pobreza, y así lo verificaba en las obras de que referiremos un ejemplo. Siendo Prior en Granaba, estaba desahuciado allí un hermano lego y con grandes bascas. Dijo el Santo Padre al médico si había en la medicina algún remedio para aquel enfermo. Respondióle el médico que para el reparo de la enfermedad no lo había; pero que para sosegar algo de aquellas bascas, podía ser le hiciese provecho una be-

bida, mas que era costosa, que llevarían por ella setenta reales o seis ducados. Hizo que la recetase, y al punto envió por ella, y él mismo se la dió, y asistió a muchos de los medicamentos que le hacían, y le acompañaba para alentarle a que llevase con paciencia su trabajo, y esto era muy ordinario, siendo prelado.

Y no sólo los socorría con regalos y con procurarles cuidadosos enfermeros, mas también él por su persona les hacía las camas, les limpiaba los servicios, y los servía y regalaba con gran cuidado y amor en cualquiera ministerio, por humilde que fuese. Y sentía mucho cualquiera falta de cuidado y providencia a los enfermos que eran del estado humilde del convento, pareciéndole que aquello procedía de poca igualdad en acudir a las necesidades de los religiosos, y que no se miraba tanto a ellas cuanto a las personas, de que referiré también un ejemplo. En una ausencia que hizo, siendo Rector del Colegio de Baeza, cayó malo un hermano donado de aquella casa, y el presidente, por la descomodidad de ella, como fundación nueva, y mayor comodidad del enfermo, lo llevó a curar al hospital de la Concepción de aquella ciudad, donde se ejercita con gran regalo y limpieza la caridad con los enfermos, y donde nuestros religiosos venían a curarse del convento de la Peñuela, en los principios de aquella fundación, antes que la hubiese en Baeza. Cuando el Santo Padre volvió de la jornada y supo el caso, le dió notable pena, y después de haber dado una gran reprensión al presidente, acusándole de falta de caridad, pues no la había tenido para curar y servir aquel hermano, envió por él y le curó con tanta puntualidad y largueza, como si fuera el prelado superior de la Orden, y lo mismo hacía con todos los demás hermanos que caían enfermos.

A sus enemigos tuvo particular amor (que es un grado de caridad muy levantado), y hacía buenas obras a los que le perseguían, y delante de él no se había de hablar de ellos, si no era para alabarlos. Ni por grandes que fuesen los agravios que le hacían, abría la boca para quejarse de ellos. Y así, personas que le comunicaron estrechamente muchos años, afirman en sus declaraciones juradas que jamás le oyeron decir palabra de murmuración ni queja. Que es cosa tan rara en

tan grandes ocasiones como él tuvo de padecer sinrazones y malos tratamientos, que se puede poner a cuenta de virtud milagrosa; y no sólo en sí excusaba la murmuración, mas también en los otros, atajándola luego. Y aunque siempre que oía murmurar, le daba pena, mucho más si la murmuración tocaba o a las personas que le eran poco aficionadas, o a cualesquiera religiosas, diciendo que ofendían con esto la gente más acendrada que tenía Dios en su Iglesia, aunque alguno degenerase de su estado.

Y porque la vida del Santo fué forma y como regla viva de la nuestra, conviene que advirtamos de la manera que él ejercitaba la caridad de los prójimos, para imitarle. En Duruelo y Mancera, como era súbdito, salía algunas veces por mandado del P. Fr. Antonio de Jesús (que era prelado de estos conventos) a predicar y confesar por aquellos lugarejos. Pero en las casas donde él presidió, dicen los religiosos que estuvieron en ellas, que igualmente cuidaba de dos cosas: la una, del gran recogimiento de sus religiosos; y la otra, de que se acudiese con puntualidad al consuelo y aprovechamiento de las personas que venían a buscar esto a nuestros conventos, y sentía mucho que se les hiciese falta. Y refieren en particular del tiempo que fué Rector del Colegio de Baeza, que con guardarse tanto recogimiento, que en veinte y treinta días no salía religioso de casa, si no eran los hermanos donados, había grandísima puntualidad en salir a los confesonarios, cuando los fieles lo pedían.

En las pláticas que hacía a los religiosos, los exhortaba mucho a que hiciesen aquel oficio, mirando solamente que eran almas redimidas por la sangre de Cristo, y no por otros respetos humanos. Y deseando que hubiese poca correspondencia entre seglares y religiosos, sino cuando en el confesonario se trataba de su aprovechamiento, les decía muchas veces que donde los conocían más, allí acudiesen menos, y que lo que habían de gastar de tiempo en hacer las visitas, lo gastasen en ayudarles desde el rincón de la celda con oración y lágrimas. Y este mismo estilo guardó en Granada, Segovia y otros conventos donde fué prelado, procurando, como obligación principal, el recogimiento en las celdas para vacar en silencio a la oración a todas horas, como manda la

Regla, y juntamente acudiendo al aprovechamiento de los prójimos con particular cuidado dentro de nuestros conventos, cuando la caridad regulada por el arancel de nuestro Instituto lo pedía.

Y que esto fuese ajustado a la ordenación de Dios y a lo que Su Majestad quiere de nosotros, parece que lo está certificando aquella imagen del Salvador que (como veremos en su lugar) se aparece en la carne del Santo Padre, poniéndole la mano sobre la cabeza, aprobando con esto el modo de ayudar la salvación de las almas, que él guardó en vida, y el que habemos de guardar nosotros: que es predicación de buen ejemplo en todas partes, y de doctrina en nuestros monasterios; y fuera, guardando el modo que nuestras Leyes disponen, guardando en esto el puesto en que Dios nos puso de su Iglesia.

CAPITULO XXXVIII

Cuán aventajado fué el Santo en la virtud de la religión.

Después de las virtudes teologales, que miran derechamente a Dios y ordenan el hombre a él, tiene el primer lugar la virtud de la religión, que es como una protestación de esas mismas virtudes. Y entendemos aquí por religión una virtud universal con que veneramos a Dios, como a nuestro principio y último fin, dándole la honra que, como criaturas suyas, le debemos: cuyos actos son sacrificar, adorar y los demás que se ordenan al culto divino. Tuvo, pues, San Juan esta virtud en tan heroico grado, que no menos de ella que de las demás virtudes fué ejemplarísimo maestro. Y así en todos los conventos adonde llegaba, cuidaba mucho que los altares y todas las cosas que servían al culto divino, estuviesen con mucha limpieza y decencia, y aunque pobres, según nuestro estado, muy aseadas; particularmente las que habían de servir de más cerca al Santísimo Sacramento de la Eucaristía, como corporales, cálices y manteles. Agradecía mucho a los sacristanes el trabajo y cuidado que ponían en esto, y los días festivos ba-

jaba a ayudarles a componer los altares y la iglesia, y se regocijaba de verlo todo limpio y curioso.

Celebraba los días solemnes con gran devoción, diferenciándolos en la solemnidad de las demás fiestas, particularmente las Pascuas y días de Nuestra Señora. Y no sólo se holgaba que se celebrasen con actos de religión debidos a ellas, mas también con afectos alegres y devotos, y se consolaba mucho de ver, en las Pascuas y días festivos, contentos y regocijados a los religiosos, y que mostrasen en los semblantes la alegría y devoción de los ánimos; y a la misma devoción ordenaba las alegrías de aquellos días, para que de las del cuerpo participase también el ánimo.

Andaba su espíritu tan ocupado en los misterios que representaba la Iglesia, y tan vestido de los sentimientos a que nos convida con ellos, que en lo exterior se conocía el afecto interior. Y así, en tiempo de Pasión, cuando la Iglesia representa los trabajos que el Hijo de Dios padeció por redimirnos, traía el rostro triste y compasivo. Y la Pascua de Navidad, donde se nos representan las tiernas finezas de amor de Dios hecho Niño para más enamorarnos, andaba con una alegría y ternura agradecida; porque, como estaba transformado en Dios, era fácil transformarse en sus misterios.

Cuando rezaba el Oficio divino con los demás religiosos en el coro, asistía en él con tanta devoción, que la pegaba a los demás. Y cuando por ocupaciones o caminos lo rezaba fuera del coro, mostraba en la composición del cuerpo la devoción del ánimo; porque de ordinario lo rezaba de rodillas, aunque fuese en las ventas y mesones, como lo afirman en sus dichos los compañeros que llevó en estas jornadas. Decía misa con tanta devoción y reverencia, como si viera con los ojos corporales lo que la fe le enseñaba de la grandeza y majestad del Señor a quien asistía; y así recibió de él grandes mercedes en este divino sacrificio.

En la oración (que es acto de esta virtud) fué tan continuo, que no sólo el tiempo que asistía con los demás en ella, mas también cuando se ocupaba en otras cosas, dicen los que le conocieron y trataron, que andaba en oración; lo cual se conocía por la fuerza que era menester hacerse para asistir a las cosas exteriores y negocios que le trataban. Y así, fué una

gran cruz para él, padecida muchos años, el haber de atender a lo exterior contra la eficacia con que su espíritu deseaba volar a Dios hacia su interior. Y como andaba como ciervo sediento, con ansias de llegar a esta fuente de vida, en teniéndo algún rato desocupado, acudía luego a la oración quieta, donde, desde la tierra, se gusta de esta agua celestial, como primicias de la bienaventuranza que esperamos.

Esta oración tenía algunas veces delante del Santísimo Sacramento, donde decía que hallaba su consuelo, y muy de ordinario en la celda, no sólo los ratos desocupados del día, mas también la mayor parte de las noches de que dan testimonio sus compañeros. Y como le había concedido Nuestro Señor, tan a lo milagroso como en otra parte declaramos, a modo de ángel viador, conocimiento infuso de la admirable conveniencia y disposición de la sabiduría de Dios en la producción de las criaturas, y la correspondencia concorde y armonía sonora que hay entre él y ellas; alegrábase mucho de de ver de noche el cielo, cuando estaba sereno y estrellado, acordándose que era la patria de su descanso, y renovando las memorias de muchos secretos que el Señor le había descubierto de aquella vida bienaventurada. Y así, tenía muchas horas de la noche en oración, a la ventana de la celda, contemplando la grandeza del artífice de tan eminente obra; y arrebatado algunas veces el espíritu adonde no podían llegar los ojos, le hallaban arrobado sus compañeros, cuando iban a comunicarle algo, sin poderle hacer volver al uso de los sentidos, por muchas diligencias que para ello hacían.

Celebraba mucho la vida retirada de nuestros monjes solitarios antiguos, y como Dios le llamaba a resucitar en el Occidente la vida heroica y celestial con que estos ángeles de la tierra ilustraron por tantos siglos las provincias orientales, suspiraba por la soledad y se le iba el corazón tras ella; y por eso sentía tanto verse en prelacías y ocupaciones que pedían comunicación de hombres, y como desterrado de la soledad, donde se comunica dulcemente con ángeles, y dulcísimamente con el Señor de ellos; y cuando alguna vez podía gozar de ella, renovaba allí su espíritu. Cuando estaba en los conventos menos retirados, procuraba engañar el deseo de los desiertos con buscar, desde la ventana de la celda o desde

algún puesto de la huerta, la vista del campo o de los montes. Porque, como la variedad de las criaturas en tan conforme consonancia era para él música suave, decía que en los campos amenos, en los riscos de los montes, en los ríos y fuentes y en el cielo sereno y estrellado, se le descubría mucho de Dios. Y por esto era para él lugar muy apacible una cueva que había en la huerta de Segovia, hecha naturalmente entre las peñas de ella, porque desde allí se descubría todo esto. Sacaba algunas veces los religiosos al campo, por aficionarlos a la soledad y acostumbrarlos a buscar en ella sus recreaciones, y después que los había afervorizado alegremente con decirles algo de Dios, se retiraba a tener oración a solas para que los demás hiciesen otro tanto y convirtiesen el desierto en cielo.

Cuando caminaba, se alegraba tanto de verse en el campo, que con aquello no sentía el trabajo del camino, y mostraba en lo exterior la alegría del ánimo, cantando algunas letrillas muy devotas de Nuestra Señora o del Niño Dios, o salmos de David y versos de los Cantares (que con este libro se regalaba mucho). De manera que nunca su espíritu iba ocioso, sino ejercitando siempre actos de esta virtud de religión, porque era su alma un templo vivo de Dios, donde a todas horas era servido y venerado. Con este culto de Dios mezclaba en estas jornadas la utilidad de los prójimos; porque a los arrieros y otros caminantes que encontraba, los doctrinaba y daba saludables documentos y consejos de cómo habían de servir a Dios, según su estado y ejercicio. Y en las ventas y mesones donde entraba, reprendía los juramentos y libertades de mal ejemplo con palabras tan eficaces, que componía y enfrenaba a los que en esto se excedían; de manera que con humildad ofrecían su enmienda. En otros actos de la virtud de religión fué muy señalado, y de que dicen mucho los testigos de sus informaciones, y así diremos de ellos algo en particular en los capítulos siguientes.

CAPITULO XXXIX

Virtud de religión ejercitada por San Juan acerca del misterio de la Santísima Trinidad.

Fué lo primero el Santo Padre devotísimo del inefable misterio de la Beatísima Trinidad, entre los demás que la fe nos representa, y hablaba de él con tan gran admiración, que causaba devoción y reverencia a quien le oía. Porque la alteza de las palabras con que lo declaraba, excedían al modo oscuro de la fe, y la ilustraban, de manera que se echaba bien de ver que el conocimiento que de este misterio tenía, se lo habían dado por junto, como a Santa Teresa, cuando decía que se ve el alma en un punto sabia, y tan declarado el misterio de la Santísima Trinidad y de otras cosas muy subidas, que no hay teólogo con quien no se atreviese a disputar la verdad de estas grandezas. Pues a este modo parece que había recibido el Santo Padre la sabiduría con que declaraba este misterio. Decía muchas veces misa de él, y aunque siempre la decía con devoción, mostraba entonces particular afecto. Preguntábanle algunas veces nuestras religiosas por qué decía tantas veces misa de la Santísima Trinidad. Y él, como encubriendo su devoción, respondía: digo misa de este misterio porque le tengo por el mayor santo del cielo. Esta devoción fué mayor los postreros años de su vida; porque, como su alma habitaba entonces por transformación de amor en el paraíso espiritual, donde se goza el reino de Dios, que está dentro de nosotros mismos, como se declara en otra parte, era allí ilustrado de altísimas noticias de las tres Personas divinas, al modo que la Santa Madre, puesta en este estado, según ella refiere, con lo cual andaba como absorto en la profundidad de los secretos y maravillas que allí se le descubrían.

De estas altísimas comunicaciones que tuvo de Dios, aunque él las encubría mucho, hubo algunos indicios, y una vez las supo de él una persona religiosa que él tenía por muy santa, cuando él era Prior de Granada. A la cual, estando tratando de Dios a solas, le dijo: de tal manera comunica Dios a este

pecador el misterio de la Santísima Trinidad, que si Su Majestad no esforzara mi flaqueza con particular socorro del cielo, fuera imposible poder vivir. Esto refiere ella en su declaración jurada y añade que con la comunicación de tan altos misterios traía el Santo en este tiempo muy gastadas las fuerzas naturales; porque, ocupado el espíritu con la suavidad y admiración de ellos, parece que desamparaba al cuerpo y le faltaba el calor natural para sus operaciones. Y con ser esta una materia de que trataba con gran gusto, y que también le daba a quien le oía, por lo que les esforzaba la fe y les quitaba mucho de su oscuridad con tan ilustradas noticias; con todo eso, se recataba de tratar de este misterio, sino con personas de la religión y muy familiares, por el peligro a que se ponía de trasponerse entre las pláticas.

Cuando éstas eran entre él y Santa Teresa, como habían bebido este licor divino en una misma fuente, solían volar los espíritus a saborearse con ella, desamparando a los cuerpos: como les sucedió una vez que, estando hablando de estas materias en el locutorio del monasterio de la Encarnación de Avila, donde ella era priora, y él confesor, tan eficaces fueron las palabras con que el Santo Padre declaraba este misterio, que abrasados en amor divino estos dos serafines de la tierra, querían volar al cielo, como a esfera de esta llama, contra la naturaleza y condición de la vida mortal en que se hallaban. Entró en esta ocasión al locutorio Beatriz de Jesús, monja del mismo monasterio de la Encarnación (que después lo fué de la Congregación de las Descalzas, y murió en el convento de Ocaña), y vió un espectáculo raro y digno de admiración y reverencia. Porque halló a la Santa Madre arrobada, y de la otra parte de la reja a San Juan de la Cruz, no solamente arrobado, mas también, a su parecer, levantado del suelo, de manera que llevaba consigo la silla en que estaba sentado. Después supo de la Santa Madre que la causa de tales efectos había sido unas eficacísimas palabras con que San Juan de la Cruz había tratado del misterio de la Santísima Trinidad con altísimas noticias de las tres Personas divinas.

CAPITULO XL

Entrañable amor que San Juan tuvo a la sagrada Humanidad de Cristo.

Después del inefable misterio de la Beatísima Trinidad, se le conocía muy particular amor y devoción de la sagrada Humanidad del Hijo de Dios, donde se le descubría la profundidad impenetrable de la suavidad y bondad de aquella suma grandeza y del incomparable amor que a los hombres tiene. Y aunque la consideración de los trabajos y humillaciones que por nuestro remedio padeció en la edad mayor, le traían como agotado el entendimiento, particularmente en los tiempos que la Iglesia las representa al agradecimiento de los fieles; pero las finezas y ternuras amorosas de esta bondad infinita que en sus niñeces se le manifestaban, le enternecían y enamoraban grandemente, cuando consideraba al Inmenso, por nuestro amor, abreviado; al que no cabe en todos los cielos, envuelto en pañales y rodeado de unas fajas; y al que sustenta y beatifica los ángeles, colgado de los pechos de una doncella y sustentándose de los rayos de su leche, para que los que no se atrevían a buscarle en el trono de su majestad, le pudiesen hallar en el extremo de su humildad, reclinado en un pesebre, hecho niño.

De este amor agradecido que el Santo Padre tenía a esta sagrada Humanidad, y de lo que se consolaba con la memoria de Dios Niño, venían las alegrías devotas con que celebraba su santísimo Nacimiento, y los modos que inventaba para solemnizarle, con lo cual y con las palabras de amor y ternura que decía a la Madre y al Hijo, pegaba devoción y fervor a quien le oía.

Entre las invenciones devotas que a puerta cerrada hacía aquella noche, representaba muy al vivo la entrada de la Virgen en Belén y el mal hospedaje que allí había hallado. Para lo cual llevaban a la Virgen en andas, acompañándola todos los religiosos, y en algunas partes del claustro tenía sus estaciones representando los mesones y posadas, y allí hacían

sus pausas pidiendo posada para unos pobres forasteros. Quien pedía la posada, era nuestro Santo Padre, declarando a los mesoneros las excelencias de aquella Señora que había de ser hospedada. Y negándosela los religiosos que allí tenía puestos por mesoneros, tan tiernas palabras decía de sentimiento, que no parecía representación, sino que tenían presente el misterio ya pasado; con lo cual enternecía y afervorizaba tanto a los religiosos, que derramaban lágrimas de devoción. Y el oirle decir las calidades de la doncella forastera, y cómo venía preñada del Hijo de Dios, y los altos sentimientos que de aquí sacaba, renovaban la fe de este misterio, y no había corazón tan duro, que no se enterneciese de oirle.

Después de nacido el Niño, se regalaba tanto con él, que salía de su natural modestia con la alegría que con su nacimiento mostraba: como una vez que, estando en un acto de recreación de esta festividad los religiosos, tratando de las finezas de amor que este soberano Señor había hecho en este tiempo para enamorarnos de su bondad, le salteó tan impetuoso júbilo, que no pudiendo reprimirle, se levantó de donde estaba sentado, y se fué hacia una mesa donde en estos días se acostumbra tener un Niño Jesús, a quien dirigir todas las alegrías, y tomándole en brazos, comenzó a bailar con él; y con fervor que encendía en amor del Niño a cuantos allí estaban, le daba música cantando: Si amores me han de matar, ahora tienen lugar. Después de un rato que anduvo de esta manera, pegando fuego del cielo a todos, fué arrebatado su espíritu con la profundidad de aquel misterio, en que estaba como anegado, y se quedó absorto, con el rostro alegre y tan encendido, que parecía echaba de sí llamas de fuego. Otras muchas veces le salteaban estos ímpetus de amor alegre, cuando trataba de estos misterios de la Humanidad del Señor, aunque él trabajaba mucho por encubrirlos, sintiendo que se tuviese su devoción por extraordinaria.

Y si las muestras amorosas de la primera edad de Cristo le enternecían tanto, no menos le lastimaban los trabajos y dolores de la edad postrera; de los cuales había hecho, como la esposa, un ramillete que traía de ordinario puesto sobre su corazón: que era un conocimiento intelectual resumido de las

meditaciones pasadas acerca de estos trabajos y amarguras, con que andaba de ordinario ocupado y entretenido. Y así podía decir con San Bernardo (1): Este ramillete nadie podrá quitármele, porque sobre mi corazón le traigo, de manera que al estudio de estas materias llamé sabiduría; en éstas asenté para mí la perfección de la justicia; en éstas la plenitud de la ciencia, en éstas la riqueza de la salud y en éstas la abundancia de los merecimientos. Estas me levantan en las cosas adversas y me reprimen en las prósperas; y entre las tristes y alegres de esta vida presente, voy por camino real y llevo guía segura. Porque todo esto era para el Santo Padre estas saludables memorias; y así podía decir con el Apóstol que no sabía más que a Cristo, y éste crucificado; en él se ocupaba de ordinario, y en trasladar, a modo de pintor divino, como dice San Dionisio (2), la imagen de este Señor en su alma, cuanto más perfectamente podía.

Pero aunque fué ejercicio suyo éste de toda la vida, mucho más íntima y afectuosamente lo ejercitó después que fué caminando por el estado de unión al de transformación en Dios, donde, por divinas iluminaciones y sentimientos muy íntimos y muy frecuentes en este estado, aprendió más a lo práctico la sabiduría de la supereminente caridad de Cristo, que llena los espíritus de la plenitud de Dios; y de lo que en este tiempo experimentaba de esta altísima sabiduría, dice en el Cántico Espiritual: «Cada misterio que hay en Cristo, es profundísimo en sabiduría y tiene tantos senos de juicios suyos ocultos, que por más misterio y maravillas que han descubierto los santos Doctores y entendido las almas contemplativas en este estado de transformación, les queda lo más por decir y entender. Y así, hay mucho que ahondar en Cristo; porque es como una mina muy abundante con muchos senos de tesoros, que por más que ahonden, nunca les hallan fin ni término. Antes en cada uno van hallando nuevas venas de nuevas riquezas; que por eso dijo el apóstol San Pablo que en Cristo moran todos los tesoros de la sabiduría de Dios escondidos. En estos tesoros no puede el alma en-

1 D. Ber., Ser. 13, in Cant.
2 D. Dion., De Eccl. hier., c. 3 et 4.

trar, ni llegar a ellos, si no pasa primero por la espesura del padecer exterior e interiormente, y después de haberle Dios hecho otras muchas mercedes intelectuales y sensitivas, y habiendo precedido en ella mucho ejercicio espiritual. Porque todas estas cosas son más bajas y disposición para subir al conocimiento de los misterios de Cristo, que es la más alta sabiduría que en esta vida se puede alcanzar. Y así, pidiendo Moisés al Señor que le mostrase su gloria, le respondió que no podía verla en esta vida; mas que le mostraría todo el bien (es a saber, que en esta vida se puede conocer) y fué éste: que metiéndole en el agujero de la piedra, que es Cristo, le mostró sus espaldas, que fué darle conocimiento de los misterios de sabiduría, mayormente de los de la Encarnación de su Hijo». Todo esto es del Santo Padre, y añade que en estos agujeros deseaba entrar bien su alma, para anegarse y transformarse toda en el amor y noticia de estos misterios. A cuyo ejercicio convidaba el mismo Señor a la Esposa cuando le daba prisa a que entrase en los agujeros de la piedra; y de aquí se puede sacar el que traía nuestro Santo en este tiempo y estado de unión con que se disponía para una altísima transformación en Cristo, a que fué levantado por influencia singular de los serafines, como en su lugar veremos.

CAPITULO XLI

Devoción que tuvo al misterio del Santísimo Sacramento del altar, y cuán favorecido fué de Dios por este camino.

Pero, aunque de todos los misterios de la vida de Cristo Nuestro Señor era el Santo muy devoto, particularísima devoción y afecto mostraba al soberano beneficio del Sacramento de la Eucaristía, donde este divino Señor extendió las velas de su inmensa caridad y del amor que tiene a los hombres. Porque, siendo cosa tan propia del verdadero amor desear íntima y unitiva comunicación con la cosa amada, había ordenado en este divino Sacramento una comunicación tan estrecha con los hombres, que dice él mismo que el que come su

carne y bebe su sangre, queda hecho una cosa con él, para vivir a vida divina, por estar unido a él, como él la vive por estar unido a su Padre.

De aquí le venía la gran veneración que tenía a este soberano misterio y el gran cuidado que ponía en la decencia de todas las cosas que se ordenaban a él. Y era tan viva la fe con que llegaba a celebrarle, que como si viera con los ojos corporales en toda su majestad y grandeza al Señor, que se encubre debajo de aquellos humildes accidentes; así de sólo llegar a ellos, solía alterársele el rostro, como cuando se ve una cosa rara, no esperada, verificándose en él muy de ordinario lo que dice Santo Tomás (1) de los que mucho aman: que con la presencia sola de su objeto se conmueven y encienden. Porque muy frecuentemente se le encendía el rostro, cuando decía misa, que parecía que salían de él llamas de fuego. Y pagábale el Señor esta devoción y amor con muchos favores que por este camino le hacía; de los cuales se supieron pocos, en particular por el cuidado con que él lo encubría, aunque no dejaban de traslucirse algunas veces en los conventos donde decía misa.

De algún caso de estos haremos breve mención por estar en sus informaciones bien probado. Estando una vez diciendo misa en la iglesia de nuestras monjas de Caravaca, vieron algunas de ellas que le resplandecía el rostro, al modo de una estrella que echa de sí rayos. Era esto en acabando de alzar la primera vez la Hostia, y admiradas de cosa tan rara, vieron luego otra más admirable; porque de encima de los corporales salían unos rayos de luz hermosísima, que hiriendo el rostro del sacerdote, causaban el resplandor primero. No vieron las religiosas más que esto, y una atención como suspensa de nuestro Santo Padre, que tenía los ojos tan clavados en el Santísimo Sacramento, y tan suspendidas todas las demás acciones corporales, como si no fuera cuerpo animado, y de esta manera estuvo gran espacio. Por todo lo cual sospecharon las religiosas que aquel Señor, que se quiso quedar entre nosotros, encubierto para nuestro consuelo y remedio, había querido por aquel instante correr la cortina de la

1 D. Th., I Sent., d. 17, q. 2, a. 1.

fe a aquel gran amador suyo, para que con ojos corporales viese lo que ella representaba en los del alma.

Acabada la misa y habiendo dado gracias, se entró en un confesonario, donde le aguardaba la M. Priora Ana de San Alberto, religiosa antigua y compañera de Santa Teresa, la cual, por sacarle algo más en particular de lo que ella venía tan admirada, dijo al P. Fr. Juan de la Cruz: ¿qué fué aquello de la misa, que también acá habemos visto algo? La respuesta que dió a esto fué un suspiro tan profundo, que parecía arrancaba con el alma; y quedóse suspenso y como absorto, llevado poderosamente de las dulces memorias de la gloria que había tenido presente. Y cuando volvió, dijo: grandes bienes ha comunicado Dios a este pecador. Con tanta majestad se ha manifestado a mi alma, que no podía acabar la misa, y por esto temo algunas veces de ponerme en el altar. Sirva lo que ella ha visto hoy para su aprovechamiento, que descubre mucho de la bondad de Dios lo que hace Su Majestad con este gusanillo; y mire que no lo diga a nadie. Quisiera la M. Priora saber más en particular la visión; pero no pudo sacarle más distinta noticia de ella, con ser esta religiosa de las personas que más familiarmente trataba por la mucha virtud que en ella conocía; tanto como éste era el recato que tenía en no descubrir las mercedes que Dios le hacía, ni aun a los muy amigos.

Cuando hacía alguna plática a los religiosos o religiosas de este inefable misterio, se encendía tanto en amor de Dios, que algunas veces se quedaba suspenso y arrebatado. Una vez, entre otras, fué declarando a este propósito aquellas palabras del salmo XLV: «Fluminis impetus laetificat civitatem Dei»; el efecto de las cuales él había experimentado tantas veces en su alma por medio de este divino Sacramento con las avenidas de gracia y suavidad que con él entraron en ella; y fueron tan levantadas las cosas que dijo y tan íntimos los sentimientos que en su espíritu causaron, que se le arrebataron y quedó suspenso por un gran rato. Celebraba con gran solemnidad y alegría la fiesta del Santísimo Sacramento, y echábase de ver que andaba en ella como llevado de una admiración amorosa, y a estos dos efectos movía a los religiosos con sus pláticas en toda su octava. Gastaba largas

horas del día y de la noche delante del Santísimo Sacramento, y cuando algún religioso de los más familiares suyos, compadecido de sus prolongadas vigilias, le persuadía que fuese a tomar algún rato de reposo, solía decirle: «Déjeme, que aquí hallo mi gloria y descanso».

Cuando tenía algún negocio arduo para que había menester mucha luz del cielo, en la misa la negociaba, y de allí salía con la resolución de lo que convenía. Y por este mismo camino le allanaba el Señor las dificultades que en los negocios se ofrecían, de que referiré también un caso bien probado.

Siendo Vicario Provincial de la Andalucía, fué a un monasterio de monjas a hacer elección de priora, y por tener alguna dificultad conocer la que convenía, quiso decir antes misa, para encomendarlo a Dios. Estándola oyendo algunas religiosas, dos de ellas que estaban delante, vieron por la reja al Santo Padre rodeado de una gran luz que, saliendo del sagrario, reverberaba en él; de manera que cuando se volvía al pueblo, echaba resplandores del rostro. La una de estas dos religiosas, poco llevada de experiencias milagrosas, pareciéndole que se engañaba, se quitó de allí y se puso en otra reja que estaba más cerca del altar, y vió lo mismo.

Andaba muy dudosa a quién daría el voto en esta elección, y no acabando de determinarse, pedía a Dios que le diese luz de su voluntad; y como con la admiración se hallaba entonces más devota, hacía esta petición con mayor instancia, y oyó una voz interior que le dijo: haz lo que este religioso te dijere. Acabada la misa, habló brevemente a algunas religiosas, y entre ellas a ésta, y luego se sentó a la reja a hacer la plática que precede a la elección, y todo el tiempo que duró, salían de su rostro rayos de luz tan visibles, que entrando por la reja, aumentaban la claridad del coro, como lo afirman en sus declaraciones las religiosas. Acabada la elección y hecha en la persona a quien él se había inclinado, les dijo: Dios se lo pague, hijas, y yo se lo agradezco, que han hecho lo que era voluntad de Dios. De las cuales palabras y de lo que había precedido entendieron que en la misa había tenido revelación de la que había de ser elegida en priora.

Salía algunas veces de la misa con tan grandes ímpetus de amor de Dios, que le era necesario hacerse mucha fuerza para reprimirlos, por lo que deseaba encubrir sus afectos, con lo cual, recogiéndose al centro del alma el calor esparcido, se sentía abrasar en llamas de amor y buscaba la soledad para descansar, celebrando las alabanzas de aquel Señor que con tan dulce fuego le quemaba. Y cuando le cogía el fervor entre gente conocida, de quien se recataba menos, hablaba grandezas de Dios con efectos tan semejantes a su causa, que salían las palabras como centelleando, según prendía en los corazones de los oyentes el fuego en que él ardía, y poníasele entonces el rostro encendido y tan luminoso, que personas doctas, que en estas ocasiones le habían visto, dicen en sus declaraciones que reverberaba en su rostro la santidad y resplandor de su alma, para gran utilidad de las gentes según era grande el provecho que hacía en las almas de los que entonces comunicaba.

Otra cosa muy notable a este propósito dice una persona religiosa, que le había tratado mucho, por estas palabras: Con ser Fr. Juan de la Cruz de pequeña estatura y su persona despreciada, y nada lucida, con hábito pobre, y sin tener en lo natural ninguna de las calidades que aficionan los ojos humanos; con todo eso, un no sé qué de Dios se traslucía en él, que arrebataba los ánimos para estimarle, y cuando le miraba, parecía que se veía en él una majestad más que de hombre de la tierra, y como de persona en quien Dios tan favorablemente moraba. Esto mismo ponderan otros hombres prudentes que le conocieron, particularmente cuando había dicho misa o salía de oración, en que se manifestaba, como en otra parte se tocó, que eran muy intensos los actos amorosos de la voluntad, pues de ella tales efectos redundaban al cuerpo.

CAPITULO XLII

Devoción que el Santo tuvo a la Virgen y al misterio de su Inmaculada Concepción.

Después de la devoción de las tres Personas Divinas y de los misterios de nuestra Redención, fué singularísima y tiernísima la que tuvo a la Virgen Nuestra Señora, y la más antigua. Porque, como él decía después a personas muy familiares suyas, desde que esta piadosísima Señora con tanta benignidad le socorrió, cuando, siendo niño, cayó en el pozo, como ya queda tocado, y con sus virginales manos le sustentó para que no se ahogase, le cobró tan grande amor, que le duró toda la vida. Y quedó tan estampada en su memoria aquella rara hermosura, que en ella había visto, que aun después, de hombre, se acordaba de ella. Cuando miraba alguna imagen suya, recibía particular consuelo, y el singular amor que le tenía, mostraba de mil maneras. Desde aquella tierna edad decía que le había tenido por verdadera madre, y por ser tan particularmente suya la Religión Carmelitana, tomó antes en ella que en otra el hábito de religioso. Cada día rezaba su oficio de rodillas, en todas sus pláticas le eran muy familiares las alabanzas de la Virgen, y hablaba de ella con muy gran ternura, mostrando en las palabras y en el afecto con que las decía, cuán entrañada tenía en el corazón su devoción y amor.

Cuando se sentía cansado o triste, era para él como pictima cordial renovar la memoria de la Virgen, y así tenía para esto algunos medios, que su devoción hallaba más a mano: como muchos versos del libro de los «Cantares», que los sagrados Doctores declaran de la Virgen, y algunas canciones muy sentidas, hechas en su alabanza, con las cuales se recreaba en la soledad y socorría al cansancio de los caminos. Celebraba sus festividades con gran devoción y alegría. En todas sus necesidades y peligros, acudía a ella con la confianza que suele acudir un hijo a su madre, para que le socorriese. Y la serenísima Señora hacía con piedad maternal

cierta su confianza, como él lo experimentó en innumerables ocasiones y trabajos, de que se han referido ya algunos casos milagrosos, y se referirán otros adelante, aunque los más no se han sabido por el cuidado que él tenía en encubrirlos, porque la piedad milagrosa de su bienhechora no resultase en su propia alabanza o estima de su virtud.

Pero aunque de todas las festividades de la Virgen era muy devoto, más en particular lo fué de su Inmaculada Concepción, por ser para ella privilegio tan singular, y tan gloriosa para nuestra Orden su memoria, y tan antigua en ella la noticia de él, como luego tocaremos.

Por esta devoción recibió de la Virgen en vida grandes favores, y en muerte está como testificándonos a lo milagroso cuán acepto le fué este servicio de singular alabanza. Porque entre las imágenes de Cristo Nuestro Señor y de su gloriosa Madre, que en la carne de nuestro Padre San Juan de la Cruz se aparecen (de que se ha de tratar de propósito adelante), una de las más frecuentes es la Purísima Concepción. Con lo cual no sólo nos certifica de la grata aceptación de este servicio, mas también nos hace una como renovación de grandes misterios antiguos, para que de nuevo los veneremos; ordenando la sabiduría divina (cuya es esta obra) que en la carne de este nuevo Elías se vea impreso el misterio que tan anticipadamente imprimió en el entendimiento de Elías antiguo para gloria de la que había de ser su Madre. Porque como Abrahán vió en espíritu al Salvador del mundo con resplandores de su Divinidad, y se alegró; así el gran profeta Elías, nuestro Padre original, vió esta dichosa Virgen con los resplandores de esta milagrosa preservación del pecado original. Y la alegría que recibió, la comunicó a sus hijos, dejándoles noticia de tan gran misterio; en cuya verificación nos detendremos un poquito para consuelo de sus devotos y declaración de esta figura, que nos representa tan singular excelencia de su amable figurado.

Corriente doctrina es de los Santos aplicar a la Virgen aquella nubecilla pequeña que nuestro Padre Elías, estando en oración en el Monte Carmelo, vió que subía de la mar, al modo de una huella de hombre, y se extendió luego por todo el cielo, y regó y fertilizó la tierra seca e inculta. Pero los

misterios secretos que allí descubrió el Señor al Santo Profeta, de que no hace mención la Escritura Sagrada, dijo después a sus hijos, habitadores del mismo Monte, y cuya certísima noticia se fué trasmitiendo de unos a otros hasta el tiempo del patriarca Juan Jerosolimitano, autor tan grave y antiguo, como se dice en el primer tomo de nuestra Historia General. El cual, en un libro que escribió de nuestras antigüedades (1) dice a nuestro propósito estas palabras: «Reveló Dios a Elías que una niña humilde, significada en aquella nubecilla que se levantaba del mar, había de salir de la naturaleza humana pecadora, significada por el mar; y que como la nube había procedido del mar amargo, pero sin amargura alguna, así esta niña había de proceder de la naturaleza pecadora sin pecado. Y aunque la nube era de su origen de la misma naturaleza que el mar, pero de diferentes calidades, pues el mar es amargo y pesado, y la nube suave y ligera; así también, aunque la naturaleza humana en cualquier otro individuo sea en su origen como la mar en el amargor del pecado, de otra manera fué la generación y origen con que la niña María salió de este mar salobre de la humana naturaleza; porque, a semejanza de esta nube, salió ligera, con inmunidad de pecado, y suave, con plenitud de gracia.»

Todo esto es de este autor antiquísimo y gravísimo; y añade que hasta su tiempo se conservaban estas memorias antiguas emanadas del santo Profeta Elías. Y de sus palabras se puede ver con cuánta propiedad se llamaban alegorías los escritos donde el santo Profeta dejó a sus hijos las noticias de los misterios que Dios le había revelado debajo de semejanzas sensibles. Pues alegoría no es otra cosa que una figura retórica que, debajo de semejanzas conocidas y patentes, significa sentidos ocultos y escondidos. El cual modo de conocimiento comunicó Dios muchas veces a sus Profetas, ilustrándoles el entendimiento para conocer muchos de sus misterios debajo de semejanzas sensibles. Y esto hace también con nosotros esta imagen de la Concepción, figurada en la carne de nuestro nuevo Elías, que secretamente nos está como intimando cuán antigua es la

1 Joan. Hier., D. inst. mon., c. 32.

obligación que nuestra Orden tiene a ser devota de este misterio sagrado, que nació con la misma Religión; pues tan en su principio y novecientos años antes del nacimiento de la Virgen, tenían ya nuestros mayores tan acreditada noticia de su preservación milagrosa. Nos intima también cuán cuidadoso fué nuestro Santo en cumplir con esta obligación, para que le imitemos; pues no sólo debemos celebrar esta festividad por devoción, como las demás Religiones, sino también por obligación antiquísima, heredada de padres a hijos por tantos siglos. Y que estos religiosos, que en el viejo y nuevo Testamento guardaban con tanto cuidado estas noticias misteriosas, fuesen descendientes de Elías por sucesión continuada y nunca interrumpida, se prueba firmemente en el tomo primero de nuestra Historia General, como en su lugar propio.

CAPITULO XLIII

Imitación de la vida de Cristo en la aspereza corporal y negación de espíritu del Santo.

Gran prueba es de amor, desear padecer trabajos por el Amado y alegrarse con ellos cuando los padece; y señal tan cierta en los amadores de Dios de transformación en él, que no hallan los Santos (1) otra más acreditada. Y esta prueba de amor transformado en Dios está muy conocida en San Juan de la Cruz, de que veremos adelante singulares muestras cuando, en los últimos años de su vida, tratemos más de propósito de su caridad llagada y del insaciable deseo que tuvo de padecer trabajos y dolores y afrentas por Cristo.

Y ahora solamente diremos algo de cómo le fué siguiendo con su cruz de penitencia y negación, imitando estrechamente su vida, desde que fué religioso. A lo cual se hallaba obligado, no sólo por las obligaciones que tenía, como soldado fiel de su milicia, a seguir a su capitán (la insignia de los

1 D. Th., III Sent., d. 27, q. 1, a. 1

cuales dice el Apóstol que es traer crucificada su carne con sus vicios y deseos); mas también por haberle puesto como por forma y primer ejemplar de la vida primitiva de la escuela de Elías, tan parecida a la de Cristo, aun antes que él viniese a enseñarla, que por eso dicen los Anales de la Iglesia (1) y otros autores graves que defendieron los Esenos (2), nuestros mayores, contra los fariseos y saduceos, la doctrina que el Salvador predicaba, por ser lo mismo que ellos habían siempre guardado en su ilustrísima familia con admiración de todos los estados.

Por esta segunda obligación solía decir el Santo que en Religiones reformadas, donde la vida común es tan contraria a la carne, era necesario que los prelados fuesen delante, experimentando los trabajos y las dificultades, y haciendo más que los súbditos, si las fuerzas alcanzasen, para que ellos se alentasen a imitarlos y no desfalleciesen con la carga, si se la dejasen a solas. Y esto que predicaba con las palabras, lo verificaba en su persona con las obras; porque, con haber sido muy penitente desde que tomó el hábito de religioso (como en otra parte vimos), mucho más lo fué desde que profesó la vida primitiva, y se vió elegido de Dios para maestro y guía de los demás que la profesaban. Era la vida común entonces tan áspera, que seguirla con la puntualidad que él la seguía, era buena prueba del fervor del espíritu y de las fuerzas del cuerpo; y con todo eso, excedía tanto a todos en el rigor y aspereza con que se trataba, que nadie podía imitarle en todo lo que hacía. Y de aquí venía lo que se experimentaba de mayor fervor y rigurosa observancia en los conventos donde él presidía, que en los otros; porque, como le veían ir delante en todas las dificultades de la vida reformada, procuraban seguirle, cada uno como podía.

Y aunque las penitencias particulares que hacía fuera de la vida común, eran secretas, todavía se traslucían algunas. Las que de ordinario más le notaban, eran las largas vigilias que tenía, gastando en oración o lección la mayor parte del tiempo que los otros dormían. Y como era para él cosa de

1 Baron., Ann., ad an. 64. n. 11.
2 *Philo.*, Apolog. de practicis essenis.

tan gran consuelo asistir delante del Santísimo Sacramento, donde tenía su tesoro, se estaba de ordinario muy gran parte de la noche de rodillas, en la capilla mayor de la iglesia del convento, y cuando se cansaba, se recostaba o sentaba un poco, para volver luego a ponerse de rodillas. Y daba tan poco tiempo al sueño, que los que le acompañaron muchos años, afirman, en sus declaraciones juradas, que no dormía más de dos horas entre día y noche, y quien más lo alarga, no le da tres cumplidas, con haber andado con gran cuidado para reconocerlo en diferentes conventos de comunicación familiar. Y cuando tomaba el sueño, era tan a lo penitente, que no se desnudaba, ni de verano ni de invierno; y vivía con tanto descuido de mudar la ropa, que pocas veces se quitaba la túnica, hasta que se le hacía pedazos en el cuerpo; y con todo eso, dicen personas de buen crédito que notaron en la limpieza de su ropa que gozaba del privilegio que concedió Nuestro Señor a nuestra Madre Sta. Teresa, de no criar las inmundicias que suelen fatigar al cuerpo; porque con mudar nuestro Santo Padre tan pocas veces su ropa, nunca las hallaban en ella.

La cama en que tomaba el poco reposo que daba al cuerpo, siempre era más penitente que las de los otros religiosos. Cuando vivía en los conventos de la Peñuela y del Calvario y en otros de Andalucía, dicen algunos testigos de los que allí asistieron, que era su cama unos manojos de romero o de sarmientos tejidos a modo de zarzas. Y cuando caminaba, dicen sus compañeros que, aunque los arrieros y los huéspedes le ofrecían cama o ropa en que se acostase, nunca lo admitía, y su cama era un poyo o el suelo donde se echaba sobre una mantilla, que llevaba en el jumento, por ser poco lo que dormía, y se ponía luego en oración.

Demás de las disciplinas que la comunidad tiene los tres días de la semana, tomaba él otras muchas con gran rigor y por largo tiempo, y las continuó toda su vida. Y porque no le oyesen, buscaba para esto lugares retirados y secretos, aunque, como se azotaba tan sin duelo, podía poco encubrirlas. Algunas veces, oyéndolas el H.º Fr. Martín de la Asunción (que habitó con él muchos años e hizo en su compañía muchas jornadas), le daba tanta lástima que fatigase sin piedad el po-

bre cuerpecito, que de caridad se hallaba obligado a estorbárselo; y así, llevaba luz y la ponía en parte que alcanzase el resplandor al lugar donde se azotaba, para que cesase la disciplina. Lo cual él sentía mucho, y le decía que no le persiguiese, que edad tenía él ya para mirar por sí; y esto afirma él mismo haberle sucedido muchas veces.

Traía muy de ordinario cilicios ásperos a raíz del cuerpo, y uno asperísimo, de que usó casi toda su vida; y con todo eso, era tal su recato en las penitencias particulares, que fueron pocas las personas que vieron ésta: que era unos calzones de esparto anudado, y los traía a raíz de las carnes en partes tan sensibles. Una vez, siendo Vicario Provincial de Andalucía, se los vió el P. Fr. Juan Evangelista, su compañero, al tiempo de subir en el jumento, y persuadiéndole que se los quitase, por parecerle penitencia demasiadamente rigorosa, le respondió: bástele a la bestiezuela (que así llamaba a su carne) el regalo de ir a caballo, sin que la regalemos también con la blandura del vestido. Y demás de ese cilicio, usaba de otros para el cuerpo, más y menos rigorosos, para diversos tiempos.

Uno de éstos era una cadenilla con una púa en cada eslabón, como se usan en nuestras armerías, la cual tenía muy escondida, porque nadie se la viese con la sangre que se le quedaba pegada. Estando una vez en nuestro convento de Guadalcázar, le dió tan fuerte dolor de hijada, que casi le privaba de sentido; y visitándole los médicos, dijeron que aquella enfermedad era mortal, porque juntamente con el dolor tenía el pulmón apostemado. Desahuciáronle los médicos, pero como él tenía prendas de Dios que todavía le faltaba mucho que padecer por él, dijo aparte al H.º Fr. Martín de la Asunción, su compañero: No es llegada aún la hora de mi muerte, por más que digan los médicos. Mucho padeceré en esta enfermedad, pero no moriré de ella, que aun la piedra no está bien labrada para tan lucido edificio.

Ordenáronle los médicos una unción en el cuerpo con ciertos aceites, y dióle tanta prisa a hacerla el H.º Fr. Martín, que no tuvo lugar de esconder lo que traía para su ejercicio de penitencia; y así le halló esta cadenilla ceñida al cuerpo, de cuyos eslabones se le habían entrado algunos por

la carne. Quitósela, y el Santo Padre le encomendó mucho el secreto, y le mandó que la escondiese donde no la viese nadie; y al tiempo que se la quitó, por más cuidado que puso para no hacerle daño, le salió mucha sangre, de donde los eslabones estaban asidos a la carne.

Al fin, se cumplió lo que nuestro Santo había dicho; porque, aunque padeció mucho con los dolores, convaleció de la enfermedad. Y aunque quiso cobrar su cadenilla, no se la quiso volver el compañero; antes ordenó Nuestro Señor que él conociese que esta penitencia, que la prudencia humana condenara por excesiva, le era agradable a Su Majestad, como martirio de vida religiosa penitente, con que imitaba los dolores de su cruz. Porque, estando el mismo H.º Fr. Martín en nuestro convento de Andújar, acudió a él un ciudadano bienhechor, llamado Diego de los Ríos, muy afligido porque se estaba muriendo un hijo suyo de una calentura maliciosa con una gran modorra, y pedía alguna reliquia que ponerle. El H.º Fr. Martín, con la gran estimación que tenía de la santidad de San Juan de la Cruz, le dió esta cadenilla que había quitado, todavía manchada con su sangre, y díjole que era de un religioso santo de nuestra Orden; que se la pusiese a su hijo; que esperaba en Dios le daría salud. Hízolo así el ciudadano, y en poniéndosela a su hijo, se le quitó luego la modorra y después la calentura, y en pocos días estuvo bueno, y vino al convento a dar las gracias por el beneficio.

Todo esto dice, en su declaración jurada, este testigo de vista, y añade a las penitencias de nuestro Santo que en todos los caminos que con él anduvo, siendo Vicario Provincial y en otras ocasiones, con ser ya en tiempo que traía la salud quebrada, siempre caminaba descalzo de pie y pierna, con sólo las sandalias, y muchas veces con aguas y nieves; y cuando las jornadas eran pequeñas (como, cuando desde el monasterio de la Peñuela iba a predicar a la villa de Linares, que está tres leguas de él, y el mismo hermano le acompañó algunas veces en tiempo de Cuaresma), iba siempre a pie, y en acabando de predicar, volvía a comer al convento, por no quedarse a comer en casa de seglares. Y algunas veces que se sentía fatigado del rigor de los ayunos, encomendaba al compañero que llevase un panecillo, y solía parar a comer en al-

gún arroyo, donde se refrescaba (que ya por este tiempo hace calor en aquella tierra), y allí comía pan y agua, y otras veces unos berros del arroyo y otras yerbas que, como antiguo morador de los desiertos, conocía que eran de comer, y aun esto le parecía mucho regalo.

Esto que dice este testigo, dicen otros muchos de su modo de caminar humilde y penitente; y sentía mucho que los religiosos mozos o de edad y salud robusta no ejercitasen la pobreza y penitencia de la vida apostólica en caminar a pie, imitando el buen ejemplo que en esto habían dado sus mayores. Y mientras él fué Vicario Provincial o cuando presidía en algún convento, de esta manera enviaba fuera de él a sus súbditos, no sólo por el buen ejemplo, mas también por hacerlos robustos y no muelles para los trabajos de la vida primitiva. Y así, lo fueron mucho los que en su tiempo se criaron, y como tales asentaron el rigor y penitencia en todos los conventos primitivos.

Mucho había que decir de la aspereza de su vida, según lo que en sus informaciones dicen de ella los testigos que le conocieron; y todos concuerdan que fué un ejercicio continuado de vida de cruz en imitación de la de Cristo, y algunos la comparan a la de San Francisco, que le imitó tan estrechamente.

CAPITULO XLIV

Abstinencia del Santo.

En la abstinencia guardó el Santo Padre el medio determinado por la razón, en que consiste la perfección de las virtudes morales, regulándola con sus fuerzas y con el aliento interior que Dios le daba para las penitencias. Y así, nunca hizo en la abstinencia pruebas que se tuviesen por misteriosas, ni él las consintió jamás en las personas que gobernaba, por muy espirituales que fuesen, diciendo que la abstinencia de los manjares entonces pertenece al reino de Dios, cuando se regula por la razón ordenada a él; y que dejar de comer por tanto tiempo, que exceda el uso de la naturaleza

bien gobernada, no puede ser virtud procedida de la razón, que persuade que se coma moderadamente para sustentar la vida sin milagro; y que con carecer de virtuosa utilidad, era cosa muy peligrosa y por donde se podía entrar la vana estima y secreta soberbia en el alma, sin sentirla; y que por esto toda singularidad que pudiese causar admiración y aplauso popular, se había de evitar mucho en las personas virtuosas, y tener por sospechoso cualquier afecto contrario, porque el espíritu de Dios más inclina a no apartarse en las obras exteriores del camino común (que es acto de humildad), que a intentar caminos nuevos y desusados.

Huyendo, pues, San Juan todo esto, acomodaba la abstinencia a la razón y al deseo de padecer algo por Dios. Comía tan poco, que con ser muy rigurosos los ayunos del principio de esta reformación (cuya comida ordinaria eran yerbas, y no todas veces muy sabrosas), a todos excedía en la abstinencia. Nunca para sí cuidaba que estuviese bien o mal sazonada la comida; y así jamás le oyeron decir mal de los manjares desabridos, ni tampoco alabar los muy gustosos, como quien tomaba el sustento para sólo conservar la vida. Y con todo eso, estaba tan receloso de su cuerpo, como si le regalara mucho, y cuando le persuadían que le diese algún alivio, solía decir que no era necesario buscar regalos a la bestia, sino antes quitarle la cebada, para que no tirase coces, y que por mucho que la estrechasen, ella sabía buscar sus comodidades. Abrazaba con el sustento la mortificación, que mezclaba en todas las cosas de alivio tan sin atender al gusto de la comida ni a lo que comía, que muchas veces quisieron saber de él personas curiosas lo que había comido, y no se acordaba, por lo poco que había atendido a la comida. Particularmente cuando no era prelado de algún convento, que la obligación de oficio no le hacía advertir a lo que se daba de comer a los religiosos: que era otra razón por que aborrecía mucho las prelacías, por lo que obligaban a cuidar de las cosas del cuerpo, andando él tan de ordinario ocupado en las del espíritu.

Cuando caminaba, daba tan gran ejemplo en las posadas con su rara modestia y con su comida penitente, que los mesoneros quedaban diciendo: sin duda, que es santo este re-

ligioso. Aunque en los mesones y ventas no hubiese cosa que comer, jamás quiso usar de la indulgencia que da la Regla de poder comer en los caminos una escudilla de caldo de la olla de carne, porque no sean pesados a los huéspedes, obligándolos a buscar otras comidas. Y excusábase con decir que aquella permisión no era de la Regla en su origen antiguo en la vida eremítica y solitaria, sino concedida por Inocencio IV, a título de mendicantes, y que para él no era necesaria, pues donde había pan, no faltaba sustento. Y por disimulada que viniese esta indulgencia, se recataba de ella, como sucedió en la villa de Sabiote, una legua de Ubeda, que hallándose él allí a la profesión de una monja nuestra, entre las cosas que dieron de pescado a los religiosos que asistieron a ella, trajeron a la mesa un servicio de arroz, y aunque el que lo servía dijo que bien podían comer de él los frailes, porque no había sido guisado con grasa de cosa de carne, con todo eso nuestro Santo no quiso llegar a él. Y con ser cosa tan ordinaria, se edificaron tanto los seglares, que uno de ellos lo refiere en su declaración por cosa notable, como recomendándonos con esto la obligación del buen ejemplo aun en cosas menudas.

Por muchos achaques que tuviese, como no fuese enfermedad, que le obligase a guardar cama, no consentía que para él se guisase otra cosa de lo que a la comunidad se daba, y de esto tomaba lo que le podía hacer menos daño; que por poca que fuese la comida, era para él bastante sustento. Cuando caminaba con indisposiciones y sin gana de comer, si el compañero le buscaba alguna cosa fuera de lo ordinario, lo sentía mucho y se lo reprendía, y no lo quería comer, aunque el manjar regalado fuese allí común y tan barato como lo muy grosero: como le sucedió una vez que, habiendo llegado mal dispuesto a una venta, donde no había qué comer, y estando congojado el compañero de no tener qué darle, porque iba muy disgustado, llegó a la venta un pescador con truchas acabadas de sacar del río, y como no había compradores, las daba tan baratas como si fueran sardinas, si las hubiera. Túvolo por buen lance el compañero, y antes que nuestro Santo las viese, compró dos de las más pequeñas para dárselas. Cuando él lo supo, se enojó notablemente y

lo reprendió mucho, ponderando el mal ejemplo que se había dado con aquel manjar tan ajeno de frailes descalzos. Y con representarle el compañero cuán malo iba, y que no había otra cosa que darle a comer, ni allí gente a quien dar ni buen ni mal ejemplo, no podía aplacarle, según había sido grande su enojo. Cuando estaba en los conventos, si le enviaban de fuera algún regalo, no lo comía, sino repartíalo con igualdad entre los religiosos.

Finalmente, tan ejemplar fué su abstinencia y tan notable su templanza en la comida, que se verificaba bien en él lo que de sí refiere el Apóstol, cuando dice: Teniendo sustento para el cuerpo, y con qué cubrirle, con eso estamos contentos. Y de esta perfectísima templanza parece que era acreditado indicio aquel olor suave y grato, que muchas personas le notaron, semejante al que Metafrastes escribe que salía del santo Abrahán, insigne solitario, que compungía y movía a afectos de penitencia aun a las malas mujeres; y al que escribe Pierio de otros grandes penitentes de Egipto, lo cual atribuyen los autores a la perfecta abstinencia (1). Pero a este olor virtuoso, que despedía de sí en vida, añadió el Señor, en su última enfermedad y después de muerto, otro milagroso a su cuerpo, como en premio de su rara pureza, según en su lugar veremos.

CAPITULO XLV

Cómo ordenaba la aspereza corporal a la mortificación espiritual de apetitos y pasiones.

La utilidad de la penitencia, de que se trató en los capítulos pasados, es parte de la justicia que llaman los teólogos vindicativa, que satisface a Dios por las culpas contra él cometidas. Porque, aunque en la confederación del hombre con Dios sirve principalmente la cruz de Cristo, la ha de acompañar también la de cada uno, conformándose con su Pasión por medio de la penitencia y aspereza de vida. Con

1 Metaphr., In vita Abrahae Heremitae – Pierius, lib. 57, De Aegiptiis

lo cual se sirve también a la caridad, quitándole el mayor estorbo que ella tiene, que es el amor desordenado de nosotros mismos, causa y principio de todos los pecados. Y como el fomento de los vicios está en la carne, a la cual enfrena la penitencia; por eso fueron siempre muy penitentes los verdaderos imitadores de Cristo, armándose con esta virtud contra los vicios, como lo significó el Apóstol cuando dijo: Los que son de Cristo crucificaron su carne con los vicios y malos deseos. En las cuales palabras juntó la aspereza corporal y la mortificación espiritual de las pasiones, porque andan siempre hermanadas; como también el amor de Dios con el aborrecimiento discreto de nosotros mismos, que significó el Salvador cuando dijo que el que aborreciese su vida en este mundo, la guardaba para la bienaventuranza eterna.

Pues esta doctrina abrazó tan cuidadosamente para sí San Juan de la Cruz, que todas sus penitencias ordenó a una perpetua mortificación de las pasiones; de manera que todos los que le trataron familiarmente, afirman, como ya tocamos, que fué su vida una continua imitación de Cristo y una cruz, en que no sólo tenía crucificada su carne, sino también su espíritu, sin dar nunca ni a su cuerpo ni a su apetito gusto ni descanso, sino cuando la necesidad o la caridad lo pedían. Y asimismo afirman que la utilísima doctrina de mortificación que enseñaba a sus discípulos, la ejercitaba primero en su persona, que en las ajenas. Por lo cual, podemos sacar de ella la continua negación con que perseguía en sí las inclinaciones y resabios del amor propio, porque su continuo ejercicio era lo que refiere en estas palabras: «El camino breve para nuestra reformación es el ordinario cuidado y afecto de imitar a Cristo en todas las cosas, conformándose con su vida y considerándola para saberla imitar, y haberse en todas las cosas como si viviera él. Y para poder hacer bien esto, cualquiera gusto que se ofreciere a los sentidos, como no sea puramente para gloria y honra de Dios, renúncielo y quédese vacío de él por amor de Jesucristo; el cual en esta vida no tuvo otro gusto ni le quiso, sino hacer la voluntad de su Padre. Pongo ejemplo: si se le ofreciere gusto en oir cosas que no importan para el servicio de Dios, ni las quiera oir ni gustar de ellas. Y si le diere gusto mirar cosas que no le

lleven más a Dios, ni quiera el gusto ni mirar las tales cosas. Y si en hablar o en otra cualquiera cosa se le ofreciere el mismo gusto, haga otro tanto, procurando dejar luego mortificados y vacíos de él los sentidos, y con este cuidado en breve tiempo aprovechará mucho» (*Sub.*, l. I, c. 13).

Esta negación que aquí enseña para traer mortificados los sentidos, era la que notaron en él todos los que le comunicaron; y así, cuando alguno le convidaba para ver algunas cosas muy notables, como palacios suntuosos, jardines curiosamente trazados y otras cosas semejantes con que la vista se deleita, respondía: Los Descalzos no habemos de cuidar de ver, sino de no ver, significando que los que tenían por oficio el ocuparse tan de ordinario en la contemplación de las grandezas del mundo invisible, no se habían de ocupar voluntariamente en las vilezas del mundo visible, que para estotras son estorbo.

Con esta negación exterior mezclaba la mortificación interior de las pasiones del ánimo, con actos contrarios a sus apetitos, el cual ejercicio nos enseña por estas palabras (ib.): «Para mortificar y apaciguar las cuatro pasiones naturales, que son gozo, esperaanza, temor y dolor (de cuya concordia y pacificación salen los bienes espirituales), es total remedio el ejercicio que se sigue, y de gran merecimiento y causa de grandes virtudes. Procure inclinarse no a lo más fácil, sino a lo más dificultoso; no a lo más sabroso, sino a lo que es mortificación; no a lo que es descanso, sino a lo que es trabajo; no a lo más, sino a lo menos; no a lo más alto y precioso, sino a lo más bajo y despreciado; no a lo que es querer algo, sino a lo que es no querer nada; no a buscar lo más acomodado en las cosas, sino a lo más desacomodado, deseando entrar en toda desnudez, vacío y pobreza de todo cuanto hay en el mundo por Cristo». Todas estas son palabras suyas y la cruz viva con que iba siguiendo continuamente a su capitán, conformándose con su pasión y desnudez.

Tenía muy en la memoria aquellas palabras de Cristo Nuestro Señor: «Si alguno quisiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame». Y como si para él sólo las hubiera dicho, así las abrazaba, y decía muchas veces que en esta sentencia de altísima doctrina estaba en-

cerrada la sabiduría y perfección cristiana. Y lamentaba mucho los pocos (aun de los que se tienen por espirituales) que eran de esta suerte verdaderos discípulos de Cristo. Porque, aunque muchos se desnudaban de las cosas del mundo, muy raros eran los que abrazaban de veras la desnudez de sí mismos, y que buscasen a Cristo desnudo de consuelos, antes se buscaban a sí mismos en los consuelos de Cristo; y a este propósito dice estas palabras de admirable doctrina: «Querría yo persuadir a los espirituales cómo este camino de Dios no consiste en multiplicidad de consideraciones ni de modos y gustos (aunque esto en su manera sea necesario a los principiantes), sino en una cosa sola necesaria, que es saberse negar de veras según lo interior y exterior, dándose al padecer por Cristo y aniquilándose en todo. Porque, ejercitándose en eso, todo esotro, y más que ello, se obra y se halla aquí. Y si en este ejercicio hay falta, que es el total y la raíz de las virtudes, todas esotras maneras es andar por las ramas y no aprovechar, aunque tengan tan altas consideraciones y comunicaciones como los ángeles. Porque el aprovechar no se halla sino imitando a Cristo, que es el camino, la verdad y la vida» (*Subida*, l. II, c. 6). Todas estas son palabras suyas, y el ejercicio continuo que traía; y así fué su vida y muerte un retrato vivo de Cristo Nuestro Señor, como lo veremos cuando tratemos de ella.

Ponderaba mucho aquellas palabras del mismo Señor: ¡Cuán angosta es la puerta y estrecho el camino que guía a la vida, y pocos son los que le hallan!; y le parecía que estaban sonando siempre en sus oídos, como la trompeta del juicio en los de San Jerónimo, según la eficacia que le hacían. Y declarándolas, decía que el camino de la vida y la puerta por donde se ha de entrar a ella, es Cristo Nuestro Señor, y que como él se había estrechado con pobreza, desnudez, amarguras y trabajos, así se habían de estrechar los que quisiesen entrar por esta puerta y caminar por este camino; y que por eso le hallaban pocos, porque pocos imitaban su vida, pues hasta los espirituales le buscaban en gustos y consuelos, y no en mortificación y penitencia. Lo cual no era ir por el camino angosto, pues en él no cabía más que la negación (que nos desnuda y estrecha para poder caminar por él) y la cruz

a que arrimarse, como lo había dado a entender el Salvador. De todas estas palabras de nuestro maestro, que primero ejercitaba en sí lo que decía a otros, se puede echar de ver cuán enamorado fué de la imitación de la cruz de Cristo y de su desnudez y amarguras, y cómo ordenaba la penitencia exterior a la mortificación interior, cumpliendo perfectamente en su persona las palabras referidas del Apóstol: Que los que son de Cristo, traen crucificada su carne con sus vicios y malos deseos.

CAPITULO XLVI

Humildad de San Juan de la Cruz.

Entre las virtudes morales, que militan en el apetito sensitivo, para que se mueva conforme a la razón, tiene la humildad la rienda de la propia excelencia, para sujetar el hombre a Dios y enfrenarle para que no se levante a mayores; y por esto es muy cercana a las virtudes teologales, y la que en cierta manera esfuerza a las demás, removiendo la soberbia que las enflaquece.

Esta virtud tuvo el Santo tan entrañada en el corazón, que como la estimación soberbia de otros anda buscando siempre qué disfrutar de propia alabanza en obras y palabras; así su humildad y desestima se inclinaba continuamente al abatimiento y menosprecio de sí mismo. Lo cual era como un testimonio muy acreditado de que su humildad era perfecta y no superficial solamente de los actos exteriores, sino que su movimiento procedía del hábito de ella perfectamente arraigado en el ánimo, y de la elección del espíritu, en querer ser desestimado y abatido. Y así, muy de ordinario se veían en él muchos efectos exteriores, procedidos conocidamente de esta elección interior, aplicada con eficacia al menosprecio de la estimación que más suele apetecer el corazón humano, cual es la de la nobleza de la sangre, en pocos perfectamente humillada, y en él heroicamente vencida; para lo cual no basta la virtud ordinaria, sino la que procede de los dones del Espíritu Santo, que levantan al hombre a actos superio-

res a los de las virtudes, de que pondremos a este propósito un ejemplo.

Siendo San Juan de la Cruz Vicario Provincial de Andalucía y hallándose en Granada, donde le estimaban por santo grandes y chicos, le fué a visitar un Provincial de cierta Religión, persona gravísima y pariente muy cercano de un grande de Castilla. Y aunque por su perpetuo recogimiento no pagaba visitas, le importunaron tanto los religiosos a que pagase ésta, que le fué a visitar. Recibiólo el Provincial con mucha honra, y habiendo trabado conversación con él, le preguntó cómo se hallaba en el convento de los Mártires, que así se llama en aquella ciudad el de nuestra Religión. Respondióle el Santo Padre que muy bien, por ser casa de soledad, y por esto muy a su propósito. Dijo a esto el Provincial con mucha gallardía y desenfado: Vuestra paternidad debe de ser hijo de labrador, que tan amigo es del campo. Respondió a esto el Santo con mucha mesura y rostro sereno: No soy, Padre Reverendísimo, sino hijo de un tejedor de lienzos. Dice el P. Fr. Diego del Santísimo Sacramento, compañero suyo en esta jornada, que esta confesión de sangre humilde, tan contraria a la estimación humana, causó tan gran admiración a los religiosos que allí se hallaron, que se quedaron mirando unos a otros, no sin harta confusión del Provincial, que después de haber renunciado al mundo, estaba tan hinchado con su nobleza; y decían después que con razón llamaban santo a nuestro Padre Juan de la Cruz.

A este mismo afecto de humildad tocan las ganancias que hacía de esta virtud con un hermano que tenía en Medina del Campo (de quien se hizo ya mención en otra parte), llamado Francisco de Yepes, muy rico de virtud, pero tan pobre de bienes temporales, que le sustentaban de limosna. A este hermano enviaba a llamar nuestro Santo de cuando en cuando a las casas donde era prelado, particularmente en las que él recibía mucha honra de seglares, como en la de Segovia y de Granada. Y cuando le veía llegar con su capa raída y deslucida persona, como de hombre que no tenía juros ni rentas, y que trataba más de ser virtuoso, que bien compuesto, se alegraba tanto de verle, como otro se alegrara de ver un hermano con gran ostentación de galas y criados.

Esta alegría que con la venida del hermano mostraba, le nacía no tanto del vínculo de la carne y sangre, porque tenía el corazón muy libre de todas las aficiones humanas, sino de la ocasión que tenía para hacer con él muchos actos de humildad de los que más rehusa el desvanecimiento humano, aun después de haberse vestido una mortaja para morir al mundo. Y así, en viniendo al monasterio algún caballero u oidor a visitar al Santo, luego le ponía delante a su hermano con su hábito pobre, sin consentir que se le mudase, aunque estuviese muchos días en el convento. Y templando con esto la mucha honra que todos le hacían, decía al que le visitaba: Conozca vuestra merced a mi hermano, que es la prenda del mundo que más estimo. Si había alguna obra en el convento, le ocupaba en ella o en la huerta con los demás peones, particularmente en el tiempo que presidió en el convento de Pastrana; y cuando el Duque le iba a visitar, sacaba San Juan de la Cruz a su hermano de donde andaba trabajando, para que el Duque le conociese, diciéndole quién era y que trabajaba de peón para sustentarse. Por esta ocasión que tenía en su hermano para humillarse, holgaba mucho tenerle consigo, y cuando se iba, lo sentía notablemente, como codicioso mercader de las ganancias del cielo, porque le faltaba ocasión tan propia para hacerse rico de estos bienes.

En oyendo decir cosa de alabanza suya, luego atajaba la plática, y si era de cosa que le parecía que había de quedar memoria de él, sentíalo tanto, que con ser un retrato de modestia en todas sus acciones, parece que la perdía en estas cosas: tal era el afecto que a la humildad y desestima de sí tenía. En tres tiempos hallo en sus informaciones que le vieron enojado y alterado, y todos tres por conocer que había estimación de sus cosas, que ninguna otra le daba pena. La una fué tratando el P. Fr. Antonio de Jesús cómo los dos habían sido los primeros, que habían dado principio a esta Reformación; lo cual era contra lo que los dos tenían concertado entre sí: que mientras S. Juan de la Cruz viviese, no se tratase de tal primacía, por la pena que le daba oirlo y que se conservase la memoria de esto entre los hombres, diciendo que bastaba que lo supiese Dios, que en ellos lo había obrado, y él sólo había de premiar lo que en ello le hubiesen servido.

La segunda vez que le vieron notablemente enojado fué cuando supo que, estando él en Granada arrobado en oración, habían traído un pintor para retratarle, de lo cual recibió tan notable pesadumbre, que no podían apaciguarle. La tercera vez fué aun mayor su alteración y la demostración que hizo de enojo: y fué la causa que, estando él malo de la dolencia de que murió, se le hicieron cinco bocas en una pierna, y la una de ellas en la misma parte del pie, donde hincaron el clavo a Cristo Nuestro Señor para clavarle en la cruz. Y con poca advertencia dijo burlando un religioso que le había Nuestro Señor comunicado el dolor y las señales de sus llagas. Con lo cual, como si ya le atribuyeran el favor milagroso concedido a S. Francisco, se indignó tanto, que el religioso se quedó todo turbado y afligido, viendo la pena que con una palabra dicha en risa había dado al enfermo, no habiendo él abierto la boca para quejarse con tantos dolores y martirios, como había padecido en las curas que le habían hecho, cuando le abrieron la pierna por tantas partes, como en su lugar veremos.

Hallamos también en la humildad de nuestro Santo otro grado muy profundo y de gran dificultad en la naturaleza del hombre, que es sufrir con humilde mansedumbre las injurias. Porque, como dice San Gregorio, no es cosa grande humillarnos a los que nos honran, que esto también lo hacen los seglares; pero humillarse uno a los que lo injurian, es acto heroico de esta virtud. Pues este grado ejercitó el Santo no sólo con los iguales, mas también con los inferiores, que es aun humildad más profunda, de que referiremos un ejemplo, que lo puede ser también de su prudencia. Reprendiendo una vez a un religioso súbdito suyo una falta a solas, estaba tan mal templado, que se encolerizó mucho contra su prelado y le dijo palabras libres y descorteses. Nuestro Santo Padre viéndole tan impaciente y cuán dispuesto estaba para despeñarse, si no le detenía, se postró en el suelo con la boca en la tierra (que es acción religiosa propia de culpados, que reconocen su culpa, cuando los reprenden y se humillan por ella) y de esta manera se estuvo hasta que el súbdito dió fin a sus palabras descompuestas. Entonces se levantó nuestro Santo, diciéndole: Sea por amor de Dios, y se fué de allí sin decirle

más palabra. Quedó el religioso tan confundido con aquel humilde espectáculo y tan compungido de su yerro, que le bastara esto por castigo, y vuelto sobre sí, se fué a echar a los pies de su prelado, confesando su culpa y dándole gracias por la espera que había tenido en castigarle, para que no se perdiera.

De esta misma humildad dió rarísimos ejemplos los postreros meses de su vida, humillándose a los que injustamente le perseguían, y disculpándolos con caridad, siendo personas que le pagaban buenas obras con injurias.

CAPITULO XLVII

Otros actos ejemplares más comunes de la humildad de San Juan de la Cruz.

Todo lo que el capítulo pasado se dijo de la virtud de la humildad, pertenece a los grados superiores de ella, que los Santos (1) ponen por sexto y séptimo de esta virtud: que son no solamente llevar en paciencia ser menospreciados, mas también amar los menosprecios. Y pues en los grados superiores está más perfectamente todo lo que de virtud se halla en los inferiores, habiendo sido nuestro Santo tan aventajado en los grados supremos de esta virtud, bien se sigue que lo sería también en los inferiores, sin que sea menester verificarlo. Con todo eso, haremos breve mención de algunos de sus actos, que como más ordinarios, son para nosotros más imitables.

En todas las obras de humildad y oficios de trabajo era el primero del convento, que los abrazaba y de los postreros que los dejaba de las manos; y lo mismo le sucedía en el coro, oración y otros actos de comunidad. Acomodábase de mejor gana al trato de la gente humilde, que al de la autorizada, y más al de los pobres, que al de los ricos. Y entre los religiosos se holgaba más de estar con los hermanos ignorantes y menos estimados, que con los Padres y Pre-

1 D. Th., II-IIae, q. 161, a. 6.

lados, y a estos pequeñuelos enseñaba con mucha afabilidad cómo habían de tener oración y cumplir sus obligaciones. Y como algunos de los que gobernaban más a lo severo, le decían que no convenía a la dignidad de prelado humanarse tanto con sus súbditos, sentía mucho verse en prelacías, como cosa tan contraria al afecto que tenía a los lugares humildes y al estado menos favorecido; y como esta humildad con los pequeños procedía de ánimo generoso, andaba acompañada con severidad y entereza, cuando era menester mostrarla con los grandes. De cualquiera honra que le hiciesen o de cualquiera muestra que diesen de tener de él alguna estima, se mortificaba notablemente, y mucho más de que le tuviesen por santo y de que se pensase más altamente de él, que de cualquiera otro religioso imperfecto.

Y porque es mucho lo que dicen de esto los testigos en sus informaciones, pondré aquí algunas de sus palabras. Un religioso grave, que fué compañero y súbdito suyo veintidós años, dice entre otras muchas, éstas: «Era muy notable el aborrecimiento que el santo fray Juan de la Cruz tenía a las prelacías, por lo que amaba el estado de humildad. En los Capítulos generales donde se hallaba, en acabándose de hacer prelado, se ponía de rodillas delante de todo el Capítulo y renunciaba el oficio en que había sido electo, confesándose por insuficiente para ejercitarlo y suplicando a los capitulares con ruegos y gran humildad le admitiesen la renunciación. En la hora de recreación y en otras ocasiones, de ordinario se asentaba en el suelo entre sus frailes, que por su ejemplo hacían lo mismo. De mejor gana se llegaba a los de estado más humilde, como donados, o hermanos legos, o novicios, que a los demás, y los enseñaba y doctrinaba, y lo mismo hacía a otras horas del día. Ocupábase de buena gana en oficios bajos y humildes, como barrer o fregar, y aunque anduviese con achaques, nunca faltaba a ellos. Siendo prior de Granada, ayudaba a hacer adobes (en la cual ocupación le halló una vez el Guardián de San Francisco, que venía a verle), y huía de trato de oidores y otras personas graves, por no ser estimado.»

«Caminó a pie mientras tuvo fuerzas, y aun cuando tenía menos, si las jornadas eran cortas; y cuando mucho, llevaba

un jumentillo entre él y su compañero. Mas cuando las jornadas eran largas, caminaba en un jumento o machuelo pequeño con su albardilla, y de ordinario iba sentado leyendo en la Biblia lo más del camino. Tenía gran cuidado de encubrir sus virtudes y las mercedes que Dios le hacía, y nunca se le oyó palabra que oliese a propia estimación, ni a que hiciese concepto que sabía algo. Antes los hombres bien advertidos se admiraban mucho de ver por una parte tanta sencillez en él (que quien no le conociera, le juzgara por hombre que sabía poco), y por otra verle hablar tan alta y divinamente en todas las materias que trataba; que cualquiera que le oía, juzgaba que su sabiduría era cosa superior y más infusa, que adquirida.» Estas y otras cosas dicen de su humildad no un testigo solo, sino muchos.

También nuestras religiosas dicen la que ejercitaba en sus monasterios, cuando iba a ellos; y en particular que, cuando entraba en la sacristía a vestirse para decir misa, si había allí otros sacerdotes para decirla, por ningún caso quería vestirse hasta que ellos se hubiesen vestido. Y el recado que sacaban más bien compuesto para él, lo daba a otro, y él se vestía el que estaba en la sacristía para los clérigos ordinarios; y cuando entraba en el locutorio con otras personas, tomaba siempre el lugar más humilde. Pedía con encarecimiento que le advirtiesen sus faltas, y advertidas, lo agradecía mucho y hacía propósito de enmendarse. Los que concurrieron con él en los Capítulos y Definitorios dicen asimismo que, cuando le tocaba decir su parecer, lo decía con santa libertad, mostrando que ponía la mira sólo en la gloria de Dios y bien de la Religión, sin atender a otros respectos; y si no se admitía, quedaba con tanta serenidad y modestia, como si se admitiera, y como quien había cumplido ya con su conciencia. Y finalmente, a cualquiera cosa de humildad caminaba impetuosamente su afecto, como la piedra a su centro natural; y por el contrario, iba violentadísimo a todo lo que era autoridad, donde la propia excelencia campease por ser tan amable a cada uno obrar conforme al hábito de que está el alma vestida, y aborrecible obrar contra él.

Pero demás de estos grados de humildad proporcionados al estado del destierro, otro parece que tuvo altísimo nuestro

Santo, propio de los bienaventurados, en que él participaba. El cual significó Santo Tomás, cuando dijo que así de la esencia de la humildad, que está en la voluntad, como de la regla de ella, que está en el entendimiento, es principio y raíz la reverencia que uno tiene a Dios, procedida del conocimiento de su grandeza. Porque, como el Santo Padre tenía un conocimiento altísimo e ilustradísimo de esta grandeza y soberanía de Dios, y de lo que por ella debía ser amado y reverenciado; así (a semejanza de aquelllos espíritus bienaventurados que, contemplando esta grandeza, abaten a sus pies con profundísima humildad las de su excelente nobleza), se humillaba y abatía delante de esta Majestad infinita, tanto más cuanto mayor conocimiento había alcanzado de Dios y de sus divinas perfecciones en la contemplación ilustrada. Y de esta profundísima humildad y reverencia le venía la comunicación familiar que tenía con el Señor, de esta manera venerado y reverenciado, y los grandes dones que recibía de él en la oración. Porque la humildad es una eficaz disposición para tener el alma contemplativa libre entrada a las cosas espirituales y divinas; y así le abría la puerta para los grandes recibos de estos bienes que tenía de Dios en la oración (1).

CAPITULO XLVIII

Ilustrada prudencia de San Juan de la Cruz.

Entre las virtudes cardinales (que son las principales de las morales) tiene el primer lugar la prudencia, por ser regla general de ellas, que da a sus actos forma virtuosa y los ordena conforme a la razón. Y así, de lo que habemos visto de la perfección de otras virtudes de San Juan de la Cruz (a cuyos actos da la prudencia modo y forma) se puede echar de ver cuán ilustrada estaba de ella su alma, y así nos detendremos poco en verificar esto, como cosa tan llana. Sólo nos detendremos algo en dar a conocer que, como las demás virtudes estuvieron en él en grado superior comunicado a

1 D. Th., II-IIae, q. 161, a. 5 ad 4.

pocos, lo estuvo también la prudencia, la cual procedía en él de singular ilustración de los dones del Espíritu Santo, que levantan al hombre a actos más perfectos y heroicos que las virtudes, y superiores al modo común humano.

Con esta luz superior estaba tan señor de las acciones humanas para juzgar acertadamente de ellas y enderezarlas por medios proporcionados a su fin, como quien habitaba en una como atalaya divina, para reconocer las cosas que pasan en la plaza del mundo, y tenía dirección de Dios para encaminarlas y ordenarlas; particularmente los postreros años de su vida, que estuvo unido y trasformado en Dios; de los cuales es propio, como declara Santo Tomás (1), juzgar con acierto de las cosas humanas y ordenarlas a modo superior, no por especulación y discurso, de que se vale la prudencia humana, sino de lo íntimo de sí, por moción e ilustración divina, como quien está unido con la verdadera luz.

De este modo tan superior de sabiduría y prudencia con que juzgaba de las cosas, como a lo sobrenatural y divino, se le originaron muy grandes trabajos. Porque como los ingenios son diversos, y comúnmente abundan más los hombres en la prudencia humana especulativa, que en la infusa; y Nuestro Señor influía en nuestro Santo, como en forma viva y original de la vida primitiva y renovada, las cosas que quería asentar en esta Congregación, no proporcionadas, así por junto, con todos los demás ingenios; y tras esto fué tan constante en lo que entendía que era gusto de Dios y bien de la Orden, tuvo grandes dificultades en persuadirlo y mayores en conservarse en ello contra tantos juicios opuestos a su sentimiento; y algunas cosas de las que hoy hacen más provecho, que él defendió, y no acabaron de asentarse en su vida, se asentaron después de muerto, dando Nuestro Señor a los prelados que después vinieron, y después de largas experiencias, los mismos sentimientos que el había tenido; y otras que todavía faltan por asentar, y las desea toda la Religión, tiene Dios guardadas para otro tiempo de renovado celo e ilustrado espíritu.

Dejando, pues, estos actos superiores de su prudencia

1 D. Th., III Sent., d. 34, q. 1 a. 2.

y haciendo alguna memoria de los que son más imitables, tuvo particular dón para hacer suaves las cosas ásperas (cosa muy necesaria en Religiones reformadas y penitentes), y sentía mal de los Prelados que con su modo áspero y desabrido hacían la virtud de mala cara, siendo de suyo tan hermosa; y el yugo de Dios pesado, siendo tan llevadero y suave. Tenía grande espera, así en las almas que gobernaba, siendo prelado, como en las que guiaba en el confesonario, contra lo que hacen algunos Maestros poco experimentados, que, por querer luego perfectas las almas que tratan, las desaniman en el camino de la virtud, para que vuelvan atrás, en lugar de caminar adelante. Antes las alentaba con darles esperanza de victoria de sus imperfecciones, caminando cada día algo hacia su reformación, aunque fuese poco. Y les aconsejaba que no acometiesen todas las dificultades por junto, sino por partes y poco a poco; que como un muro fuerte no se puede romper por junto, y piedra a piedra le deshacen, así le sucedería en las imperfecciones, trabajando contra una hasta vencerla, y peleando después contra las otras.

Las personas turbadas le hacían mucha lástima, como tan enfermas y dispuestas a despeñarse, y no aceleraba la medicina necesaria a su dolencia, hasta que el sujeto estuviese sazonado para recibirla, y ayudábale con su oración, pidiendo a Dios lo dispusiese, como lo verificaremos en un ejemplo. Siendo Definidor primero de la Orden y Vicario del monasterio de Segovia, tenía echado sermón para el segundo día de Pascua de Resurrección, y convidados a la fiesta los fundadores y otras personas graves. Llegado el día, y habiendo comenzado ya la misa, envió desde el coro un religioso, que fuese a acompañar al predicador al púlpito. Con el cual había hecho el demonio tan buena diligencia que le tenía persuadido a no predicar, por algún enfadillo que debía de haber tenido, y respondió el religioso que no podía predicar, porque no estaba bien dispuesto. Preguntó nuestro Santo al religioso, si estaba en la cama el predicador, y sabido que no, volvióle a enviar otro recado, diciéndole que mirase la falta que hacía a tanta gente como estaba convidada al sermón, y que se animase a predicarlo, pero no por eso mudó de intento. Conoció el Santo lo que con aquello pretendía el demonio, que era

moverlo a alguna impaciencia, con que, apretando en aquella ocasión al pobre religioso, le despeñase. Por lo cual, sin hacer mudanza ninguna, ni en la voz ni en el semblante, envió a decir al que decía misa, que pasase con ello adelante, que el predicador estaba mal dispuesto. Hízole guardar celda unos quince días, y a los que venían a buscarle, le excusaban con su indisposición, y nuestro Santo le encomendaba a Dios para que le dispusiese. Con esto le fué sazonando para que conociese su culpa. Al cabo de este tiempo, sabiendo que estaba ya compungido de ella, le sacó al capítulo, y se la reprendió con una severidad extraña, y le dió buena penitencia; la cual él aceptó con lágrimas de arrepentimiento, confesándose por merecedor de otra mayor, y se hacía después lenguas, alabando la prudencia y tolerancia de nuestro Padre, con que le había remediado; porque si le apretara en aquella sazón, en que el demonio le tenía tan ciego, le diera ocasión de perderse.

Entre los actos que ha de sazonar la prudencia, no es el menos dificultoso el de las recreaciones honestas y alivios corporales que las Religiones usan, y el acomodarlos, de manera que, dándose para respirar del trabajo, se saque de ellos provecho espiritual sin fatiga del ánimo. Y esto se conseguía en los actos de recreación donde nuestro Santo presidía, como lo tocan por cosa notable muchos testigos en sus declaraciones, uno de los cuales dice así. «Este mismo estilo de mezclar palabras de Dios entre las humanas, usaba también el Santo Padre fray Juan de la Cruz en las recreaciones que la Religión permite para que puedan hablar los religiosos unos con otros. En las cuales, con cosas espirituales mezcladas entre las indiferentes a este modo suave, entretenía con gusto y provecho a toda la comunidad. Y muchas veces eran bien menudas las cosas de que sacaba este provecho, porque las espiritualizaba de manera, que enseñaba cosas muy altas de Dios con ocasión de estas pequeñas, y así parecía su lengua un manantial perpetuo de cosas del cielo, por donde Dios comunicaba tantas noticias divinas de su grandeza, como le oíamos. La cual gracia fué muy particular en él; porque otros Prelados que querían imitarle en este modo de recrear, cansaban a los religiosos, y en lugar de salir consolados, como de las recreaciones espirituales del Santo, salían enfadados y con menos aliento para

el trabajo, que antes que entrasen en el acto de recreación, al cual aliento ella se ordena.» En esta misma sustancia hablan otros testigos acerca de este acto.

Variaba la recreación de muchas maneras, y siempre a modo alegre y provechoso, y dicen de su experiencia algunos testigos que tenía allí particulares ilustraciones de las necesidades interiores de los religiosos, según acomodaba las pláticas a estas necesidades. Y así, sucedía muy de ordinario ir algunos religiosos a la recreación fatigados de alguna tentación o desconsuelo, y salir de ella alegres y consolados, por haber ordenado a esto la plática, con tal doctrina y remedios tan proporcionados a lo que cada uno había menester, como si le hubiera comunicado su trabajo; y hablan de esto los experimentados como de cosa muy ordinaria. Y de estas y otras experiencias misteriosas estaban persuadidos que conocía los interiores y los hacía andar con cuidado; de lo cual se ha de tratar adelante más de propósito en el dón de profecía.

Otras veces ordenaba en la recreación algunos juegos que pudiesen servir de alegrar los religiosos y juntamente de sacar de ellos doctrina. Uno de éstos era decirles: vengan acá, hijos, vistamos a uno de virtudes y pongámoslo muy galano, y cada uno le dé alguna con que agrade mucho al Señor. Iban por orden dándole virtudes cada uno la que le parecía; el Santo las iba calificando y levantando de punto, y de camino los iba aficionando a ellas. Y con tal gracia y prudencia hacía esto, que los tenía con sus palabras provechosamente entretenidos; y con lo mismo los cansara otro que no tuviera este dón de Dios. Y así, solía llamar a sus palabras el venerable P. fray Nicolás de Jesús María, primer Vicario General de esta Reforma, granicos de pimienta, que dan calor al estómago y saborean el gusto de los manjares; porque sus palabras encendían el afecto y saboreaban todas las materias que trataba, por muy secas que fuesen y sin jugo.

CAPITULO XLIX

Virtud de la justicia y privilegiada inocencia de San Juan de la Cruz.

La segunda virtud de las cardinales es la justicia; y porque para la perfección con que el Santo Padre tuvo esta virtud, le viene muy estrecho tratar de ella solamente como de virtud moral, tomaremos su significación más extendidamente. Entendemos, pues, aquí por justicia lo que por ella significan las divinas Letras en muchas partes, y según la describe Santo Tomás, diciendo que es una virtud general que incluye en sí todas las virtudes, y un estado de rectitud en el hombre donde la parte inferior obedece a la superior, y ésta a Dios.

Y que San Juan de la Cruz haya estado ilustrado singularmente con esta virtud se verifica por muchos caminos, y todos acreditados, unos misteriosos y otros prácticos. Porque para persuadirnos ésta, bastaba la corriente inmaculada y ejemplarísima de su vida, de la cual están llenas las informaciones que en orden a su Beatificación se hicieron de testigos muy calificados que le comunicaron estrechamente muchos años, y después de tan larga experiencia testifican que en todo este tiempo no le vieron hacer imperfección conocida, ni aun de una palabra que se pudiese juzgar por ociosa. Lo cual es cosa tan rara en una naturaleza tan frágil, después del pecado de Adán, que se puede tener por un milagro continuado de la divina gracia.

Pero porque, demás de esta acreditada experiencia, quiso Nuestro Señor para nuevo conocimiento de cuán admirable es en sus Santos, y para que venerásemos en muerte al que tanto se menospreció por él en vida, darnos luz revelada de su inocencia milagrosa; referiremos algunas noticias de ella probadas y examinadas en sus informaciones. De las cuales pondremos en primer lugar lo que Ana María, monja antigua del monasterio de la Encarnación de Avila (muy ilustrada de Dios, y de quien Santa Teresa y San Juan de la Cruz tuvieron

muy gran estima) dice en su declaración jurada de esta inocencia milagrosa del Santo de esta manera.

«Estando un día esperando al Santo Padre Fr. Juan de la Cruz que acabase de confesar a otra monja, para entrar yo a confesarme y comunicarle cosas de mi alma, recogíme entre tanto en oración, y en ella me manifestó Nuestro Señor la santidad del venerable Padre, y tuve una ilustración: que, cuando dijo la primera misa, le había concedido Su Majestad tan feliz inocencia, que le había puesto en la de un niño de dos años, sin doblez ni malicia, confirmándole en gracia, como a los Apóstoles, para que nunca le ofendiese gravemente. Quedé con tan gran certeza en el alma de esta merced que Dios había hecho a aquella bendita alma, que no pude dudarlo, y con una gran admiración de tan gran fervor. Habiéndose desocupado ya nuestro Santo Padre, entré en el confesonario, y antes de confesarme, le pedí con encarecimiento que me dijese una cosa que deseaba preguntarle; y habiéndomelo ofrecido, le pregunté qué era lo que había suplicado a Nuestro Señor en la primera misa que había dicho. A lo cual me respondió el Santo: supliqué a Su Majestad me concediese, pues me había puesto en tan alto estado sin merecerlo, que nunca me dejase de su mano para cometer pecado mortal con que le perdiese. Y que si fuese servido de ello, me diese en esta vida la penitencia de todos los pecados de que me preservase, y en que yo había de caer si Su Majestad no me tuviera de su mano, porque de su ofensa, y no de la pena de ella, deseaba esta preservación. Volvíle a preguntar si creía habérselo el Señor concedido. Y respondió afirmativamente: créolo, como creo que soy cristiano, y tengo por cierto que me lo ha de cumplir. Callé lo que con Nuestro Señor me había sucedido, y tuve por cierta la revelación, y me persuadí que también él la había tenido de esto mismo, y de que Nuestro Señor le había concedido esta merced y singular gracia de pureza e inocencia y perseverancia en ella, aunque no me lo declaró más, por ser muy recatado en decir las mercedes que Dios le hacía».

Todo esto es de esta testigo, y el argumento que hace de que no lo dijera tan afirmativamente el Santo Padre; si no tuviera revelación de ello, es muy cierto, y en la certeza que

le quedó del cumplimiento de ella, se conoce que no fué cualquiera ilustración, sino la que los teólogos llaman revelación expresa (1), a diferencia de otras no tan ciertas, la cual deja en el alma del que la recibe grandísima certeza de que es revelación de Dios, y de que ha de cumplirse; y esta certeza parece que le había quedado a nuestro Santo de esto mismo. El juez eclesiástico que examinó esta testigo, hizo la diligencia que en estas informaciones se suele hacer, cuando los testigos son singulares y deponen de cosas muy importantes, que los califican con otros testigos; y así examinó otras personas graves y acreditadas que conocían a esta religiosa, para enterarse de su espíritu y virtud. Y todos dijeron en declaraciones juradas que era mujer de gran verdad, de extraordinaria virtud, muy favorecida de Dios y muy callada en sus ilustraciones, y de espíritu reformado, y muy seguro, y de quien nuestra Madre Santa Teresa y nuestro Padre San Juan de la Cruz habían tenido gran concepto.

Esto, pues, así verificado, prosigue su declaración la misma religiosa, diciendo: «En otra merced que mucho después de esta me hizo Nuestro Señor, me confirmó Su Majestad en esto mismo. Y verificábaseme también en el trato y comunicación del Santo Padre por larga experiencia y en la vida tan inculpable que hacía; porque con el grande aumento que tuvo después de virtudes, vino a ser un hombre que vivía más en el cielo que en la tierra; y así estoy persuadida que no sólo no cometió pecado mortal, desde que Dios le hizo esta merced hasta que murió, pero ni aun pecado venial de advertencia. Y esto lo tengo por cierto, por lo que conocí y experimenté de la gran perfección y santidad de su alma y pureza de vida endiosada. Persuádeme también la verdad de esta merced que Dios le hizo, la inocencia sencillísima y trato sin género de doblez que tenía, tan sin malicia, como si fuera un niño, al modo de lo que dijo el Salvador, que habían de ser como niños en la inocencia los que entrasen en el reino de los cielos. Y así, su semblante, su composición, sus palabras y sus ojos todo era sencillo y ejemplar».

De esta manera comprueba esta religiosa la noticia re-

1 D. Th., II-IIae, q. 171, a. 5.

velada con la experimental; pero aunque el Santo tenía en su alma esta blancura no manchada y sencillísima inocencia, no le faltaba la providencia recatada y discreta que pedían las cosas en cada ocasión y tiempo; porque, antes la tenía con mucho mayor acierto, por andar como aneja a esta inocencia privilegiada la iluminación divina y la prudencia infusa para ilustrarla y advertirla, como a la inocencia de Adán en el primer estado, de lo cual trataremos en otro lugar más de propósito.

A este fundamento de la inocencia de San Juan añadiremos otro del todo acreditado, por ser del tribunal de verdades apuradas; el cual refiere en su declaración jurada el Padre fray Alonso del Espíritu Santo, religioso muy antiguo y docto de nuestra Orden por estas palabras: «Yo confesé en Segovia generalmente a nuestro venerable Padre fray Juan de la Cruz para un gran Jubileo que en aquel tiempo vino, y hallé en él tanta pureza de alma, que no sólo quedé edificado, mas también admirado, por ver en él un alma pura, que más parecía angélica que humana; porque jamás había pecado mortalmente en toda su vida. Y entonces entendí claro cuán verdadero era el concepto que había hecho de él y de su santidad, por lo que de ella había visto y oído, porque todo era así y mucho más.» Esto dice este testigo, y lo mismo afirma el P. fray Juan de Santa Ana, que le confesó generalmente, poco antes de su muerte.

Dicen también religiosas de gran crédito que oyeron decir a Santa Teresa que le había revelado Nuestro Señor la singular pureza de San Juan de la Cruz, y díjole: éste puede andar con vosotras. Y de que hubiese tenido esta revelación, bien lo mostraba en otras ocasiones, cuando tantas veces decía que nuestro Santo Padre era una de las almas más puras que Dios tenía en su Iglesia.

De esta inocencia, confirmada en gracia, de este ángel terreno hubo otras revelaciones, no poco acreditadas, que paso en silencio, contentándome con los fundamentos ya referidos. Y en otra parte verificaremos cómo su felicísima inocencia tuvo semejanza con la de Adán en el primer estado y gozó de algunos de sus singulares privilegios. Y así parece que los animales reconocían esta inocencia en él, como en Adán,

y el señorío que tenía sobre ellos; porque los que embravecidos acometían a los hombres, en llegando a él, perdían su fiereza y se vestían de mansedumbre; y los silvestres e intratables se dejaban tratar de él, y se socorrían de su favor en sus temores, de que refieren testigos de vista notables casos.

Entre las cosas muy ejemplares de su rectitud, se puede contar la verdad jamás defectuosa que resplandecía en sus obras y palabras; y así aborrecía mucho palabras de dos sentidos, y cualquiera lenguaje con algún rebozo, mas que sí por sí, y no por no, y en su boca no se había de hallar sino la verdad desnuda, aunque fuese contra sí, como se declarará con un ejemplo. Siendo Rector del Colegio de Baeza, vino un hombre a pedir que le dijesen unas misas, y que se habían de decir continuadamente para tal día, y fuéselo a decir el portero. Tenía ya nuestro Santo recibida limosna de misas para este tiempo, y así mandó al portero que dijese a quien las traía, que para otro término se le dirían, porque para aquel tenían ya misas recibidas. Y replicándole el portero que, pues de allí a cuatro días no había de tener por quién decir, y tendría necesidad de ellas, ¿por qué no las recibía, pues importaba tan poco decirlas un día más o menos? Respondió el Santo: A mi cargo está tratar verdad y no engañar a nadie, y al de Dios darnos lo necesario, cuando nos faltare, y así las despidió. Y con esta misma rectitud procedía en las demás cosas.

CAPITULO L

Perfecta obediencia del Santo a las inspiraciones divinas.

Así como, entre las obligaciones de justicia, la primera es servir el hombre a Dios, como criatura a su Criador; así también lo es obedecer a sus mandatos. Con la cual obligación cumplió San Juan en modo superior, como en las demás virtudes; advirtiendo para esto que la obediencia tiene dos partes, una interior y otra exterior. La interior es obedecer prontamente a las inspiraciones divinas con que Nuestro Señor mueve y gobierna al alma. Y la exterior, obedecer con

la misma prontitud a los prelados y personas que están en su lugar.

Para conocer cuán prontamente obedeció San Juan de la Cruz a las inspiraciones y mociones de Dios, baste saber cuán ilustrado estuvo de los dones del Espíritu Santo, de lo cual habemos de tratar en otra parte; porques estos dones (1) se conceden al alma para que sea movida prontamente de las inspiraciones divinas. Otro argumento no menos cierto es la unión transformada en Dios, a que llegó los últimos años de su vida, como allí veremos; de la cual es propio ser el hombre así transformado tan favorablemente movido de Dios, y obedecer él tan prontamente a estas mociones divinas, que ya él no es suyo, sino de Dios, quedando, como declara San Dionisio, en un éxtasis perpetuo, que le anajena, no de los sentidos, sino de los propios quereres, porque ya no tiene otro querer ni otra voluntad, sino obedecer a la de Dios. En el cual estado se hallaba el Apóstol cuando decía: «Que ya él no vivía en sí, sino Cristo en él.»

De esta obediencia tan prontamente cumplida tuvo el Santo más que suelen tener los otros contemplativos, aunque estén transformados en Dios. Porque, como Su Majestad le había escogido, como a otro segundo Elías, por forma y regla viva de esta nueva Congregación, para resucitar en ella la perfección del Carmelo antiguo, imprimía en su alma lo que quería asentar de observancia en las nuevas plantas que habían de fructificar en las demás casas, que se iban fundando. Y así, las acciones exteriores de nuestro Santo eran como lecciones de perfección primitiva, que Nuestro Señor nos leía en su persona. De manera, que así como por la mano que exteriormente vemos del reloj, sacamos por su movimiento, el concierto interior que no vemos; así, por las acciones exteriores de nuestro nuevo Elías pudiéramos conocer las mociones interiores de Dios que recibía en su alma para la acertada dirección de los demás Descalzos.

Y aunque, desde los principios de esta Reformación, fué movido de Dios para este oficio, mucho más después que entró en estado de perfección, en el cual el alma unida a Dios

1 D. Th., II-IIae, q. 18, a. 1.

es tan favorablemente movida de él para las cosas grandes y para las pequeñas, al modo de Adán en el primer estado (1), que pudo decir con verdad Santa Teresa: «Tengo para mí que el alma que llega a este estado de unión, que ya ella no habla ni hace cosa por sí, sino que de todo lo que ha de hacer, tiene cuidado este soberano Rey» (*Vida*, c. 20). De esto mismo nos dió la experiencia de San Juan de la Cruz la más alta y distinta luz que hallamos en ningún otro autor místico, como veremos cuando se trate de propósito de estos privilegios de su unión transformada. Y así, la obediencia que en este tiempo tuvo de Dios, no fué tanto a modo de hombre, cuanto a modo de ángel. De suerte que, así como los ángeles, en recibiendo cualquiera iluminación significativa de la voluntad de Dios, se mueven prontísimamente a ejecutarla; así también lo hacía nuestro Santo Padre en sus mociones interiores.

De esto puede ser acreditada prueba lo que dicen de él los que se hallaron en los Capítulos y Definitorios donde él tenía voto, y de la constancia que mostró siempre en ellos para persuadir y defender las cosas que había conocido que eran de la gloria de Dios y bien de la Religión, aunque más pareceres hubiese en contrario. Para cuya verificación referiré solamente unas palabras de la declaración jurada de un testigo de vista, muy acreditado, que son éstas: «Tuvo siempre nuestro Padre Fray Juan de la Cruz gran rectitud y entereza en las juntas y capítulos donde se trataba de la gloria de Dios y bien de la Religión, sin que pudiesen torcerle pareceres contrarios, para que dejase de decir con libertad su sentimiento y permanecer en él. Lo cual le venía de la gran luz que tenía de Nuestro Señor, de lo que era su gusto que se hiciese. Y por esta entereza solía decirle el P. fray Mariano de San Benito, con la gracia con que decía otras cosas, a su modo italiano: Padre Fr. Juan, esta tu calabaza ¿cuándo se ha de madurar? Llamando calabaza a la cabeza calva del venerable Padre. Y respondióle el Santo no a la gracia, sino a lo que significaba en ella, diciendo: Madurará cuando Dios la madurare, y no antes, aunque está verde hasta la muerte; sig-

1 D. Th., IV Sent., d. I, q. 1, a. 2, q. 2.

nificando que sus determinaciones no eran movidas de su razón, como las de otros, sino de la iluminación divina, y que hasta la muerte le había de durar hacer lo que entendiese que era voluntad de Dios y bien de su Religión.»

CAPITULO LI

Cuán obediente fué a los mandatos de los superiores, aunque, por obedecerlos, aventurase la salud y la vida.

La obediencia que tuvo a los prelados, fué ejemplarísima; porque mientras fué súbdito, no había novicio más puntual en ella, ni que pidiese licencia para cosas más menudas que él, como lo afirma en su declaración el P. fray Diego de la Concepción, Prior del convento de La Peñuela, del tiempo que allí le tuvo por súbdito, poco antes de su muerte. Y cuando era prelado, obedecía tan puntualmente a sus superiores, que notaban en él sus súbditos esta perfección de su obediencia, que no sólo hacía lo que en particular y expresamente le mandaban, mas también aquello que él entendía que era gusto del prelado, aunque no se lo expresase; como lo refiere en su declaración jurada el Padre Fr. Jerónimo de la Cruz, y refiere casos en que pudo conocer esto en veintidós años que le comunicó familiarmente, de cosas que hacía contra su propio sentimiento, viendo que el del prelado se inclinaba hacia otra parte, y esto y no lo que él sentía, ejecutaba.

Para prueba ejemplar de cuán puntual fué en esta obediencia, referiré sólo tres casos, aunque pudiera referir muchos, de cómo no perdonaba a su consuelo ni a su salud y vida en viendo la voluntad de Dios manifestada en la del prelado. Siendo Vicario Provincial de Andalucía y estando en la fundación del convento de Bujalance, y ocupado en otras muchas cosas de la Provincia, llegó orden del P. Vicario General para que fuese a Madrid a verse con él. Y con ser en tiempo de invierno y de muchas aguas, y andar él con muchos achaques, se comenzó a prevenir para la jornada. Compadeciéndose de él algunos religiosos, le persuadían que es-

perase dos o tres días, para que mejorase el tiempo, y no se pusiese a tan evidente peligro de acabar de perder la salud, que ya traía muy quebrada. Pero él, sin prendarse de ninguna de las razones que en favor de su comodidad le daban, les respondió que mal pudiera él después amonestar a los religiosos a la puntual obediencia, si él con esa misma puntualidad no la cumplía. Y así, habiendo recibido el despacho del prelado superior a las cinco de la tarde, se partió el día siguiente al amanecer.

Por segundo ejemplo de puntual obediencia a Dios y a las ordenaciones de los que estaban en su lugar, puede servir: que estando él tan crucificado en las prelacías, y deseando tan de corazón verse fuera de ellas, y siéndole lícito hacer alguna modesta resistencia para no aceptarlas—pues, como dice Santo Tomás (1), más seguro es rehusar la prelacía, en que uno es elegido, que aceptarla, mientras el prelado superior no le impusiere necesidad—; con todo eso, nunca se atrevió a hacer más resistencia a las determinaciones de capítulos y definitorios, donde era elegido, que representar con humildad su insuficiencia para que le admitiesen la renunciación, hasta que Dios, apiadándose de la continua aflicción que traía de verse prelado y no en el estado humilde de súbdito, le librase voluntariamente de esta carga para él tan pesada. Lo cual representaba continuamente a Dios con humildad resignada, y pedía a sus amigos que lo suplicasen a Su Majestad, para que le hiciese esta merced, si era servido, que él no tuviese obligación de cuidar de otros, para lo cual se hallaba insuficiente y temeroso.

Con el tercer ejemplo parece que echó el sello a la perfecta obediencia, pues la prefirió a la vida. Habíale hecho Nuestro Señor la merced, que tantas veces le había suplicado, ordenando que en el Capítulo General, que se celebró en el monasterio de Madrid el año 1591, le dejasen sin prelacía; y concedióle para su mayor consuelo el P. Vicario General, fray Nicolás de Jesús María, el monasterio de Jesús María del monte de La Peñuela, para su habitación, por saber que él lo deseaba. Estando en este monasterio, consoladísimo y ha-

1 D. Th., quodlib. 5. a. 22

ciendo una vida más de ángel, que de hombre vestido aún de carne mortal, le llegó un despacho del Definitorio General con un auto, hecho en Madrid a 25 de junio del mismo año, en que le mandaban que pasase a las Indias de la nueva España, con doce religiosos a acabar de fundar aquella provincia. Hallóle ya este despacho con algunos achaques, que dieron principio a la enfermedad de su muerte; y sintiendo mucho los religiosos graves que allí se hallaron, que apartasen de toda la Congregación de España al Padre común de toda la Orden, y que, estando tan acabado de penitencias, trabajos y enfermedades, le enviasen a reinos extraños, y de navegación tan larga y trabajosa, acudían a él y le rogaban que, pues su indisposición le tenía ya impedido para no poder pasar a la Nueva España en la Armada, que estaba ya para partir, avisase de su poca salud al Definitorio y se excusase de la jornada.

Pero él les respondió con aquellas palabras de Cristo, de perfecta obediencia: «¿No quereis que beba el cáliz que mi Padre me envía?» Y les aseguraba que con su poca salud haría muy consolado la jornada, por morir en obediencia, que era el más feliz estado en que la muerte puede coger a un hombre. Y aceptando la comisión, encargó al P. Fr. Juan de Santa Ana que del convento de Granada y de otros de aquella Provincia le juntase los doce religiosos, que habían de pasar con él, y en estando prevenidos, le avisase para partir luego a Sevilla a embarcarse con ellos. Halló facilidad en juntarlos; porque, en sabiendo que el capitán de aquella empresa era nuestro Santo, querían muchos acompañarle. Pero cuando el P. fray Juan de Santa Ana le avisó que estaban prevenidos, ya la enfermedad que después de estos achaques le sobrevino, le tenía tan apretado, que le disponía más para la jornada del cielo, que para la de las Indias, y por eso no la hizo; y así parece que, aunque toda su vida fué un retrato al vivo de la de Cristo, lo mostró particularmente en este tiempo, obedeciendo a su imitación hasta la muerte.

Finalmente, siendo nuestro Santo tan puntual, como ya vimos, en obedecer a las ilustraciones y mociones interiores de Dios, cuando éstas se encontraban con lo que mandaban los prelados, no obraba conforme a la moción e ilumina-

ción interior, aunque fuese de las que traen consigo indubitable certeza que son de Dios, sino conforme a lo que los prelados ordenaban. Y esta misma doctrina nos dejó escrita en uno de sus libros, hablando con almas contemplativas; a las cuales da por regla general en sus ilustraciones que han de ser tan ajustadas a la obediencia exterior, que si los prelados le mandaren algo contra lo que interiormente entendieron, aunque sea por revelación de las que arrebatan pasivamente el consentimiento para persuadir al alma que es luz de Dios, que de ninguna manera han de obrar según la ilustración interior, sino según la ordenación de los prelados, que es obediencia de fe, a que se han de sujetar todas las demás mociones.

Lo cual cumplió tan puntualmente nuestro Santo, que podemos decir que, desde que se descalzó, estuvo en un ejercicio continuado de esta obediencia. Porque, así en el principio de la vida primitiva, cuando se asentó en Duruelo y en Mancera, como después en los demás estados de esta Reformación, tuvo ilustraciones de Dios de los medios por donde se había de encaminar, y vió que así el Padre Fr. Antonio de Jesús, que fué el primer prelado, como otros que después le sucedieron, tomaban otro camino diferente y no proporcionado con su fin; con todo eso, contentándose con decirlo cuando en las juntas y capítulos le tocaba por oficio, iba por donde le guiaban, obedeciendo a la voz exterior de Dios, que sonaba en sus prelados, y no a la interior, que sonaba en su alma. Y aunque algunas veces revelaba Nuestro Señor lo mismo a Santa Teresa y a otras almas santas de rara virtud y acreditado espíritu, como en su lugar veremos, y les mandaba que lo dijesen a los prelados, y veía que, después que ellas se lo habían intimado por voluntad de Dios, con todo eso no mudaban de parecer, él se conservaba en su paz, y acomodándose a vivir en fe, como lo enseñaba a otros, era de los más puntuales en obedecer aquello mismo que los prelados ordenaban, aunque más contrario fuese a su conocimiento ilustrado. La cual fué una obediencia ejemplarísima por haber durado muchos años, y tocar a muchas cosas de la corriente primitiva de la nueva Reforma, que había impreso Dios en su alma como regla viva de ella.

Con todas estas finezas de obediencia, como el Santo

Padre deseaba tanto hacer la voluntad de Dios, siempre andaba receloso si la cumplía como Dios lo quería de él, y así pedía muchas veces a las personas que él tenía conocidas de buen espíritu, que le alcanzasen de Dios que él hiciese en todo su voluntad. Esta petición hizo un día con mucha instancia a una persona religiosa, de cuyo espíritu él tenía mucha satisfacción, la cual por cumplir tan humilde ruego, se fué al coro para suplicar esto a Dios; y como respondiéndole Su Majestad a lo que le pedía, vió en lo alto del altar del coro una corona de oro muy resplandeciente, y por ilustración del entendimiento (propio de las revelaciones, y en que se diferencian las de Dios de las del demonio) se le dió a entender que aquella corona tenía Dios aparejada a nuestro P. San Juan de la Cruz, en premio de lo que trabajaba por hacer en todo su divina voluntad. Pero donde la fe nos asegura esto mismo en una obediencia tan perfecta como la suya, no nos deja dudar la piedad cristiana que goza este premio en el cielo; pues debajo del yugo de la obediencia peleó legítimamente hasta la muerte, a lo cual está prometido este premio.

CAPITULO LII

Fortaleza con que San Juan, a imitación de Cristo, toleraba por su amor los trabajos.

El acto principal de la virtud de la fortaleza es sufrir constantemente las adversidades y tener firme tolerancia en los trabajos y peligros; y esta manera de fortaleza tuvo nuestro Santo en los suyos, tan heroicamente padecidos, que fué su ánimo como una roca firme, entre las olas furiosas del mar alterado, sin haber podido ser movido con ninguna de ellas, particularmente desde que estuvo en la prolija y rigurosa cárcel, de que adelante se hará memoria; porque allí (como después decía a sus amigos) le dió Nuestro Señor un gran conocimiento de los incomparables bienes que estaban encerrados en padecer trabajos por él. Y así, desde entonces los amó tanto, que sólo el nombre de ellos le levantaba el espíritu, de manera que, para no suspenderse, había menester olvidar-

los; de que veremos también allí algún ejemplo. Y como al apóstol San Pablo le enseñó el Señor cuántos trabajos le convenía padecer por su nombre, y con este conocimiento le dió fortaleza para padecerlos constantemente; así parece que con el conocimiento que dió a nuestro Santo Padre del valor de los trabajos, cuando actualmente los estaba padeciendo por su amor, le dió también la invencible fortaleza que mostró en ellos. De manera que, así como en la esperanza tuvo magnanimidad, que menosprecia los bienes humanos y no se abate a ellos (1), teniéndolos por indignos de ser deseados de ánimos grandes, y por esto como no se alegra mucho de alcanzarlos, tan poco se entristece de perderlos, porque sólo mira a las cosas, que de suyo son grandes, cuales son las divinas y eternas; así también, en la paciencia tuvo longanimidad. De la cual vestido el ánimo, menosprecia los trabajos pequeños y breves, y no se quebranta en los grandes y muy largos; porque mira, como la magnanimidad, a la esperanza de los verdaderos bienes, que son los eternos; a los cuales, como tan distantes de nuestra posibilidad, no se puede caminar sin larga tolerancia.

Que los trabajos de San Juan de la Cruz hayan sido grandes, lo verificaremos bastantemente cuando tratemos de los postreros años de su vida; porque los padeció en la honra, en la salud y en la vida, metido entre persecuciones, desconsuelos y dolores, y todo tan a lo penoso y apretado, que lo veremos acabar la vida clavado en la cruz con Cristo. Y con ser tan rigurosa la cruz exterior patente a los ojos de todos, fué mucho mayor la interior a sólo Dios manifiesta. La cual toleró no sólo por aquel breve tiempo de sus mayores trabajos exteriores, sino también muy gran parte de la vida. Porque, como a medida de la perfección a que Dios quiere levantar un alma, ha de ser el rigor de la purificación que la dispone para ella, según se tocó en otra parte, y Su Majestad quería levantar a nuestro Santo a un grado muy raro de esta perfección y como de orden superior; así le metió en tan rigurosos crisoles de trabajos del ánimo, como lo podrá ver el que quisiere, en lo que escribió de su experien-

1 S. Th., II-IIae, q. 129, a. 8.

cia en el libro segundo del tratado que intituló Noche Oscura. Los cuales son tan grandes, que después de haber dicho San Lorenzo Justiniano (1) cuán sobre todo el modo común de padecer son y cuán superiores a las fuerzas humanas, se halla obligado a quietar los juicios curiosos de los ignorantes, para que no piensen que la sabiduría de Dios permite a sus siervos mayores trabajos de los que pueden tolerar, pues él les da las fuerzas conforme a ellos. Y no porque sean interiores, piensen los no experimentados que no son tan grandes como los exteriores, que sin comparación son mayores y menos tolerables, por muchas razones con que lo prueban los Santos (2).

Pues, si los trabajos de San Juan fueron tan grandes, lo fué mayor la fortaleza y tolerancia con que los venció, así los exteriores como los interiores; porque, con haber sido sus enfermedades tan largas y penosas, que le cortaban a pedazos la carne de las partes dolientes, de manera que daba horror hasta al mismo cirujano, con tan invencible paciencia llevaba este y los demás dolores, que nunca le oyeron quejarse. Lo cual causaba tan gran admiración al médico y cirujano (que por su arte alcanzaban a conocer mejor los dolores de la enfermedad y la fortaleza con que los disimulaba), que decían que en aquel enfermo veían a Job y su paciencia, y que sólo le faltaba la teja con que quitar la materia de sus llagas, porque los dolores de un cuerpo apostemado y su ejemplar paciencia allí lo veían presente.

En sus persecuciones, habiendo sido tantas y tan grandes en diferentes tiempos, estuvo su fortaleza tan superior a todas estas tormentas, que nunca se le oyó queja alguna de los que se las causaban, ni consentía que de ellos se dijese mal en su presencia, volviendo por ellos como por amigos. Ni nunca por temor de ellas dejó de decir y hacer lo que a la gloria de Dios y bien de la Religión echaba de ver que convenía. En lo cual fué singular su fortaleza, y padeció por ella grandes trabajos, por ser como ejecutor de las determinaciones de Dios, no todas veces penetradas del discurso

1 D. Just., De casto connubio, c. 7.
2 D. Th., II-IIae, q. 35, a. 7.

humano, y referirlas él como del suyo por su humildad; y así se las contradecían muchas veces en todos los abatimientos y humillaciones que le hicieron. Y aunque algunas fueron tan grandes, que echaba de ver que se le iba acabando la vida en ellas (como en aquella larga prisión que padeció), nunca entre tantos oprobios y malos tratamientos como allí le hicieron con apariencia de justificación, fué quebrantado su ánimo, ni se abatió a ruegos afeminados, ni a peticiones cobardes, sino que lo llevó todo con ánimo generoso, semblante sereno y quietud, con igualdad de espíritu, como la afirman en sus declaraciones juradas el mismo carcelero y otros que de ello fueron testigos.

Cuando estaba muy apretado de aflicciones interiores, no comunicaba con nadie sus penas, porque con el alivio que con la comunicación se recibe, no se le disminuyese el padecer, como él lo confesó a un amigo muy familiar suyo, excusándose de recibir un beneficio que le pudiera ser de consuelo; y lo echaban también de ver los que de ordinario le trataban. Y lo mismo le notaron en los dolores: que cualquiera alivio que no era forzoso, lo evitaba por padecerlos más a secas, de que referiremos un ejemplo, que dice en su declaración, como testigo de vista, Fr. Pedro de San José, en las informaciones del Obispado de Jaén, por estas palabras: «Estando enfermo en Ubeda nuestro Santo Padre fray Juan de la Cruz, viéndole un día muy fatigado, le pedí me diese licencia para traerle unos músicos que le cantasen, con que pudiese alentarse y divertirse, por saber cuán amigo era de música. Y él, como agradecía tanto lo que por él se hacía, respondió que muy enhorabuena si estaban cerca y no me había de costar trabajo. Traje tres músicos, y comenzando ellos a templar las guitarras en la pieza, antes de su celda, me llamó y me dijo: Muy agradecido estoy a la caridad que me quería hacer y la estimo en mucho, pero no será razón que, queriéndome el Señor regalar con estos grandes dolores que padezco, los quiera yo moderar con música y entretenimiento. Y así, por amor de Nuestro Señor les agradezca a esos señores la caridad y buena obra que me quieren hacer, que yo la doy por recibida, regálelos y despídalos apaciblemente, que yo

quiero padecer sin ningún alivio esto que Dios me envía, y no mezclar con los regalos de Dios otros del mundo.»

De esta fortaleza magnánima que Dios le había dado para sufrir por él trabajos con tan gran luz del valor de ellos, venía el esfuerzo que causaban sus palabras a los que estaban puestos en ellos; de la cual experiencia referiré sólo un ejemplo de los muchos que de esto hay en sus informaciones. Un caballero de Castilla la Vieja vino por sus travesuras a padecer tan grandes quiebras de honra y hacienda, que hallándose obligado a salir huyendo de su tierra, se alejó bien de ella, y medio desesperado se entró por los montes de Sierra Morena, cuando San Juan estaba por prior en el monasterio del Calvario, puesto en lo más escondido de estos montes, junto a los principios del río Guadalquivir. Y comunicándole allí, le causó tal esfuerzo en su flaqueza, como él lo dice en su declaración jurada por estas palabras: «En este tiempo comuniqué mucho, en el convento del Calvario, al Santo Padre fray Juan de la Cruz, y vile tan gran amador de trabajos y con tan abrasados deseos de padecerlos por Dios, que a esto eran sus más ordinarias pláticas. Y hablaba de ellos con tan gran alteza y eficacia, que tengo por cierto que cualquiera que le oyese, quedaría no sólo consolado en los tarbajos que se le ofreciesen, mas también saldría con nuevos alientos para padecer otros mayores. Y esto juzgo por lo que en mí experimenté; que siendo muy graves los que en aquel tiempo tuve, no sólo me movían sus pláticas a llevarlos en paciencia, mas tambien a holgarme de padecerlos. Y me parece que de ninguna manera pudiera llevarlos sin este socorro, según eran grandes.» Esto que dice este testigo, experimentaron otros muchos en grandes aflicciones; y de este gran amor que tenía a los trabajos y estimación del valor de ellos, le venía también el amar tanto a sus perseguidores, como arcaduces de sus ganancias; porque era negociador muy diligente de las riquezas del cielo, que en la tierra se granjean, y de que los hombres van siempre huyendo, por estimarlas en poco.

CAPITULO LIII

La virtud de la castidad en San Juan de la Cruz.

Aunque la virtud de la templanza (que aparta al hombre de las cosas que halagan al apetito con la razón) tiene muchas partes (1), principalmente se ejercita acerca de los deseos y deleites de los sentidos en las operaciones naturales; y entre éstos, aquéllos son más vehementes, que se oponen a la castidad. Y por ser éstos los deleites más viles, y que convienen al hombre según la naturaleza que tiene común con las bestias, y en cierta manera abaten y envilecen la que tiene común con los ángeles; por eso es cosa de tanta decencia el enfrenar el apetito de ellos, que se atribuye a esta parte de templanza la hermosura; y a la virginidad, que es el grado más eminente de ella y tiene semejanza con los ángeles, llaman los sagrados Doctores hermosura excelentísima. Fué, pues, en esta hermosísima virtud San Juan de la Cruz un ángel, vestido de carne humana, como un serafín en la caridad. Porque estas dos virtudes se dan muy bien las manos en la perfección del hombre: la pureza, apartándole de las cosas que le manchan; y la caridad, uniéndola con las que la hermosean y enriquecen, que son las divinas. Y como quería Nuestro Señor hacer en el Santo un hombre celestial, abrasado en este fuego de la primera jerarquía, le dispuso, desde la primera edad, para esto, con una pureza más de ángel, que de hombre, como tan conveniente al oficio para que le escogía.

Porque, habiéndose encargado la serenísima Virgen su Madre de ser la fundadora principal de esta Congregación de Descalzos primitivos, para restaurar en ella la perfección antigua de su ilustre Monte, y escogido por sustituta suya una virgen de su coro, tan hermoseada de la virtud de la pureza, como nuestra Madre Santa Teresa de Jesús, que en su nom-

1 D. Th., II-IIae, q. 141. a. 4.

bre ejecutase las acciones humanas que procedieron de su celestial influencia, y asentase la primera piedra de este gran edificio; cosa conveniente era que, habiéndole de dar compañero para esta empresa, que con su ejemplo fuese guiando a los religiosos, como Sta. Teresa a las religiosas, le escogiese tan ilustrado de esta misma virtud, que pudiese también recibir decentemente sus purísimas y reales influencias para la parte que le tocaba de ejecutarlas. Y así, esta soberana Señora y principal Madre nuestra escogió de la cantera de esmeraldas finas (de que se levantó el hermoso edificio del coro de las vírgenes), estas dos piedras primarias para otro edificio, representador de aquél; donde, entre las miserias de la vida humana, se imita la vida celestial en la tierra, y las vistió de los colores de que ella mas se precia, entre sus inefables prerrogativas, después de la dignidad de Madre de Dios, y las conservó en ellos, para que hermoseasen después también al cielo con los resplandores de pureza, como habían hermoseado nuestro destierro con los ejemplos de ella.

Y que nuestro Santo Padre conservase hasta la muerte la hermosura de la entereza virginal dedicada a Dios, bastantemente se prueba con la declaración, en otra parte referida, de los dos confesores que los postreros años de su vida le confesaron generalmente, y afirman que no conocieron en él pecado mortal que hubiese cometido en toda su vida. Pues, como afirma Santo Tomás y comúnmente los doctores escolásticos, el premio accidental que se concede a los que dedican a Dios su virginidad, que llaman aureola, no se puede perder, si no es cometiendo pecado mortal de su género; porque, como es virtud de alma y cuerpo, operación de alma y cuerpo ha de concurrir para perderla. Y no se verificara convenientemente la revelación que Santa Teresa tuvo referida tantas veces a sus hijas: que San Juan de la Cruz era de las almas más puras que Dios tenía en su Iglesia y muy propio para guía y pastor de las vírgenes del Carmelo renovado, si le faltara esta primera hermosura de la pureza. Y que nuestra Santa Madre lo hubiese dicho así diversas veces, muchos testigos afirman habérselo oído.

El amor que nuestro Santo tuvo a esta hermosísima virtud, aun antes que supiese su valor, fué raro, y a su conser-

vación se ordenaban muchas de sus penitencias y asperezas, y la negación con que las acompañaba de todos los objetos de los sentidos, que para la conservación de la vida no eran necesarios. Y así, fué tan rara su modestia, que sólo verle, componía y parecía que pegaba pureza; de lo cual le alaban mucho gran parte de los testigos que para las informaciones de su beatificación se examinaron. De uno de los cuales pondré solamente unas palabras breves, como de cosa tan experimentada, que no ha menester larga prueba. «Fué—dice—la modestia del Santo Padre fray Juan de la Cruz cosa tan extraordinaria y venerable, que le daba una superioridad espiritual de tanta reverencia sobre todas las almas que le trataban, que le respetaban como a santo, y le miraban como a un ángel, que en su vida imitaba a los del cielo. Con su exterior y composición estaba predicando recogimiento, mortificación y penitencia, y componía a quien le miraba; de manera que algunas veces no osaba mirarle por el gran respeto que le tenía, y la veneración que daba lo que en él representaba su santidad. Y juntamente con esto, tenía una libertad santa para reprender cualquiera cosa que contra la gloria de Dios se atravesase, sin temor de las contradicciones y persecuciones que por esto pudiesen levantársele.» Esto dice este testigo.

Pero, aunque en todas ocasiones y con todas personas guardaba esta santa modestia, preservadora de grandes daños, mucho más cuando hablaba con mujeres; con las cuales, demás de la mesura recatada de sus ojos, usaba de tan graves palabras y acciones, que se verificaba bien en ellas lo que dice San Gregorio (1): que al alma donde Dios habita, como Señor de la posada le da peso y gravedad, para que ni el movimiento del ánimo ni las acciones que proceden de él, tengan nada de liviandad. Y con estar él tan fortificado de Dios contra las batallas de la pureza, huía de ellas con tan gran cuidado, que caminando una vez a pie con el P. fray Brocardo, el Viejo, llegaron a una aldea, ya de noche, y después de haber dado vuelta a todas las casas, para buscar posada, no hallaron quién los acogiese, sino una mujer, al parecer libre y desenfadada, que los recibía diciendo gracias, a la cual temió

1 D. Greg., Moral, l. 19, c. 4.

tanto, que porfiándole el compañero que aceptase el ofrecimiento, de ninguna manera quiso entrar en la casa, diciendo que de mejor gana habitaría con muchos diablos del infierno, que con una mujer libre.

Con este perpetuo cuidado, con que andaba de guardarse de los contrarios de esta virtud, gozaba su alma de tanta paz y serenidad en materia de pureza, que dicen sus confesores que no padecía malas representaciones del demonio. Lo cual atribuyen a andar él tan continuamente ocupado en Dios, que a ninguna hora hallaba el demonio entrada para combatir su alma, porque en vano se arman lazos a las aves que vuelan. Pero otra razón da él mismo en uno de sus libros, que le cuadra muy bien, por estas palabras (*Cántico*, c. XXIV): «En el estado de unión, es grande la fortaleza del alma, y la teme el demonio de manera que, como en la cueva del león no se atreven a entrar los demás animales, ni aun pasar por junto a ella, temiendo al león; así el alma donde mora Dios por unión con ella, está fuerte, como un león, con su asistencia y con las virtudes que de él participa, porque allí recibe las propiedades del Amado. Y en este caso está el alma tan amparada y fuerte en cada virtud, y con todas ellas juntas en esta unión de Dios (que es el lecho florido de Salomón, guardado de los fuertes de Israel), que no sólo no se atreve el demonio a acometer a la tal alma, pero ni aun aparecer delante de ella, por el gran temor que le tiene, viéndola tan engrandecida y osada con las virtudes perfectas en el lecho del Amado. Porque estando ella unida con Dios en transformación de amor, la teme como al mismo Dios, y no la osa ni aun mirar, que es mucho el temor que tiene al alma que está en perfección». Todas estas son palabras suyas, sacadas de su experiencia, y casi las mismas, dice San Lorenzo Justiniano a este propósito (1).

Pero, no porque a nuestro Santo le faltasen batallas del enemigo en este tiempo, se disminuyó la gloria de la aureola de la virginidad, que se concede en el cielo como por premio de la victoria que en el mundo alcanzó de las batallas contrarias a esta virtud; antes la hizo más gloriosa, como, a se-

1 D. Justin., De casto connubio, c. 15.

mejante propósito, lo prueba San Antonino con algunas razones, y en la que hace más al nuestro, dice de esta manera: «Porque como la victoria sea una manifestación de poder y fortaleza sobre su contrario, más se declara esta forleza cuando el poder que uno tiene sobre su enemigo, es tan grande y tan superior, que no puede moverle guerra ni trabar con él batalla, que cuando vence después de golpes y heridas.» Esto dice San Antonino y es conforme a la doctrina de Santo Tomás, cuando dice que el que pelea, apretado de la tentación, no se dice tan propiamente que vence, cuanto que resiste. Y entonces se dice que vence, cuando por la grandeza de su virtud y fortaleza es tan superior a la tentación, que no hace más caso de ella, que haría un león de un goznillo; y de esta manera fué la victoria que nuestro Santo alcanzó de los enemigos de esta virtud, y así es muy gloriosa la aureola que en el cielo goza por premio de ella.

Finalmente, tuvo también en aventajado grado aquella excelente pureza de los limpios de corazón, a quien el Salvador prometió la bienaventuranza de ver a Dios, comenzada a gozar en esta vida por la contemplación endiosada, y consumada en la patria por la vista clara de Dios. Porque, si consultamos a Santo Tomás en qué consiste esta pureza que dispone al alma contemplativa, para comenzar a gozar en el destierro de esta bienaventuranza (1), nos dirá que en estar purgado el afecto del desorden de las pasiones, y el entendimiento de todas las semejanzas de las cosas criadas, para contemplar a Dios en la pureza de la fe, suelto de todas las cosas, a que le inclinan las pasiones. Y que nuestro Santo Padre tuviese esta disposición singularmente, nadie lo puede

---

1 «La vida contemplativa, enseña Santo Tomás (III Sent., d. 34, q. 1, a. 4) empieza aquí y se consuma en lo futuro; de donde los actos que en la patria serán perfectos, en cierto modo empiezan en esta vida, pero son imperfectos. Por lo que en la sexta bienaventuranza se dice: Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios, en el estado de la patria intuyendo la misma esencia divina; pero en el estado de vía más le vemos conociendo lo que no es. que lo que es. Por eso, en cuanto al estado presente se pone la limpieza de corazón no sólo de los halagos de las pasiones, sino también de los errores, fantasmas y formas espirituales, de todos los cuales San Dionisio en su Mística Teología les enseña a prescindir a los que tienden a la contemplación divina».

dudar de cuantos le conocieron; y a introducirla en las almas que gobernaba, ordenaba principalmente su doctrina, y lo mismo se halla en la que nos dejó en sus libros; de lo cual trata en particular todo el libro segundo del tratado que intituló *Subida del Monte Carmelo.* Y así parece que en los demás grados de la castidad, tuvo felizmente la pureza de hombre, mas en este último corrió parejas, en cierta manera, con los ángeles; porque, como prueba Santo Tomás, en la contemplación de vista sencilla se desnuda el contemplativo por entonces de la condición de hombre, y se viste de la de ángel (1), que de esta manera y con esta pureza contempla a Dios. La cual fué en él tan continuada, que había menester hacerse fuerza para atender a lo distinto de las acciones humanas.

CAPITULO LIV

Algunas batallas que el Santo tuvo en defensa de la castidad y su gloriosa victoria.

Pero, aunque el demonio temía pelear con nuestro Santo Padre de cerca y cara a cara, hartas diligencias hacía para combatirle desde lejos, como quien tira balas al castillo para aportillarle, y así no le faltaron batallas que vencer de esta virtud. De las cuales referiré sólo dos, que en sus informaciones dicen religiosos de buen crédito, a quienes él las manifestó, exhortándolos al escarmiento de no asegurar el tesoro de la pureza, entre comunicaciones ocasionadas, aunque más virtuosas sean las personas.

Siendo el Santo Padre de edad de treinta años, estuvo en una ciudad de estos reinos, tratando de una ocupación de obediencia, que le duró algún tiempo. Y como en todas partes quitaba con su doctrina y ejemplo muchas presas al demonio, andaba rabioso por vengarse de esto, y entre otras baterías que intentó darle, una tuvo por muy poderosa para ren-

1 «El hombre, dice el Doctor Angélico, en cuanto es contemplativo, es algo sobrehombre, porque en la visión de simple inteligencia se equipara a las sustancias superiores que se llaman inteligencias o ángeles» (III Sent., d. 35, q. 1, a 2; q. 2 ad 1).

dirle. Tenía por vecina de su Hospicio una doncella de buen parecer y bien nacida, y, en la opinión común, virtuosa; en la cual prendió el demonio tan impetuoso fuego de afición por el vecino que, sacándola de su sosiego y encogimiento, la hizo solicitadora de su deshonra. Halló poca esperanza en los medios disimulados, porque luego se los espiritualizaba nuestro Santo las veces que procuró hablarle para esto, y así se determinó a intentar otros más conocidos y violentos.

Tocaba el corral de su casa con otro de la hospedería donde nuestro Santo estaba, y sabiendo que había hecho cierta ausencia su compañero y que él quedaba sólo, se determinó a darle asalto, confiada en su buen parecer y en la ocasión tan sin testigos, que ablandaría un corazón de piedra. Y así, una noche, saltó la tapia y se le puso delante, estando él bien descuidado de tal suceso, y acomodando ella la batería a la modestia del sujeto, para que fuese más peligrosa, comenzó con palabras también modestas a quejarse de la violencia de su afición, pues la había traído a aquel estado de saltar paredes para procurar o su deshonra o su muerte; porque estaba resuelta a no salir de allí sino deshonrada, o para echarse con desesperación en un pozo, y por camino de piedad trabajaba por moverle al pecado. Fué terrible batería ésta, a no estar él tan defendido de virtudes y auxilios divinos; porque la hora, el lugar, el buen parecer de la mujer, la buena fama que tenía, con que se aseguraba el secreto, la modestia con que representaba su pasión, y la desesperación que mostraba, si no hallaba satisfacción de ella, y otras buenas calidades que tenía, estaba todo junto haciendo en favor de su tentación contra la pureza del combatido. Pero socorrido de Dios en tal aprieto, comenzó con aquella lengua del cielo y espíritu de serafín, con que pegaba fuego de amor divino, a exhortar a la mujer a temor de Dios y conservación de su castidad, con tan feliz suceso, que las lágrimas que antes solicitaba el amor sensual, se convirtieron en lágrimas de arrepentimiento, y se volvió a su casa mejorada de propósitos y libre de la tentación, que en tan notable peligro la había puesto. Este caso refiere en su declaración jurada el P. Fr. Juan Evangelista, prior de nuestro convento de Alcaudete, y afirma haberlo sabido de

nuestro Santo Padre en una de las jornadas que hicieron juntos, tratando del perpetuo cuidado con que se ha de huir la comunicación familiar de mujeres, aunque parezcan virtuosas.

Estando otra vez nuestro Santo en casa de un seglar rico de otro lugar, incitó el demonio a una mujer moza, que en ella había, para que le solicitase deshonestamente, y tuvo traza para entrar en el aposento donde él dormía, después de sosegada la casa y acostados todos. Díjole sus malos intentos, y que no lo llevase por lo santo; que si no satisfacía a su deseo, había de dar voces desde el aposento donde ella dormía, para infamarle de que había querido forzarla, y de hecho se quiso entrar en la cama donde él estaba cubierto con una manta. Hallábase vestido nuestro Santo Padre (porque nunca se desnudaba fuera del convento, y raras veces dentro de él), y viendo el atrevimiento infernal de la mujer, saltó de la cama, y con palabras eficaces comenzó a exhortarla a ser honesta. Y tal efecto hicieron en ella, que con venir ardiendo en fuego sensual, atizado por el demonio, se compuso, y moderada ya la pasión, se salió del aposento confusa y avergonzada. Otra vez, se quiso arrimar a su sombra una mujer en Granada, siendo allí prior; pero él la arrojó de sí tan esforzadamente, que perdida la esperanza, dejó la pretensión injusta.

Tenía esta virtud tan arraigada en el ánimo, y tan vencida la pasión contraria, que sus confesores se espantaban de su serenidad continuada, particularmente cuando habían precedido algunas ocasiones, en que la rebeldía de la carne suele hacer sentimiento aun en los muy compuestos. Notó más esto un confesor suyo un día que, habiendo hecho gran instancia al Padre Fr. Juan un prelado superior de otra Orden, a que entrase en uno de los monasterios de sus monjas, a una necesidad tan apretada y de remedio tan dificultoso, que no lo esperaba de otro, y habiéndole convencido a ello, entró en el monasterio, y acudieron a besarle la mano y el hábito muchas religiosas, y las más de ellas de buen parecer, y era de los monasterios donde no hacen remedios para oscurecer el buen lustre natural; y como le tenían por santo, acudían como a porfía a comunicarle sus dudas y tentaciones con mayor familiaridad de la que a él le agradaba, según se

lo echaba de ver el compañero. Al fin, hizo allí un gran servicio a Nuestro Señor, remediando un alma puesta casi en la última disposición para perderle; y habiendo tenido allí tanta ocasión la rebeldía humana para levantar alguna tormenta contra la pureza, estuvo tan a raya, como si se hallara en el estado de Adán, antes de perdida la primera inocencia. De lo cual quedó su compañero como admirado, cuando en el fuero secreto conoció la igualdad con que habían estado las pasiones en ocasión tan fuerte. En la cual y en otras experimentó que poseía las virtudes en el grado perfectísimo del destierro, de que dicen los Santos que tienen ya cierta semejanza con la perfección de la patria, cuando la templanza y fortaleza están ya tan sin contrarios, que no conocen deseos desordenados e ignoran las pasiones.

Fué tan celoso de la honestidad, compañera y guarda de la pureza, que pegaba a otros con su ejemplo este mismo celo, y agradábase Dios tanto de esto, que favorecía su honestidad a lo milagroso en muchas ocasiones, de una de las cuales haré también memoria. Hallóse en Granada en tiempo que tocó allí la peste, y estando él diciendo misa en el monasterio de nuestras monjas, se sintió herido de dos landres en partes tan secretas, que la muerte le fuera menos penosa que tal dolencia. Sobrevínole luego tan gran calentura, que apenas pudo acabar la misa, y fué menester llevarle después en brazos. Aquella noche la pasó en vela, con grandes bascas. Y con ser tan amigo de trabajos, le atormentaba de manera éste y la obligación de tratar de cura, que pedía muy de corazón a Dios que se le quitase, aunque se le doblase el dolor por otro camino. Oyó el Señor su oración y aprobó su celo de manera, que la enfermedad se resolvió sin medicina alguna, y al tercer día estuvo bueno del todo y consoladísimo de aquella merced que Nuestro Señor le había hecho, de que no acababa de darle gracias.

Siendo, pues, la pureza la que hace a los hombres familiares a Dios y privados suyos (como se dice en el libro de la Sabiduría), no nos espantemos de ver a nuestro Santo favorecido de Dios con comunicación suya tan estrecha, como se ve en sus libros, estando tan ilustrado de esta virtud.

CAPITULO LV

En vida pegaba castidad con su presencia, y en muerte la conservaba con los medios de su devoción.

Esta pureza de San Juan de la Cruz no sólo era preservativa de su propio daño, mas también parece que preservaba del mismo a otros: calidad rara, que tenía semejanza con la pureza milagrosa de la Señora propietaria de este sagrado Monte, para cuya guarda mayor le había escogido. Porque de sólo la Virgen María Nuestra Señora leemos que tuviese su incomparable castidad virtud transfusiva de imprimir en otros con su vista espíritu de pureza. Y semejantes efectos dicen muchos testigos de sus informaciones que experimentaron con la vista y comunicación de San Juan de la Cruz, y que sólo mirarle, vestía los ánimos de honestidad y pureza. Entre otros lo afirma de su experiencia un prebendado de la iglesia catedral de Segovia, y le atribuye a que participaba de este singular privilegio de la Virgen Nuestra Señora, de pegar pureza con su vista a los que la miraban, porque otro tanto le sucedía a él con la de aquel religioso las veces que le comunicaba. De esta experiencia testifican otros muchos, refiriendo otros ejemplos, de los cuales me contentaré con referir uno sólo, bien acreditado.

Trajo Nuestro Señor a nuestra Religión una mujer noble, en la flor de sus años, cuando su buen parecer comenzaba a embelesar a muchos, y sintiendo el demonio esta mudanza por ser el sujeto muy a propósito para cebo de sus lazos, hacíale notable guerra contra los propósitos de castidad, para que antes de profesarla, aborreciese aquel estado. Comunicábala algunas veces nuestro Santo Padre, y estando ella como abrasándosee en un fuego infernal, con rebeldía cruel de las pasiones, en poniéndose delante de él, las veces que iba al monasterio de las religiosas, sentía vestírsele el alma de renovados efectos de castidad y cesaba luego la guerra de los malos pensamientos y sentimientos feos. Y aunque ella lo atribuía al gran concepto que tenía hecho de aquel

simulacro de pureza que tenía delante, cuya presencia ponía al alma en veneración modesta, no parece que sólo esto bastaba para tan repentino y eficaz efecto, sin otra virtud secreta, pues otras veces se valía en ausencia de su memoria, y no cesaba la guerra.

También toca a esta calidad celestial lo que refiere en su declaración jurada fray Lucas de San José, religioso de nuestro monasterio de Segovia, diciendo que padeció por algún tiempo gravísimas tentaciones contra la castidad, sin perdonarle, ni aun cuando dormía, porque entonces le perseguía el demonio con sueños deshonestos. Traíale esto tanto más afligido, cuanto él más amaba esta virtud, y más se esforzaba la guerra, particularmente de noche, que en recogiéndose en la celda, parecía que todo el infierno estaba atizando el fuego sensual en que sentía arderse. Después de haber hecho muchos remedios de penitencias y buenos ejercicios sin mejorar de su trabajo, como él tenía gran estimación de la pureza y santidad de Fr. Juan de la Cruz, tomó una manta vieja de su cama (que siempre lo que él usaba para su comodidad, era lo más desechado), y llevóla a su celda para cubrirse de noche con ella, persuadido que se le había de pegar algo de la pureza del que en ella había dormido tantas veces. No le salió vano su pensamiento, porque, llegada la noche y recogido en la celda, le acometió, como solía, todo aquel enjambre de malos pensamientos con los mismos efectos que otras veces, y en cubriéndose con la manta de nuestro Santo, cesó de improviso la guerra, y sintió tan gran serenidad de cuerpo y alma, que se halló luego otro hombre. Y con esta milagrosa experiencia, todas las veces que se sentía molestado de esta guerra, se reparaba con la misma manta, y experimentaba luego el mismo efecto, hasta que, comenzándose a tener por reliquias las cosas que habían sido del Santo se la tomó alguno, que debía de saber cúya había sido, y sentía mucho su falta. De esta manera refiere esta experiencia el mismo que la hizo.

Después de muerto el Santo, sienten este mismo socorro los que en las tentaciones contra la pureza se favorecen de su intercesión o de alguna cosa que haya llegado a su cuerpo: como lo refiere en su dicho el P. fray Pedro de San

Francisco, suprior de nuestro monasterio de Segovia. Y en particular dice de un religioso, su conocido, que andando muy apretado de vehementes tentaciones contra la castidad, sin haberle aprovechado ninguno de muchos medios de que había usado para reparo de esto, se encomendó a nuestro Santo Padre, y poniéndose una túnica vieja, que había sido suya, se le quitaron luego las tentaciones y no sintió más.

Dice también al mismo propósito el P. fray Pedro de la Madre de Dios, religioso de este convento de Segovia, que otro conventual de él, a quien él confesaba, era tan molestado de representaciones feas contra la castidad y de sueños deshonestos, que le traían muy afligido, y también a su confesor, no sabiendo ya qué remedio aplicarle para preservación de tan peligrosa batería, que le ponía en términos de desconfiar de su salvación, sin haber bastado penitencias, mortificaciones, largas horas de oración, devociones hechas a Santos, para librarle de ella. Ya, por último remedio, le aconsejó su confesor que tomase devoción con nuestro Santo y le ofreciese hacer una novena a su sepulcro y rezarle algunas oraciones. Hízolo así, y desde que comenzó la novena, cesó de suerte la infernal batería, que habiéndola padecido diez años, nunca más la tuvo; y no acababa de dar gracias á Dios por haberle librado de tal persecución; y atribuyendo su libertad a la intercesión de nuestro Santo, le fué desde entonces muy devoto.

Finalmente, tan rara fué su pureza, y tal el concepto que tenían de ella los que bien le conocieron, particularmente las que más le trataron de nuestras religiosas, que siempre que hablan de ella, no saben qué nombre darle, que con propiedad la signifique. Y así, unas le llaman serafín en carne, otras ángel humanado, no hallando nombres acá abajo con que significar su eminencia.

CAPITULO LVI

Estrecha pobreza de San Juan de la Cruz.

Hallamos, finalmente, en nuestro Santo, en grado perfectísimo, la pobreza de espíritu, tan encomendada de Cristo Nuestro Señor en el Evangelio, a la cual prometió el reino de los cielos, y en cuya puntual observancia parece que puso la perfección cristiana, cuando dijo a aquel mancebo que, si quería ser perfecto, diese a pobres todo lo que tenía y después le siguiese. Y en otra parte declaró aun más esto, diciendo que no podía ser su discípulo, sino el que renunciase todas las cosas que poseía. Y como toda nuestra perfección consista en ser verdadero discípulo de Cristo e imitar su vida, para esto se dispone quien abraza de veras esta pobreza evangélica, así en desnudarse de la posesión de las cosas temporales, como también del afecto de ellas.

Pues esta pobreza abrazó estrechísimamente nuestro Santo, como verdadero discípulo de Cristo y heroico imitador de sus virtudes, de lo cual están llenas sus informaciones, y era tan pobre lo que traía a uso, que toda su persona representaba pobreza. Y por ser mucho lo que de esta virtud le alaban los que le conocieron y trataron, referiré aquí, para nuestro ejemplo, algo de lo que acerca de esto dice, en su declaración jurada, el P. fray Juan Evangelista, prior de nuestro monasterio de Alcaudete y compañero suyo muchos años.

«La pobreza —dice— que guardó nuestro Padre San Juan de la Cruz, era muy estrecha, así en hábito, cama y comida, como en todo lo demás; de manera, que nunca le conocí cosa propia, ni aun de las que se suelen dar a uso a los religiosos. Jamás quiso tener cosa de las que se estiman, porque no se le pegase el corazón a ellas; y así en la celda no tenía más que una imagen de papel y una cruz de caña. Y con ser hombre docto, no tenía más libros que una Biblia, donde decía que hallaba cuanto había menester. Y si tenía necesidad de otro algún libro, lo tomaba de la librería común

y lo volvía luego a ella. Hízole devoción, una vez, una imagencita pequeña de muy buena pintura, que yo le enseñé, y viendo que le había contentado, le porfié que la tomase para traerla consigo, y no pude acabarlo con él; porque decía que estas cosas de devoción, eran cebos muy a propósito para prender el alma y embarazarla con cosas materiales y quitarle la libertad de espíritu. Que como él trabajaba tanto por la libertad del suyo, para darlo a Dios sin asimiento humano, aun de las cosas que ayudan a la devoción de otros, se recataba, para no hacer propiedad en ellas. Nunca quiso rosario curioso, sino de los muy groseros de palo, y aun este dejó por otro de menor estima, que hizo de unos huesecillos de pescado, y por él rezaba, no queriendo que el corazón se le prendase, con capa de devoción, de ninguna cosa curiosa, que en lugar de ayudarla, se la quitase. Con esto ejercitaba en sí lo que nos predicaba, diciendo que, para gozar de las riquezas del cielo y de los tesoros del espíritu, nos habíamos de desnudar de todas las cosas de la tierra. A esto se encaminaban continuamente sus pláticas, exhortándonos en ellas a esta pobreza y libertad de espíritu, para que, desocupados de nosotros mismos, nos dejásemos del todo en las manos de Dios, afirmando que esto era lo que quitaba los estorbos para caminar aprisa a la perfección, y que por no cuidar de esto muchas almas, dejaban de crecer mucho en el espíritu, y se quedaban enanas en la perfección.» Todo esto dice su compañero.

Concuerdan todas estas cosas con lo que dicen de su pobreza los demás testigos. Y el P. fray Jerónimo de la Cruz, religioso grave, que vivió con él muchos años, añade estas palabras: «Las alhajas de nuestro Santo Padre San Juan de la Cruz eran breviario, rosario, disciplina y Biblia, y todo tan poco curioso, que cada cosa de estas representaba pobreza. Su hábito, demás de ser pobre, era siempre tan grosero y áspero, que supe de los que se hallaron en el capítulo de Alcalá, donde se hizo la separación de los Padres Calzados, que ningún capitular había ido a él con hábito tan áspero, edificativo y penitente. En los conventos se holgaba que hubiese una medianía, para pasar sin distracción la vida religiosa, según nuestra pobreza, y pesábale de verlos muy abundantes y que se cuidase mucho de eso. Y aunque era amigo

de gran aseo, en las cosas de la sacristía y del culto divino, procuraba que aun en esto resplandeciese la humildad y pobreza, y que con capa de devoción no se faltase a ella, como se faltaba cuando procuraban más ricos ornamentos, de los que convenían a religiosos pobres; y decía que, cuanto con menos nos contentásemos, tanto guardaríamos más recogimiento. Las casullas y frontales de los conventos donde él presidía, eran de materia humilde, aunque bien aliñados. Y siendo él Rector de Baeza, vi que sirvió allí algún tiempo, para paño de púlpito, una capa de jerga blanca de los religiosos, y causaba tanta edificación, que el mismo púlpito estaba predicando antes que el predicador subiese a él».

A las palabras de estos dos testigos tan acreditados, añadiré otras del hermano fray Martín de la Asunción, religioso de gran virtud y compañero muchos años de nuestro Santo Padre; el cual, en su declaración jurada, dice, a nuestro propósito, de esta manera: «También su pobreza fué extremada, porque en su celda no había más que una cruz y una cama hecha de manojos de sarmientos, a manera de zarco; la celda procuraba que fuese siempre la más desechada y estrecha del convento. Usaba de un hábito grueso de durando, y una capa muy áspera, como de pelos de cabra. Nunca se ponía nada en las piernas, aunque caminase. Cuando era prelado y entraba a visitar las roperías, si llevaba en su persona alguna ropa razonable, de la que se da a uso, la dejaba allí y se ponía la más rota y desechada que hallaba, diciendo que para quien él era, aquello le bastaba. En las fundaciones que hacía de monasterios de religiosos, no admitía riqueza, sino alguna cosa que ayudase al sustento. Y así, en la fundación del monasterio de la Manchuela, de Jaén, no quiso admitir mucha hacienda, que el fundador le daba, y en la fundación del convento de Córdoba, habiendo tomado allí el hábito algunos novicios ricos, los pasó a Sevilla, porque no dejasen allí su hacienda, moviéndose a todo esto con celo de pobreza y de tener siempre pendientes de la providencia de Dios a los religiosos. Siendo Definidor primero y vicario del convento de Segovia, vivía en una celdilla muy pequeña, que a penas cabía en ella una tarimilla sobre que dormía. Y porque no había lugar para mesa, tenía una tabla con unos gonces, que

servía de mesa, cuando escribía, y a este modo eran todas sus alhajas».

De toda esta fidelísima relación se puede bien conocer cuán gran imitador de Cristo fué nuestro Santo, en la estrechísima pobreza, como lo era en todas las demás virtudes. Y donde él mostró bien el gran cuidado que tenía de no prendar su corazón de cosa ninguna, fué en un retrato, que traía consigo, de Santa Teresa, después de muerta, con que se consolaba mucho, por serle muy parecido, y cuando le miraba, le daba ocasión de considerar que sus trabajos habían tenido fin, y gozaba ya del premio de ellos, de los cuales él había sido buen testigo, y con esto se alentaba en los suyos. Pues, con ser este consuelo tan provechoso, con todo eso, le parecía que tenía algo de propiedad ajena de la pobreza de espíritu que él tanto deseaba; y así dió el retrato, por no tener cosa que le detuviese de caminar a Dios en fe y esperanza desnuda de cosas materiales, aunque fuesen devotas, y quedándose con la memoria de la Santa, que más a lo vivo conservaba en el espíritu.

Cuando en las visitas que hacía en los conventos, siendo Vicario Provincial, hallaba en los religiosos alguna cosa curiosa, aunque fuese por devoción, se la quitaba, diciendo que con estas cosas quitaban la libertad al espíritu y le ataban a niñerías. Llegaba esta pobreza suya a descuidarse tanto de sí, que si algún religioso no cuidaba de sus comodidades necesarias, padecía menguas, porque jamás pedía cosa que hubiese menester, ni de ropa ni de comida. Y con esta pobreza tan desnuda de todo y de su mismo cuidado, vivía tan rico y con tanto consuelo, que le eran muy familiares estas palabras de perfecta desnudez: «Después que me he puesto en nada, nada me falta; después que lo dejé todo, todo me sobra»; y por esta excelentísima nada, a que corresponde el todo, hizo el camino del Monte de la perfección, que anda dibujado al principio de sus libros místicos, de que habemos de tratar en otra parte. Porque, por esta nada, en negación de todas las cosas y de nosotros mismos, se sube a la unión del alma con Dios, donde le dan todos los bienes juntos, como quien los recibe en la misma fuente de ellos.

CAPITULO LVII

Eminentísima perfección de las virtudes de San Juan de la Cruz, propia de la perfección de la patria.

Lo que se ha dicho hasta aquí de las virtudes de S. Juan de la Cruz, mas ha sido para cumplir con la obligación de historiador de su vida, que para declarar la perfección de ellas, tan superior a nuestra capacidad, en el estado del destierro, por haberse acercado mucho a la condición de la patria. Porque, según la doctrina de los príncipes de la Teología mística y escolástica, en la perfección de las cosas lo supremo del grado inferior llega a tocar los fines del grado superior inmediato, y a participar, aunque imperfectamente, de sus calidades. Y por esto, el estado de unión y transformación del alma en Dios, como el grado más alto de la perfección de esta vida, llega en lo supremo de él, a tocar los fines del estado de gloria que gozan los bienaventurados en el cielo, y a participar, aunque imperfectamente, de sus endiosadas calidades. Y como el Reformador del Carmelo los postreros años de su vida estuvo en este feliz estado, no es maravilla que, entre las miserias del destierro, le hallemos participando de la perfección y felicidad de los moradores del cielo. La cual participación hallamos no sólo en los gozos y favores de Dios, mas también en las virtudes (que es lo que a este lugar toca); porque estuvieron en él tan levantadas en perfección, que excedían mucho el modo con que las ejercitan aun los muy aprovechados de esta vida, y participan de la perfección con que las ejercitan los bienaventurados en la vida que esperamos.

Porque, así como en el ejercicio de la caridad, es propio de su estado (1), y no concedido a nosotros, ser siempre su afecto llevado a Dios actualmente, para amarle en operación continuada; así también hallamos esto mismo en el amor de San Juan de la manera que se puede compadecer con el estado de vida mortal en que se hallaba. Porque tan con-

1 D. Th., II-IIae, q. 184, a. 2.

tinuadamente y con tan gran eficacia era llevado a Dios su afecto por la vehemencia de su amor, que tenía necesidad, como ya vimos, de andarse haciendo fuerza para poder atender a las acciones de la comunicación humana, y retraer la atención de la divina, para conversar con los hombres, por ser tan ordinaria la comunicación que con Dios tenía en el paraíso interior del alma, ejercitando las virtudes teologales en su fuente.

Y como participaba en la perfección del amor que los bienaventurados tienen a Dios, participaba también de sus felicísimas propiedades, particularmente de aquella que ponderó San Dionisio (1), diciendo que del amor puro y sin mixtura, que los bienaventurados tienen a la hermosura divina, reciben tal firmeza y poder, que de ninguna suerte puedan ser afligidos por alguna contraria virtud o fortaleza. Porque ninguno puede ser lastimado ni afligido, si no es en aquello que ama; y así el que ama sólo aquello que ni en sí puede padecer mudanza, ni ser quitado al que lo ama, está preservado de necesidad y aflicción; porque en esto que ama, tiene cuanto ha menester, y no está solícito de alteración en el blanco a que mira su afecto. Todo lo cual hallamos en la felicidad comenzada de nuestro Santo Padre, aunque no tan perfectamente como en los bienaventurados por estar todavía en naturaleza pasible; pero tan altamente participaba de ella por la reformación de la gracia, que, entre las tormentas de esta vida, gozaba de paz serena. La cual le venía de amar a Dios con todo su afecto y con todas las fuerzas de su alma en tan gran desnudez de todas las aficiones de criaturas, que aunque todas ellas se conjurasen contra él, no le perturbaban su paz. Porque sólo podía padecer en lo que amaba, que era Dios, sin mezcla de otra cosa, y en eso gozaba de estabilidad y firmeza, sin temor de que las persecuciones se lo pudiesen quitar, antes con ellas se fortificaba más en él. De todo lo cual veremos palpable experiencia cuando tratemos de las disposiciones de su muerte.

Esta participación de las virtudes de la patria, hallamos que tuvo también en las morales; porque en éstas gozó del feliz grado que llaman los Teólogos de ánimos purgados, que es de los perfectísimos de esta vida, y propio de

1 De Coel. Hier., c. 2.

los bienaventurados en la de gloria, cuando la prudencia sólo mira a las cosas divinas, la templanza no conoce deseos terrenos, la fortaleza ignora las pasiones, y la justicia imita con perpetua confederación al espíritu divino. Porque todas estas nobilísimas propiedades hallamos en las virtudes de nuestro Santo Padre cuanto a sus actos, como procedidos de hábitos perfectos que, apoderados de su alma, le hacían obrar virtuosamente en todas ocasiones. Y por esto dicen los testigos en sus informaciones que sus virtudes no eran virtudes de a tiempos, como en otros, sino continuadas por toda la vida; porque siempre era humilde, siempre sufrido, siempre prudente y así en todos los demás actos de ella.

Y no sólo participaba de las virtudes de los bienaventurados, cuanto a la perfección de sus actos, que toca al merecimiento, sino también cuanto a la felicidad de ellos, que toca al premio, comenzando a gozar, desde el destierro, de la gloria que el ejercicio de las virtudes causa a los de la patria. Esta felicidad en S. Juan de la Cruz fué muy rara, y de que gozó muchas veces entre los trabajos y miserias de esta vida, como lo verificaremos adelante, cuando se trate de las mercedes que recibió de Nuestro Señor, los últimos años de su vida. Y así se cumplía en él lo que dice Santo Tomás (1): que los varones perfectos comienzan desde esta vida a gozar del premio de las bienaventuranzas en los actos de las virtudes con felicidad comenzada. Porque las bienaventuranzas que Cristo Nuestro Señor predicó en el monte, son actos de virtudes perfectas; de manera que cada acto de virtud en el cielo es una particular bienaventuranza, tanto mayor, cuanto más perfectamente la hubiere alcanzado en esta vida. Y con esta participación de gloria regaló algunas veces Nuestro Señor a este soldado suyo, como en premio de sus batallas y para esforzarle en ellas, como el mismo Santo Padre lo refiere en diversos lugares de sus libros. De todo lo cual se puede conocer lo que se dijo al principio de este capítulo: que fueron tan aventajadas las virtudes de nuestro Santo, que excedían el común modo del destierro, y se acercaban al de la patria.

---

1 D. Th., II-II^{ae}, q. 69, a. 2.

LIBRO SEGUNDO

CAPITULO PRIMERO

Algunos sucesos que hubo en este tiempo entre las dos Congregaciones de Calzados y Descalzos de nuestra Orden, que amenazaban a San Juan de la Cruz.

Habiendo tratado ya en particular de las virtudes de nuestro Padre San Juan de la Cruz, será necesario, para continuación de su historia, que nos acordemos de lo que se tocó en otra parte de los visitadores o comisarios apostólicos que por este tiempo había en algunas Religiones, y los que se señalaron a la de Nuestra Señora del Carmen, por haberse ocasionado de ellos muchos de los sucesos que están por referir de nuestro asunto.

Deseaban mucho estos Comisarios enderezar las cosas de su legacía a los intentos del Santísimo Pontífice Pío V y del católico rey Don Felipe II, que eran de una gran Reformación de las Religiones. Para esto les pareció al P. fray Pedro Fernández, en Castilla, y al P. fray Francisco de Vargas, en Andalucía (que de esta manera estaba dividida su comisión) que eran a propósito los nuevos Descalzos de esta Orden, para introducir con su vida ejemplar y reformada la reformación que se pretendía de todo lo demás de la Orden, en lo que se había dejado de la observancia antigua. Con este intento usaron de algunos medios que les parecían fáciles y suaves, y en la ejecución eran violentos y dificultosos: como poner en conventos de Calzados prelados Descalzos y otros oficiales, como porteros y sacristanes, que eran los de más confianza. Lo cual se hizo en Castilla en los dos monasterios de Avila y Toledo, que eran los principales de este reino.

Asimismo, en lugar de fundaciones nuevas de Descalzos, les daban casas de los Padres Calzados, para que fundasen en ellas, como se intentó en Andalucía, donde les ofrecieron el convento de Jaén (aunque no lo quisieron aceptar, por excu-

sar sentimientos de los Padres Calzados) y el de San Juan del Puerto, que por ser de menos autoridad, le ocuparon los Descalzos algunos meses, obedeciendo al P. Comisario fray Francisco de Vargas, que se lo mandaba, y poco después le dejaron, por atajar estos sentimientos y asegurar a sus hermanos que no trataban de aumentar su Congregación con menoscabo de nadie, sino que, violentados, habían entrado allí, y que lo mismo hacían cuando por muestra de favor los mezclaban entre ellos.

Pero, aunque estos medios eran odiosos, y en que los Descalzos obedecían de mala gana, otro intentaron también los Padres Comisarios, más violento, y con que se acabó de perturbar la paz entre las dos Congregaciones: que fué subdelegar su comisión en algunos de los Padres Descalzos, haciéndolos jueces apostólicos de los Calzados y encargándoles algunas visitas de sus conventos. Para esto echó mano el P. fray Pedro Fernández, en Castilla, del P. fray Antonio de Jesús, primer prelado de los Descalzos, y encomendóle algunas visitas. Pero él, como tan experimentado en cosas de Religión, y no queriéndose encontrar con sus hermanos, cumplió con entrambas partes, haciendo tan poco ruido en su comisión, que casi no se supo que era Comisario. Lo mismo quiso hacer el P. fray Francisco de Vargas en Andalucía, y para esto intentó valerse del P. Fr. Baltasar de Jesús, hombre docto y gran predicador, que con algunos religiosos había ido de Castilla a la fundación del monasterio de Granada. Pero, como él sabía cuán odioso era esto a los Padres Calzados, y que se metía en un muy dificultoso laberinto, no quiso aceptar la comisión. Por lo cual echó mano del P. fray Jerónimo de la Madre de Dios, recién profeso, que también había ido a esta fundación con los de Castilla, y él la aceptó, y poco después le subdelegó también para Castilla el P. fray Pedro Fernández con cierta limitación.

Sintió mucho la Congregación de los Descalzos esta aceptación del P. Fr. Jerónimo, así por la causa de sentimiento que se daba a los Padres Calzados, y de que juzgasen de los Descalzos que se les querían alzar con el imperio y quitarles su libertad, como por la poca experiencia que el P. fray Jerónimo tenía de cosas de Religión, para encaminar conveniente-

mente empresa tan dificultosa. Porque apenas había acabado de tener en Pastrana el año de noviciado, cuando el P. fray Mariano de San Benito le había sacado de aquel convento, para llevarle por su compañero a Andalucía. Y así se prometían poco aprovechamiennto en los visitados con su experiencia aún no sazonada, y temían que había de causar con su comisión grandes inquietudes a la nueva Congregación Descalza, aunque no lo pudieron remediar, por estar de por medio la autoridad del Rey Católico y ser algunos de los privados parientes del P. Fr. Jerónimo.

De todas estas cosas y de palabras que se habían oído a los Comisarios, penetraron los Padres Calzados que el intento del Papa y del Rey Católico era extender las fuerzas de los Descalzos y estrechar las de los Calzados, para introducir en su Congregación mitigada cosas de rigor y observancia primitiva, que ellos no habían profesado; y lo había comenzado ya a intentar el P. Fr. Jerónimo en la visita de Andalucía. Con lo cual se exasperaron notablemente, y para tratar de su remedio, juntaron capítulo general en la ciudad de Plasencia, de Italia, que, según la concurrencia de las cosas, parece que fué al principio del año de 1566. En el cual se determinó que, para enflaquecer a los Descalzos e irlos extinguiendo, se usase del mismo medio que los Comisarios Apostólicos habían intentado para enflaquecer a los Calzados, mezclando Descalzos en conventos Calzados, a título de reformación, por asegurar al Rey Católico, y acomodando su institución de manera que a poco tiempo fuesen todos unos, pareciéndoles más fácil, según nuestra naturaleza, caminar del rigor a la suavidad, que lo contrario.

Para ejecutor de esto, enviaron a España al P. Maestro fray Jerónimo Tostado, de nación portuguesa, hombre de gran capacidad y de muchas letras, dándole nombre de Vicario general, Visitador y Reformador de toda España. Pero, como el Rey Católico tenía gran providencia en las cosas de reformación de su reino, por muy secreto que corría el fin del Capítulo de Italia, tuvo aviso de él de España; y en llegando a ella el Padre Comisario general le impidió la ejecución de su legacía y ordenó al Nuncio de Su Santidad, Nicolás Hormaneto, que mandase al Comisario Descalzo que con-

tinuase su visita. Sobre lo cual hubo grandes dificultades de entrambas partes, que duraron casi tres años, y no son de historia particular. Lo que de ellas toca a nuestro intento, es que, aunque en lo público no ejercitaba el Padre Comisario general su comisión, por estar impedida por el Rey, pero de secreto procuraba quitar de por medio los principales Descalzos, y trató de prenderlos y encarcelarlos, donde no se supiese de ellos. Y en el primer lugar ponía los ojos en nuestro Padre San Juan de la Cruz, a quien tenían por el principal caudillo de la Reformación primitiva.

CAPITULO II

Junta que se hizo de Descalzos en este tiempo para remedio de los daños que les amenazaban, y tratar de otras cosas convenientes a su Congregación.

En sabiendo los Descalzos la llegada a España del Padre Maestro fray Jerónimo Tostado y los intentos con que venía a ella, se juntaron los Prelados y hombres de buen consejo de los conventos primitivos en el de Almodóvar, y nuestro Santo Padre (que todavía asistía en el monasterio de la Encarnación de Avila), para tratar de oponerse a esta tormenta, que tan de cerca los amenazaba, y tomar la resolución más conveniente para evitarla. Fué esta junta a 8 de agosto de 1566, y presidió en ella el P. Fr. Jerónimo de la Madre de Dios, prelado entonces de todos los Descalzos de Castilla y Andalucía, por subdelegación de los dos Comisarios Apostólicos, por la cual pretendieron librar a los Descalzos del gobierno de los Provinciales Calzados, no tan conveniente para ellos, y fué la primera junta que hallamos de solos Descalzos. Después de larga conferencia que sobre el caso tuvieron, les pareció que convenía acudir a la fuente, y que pues seguían causa no sólo justa, mas también heroica, suplicasen al Pontífice les diese prelado de su misma profesión, que los gobernase, pues lo ordenaba así el Concilio Tridentino, y nombraron personas para esta embajada, cuales pareció que convenía, para informar de su justicia al Papa y Cardenales.

Después de haber tomado resolución en el negocio principal, trataron los congregados de otras cosas convenientes al buen enderezamiento de la Congregación primitiva; de que había entre los que la gobernaban diferentes sentimientos, dejándose llevar cada uno de su inclinación para asentar, conforme a ella, las cosas de Religión. Porque, como entonces no reconocían cabeza fundamental a quien siguiesen, y no todos tenían suficiente noticia de la vida primitiva de nuestros mayores, ni de que Dios la quería resucitar en la nueva Congregación de Descalzos, cada uno arbitraba a su modo y tenía su parecer por el norte más acertado, y hasta en los medios fundamentales estaban divididos. Porque nuestro Santo Padre (en quien Dios inmediatamente influía) desde que se descalzó, había entendido de Su Majestad, como también nuestra Madre Santa Teresa de Jesús, que los nuevos Descalzos eran llamados principalmente a la vida contemplativa, según el Profeta Elías, nuestro Padre fundamental, la había asentado por mandado de Dios en su escuela. Y que para este ejercicio de ángeles eran necesarios los medios que pone nuestra Regla, de recogimiento en sus celdas, soledad, silencio y aspereza de vida; y que a esto se había de ordenar la nueva Congregación, mirando a nuestros monjes antiguos para imitarlos. Este mismo sentimiento tenían algunos pocos de los muy perfectos que allí se hallaron, como fray Gabriel de la Asunción, fray Francisco de la Concepción, fray Brocardo, que llamaron el Viejo. Y a lo mismo se inclinaba también el P. fray Nicolás de Jesús María que, aunque era nuevo en la Religión, tenía ya autoridad de antiguo por su gran caudal y excelente celo de perfección.

Por otra parte, el P. fray Antonio de Jesús, como había estado la mayor parte de su vida entre los Padres Calzados, que tan loablemente acuden al consuelo y aprovechamiento de los fieles, y no se tienen ya por tan obligados a la vida contemplativa como a la activa, predominaba todavía en él este afecto de ejercitarse en esta obra tan piadosa, aunque fuese con menos rigorosa observancia de estotros medios. Y parecíale hallaba para ello razones, por el título de mendicantes, que el Papa Inocencio IV, en la confirmación de nuestra Regla, nos había dado. A este mismo sentimiento ayu-

daba mucho el P. fray Jerónimo de la Madre de Dios, por ser poderosamente inclinado a este celo de acudir a las almas. Y como la naturaleza racional y sociable apetece naturalmente más la comunicación humana, que la soledad abstraída, llevaba este celo en pos de sí la mayor parte de la nueva Congregación, entre los que la gobernaban y lo defendían; de manera que había poco tiempo, no sólo para vacar a la contemplación, pero ni aun para entrar en las celdas. Y hasta a las casas de soledad alcanzaba esto por los muchos actos comunes que se habían introducido, y lo mucho que se cantaba en el coro, muy diferente todo de como nuestros mayores lo habían observado, para que las ocupaciones ajenas no estorbasen a las propias.

Y como Nuestro Santo Padre tuvo tan santa libertad en las juntas y capítulos, donde tenía voto, para decir su parecer según la luz que tenía de Dios, (aunque vió que la mayor parte de los que allí se habían congregado, y también el que hacía las veces de Prelado superior, eran de contrario sentimiento) ponderó con un celo de Elías cuán relajada estaba ya la nueva Congregación, tan a los principios de su corriente, en lo principal de su Instituto, que era la asistencia en las celdas para vacar a la oración y contemplación, y cuánto se aventajaban en esto los monasterios de las monjas a los de los frailes. En los cuales, parte por la mucha mano que se daba para salir por los pueblos a predicar y confesar (ejercicio propio de otras Religiones que tiene Dios para esto en su Iglesia), parte por los muchos actos comunes que se habían introducido contra la moderación que en esto tuvieron nuestros mayores favorecida de nuestra Regla, y haber abrazado más del culto divino exterior de lo que se compadece con el culto interior, a que somos llamados de Dios particularmente, no se podía asistir en las celdas para vacar a él; y cuando entraban en ellas, iban tan ahogados los espíritus, y tan cansados los cuerpos con estos actos exteriores, que más estaban para descansar, que para orar. De todo lo cual sacaba cuán necesario era reparar esto con moderar estas dos maneras de ocupaciones, dejando de ella lo que se compadece con la principal, sin aguardar que Dios, a lo milagroso, lo moderase, como lo había moderado algunas veces en los siglos antiguos,

enviando ángeles que cercenasen los medios de culto divino exterior, para que no se faltase al culto interior; a que habíamos de aspirar, como dado de Dios por principal ocupación, de la cual (como hablando con nosotros) había dicho el Salvador que, como Dios era espíritu, en espíritu quería ser adorado de los verdaderos adoradores de Dios.

De este esfuerzo con que Nuestro Santo Padre apoyó en esta junta los medios fundamentales de nuestro Instituto, resultó moderar mucho de lo que se cantaba en el coro y otras cosas que se rezaban en comunidad, fuera de las siete Horas Canónicas del Oficio Divino. Que, aunque es obra tan excelente, no dejaba lugar para acudir al trato de la oración mental y contemplación, a que somos especialmente llamados. Aunque no se moderó la multiplicidad de actos comunes, que nuestros mayores (a quien habemos de imitar) habían tenido. Para lo del recogimiento y moderar el celo de almas, según nuestro Instituto, se determinó que se guardasen en toda la Congregación de los Descalzos las primeras Constituciones que se hicieron en Duruelo (porque hasta entonces no se guardaban en todos los conventos) y favorecen este recogimiento contra la distracción demasiada, fuera de nuestros monasterios, aunque sea con ocasión de ayudar a los fieles.

Con esto parece que se reparó convenientemente esta quiebra de recogimiento que entonces había; porque la Constitución que trata de él, dice de esta manera: «Item, ordenamos, cuanto a la clausura y recogimiento de los religiosos que manda la Regla, que ninguno pueda salir de casa, excepto el procurador y el predicador, cuando fuere a predicar, o en algún caso grave y raro, y no en otra manera, aunque sea a entierros de difuntos, ni a visitas de parientes, ni enfermos, ni aun con título de irlos a confesar, si no fuere ofreciéndose algún caso de tan grave necesidad, que parezca que es contra la caridad dejar de ir a la tal confesión. Y aun de esta manera no pueda el prior dar licencia, si no fuere con el consentimiento de dos Padres, los más ancianos, que estuvieren en casa, so pena de grave culpa por tres días. Y para mayor recogimiento, ordenamos que no pueda haber entre nosotros quien ande por las calles pidiendo con bacine-

tas ni con alforjas por las eras, ni de otra cualquiera manera, que sea ocasión de distracción y vaguear.» Esto dice esta Constitución, hecha en Duruelo, dejando abierta la puerta para ayudar a las almas que vinieren a nuestros monasterios, y cerrándola a salir demasiado fuera de ellos: lo cual guardó siempre nuestro Santo Padre en todos los que gobernó. Otras cosas tocantes a conventos particulares se determinaron en esta primera junta, que no hacen a nuestro intento; y en otra parte veremos un decreto de la divina Sabiduría en favor de estas cosas, que nuestro Santo Padre propuso en esta junta.

CAPITULO III

Prisión de San Juan de la Cruz, en Avila, para llevarle a Toledo.

Vuelto San Juan de la Cruz a Avila, donde la obediencia le tenía entonces, hallábanse tan consoladas con él y tan aprovechadas con su doctrina las monjas del monasterio de la Encarnación, que habiendo acabado nuestra Madre Santa Teresa de Jesús su oficio de priora de este monasterio, y lo fué a ser del de San José, de la misma ciudad, pidieron al Padre Comisario Apostólico que les dejase allí los confesores descalzos. Y como los Padres de la observancia mitigada llevasen tan mal que los primitivos tuvieran ocupado aquel lugar, y miraban a nuestro Santo Padre como al principal de ellos, en llegando a Castilla el Padre Fr. Jerónimo Tostado con tan ancha Comisión del Capítulo general, entre otras prisiones que decretó, fué la de los confesores de la Encarnación, particularmente de San Juan de la Cruz, contra quien estaban grandemente indignados.

Algunos días antes, le previno Nuestro Señor en la oración de lo que contra él se urdía, cómo lo habían de prender y poner en grandísimos trabajos. Y él se lo dijo a Ana María, monja de singular virtud en la Encarnación. Y como él estaba tan flaco y gastado de penitencias, le respondió ella que pocos trabajos bastarían para acabarle la vida, estando él como estaba. Y viendo él que no se persuadía a que hubiesen

de prenderle y maltratarle, le certificó que sucedería sin falta lo que le decía. Todo esto dice este religiosa en su declaración jurada, y pondera mucho que estaba tan confiado en Dios, y tan dejado a lo que ordenaba de él, que aunque pudo huir el cuerpo a la prisión, de ninguna manera quiso, ni excusar la persecución.

Ya sabían los prelados descalzos cuán mal llevaban los Padres Calzados que fuesen confesores en el monasterio de la Encarnación los dos Padres primitivos, y por sacarlos de allí con algún buen color y sin queja de las monjas, que estaban muy halladas con ellos, eligieron a nuestro Santo Padre por Prior de Mancera. Pero llegó primero a Avila el mandato del P. Vicario general para prenderle.

En recibiéndolo los Padres de la Observancia, fueron de noche con mano armada a la hospedería de la Encarnación, donde los Descalzos posaban, y derribando las puertas, les echaron mano con la furia con que suelen prender a los hombres facinerosos, y los llevaron presos a su convento, haciendo en la hospedería y por el camino muy malos tratamientos a San Juan, y llevándolos él con tanta mansedumbre, que dicen en sus declaraciones las monjas de aquel monasterio, por relación de los ejecutores, que con su humildad y paciencia iba representando en su prisión la de Cristo. Oyeron las monjas el ruido, y sabido a la mañana el suceso, lo sintieron con gran extremo; porque todas tenían como por Padre al que oían haber sido tan mal tratado.

En llegando con ellos al convento, los pusieron en celdas apartadas una de otra, y dieron luego orden de sacarlos de Avila, temiendo los muchos aficionados que allí tenían, y que si en la ciudad se entendía que estaban presos, se levantaría algún gran alboroto, para sacarlos de la prisión. Al P. fray Germán de Santo Matías (que era el uno de los dos confesores) le llevaron al monasterio de San Pablo, de la Moraleja, adonde, sin hacerle cargo ni darle la razón por qué le tenían preso, le hicieron padecer una larga prisión con hartos trabajos. A San Juan (contra quien era la mayor indignación) le quitaron por fuerza el hábito de descalzo, porque no fuese conocido en el camino, y también para mayor mortificación suya, y le vistieron hábito de calzado, diciendo él

que bien le podían calzar los pies, pero no el corazón, que todo lo tenía descalzo. Y de esta manera le llevaron con buena guarda al convento de Toledo, pareciéndoles que estando en lugar grande, donde hay menos registros de las cosas particulares, y tan lejos de donde le habían prendido, podía estar más encubierto, que en lugar pequeño.

El religioso que en esta jornada le llevó a su cargo, no debía de ser de los más aficionados que los Descalzos tenían, y así le trataba por el camino con tan poca blandura, que indignado un mozo que llevaban consigo, de oir las malas palabras que le decía, y edificado de la paciencia y modestia con que el Padre Fr. Juan las llevaba, sin responderle palabra desabrida ni mostrar indignación contra quien así le molestaba, trató de librarle de sus manos, y se lo dijo en secreto. Pero nuestro Santo Padre, disculpando al compañero, respondió que no le trataba tan mal como él merecía que le tratasen, y que así perdiese el cuidado de él, que muy sin congoja iba, No se contentó con esto el mozo, y llegando a un lugar donde le pareció que el mesonero era hombre piadoso, le dijo el mal tratamiento que por el camino se había hecho a aquel religioso, que él tenía por santo, según la gran paciencia con que lo sufría, y persuadía al mesonero que le escondiese, que la pasión con que le trataban, mostraba que padecia injustamente. Habló el mesonero a San Juan para enterarse de él si era verdad lo que el mozo le había dicho. Y él respondió que de buena gana hacía aquella jornada, por ser voluntad de los dos prelados, y que así no hiciese ningún alboroto, que no había para qué, y que por la buena voluntad le encomendaría a Dios.

Ya en Toledo sabían los Padres Calzados que habían de llevar allí al Reformador, y tenían orden del Vicario general de cómo se habían de haber con él: que era hacerle obedecer las actas secretas que se habían hecho en el Capítulo de Plasencia, las cuales, con el orden que el P. Vicario General traía del Capítulo, se hallaron entre sus papeles, cuando el Consejo Real de Castilla le hizo embargo de ellos, para que no usase de su comisión, contra lo que los Visitadores apostólicos iban haciendo, por orden de Su Santidad. Lo principal de esta orden era que no se fundasen más casas de re-

ligiosos primitivos ni se recibiesen novicios; que los que ya lo eran, no se diferenciasen tanto de los demás religiosos en el hábito ni se llamasen Descalzos: en todo lo cual parece que se arrimaban a una constitución de la Orden, hecha en el capítulo de Venecia, donde presidió el General Fr. Nicolás Auder, el año 1524, donde se ordenaba que hubiese en cada provincia algunas casas de religiosos reformados, que guardasen la Regla primitiva, y siendo en el hábito iguales con los demás religiosos, se diferenciasen en la vida; y con ejecutar esto en nuestros Descalzos, les parecía quitaban muchos de los inconvenientes que de tanta diversidad de hábito y vida, con gran aplauso del pueblo, se les seguían; y lo demás del intento del Capítulo se había dejado a la prudente disposición del Vicario General, para ir extinguiendo poco a poco a los Descalzos, mezclándolos con los Calzadas con voz de reformación, como ya queda tocado.

CAPITULO IV

Diligencias que se hicieron en Toledo con San Juan de la Cruz, para que volviese a calzarse. Por resistirlo, le encarcelan y aflígen.

Llegado a Toleedo San Juan de la Cruz, le recibieron con rostro torcido los Padres de la Observancia, todavía con esperanza de poderle reducir a su intento. Otro día de como llegó, le intimaron las actas del Capítulo General de Plasencia, de Italia, de que poco ha se hizo memoria, particularmente las que mandaban a los Descalzos que, aunque en sus conventos guardasen la Regla primitiva, usasen del mismo hábito que los Calzados, y que se calzasen y no se llamasen Descalzos, sino contemplativos o primitivos, y otras cosas del intento del Capítulo. Tras esto le persuadieron que dejase aquella nueva vida, en que había de andar siempre inquieto y perseguido, y se volviese a la antigua, en que se había criado, que ellos le honrarían en su Congregación. Pero nuestro Santo Padre, con ánimo constante y semblante sereno, como quien estribaba sobre cimiento firme, les respondió que el in-

tento de su Congregación había sido resucitar no sólo la perfección de vida, mas también el rigor de hábito de los primitivos antiguos, que era el que los Descalzos traían; y que demás de esto, tenían expreso mandato del Nuncio de Su Santidad (que todavía era Hormaneto) y del Comisario Apostólico que no admitiesen estas actas del Capítulo General, ni innovasen cosa alguna de vida ni hábito de los que usaban los Descalzos, y que por ser esta obediencia más inmediata a la Sede Apostólica, no podían ir contra ella, por otra ninguna emanada del Capítulo ni Definitorio de la Orden, y que así la había de cumplir, aunque por ello padeciese hasta la muerte.

Indignáronse mucho de esto los Padres de la Observancia que allí se hallaron; y como juzgaban al Santo Padre como causa fundamental de los daños que les parecía que padecían por la Reformación de los Descalzos y por no querer obedecer las actas del Capítulo General, le tenían por inobediente y rebelde a las ordenaciones de los Prelados (que en todas las Religiones se tiene por gravísimo delito contra el fundamento del estado religioso, que es la obediencia).

No debe nadie maravillarse de los malos tratamientos que por esto le hicieron al Santo, aunque el celo de la Religión se haya arrimado un poco a la indignación, que tiene por vecina, como las demás virtudes a los vicios cercanos, que tienen apariencia de ellas. Lo cual Nuestro Señor permitió para afinar más la virtud de su siervo con la contradicción de buenos, que suele ser la mayor, y calificar su santidad con una de las mayores excelencias que en esta vida puede alcanzar un cristiano, y en que se hace semejante a Cristo Nuestro Señor, la cual es que, siendo muy bueno, sea tenido por muy malo. Y esta dicha concedió Su Majestad a nuestro Santo Padre en esta ocasión, para gran aumento de sus merecimientos; y la perfeccionó en otra persecución que precedió a su muerte, como allí veremos, porque le querían hacer un retrato suyo muy al vivo.

Comenzaron luego los Padres de la Observancia a tratarle como inobediente, y a ejecutar en él las penas rigorosas que las Religiones usan contra los rebeldes; y para principio de ellas le pusieron en una cárcel muy estrecha. La cual yo puedo

describir, por haberla visto, no sin harta veneración, por lo que sabía que había sucedido en ella con tantas visitas de Dios y de su soberana Madre, hechas a un siervo de los más fieles de su siglo, para consolarle en las aflicciones que por su servicio estaba padeciendo con amor tan fino. Era esta cárcel una celdilla puesta al lado de una sala; tenía de ancho seis pies, y hasta diez de largo, sin otra luz ni respiradero, sino un agujero en lo alto, de hasta tres dedos de ancho, que daba tan poca luz, que para rezar en su breviario o leer en un libro de devoción que tenía, se subía sobre un banquillo, para poder alcanzar a ver, y aun esto había de ser cuando el sol daba en el corredor, que estaba delante de la sala, hacia donde este agujero caía. Porque, como se había hecho esta celda para retrete de esta sala, en que poner algún vaso inmundo, cuando aposentaba en ella algún prelado grave, no le habían dado más luz.

A la puerta de esta celda pusieron un candado, para que nadie pudiese verle ni visitarle, si no fuese el carcelero. Y después de algunos meses de prisión, tuvieron nuevas que el P. Fr. Germán de Santo Matías se había soltado de la cárcel en que estaba, en San Pablo de la Moraleja, y temiendo otro tanto del Padre Juan de la Cruz, pusieron nueva fortaleza a su cárcel, añadiendo al candado de la celdilla otra llave en la sala, para tenerle más seguro. La cama que le pusieron, era a la usanza de los Descalzos: unas tablas con dos manticas viejas, y la comida bien moderada, porque la ordinaria era un poco de pan y alguna sardina, y los días que se comía pescado en el refectorio, le llevaba el carcelero algunas sobras de él, porque en todo le trataban como a delincuente, y en todo el tiempo de su prisión nunca se mudó túnica ni otra ropa.

Los viernes le llevaban a refectorio y le daban a comer en el suelo pan y agua, y después que todos habían acabado de comer, le daban, por plato de postre, una disciplina que llaman de rueda, en que todos tienen parte, castigo propio de graves delitos en las Religiones, y por tal se tenía éste de no obedecer las actas del Capítulo. La piedad con que se daba esta disciplina, se echaba de ver en las tristes espaldas del paciente, pues muchos años después de salido de la prisión, duraban en ellas las señales de los azotes, como testi-

ficando cuán de buena gana se los habían dado. Una de las baterías con que el demonio le hizo mayor guerra en la cárcel, y en que él tuvo mayor necesidad de resistir, fué en los juicios que le ofrecía de que le deseaban la muerte. Porque como el tratamiento era tan áspero y la comida tan desabrida, procuraba el demonio persuadirle que con ella pretendían acabarle; y cada bocado que comía, había menester saborearle con actos de caridad, para no caer en algún juicio grave.

Exhortábanle muchas veces a que, dejando el partido de los Descalzos, se conformase con ellos, y que le honrarían en sus prelacías. Pero como él les respondía constantemente que antes perdería la vida, que volver atrás en el propósito comenzado, en que sabía que servía mucho a Dios y a su Orden, se indignaban de nuevo contra él, y teniendo esta heroica constancia por nuevos actos de inobediencia y rebeldía, antes se aumentaba el rigor de su tratamiento, que se mitigaba. Todo esto y lo demás que se dirá adelante, consta de diversas informaciones, que se hicieron de estas materias: unas para el Tribunal del Nuncio de Su Santidad y de cuatro adjuntos, que trataron con él la causa de los Descalzos, de que se trata más de propósito en la Historia General; y otras mucho después en orden a la beatificación de nuestro Padre San Juan de la Cruz; y también de muchas personas de gran crédito, que se lo oyeron a él mismo, y concuerdan entre sí todas estas relaciones.

CAPITULO V

Algunos trabajos que San Juan de la Cruz padeció en la cárcel. Paciencia con que los llevaba.

Pusieron los Padres de la Observancia grandísimo cuidado no sólo en la guarda del Santo, mas también en tenerle con tanto secreto, que de ninguna manera se supiese dónde estaba. Porque, como sabían cuán estimado era entre los Descalzos, temían que en alcanzando a saber dónde le tenían preso, habían de hacer fuerte diligencia por librarle. Y guardaron en esto tan extraordinario recato, que en nueve meses que estuvo allí encerrado, ni se supo de él si era vivo o muer-

to, aunque se hacían hartas diligencias para esto; y aunque era muy grande la pena que daba a todos este silencio, mucho mayor a nuestra Madre Santa Teresa, que como conocía tan bien las riquezas del cielo que en él tenía Dios encerradas, sentía mucho que faltase en aquel tiempo a su Religión. Y aunque le encomendaba a Nuestro Señor continuamente, nunca tuvo luz en la oración si penaba con los presos o descansaba con los muertos. Y así solía decir que muy a su cargo le tenía Dios, pues tanto lo celaba a todos sus amigos. El tiempo de su prisión, que hizo templado, lo pasó menos mal; pero en entrando los calores del verano, estaba en aquel lugar como en un penoso purgatorio de calor y mal olor; y fatigábalo tanto lo uno y lo otro, que fué como milagro poder vivir pocos días, cuánto más tantos meses.

El carcelero que le tenía a cargo, era de los muy confidentes en el celo de la Congregación mitigada, y poca afición de la primitiva, y así ayudaba por su parte a la aflicción del encarcelado y a las incomodidades que padecía. Y para que por todas partes fuese afligido, se aumentaban a todas estas penas otra, que mucho le desconsolaba. Porque, como la sala que estaba antes de la carcelilla de su prisión, era como hospedería de prelados y gente grave de la Orden, los hospedaban allí algunas veces, y no sabiendo a quién tenían por testigo de sus pláticas, trataban de noche de las que entonces eran más frecuentes en la Orden, y decían que ya la Congregación de los Descalzos se deshacía; porque ya venía el Nuncio de Su Santidad, Felipe Sega, de Roma, para poner en libertad la comunicación del Vicario General Fr. Jerónimo Tostado, el cual, con la autoridad y favor del Nuncio, los había de hacer calzar, para que presto fuesen todos unos. Tras esto conocía de estas pláticas la gran indignación que contra él tenían los Padres de la Observancia mitigada, como contra capitán de los primitivos, y que, según la opinión de ellos, allí significada, no saldría de la prisión, sino para la sepultura. Lo primero era para él de increíble dolor, y lo segundo de particular consuelo por lo que amaba los trabajos, y en todo se arrimaba a la voluntad de Dios y rendía a la profundidad de sus juicios la pequeñez de su razón y discurso.

Después de pasados algunos meses de tan apretada cárcel,

llegó con las incomodidades de ella y poca amistad del carcelero, a estar tan flaco y debilitado, que conocidamente echaba de ver que se le iba acabando la vida. Y así, como quien hacía actos de martirio entre los tormentos, la estaba ofreciendo a Dios tan a lo liberal, que quisiera tener muchas, para ofrecerlas todas a su servicio. Con lo cual llegó en esta ocasión a aquel sublime grado de caridad que el Salvador significó cuando dijo que la mayor caridad que uno podía tener, era poner la vida por sus amigos; y en esto imitó la caridad de Cristo, que de esta manera ofreció la suya.

A los postreros meses de esta cárcel, cuando la necesidad era más apretada, le socorrió Nuestro Señor con traer, desde el monasterio de Valladolid al de Toledo, un religioso de los Padres de la Observancia, de ánimo piadoso y desapasionado, digno de memoria, aunque no lo nombro. Al cual, por una ocupación forzosa del carcelero propietario, le dieron el cuidado de nuestro Santo Padre, y desde entonces comenzó a respirar algo; porque, ejecutando la orden que tenía de los prelados, lo hacía con blandura y piedad, y la mostraba en aliviar el trabajo del encarcelado en lo poco que podía. Y conservó Nuestro Señor la vida a este religioso, hasta que se hicieron las informaciones para la beatificación del Santo Reformador, y dijo en ellas su dicho, para que, concordando en las cosas que refiere en él, con lo que otros testigos oyeron al propio Santo, quedase la verdad más comprobada, y así pondremos aquí para esta comprobación algunas de sus palabras.

Dice, pues, este religioso en una de las primeras preguntas, tratando en universal de las virtudes del Padre fray Juan, estas palabras: «Conocí al Santo Padre Fr. Juan de la Cruz, cuando estuvo preso en nuestro convento de la ciudad de Toledo, tiempo ocasionado para ejercitar las virtudes por su apretura, y allí hice concepto de él que era hombre de heroica virtud y de gran santidad. Porque en medio de su apretura, mostraba gran humildad, magnanimidad y fortaleza, de manera que nada de lo que pasaba por él, le tenía inquieto, ni se acuitaba, ni afligía, antes mostraba gran tolerancia e igualdad de ánimo, y ser un alma pura, y que tenía grande amor a Nuestro Señor y firme esperanza en Su Ma-

jestad. Tras esto, era muy agradecido a lo que por él se hacía; y así, cuando yo le hacía algún pequeño beneficio, me lo agradecía mucho. Mostraba también ser varón penitente y de mucho sufrimiento, porque sus trabajos (que eran grandes) los llevaba con tanta paciencia, que, jamás, ni cuando actualmente los padecía ni cuando estaba fuera de ellos, se vió en él acción, ni se oyó palabra que oliese a sentimiento, ni queja de persona alguna, antes los llevaba con gran quietud de ánimo y con una gran modestia que tenía. Y así, por lo dicho y por lo demás que vi en él, y por lo que diversas veces he oído de sus virtudes, tengo para mí que fué santo en grado muy aventajado.» Esto dice en común de sus virtudes y puede causar admiración a cualquiera buen juicio tanto silencio y tan gran paciencia en ocasiones tan fuertes y apretadas.

Pero hablando más en particular del tiempo de su cárcel, dice de esta manera: «Fué preso por los Padres Calzados de su Orden, permitiendo Dios que padeciese este siervo suyo sin culpa de él ni de los superiores. Y fué la prisión en la ciudad de Avila, estando él por confesor de las monjas de la Encarnación, que son de nuestra Orden, y de allí le llevaron preso a Toledo, donde le pusieron en una estrecha cárcel, y tan obscura, que no tenía más luz, que la que le entraba por una saetera rasgada, que venía a estar en un rincón de esta carcelilla. Faltando en este tiempo el religioso que era carcelero del Santo Padre, el prior me dió cargo de él y de la carcelilla; y así en el tiempo que le tuve a cargo, le ví que, estando roto y maltratado, y, con la descomodidad del lugar en que estaba, muy flaco, lo llevaba todo con gran paciencia y silencio. Porque jamás le vi ni oí quejarse de nadie, ni culpar a los que así le ejercitaban, ni mostrar flaqueza en acuitarse, lastimarse, ni llorar su suerte; antes con gran serenidad, modestia y compostura llevaba su cárcel y soledad.»

»En este tiempo que le tuve a cargo (que fué ya a lo postrero de su prisión), le bajaron a refectorio tres o cuatro veces, estando en él los frailes, para que recibiese allí disciplinas. Las cuales se le daban con algún rigor, sin hablar él jamás palabra, antes lo llevaba todo con paciencia y amor, y acabado este acto, luego se volvía a la cárcel. Como yo

veía su gran paciencia, compadecido de él, le abría algunas veces la puerta de la cárcel, para que saliese a tomar aire a una sala, que estaba delante de la puerta de la carcelilla, y le dejaba allí, cerrando la sala por defuera. Y esto era mientras los religiosos se recogían a medio día, y en comenzando ellos a bullir, volvía yo a abrir la sala y decíale que se recogiese. Y el bienaventurado Padre lo hacía luego, poniendo las manos y agradeciéndome la caridad que le hacía. Y aunque yo no le había conocido de tiempos antes, de sólo ver su virtuoso modo de proceder, que allí tenía, y la paciencia con que llevaba su ejercicio tan rigoroso, le tuve por una alma santa, y por esto me holgaba de darle este poco de alivio, porque en este tiempo me edificó mucho su santidad y paciencia y su agradecimiento en lo poco que con él hacía». Todo esto es de este testigo de vista tan acreditado, y del tiempo que mejor lo pasó en la cárcel.

Demás de estos trabajos en que exteriormente le ejercitaban, otros padeció en este tiempo interiores, que le afligían más, como él lo ponderó muchas veces a sus íntimos amigos, particularmente dos. El uno fué una porfiada y muy continua batería del demonio, con que le persuadía que había hecho mal en apartarse de la vida y hábito común, que en la Religión entonces se usaba, por hacer vida singular, y le traía para esto todas las razones que dan los maestros de la vida espiritual para condenar las singularidades viciosas en la gente devota. Con lo cual pretendía hacerle entender que había desagradado mucho a Dios, causando guerras civiles en la Orden y perturbando la paz que había en ella. Y con esta batería, no sólo procuraba afligirle, mas también desanimarle, para que, cesando en lo comenzado, se conformase con lo que los Padres Calzados le persuadían. Y como Nuestro Señor le había permitido esta cárcel para purificarle más en ella y que le sirviese de crisol para afinar el oro de su alma, daba lugar al demonio para que le ejercitase con estas baterías, y parecía que le dejaba a solas en ellas, para que sintiese la aflicción de los grandes amadores de Dios, puestos como a oscuras entre temores y recelos, si le dan gusto o le desagradan. Pero cuando la batería se esforzaba tanto, que había menester nuevo socorro, se le daba Nuestro Señor con algún

rayo de luz de cuánto le había servido en haberse descalzado, y que le eran agradables sus trabajos.

El segundo trabajo le procedía de otro crisol más apretado, que significó el Profeta Isaías, y de que se hizo mención en otra parte, que fué meter Nuestro Señor de nuevo su espíritu en la fragua de su influencia purgativa y cocerle allí muy intensamente, no ya para purgarle de la escoria de las imperfecciones, como en los estados inferiores, por donde había pasado, sino para levantarle con nueva blancura y pureza a mayor semejanza de Dios y perfección más rara. Porque, como de la mayor blancura y pureza del espíritu criado a la de Dios haya infinita distancia, aunque más purgado esté, recibe nueva purificación para mayor blancura y semejanza divina, como a nuestro propósito lo significó San Dionisio (1); y cómo la blancura de nuestro Santo Padre había de ser de grado superior para una rara santidad, entró en este divino crisol muchas veces, y algunas estando en la cárcel, con lo cual le disponían para nuevas mercedes, que había de recibir en ella.

CAPITULO VI

Algunos consuelos espirituales muy extraordinarios, con que el Señor esforzó al Santo en sus trabajos.

Muchas veces oyeron a San Juan de la Cruz sus amigos cuán consolado había sido de Cristo Nuestro Señor y de la Serenísima Virgen su Madre en la cárcel, para llevar los trabajos de ella; y aunque no dió por menudo noticia de estos consuelos, algunos se sacan de sus informaciones, por palabras que los testigos le oyeron; y otros, de sus libros, y así haremos memoria de ellos.

Fué lo primero recreado allí con aquel rocío de la gloria celestial, que dice San Agustín (2) que suele comunicar Nuestro Señor a los tentados o muy afligidos por él en esta vida, para que lleven con alentada fortaleza y prudente tolerancia sus trabajos y aflicciones. Y de este género dice Santo To-

1 D. Dion., De Coel. Hier., c. 13.
2 D. Aug., Super Gen., l. 12, c. 26.

más (1) que eran los consuelos que Nuestro Señor daba a los mártires en los tormentos, para hacerlos invencibles. Y este mismo efecto sentía Santa Teresa con esta comunicación divina, y así dice (*Vida*, cap. 16) la fortaleza que con ella recibía su alma, que por entonces le parecía que no habían hecho mucho los mártires en padecer por Dios tales tormentos, si en ellos les daban pictima tan confortativa para el corazón. Y esta ayuda de las virtudes perfectas con que estaba fortificada su alma, confortó la de nuestro Santo Padre para llevar con tanto valor, como ya vimos, los trabajos de la cárcel.

El segundo socorro con que Nuestro Señor le esforzó en este tiempo, para llevar alegremente estos trabajos, así exteriores, como interiores, fué un gran conocimiento que allí le dió del incomparable valor de los trabajos padecidos por él. Y de aquí le procedía, no sólo esta alegre tolerancia de los que allí se le ofrecían, siendo tantos y tan grandes, mas también el hambre insaciable que le quedó del padecer trabajos por Dios, que sólo la memoria de ellos o las palabras con que los nombraban, le arrebataban tan poderosamente el afecto, que solía quedarse suspenso, de que veremos adelante algún ejemplo. Y así solía él decir a los que le veían algunas veces afligido porque padecía poco por Dios: No se espanten de que ame tanto el padecer, porque me dió el Señor en la cárcel gran conocimiento del valor de los trabajos padecidos por él. Y de las ganancias que de este padecer trabajos por Dios había experimentado en su alma, dice en uno de sus libros místicos que el alma que ha comenzado a entrar en los secretos de Dios, conoce que los trabajos del mundo son medios para llegar a lo escondido de la sabiduría delectable de Dios, y por eso desea pasar por todos los aprietos y amarguras que se le pueden ofrecer en esta vida; porque al más puro padecer corresponde más puro entender y más subido gozar (*Cánt. Esp.*, c. 36).

En la tercera manera de consuelo espiritual con que le recreó en este tiempo, le hizo participante de la bienaventuranza que en el cielo causa el ejercicio de las virtudes a sus posee-

1 D. Th., De ver., q. 13, a. 3.

dores. Para lo cual nos acordemos de lo que se tocó en otra parte de la doctrina de Santo Tomás (1): que las bienaventuranzas que Cristo Nuestro Señor predicó en el monte, son actos de virtudes perfectas, de manera que cada acto de virtud en el cielo es una particular bienaventuranza, tanto mayor, cuanto más perfectamente la hubiere alcanzado en esta vida. Y aunque acá tiran derechamente al mérito sus actos, y en la gloria al premio; en esta vida a lo que perfecciona, y en la otra a lo que deleita, y por eso acá son trabajosos, y allá son gozosos; con todo eso, dice este Santo (2) que los varones perfectos comienzan desde esta vida a gozar del premio de estas bienaventuranzas en los actos de las virtudes con felicidad comenzada. Pues de esta felicidad gozó en este tiempo San Juan de la Cruz, cuya experiencia nos declaró él en uno de sus libros místicos, tratando de los efectos de la unión divina, y la toca en otras partes, aunque no tan de propósito, y así referiremos aquí algunas de sus palabras, por tocar su experiencia a este tiempo, y se fué continuando después en las comunicaciones divinas, muy favorables, que tuvo los postreros años de su vida.

Dice, pues, a este propósito de esta manera (*C. E.*, c. 17): «En este dichoso estado sopla el viento del Espíritu Santo por esta viña florida y huerto regalado del Esposo, (que es el alma transformada en él por amor y semejanza), y tocando en las virtudes y dones de que está adornada, las renueva y mueve de suerte, que den de sí admirable fragancia y suavidad, al modo de cuando menean las especies aromáticas. Pues al tiempo que se hace esta moción, derraman las virtudes la abundancia de su olor, el cual antes no se sentía en tanto grado. Porque las virtudes que tiene el alma adquiridas en sí, no siempre las está ella sintiendo y gozando en acto, por estar en el alma en esta vida como flores cerradas en cogollo, o como especies aromáticas cubiertas, cuyo olor no se siente hasta que las descubren y mueven. Pero algunas veces hace Dios tales mercedes al alma su Esposa en este estado, que aspirando con su espíritu divino por este huerto del alma,

1 D. Th., III Sent., d. 34, q. 1, a. 4.
2 I-II^{ae}, q. 69, a. 2.

abre todos estos cogollos de virtudes y descubre estas especies aromáticas de perfecciones del alma, y abriendo el tesoro y caudal que ha encerrado en ella, descubre toda su hermosura. Y entonces es cosa admirable de ver y suave de sentir, la riqueza de los dones que se descubren al alma, y la hermosura de flores de virtudes, ya abiertas todas, y de la manera que cada una da de sí el olor de suavidad que le pertenece. La cual es algunas veces en tanta abundancia que al alma le parece estar vestida de deleites y bañada de inestimable gloria. Tanto, que no sólo ella lo siente de dentro, más también suele redundar tanto afuera, que lo conocen los que saben advertir, por estar la tal alma como un deleitoso jardín lleno de deleites y riquezas de Dios».

«En este aspirar del Espíritu Santo por el alma (que es visitación suya, para enamorarla más) se le comunica en alta manera el Esposo, Hijo de Dios, y por eso envía al Espíritu Santo primero, que es su aposentador, para que le prepare la posada del alma su Esposa, levantándola en deleite celestial, y poniendo en perfección el huerto, abriendo sus flores, descubriendo sus dones, adornándola con la hermosura de sus gracias y riquezas, y dándole a gustar el suavísimo ejercicio de los actos perfectos de todas estas gracias y virtudes en participación de gloria. La cual dura en el alma todo el tiempo que el Amado asiste allí de esta manera, donde la Esposa le está dando suavidad en sus virtudes, según ella lo significó en los Cantares, diciendo: Como estuviese el Rey recostado en su reclinatorio (que es mi alma), dió olor de suavidad mi arbolillo oloroso, entendiendo aquí por arbolillo oloroso el plantel de muchas virtudes que hay en el alma».

Todo esto es del Místico Doctor, donde con su ilustradísima experiencia declara cómo en el estado de unión en que estaba en el tiempo de que vamos hablando, participaba su alma, por ilustración particular del Espíritu Santo, de los actos suavísimos de las virtudes, que en el cielo gozan los bienaventurados, y de la gloria que les causan. Y de camino, nos significó otro singularísimo privilegio, de que, a lo milagroso, gozó también en este estado, que grandemente podía recrearle, y hacerle muy alegre la tolerancia de sus trabajos.

Para cuya declaración nos acordemos de lo que se tocó en otra parte, con la autoridad de los grandes Doctores de la Iglesia, místicos y escolásticos: que algunas veces concede Dios, por particular privilegio, a los grandes contemplativos el conocimiento natural que tuvieron los ángeles viadores, antes de ser glorificados. Al cual conocimiento pertenece ver su propia esencia, y por ella, como por semejanza expresa de Dios, eran levantados a la contemplación de la esencia divina. Porque semejante privilegio parece que concedió Nuestro Señor algunas veces a San Juan de la Cruz con estas mercedes, levantando su entendimiento a conocer por semejanzas infusas proporcionadas la hermosura de su alma, adornada de dones y virtudes, para que con la alegría que esto le causaba, no sintiese la amargura de sus penas, viendo cuánto se aventajaba con ellas esta misma hermosura. Y así dice que en este aspirar del Espíritu Santo en el vergel del alma es cosa admirable de ver la riqueza de dones que se descubren en ella, y la hermosura de flores de virtudes ya abiertas todas, y sentir la suavidad de su olor.

Declarónos también en este lugar de dónde procedía aquel maravilloso resplandor con que tantas veces le vieron en este estado, de que se hizo mención en otra parte, a cuyo propósito dice así: «Y no sólo cuando estas flores están abiertas, se echa de ver esto en estas almas, mas también ordinariamente traen en sí un no sé qué de grandeza y dignidad, que causa acatamiento a los demás por el respeto sobrenatural que se difunde en el sujeto de la próxima y familiar conversación y comunicación con Dios, cual se escribe, en el Exodo, de Moisés, que no podían los hijos de Israel mirarle al rostro por la gloria y honra que en su persona quedaba de haber tratado cara a cara con Dios». De estas palabras se conoce que aquel resplandor y dignidad sobrenatural con que tantas veces le vieron en lo exterior, procedía de esta comunicación divina tan familiar y cercana, y de este abrir y menear el Esposo celestial las flores de las virtudes, cuando entraba a recrearse en el huerto de su purísimo espíritu. Con lo cual se aumentaba mucho la hermosura y valor de las mismas virtudes, así por el singular esfuerzo, que en este aspirar del Espíritu Santo hacía la virtud divina en la perfec-

ción del alma, como en la disposición de la misma alma, reducida tan altamente de la multiplicidad de las criaturas a la unidad del Criador: que son las dos cosas en que los Doctores escolásticos ponen el aumento de las virtudes, que la perfeccionan y enriquecen.

CAPITULO VII

Algunas grandes mercedes que Cristo Nuestro Señor y la Virgen le hicieron en la cárcel.

Como la unión del alma con Dios (en cuyo estado vivía San Juan de la Cruz en este tiempo) es por una parte el acto supremo de conformidad del espíritu criado con su Criador, pues, como ya vimos, llega a haber uniformidad entre ellos con participación de un mismo espíritu, como dijo el Apóstol; y por otra parte es el lazo de amor, que junta como en uno a los dos unidos, para que haya comunicación de amistad entre ellos; de aquí viene que es muy grande la familiaridad con que desde este tiempo trata Dios al alma unida consigo, y muy frecuentes las visitas que le hace, como lo dice la experiencia de nuestra Madre Santa Teresa por estas palabras: «En llegando a tener oración de unión, anda el Señor con este cuidado de comunicarse con nosotros y andarnos rogando que nos estemos con él, si nosotras no nos descuidamos» (1).

Pues de esta dichosa familiaridad con Dios gozaba en este tiempo S. Juan de la Cruz, con otra circunstancia que la hacía más tierna y favorable, que era estar padeciendo por él trabajos y aflicciones tan penosas. Y porque él fué muy escaso, por su gran recato, en darnos noticia de esta familiaridad tierna, que con el Señor de la Majestad inmensa tenía, nos las da el mismo Señor, a lo milagroso, en una de las apariciones que se ven en su carne, de que trataremos de propósito adelante. En la cual se representa un religioso con el hábito de los Padres Calzados de Nuestra Señora del Carmen, sin capa (que de esta manera estaba nuestro Santo Padre en la cárcel) y

1 *Mor.* 7.ª, c. 3.

un Niño Jesús arrimado a su hombro derecho, como echado al desgaire sobre el brazo del Santo Padre, y el Santo como que se estaba riendo. Con lo cual nos significó la Sabiduría divina (autora de estas apariciones) cuán familiar y tierna fué la compañía que este Niño Dios hacía en la cárcel a su soldado, que estaba por él padeciendo tantas incomodidades y fatigas.

Pero, aunque San Juan cuidó tanto de encubrir las visitas y regalos que del Hijo y de la Madre recibió en este tiempo, con todo eso, a algunas personas de las que le eran más familiares, les dijo algunas, como mostrándose agradecido a las mercedes que en la cárcel había recibido de ellos, y las refieren en sus declaraciones juradas. Una de las que nuestro Santo Padre hacía muy grande estima, fué que, como la cárcel era tan oscura de día, y no le daba luz de noche el primer carcelero, se afligía algunas veces de verse en tan continuadas tinieblas, sobre las demás incomodidades de apretura, calor y mal olor, que padecía; y cuando estaba de esta manera afligido, le socorría Nuestro Señor algunas veces, regalándole con luz celestial en lugar de la material que le negaban. La cual nunca venía sola, sino con otros consuelos interiores que recreaban al espíritu y redundaban al cuerpo.

Esto contó nuestro Santo Padre a un religioso que tenía por santo, en una larga jornada que con él hizo, y así referiré aquí lo que él dice en su declaración jurada, de esta manera: «Contóme el Santo Padre Fr. Juan de la Cruz la prisión que había tenido en Toledo, y cómo la cárcel era estrecha, obscura y de mal olor, y no le daban luz de noche; y que algunas veces, que estaba muy afligido, le enviaba Nuestro Señor luz del cielo, que le duraba toda la noche. Y de dos veces me acuerdo que me dió en particular noticia haber sucedido esto, y que la noche que la tenía, estaba tan consolado, que le parecía muy corta. Una de estas noches, estando muy afligido, le envió Nuestro Señor esta luz celestial, sin saber de dónde venía. Fué el carcelero a reconocer la cárcel, y abriendo la primera puerta, que era de una sala, como vió luz en el aposentillo, que estaba más adentro, le causó novedad, porque él no se la había llevado, y le tenía debajo de dos llaves, donde ninguno podía llegar, sino con llave falsa. Con esta turba-

ción se fué al Prelado y le dijo lo que pasaba; y el Prelado fué a la cárcel con otros dos religiosos, y abriendo la primera puerta, se apagó la luz que había dentro. Abrió luego la segunda, y descubrió la que él traía en una linterna, y dijo a nuestro Santo Padre que quién le había dado luz, habiendo él mandado que nadie se la diese. Pero el Santo le afirmó que nadie del convento se la había dado, ni había por dónde pudiesen dársela, ni allí tenía vela ni candil en que la pudiese haber. Con lo cual, juzgando el Prelado que había sido antojo del carcelero, se salió y volvió a cerrar las puertas».

De las visitas que Cristo Nuestro Señor y la Serenísima Virgen, su Madre, le hicieron en la cárcel, para consolar a su soldado, que por ellos estaba afligido, dicen también los testigos de estas informaciones, más familiares suyos, habérselo oído a él mismo, y que muchas veces le animaron a que saliese de la cárcel, que ellos le ayudarían.

De una de estas visitas de Cristo Nuestro Señor hacen en particular memoria, y así también aquí la tocaremos. Es propio del estado de unión, en que el venerable Padre se hallaba, haber entre el Esposo divino y el alma, su esposa, de esta manera unida con él, aquellas finezas de retornos de amor y como estímulos espirituales de tantas ganancias para ella, como ponderó San Lorenzo Justiniano, cuando para enamorarla más, parece que se esconde el Amado, porque el fuego del amor con la privación más se aviva, y la llaga de él más se siente con la ausencia. Estándose, pues, quejando una vez el Padre Fr. Juan tiernamente del Señor, que habiéndole herido, se le escondía, vió de repente resplandecer la cárcel con una luz tan hermosa y suave, que le llenó el alma de gozo tan superior, que le parecía estar en la gloria; y respondiéndole el Señor a sus querellas, le dijo: «Aquí estoy contigo para librarte de todo mal». Con estas querellas amorosas, procedidas de estas finezas de amor, comienza nuestro Santo Padre el tratado de los efectos de este estado de unión, que él había experimentado en su alma, y le comenzó en la cárcel, como adelante diremos.

De otra visita de la Virgen Nuestra Señora, nos da noticia en particular el H.º fray Martín de la Asunción, per-

sona de gran virtud y compañero mucho tiempo de nuestro Santo Padre, y a quien él amaba por esta virtud que en él conocía. El cual dice a este propósito, en su declaración jurada, de esta manera. «Deseando el Santo Padre hacerme muy devoto de la Virgen, me contó que, entrando una vez el Prelado con dos religiosos en la cárcel, estaba el Santo de rodillas y postrado en oración, y como de la prisión y malos tratamientos no podía casi menearse, se estuvo así, pensando que era el carcelero. Como el Prelado le vió así, y que no se levantaba a hacerle cortesía, le dió un puntillazo, diciendo que por qué no se levantaba, estando él allí. Respondió el Santo que perdonase, que no le había conocido, ni podía levantarse muy aprisa por sus achaques. Preguntóle el prelado: Pues ¿en qué se pensaba ahora, que tan embebido estaba? Respondióle el Santo: Estaba pensando que mañana es día de Nuestra Señora, y me consolara mucho de decir misa. A lo cual dijo el Prelado que no sería en sus días. Con esto se salió, dejando al Santo Padre muy afligido con aquellas nuevas, y no poder en día tan solemne (que según la concurrencia de las cosas, aunque el testigo no lo dice, era el de la Asunción de la Virgen) decir misa ni oirla. La noche siguiente se le apareció Nuestra Señora, hermosísima, y llena de resplandores de gloria, y le dijo: Hijo, ten paciencia, que presto se acabarán estos trabajos, y saldrás de esta prisión, y dirás misa, y te consolarás». Todo esto dice este testigo que supo del mismo Santo Padre, y así por esta y otras visitas que él dijo había tenido allí del Hijo y de la Madre, es digno aquel humilde lugar de toda reverencia, y cuando yo entré en él, le mire con veneración devota, por lo que sabía que en él había pasado.

Dicen también por cosa notable, así este testigo, como otros, que cuando San Juan de la Cruz refería algo de los trabajos que había padecido en la cárcel, nunca culpó a nadie, no sólo por su gran modestia, mas también porque hallaba disculpa en quien se los procuraba. Porque, así como los que se gobiernan por conciencia errónea, juzgan por lícitos los medios injustos, así también éstos juzgaban por cosa justa afligir al que tenían por inobediente a las actas del Capítulo General; porque no le admitían la obediencia superior, que él tenía contra ellas, con ser tan conocida.

CAPITULO VIII

Da principio en la cárcel a sus tratados místicos, según el conocimiento experimental que sacaba de los efectos que obraba Dios en su alma.

Estando el P. Fr. Juan en la cárcel tan trabajado de parte de los hombres y tan regalado de Dios, comenzó a fabricar por ilustración divina el levantado y utilísimo edificio de sus libros místicos, para tan gran provecho de la gente espiritual, como sacan de ellos.

El fundamento de los cuales habemos de tomar de lo que dice San Dionisio (1): que el divino Hieroteo, enseñado por inspiración de Dios muy levantada, conocía las cosas divinas, no sólo aprendiéndolas por estudio humano, sino también padeciéndolas por unión del afecto con ellas, y de esta manera llegaba a aquel conocimiento místico y sabroso, que no se puede enseñar por otro camino. Que fué decir, como declara Santo Tomás: que de los efectos que recibía de Dios en la voluntad, era el entendimiento levantado al conocimiento práctico de las cosas divinas, que por la especulación no puede enseñarse. Y en la exposición de este lugar pone un ejemplo, diciendo que, así como el que es virtuoso por el hábito de la virtud, que tiene en el afecto, está perfeccionado para juzgar rectamente de las cosas que tocan a aquella virtud; así el que está unido con el afecto a las cosas divinas, recibe, a lo sobrenatural y divino, recto juicio y conocimiento de las mismas cosas. De todo lo cual sacamos a nuestro propósito que en este conocimiento experimental, que tienen de las cosas divinas los que están unidos a ellas y las gustan también a lo divino, es de otro género diferente del que se aprende por estudio humano, como recibido de Dios por modo singular en comunicación estrecha y favorable. Y por esto, a los escritos de las personas grandes amadores de Dios y conocidamente ilustradas de él, donde dan doctrina segura y saluda-

1 D. Dion., De div. nom., c. 2, p. 4.

ble de los misterios escondidos de Dios, cuales fueron nuestra Madre Santa Teresa y nuestro Santo Padre, se les debe cierta veneración y acatamiento, para que no cualquiera espíritu, aunque más docto sea en la ciencia especulativa, se atreva a censurarlos, si está ignorante de esta sabiduría divina, práctica y secreta, que enseña Dios a las almas humildes y puras que de veras le aman.

Pues, como en este tiempo metía el Esposo celestial tantas veces el alma de nuestro Santo en la bodega de los vinos místicos, para unirla allí consigo y embriagarla a lo celestial, le sucedía lo que Santa Teresa, de esta manera recreada de Dios, decía, de su experiencia, por estas palabras (1): «¡Oh, válgame Dios, cuál está un alma cuando está así! Toda ella querría ser lenguas para alabar al Señor. Dice mil desatinos santos, atinando siempre a contentar a quien la tiene así. Yo sé persona que, con no ser poeta, que le acaecía hacer de presto coplas muy sentidas, declarando su pena bien, no hechas de su entendimiento, sino que, para gozar más la gloria que tan sabrosa pena le daba, se quejaba de ella a su Dios». Esto dice nuestra Maestra, y otro tanto le sucedía a nuestro Maestro, su compañero; que cuando era de esta manera visitado de Dios, se hallaba inclinado y como movido su espíritu a celebrar alabanzas divinas, no sólo en prosa, sino también en versos, significativos del afecto que causaban entonces en él los recibos divinos. Porque unas veces, cuando la comunicación era de iluminación del dón de entendimiento (2), que causa en el alma amor ansioso de herida intensa, como en otra parte vimos, eran estos versos declarando la pena sabrosa, con que le había dejado, según aquí dice nuestra Santa. Y otras veces, cuando procedía de la comunicación del dón de sabiduría, que causa amor satisfactorio, eran los versos de alabanzas agradecidas; y así los unos como los otros, salían envueltos en la substancia de lo que entonces recibía el afecto. Y habló con mucha propiedad nuestra Maestra en las palabras referidas, así en decir que del afecto con que entonces se hallaba, salían coplas muy sentidas, quejándose de su pena a

1. *Vida*, c. 16.
2. D. Th., III Sent., d. 35, q. 2.ª, a. 2.

Dios; como en lo que añade que no eran hechas de su entendimiento. Porque aquel sabor que tienen estos versos, (según se verifica en los de nuestro Santo Padre), bien muestra que no podía dársele quien no estuviera actualmente gustando lo que en ellos significaba. Y aunque salían de su entendimiento, emanaban de la dulcísima influencia divina, que regalaba a su voluntad y en ella a toda el alma, como sucedía al Profeta David cuando componía los versos de los salmos.

Semejante a esto era también lo que dice Tulio (1) que sucedía a las Sibilas profetisas, que hablaron con el mismo espíritu, las cuales estaban como absortas en contemplación divina cuando pronunciaban aquellos versos con que Dios quiso dar luz a la ciega gentilidad de muchos de sus misterios. Y añade el mismo autor que no se tenían entre los gentiles por versos de profecía procedida de espíritu de Dios, los que las Sibilas no pronunciaban estando ellas de esta manera absortas y elevadas. Y casi lo mismo sucedía a Nuestro Padre San Juan de la Cruz en sus canciones, que las componía cuando había estado en alguna altísima contemplación, y gozaba aún la voluntad de los dulcísimos efectos de ella, y quedaban todavía en el entendimiento unas como vislumbres de los pasados resplandores. Y así, no había menester cansarse en meditar lo que en esta substancia decía, sino como quien iba hablando de lo que tenía ya sabido, y de la ilustración que todavía duraba. A lo cual llaman San Agustín y Santo Tomás (2) instinto divino, y lo ponen por luz sobrenatural y uno como modo imperfecto de revelación profética.

Pero como este conocimiento experimental había salido de los sentimientos del afecto, no le bastaban a nuestro Santo Padre estas vislumbres del entendimiento para hacer composiciones, si en el afecto no duraban los dulces sentimientos de donde habían procedido, como él lo significó a dos personas devotas en dos cartas que les escribe, respondiendo a lo que le habían pedido que les declarase algunas de las

1 Cic., De div., l. 2.
2 D. Th., II-IIae, q. 171, a. 5.

canciones que había hecho en la cárcel. A las cuales dice que estas canciones se habían compuesto en amor de inteligencia mística, y no se podían declarar sino con entrañable espíritu, y que había de esperar a que Dios otra vez se le diese, y por eso se detuvo tanto en esta declaración, de donde salieron dos de sus tratados místicos, como en su lugar diremos. Lo mismo le sucedía a la gloriosa Santa Teresa, como ella lo dice por estas palabras: «Estos modos de oración sobrenatural, cuando Dios da espíritu, pónense con facilidad y mejor. Parece como quien tiene un dechado delante, que está sacando de él la labor. Mas si el espíritu falta, no hay más concertar este lenguaje, que si fuese algarabía. Y así me parece es grandísima ventaja, cuando lo escribo, estar en ella, porque veo claro, no soy yo quien lo dice, que no lo ordeno con el entendimiento, ni sé después cómo lo acerté a decir». Todo esto es de Santa Teresa.

Estas canciones de materias místicas muy levantadas, que en la cárcel hizo, movido y ayudado de la divina influencia, conservó en la memoria (porque no tenía con qué escribirlas), y también una noticia que llaman los autores místicos, como por medio de un velo o niebla, de los misterios y sentimientos recibidos en la contemplación, para declararlos en otro tiempo, ayudado de nueva iluminación, y así lo hizo.

CAPITULO IX

Manda la Virgen al Santo que se salga de la cárcel, y le da traza para la salida.

Unos nueve meses había que San Juan padecía los trabajos de su cárcel, con tan gran secreto de los Padres Calzados, que en todos ellos no supieron los Descalzos, si era muerto o vivo. Mientras duró el invierno y la primavera, pudo pasarlo mejor en aquella gran estrechura. Pero después que entró el verano, le fatigaba el calor, y era más penoso el mal olor, y se le aumentaron tanto las demás incomodidades, que se le había quitado ya la gana de comer, y como la comida era tan poco apetitosa, no podía atravesar bocado. Con

esta flaqueza y el continuo calor, tampoco podía dormir, y así se iba consumiendo aprisa. Y aunque el carcelero (a cuyo cargo estaba entonces) se condolía de él, no tenía licencia para darle los alivios que había menester, y se hallaba obligado, demás de las razones de obediencia, por las de confianza, a ser fiel a quien la había hecho de él para esta guarda.

Llegada la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, le dijo la misma Virgen que se saliese de la cárcel, que ella le ayudaría. Pero, aunque esto le esforzó, no veía orden para ejecutarlo, habiendo tanto cuidado con guardarle, y estando la cárcel cerrada con dos llaves. Después le dijo lo mismo Cristo Nuestro Señor, y representándole él las dificultades, le respondió que quien había hecho que el Profeta Eliseo pasase con la capa de Elías por el río Jordán, apartándose las aguas, le sacaría a él de todas estas dificultades que había para salirse.

Estándose regalando en la oración con las memorias de la Virgen, en uno de estos días de su octava, le mandó otra vez que se saliese, y le mostró en espíritu una ventana alta, que salía de una galería del convento, hacia el río Tajo, diciéndole, que por allí se descolgase, que ella le ayudaría. Y para la dificultad, que él le ponía de las dos cerraduras que tenía la cárcel, le dió la traza que él después ejecutó, como veremos. Teniendo con tal favor por cierta su salida, quiso mostrarse agradecido al carcelero por la piedad que con él había usado, en aquellos postreros días que le había tenido a cargo, e hizo con él lo que él mismo dice en su declaración por estas palabras: «Uno de los postreros días que el Santo Padre estuvo en la cárcel, me dijo que le perdonase lo que me había dado de trabajo, y que en agradecimiento de las buenas obras que de mí había recibido, tomase aquella cruz y Cristo que me ofrecía, que se la había dado una persona tan santa, que demás de la estima que se le debía, por lo que era, la merecía también por haber sido de tal persona. Era la cruz de una madera exquisita, y relevados en ella los instrumentos de la pasión de Cristo Nuestro Salvador; en la cual estaba clavado un Cristo crucificado, de bronce, y el Santo la solía traer debajo del Escapulario, prendida al lado del corazón. Este dón recibí del Santo Padre, y todavía le

tengo, y le estimo en mucho, no sólo por lo que es, sino también por haber sido prenda suya.» Esto dice el carcelero, y de la estima en que el Santo Padre tenía esta cruz, por ser persona santa quien se la había dado, se deja entender que la había recibido de Santa Teresa en el monasterio de la Encarnación, donde le prendieron; y no dijo su nombre por ser entonces muy aborrecido entre los Padres de la Observancia, como de fundamento de la nueva Reforma, que a ellos les daba tanto cuidado.

Luego, el día siguiente al que la Virgen le había ordenado la salida, valiéndose de la traza que le fué inspirada, como el carcelero hacía ya confianza de él, para dejarle llevar sólo al oficio humilde el vaso que tenía en la celda, mientras los religiosos estaban cenando, y aquel cuarto solo, tuvo lugar para mirar hacia dónde caía la ventana, que le habían señalado para descolgarse, por saber poco de la casa, como huésped, que siempre había estado preso, y era menester para llegar a ella atravesar todo el cuarto, porque la carcelilla está en la frontera del monasterio, que mira a la plaza de Zocodover, y la ventana en la galería de la parte contraria, que cae al río Tajo. Habiendo reconocido, se recogió a su cárcel, y la cerró el carcelero. Cuando vino a darle de cenar, mientras fué por agua, aflojó nuestro Santo Padre las armellas del candado, que eran de tornillo, de manera, que sin que el carcelero le echase de ver, quedasen bien dispuestas para su intento. Y hecho esto, que él podía de su parte, esperaba que la Virgen, solicitadora de su salida, ordenase lo que faltaba para ella en la segunda puerta, y tenía ya hilo y aguja prevenido, de lo que el carcelero le había dado para remendarse, y un candil, que de noche le encendía, al tiempo que duraba la cena.

Ordenó Dios, para facilitar lo de la segunda puerta, que llegase allí aquella noche el Padre Provincial, y con su ocasión algunos religiosos graves de la Provincia, y por no haber bastantes celdas, aposentaron en la sala que estaba delante de la cárcel a dos de ellos, y como hacía gran calor, como en el mes de agosto, y en Toledo, dejaron abierta la puerta de la sala, que salía a un corredor, para que les entrase fresco. Echó de ver esto San Juan de la Cruz desde la celdilla, y

entendiendo que lo había ordenado Dios así para su salida, comenzó a tratar de ella, confiado en quien le animaba, aunque más dificultosa pareciese. Tenía ya cosidas las dos mantas por las puntas, y después a la una de ellas una tuniquilla vieja, que le había dado por piedad el carcelero, y se aprovechó de ella para esta necesidad, que esto no lo pudiera hacer a oscuras, y prevenido el candil (de cuyo garfio se había de valer para asir él las mantas en lo alto), se puso en oración aguardando la hora de las dos de la noche, que le pareció más sola para salir sin ser sentido de los religiosos del convento.

CAPITULO X

Salida de la cárcel de San Juan de la Cruz.

Llegada, pues, la hora de las dos de la noche, señalada para su salida, y vencidas algunas de sus dificultades, se le ofrecía una muy notable, para no poder dejar de ser sentido. Porque la puerta que salía de la sala al corredor, estaba junto a la de la misma celdilla de la cárcel, y como los huéspedes habían hecho las camas cerca de la misma puerta de la sala, para estar más frescos, no podía salir de la cárcel, si no era pisándolos, ni abrir la puerta, sin hacer mucho ruido con el candado, y así le pareció imposible poder salir. Con todo eso, le dieron en la oración tanta prisa a que saliese, que se determinó a romper por todos los inconvenientes y peligros, fiado en Dios y en la protección de la Virgen, que de todos le sacaría en salvo. Habían estado hablando los dos religiosos muy gran parte de la noche, y como había ya buen rato que guardaban silencio, pareciéndole a nuestro Santo que ya dormirían, dió un fuerte empellón a la puerta de la cárcel, y saltando la una armella, quedó abierta la puerta y colgando el candado de la otra. Espavoridos con el ruido los dos religiosos, dijeron: ¿quién va? Pero nuestro Santo Padre se estuvo quedo, hasta que se tornaron a dormir; y como ellos no sabían el tesoro que allí estaba encerrado, se sosegaron y volvieron presto a tomar el sueño.

Cuando al santo encarcelado le pareció que estarían ya dormidos, tomó las dos mantas y el candil, y se fué hacia la ventana señalada para el caso, sin ser sentido de los huéspedes, aunque pasó pisándolos. Y decía él después que iba tan acompañado de la protección divina, que interiormente le iban diciendo lo que había de hacer en los medios de esta salida, de manera que él no hacía más que ejecutar lo que le decían. Tenía esta ventana un cuartón de madera por antepecho sobre los ladrillos, y entre el cuartón y ellos metió el cabo del candil, dejando el garfio de él hacia la parte de las mantas, lo mejor que pudo, y encomendándose a Dios y a su Madre, fué bajando por ellas y después por la túnica. Y cuando llegó al cabo de todo, pareciéndole que ya estaría cerca del suelo, se dejó caer; y no era así, porque todavía estaba más alto de lo que había pensado. Cuando estuvo abajo, y vió el lugar donde había caído sin hacerse daño, se admiró mucho, porque era una punta del muro de la ciudad, sin almenas y lleno de piedras, que allí estaban labradas para el edificio de la iglesia del convento, que cae hacia aquella parte, y todo tan acomodado para despeñarse, que, si se hubiera desviado dos pies más de la pared del convento, al caer, diera del muro abajo, que por aquella parte está muy alto.

Con todo eso, se halló allí harto atajado, sin saber por dónde había de salir de la cerca del convento, que todavía estaba dentro de ella, y sabía poco de aquellos sitios, dificultosos para cualquiera a aquella hora, aunque los tuviera muy reconocidos. Y como no hacía luna, y veía la altura del muro, y oía de tan cerca el ruido del río Tajo, que por allí junto se va despeñando entre riscos de entrambos lados, le daba todo grima. En esta suspensión temerosa, vió cerca de sí un perro, que estaba disfrutando los huesos que estaban allí del refectorio, y pareciéndole que aquel le serviría de guía, le amenazó para que huyese, y le fué siguiendo, hasta que saltó a otro corral, pegado al del convento. Por allí le pareció que podía haber salida, pero era la pared, de más de estado en alto, hacia la parte de abajo, y él estaba tan molido de la mucha flaqueza y de la fuerza que hizo para asirse a las mantas, que aun para menearse, no tenía aliento, cuánto más para saltar paredes. Pero, al fin, el peligro en que estaba puesto

y el favor y dirección que llevaba de la Virgen por resguardo, le hicieron sacar fuerzas de flaqueza, y animóse a bajar.

Cuando se vió fuera ya de los límites del convento, reconociendo el lugar donde estaba, vió que era un corral del monasterio de la Concepción, de monjas Franciscas, que el carcelero le había dicho que tenían por vecinas, y caía este corral detrás de su iglesia, aunque no dentro de la clausura. Miró por todas partes si tenía salida, y todo lo halló cerrado; porque por los dos lados por donde este corral mira al río Tajo, le cerca el muro de la ciudad, edificado sobre unos grandes riscos; y por el otro lado tenía el monasterio de los frailes de donde él había salido; y por la parte de arriba, que mira a la ciudad (que es por donde le pareció que habría salido el perro), le cercaba una buena pared sobre un vallado, tan alto que, con estar la pared caída, cuando yo le fuí a reconocer para escribir esto, se podía entrar a él con dificultad. Aquí fué grandísima la aflicción de nuestro Santo Padre, viéndose como encarcelado en otra prisión más peligrosa, que la que antes tenía, y que no podía salir de ella, ni volver al convento; aunque no perdía la esperanza que quien le había sacado del primer peligro, le sacaría del segundo. Probó a querer subir por la pared, pero sin provecho, porque ni tenía fuerzas para ello ni la salida estaba acomodada, cuando las tuviera.

Puesto en esta aflicción, volvió a reconocer los otros lados, pero no halló más esperanza de salida que antes, y así la puso sólo en Dios, suplicándole que perfecionase lo que había comenzado, pues, fiando en él y obedeciéndole, había salido del convento. Cuando ya sus diligencias habían cesado, vió cerca de sí una luz muy hermosa, rodeada de una nubecica, que daba de sí gran resplandor, y le dijo: sígueme. Con lo cual confortado, la siguió hasta la pared, que estaba sobre el vallado, en la parte alta, y allí sin ver quién, le tomaron y subieron sobre la pared, que salía a la portería de las monjas y a la calle, que va a la plaza de Zocodover, y allí desapareció la luz, dejándole tan deslumbrado, que decía él después que por dos o tres días le habían quedado los ojos tan temerosos y deslumbrados, como cuando han mirado al sol en su rueda y los apartan de sus rayos. De esta manera cuentan

esta salida los testigos que se lo oyeron al mismo Santo, y concuerda con lo substancial de ella la declaración jurada de su carcelero; del cual referiremos aquí algunas palabras que ayuden a verificar cuán milagrosa fué esta salida.

«Sucedió, dice, en este tiempo, que una noche, habiendo yo cerrado la puerta de la cárcel con su candado y llave, estando recogido ya el convento, el siervo de Dios se salió de la cárcel por la puerta a la sala, según después pareció, y desde el mirador se descolgó por una parte muy alta y peligrosa, y tengo por milagrosa la manera de descolgarse. Porque el mirador no tenía reja ni hierro, en que pudiese hacer fuerza para descolgarse; que no era más que una paredilla de ancho de medio ladrillo, y por remate un madero del mismo ancho, para que pudiesen recostar sobre él los religiosos, sin ensuciarse los hábitos, y este madero no tenía cosa que le pudiese tener fuerte de los lados. Pues tomando el siervo de Dios el hierro de un candil, le metió entre el madero y el ladrillo, y haciendo pedazos unas mantas viejas, que tenía por cama, ató el un pedazo al garfio del candil, y los demás unos a otros, y al cabo una tuniquilla vieja o pedazo de ella, y aun todo esto no llegaba al suelo con estado y medio. Y esta bajada venía a caer a una parte tan peligrosa, que a no caer derecho o resbalar un poco, daba en un gran despeñadero, que con la obra nueva todo estaba alterado».

»Pues por aquí se descolgó el siervo de Dios, según juzgamos los demás religiosos del convento y yo, cuando el día siguiente vimos que faltaba de la cárcel, y colgados los retazos, y nos espantamos mucho de dos cosas: la primera, de no haberse doblado el hierro del candil con el peso de un cuerpo, bastando para esto sólo el peso de las mantas; la segunda, que habiendo metido el cabo del candil entre el madero y el ladrillo de la paredilla, no estando el madero fijado en parte alguna con fortaleza suficiente, cómo no se había levantado y caído abajo, bastando también para esto el peso de las mantas, cuanto más el del cuerpo, y habiendo quedado todo así, como se ha dicho, sin desbaratarse el madero ni doblarse el garabato del candil metido allí simplemente, ni habiendo otra señal, ni rastro de lo dicho, para saber que salió por aquí. Y como sé de cierto que no podía salir por otra

parte, tengo su salida por milagrosa, ordenada de Nuestro Señor para que su siervo no padeciese más, y ayudase a su Reformación y Descalcez. Y aunque a mí me privaron de voz y lugar por algunos días, nos holgamos los religiosos particulares que se hubiese ido; porque teníamos compasión de verle padecer, llevándolo él todo con tanta virtud». De esta manera refiere esta salida el Padre carcelero.

CAPITULO XI

Lo que le sucedió en Toledo después de la salida de la cárcel hasta que se fué al convento de Almodóvar.

Cuando el Santo Fr. Juan se vió en la calle, fué grandísimo su consuelo, y dando gracias a Dios y a la Virgen su Madre por la libertad milagrosa, procuró alejarse del convento de donde había salido. Y porque era todavía de noche para andar por calles, que él no sabía, se entró en una casa, que halló abierta de una mujer de las que madrugan para poner su mercaduría en la plaza. En siendo de día, salió preguntando por el monasterio de las Descalzas de su Orden (porque no lo había aún de religiosos), haciendo novedad a cuantos le miraban en cuerpo, con un hábito viejo y sin capa, que más parecía loco, que religioso. Había tomado la Serenísima Virgen a su cargo librar a su ministro de la cárcel y de todos los demás peligros, y así iba disponiendo las cosas, como para su seguridad convenía. Porque a esta hora, que nuestro Santo venía preguntando por el monasterio de las Descalzas, dió a una de ellas un accidente tan recio, que parecía acabársele la vida; y así enviaban a llamar un confesor, al tiempo que San Juan de la Cruz entraba por la puerta del monasterio, y con esta necesidad le metieron dentro.

Cuando las monjas le vieron, hicieron harto en conocerlo, según venía mudado de hábito y figura; porque el hábito era de calzado, y muy viejo, y manchado, y el semblante que llevaba, era tan flaco y macilento, que parecía difunto. Al fin, se consolaron mucho con él las religiosas, porque había nueve meses que no se sabía de él, si era muerto

o vivo, con notable cuidado de toda la Congregación Descalza, y muy gran pena de nuestra Madre Santa Teresa. Y así en todas las cartas, que desde Sevilla (donde en este tiempo estaba fundando un monasterio de religiosas) escribía a las monjas de Castilla, les encargaba que la avisasen lo que sabían del Padre Fr. Juan de la Cruz.

Acudió luego nuestro Santo Padre a confesar a la enferma, antes de descansar, aunque de flaqueza y cansancio no podía tenerse en pie. Y apenas él había acabado de entrar en el monasterio de las monjas, cuando los Padres Calzados vinieron en su busca; que ya le habían echado menos, y sentían mucho que se les hubiese ido, y pareciéndoles que había de acudir luego a las monjas Descalzas, le fueron a buscar allí primero que a otra parte. Reconocieron la portería, locutorio, iglesia y sacristía, y como no hallaron nuevas de él, le fueron a buscar a otras partes. Duró el mal a la enferma todo el tiempo que fué menester que estuviese allí nuestro Santo Padre, para hacerle hábito de Descalzo y dar orden cómo sacarle con segura compañía de Toledo. Lastimábanse mucho las monjas de verle tan flaco y maltratado, y trajéronle algo que comiese, y apenas podía atravesar bocado.

Allí le persuadieron que, para entretener a la enferma, les contase algo de sus trabajos. Y él con gran modestia y disculpando siempre a los que le habían ejercitado, les refirió algunos de sus penosos ejercicios, y de las que se lo oyeron viven todavía algunas.

Era muy amigo de los Descalzos D. Pedro González de Mendoza, canónigo y tesorero de la Santa Iglesia de Toledo, y avisado de las monjas, vino aquella tarde, y metiendo en su coche a nuestro Santo Padre, le llevó a su posada (que entonces la tenía en el Hospital de Santa Cruz, donde era administrador aquel año), y allí le tuvo algunos días regalándole, hasta que estuvo para ponerse en camino. Y después le envió con dos criados al convento de los Descalzos de Almodóvar del Campo; ordenándolo así Nuestro Señor, para que como había instruído con su doctrina y ejemplo en la vida primitiva las dos Castillas, instruyese también las dos Andalucías; que desde aquel convento fué a ellas.

Los que le llevaron a Almodóvar, volvieron tan edi-

ficados de la compañía que les hizo, que decían después que aquel religioso en todo parecía santo. En aquel convento y en todos los demás en que se hallaba San Juan de la Cruz, cuando se trataba entre los religiosos de su prisión y del mal tratamiento que le habían hecho los Padres de la Observancia, no solamente no consentía que se dijese mal de ellos, mas también los disculpaba, haciendo en su favor razones convenientes: como que entendían que acertaban y que tenían por materia de religión y de castigo justo los ejercicios de penitencia, en que le habían puesto. Pocos días después llegó a Toledo nuestra Madre Santa Teresa, de vuelta de la Andalucía, y consolóse mucho con las nuevas que las monjas le dieron de nuestro Santo Padre, por la pena con que había estado, de no saber de él en todo aquel tiempo.

CAPITULO XII

Elección de San Juan de la Cruz en vicario del monasterio del Calvario. - Reformación que en él hizo.

Estaba en este tiempo sin prelado el monasterio de los Descalzos del Desierto del Calvario, por la jornada que había hecho a Roma el Padre fray Pedro de los Angeles, que era allí prior, y fué nombrado en la junta de Almodóvar para esta jornada, y así ordenó la obediencia a San Juan de la Cruz que fuese a ser vicario de este monasterio. Salía el Santo Padre entonces de la cárcel, renovado a lo divino con los trabajos exteriores e interiores que allí había padecido, y purificado como sale el oro del crisol; que así lo sentía él por ilustraciones divinas, que para esto le daban (según el privilegio en otra parte referido) para conocer el estado de su alma. Lo cual llamaba él, como refieren sus compañeros, regeneración espiritual, no sin propiedad escolástica; en la cual decía que se habían gastado los nueve meses de su prisión, al modo de la generación corporal, que se hace en otros tantos. Y como le habían sucedido tan bien los trabajos padecidos por Dios, y sacaba de ellos tan feliz experiencia de lo que se agrada Su Majestad en ellos, y de la magnánima

largueza con que los premia aun en esta vida, quedó tan enamorado de ellos, que sólo oirlos nombrar, le recreaba, de manera que había menester hacerse fuerza, para que su afecto no le arrebatase hacia el blanco donde miraban sus trabajos.

Vióse esto en el monasterio de nuestras monjas de Beas, por donde pasó para el Calvario, que lastimándose todas de verle tan flaco y desfigurado, y deseando la priora alegrarle un poco, dijo a una religiosa de buena memoria que le refiriese algunas de las letrillas devotas que solían cantar al Niño Jesús recién nacido, la Pascua de Navidad. Y pareciéndole a la religiosa que a quien venía de haber padecido tanto, le sonaría bien alguna letra del valor de los trabajos y de cuán fina prueba de amor de Dios era padecerlos por él, se la comenzó a referir. En tocándole esta tecla, se levantó de manera su espíritu, que temiendo arrobarse, hizo señas a la religiosa para que lo dejase. Y con haber cesado luego, fué su espíritu tan fuertemente arrebatado, que se asió a la reja con entrambas manos, para que no llevase en pos de sí al cuerpo, y se quedó así arrobado por casi una hora. Después de vuelto a los sentidos, les dijo que no se espantasen que sólo el nombre de trabajos fuese para él materia de oración; porque en la cárcel le había dado el Señor mucha luz de los grandes bienes que están encerrados en padecer por él, y que se afligía cuando consideraba lo poco que por su amor había padecido.

Llegado, pues, al convento del Calvario, renovado de esta manera en las fuerzas del alma, aunque muy gastadas las del cuerpo, como se vió en oficio de prelado, con obligación de dar buen ejemplo a súbditos tan alentados, como eran los de aquel monasterio, renovó también los fervores antiguos, y unas veces con el ejemplo vivo, y otras con las palabras encendidas en la fragua del amor de Dios, hacía volar hacia la perfección aquellos devotos solitarios, de que nos dan acreditada noticia en sus declaraciones algunos de ellos.

Había su espíritu crecido tanto en dones divinos, que no parecía le cabía en el cuerpo, en el cual hallaba tan poca resistencia para las obras espirituales, a que suele caminar como forzado, que le llevaba con suavidad y sin violencia a ellas. Y como le había dado Dios a la nueva Reforma por dechado

ejemplar de la vida primitiva, dábale pena que, por nuevas introducciones de hombres, se hiciese menos estima de los fundamentos originales dados por Dios a nuestros mayores para perfección de nuestro estado, y que éstos se estorbasen por aquéllos; y así ordenaba siempre las cosas a lo fundamental del Instituto propio, y a que por los accidentes no se destruyese la substancia.

Pues lo primero que hizo en el gobierno de este monasterio, fué moderar muchas cosas que su predecesor había introducido allí de supererogación en la vida común, fuera del uso recibido en la Orden, y más propias de otras Religiones, que de la nuestra, y que, sin granjear muy conocido aprovechamiento, gastaba mucho tiempo del que da la Regla al fundamento propio de nuestra vida, que es la oración y contemplación; en el cual tenemos por autor y guía al mismo Dios, y por estos medios, y no por otros, nos ha de reformar, a semejanza de su hermosura (1). Y a los grandes defensores de estas observancias nuevas, en que ellos habían tenido parte y por eso las querían preferir a las antiguas y obligatorias, alegando para esto la supererogación que permite la Regla, respondía que en estas cosas de supererogación no hablaba la Regla de toda la comunidad, sino de los particulares, según las fuerzas y espíritu de cada uno; y por eso dice: Si alguno hiciere más; porque la Comunidad siempre se había de ordenar a este fin principal de la Regla, en que consiste la perfección de nuestra vida. Y sucedía que, por querer añadir otras observancias peregrinas de particulares sentimientos y devociones, no dejaban lugar ni aliento para la contemplación divina, dentro de la celda, a que Dios, autor de nuestra Regla, principalmente nos ordena.

Cuando le alegaban contra esto, en favor de aquel convento, que las casas de soledad habían de ser de vida más rigorosa, que las cercanas a los lugares, obligadas a otras ocupaciones, respondía que una misma Regla tenían todas, por donde habían de gobernarse; y en lo que habían de extremarse en las casas solitarias, era en tener soledad también los ánimos, para unirlos con Dios en oración quieta y conti-

1 D. Dion., De Coel. Hier., c. 3.

nuada, como la Regla dice, de la manera que en esta vida nos es posible. Y que antes, según están los ánimos inclinados a la comunicación y poco a la soledad y al retiro de criaturas, era necesario que nuestras casas solitarias tuviesen algo más que las otras de alivio corporal bien ordenado, que la naturaleza apeteciese y por esto lo buscasen; porque primero es llevar las almas contemplativas a la soledad, y después hablarles Dios al corazón, como él lo dijo por su Profeta, el cual provecho les quitarían haciendo pesada y menos llevadera la vida de ellas, para que huyan de habitarlas.

Añadía a esto que, siendo nuestra vida ordinaria tan rigorosa de suyo, por poco de rigor que en común se le añadiese en las casas de soledad, la hacían no llevadera para los religiosos ancianos y de fuerzas gastadas, de los cuales son propias estas casas, como ya aprovechados en la vida activa y reformación propia, que dispone los sujetos para la contemplativa. Y seguíase que fuesen sólo acomodadas para los mozos de fuerzas robustas; los cuales, como no perfeccionados aún en la vida activa, que se ordena a su reformación, aprovecharían poco en la vida solitaria y del todo contemplativa, según la doctrina de experiencia que de esto nos dejaron los Santos (1), y quedarían defraudadas estas casas solitarias de su principal fruto. Lo cual tenían bien experimentado nuestros monjes antiguos, y por eso no concedían la vida sola y puramente contemplativa de los desiertos sino a los que por muchos años habían aprobado loablemente en la vida activa de los otros monasterios. Con estos y otros medios iba San Juan de la Cruz fundando a sus religiosos en la estima de los fundamentos propios de su Instituto, para que supiesen diferenciarlos de los ajenos.

1 D. Th., III Sent., d. 35. q. 1, a 2.

CAPITULO XIII

Heroica y ejemplar vida que San Juan de la Cruz hacía en el monasterio del Calvario.

La vida que San Juan de la Cruz hacía en este monasterio, era muy propia de un espíritu tan renovado a lo divino, como en este tiempo estaba el suyo.

Allí comenzaron a despedir de sí tan hermosos resplandores, como en otra parte vimos, las dos virtudes teologales de fe y esperanza. Y como era menester ejercitarlas de ordinario en un monasterio de desierto, dispuesto a la divina Providencia, sin cuidado de pedir a los hombres el sustento en tan gran desnudez y pobreza, hacía a los religiosos algunas pláticas ordenadas a persuadirles el ejercicio esforzado de estas virtudes, con tan alta doctrina y tan superior espíritu, que salían de ellas no sólo fervorosos sino también muy inclinados a padecer menguas en que ejercitarlas.

Ofrecíales Nuestro Señor algunas veces las ocasiones para esto, deteniendo sus socorros para probar en ellas a sus soldados; y hallábalos tan animosos, que yendo algunos días a refectorio a la hora acostumbrada, y no habiendo qué comer, porque Dios no lo había enviado, quedaban tan consolados, que mostrando particular regocijo en el padecer e imitar la pobreza de Cristo, se iban muy contentos a sus celdas a darle gracias, porque los había hecho merecedores de participar de ella. Y era tan puntual el Señor en los socorros de sus siervos, que no los dejaba padecer mucho tiempo, enviándoles el sustento por caminos no pensados. Y así sucedían, acerca de esta providencia divina sobre la confianza esforzada de nuestro Santo Padre y de sus súbditos, casos muy notables, mientras él tuvo el gobierno de aquel convento; de los cuales referiré sólo uno, no de los más misteriosos, sino de los que más descubren el consuelo que nuestro Santo tenía cuando hacía el Señor algunas de estas pruebas, y cuán fiel le hallaba en ellas.

Entrando una vez la comunidad de este monasterio en

refectorio, no había puesto pan en las mesas, y preguntándole nuestro Santo la causa de esto al refitolero, respondió que no había pan ninguno en casa. Mandóle que buscase algún mendrugo, y sobre él se bendijeron las mesas, y se sentaron los religiosos, y en lugar de la comida, les hizo el Santo Padre una admirable plática, animándolos a llevar con hacimiento de gracias aquella feliz pobreza, pues era la que habíamos venido a buscar a la Religión, para la estrecha imitación de Cristo. Y con tan gran espíritu acompañó las palabras, que les infundió con ellas un gran deseo de padecer necesidades por el Señor, que tan pobre se hizo por nosotros.

Con esto se fueron alegres y consolados cada uno a su celda, y al cabo de un breve rato, llegó a la portería un hombre con una cabalgadura, y dió al hermano fray Brocardo de San Pedro, que era portero, una carta para el P. vicario y se la llevó a la celda, donde estaba en oración, y en comenzándola a leer, comenzó también a derramar lágrimas, como de algún suceso de mucha tristeza. Alterado con esto el portero, le preguntó qué nuevas le había traído aquella carta, que le causaban tal sentimiento, pues él decía que sólo por haber ofendido a Dios se había de llorar, y que en sólo esto eran las lágrimas bien empleadas. Respondió con voz triste: Lloro, Hermano, que nos tenga el Señor por tan flacos, que no podemos llevar mucho tiempo la abstinencia, y así no nos la ha fiado un sólo día, pues ya nos envía que comamos. Porque en la carta le decían que le enviaban una hanega de pan cocido y otra de harina. Y el mismo día, por la tarde, vino de la ciudad de Ubeda un esclavo de doña Felipa de Caravajal, madre de D. Bartolomé de Ortega, con dos cabalgaduras, cargadas de bastimentos, que enviaba esta señora para los religiosos de este monasterio.

Como le había dado Nuestro Señor en la cárcel tan gran luz del valor de los trabajos, hablaba en sus pláticas tan altamente de ellos, que imprimía en los que las oían, el mismo deseo que él tenía de padecerlos.

Con esto se alentaban tanto a las penitencias, que tenía necesidad de írselas moderando, porque no afligiesen demasiadamente al cuerpo. Y con estar el suyo tan flaco de las penalidades de la cárcel, y ser tan esforzados penitentes los de

aquella casa, no les quedaba inferior en las asperezas, y en algunas se les adelantaba. Y como tan gran maestro de la sabiduría mística y experimental, la platicaba tan a provecho a sus súbditos, que todos los que la aprendieron en su escuela, fueron grandes contemplativos. Y así, fué el ejercicio de oración en esta casa, mientras él la gobernó, tan a lo espiritual y tan sin estorbos para recibir las influencias divinas, que se podía decir de ellos lo que dice Sto. Tomás (1) de los que contemplan a Dios con esta disposición sencilla de fe: que se desnudan por entonces de la condición de hombres, para conformarse con la de los ángeles. Porque de esta manera asistían a Dios estos religiosos, escondiéndose de lo visible para trasladarse a lo invisible, y de lo temporal a lo eterno, con otra más alta luz que la de su razón y discurso.

Estaba acostumbrado nuestro Santo a dormir tan poco, que la mayor parte de la noche gastaba en oración y lección; y anegábase tan profundamente en los misterios de Dios, y en la contemplación de sus divinas perfecciones, y recibía para esto luz tan levantada, que le hallaban los religiosos algunas veces enajenado de los sentidos, haciendo el espíritu largas peregrinaciones de su cuerpo, llevado de la perfección de sus actos para tener su conversación en el cielo, y buscar allí su perfección última.

Pues, como los religiosos veían a su capitán caminar tan aprisa hacia la bienaventuranza, y ellos deseaban tanto seguirle, aspiraban a imitarle, como cada uno podía. Y así eran tan ordinarias las vigilias largas en muchos de ellos, que era necesario mandarles que tomasen su reposo, para que el cuerpecillo, por tantos caminos fatigado, pudiese llevar la carga del espíritu.

Era el desierto del Calvario muy a propósito para espíritus contemplativos, y convidaba a su ocupación así con la comodidad del sitio, por ser muy solo, como con la variedad de cosas solitarias, que desde allí descubría la vista y hacían la soledad más devota: como arroyos, montes, peñas, cerros, riscos y quebradas, y el río Guadalquivir tan cerca, que pasa besando lo inferior del cerro, sobre que el monasterio es-

1 D. Th., III Sent., d. 35, q. 1. a. 2.

taba fundado. Todo lo cual era para nuestro Santo Padre una como música celestial, que le deleitaba, como al Profeta David, en la consideración de las perfecciones del Criador, que en sus criaturas se le descubrían; para el cual conocimiento le había Nuestro Señor ilustrado tan a lo singular y favorable, como en otra parte vimos. Y así, no sólo recibía deleite espiritual de la magnificencia de Dios, que se manifestaba en sus criaturas, y de la armonía y admirable consonancia que había entre él y ellas, mas también, subiendo por los efectos a su causa, se le aumentaban mucho el conocimiento y amor del mismo Criador.

Y aunque desde la ventana de su celda gozaba de toda esta variedad de cosas y de las consolaciones divinas, que a su espíritu ilustrado granjeaban; con todo eso, algunas veces, para gozar más a sus anchuras de este divino convite, que su espíritu hallaba en la universidad de las criaturas, y también para aficionar a la soledad a sus religiosos, los sacaba por aquellos montes hacia algún arroyo ameno o agradable risco, y después de haberlos allí alegrado y espiritualizado un rato con alguna breve plática espiritual a lo apacible y provechoso, que les sirviese como de lección, para comenzar a orar, los dividía por el monte, para que a sus solas hablasen con Dios y se dispusiesen para recibir la refección espiritual de su divina influencia, y él se escondía donde pudiese también tener la suya. Lo cual se hacía en lugar de la oración de comunidad de la tarde; y volvían después al convento, no sólo recreados, mas también fervorosos. Y como tenían delante un ejemplar heroico de todas las virtudes, aprovechaban en ellas de manera que en lo que allí granjearon de espíritu, tuvieron que gastar después toda la vida, y con qué aprovechar a otros en los conventos donde residían.

CAPITULO XIV

Trabaja el Santo algunos de los tratados místicos que dejó escritos, y renueva el ejercicio de la contemplación divina.

Porque estando San Juan de la Cruz en este monasterio del Calvario, dió principio a sus tratados místicos, que tan gran luz han dado a la vida espiritual, es forzoso detenernos un poco en esto.

Habíale escogido Dios como por ángel primario de nueva jerarquía, de quien habían de recibir iluminación los demás de ella, y por esto, como le dió espíritu de serafín en el amor, así le infundió el de querubín en el conocimiento. Porque, así como el querubín recibió de Dios tan gran plenitud de sabiduría divina, para comunicarla a otros, que le comparan (1) a un profundo estanque de sabiduría de Dios, donde la fuente eterna mana continuamente, para que de él se reparta a otros; así parece que lo fué también en su manera nuestro Santo Padre. Porque en vida fué su lengua como un manantial perpetuo de esta sabiduría, y como un farol divino que a todas horas comunicaba resplandores de luz celestial y conocimiento práctico de Dios, y después de muerto hacen este mismo oficio sus libros; porque en ellos se halla la noticia verdadera del camino llano y sin barrancos, por donde van a Dios, derechamente y con brevedad, las almas contemplativas y los que se gobiernan por ellos y experimentan felizmente su acierto.

Este camino enseñó la Sabiduría eterna vestida de nuestra carne a sus Apóstoles, y ellos la platicaron a San Dionisio, su discípulo, para que la comunicase a toda la Iglesia, dando con ella a las almas un privilegio de incomparable dignidad, para que, desde las miserias de la tierra, pudiese la criatura racional comunicar estrechamente a su Criador, y el

1 D. Dion., De cael. hier., c. 7.– Alb. Magn., ibid.

siervo a su Señor, y gozar del reino de Dios, que está dentro de nosotros mismos, y sentarse a la mesa con su Rey, para ser participante desde la tierra de aquel convite perpetuo y opulento, que hace a sus bienaventurados en el cielo. Y estaba tan desusado este camino, cuando nuestro Santo Padre y su ilustradísima compañera comenzaron a guiar por él las almas contemplativas, que aunque había personas espirituales que enseñaban en la oración la subida de Moisés al monte, en que se ejercita la meditación, que no comunica a Dios de cerca, como dice San Dionisio (1) declarando esta subida, no entraban dentro de la nube de la contemplación, donde él halló a Dios, ni disponía a las almas para percibir el silbo de la marea delicada con nuestro Padre Elías, donde Dios venía, que es la misma contemplación, como declara San Gregorio (2). Y así, no abrían la puerta a esta comunicación íntima de Dios, donde se reciben sin estorbos la iluminación e influencia divina. De lo cual se queja nuestra Santa Teresa, después de una larga experiencia de diez y ocho o veinte años, que padeció grandes trabajos en esto, como queda tocado en otra parte, y dice a nuestro propósito: «Lo que nosotros podemos hacer en la oración, muchos hay que nos lo digan; pero lo que Dios obra en nosotros, no hay quien nos lo declare» (*Mor.*, 1.ª, c. II). Dando en esto a entender que había muchos maestros de meditación sensible (a que llamó el Apóstol mantenimiento de niños en la vida espiritual), y ninguno de contemplación intelectual, que es el manjar sólido de los hombres robustos, y el que introduce en ellos las virtudes y dones infusos, cuando el entendimiento sujeta su operación a la divina.

Pues queriendo Nuestro Señor renovar en nuestro siglo esta antigua sabiduría de su escuela, envió al mundo dos querubines en carne, que, como piedras cortadas de la cantera celestial de los verdaderos contemplativos, que en los siglos pasados tanto ilustraron la Iglesia de Dios, diesen fundamento sólido a la escuela renovada de esta divina sabiduuría: que fueron nuestra gloriosa Madre Santa Teresa y nuestro Padre

1 D. Dion., De Myst. Theol., c. 1.
2 D. Greg., Moral., l. 5, c. 16.

San Juan de la Cruz, su compañero; ella por maestra y guía de la teología mística infusa, y él de la que con ayuda de la gracia puede ser adquirida.

Habiendo, pues, nuestro querubín bebido de la fuente divina el espíritu y doctrina de San Dionisio, y después reconocídola en sus libros, la practicaban sus discípulos con tan gran aprovechamiento de ellos, que le importunaron mucho a que les dejase escrito algún tratado de oración, por donde se gobernasen cuando no le tuviesen presente. Y obligado de estos ruegos, escribió en este monasterio el tratado que intituló «Subida del Monte Carmelo», donde antiguamente estuvo la escuela de esta divina sabiduría. En el cual con admirable doctrina trabaja en desnudar al alma en la oración de todo lo que le estorba la unión con Dios, que es el paradero de la vida contemplativa y su última perfección, comenzada en el destierro y consumada en la patria (1).

Y porque todo lo que entonces enseñaban los maestros espirituales a sus discípulos, no era más que meditación en actos continuados de la razón natural, donde el alma ni habla con Dios, sino consigo misma, ni tiene oración, hasta que pasa a la contemplación sencilla, como en otra parte vimos, no trató de ella nuestro Santo Padre, aunque es principio necesario para los que comienzan, y así la aconseja; sino imitando a San Dionisio, procuró declarar las tres calidades, que él pone (2) para hacerse el alma presente a Dios y caminar proporcionadamente a unirse con él. La primera, que la parte sensible, donde residen las pasiones, esté limpia y desasida de toda afición de criaturas, que abata el alma a la tierra para no poderse levantar a Dios. La segunda, que el entendimiento esté desnudo de las semejanzas de las cosas sensibles, que le obscurecen y prenden como con cadenas, impidiéndole la subida a Dios, y poniendo medios entre él y el alma, para estorbar su influencia con que ha de ser perfeccionada. La tercera, que la voluntad esté ordenada a Dios para unirse con él por amor o devoción.

Pues a estas tres calidades con que se dispone el alma

1 D. Th., II Sent., d. 18, q. 2, a. 2.
2 D. Dion., De div. nomin.—Cf. S. Th., super hoc.

en la oración, para recibir de Dios los dones sobrenaturales, con que se ha de unir a él, ordenó San Juan de la Cruz este tratado de la «Subida del Monte Carmelo,» que contiene tres libros. En el primero de los cuales trabaja por desnudar el apetito sensible de toda afición y asimiento de criaturas, tan a provecho de las almas y con doctrina y medios tan eficaces, que no se hallarán fácilmente en otro autor espiritual. En el segundo libro procura desnudar al entendimiento de todas las semejanzas conocidas que le obscurecen y abaten para no poderse levantar a Dios sobre sí mismo, en que consiste la perfecta contemplación, ni recibir en su pureza la iluminación divina, y con ella el aumento de los dones sobrenaturales, en que consiste la perfección del alma. En el libro tercero trata muy en particular cómo se ha de ordenar a Dios nuestra voluntad, y apartarla de las cosas criadas, para que no se embarace en ellas y camine a unirse con Dios, libre de todas.

Y porque con ocasión de las grandes mercedes que Nuestro Señor había hecho a Santa Teresa y a otras personas muy ilustradas, renovando en nuestro siglo las maravillas antiguas y dando nuevas muestras de su inmensa bondad y del incomparable amor que tiene a los hombres, tomaba el demonio ocasión para transformarse en ángel de luz y engañar a gente inadvertida y poco humilde, llevada del afecto de experiencias milagrosas, se opuso nuestro Padre San Juan de la Cruz a este daño en el libro segundo de este tratado, con segurísima y admirable doctrina, declarando con gran distinción las visiones y revelaciones sensibles, como las intelectuales, que suelen recibir los contemplativos ilustrados; las que se dan para utilidad propia, y las que se ordenan al aprovechamiento de otros; las que son de mayor eficacia para la perfección de quien las recibe, y las que de mayor peligro para quien las apetece; y cómo se han de haber en ellas para lograr los efectos de las unas y evitar los peligros y engaños de las otras; y les enseña cómo han de procurar la verdadera santidad, que consiste en las virtudes con desasimiento de estotras comunicaciones extraordinarias. En todo lo cual da tan práctica y saludable doctrina, que con dificultad se hallará tan provechosa en otro autor espiritual, aunque sea de los muy señalados.

Otro tratado escribió también en este tiempo para socorrer a almas afligidas en las apreturas del espíritu, que intituló «La Noche Oscura»; el cual fué uno de los mayores beneficios que en nuestro siglo y en los antiguos se han hecho a almas espirituales, que caminan por las veredas de la perfección, y en donde mostró bien que había recibido aventajadamente el grado de maestro de la sabiduría divina, que contó el Apóstol entre las gracias gratis datas; por el cual, como en otra parte tocamos, reciben los así ilustrados no sólo conocimiento de muchos y altísimos misterios, mas también habilidad para comunicarlos y declararlos a otros. Porque, como nuestro Padre San Juan de la Cruz había pasado por todos los crisoles más apretados en que suele Nuestro Señor purificar las almas que ha de unir consigo, y visto en la suya, a modo de ángel viador (1), por especies infusas, los efectos que la operación divina hacía en los más íntimos senos de ella, escribió este tratado con tan singular y distinta luz práctica de estos trabajos interiores y de las grandes utilidades que se siguen de ellos, y de cómo se han de haber para lograrlas, que ya las almas que antes andaban como fluctuando en estas tormentas, sin hallar arrimo de maestro que les supiese dar remedio en ellas, ni conociese el camino por donde Dios las iba aventajando, tienen en este tratado puerto seguro para socorrerse en él contra las avenidas de recelos y aflicciones que en este estado se padecen; y los maestros, luz experimental, cierta y segura, con que gobernar a semejantes almas. Porque lo que los Santos tocaron muy de paso y a lo universal de estas purificaciones y trabajos, lo dijo nuestro Maestro muy en particular y con fijos fundamentos.

1 Según enseñanza de los Santos, por particular privilegio concede Nuestro Señor a los contemplativos muy ilustrados el conocimiento que era natural en los ángeles viadores; al cual conocimiento dice Santo Tomás que pertenece ver su esencia y comprenderla, según que en sí se determina, y no según su ejemplar eterno (D. Th., de Ver., q. 8. a. 6); y añade Alberto Magno, su Maestro (Super. cap. 8. De cael. hier.) que no sólo conocían su esencia, mas también lo que Dios obraba en ella, por iluminaciones, según se determinaban en ellos, aunque no según su principio y ejemplar eterno. Y este mismo privilegio parece que concedió Nuestro Señor algunas veces a nuestra Madre Santa Teresa de Jesús y a nuestro glorioso Padre San Juan de la Cruz, para que, por especies infusas proporcionadas, pudieran conocer lo que Dios obraba en sus almas y darnos tan particular y distinta luz de ello, como nos dieron.

Y porque le hacía mucha lástima lo que experimentaba de ordinario en almas de oración, que al cabo de muchos años que se habían ejercitado en ella, estaban aún como niños en la vida espiritual, sustentándose todavía con la leche de las consideraciones sensibles, sin abrir la puerta del alma al manjar sólido, que en la contemplación divina se recibe, y hace a las almas robustas y perfectas (cosa muy reprendida del apóstol San Pablo a sus discípulos), deseando nuestro Santo Padre alumbrarlas de este engaño y desmedro, no se contentó con persuadir con su doctrina los entendimientos de los contemplativos de la gran diferencia que hay de verdadero aprovechamiento entre estos dos caminos, sino también quiso que lo viesen con los ojos corporales, como a lo palpable. Y para esto dibujó el monte de la perfección, que anda al principio de este tratado, ya impreso. El cual dispuso con tan admirable artificio, fundado en la doctrina mística y escolástica más acendrada, que cifró en él lo que Sto. Tomás dice de las dos vidas: una de la ciudad terrena, y otra de la celestial, y de los medios por donde se va a ellas, para las personas doctas que supieren conocer la excelencia y utilidad de esta doctrina, de las cuales ha sido este libro y dibujo muy estimado.

Para cuya verificación referiré solamente lo que el P. Juan de Vicuña, Rector del colegio de la Compañía, de la ciudad de Ubeda, persona de muy gran crédito en letras y espíritu, en la provincia de Granada, dice de este libro y dibujo, en su declaración jurada por estas palabras: «Yo he leído todos los escritos del Santo Padre Fr. Juan de la Cruz, una y muchas veces, y me parece la doctrina de ellos una teología mística llena de sabiduría del cielo. Y claramente muestran la levantada y eminente luz, que en su alma tenía su autor, y cuán unida la traía a Dios; porque las cosas que allí descubre, lo muestran muy claro; y con haber leído yo muchos autores que han escrito de teología mística, me parece no he encontrado doctrina más sólida, ni más levantada, que lo que escribe el dicho Santo Padre Fr. Juan de la Cruz. Y sé que los que lo leen, sienten en su alma grande luz en el camino espiritual; y yo, aunque poco aprovechado, confieso de mí que siento esto cuando los leo; y asimismo siento un gran calor que me

alienta al amor de Dios, y por eso los estimo y venero, y de ellos me aprovecho para mí y para encaminar al cielo a otras almas que comunico, y para esto los hice trasladar».

»Y entre otros papeles suyos de este lenguaje y sabiduría celestial vino a mis manos originalmente un montecillo de letras del Santo, en el cual describe cómo subirá el alma a la perfección. El cual estimo en mucho, por ser original propio de este Santo, y por lo que contiene de excelente doctrina de espíritu y lo presenté a la señora D.ª Teresa de Zúñiga, duquesa de Arcos, por un gran tesoro. Y sé que de los dichos libros andan muchos traslados; y yo he hecho trasladar el dicho montecito, y dádole a diversas personas doctas y a otras que no lo son, y todos le han estimado, así por lo que contiene, como por la santidad de su autor». De esta manera significa este testigo la estima que hacen a este dibujo las personas que conocen la substancia de la doctrina en que se funda.

CAPITULO XV

Pasa San Juan de la Cruz de un grado de unión divina a otro más estrecho y favorable.

Como el Padre Fr. Juan fué tan cuidadoso en encubrir las mercedes que Nuestro Señor le hacía, aunque tengamos noticia en sus escritos de algunas, no la tenemos del tiempo en que las recibió ni de otras circunstancias que las acompañaban. Y así habemos de sacar lo uno y lo otro de lo que, en las informaciones que se le hicieron para su beatificación, dicen los testigos haber oído a él mismo o visto en sus acciones el tiempo que le trataron.

Y aunque en tantos años como pasaron, desde que entró en el estado de unión, hasta este tiempo de que vamos hablando, habrán sido muchas y de muchas maneras estas mercedes de Nuestro Señor hechas a un alma tan pura y tan deseosa de agradarle; y siendo un estado este de comunicación tan íntima y favorable, donde los así unidos se comunican no sólo

los afectos, mas también los bienes (1), haremos mención señaladamente de las que levantan el alma a nuevos grados de perfección, que servirán no sólo para verificacion de la santidad de quien las recibió, mas también para luz y guía de contemplativos, muy ilustrados, y de los maestros que han de gobernarlos.

En uno de los tratados místicos que sacó de sus ilustradas experiencias (como consta de cartas que él escribió a personas que se los habían pedido), nos da larga noticia de cómo, después de los primeros actos de unión, entró el alma en otro grado de unión más estrecha, que llaman los místicos de desposorio espiritual, que hasta aquí llega la inefable caridad e incomparable amor que Dios tiene al linaje humano, significado con estos nombres de esposo y esposa en diversos lugares de las divinas Letras, como el más estrecho. Para el cual, estando ya el alma purificada según la proporción que este grado pide, la saca el Esposo divino de la tierra de sus sentidos al cielo espiritual de sus potencias (2), arrebatando en espíritu con mayor vuelo que en el éxtasis, en que la otra unión se hace, por la razón que da nuestra Madre Santa Teresa de su experiencia, diciendo: «Para el desposorio espiritual da el Señor arrobamiento, que saca de los sentidos.» Porque si, estando en ellos, se viese el alma tan cerca de esta gran Majestad, no era posible por ventura, quedar con vida. Y porque estos efectos de raptos frecuentes y por largo tiempo se vieron en nuestro Santo Padre estando en el monasterio del Calvario (según la noticia que de esto nos dan los religiosos que allí concurrieron con él, y nuestras monjas del monasterio de Beas, donde iba a confesarlas), parece que a este tiempo habemos de reducir lo que de este estado dice en el «Cántico Espiritual», desde la canción diez y siete hasta la veintisiete, que entró en otro grado superior de unión y perfeccion.

Para esta más estrecha unión es forzoso que hubiese más apretada purificación, según lo que dice San Dionisio (3): que por muy purgados que estén los espíritus, si han de

1 D. Th., III Sent., d. 27, q. 1, a. I.
2 D. Th., II-IIae, q. 175, a. 2, ad 1.
3 D. Dion., De cael. hier., c. 13.

subir a algún grado de mayor perfección y semejanza de Dios, han de ser purificados, según la proporción del nuevo grado de perfección y blancura. Esta purificación de grados tan levantados se hace por los dones del Espíritu Santo, que es influencia inmediata de Dios, o por influencia de los ángeles, más o menos superiores, según la dignidad del grado. Y si consultamos sobre esto a nuestra Madre Santa Teresa (con quien fué como corriendo parejas en los frutos del espíritu su ilustrado compañero), nos dirá que para este estado la purificaron con las heridas del serafín, de las cuales pasó a los grandes arrobamientos, que le introducen en el alma. Y así, a este tiempo parece que se ha de reducir también lo que de estas heridas del serafín dice en otra parte (1) el Santo Padre con tan eficaces experiencias, como allí significó, y lo tocamos en otra parte. Porque, aunque ésta es una merced rara y disposición para una extraordinaria santidad, y como caudal divino que se concede a los que han de ser cabezas y principio de alguna Orden de gran perfección, y primicias del espíritu que se ha de difundir después, en la sucesión de sus hijos (y por esto se concedió al glorioso San Francisco y a nuestra Madre Santa Teresa), quiso Dios honrar también a nuestro Padre San Juan de la Cruz, y ponerle en este número de espíritu de patriarca, para que de él, como de piedra asimismo fundamental de nuestra perfección, se difundiese a nosotros lo que él para esto recibió, y no sólo su imitación, mas también su influencia nos fuese favorable.

Y aunque fueron muchos y muy eficaces los efectos que hizo en su alma este fuego de la fragua de los serafines, referiré solamente el que más le disponía para el nuevo grado de unión divina, a que había de ser levantado. Del cual dice de esta manera: (ib.) «Siente la substancia del espíritu traspasada, y de aquel punto de la herida donde está la eficacia de este fuego, difundirse el ardor sutilmente por todas las venas espirituales del alma, según su potencia y fuerza; y siente crecer tanto y esforzarse, y afinarse el amor, que parecen en ella mares de fuego, llenándolo todo de amor. Y lo que aquí goza

1 *Llama de amor viva*, c. 2.ª, v. 2.º

el alma, no hay más que decir, sino que echa de ver cuán bien comparado está al reino de los cielos.»

En estas palabras significó la substancia de este cauterio y el fin para que se hace, con tanta propiedad, que parece que como un ángel viador (que podía ver su esencia y los efectos que observa en ella la operación divina) estaba mirando en la suya los de esta fogosa influencia. Porque la divina gracia dos cosas hace principalmente en el alma: la primera, perfeccionar la esencia de ella, cuanto al ser espiritual en que le hace semejante a Dios y participante de su divina naturaleza. Y la segunda, perfeccionar las potencias para el perfecto ejercicio de sus actos, con las virtudes y dones infusos, que proceden de ella, con lo cual la deja toda renovada y como reengendrada a lo divino (1). Pues como esta purificación de los serafines se ordena a disponer al alma, no sólo para la unión afectiva y como momentánea de las potencias con Dios, sino también para la unión real y durable (en la cual queda la substancia del alma tan íntimamente unida a Dios por medio de la gracia, que le concede facultad no sólo para gozar de los dones divinos, mas también de la misma persona del dador de ellos, y sentir en sí el espíritu de esta manera unido su divina asistencia —1—, que es un bien incomparable de la felicidad del destierro) y para este grado de tan estrecha unión ha de estar muy sutilizada y adivinizada la esencia del alma; por eso dice que con esta influencia de los serafines, que hacen esta obra, la sentía traspasada de aquella herida, y que de allí pasaba su ardor y eficacia a todas las demás fuerzas del alma.

Dándonos, pues, nuestro Maestro noticia experimental de la entrada de su espíritu en este felicísimo estado, dice estas palabras: «Para decir algo de esta bodega (así llama al paraíso interior y tálamo del Esposo) y declarar algo de lo que en ella goza el alma, era menester que el Espíritu Santo tomase la mano y menease la pluma. Porque en ella se hace la estrecha unión con Dios, que llaman matrimonio espiritual, de la cual habla ya el alma en este lugar. Y lo que Dios le comunica en esta junta, totalmente es indecible, porque no se

1 D. Th., III Sent., d. 13, q. 1, a. 1; et I-II, q. 110, a. 4.

puede decir nada; así como del mismo Dios no se puede decir algo, que sea como él; porque el mismo Dios es el que se le comunica aquí con admirable gozo de transformación de ella en él, aunque no tan perfectamente como en la otra vida».

Todo esto es de nuestro Santo, y aunque hace ya memoria aquí del tálamo de las bodas espirituales, hay muy gran diferencia del modo de entrar el alma en él en este grado, o en el siguiente, que llaman los místicos de matrimonio espiritual, como allí notaremos.

Y ahora, para declaración de éste se ha de advertir (1) que, sobre el modo común con que está Dios en todas las cosas, como causa en sus efectos, hay otro más especial con que habita en el alma que está en gracia, como en templo suyo, para que goce no sólo de los dones gratuítos, mas también del Espíritu Santo, que los da, y tanto más cuanto la gracia más perfecciona al sujeto. Pues, cuando este templo de Dios está ya perfeccionado con dones divinos, como pide este estado de tan familiar comunicación con su Criador, y ha pasado ya por el grado de unión afectiva, que la afina en el amor, une el Señor consigo más estrechamente la substancia del alma de esta manera adornada en unión, que los teólogos llaman real, y de suyo pide presencia del Amado (2). Por la cual unión le da tan favorable potestad, que sienta en sí la presencia del Señor, con quien está unida, y se regale con él, no sólo como con su Dios de infinita grandeza y bondad, sino también como con Señor y amigo tratable. Y toma Dios el cuidado y protección de ella, no solamente por el título común de providencia general, mas también por el título de particular amistad.

Esto nos dice la sagrada Teología, sacado de muchos lugares de las divinas Letras. Cuando introduce Dios al alma en este estado, suele ser con alguna gran merced en unión, no solamente de la esencia, mas también de las potencias; pero después, en la continuación del estado, sola la esencia está unida sin enajenación de sentidos, quedando libres las potencias para el ejercicio de sus actos. Pero con todo eso, tanta gloria resulta en ellas de esta unión estrecha de la esencia, que,

1 D. Th., 1 p., q. 43, a. 3.
2 D. Th., I-IIae, q. 28, a. 1.—Suarez, in 1 p., l. 12, c. 5.

al modo de la vela recién apagada y todavía humeando, que se vuelve presto a encender, así también las potencias, cebadas de la actual devoción, con facilidad se vuelven a engolfar en Dios y a unirse a él con exceso de espíritu y enajenación de sentidos.

De todo lo cual nos dió noticia la experiencia de nuestro Maestro por estas palabras: «Y es de saber que, acabada de pasar esta merced, vuelven a quedar libres las potencias. Porque, aunque siempre está el alma, después que Dios la puso en este estado, unida con él según la substancia de ella, no empero está siempre en actual unión de las potencias. Pero en esta unión substancial del alma muy frecuentemente se unen también las potencias y beben en esta bodega, el entendimiento entendiendo, y la voluntad amando. Y después vuelven a quedar libres; porque esta unión de potencias no puede ser continuadamente en esta vida.» De estas palabras quedará conocido de dónde procedía la facilidad con que en este tiempo padecía excesos de espíritu, en tratando por algún espacio de cosas de Dios; particularmente cuando en las pláticas se tocaba algo de los misterios en que él había sido muy favorecido del Señor.

CAPITULO XVI

Admirables efectos de perfección y comunicación divina que experimentó San Juan en su alma, después que entró en este estado de unión transformada.

Después de haber dicho San Juan de la Cruz la entrada de su alma en la casa de la sabiduría y tálamo de las bodas celestiales, donde le dieron a beber el vino mezclado de la divinidad y humanidad de su Esposo, y ordenaron en ella la caridad, transformándola en su Amado, refiere muy por menudo los admirables efectos que le quedaron de esta transformación, y a este propósito dice en «El Cántico»: En esta bodega dice el alma que bebe el vino de su Amado; porque así como la bebida se difunde y derrama por todos los miembros y venas del cuerpo; así se difunde esta comunicación de

Dios por toda el alma, o por mejor decir, se transforma el alma en Dios, según la substancia de ella y según las potencias espirituales, y beben de este vino. Porque según el entendimiento, bebe sabiduría y ciencia; según la voluntad, bebe amor suavísimo; y según la memoria, bebe recreación y deleite en recordación y sentimiento de gloria. Esta bebida, hace al alma se olvide de todas las cosas del mundo, de manera que le parece que lo que antes sabía, y aun lo que sabe todo el mundo, en comparación de aquel saber, es pura ignocia. Y aquel endiosamiento del espíritu en la suma grandeza y hermosura, en que queda como renovado y embebido todo en amor, no le deja advertir a otra cosa del mundo. Y así puede muy bien decir que no sabe nada; porque no sólo de todo lo demás, sino también de sí misma, queda el alma enajenada y aniquilada, como resuelta en amor, que consiste en pasar de sí al Amado.

Pero no se ha de entender que pierde allí el alma los hábitos de ciencia y totalmente las noticias de las cosas que antes sabía, aunque queda en aquel no saber; sino que pierde la memoria actual de todas las cosas en aquel absorbimiento de amor; y ocupada actualmente en él, no puede estar con actual advertencia en otra cosa. Y también porque, transformada el alma en Dios, queda tan vestida de su sencillez y pureza, que la deja limpia, pura y vacía de todas las formas y figuras que antes tenía, sin saber más que amor. Esta tal alma poco se entremete en cosas ajenas, porque aun de las propias no se acuerda. Que esta propiedad tiene el espíritu de Dios en el alma donde mora, que luego la inclina a no saber, y hace ignorar todas las cosas ajenas, mayormente aquellas que no son para su aprovechamiento. Porque el espíritu de Dios es recogido y no sale a cosas ajenas, y así se queda un alma en no saber cosa.

Con esta bebida, que el alma bebió de su Dios en esta interior bodega, queda tan embebida y trasformada en él, que muy voluntariamente y con gran suavidad se entregó toda a él para ser ya siempre toda suya y no tener cosa ajena de él. Y el Esposo le da con esta unión la perfección y pureza que para esto ha menester: que por cuanto él la transforma en sí, la hace toda suya y la despoja de todo

lo que tenía ajeno de Dios. Y Dios se le ha dado también libremente a ella; de manera que quedan pagadas aquellas dos voluntades y satisfechas entre sí con fe y firmeza de desposorio espiritual. Y como entre los desposados del mundo no pone ya la desposada en otro su amor y su cuidado, ni sus obras fuera de su esposo; así el alma en este estado no tiene ya ni afectos de voluntad, ni inteligencias de entendimiento, ni cuidado de obra alguna, que todo no se incline a Dios junto con sus apetitos. Porque está ya divinizada y endiosada, de manera que hasta los primeros movimientos de ordinario salen tan ordenados, que no se encuentran con voluntad de Dios, a todo lo que ella puede entender.

Después de esta entrega y transformación de la Esposa en su Amado, ya su cuerpo y alma con sentidos y potencias, y toda su habilidad está empleada, no en las cosas que a ella le tocan, sino en las que son del servicio y gusto de su Esposo. Y por eso no anda ya buscando su propia ganancia, ni camina tras sus gustos, ni se ocupa en otras cosas ajenas de Dios, con el cual no tiene ya otro trato sino en ejercicio de amor. Todo su caudal emplea en su servicio, así el de la parte sensible, como el de la parte racional; porque el cuerpo está ya en cierta manera espiritualizado para servir a Dios; los sentidos interiores y exteriores los rige y gobierna según Dios, y a él endereza las acciones de ellos. Y las cuatro pasiones las tiene también ceñidas y ordenadas a él; porque no se goza ya sino en Dios, no tiene esperanza sino en Dios, ni se duele sino según Dios, ni teme sino a Dios, y también sus apetitos sólo van a Dios, y todos sus cuidados están puestos en Dios.

Todo este caudal está ya de tal manera empleado en Dios, que aun sin advertencia del alma, se inclinan a obrar en Dios y por Dios en los primeros movimientos todas estas partes inferiores y superiores, que habemos dicho. Porque el entendimiento, la voluntad y la memoria saben luego a Dios, y los afectos, los sentidos, los deseos y apetitos, la esperanza, el gozo y todo el caudal del alma luego de primera instancia se inclinan a Dios, aunque, como digo, no advierta el alma que obra por Dios, y entiende en él y en sus cosas sin pensar ni acordarse que lo hace por él. Porque el uso y hábito que en esta manera de proceder tiene ya, la hace carecer de ad-

vertencia y cuidado, y aun de los actos fervorosos que, al principio del obrar, solía tener. Asimismo, todo el ejercicio de la parte sensible y espiritual, ahora sea en obrar, ahora en padecer de cualquiera manera que sea, siempre le hace más amor y regalo. Y hasta el mismo ejercicio de oración y trato con Dios, que antes solía ser en otras consideraciones y modos, ya todo es ejercicio de amor; de manera que ahora sea acerca de lo temporal, ahora acerca de lo espiritual y trato con Dios, siempre puede decir esta alma que sólo amar es su ejercicio. Porque en este estado de desposorio espiritual ordinariamente anda en unión de amor, que es común asistencia de la voluntad en Dios.

El que de esta manera ama, no se afrenta de las obras que hace de Dios delante del mundo, ni las esconde por vergüenza, aunque todo el mundo se las haya de condenar; antes con ánimo de amor se precia de que se vea para gloria de su Amado que hace por él estas obras, y que por hacer su voluntad, tiene debajo de los pies todas las cosas del mundo. Esta tan perfecta osadía y determinación en las obras de Dios pocos espirituales la alcanzan; porque, aunque algunos tratan de esto y se tienen por los de muy allá, nunca acaban de perder algunos puntos de mundo y de naturaleza, para hacer las obras perfectas y desnudas por Cristo, no mirando a lo que dirán o qué parecerá. Los cuales todavía tienen vergüenza de confesar a Cristo por obra delante de los hombres, aunque lo confiesen de palabra; y por estos respectos que tienen a cosas, no viven en Cristo de veras. Pero en llegando a amar de veras a Dios, como le ama el alma en este estado, luego se deja perder a todas las cosas, por gozarse más con él. No pretende ganancia ni premio, sino sólo perderlo todo y a sí mismo en su voluntad por Dios, y ésa tiene por su ganancia y vida, diciendo con San Pablo: «Mi vivir es Cristo, y mi ganancia el morir a todas las cosas».

Después que en este estado hizo la Esposa entrega de sí a su Amado en la interior bodega, le comunica él su amor y sus secretos, y la ciencia sabrosa, que es la Teología mística de perfecta contemplación y ciencia secreta y sabrosa de Dios, ejercitada en amor, y se extiende su afecto a entrambas potencias. Conviene a saber, es sabrosa al entendimiento,

porque es ciencia; y sabrosa a la voluntad, porque es ciencia de amor. Y algunas veces hace Dios tales mercedes al alma en este estado de desposorio espiritual, que aspirando con su espíritu divino por el huerto del alma, abre las virtudes que ahora están como cerradas, y descubre su hermosura y fragancia bañando el alma de deleites celestiales e inestimable gloria.

De esta manera nos declaró San Juan de la Cruz los efectos de perfección que esta unión trasformada dejó en su alma; todos los cuales ponen los Santos por muy propios de esta transformación en Dios: que ya el alma deja de ser suya, para ser toda del Señor, que la transformó en sí; y cómo no vive ella tanto en sí misma, cuanto Cristo en ella; y que sus operaciones son en cierta manera divinas, por ser divina la forma que les da principio y por donde van reguladas (1). Y por la perfección con que esta forma divina está asentada en el alma, hace ya su operación como connatural, a semejanza de los habituados en alguna arte, que obran perfectamente, sin advertir al modo de su operación, sino a la substancia. Y otro tanto sucede al de esta manera transformado, que todas sus operaciones miran puramente a Dios, sin tener ya necesidad, como en el estado imperfecto, de andarlas dirigiendo a él para apartarlas de otros fines. Porque, después que la voluntad de nuestro Santo Padre entró por esta unión en la casa del amor, donde ordenaron en ella la caridad, la dejaron tan inclinada a Dios, que a manera de la aguja del reloj, tocada a la piedra imán, le estaba mirando siempre como a su norte, y en un éxtasis perpetuo de amor, sin enajenación de sentidos.

1 Sobre este particular enseña el Doctor Angélico: «Ordenándose los dones a obrar sobre el modo humano, sus operaciones deben medirse no por la regla de la virtud humana, sino por otra diversa, que es la misma divinidad participada a su modo por el hombre; de suerte que ya no obre humanamente, sino como hecho Dios por participación (III Sent., d. 34, q. 1, a. 1). Y este modo de obrar a lo divino se cumple en el estado de unión, por estar entonces perfectamente arraigados en el alma los hábitos de los dones infusos, y señoreados de ella, como lo explica el Angélico (I Sent., d. 17, q. 2, a 1). Y de este estado dice el mismo Santo (III Sent., d. 27, q. I, a. 1): «El amor no es otra cosa que cierta trasformación del afecto en la cosa amada; y por cuanto lo que se hace forma de otro, se hace uno con él, mediante el amor el amante se hace uno con el amado, verificándose el dicho del Apóstol (I Cor. 6): El que se adhiere a Dios, hácese un espíritu con él.

Por este estado felicísimo y por las nuevas mercedes, que en él recibió su alma del Esposo divino, fué caminando a la suprema perfección y suma felicidad de esta vida (que es el estado de matrimonio espiritual), en participación de la que esperamos. Para el cual es necesaria tan alta disposición, que con estar su espíritu en este tiempo tan divinizado con dones y virtudes, como habemos visto, y cada día se iba aventajando en ellas con nuevo caudal de gracia ejercitado cuidadosamente; con todo eso, gastó en esta disposición unos diez o doce años, como veremos adelante, para que por aquí se vea cuán rara cosa es subir a este estado. En el cual tiempo se fué hermoseando y divinizando con nuevos y mayores dones concedidos a su alma para esta suprema dignidad, como allí declararemos.

CAPITULO XVII

Oráculo divino que tuvo Santa Teresa en favor de los sentimientos primitivos de San Juan de la Cruz.

Corría en este tiempo de que vamos hablando, el año 1569, cuando las diferencias entre Calzados y Descalzos de nuestra Orden se ventilaban más cuidadosamente en Roma; y estando ya Nuestro Señor determinado a dar quietud concorde a las dos Congregaciones, con la separación de los Descalzos en provincia aparte, quiso acreditar, por medio milagroso, los sentimientos primitivos de San Juan de la Cruz y las cosas que, movido de Dios, había propuesto en la junta de Almodóvar, para que se entablasen con la separación entre los Descalzos. Y porque no había persona a quien ellos debiesen dar más crédito, que a la que como ministra de Dios y substituta inmediata de la soberana Virgen su Madre, había dado principio a esta reformación; de ella se valió para que de su parte les declarase su voluntad y el camino que quería que llevasen en la nueva provincia. Y lo que Su Majestad ordenaba en esto, dejó ella escrito en el libro de sus fundaciones de esta manera:

«Estando en San José de Avila, víspera de Pascua del

Espíritu Santo, en la ermita de Nazaret, considerando en una gran merced que Nuestro Señor me había hecho en tal día como este, veinte años había, poco más o menos, me comenzó un ímpetu y fervor grande de espíritu, que me hizo suspender. En este gran recogimiento entendí de Nuestro Señor lo que ahora diré: Que dijese a estos Padres Descalzos de su parte cuatro cosas que, mientras las guardasen, siempre iría en más crecimiento esta Religión; y cuando en ellas faltasen, entendiesen que se iban menoscabando de su principio. La primera, que las cabezas estuviesen conformes. La segunda, que aunque tuviesen múchas casas, en cada una hubiese pocos frailes. La tercera, que tratasen poco con seglares, y esto para bien de sus almas. La cuarta, que enseñasen más con obras, que con palabras. Esto fué año 1579, y porque es gran verdad, lo firmé de mi nombre: Teresa de Jesús». Todas estas son palabras suyas, y no se halla en todos sus escritos revelación con firma suya, ni dicha con tanta firmeza como ésta, en señal de la fuerza que Nuestro Señor le hizo para que la intimase.

En la primera de estas cuatro cosas significó Nuestro Nuestro Señor el estado en que la Congregación de los Descalzos estaba entonces dividida en dos sentimientos muy diferentes acerca del fin a que había de mirar, y de los medios con que había de caminar a él, como se tocó en la junta de Almodóvar, apoyando nuestro Santo Padre con sus allegados la contemplación divina, y los medios de recogimiento y retiro de criaturas que la ayudan, y el vacar de otras ocupaciones que la estorban; y el P. fray Jerónimo de la Madre de Dios, con otros muchos, que le seguían, favorecía el celo exterior de las almas, ejercitado dentro y fuera de nuestras casas, con que se compadece mal la contemplación muy continuada. Pues lo primero que aquí Nuestro Señor nos intima, es la conformidad de las cabezas divididas en pareceres; y en las otras tres cosas declara en qué se han de conformar, calificando en ellas los sentimientos de nuestro Santo Padre. Porque el decir, en la segunda, que hubiese pocos religiosos en cada casa, persuadió los pocos actos comunes de nuestra Regla, a imitación de nuestros mayores, como se tocó en otra parte; porque con pocos frailes, no puede haber muchos actos co-

munes y quedarles lugar y aliento para la contemplación divina, ejercitada de día y de noche en nuestras celdas, que es el fundamento de nuestro Instituto. Y en las dos cosas siguientes, nos intima el retiro de seglares, y que seamos más predicadores de obras, que de palabras, predicando con el buen ejemplo de la vida penitente y mortificada, del cual modo de predicar todos somos predicadores por obligación de nuestra vida primitiva.

De esta divina embajada es de creer que dió cuenta nuestra Madre Santa Teresa a las principales cabezas de los Descalzos, como Dios se lo había mandado, aunque por entonces ni en aquellos primeros capítulos de la Orden no se hizo mención de ella. Pero después, en otros capítulos generales, la abrazó toda la Congregación de los Descalzos, como por oráculo divino emanado a nosotros por arcaduz fidelísimo, y que está conforme al espíritu antiguo de nuestra Religión, que Dios quiso renovar en esta Congregación, para nueva hermosura de su Iglesia. Y para perpetuar la memoria de él, lo mandó imprimir al principio de sus Constituciones, con el aplauso y veneración con que todo el Capítulo lo recibía, como voz de Dios intimada de su parte, por nuestra segunda Madre, lugarteniente de la primera.

CAPITULO XVIII

Funda San Juan de la Cruz el Colegio de Baeza con pobreza muy ejemplar.

La vida primitiva, heroicamente ejercitada en los monasterios de la Peñuela y del Calvario, y el admirable ejemplo de virtudes que en ellos resplandecía, extendía con la admiración también la devoción por todas las ciudades y villas comarcanas, y como la virtud es de suyo tan amable, deseaban tener en ellas aquella gente del cielo, que con su fervor despertase a los fieles de la tibieza con que acuden a las cosas de su salvación.

Y como es propio de hombres doctos conocer mejor que los ignorantes el verdadero resplandor de las obras de

Dios y los efectos de su sabiduría y hermosura en las almas, que por él son estrechamente movidas, y hacer acertado aprecio de ellos, y en aquel tiempo había en la Universidad de Baeza muchos varones, no sólo doctísimos, mas también muy espirituales, iban algunas veces a nuestro monasterio de la Peñuela a ver aquellos nuevos solitarios, transformados de hombres en ángeles, y compitiendo con los del cielo los ejercicios y afectos con que alaban y aman a Dios; y admirados de ver en nuestro siglo lo que por cosa rara se escribe de los antiguos, decían que ya los religiosos de la Peñuela habían quitado la admiración con que solían leer las virtudes heroicas y ejemplos raros de nuestros monjes de Egipto y Palestina.

Movidos, pues, de esto algunos doctores y caballeros de Baeza, solicitaban que se hiciese fundación en aquella ciudad, y la Religión vino en ello, por ser la gente de ella muy inclinada a obras piadosas, de que habían hecho largas experiencias aquellos religiosos, y ser Universidad a propósito para colegio de estudios. Fué elegido por prelado de esta fundación el Padre Fr. Juan, como persona docta y de tan aventajado espíritu, como convenía para tratar de tan cerca con doctores tan graves y espirituales, con aumento del buen crédito que de nuestros solitarios ya tenían.

Dió licencia para esta fundación el P. Maestro fray Angel de Salazar, Vicario General de la Orden de Nuestra Señora del Carmen, a cuyo cargo estaban también los Descalzos de ella, como en encomienda, hasta que se hiciese la separación, que estaba ya concedida. Concertóse una casa en buen sitio, y sabido por el Padre fray Juan que estaba ya prevenida, escogió para aquella fundación los religiosos que le parecieron más a propósito, y dispuso las cosas necesarias para el adorno de la iglesia (que de esto sólo se cuidó, por decir la primera misa sin hacer ruido), y fué menester tan poco para llevarlas, que todo el aderezo de la iglesia y sacristía venía en un jumento, y entraba en ello la mesa para el altar, por no pedir nada prestado aquella noche que llegasen.

Salieron los religiosos del monasterio del Calvario a pie, todos con sus báculos, y aunque era vigilia de la Santísima Trinidad, y anduvieron aquel día más de seis leguas a pie,

guardaron todos su ayuno, imitando el rigor que consigo usaba nuestro Santo Padre, que siempre en los trabajos y asperezas era el primero. Y con estar en este tiempo tan gastado de los que por diferentes caminos había padecido, y de la fuerza del espíritu, que no parecía le cabía en el cuerpo, y le fatigaba con los continuos ejercicios espirituales, con todo eso, no aflojaba en el rigor antiguo.

Llegados a Baeza con las dos licencias de la Orden y del Obispo, y el pobre ajuar, entraron sin ruido en la casa prevenida, y en una sala de ella acomodaron la iglesia y la compusieron con los pobres aliños que llevaban, y de una ventana colgaron una campanilla, sin que persona alguna de la vecindad lo sintiese, hasta que por la mañana tocaron a misa. Díjose la primera, día de la Santísima Trinidad, que caía a 28 de mayo de 1580. Pusiéronle nombre de Nuestra Señora del Carmen, y después en el capítulo general, que se celebró en Alcalá, el año siguiente, le mudaron el nombre, llamándole de San Basilio, doctor griego y habitador de nuestros monasterios del Oriente.

Hallóse también allí el P. Fr. Francisco de la Concepción, prior del monasterio de la Peñuela, que había solicitado aquella fundación, y con algunos religiosos de su convento fué a honrarla y llevó consigo al P. Fr. Juan de Jesús (que llamaron el Santo) para vicerrector del Colegio.

En sonando la campanilla y la voz de la venida de los Descalzos, acudió luego mucha gente, así de la ciudad, como de la Universidad, y entre ellos el doctor Carleval, el doctor Diego Pérez y el Doctor Ojeda, insignes varones en letras y santidad, y grandes aficionados de Nuestra Orden, por la comunicación que habían tenido con nuestros Descalzos de la Peñuela y del Calvario, de los cuales tenían tan gran crédito, que cuando se les ofrecía ocasión, así en las cátedras como en los púlpitos, impugnaban los vicios y persuadían las virtudes en Baeza, como San Juan Crisóstomo en Constantinopla, con el ejemplo de nuestros religiosos; y afirman que lo que de ellos y de su vida y virtudes habían visto, les renovaba al vivo la memoria de lo que habían leído en las Historias Eclesiásticas de los monjes de Egipto, nuestros mayores, y que en muchas cosas los excedían. Y estas

alabanzas públicas tan acreditadas movieron a muchos estudiantes a tomar el hábito en nuestros monasterios.

Entre la gente devota de la ciudad, que acudió aquella mañana a nuestra iglesia, edificándose grandemente de la pobreza aliñada con que la habían compuesto, vino el P. Marcelo (persona de señalada virtud, de quien nuestros religiosos de la Peñuela habían recibido muchos beneficios), y entrando en el nuevo monasterio, como lo vió tan desnudo de todo lo que era necesario para la comodidad de los religiosos, y que sólo habían cuidado del adorno de la iglesia, les envió, en llegando a su casa, unos colchones en que reposasen del cansancio del camino. Llamaron para esto a la portería y dieron el recado al portero, y él lo llevó a Nuestro Santo Padre. El cual respondió agradeciendo mucho la caridad, y no aceptó los colchones, diciendo que los Descalzos Carmelitas no dormían en camas tan regaladas, en salud, y que no había ningún enfermo entre ellos; y así se pasaron con la pobreza que habían traído, hasta que fueron acomodando sus zarzos; y lo mismo hizo con algunas cosas de regalo que les enviaron para el sustento, tomando de ellas sólo aquello que venía bien con su penitencia y aspereza, y dejando lo demás con hacimiento de gracias.

Entre esta pobreza le ofreció presto Nuestro Señor buenas ocasiones para mostrar la fineza de la confianza, que en él tenía. Una fué la del catarro universal, que aquel verano hubo en toda Europa con calenturas y tan penosos accidentes, que no dejaba hombre en pie, causando en algunos graves enfermedades, y en otros muertes. Con esta ocasión, hubo en el nuevo Colegio unos diez y ocho enfermos de los religiosos, que en él enfermaron, y de otros que habían enviado del monasterio de la Peñuela. Y como no hubiese camas, ni lienzo, ni regalos para acudirles, pidió licencia el procurador del convento para ir por la ciudad a procurar estas cosas. Díjole S. Juan de la Cruz: Mucho deseo que se acuda con regalo a los enfermos, pero no querría que fuésemos pobres importunos; en casa tenemos al Señor que lo ha de proveer; de cuanto tiempo se ha de gastar por las calles en solicitar y molestar a los bienhechores, gastemos alguno en solicitarlo con el Señor, que los ha de mover. Fuése delante del Santísimo

Sacramento a encomendar a Dios esta necesidad, y luego, otro día, trajeron al convento, sin pedirlo ni hacer otra ninguna diligencia, veinte y tantos colchones, y cantidad de almohadas y sábanas, y algunas camisas. Trajeron también de Ibros, lugar allí cerca, treinta pollos, y de otras partes otros regalos: todo lo cual dice el mismo enfermero que lo recibió, en su declaración jurada. Y como Nuestro Sto. Padre deseaba confirmar a sus súbditos en esta heroica confianza, y que acudiesen en sus necesidades primero a Dios, que a los hombres, les decía, cuando vió lo que Su Majestad había enviado: ¿Vén cómo es bueno confiar siempre en Dios y no tanto en nuestras diligencias?

CAPITULO XIX

Vida religiosa que San Juan asentó en el Colegio de Baeza, mezclando la de religiosos solitarios con la de mendicantes.

Fué el colegio de Baeza el primer monasterio de lugar grande que gobernó el Sto. Padre Fr. Juan de la Cruz, como prelado de asiento, con obligación de mezclar la vida activa con la contemplativa, y acudir a la utilidad de los prójimos, que pide el estado de mendicantes, sin faltar a la principal obligación de nuestro Instituto, que es vacar a Dios en las celdas, de día y de noche, en oración y contemplación. Y pues Nuestro Señor nos dió a este segundo Elías por nueva forma y como regla viva del Instituto, que movido de Dios fundó el primero, conveniente será que, así prelados como súbditos, le miren a las manos para imitarle en la parte que a cada uno toca de esta forma; la cual refieren en sus declaraciones algunos de los religiosos de vida ejemplar que concurrieron con él en esta casa.

Asentóse en ella la misma vida de soledad, recogimiento en las celdas, silencio, oración, mortificación, penitencia y pobreza, que se ejercitaba en los conventos de la Peñuela y Calvario, de donde se trajo la semilla y también el hortelano; y donde se ejercitaron todas estas virtudes, y las demás

del estado religioso tan esforzadamente, que no se le aventajó ninguna Congregación de nuestros monjes antiguos, que tanto admiraron al mundo, de que se hace particular memoria en nuestra Historia General. Y como estos religiosos se habían puesto más a vista de los hombres, a quienes habían de predicar con obras y buen ejemplo, hacían tan alentadamente su oficio, que sonaban por toda la Andalucía las voces de esta predicación y se experimentaban los efectos de ella.

Y aunque son muchos los testigos que nos dan noticia de esto, referiré aquí lo que el P. Fr. Pedro de S. Hilarión, religioso antiguo y grave, dice de esta fundación, a la cual vino desde la Peñuela, y lo refiere de esta manera: «Aunque había días que se procuraba que se fundase monasterio nuestro en Baeza, ordenó Nuestro Señor que se dilatase hasta esta ocasión, para que viniese a fundarle nuestro Padre San Juan de la Cruz. Fundado, pues, el Colegio, acudían los maestros, tan doctos y espirituales, que en aquella Universidad había entonces, a comunicar en cosas de espíritu a nuestro Santo Padre. El cual, como salía de aquel encerramiento y prisión que en Toledo tuvo, salió muy enseñado de Dios y lleno de espíritu divino, y volvían tan enseñados y edificados los doctores, que bendecían a Dios y publicaban grandes alabanzas de nuestra Religión, y calificaban a nuestro Santo Padre por hombre de espíritu muy levantado. Había entonces en el Colegio religiosos muy espirituales y santos, y tan fervoroso ejercicio de virtudes, que más parecía casa de noviciado, que Colegio de letras. Y como los religiosos con la vida de ángeles que hacían, estaban también dispuestos para los ejercicios de la vida contemplativa, y tenían para esto maestro tan experimentado, los traía el Padre Rector con sus pláticas y trato tan levantado de espíritu, hechos unos serafines, abrasados de amor divino».

«Tal era la vida que en esta casa y en las dos convecinas de la Peñuela y del Calvario se hacía, que para significar su perfección y rigorosa observancia, era menester traer ejemplos de los siglos antiguos, porque en el nuestro no se hallaban, y así la comparaban los doctores de esta Universidad a la muy perfecta de los desiertos de Egipto. Y por esto no sólo en la ciudad de Baeza, mas también en to-

da la Andalucía, tuvo nuestra Religión mucha fama y notable crédito, así con la gente vulgar, como con la muy granada de caballeros seglares, y de los eclesiásticos y religiosos, por los ejemplos de singulares virtudes que en los nuestros resplandecían; y con esto estaban todos tan edificados, que los amaban y reverenciaban como a santos, y con este título los nombraban. Acudían nuestros estudiantes a la Universidad a oir teología, y con su raro ejemplo causaban tan gran edificación a los que los miraban, que se movieron a tomar el hábito gran número de estudiantes de la Universidad estos primeros años, y probaron muy bien en la Religión». De esta manera describe este acreditado testigo de vista la fundación de este Colegio.

Entre las cosas de gran edificación que notaban los seglares en nuestros religiosos, era el gran recogimiento que guardaban; porque fuera de la comunidad de los estudiantes, que iban a escuelas, se pasaban los veinte y treinta días, que no salía religioso del convento, y con estar dentro de la ciudad, se podía decir de ellos lo que, como por admiración, refieren las Historias de la Iglesia de nuestros antiguos solitarios, que nunca los veían en las ciudades. Y edificados de esto los hombres que sabían ponderar cuán ejemplar cosa era, decían que para ver a nuestros religiosos, era menester ir a nuestra iglesia, para verlos en el altar, porque no los veían en otra parte.

Esta virtud del recogimiento celaba tanto nuestro Santo Padre, como tan fundamental de las obligaciones de nuestro Instituto, que en los conventos donde él presidía, se gozaba de la soledad y silencio que en los desiertos. Y juntamente con esto fué cuidadosísimo de que se acudiese al consuelo y devoción de los que venían a confesar a nuestra iglesia, y sentía mucho que se les hiciese falta. Y así, en los conventos donde él gobernaba, se experimentaba aquella admirable mezcla de vida solitaria y sociable que San Basilio introdujo en algunos monasterios de nuestros mayores, fundándolos cerca de los lugares con tal consonancia de la vida activa y contemplativa, que la contemplación no careciese de comunicación, ni la acción de contemplación, sino que, como la mar y la tierra se comunican y ayudan entre sí

para la producción de las cosas y utilidad de los hombres; así también estas dos vidas hagan lo mismo para gloria de Dios y aprovechamiento de los mismos hombres. Porque, aunque nuestro Santo Padre más se inclinaba a la soledad, que a la comunicación, pero por habernos hecho mendicantes, acomodaba su inclinación al beneficio de los bienhechores, acudiéndoles con el retorno de sus limosnas en bienes espirituales, y alimentando con ellos sus almas por el sustento corporal que recibíamos.

Pero juntamente con esta liberalidad con que les acudía en el púlpito y confesonario, era muy estrecho en cualquiera comunicación fuera del convento, haciendo guardar puntualísimamente la constitución hecha en Duruelo acerca del recogimiento, que veda salir a visitas de parientes ni enfermos, aunque fuese con título de confesarlos, sino en algún caso raro, como en su lugar vimos; y para evitar familiaridades y comunicaciones estrechas, era muy ordinario decir a los que salían fuera del convento a negocios, como el procurador, que no fuesen molestos a los seglares; y que allí acudiesen menos donde nos conocían más; y en las pláticas les traía a la memoria aquel dicho de San Antonio, celebrado de la prudencia y verificado con muchas experiencias: que el religioso fuera de su convento era como el pez fuera del agua; que como éste pierde la vida corporal, así aquél la del espíritu.

Y no sólo celaba esta clausura en las visitas y comunicaciones de afuera, tocantes a negocios de otros, mas también en las peticiones y diligencias ordenadas al sustento propio, en lo cual ejercitaba la gran confianza que tenía en los socorros de Dios; y así cuidando tanto del cumplimiento de la obligación que teníamos a servirle, vivía con un descuido confiado en lo demás, teniendo por cierto el socorro divino a nuestras necesidades, y por muchas experiencias se conocía cuán ciertos eran los efectos de esta confianza. De estas experiencias dice en su declaración jurada el que fué portero en este tiempo en el Colegio, éstas palabras: «Siendo Nuestro Padre Fr. Juan de la Cruz prelado del Colegio de Baeza, sucedió algunas veces entrar la comunidad en refectorio a la hora de comer, y no haber qué, y decir el Santo Padre a los religiosos: bien se pueden ir a las celdas, que pues no tenemos qué comer, señal es

que no habemos sido hoy los que debemos, y por eso no nos ha proveído Nuestro Señor de comida; y estando yo allí, sucedió tres o cuatro veces esto, y a poco rato llamaban a la campanilla de la portería personas cargadas de comida para los religiosos, y esto mismo sucedió en diferentes ocasiones en los conventos del Calvario y de Córdoba, estando el Santo en ellos. Muchas veces, informándole el procurador que convenía salir buscar algunas cosas para provisión de la casa, como aceite, trigo, lienzo y otras semejantes, que faltaban, era tanta su confianza, que decía al procurador que no saliese, sino que lo fuese a encomendar a Dios, que Su Majestad lo proveería; y experimentaban luego los efectos de esta confianza; porque, sin más diligencia y por caminos no pensados, traían al convento todo lo que el procurador decía que faltaba». Todo esto es de este testigo.

Cuando veía demasiada solicitud en su procurador para las cosas de sustento, solía reprenderlo de poca confianza, y le decía que todo aquel cuidado de las cosas temporales le pusiese en las espirituales de su alma, que para aquéllas un mediano cuidado bastaba. Animaba a sus religiosos a que hiciesen buena cara a la pobreza, y llevasen con alegría las menguas de ella, cuando Dios quisiese probar con ellas el cumplimiento de la pobreza que le habían prometido. Y en orden a esto solía decirles: Hermanos, el padecer necesidad, es ser pobres; porque si todo lo tuviéramos sobrado, ¿dónde estuviera la pobreza que abrazamos por amor de Dios? Como los seglares estaban agradecidos del cuidado con que en nuestro Colegio se acudía al consuelo y aprovechamiento de sus almas, y veían la poca molestia que les daban en pedir limosnas, venían algunos a decir que enviasen a sus casas, unos por trigo, otros por aceite, otros por vino, y otros por otras cosas necesarias para el sustento; y llegando los confesores a decirlo a nuestro Padre San Juan de la Cruz, les respondía: Déjenlo, que ya Nuestro Señor tiene cuidado de nosotros, y si Su Majestad nos librare en ellos nuestro sustento, ellos lo enviarán, sin que los ejecutemos luego, por lo que les servimos.

Todo su cuidado ponía en el aprovechamiento espiritual de sus religiosos, y en que sirviesen a Dios perfectamente. Era muy solícito en la limpieza y compostura de las cosas de

iglesia y altares, pero de manera que también en esto como en lo demás resplandeciese la pobreza de nuestro estado. Y así iba mucho a la mano a los que, con sombra de religión y piedad, querían hacer ornamentos costosos, diciendo que más se servía Dios de los humildes con recogimiento nuestro, que de los ricos con distracción, la cual era forzoso que hubiese en procurarlos. Y así dicen los religiosos que asistieron con él en Baeza, que el tiempo que estuvo allí por prelado, fueron las casullas y frontales de materia humilde y poco costosa, pero bien aliñados. Y de paño de púlpito sirvió mucho tiempo (como ya tocamos) la capa blanca de un religioso, con harta edificación de los que veían esta devota pobreza.

Sentía tanto el demonio los ejemplos de vida heroica que daban en esta casa a seglares y religiosos, que por muchos caminos procuraba estorbarlos, y como no podía, por tener tan buen defensor, hacía de noche muchos asombros y malos tratamientos a los religiosos. Para lo cual fué menester el buen ánimo del Santo Padre y el señorío que tenía sobre estos enemigos, y lo poco que por esto los temía, para que los religiosos no anduviesen afligidos.

La primera noche después de hecha la fundación, fué tan grande el ruido y los espantos que los demonios hicieron por toda la casa, que fué necesario que el Padre Fray Juan de la Cruz anduviese por los aposentos donde dormían los religiosos, esforzándolos y dándoles a entender lo poco que estos enemigos podían empecerlos con todas aquellas horribles invenciones; y declarándoles cómo había duendes, porque perdiesen más el temor, entendiendo que los autores de estos miedos eran de este género de espíritus que nos espantan menos. De este esfuerzo de nuestro Santo Padre mostraba el demonio tanta rabia, que le hacía muchas burlas, y algunas que pudieron ser peligrosas: como enredársele en los pies, cuando iba a pasar por algún lugar poco seguro, aunque le guardaba otro más poderoso, para que no se hiciese daño. Cosa de ocho días duró esta guerra con harta molestia de los religiosos, y después cesó y nunca más se ha sentido en aquella casa, y atribuíanlo a las oraciones del Santo.

CAPITULO XX

Intensos deseos que el Santo tenía de padecer por Cristo. Ensayos de martirio.

Aunque era muy antiguo el deseo que S. Juan de la Cruz tenía de padecer trabajos por Dios e imitar con su vida la de Cristo, se le aumentó incomparablemente con la obra que el serafín hizo en su espíritu para transformarle en Dios, por andar anexo a esta transformación de amor un entrañable deseo de padecer por el Amado. De manera que, con ser cosa tan amarga y aborrecible a nuestra naturaleza el acto de padecer, está ya en este estado tan ennoblecida con la gracia, que dicen los Santos experimentados que todo lo que padece por Dios, le es deleitable, y que el gozo de padecer aumenta el amor. Lo cual experimentaba también nuestro Santo Padre, y por eso dice, como ya vimos, que así el obrar, como el padecer por Dios, de cualquiera manera que fuese, le hacían siempre más amor y más regalo.

Estos deseos de padecer por Dios le apretaban tanto en este tiempo, que no hay ciervo sediento, acosado de los cazadores, que con tan grandes ansias busque las aguas de su refrigerio, como él deseaba padecer trabajos y fatigas por Cristo. Y como le había enseñado la experiencia que con cada trabajo bien padecido entraba un poco más hacia la profundidad de la comunicación divina muy familiar, no se contentaba con desear los trabajos, mas también los pedía importunamente a Dios. Y a este propósito refería aquellas palabras de Job: ¿Quién dará que mi petición se cumpla y que Dios me dé lo que espero; y el que me comenzó, ése me desmenuce, desate su mano y me deshaga; y tenga yo esta consolación, que afligiéndome con dolor, no me perdone ni dé alivio? Estas palabras sonaban dulcemente en sus oídos, porque tocaban los deseos con que él andaba, y a propósito de ellas y como declarando su afecto, añade éstas en su Cántico: «¡Oh, si se acabase ya de entender cómo no se puede llegar a la profundidad de la sabiduría y riquezas de Dios,

sino entrando primero en el profundo padecer, poniendo el alma en eso su consolación y deseo! Pues para entrar en la sabiduría de Dios, se ha de pasar por la cruz, que es el camino de la vida, por la cual pocos entran. El deseo de entrar en la abundancia de sabiduría, riquezas y regalos de Dios, es de pocos». De esta manera significa su estima y el valor de padecer; y de aquí le venía que, aunque se compadecía mucho de los afligidos, se consolaba grandemente de ver en tribulación bien tolerada las personas a quien deseaba grandes aumentos de perfección, diciendo que era el camino real para llegar a ellos.

Y con ser tan codicioso del padecer, que cuando se hallaba en trabajos y aflicciones (con haberlas tenido muy grandes), no las quería comunicar con nadie, porque con la comunicación no se le aliviasen; era cruz tan pesada para él verse regalado de Dios, en lugar de darle qué padecer, y que le honrasen, deseando él tanto ser abatido y menospreciado, que había menester en esta aflicción que le consolasen. Y en orden a este menosprecio y deseo de padecer, pedía de ordinario a Nuestro Señor tres cosas: la primera, que no muriese siendo prelado, para tener tiempo de ejercitar la humildad de súbdito; la segunda, que le diese mucho en que padecer, y las penas del Purgatorio en esta vida, para que los remates de la suya fuesen semejantes a los de su Hijo; la tercera, que muriese donde no fuese conocido, porque ni en muerte le honrasen. Y todas tres se las concedió Nuestro Señor, para prueba de su paciencia y colmo de merecimientos, como en su lugar veremos.

Y como es cosa tan ordinaria ocuparse el pensamiento en los objetos del deseo, entretenía el suyo algunas veces nuestro Santo Padre con acordarse que, cuando aquel mayor perseguidor de la Iglesia levántase su sangrienta bandera contra ella y contra sus fieles, había de venir a pelear con él nuestro gran Padre el Profeta Elías, acompañado de sus hijos; y deseando ser uno de ellos, y como quien se considera ya en la batalla, se ensayaba en paz para esta guerra de muchas maneras. Una de las cuales era hacer, por ejercicio de recreación provechosa, algunos ensayos de martirio, afervorizando, como capitán, a sus soldados.

Pues estos ensayos fueron muy frecuentes en este tiempo de que vamos hablando, y nos dan noticia de ellos los religiosos que asistieron con él en Baeza, y que cuando por alguna solemnidad quería hacer la recreación más festiva, estando juntos los religiosos, los afervorizaba con traerles a la memoria cómo habían de ser soldados de la milicia de Dios, contra el antecristo, usurpador de su gloria, de la cual guerra había de ser capitán nuestro Padre San Elías; y que pues el capitán era valiente, que no habían de ser cobardes los soldados. Con lo cual descubría el aliento y fervor de los religiosos en desear padecer por Cristo, y según este fervor hacía representación del martirio, señalando a unos para mártires, a otros para jueces, a otros para acusadores, y a otros para verdugos, y hacían todos tan a lo de veras sus oficios, que a los que hacían los mártires, les parecía que no padecían de burlas y mostraban tanto fervor y alegría en las penas, como si verdaderamente las padecieran en defensa de la fe contra infieles; y muchas veces hacía nuestro Santo Padre la figura del mártir, por el consuelo que tenía de tratar de estas materias, y con su fervor afervorizaba a otros.

Uno de estos ensayos referiré más en particular, que un testigo de vista dice en su declaración jurada a propósito de las ansias, con que el Santo Padre andaba de ser de veras mártir y padecer por Cristo. Había ido al monasterio de la Mancha de Jaén, cercano a Baeza (que entonces era casa de noviciado), y deseando el maestro afervorizar a sus novicios, le pidió que se hiciese un ensayo de martirio. Nombráronse oficiales, e hicieron las figuras de mártires nuestro Padre San Juan de la Cruz y el maestro de novicios, llamado fray Cristóbal de San Alberto. Fueron acusados de cristianos, y el juez les tomó su confesión, y habiendo confesado con gran fervor la fe de Cristo y detestado de las sectas contrarias, mandó el juez que les desnudasen las espaldas y los amarrasen a dos naranjos de la huerta, donde el ensayo se hacía, y que allí fuesen azotados rigorosamente, hasta que, arrepentidos, dejasen de confesar a Cristo. Hízose así, y los verdugos ejecutando lo que el juez mandaba, hacían su oficio, como si no fuera representación, sino castigo de veras, y tanto más alentadamente cuanto el fervor de los mártires era mayor. Y era

tan grande y tan encendido el de nuestro Santo Padre, y las ansias que mostraba de padecer, baldonando a los verdugos de flojos y cobardes, que apretando ellos la mano, le hacían correr la sangre por las espaldas, y al paso que habían hecho con rigor su oficio, era después el agradecimiento y la alabanza.

Otras veces, cuando caminaba, se entretenía a solas en estas memorias con su compañero, considerándose entre infieles, y que los árboles eran acusadores y verdugos, y allí hacía contra ellos sus actos de martirio. Caminando una vez hacia Bujalance con el Hermano fray Martín de la Asunción, le dijo: Hagamos que somos soldados de Cristo y que caminamos entre infieles, determinados a morir por El. Si ahora saliesen algunos moros o herejes a matarnos por amor de Dios, y topando primero con él, le diesen muchos golpes y porrazos, y le hiciesen otros malos tratamientos, ¿cómo los llevaría? Respondió el compañero: Con el favor de Dios los llevaría en paciencia. Parecióle al Santo que aquella tibieza con que lo decía, degeneraba del ánimo alentado y fervor antiguo, con que los hijos de Elías defendieron por tantos siglos la Iglesia de Cristo, padeciendo por ella tan alegremente, como verificamos en el primer tomo de la Historia General de nuestra Orden, y encolerizándose contra el compañero, le dijo: ¡Con esa tibieza lo dice, y no con un deseo muy encendido que le hiciesen pedazos por Jesucristo?

En muchas ocasiones se echó de ver en el Santo Padre Juan de la Cruz que el cuchillo del martirio faltó al ánimo, y no el ánimo al cuchillo, particularmente en algunos de sus trabajos en que se la iba acabando la vida, y pudiendo salir de ellos con mudar de intento, tragó antes la muerte, que dejar de hacer lo que tenía por más gusto de Dios y bien de su Orden.

CAPITULO XXI

San Juan, mártir de penitencia.

Aunque estos ensayos del martirio de sangre cesaron, continuó, así en su persona, como en la exhortación de sus súbditos, el martirio de penitencia, ejercitado por tantos siglos en la escuela de Elías, y que es tan propio de la de Cristo, que el apóstol S. Pablo le dió por insignia de los legítimos discípulos de ella, diciendo que los que eran de Cristo, crucificaron su carne, esto es, con el rigor de la vida y aspereza de la penitencia. Y las primeras nuevas que su glorioso precursor dió al mundo de su venida a él, fueron de penitencia.

Para lo cual conviene advertir que de dos maneras de martirio nos dan noticia los Santos: uno, de sangre; y otro, de penitencia; aquél, para el tiempo en que padece la Iglesia guerra de tiranos; y éste, para cuando la padece de vicios, que son tiranos más ordinarios y crueles. De este segundo dice San Gregorio: Aunque falte la ocasión del tirano, también nuestra paz tiene su martirio. Porque, aunque no sujetemos los cuellos corporales al cuchillo, degollamos en el alma con el cuchillo espiritual los deseos de la carne. Esto dice San Gregorio, y aunque el martirio de la penitencia es, en la dignidad, inferior al martirio de sangre, que derechamente se ordena a privar de la vida, y estotro a domar la carne, dentro de la vida; con todo eso, dice Santo Tomás (1) que le excede en ser su aflicción más durable.

Pues éste es el martirio que S. Juan de la Cruz ejercitaba continuamente en su persona, como lo verificamos cuando se trató de su penitencia, y éste, al que muy de ordinario exhortaba a sus súbditos, acordándoles que a éste eran llamados de Dios; y les decía muchas veces lo que San Pacomio a sus monjes, nuestros mayores: que sufriesen valerosamente las batallas de su estado y las asperezas de la vida

1 D. Th., IV Sent, d. 49, q. 5, a. 3.

monástica, y participarían en el cielo del premio de los mártires. Porque el martirio (como declara Santo Tomás) es una conformidad real con la pasión de Cristo (1) y de la estrecha imitación de esta pasión le viene el ser tan acepto a Dios y tener tan alto privilegio, que absuelve de culpa y pena, como el bautismo. Y como en el martirio de penitencia hay tan gran semejanza en esta conformidad, participa también de su premio, y a este propósito dice este mismo Santo (2) estas palabras: «Aunque en el martirio de penitencia no hay tan expresa conformidad con la pasión de Cristo, como en el martirio de sangre; con todo eso, se dice en las vidas de los Santos Padres antiguos que vió uno de ellos bajar sobre los que abrazaban la vida religiosa y penitente la misma gracia que sobre el que recibía el bautismo. No porque el bautismo de penitencia religiosa tenga de suyo esta virtud de absolver a culpa y pena; sino que, por serle tan agradable a Dios, le concede esta remisión plenaria, como en premio de haberle entregado su voluntad en perpetua servidumbre». Todo esto es del angélico Doctor.

Con esta doctrina esforzaba el Santo Padre a sus religiosos, para que abrazasen alegremente la vida penitente que habían profesado; y les confirmaba este agrado que tiene Dios de los verdaderos mártires de penitencia, con algunos ejemplos milagrosos sucedidos entre nuestros mayores: unas veces de cómo el victorioso coro de los mártires del cielo venía a recibir el alma del mártir de penitencia, para llevarla, como participante de su premio, a las moradas celestiales: como cuando murió San Sabas; otras, que venía innumerable multitud de ángeles a acompañar el alma del religioso penitente, que salía victoriosa de su cuerpo, y que con música celestial la llevaban a la bienaventuranza: como lo vió en un éxtasis San Juan Silenciario; otras veces, que la capilla real del cielo venía a hacer las exequias del monje penitente recién muerto: como lo oyó el Santo Sabas y todos los religiosos de su monasterio. Estos y otros ejemplos hallamos en la antigüedad de la fiesta que los ciudadanos del cielo

1 D. Th., IV Sent., d. 4, q. 3, a. 3.
2 S. Th., ib.

hacían a los religiosos penitentes en su muerte. Y de aquí sacaremos también la razón de haber venido el sagrado coro de los mártires a hallarse en la muerte de nuestra Madre Santa Teresa y a acompañar su alma, como a la que había sido no sólo mártir tan heroica de penitencia, mas también gloriosa restauradora de la escuela antigua de este martirio, y así le hicieron la honra que al Santo Sabas, por habérsele parecido en el oficio.

Pues, como nuestro Padre San Juan de la Cruz sabía que esta reformación, como legítima imitadora de nuestros insignes solitarios antiguos, era particularmente llamada a este género de martirio, domador de vicios y perseguidor de blanduras deliciosas, y se hallaba como capitán de esta milicia de la Religión Cristiana, y tan movido de Dios para esforzarla, alentó cuidadosamente los ejercicios de ella en todas las primeras casas de esta Reforma, así en las dos Castillas, como en la Andalucía. Y lo mismo que él predicaba y enseñaba de este rigor de vidas imitadoras de la apostólica, hallaba que lo influía Dios en los ánimos de estas nuevas plantas; de manera que, con ser tan contrario a la carne y al amor propio, caminaban con tanto fervor a las cosas de penitencia y aspereza de vida, que antes habían menester freno, que espuelas.

De esta luz y experiencia que S. Juan de la Cruz tenía, que este rigor de vida primitiva era propio de nuestro llamamiento, venía que, cuando oía decir que se enseñaba o introducía alguna doctrina bastarda de mayor blandura, lo sentía mucho, y con ser de su natural tan modesto y moderado en las palabras, le sacaba el sentimiento de su paso para oponerse a las opiniones mitigadas. Como sucedió una vez que, habiéndole dicho de cierto prelado que favorecía poco las cosas de rigor y aspereza, y ordenaba la Religión más a las comunicaciones de afuera, con capa de utilidad de las almas que al recogimiento y penitencia de la vida primitiva, le dió notable pena, y hablando con el P. fray Juan de Santa Ana, religioso antiguo y grave (como él lo refiere en su declaración jurada), le dijo estas notables palabras: «Mire, mi Padre Fr. Juan, si en algún tiempo le persuadiere alguno, aunque sea prelado, con alguna doctrina de anchura, por más que lo

confirme con milagros, no le crea, ni la admita, sino abrace la penitencia y el desasimiento de todas las cosas, y no busque a Cristo fuera de la cruz, que a seguirle con ella, en negación de todo y de nosotros mismos, nos ha llamado a los Descalzos de la Virgen, y no a procurar nuestras comodidades y blanduras. Y mire que no se olvide de esto ni de predicarlo, donde se le ofreciere, como cosa que tanto nos importa.»

Otra vez, estando con los religiosos en el acto común de recreación, en la pieza donde se tenía, entró en ella un religioso con una capilla más delgada, que las que en nuestra Religión se usan, y notándoselo los demás, respondió que el hábito áspero no era de esencia de la santidad. Estaba a un lado de la pieza el Padre Fr. Juan de la Cruz, en parte que el Religioso no lo había visto, y cuando le oyó aquellas palabras, tan ajenas de fraile descalzo, comenzó con un celo esforzado a reprenderle con palabras graves y sentidas, diciéndole que la Religión de Elías, plantel de Santos en todas las Congregaciones reformadas, desde su fundación, había usado hábito áspero y penitente, porque la había puesto Dios en su Iglesia, así en el Viejo como en el Nuevo Testamento, por escuela de vida penitente y reformada; y que de San Juan Bautista y de sus discípulos, nuestros mayores, había dicho el Hijo de Dios que el reino de los cielos padecía fuerza, y los esforzados lo arrebataban, porque mortificaban la carne y enfrenaban la vida regalada con el hábito áspero y vida penitente; y que de esta manera se había de caminar al cielo por la puerta estrecha, por donde entran pocos. Que a esta vida nos había llamado Dios en esta Reformación, y quien se desdeñase del hábito humilde y grosero, tan usado y estimado de nuestros mayores, no merecía estar en ella. Con estas y otras palabras de reprensión le corrigió, y le quito la capilla blanda que traía, y le puso otra muy áspera y despreciada; y esto mismo hacía en otras ocasiones, donde veía asomar alguna mitigación o blandura.

CAPITULO XXII

Elección de San Juan de la Cruz en prior de Granada. Cuánto favoreció allí la vida primitiva con nuevos ejemplos de su confianza.

Estando S. Juan de la Cruz en Baeza, gobernando aquel Colegio, concedió Su Santidad el Papa Gregorio XIII, a instancia del Rey Don Felipe II, la separación de los Descalzos de nuestra Orden en provincia aparte, y se expidió el Breve de ella, a 22 de junio de 1580. Y el noviembre siguiente se expidió otro, para que el Maestro fray Juan de las Cuevas, de la Orden de Predicadores, y prior entonces del monasterio de San Ginés, de Talavera, convocase los Descalzos a capítulo, y en él se eligiese Provincial de su profesión, que los gobernase.

Congregóse el capítulo en Alcalá de Henares, a 5 de marzo del año 1581, en el cual hizo nuestro Santo Padre oficio de Definidor. Y aunque para la elección de Provincial deseaba el capítulo echar mano de alguno de los religiosos antiguos, en cuyas manos había nacido la nueva Reforma, para que perfeccionase en ella lo que había comenzado, venía muy inclinado el Padre Comisario Apostólico a que lo fuese el Padre fray Jerónimo de la Madre de Dios, persona de mucha virtud y lucidas letras. La principal razón que para esto daba, era que, por no estar aún la Religión acabada de asentar en su paz y quietud, había menester el nuevo Provincial el favor del Rey para las dificultades que se le ofreciesen, y tener ministro suyo tan a mano para solicitarlo, como lo tendría el P. Fray Jerónimo en su hermano, que demás de ser secretario del Rey, gozaba de su gracia, y así le eligieron. Le dió el capítulo por compañero al Padre Fr. Nicolás de Jesús María, que acababa de ser prior de Pastrana, persona de aventajado caudal y excelente celo primitivo, para que alentase en él al nuevo Provincial, y le dejaron por esto sin oficio. Y porque los demás sucesos que en este siempo tuvo la Orden, no son

de historia particular, pasaremos a los que tocan a nuestro Santo.

Hiciéronle en este tiempo prior del monasterio de Granada, y de lo que en primer lugar cuidó allí, fué de que sus religiosos pareciesen verdaderamente primitivos, acordándoles que los había llamado Dios a renovar la vida heroica de sus mayores, que era de soledad, silencio, oración, recogimiento y penitencia; y lo que ponderaban las Historias de la Iglesia (1), de cuán rara cosa era ver en las ciudades un monje de nuestros antiguos; y que todo su cuidado ponían en esconderse de los hombres, para vacar a Dios en compañía de los ángeles. A esto y al trato de oración ordenaba sus pláticas, y en ellas los enseñaba y afervorizaba, facilitándoles con lo uno el camino de la contemplación y poniéndoles con lo otro en el ejercicio de ella, y así salieron de allí grandes contemplativos, que edificaron después con su ejemplo en otros monasterios.

Y aunque en los demás que había gobernado, resplandeció mucho la confianza que tenía en Dios, aquí parece que se esforzó más, para moderar con ella las demasiadas providencias que tenían los procuradores de aquel convento, en proveer las cosas necesarias para el sustento, fundando en su cuidado e industria esta provisión, y no en la providencia que tiene Dios de los que le sirven, de lo cual se seguía mucha quiebra del recogimiento que pide nuestro estado.

Y queriendo atajar estas distracciones, les enseñaba a vivir en fe, y que del mucho tiempo que solían gastar por las calles, cansando a los bienhechores y desedificando con su poco recogimiento a los ciudadanos, gastasen alguno en el rincón de las celdas, pidiendo a Dios el sustento necesario, pues lo tenía en su casa, y era el que había de mover a los bienhechores a hacernos limosnas. El persuadir esto a los procuradores, le costó al principio mucho taabajo; porque como estaban más acostumbrados a gobernar esto con su industria, y no con tanta fe, en habiendo falta de las cosas, molestaban al prelado, que les diese licencia para salir a buscarlas. Pero después que vieron en muchos casos que favorecía

1 Sozom., Histor. Eccl., I, c. 13.

Dios su confianza, socorriendo las necesidades tan a tiempo y por caminos desusados, fiaban más de su espera; y cuando le iban a decir lo que faltaba, y que era menester salir a proveerlo, si él lo rehusaba, se quietaban, hasta que Dios lo proveía sin su cuidado. Y con lo que dos donados (que salían a pedir miércoles y sábados) allegaban de limosna, solía estar proveído el convento.

De estos casos que le sucedían con sus procuradores, referiré algunos, que de esta casa vienen probados en sus informaciones. Siendo procurador de ella el P. Fr. Agustín de San José, acudió a nuestro Santo Padre una noche, después de Completas, y le dijo que no había cosa que comer otro día, y que era necesario hacer alguna diligencia para proveerlo. Respondióle nuestro Padre San Juan de la Cruz que aún tenía Dios tiempo para proveerlos, sin que le acusesen tan presto la rebeldía, que aquella noche ya habían cenado, y quien había dado la cena, daría la comida. A la mañana, tampoco quiso que se hiciese más diligencia, que representar a Dios la necesidad, y con esto quedaba cierto del socorro. Acabando de decir Prima, entró en el convento un hombre y dijo al portero: ¿Qué necesidad hay en esta santa casa? Que en toda la noche no me ha dejado dormir una voz interior que me decía que yo estaba regalado, y los frailes de los Mártires necesitados (que así se llama nuestro convento); y sabida la necesidad, dió una buena limosna, con que se salió de aquel aprieto.

Otra vez, siendo procurador el P. Fr. Juan Evangelista, no había en casa cosa que comer, sino las yerbas de la huerta, y aun para esto no había pan. Acudió al Padre Fr. Juan de la Cruz a pedirle licencia para ir a buscar de comer; él le dijo: ¡Válame Dios, hijo, y un día que falta, no tendremos paciencia, y más si quiere Dios probar la virtud que tenemos? Ande, déjelo y váyase a su celda a encomendar a Dios esta necesidad. Fuése a la celda, y de ahí a un rato volvió otra vez a él, y díjole cómo había enfermos y necesidad de acudirles. A lo cual le respondió que tenía poca confianza en Dios; que si la tuviera, desde la celda había de negociar más con Dios el socorro de estas necesidades, que yendo a la ciudad. Con esto se fué otra vez algo confuso o enfadado; pe-

ro viendo que la necesidad iba adelante y que se hacía falta a los religiosos, volvió al prior y díjole: Padre, esto parece que es tentar a Dios, que quiere que hagamos lo que podemos; déme Vuestra Reverencia licencia para ir a buscar qué coman los religiosos. Sonrióse el santo fray Juan y con mucha paz le dijo: Tome un compañero y vaya, y verá qué presto le confunde Dios por esa poca fe que ha tenido. A pocos pasos que había andado fuera de la puerta del convento, encontró al relator Bravo, uno de los de la Chancillería, y sabiendo de él a lo que iba, le dijo: Pues aguarde Vuestra Reverencia, y daréle esta condenación, que los señores de la Chancillería han aplicado a su monasterio, y dióle doce monedas de oro. Con esto volvió al convento harto confuso, y habiendo dado cuenta a nuestro Santo Padre de lo que había pasado, le dijo: ¡Cuánto más consolado se hallara si, estándose en su celda, le hubiera enviado Dios a ella lo necesario, que haciendo tan cuidadosa diligencia! Aprenda, hijo, a fiar en Dios, que no son nuestras solícitas providencias las que han de sustentar nuestra pobreza, sino la confianza. Sepamos ser verdaderos pobres, que al religioso que se pone en nada, por darlo todo a Dios, nada le falta, porque Dios cuida de él.

Estando otra vez el P. Juan de la Cruz en un confesonario, confesando a una Señora de gran virtud, llamada Doña Juana de Pedraza, acudió a él el procurador del convento, y díjole que no había qué comer en casa, ni con qué proveerlo, y que era necesario ir a pedir. Respondióle el Santo Padre que no fuese, que Dios lo remediaría, y que el procurador de su convento había de ser un Juan de espera en Dios, y no en su industria, que con su confianza y oración sacase, desde el rincón de la celda, las limosnas de la mano de Dios y del seno de los fieles. De allí a un rato volvió el procurador a acordarle la necesidad y a decirle que no había en casa de dónde socorrerla, y viendo que no respondía a su propósito, se lo tornó a acordar tercera vez. Respondióle nuestro Padre San Juan de la Cruz: Descuide, Hermano, que no quiero que salga, ni ahora es menester. Todo esto oía Doña Juana de Pedraza de la otra parte del confesonario, y dijo a nuestro Santo Padre que, pues no podía proveerse aquella necesidad,

sino saliendo el procurador, que por qué no le daba licencia. Respondió él: No se la he dado, porque luego nos traerán una limosna, con que podremos excusar el pedir. Acabó doña Juana su confesión, y volviéndose a la ciudad, encontró en el camino una mujer forastera, la cual le preguntó si quedaba en el convento el P. Prior. Y habiéndole dicho que sí, e inquerido de ella qué negocio tenía con él, le respondió que tenía un pleito en la Chancillería y venía a procurar se sentenciase; y para que Dios le diese buen suceso, llevaba cuatro ducados al monasterio de los Descalzos, para que se los dijesen de misas. Con lo cual quedó persuadida Doña Juana que en cierta suspensión, que el Santo había hecho a la plática del confesonario, cuando la primera vez le dijo el procurador que no había qué comer en casa, había encomendado a Dios el socorro de aquella necesidad y tenido luz de esta limosna; y lo mismo podemos entender que hacía otras veces. Estos y otros casos, sucedidos en esta casa, se refieren en sus informaciones.

CAPITULO XXIII

Ejemplar recogimiento que San Juan de la Cruz y sus religiosos guardaron en el monasterio de Granada.

El recogimiento que guardó en este convento mientras lo gobernó, fué ejemplarísimo; porque, con haber en aquella ciudad tantas personas graves que le visitaban, nunca les pagaba visitas. Y a los religiosos que le persuadían que saliese a pagarlas, les respondía que ni Dios quería de ellos que fuesen cortesanos, cuidando de las reglas vanas de la cortesía humana, ni los visitados debían esperar de nosotros estas visitas, sino cuando en sus enfermedades o grandes trabajos tuviesen necesidad de que fuesen a consolarlos. Vino a visitar aquel convento el P. fray Diego de la Trinidad, Vicario Provincial de la Andalucía, y lo que halló que remediar en el gobierno del Prior, fué este gran retiro de la comunicación de los seglares fuera del convento, deseándole alguno de los religiosos de él, más cortesano que contemplativo; porque

con no salir él a cosas, que parecían forzosas, tenía enfrenados a otros, para que no pidiesen salidas poco necesarias.

Conoció el santo prior en el Vicario Provincial que, aunque no se lo mandaba, gustaba que visitase las personas graves de Granada; y como él obedecía no sólo los mandatos de los prelados, mas también su intención, cuando se le descubría, llegada la Pascua de Navidad, salió a visitar al Arzobispo y al Presidente de la Chancillería. Entró en casa del Presidente, que estaba más cerca, y después de haberle dado las buenas Pascuas, al modo religioso, se disculpó de las pocas visitas que le hacía, certificándole que había cuidado en el convento de encomendarle a Dios. A lo cual le respondió el Presidente: «Padre Prior, más nos edificamos de verlos en sus conventos, que en nuestras casas, y más nos obligan con eso a que nos acordemos de hacerles limosnns, que con visitarnos; que entonces sabemos que están guardando el puesto en que Dios los puso, y cuanto menos los vemos, tanto nos parecen mejor». Hizo nuestro Santo Padre brevemente su visita, y sin hacer la del Arzobispo, se volvió a su monasterio, diciendo a su compañero (que era el P. fray Agustín de San José): «Confundido nos ha este hombre; y toda la Orden quisiera que hubiera oído lo que nos ha dicho, para que se persuadiera cuán poco ganamos con esta impertinencia de visitas, que el demonio introdujo entre nosotros con capa de necesidad; pues Dios, que nos manda que estemos, de día y de noche, en las celdas, nos dará lo que allí hubiéremos menester, sin estos cumplimientos. Y así vuelvo a casa con gana de dar voces, para que los desterremos de nosotros y guardemos nuestro recogimiento».

A los religiosos que eran muy llevados de este afecto de pagar visitas, y le pedían licencia para hacerlas, solía decir: «¿Piensan que los seglares nos han de estimar por cortesanos? Pues engáñanse, que no, sino por santos; y para esto es mejor camino apartarnos de ellos. Si nosotros hacemos lo que los seglares, ¿en qué nos diferenciaremos de ellos? Por el mismo caso que el mundo tenga introducido eso, habemos nosotros de hacer lo contrario, que profesamos diferentes leyes».

Siempre celaba mucho este recogomiento, porque temía que la falta de él, era disposición muy cierta de la relaja-

ción de nuestro estado, y que le corría muy gran peligro de esto en las casas cercanas a los lugares, si no las preservaban de él con un extraordinario retiro, en que no se había de trabajar poco por la inclinación contraria de la naturaleza; y por eso suspiraba siempre por casas de soledad, y que se hiciesen llevaderas, para que así fuesen muy apetecidas.

Persuadióle un día cierto seglar de Granada que visitase algunas personas ricas de la ciudad, para que le ayudasen con limosnas para la obra del edificio del convento, que entonces se hacía. Y respondióle: «O esos señores han de hacer esas limosnas por Dios, o por mí. Si por Dios, no es menester obligarlos; y si por mí, no es razón que yo quiera que ellos den su hacienda por fin tan bajo». Con esto se guardaba tanto, que afirma en sus informaciones testigo muy acreditado, que fué súbdito suyo tres años, que se pasaban los veinte y treinta días sin salir religioso del convento. Y porque no les pareciese cosa rara, les acordaba lo que dicen de nuestros mayores las Historias de la Iglesia: que había algunos religiosos que no salían en veinte años de sus conventos, y otros en treinta y cuarenta.

Con todo esto, celando el Santo Padre Fr. Juan de la Cruz tanto el recogimiento de sus religiosos y el retiro de seglares, era muy amigo que se acudiese con caridad y presteza a los que venían a nuestros conventos a confesarse o consolarse, y sentía mucho que les hiciese falta, como ya tocamos en la fundación de Baeza; y a los que tenían esto por oficio, como los confesores, decía que habían de imitar al sol, que con sus efectos fructificaba la tierra, sin que se le pegase nada de sus pegajosas propiedades. Y él también acudía con gran caridad a esto mismo, cuando la necesidad lo pedía, sin aceptación de personas, y de mejor gana a la más pobre, si era más necesitada.

CAPITULO XXIV

Dones del Espíritu Santo y otras gracias singulares de San Juan de la Cruz en este tiempo.

Cuando tratamos de las virtudes de S. Juan de al Cruz, diferimos para este lugar hacer memoria de los dones del Espíritu Santo, de que estuvo su alma muy hermoseada. Y según lo que se ha dicho ya de los grados de perfección y contemplación a que Dios le levantó (y falta aún por decir lo más subido), parece cosa superflua tratar más en particular de la ilustración de estos dones, siendo ya cosa tan sabida, que fué rara, como lo fué también la de las virtudes. Porque, como la gracia y los dones infusos, que proceden de ella, se hayan entre sí al modo del cuerpo luminoso (1) y de los rayos que salen de él, que cuanto él más luce en sí, tanto ellos más resplandecen; cosa clara es que cuanto la gracia más intensamente penetra y perfecciona la esencia del alma, tanto los dones infusos, que proceden de ella, perfeccionarán más las potencias. Y cuando el Espíritu Santo une consigo al alma contemplativa, la tiene muy divinizada con hábitos perfectos de estos dones, y mucho más en la unión habitual de que ya tratamos.

La experiencia de esto habemos visto en los actos tan elevados a que nuestro Padre San Juan de la Cruz era levantado en la contemplación, los cuales son efectos de los principales dones de entendimiento y sabiduría. Porque el primero levanta al alma sobre su modo humano a conocimiento infuso de verdades divinas, desnudas de todas las semejanzas de nuestro conocimiento, y proporcionadas al modo de conocer de la patria (2); y el segundo une al alma con Dios en participación de un mismo espíritu, también sobre su modo humano.

1 D. Th., II Sent., d. 26, q. 1, a. 4.
2 D. Th., III Sent., d. 34, q. 1, a. 2.

De estas dos elevaciones venían a aquel santo religioso los raptos y los éxtasis que padecía, desde que entró en el estado de unión. De estos raptos, que pertenecen al dón de entendimiento, y arrebatan con cierta violencia la potencia intelectiva a conocimientos sobrenaturales, nos da noticia él mismo por estas palabras: «Andando el alma con estas ansias amorosas, le descubrió el Señor algunos rayos de su grandeza y divinidad, según ella deseaba; los cuales fueron de tanta alteza y con tanta fuerza comunicados, que le hizo salir de sí por arrobamiento». De estas palabras conocemos también que sus raptos eran de aquella calidad nobilísima que llaman los Santos (1) de la imaginación a visión intelectual, en que el demonio no puede tener parte, y donde por aquel tiempo hacen al alma participante de la felicísima vida que esperamos. Otras veces procedían estas elevaciones del dón de sabiduría, que con la vehemencia del amor levantaba a unirla con su Amado, y como el amor, cuando es grande, hace éxtasis en el alma por traslación de ella a lo que ama, le dejaba su fuerza enajenado: todo lo cual declara estar los hábitos de estos dones divinos perfectamente arraigados en el alma y apoderados de ella. Y así, dejando esto, como cosa tan sabida, pasaremos a tratar de algunas gracias de las que llaman gratis datas, que en este tiempo campearon mucho en el Santo.

Porque como le había escogido Nuestro Señor por guía y maestro común de esta Reformación, para que, como heredero legítimo del espíritu del grande Elías, su Padre, renovase en nuestro siglo la perfección religiosa, que por mandado de Dios había asentado el Santo Profeta en su escuela, le dió para esto, como al Profeta Eliseo, el espíritu doblado de su maestro: que es el dón de profecía y la gracia de hacer milagros. Las cuales dos gracias lucieron más en su espíritu, desde que entró en el estado de unión transformada, por donde vamos caminando ahora, verificándose en él lo que dice la Escritura: Que la divina Sabiduría se traslada en las almas santas y hace profetas a los amigos de Dios. Porque desde entonces, tenía tan a la mano la luz de profecía, que se re-

1 D. Th., De ver., q. 13, a. 2.

cibe inmediatamente de Dios, que siendo siempre actual y concedida como de paso, parecía que para su ejercicio la poseía a modo de hábito, según la frecuencia con que era ilustrado de ella en este tiempo.

Era su alma (dice un confesor suyo) como un templo de Dios, sobrenaturalmente ilustrado, donde se daban oráculos divinos a todas horas, y dentro de ella hallaba las respuestas de todas sus dudas, y así acudía a consultar a Dios en el centro de ella, donde Su Majestad asiste en los justos, como si acudiera a un amigo muy familiar a pedirle consejo, al modo de los profetas antiguos, y no volvía sin respuesta. Lo cual era una de las cosas que mayor admiración causaba a este confesor, por ser muchas las experiencias que de esto hacía. Y así, en algunos aprietos en que los dos se vieron, el remedio ordinario que tenían para salir bien de ellos, era ponerse en oración el Padre fray Juan, y de ella salía con la resolución que convenía tomar en cada cosa. Y bien parecía de la esfera de la verdadera luz, porque siempre era la más acertada. Y aunque de estos oráculos divinos, dados en el templo de su alma, se refieren muchos ejemplos, tocaré sólo dos, que este confesor suyo dice en su declaración.

«Estaba una vez el Venerable Padre en una gran congoja, por cierto trabajo grande y peligro en que veía unos religiosos graves, y no le parecía que tomaban buen camino para salir de él sin notables inconvenientes. Después de haber los dos hablado en ello, se entró en su celda el Padre fray Juan de la Cruz, y según supo después, se puso en oración encomendándolos a Dios, y de allí a un rato, entrando a comunicarle otro negocio, le halló absorto. Estuvo esperando a que volviese del rapto, y despertando el Venerable Padre con algún susto, le preguntó qué tenía. Y respondióle: Debía de estar durmiendo, y desperté así despavorido. Replicóle a esto que ya sabía qué modo de sueño era aquél, que con atención lo había estado mirando, y pidióle que le dijese lo que en aquel arrobamiento había entendido. Como el Venerable Padre vió que no podía encubrir el exceso de espíritu, dijo: Si lo tiene secreto, haré lo que pide, y después de habérselo él ofrecido, dijo: Parecíame que estaba arrebatado, y que viendo a estos religiosos en un gran peligro, les daba voces,

que saliesen de allí, y no quisieron, y vi después que todos habían perecido.» Esto dice este testigo, que le oyó, y añade luego estas palabras: «Yo doy fe que algunas veces le vi aconsejar a aquellos religiosos lo que parecía convenir para evitar el peligro, y nunca le quisieron oir, y dentro de poco tiempo, vi cumplido en ellos lo que el Padre Fray Juan había visto en el rapto.»

El otro ejemplo es que, siendo Vicario Provincial, le cometió el prelado superior un negocio que hiciese en una ciudad de la Andalucía, y habiendo ido los dos a ello, halló una fuerte contradicción, y que estaba el negocio con diferentes circunstancias de las que el prelado había juzgado desde lejos. Reconocidas todas, se halló congojado, apretado por una parte de la obediencia, en que era muy puntual, y por otra de la dificultad del negocio y contrarias disposiciones para el buen suceso. Preguntóle el compañero: Pues ¿qué habemos de hacer? Y él respondió: Consultar a Dios. Con esto se fué a tener oración, y acabada, dijo al compañero: Bien nos podemos ir, que éste es el gusto de Dios y de la obediencia. Y así fué, porque el prelado superior aprobó la vuelta y el haber suspendido la diligencia que había ordenado; y cada día le sucedían de estos casos. Con todo eso, aunque tenía esta luz interior tan cierta y tan probada con mil experiencias, era muy amigo de tomar consejo y de gobernar sus acciones, no sólo por obediencia, mas también por razones prudenciales.

CAPITULO XXV

Dón que tuvo de profecía.

Del conocimiento profético que tuvo de cosas por venir, hay muchos ejemplos en las informaciones que se hicieron para su beatificación, algunos de los cuales tocaremos brevemente.

Estando en Granada, por el mes de marzo de 1588, el Padre fray Juan de San Angelo, religioso antiguo de nuestra Orden, y hallándose en el acto de recreación, donde presi-

día el Padre fray Juan de la Cruz, dijo, por modo de entretenimiento, que aquella noche había soñado que celebraban fiesta a nuestra Madre Santa Teresa y se rezaba de ella. A lo cual respondió nuestro Santo Padre: No haga donaire de eso, que antes que muera, lo verá. Dudó mucho de esto el Padre fray Juan de San Angelo, porque era ya hombre de edad, y entonces no había memoria de hacerse las primeras informaciones para la beatificación de la Santa, y después lo vió cumplido y se halló no sólo en la beatificacion, mas también en la canonización.

Despidiéndose del Padre Juan de la Cruz para ir a Roma el Padre Fr. Pedro de los Angeles, cuando instaban más las contradiciones de los Padres de la Observancia, como en su lugar queda tocado, le dijo: «Vuestra Reverencia va a Roma Descalzo y volverá Calzado». Tomólo por donaire el Padre fray Pedro, y también los demás que lo oyeron, porque entonces estaba estimado por una de las columnas más firmes de la perfección primitiva, y como a tal le enviaban a defenderla; y después se cumplió así, porque en Italia dejó el hábito de Descalzo, y tomó el de Calzado, y murió en él. Despidiéndose asimismo nuestro Santo Padre en Segovia de doña Ana de Peñalosa, fundadora de aquel monasterio, para ir al capítulo general que precedió a su muerte, como ella sintiese mucho su partida y le preguntase que cuándo sería la vuelta, le respondió que él no volvería, sino que ella le traería, y en otras palabras le significó que no se verían más en carne mortal. Y todo sucedió así, porque del capítulo se fué a la Andalucía, donde murió, y después de muerto, ella envió por su cuerpo con recados de los prelados como en su lugar veremos.

Estando asimismo en Segovia, fué allí gran amigo suyo Don Juan de Orozco y Covarrubias, arcediano de Cuéllar, el cual sabiendo que por sus letras y buen caudal estaba consultado al Rey para el obispado de Surgento, en Italia, se lo dijo a nuestro Santo Padre, para que lo encomendase a Dios, si era cosa que le convenía, y él le respondió que, si se lo diesen, que de ninguna manera le aceptase, que no le estaba bien aquella mitra. Al fin, se lo dieron, y el día que le vino la nueva, fué al monasterio de nuestras monjas de aquella ciu-

dad, y notaron que, siendo él muy alegre, estaba aquel día muy triste y daba de cuando en cuando algún suspiro, y entendiendo las monjas que tenía alguna gran aflicción, le preguntaron la causa de su tristeza. El se la dijo, dándoles noticia de la nueva que había tenido de su provisión, y de lo que acerca de ella le había dicho nuestro Padre San Juan de la Cruz; y que como le tenía por varón santo, temía que lo había dicho con fundamento misterioso, y que de aceptarlo, le viniese algún mal suceso. Con todos estos temores atropelló, y habiéndolo aceptado, le sucedió tan mal, que tuvo en el obispado tantos trabajos, persecuciones y peligros, que le obligaron a desampararle y a venirse, como huyendo, a España, y no volvió más a él.

Habiendo acabado de confesarse con el santo Fr. Juan de la Cruz, en el monasterio de Granada, Doña Juana de Pedraza, y queriendo volverse a la ciudad, (de la cual está algo apartada nuestra casa), la persuadió mucho que no se fuese hasta tal hora, y ella lo hizo así, aunque por entonces no cayó en el fundamento por que se lo decía. Pero salió presto de su duda; porque, dentro de un breve rato, se levantó una tempestad terrible, que si la cogiera en el camino, le hubiera hecho muy gran daño, y duró hasta la hora que él le había señalado para que se fuese. Andaba la Madre Beatriz del Sacramento, monja del monasterio de Segovia, con tan grande temores de la muerte, que la afligían mucho, y comunicándolos con nuestro Santo Padre, le dijo que no tuviese pena, que no la afligiría mucho la muerte, cuando viniese, antes moriría sin sentirlo ni echarlo de ver. Lo cual sucedió así algunos días después; porque estando muy en su juicio y sin sospecha de morirse, se quedó muerta, sin sentirlo ni pensar nadie que estaba en este peligro. Estos y otros casos de sucesos venideros están probados en sus informaciones, así la profecía, como su cumplimiento, de los cuales pasaremos a otros del mismo espíritu con que socorría las almas que gobernaba.

CAPITULO XXVI

Otros efectos de espíritu de profecía con que ayudaba a las almas San Juan de la Cruz.

Aunque tomamos comúnmente el dón de profecía por revelación de cosas venideras, también se extiende a la noticia de cosas ocultas del tiempo pasado y presente, que no se puede saber por medio humano, sino por revelación divina. Y de esta manera llamó la mujer samaritana a Cristo Nuestro Señor profeta, porque le reveló el estado que de presénte ténia, y el secreto del corazón, que no puede saber el demonio, sino por conjeturas.

Este modo de conocimiento puede ser muy provechoso para bien de otros, y como Nuestro Señor había escogido a San Juan de la Cruz por maestro de vida perfecta y guía de almas puras, le concedió este dón tan copiosamente, que con dificultad se hallará tan frecuente uso de él en otro maestro de espíritu, aunque sea de los muy ilustrados. Porque parecía tener patentes a su entendimiento los espíritus de los que gobernaba, según la noticia que interiormente le daban de todos los rincones de ellos, ahora estuviesen presentes, ahora ausentes. El cual conocimiento se reduce al dón de profecía. Y Sto. Tomás llama (1) espejo divino a este modo de ilustraciones, porque en ellas se representa a los así iluminados las cosas que Dios quiere darles a conocer, en unas semejanzas infusas muy ilustradas, con que en cierta manera los hace participantes del conocimiento que los bienaventurados tienen de las cosas criadas. Porque, así como ellos las conocen en la misma esencia divina, así los que tienen este dón, las conocen en estas semejanzas ilustradas, ellos con luz habitual, y los profetas por modo de cierta impresión de paso.

Pues esta luz fué tan frecuente en S. Juan de la Cruz, que parece la tenía a modo de hábito, según la hallaba a mano

1 D. Th., II-IIae, q. 173, a. 1.

para utilidad de las almas de que cuidaba, como se verificará con algunos ejemplos.

Siendo prior de Granada, se hallaba apretadísima en Caravaca la Madre Ana de San Alberto de unos escrúpulos que notablemente la atormentaban, y pareciéndole que nadie podía socorrerla en ellos, como nuestro Santo Padre, se determinó a escribirle y darle muy en particular cuenta de ellos. Estando para tomar en la mano la pluma para esto, recibió una carta del Santo, respondiéndole a todo lo que ella pensaba preguntarle, y dándole remedios de cómo se había de haber en sus escrúpulos, particularizándolos, como si ella se los hubiera ya comunicado. Y entre otras palabras generales, (que después de haberla satisfecho en lo particular le decía), fueron éstas: «¿Hasta cuándo piensa, hija, que ha de andar en brazos ajenos? Ya deseo verla con una gran desnudez de espíritu, y tan sin arrimo de criaturas, que todo el infierno no bastase a turbarla. ¡Qué lágrimas tan impertinentes son esas que derrama estos días! ¿Cuánto tiempo bueno piensa que ha perdido con esos escrúpulos? Si desea comunicar conmigo sus trabajos, váyase a aquel espejo sin mancilla del Eterno Padre, que es su Hijo, que allí miro yo su alma cada día, y sin duda saldrá consolada y no tendrá necesidad de mendigar a puertas de gente pobre».

Otra vez, andando la misma religiosa con otro aprieto interior de temores que la desconsolaban y afligían, sin haber ella dado cuenta de ellos a nadie, le escribió nuestro Padre San Juan de la Cruz desde Granada, diciéndole: «Pues ella no me dice nada, yo quiero decirle algo, y sea que no dé lugar en su alma a esos temores impertinentes, que acobardan al espíritu; deje a Dios lo que le ha dado, y le da cada día, que parece quiere ella medir a Dios a la medida de su capacidad. Pues no ha de ser así, aparéjese, que le quiere hacer Dios una gran merced.» Con estas palabras se le quitaron aquellos temores, y vió muy presto cumplido lo que le anunciaba. Y estando con cuidado de buscar persona cierta, con quien escribirle la merced que Nuestro Señor le había hecho, recibió una carta del Santo en que le decía todo lo que había pasado en su alma, y le declaraba algunas co-

sas de esta merced, que ella no había entendido, aunque las había experimentado.

Todo esto dice esta religiosa en su declaración y añade que, cuando el Padre Fr. Juan hablaba con ella, le decía muchas veces cosas muy secretas que pasaban en su alma, antes que ella las hubiese manifestado a nadie. Estando después en Caravaca nuestro Santo Padre, le preguntó que cómo había podido saber tan particularmente, desde Granada, los secretos de su alma. Y respondióle que dentro de su espíritu veía él lo que pasaba en las almas que tenía a cargo para guiarlas. Esto es por revelación particular e ilustración del entendimiento, como queda declarado.

Desde Caravaca, escribió S. Juan de la Cruz una carta a Doña Ana de Peñalosa (que entonces estaba en Granada, en compañía de su hermano Don Luis de Mercado, Oidor de aquella Chancillería) y por no tener con qué cerrarla, dióla abierta a la misma priora Ana de San Alberto, para que la cerrase y diese a quien había de llevarla. Y como ella sabía que era carta de doctrina y sacaba tan gran provecho de la de nuestro Santo Padre, de que iban llenas todas las que escribía, leyó aquélla antes de cerrarla. Otro día, por la mañana, vino de Granada un hombre y traía cartas de D.ª Ana de Peñalosa para San Juan de la Cruz, en las cuales le trataba algunas cosas de su alma, y después otros negocios de su estado. Había en estas cartas cosa que tocaba a la priora, para lo cual fué menester que ella las viese, y dándoselas nuestro Santo Padre, le dijo que bien podía despedir al hombre con la carta que ya tenía escrita, porque no había qué escribir de nuevo. Leyó las cartas la Madre priora y vió que en la que estaba ya escrita, cuando ellas llegaron, había ido nuestro Santo Padre respondiendo a todas las cosas que contenían, tan por orden como si las hubiera recibido, y no eran de las que por vía natural podían saberse. Espantada de esto la Madre priora, y tratando de ello después con el Santo Reformador, le dijo: Si hoy tenía qué hacer, y ayer estaba desocupado, ¿no fué mejor lograr aquel tiempo? Con lo cual se acabó de persuadir cuán a la mano tenía la luz divina para el gobierno de las almas que trataba.

Otra señora de Granada, de quien ya se ha hecho men-

ción, llamada D.ª Juana de Pedraza, persona de muy gran crédito de virtud en todo aquel reino, como se había confesado con el Santo todo el tiempo que estuvo en aquella ciudad, y después faltó de ella, padecía mucho trabajo por ser algo raro su espíritu, y no hallaba quién conociese su camino. Estando por esto algunas veces muy afligida, recibía cartas del Padre Fr. Juan desde Segovia, en las cuales (sin haberle ella escrito) le daba aviso de cómo se había de haber en aquella aflicción, diciéndole: «Hija, esto y esto tiene, no le dé pena, use de estos medios, y no se desconsuele, porque estamos lejos, que desde acá veo yo su alma, y va bien». Y lo que escribía, era lo mismo que a ella le pasaba, y con los consejos que le daba, quedaba luego quieta. Otras veces le escribía ella en sus aprietos, y poco después recibía cartas de nuestro Santo Padre, en que le daba remedios contra ellos, antes de recibir sus cartas. Y verificó algunas veces que el mismo día que ella le escribía desde Granada, le respondía el Santo desde Segovia porque era en el mismo tiempo que ella padecía el trabajo, y se lo manifestaba Dios, donde él estaba. Otros muchos casos misteriosos experimentó a este propósito esta señora, algunos de los cuales refiere en sus declaraciones, en que, como persona de tan gran crédito, fué diferentes veces examinada. Y tan gran concepto tenía de aquel religioso, por lo que en él había experimentado, que para tenerle por uno de los grandes Santos del cielo, decía que no le faltaba más que el decreto de la Santa Iglesia Romana.

CAPITULO XXVII

Con el dón de profecía conoce los interiores para la utilidad de las almas que gobernaba.

En este dón de sabiduría ilustrada, parece que concedió Nuestro Señor a San Juan de la Cruz para bien de las almas, lo que dicen los Santos (1) que concede por particular privilegio a los espíritus bienaventurados: que se les ma-

1 D. Th., II-IIae, q. 83, a. 4, ad 2.—Cf. S. Greg., *Mor.*, l. 12, c. 13.

nifiesten en Dios las necesidades de los hombres en esta vida, aun cuanto a los movimientos interiores del corazón, y los peligros en que están, para que los socorran en ellos; porque son innumerables los casos en que se verifica este privilegio de dón de profecía en nuestro Santo Padre, muchos de los cuales refieren en sus declaraciones juradas los testigos a quienes sucedieron.

Por este camino socorría a las personas que con él se confesaban, unas veces para que no hiciesen malas confesiones, y otras para que tuviesen memoria de pecados olvidados. Uno de estos testigos es esta señora que poco ha nombramos, llamada D.ª Juana de Pedraza, la cual dice en su declaración haberle sucedido muchas veces, yéndose a confesar con él, olvidársele algunas de las cosas que llevaba que confesar, y congojándose ella de esto, le decía él: No le dé pena, que yo se las acordaré, y se las iba diciendo, como si muchas veces se las hubiera comunicado, de que ella quedaba admirada.

Acerca de lo mismo dice una religiosa de Segovia estas palabras: «Estando en esta ciudad el Padre Fr. Juan de la Cruz, acudía a confesar a este monasterio, y confesándome yo con él, me preguntó si tenía más que confesar; y como yo le respondiese que no, me dijo con mucha mansedumbre: Mírelo bien, hija, que yo sé que sí. Y respondiéndole yo: Cierto, Padre, que no me acuerdo de nada, dijo: Pues acuérdese de esto y de esto. Yo quedé admirada, porque había casi dos años que había pasado, y nunca había reparado en ello, para confesarlo, y no me excusara la ignorancia de la edad ni del caso, por tener yo ya veinte años, y ser cosa grave lo que callaba, y quiso Dios sacarme de este peligro, dando luz de él a este su siervo». Esto dice esta religiosa en declaración jurada.

En estas informaciones que se hicieron en Segovia, dicen muchas personas haberles sucedido esto mismo de acordarles en la confesión pecados ocultos, de que ellas no se acordaban, y que él no podía saberlos sino por revelación divina. Y en particular refieren dos que había mucho tiempo que hacían malas confesiones, por tener vergüenza de confesar algunos pecados feos, y dándole Dios luz de ello, las exhortó a hacer

verdadera penitencia, descubriéndoles los pecados que ellas tenían por muy ocultos, con lo cual sacó de poder del demonio aquellas almas que él tenía ya por suyas.

También, en las informaciones que se hicieron en la Andalucía, dicen de esto mismo otros testigos. Uno de ellos, persona de muy gran crédito, y que por su gran caudal y mucha virtud ha sido priora muchas veces y en muchos conventos, dice en su declaración estas palabras: «Era el Santo Fr. Juan de la Cruz tan ilustrado de Dios, que muchas veces, estando en Granada, me dijo cosas ocultas de mi alma, que él no podía saber de otra manera, y otras veces cosas de mi conciencia, que yo misma no entendía, y todo esto sin decírselo nadie, ni tener principio humano para saberlo. Y vez hubo que, estando en su celda, le dió Nuestro Señor a entender una gran apretura en que yo estaba, y vino a nuestro convento, a sacarme de ella, y no sabiéndosela decir, por ser muy interior, me declaró él todo lo que yo sentía, como si lo viera con los ojos corporales, de que yo me admiré mucho; y con esto y con algunas cosas que me dijo de Dios, me dejó muy consolada. Otra vez, estando él en Segovia, me escribió una carta, previniéndome para un trabajo muy grande que me había de venir en cierto tiempo, que él señaló, y en el mismo tiempo me vino de la manera que él lo había anunciado. Y como le sucedía con otras religiosas otras cosas semejantes a ésta, estaban muy persuadidas que, desde su convento, veía él lo que las monjas hacían en el suyo, lo cual aprovechaba para hacerlas vivir con más cuidado». Esto dice esta religiosa; y fué cosa muy experimentada en las personas que comunicaban con él sus almas, y les era muy grande despertador para la virtud y evitar imperfecciones el persuadirse que no le podían encubrir ninguna.

Fuera de confesión, era muy ordinario advertir faltas secretas a las personas que él deseaba aprovechar mucho, para que las enmendasen y quitasen estorbos a la comunicación de Dios. Acerca de lo cual dice un religioso de buen crédito: «En once años que me confesé con el Santo Padre fray Juan de la Cruz y le comuniqué las cosas de mi alma, conocí, entre otras virtudes, que tenía espíritu de profecía. Porque muchas veces me decía: Hijo, esto ha hecho o dicho, no lo haga

otra vez, que estorba lo que Dios quiere obrar en él, y eran cosas muy secretas y que a nadie las había comunicado». Otro testigo dice que, estando en un convento muy afligido de unas tentaciones muy apretadas contra la fe y deseándolas comunicar con nuestro Santo Padre, y nó teniendo comodidad para ello, por estar ausente, se afligía. Pero el Santo le socorrió desde el convento donde estaba, sin haberle dado parte de ello, y le envió a decir con un religioso que no hiciese caso de aquello que le molestaba, que no era cosa de culpa, sino de pena, y que no haciendo caso del demonio, que le combatía, dejaría de molestarle. Y así fué, que con esta advertencia y con el efecto que hicieron en él sus palabras, se le quitó la tentación, dejándole admirado que la hubiese sabido, sin haberle dicho ni escrito nada. Otros muchos casos se refieren de esta luz tan ilustrada que tenía de los interiores, que paso en silencio por no necesarios.

CAPITULO XXVIII

Cuánto aprovechaba a San Juan de la Cruz la luz de profecía para el acertado gobierno de sus súbditos.

Para gobernar bien los conventos que tuvo a su cargo, le fué de gran importancia este espíritu tan ilustrado; porque, como él estaba tan de ordinario en la celda en oración y meditación de la ley del Señor, como manda la Regla, no había menester dar muchas vueltas por la casa, para conocer los desórdenes que se hacían en ella; porque en el espejo divino que tenía dentro de su alma, los conocía para remediarlos. De esto refieren los testigos en sus informaciones muchos casos que les pasaron por las manos, de los cuales referiré algunos, para verificar este modo de gobierno ilustrado y milagroso.

Presidiendo en el monasterio de Segovia, traía el demonio muy alcanzado de cuenta a un religioso de él, persuadiéndole que se mudase a la Cartuja (que entonces había para esto puerta abierta), y no era su intento que el religioso mejorara de vida, sino que no viviese contento en ninguna, y por este camino despeñarle; y porque no fuese sólo, quería que

llevase compañero. Determinado ya el religioso a hacer esta mudanza, buscaba ocasión para persuadirla a otro religioso, llamado fray Bernabé de Jesús, y hablándole un día, le persuadió esto fuertemente y remató la plática con prometerse que en la Cartuja serían unos santos. Acabóse el coloquio sin que nadie lo hubiese oído, por haber sido muy en secreto, y descubriendo Nuestro Señor al prelado esta comunicación, y cómo era traza del demonio para despeñar aquellos dos religiosos, llamó a Fr. Bernabé, y díjole que ya sabía que aquel religioso le había persuadido aquella mudanza, que no se dejase engañar.

Quiso el religioso ocultarlo, por ser cosa secreta que tocaba a tercero; pero nuestro Santo Padre le dió tan puntuales señas de todo lo que había pasado entre los dos, que no pudo dejar de confesarlo. Preguntóle el religioso que, siendo cosa tan secreta y que nadie la había oído, ¿quién podía habérsela dicho? Y respondióle que Dios se lo había manifestado, y que era tentación del demonio, para que ellos se perdiesen. Tras esto le persuadió que sacudiese de sí tal pensamiento, que había de parar en mal, si tal hacía; y que huyese de aquel religioso, que estaba ya el demonio muy apoderado de él, y le llevara en pos de sí. Con esto se retiró Fr. Bernabé, y el otro pasó adelante con su inquietud, y paró después en mal, como el Santo lo había dicho.

Estando otra vez en oración en su celda a hora extraordinaria de la noche (porque la mayor parte de ella gastaba en este ejercicio), le descubrió Nuestro Señor que un religioso de su convento, por dejarse llevar de una tentación muy peligrosa del demonio, estaba ya determinado a ponerla por obra y salirse del convento. Como el caso estaba todavía secreto, quiso remediarlo también secretamente, y saliendo de su celda, se entró en la de un religioso de quien hacía confianza, y díjole: Hijo, vaya a tal parte del convento, y quite un escalera que han puesto allí. Y mire que le mando que ni de lo que le digo, ni de lo que verá allí, no sepa nadie cosa. Fué el religioso a la parte que él señaló, y halló puesta una escalera, y al tentado enfaldado ya para subir por ella; y después le vió quieto, y se persuadió que el venerable Padre con su oración y exhortaciones había quitado la tentación.

Otra vez, estando el P. Fr. Juan de la Cruz malo en la cama, llamó a un religioso y le dijo: Vaya, hijo a la iglesia, y a una mujer que hallará a la puerta de ella, que ahora quiere entrar a buscarme, dígale que hoy estoy en la cama, y que no puedo bajar a comunicar con ella el negocio para que me busca, que otro día puede volver. Era el religioso muy familiar suyo, y díjole: ¿Cómo sabe Vuestra Reverencia que viene esa mujer ahora? Y el venerable Padre le respondió: Vaya, hijo, que así es. Fué el religioso donde le mandaban, y halló que al mismo punto entraba la mujer en la iglesia, y le dijo su recado.

Todos estos casos refieren como testigos de vista en sus declaraciones los mismos religiosos que concurrieron en ellos; a los cuales añadiré otro, que declare mucho cuán familiar le era este conocimiento ilustrado para las cosas domésticas.

Siendo el Santo Padre Vicario Provincial de la Andalucía y estando en el monasterio de Córdoba, cerca de la Pascua de Navidad, enviaron algunos bienhechores al convento unas cajas de conserva para la colación de aquella noche. Recibiólas con hacimiento de gracias, y diólas al Hermano Fray Martín de la Asunción que las guardase, para regalar a los religiosos alguna de aquellas noches, y él las puso en una alacena que tenía un cerrojo sin llave; porque como las llaves de nuestra Orden son la inviolable obediencia, con ésta le pareció que estaban tan seguras como en muchos candados. Una noche de las de aquella Pascua, mandó el venerable Padre al Hermano fray Martín que trajese las cajas para alegrar con ellas la fiesta, y habiendo ido a buscarlas donde él las había dejado, no las halló; que con la mayor licencia de aquellos días las habían escondido. Volvió el Hermano al venerable Padre y díjole en secreto lo que pasaba, y él se paró un poco, como quien considera, y luego dijo al Hermano también en secreto: Vaya a la celda del Padre Fulano, y allí, en un tejadillo que está fuera de la ventana de ella, hallará las cajas; tráigalas. Fué el Hermano y halló sus cajas, y trájolas donde el venerable Padre estaba con los religiosos, como él se lo había mandado. Pasadas las Pascuas, llamó aparte al religioso y le reprendió de aquella culpa, y como él la negase, le dijo

el Padre Juan: Para que sepa que no hablo a poco más o menos, acuérdese que para llevar las cajas, hizo esta y esta diligencia, y las llevó de esta y esta manera, con lo cual, convencido el religioso, confesó su culpa.

De esta misma luz se valía algunas veces para reprender a los religiosos culpas muy secretas y perjudiciales: como de la poca caridad que tenían unos con otros, y de los juicios interiores que hacían con poco fundamento. Y en particular dice en su declaración fray Lucas de San José que supo de cierto haber reprendido a dos religiosos un juicio temerario que habían hecho en materia grave, declarándoles lo que en sus pechos estaba muy oculto, y cuán falsamente habían aprendido lo que no era; con lo cual los corrigió de su culpa, y volvió por la honra del ofendido, con no poca admiración de los religiosos, por ser cosa tan secreta que ni aun entre los dos los habían comunicado, con ser cómplices en la malicia.

Otra vez, halló hablando de noche, en tiempo de silencio, a dos religiosos, y los hizo recogerse a sus celdas. Otro día, queriendo corregir a cada uno de por sí, y que comenzase el reparo de su confesión, les preguntó qué hablaban a aquella hora, que tan embebidos estaban en la conversación, y entrambos le dijeron cosas diferentes de lo que habían hablado. Y él les dijo que no era así, porque la conversación era de esto y de esto, y les reprendió así la culpa como el encubrirla. Con lo cual quedaron corregidos y escarmentados, persuadiéndose que para bien de sus súbditos le daba Dios a conocer sus faltas, aunque estuviesen muy secretas.

CAPITULO XXIX

Conoce con esta luz de profecía las tentaciones de los que caminaban a dedicarse a Dios, y los socorre en ellas.

Extendíase también la utilidad de esta luz de profecía, que tenía tan a mano nuestro Santo Padre, a conocer las causas interiores de las vocaciones de los que venían a pedir el hábito en nuestros conventos, y cuáles eran de Dios y cuáles no; los que habían de perseverar en la Religión, y los que ha-

bían de volver al siglo. Y aunque daba el hábito a algunos, por importunación del convento, que estaba agradado de ellos, decía que presto verían cuán pocas raíces echaban en la perseverancia, y todo lo veían cumplido como él lo había dicho, de que referimos ya algunos casos, cuando se trató del dón que tenía de conocer espíritus. Cuando veía tentados algunos novicios, conocía también las raíces de la tentación y el suceso de ella; y así decía de los unos que presto se les quitaría la tentación, y de los otros que no se cansasen en persuadirlos, que no había de aprovechar, y sucedía así puntualmente.

De lo que aprovechaba a los espíritus de esta manera tentados, sucedieron notables casos en este tiempo que estuvo en Granada, particularmente en el monasterio de nuestras monjas de aquella ciudad, de algunos de los cuales haremos también memoria.

Al principio de aquella fundación, tomaron allí el hábito muchas novicias, y algunas de ellas se tentaron con la vida áspera, y fué menester trabajar mucho con ellas para quietarlas. Una estaba tan determinada a dejar el hábito, que no había acabar con ella otra cosa. Conoció el Venerable Padre la tentación y el tiempo que había de durarle, y como prudente médico, le aplicó la medicina que vió que había de aceptar, y dejó otras a que ella no arrostraba. Y así le dijo: Hija, no quiero persuadirla que sea monja, sino que, como quien se condena a una cárcel voluntaria por sus pecados, esté dos meses en el convento, y después se podrá ir cuando quisiere. Como le quedaba en pie la esperanza de salirse, no le pareció dificultoso obedecer en aquello, y así ofreció de aguardar los dos meses con intento de irse en siendo pasados. El mismo día que los dos meses se cumplieron, se le quitó la tentación, y quedó muy alegre y contenta en el convento, y profesó después, muy agradecida al Padre Fr. Juan por el bien que con tan suave y prudente medio le había hecho.

Otra novicia estaba en el mismo convento con otra tentación semejante, aunque la tenía muy secreta, ocultándola a la priora y a la maestra de novicias, porque no le persuadiesen lo contrario hasta que llegase el tiempo en que ella pensaba irse a su casa, y sólo al Padre fray Juan de la Cruz lo descubría en confesión; el cual conoció que la voluntad de

la novicia estaba defendida de Dios, y que la tentación no pasaba de la parte sensible, donde era combatida del demonio porfiadamente con pensamientos del siglo, y así se reía nuestro Santo Padre, cuando ella le decía que había de dejar el hábito, y le respondía: «Hija, monja ha de ser, que yo lo sé, y lo que ahora la fatiga, no es aborrecimiento que tiene a la vida religiosa, sino guerra de pensamientos con que el demonio procura inquietarla, porque le da Dios licencia para probarla, y presto se verá que es verdad lo que yo digo.» En este tiempo le dió un achaque de los que suelen ser perpetuos, y comunicándolo con nuestro Santo Padre, se afligía mucho, temiendo que la tendrían en el convento por enferma, y no le darían la profesión. Y entonces le dijo nuestro Santo Padre: «¿Vé, hija, cómo no llega a la voluntad la tentación de irse, pues desea de profesar? No se aflija, que ni essa guerra durará mucho ni le negarán la profesión.» Y así sucedió, y cesando la tentación, profesó con extraordinario gozo.

Con la misma luz socorría a los que, estando determinados a ser religiosos, les ponía el demonio estorbos, para que no lo fuesen, de que también referiremos un ejemplo. A una doncella principal, concertada de casar con un deudo suyo, llamó Dios para religiosa. Trató su vocacion en un monasterio de nuestras monjas, y señalado el día de la entrada, vino al monasterio, determinada ya a tomar el hábito. En entrando en la Iglesia, le dió el demonio tan fuerte batería con pensamientos de arrepentimiento, que ya quería volverse a su casa, persuadida de las razones que le hacía, de que no podría llevar aquella vida, facilitándole su salvación en el siglo, haciéndole intolerable la vida religiosa. Llegó entonces a la iglesia San Juan de la Cruz, que venía a darle el hábito, y viéndola tan mudada, hizo oración por ella, y descubriéndole Nuestro Señor la guerra que el demonio le hacía, y hasta dónde tenía licencia de fatigarla, hizo gran instancia con ella, para que pusiese los pies dentro de la clausura, y allí determinase lo que había de hacer, y que si durase la repugnancia, él mismo la sacaría luego. Así, al fin, por la gran veneración que le tenían, se forzó a hacer su ruego, en lo cual padeció tan gran violencia, que entró en el monasterio más muerta que viva, y dentro de un momento, acabándosele al demonio la licencia

que tenía para tentarla, quedó con mucha paz y alegría, y tomó el hábito, y con la misma profesó.

Otra doncella (a quien el estado de religiosa y la vida que en él hacían nuestras monjas agradaba mucho, y su vovoluntad no arrostraba a él) deseaba que Nuestro Señor la moviese a tomar este estado, con aborrecimiento del mundo. Porque, con tener conocimiento de su vanidad peligrosa y llena de engaños, no acababa de salirse de él. Pidió a San Juan de la Cruz que le alcanzase de Dios la inclinación de ser monja, e hizo oración por ella. La respuesta que tuvo de Nuestro Señor, se conoció en la que el Santo dió a la doncella, diciéndole que viviese consolada y no abreviase las determinaciones de su estado, que dentro de tres años le haría Dios merced de ponerle acíbar en las cosas del mundo, que entonces se le representaban tan apacibles, y la traería con mucho consuelo a la Religión. Y así sucedió, y de estos casos pudiéramos referir muchos.

Era grande el conocimiento que tenía de los espíritus que guiaba; que mejor conocía lo que a cada uno pasaba en su alma, que ellos mismos. Y así, unas veces, les decía todo lo que sentían en lo interior, antes que le dijesen nada, y otras, después de haberle ellos dicho lo que, a su parecer, pasaba por ellos, se reía y les decía: Calle, que se engaña, que no es sino esto y esto. Y luego caían en que aquella era la verdad, y ellos no lo habían entendido. Decía también a muchas personas espirituales cosas que adelante les habían de suceder, y el fin que habían de tener, previniéndolas de los trabajos y dificultades, para que hallándolas advertidas, no desmayasen. Y sucedía tan puntualmente todo, que pareció haberlo visto ya cumplido, según la propriedad con que en estos casos hablaba, de que tratamos ya en otra parte.

CAPITULO XXX

Gracia que tuvo San Juan de hacer milagros.

La segunda parte del espíritu doblado de su Padre Elías (que era gracia de hacer milagros) encubrió tanto San Juan de la Cruz, que si no se hallaba obligado con algún caso de muy apretada caridad o moción interior muy eficaz, siempre procuraba huir las ocasiones donde pudiese conocerse, temiendo, como tan humilde, ser venerado por esto. Como se vió en el caso que en otra parte queda referido, de doña María de Yera, monja del monasterio de la Encarnación de Avila, que habiendo (al parecer de todas las monjas) muerto sin recibir los sacramentos, de una enfermedad muy arrebatada, fué menester que el caso fuese tan lastimoso, y el Santo se hallase con obligación de pastor de aquel rebaño, para procurar el reparo milagroso de aquella oveja, y con su oración la volvió en sí, para que recibiese los sacramentos y muriese consolada. Y aunque muchas de las obras que ya quedan referidas de su vida, fueron conocidamente milagrosas, por ser raras y exceder tanto el caudal humano; todavía haremos aquí mención de otras en que en este tiempo comenzó a manifestarse más este dón, ofreciéndose casos lastimosos, a que él sin escrúpulo no pudo volver el rostro, para lo cual nos valdremos de lo que está probado en sus informaciones.

Caminando el Santo desde la villa de Porcuna para la Mancha Real de Jaén, llevaba consigo al Hermano Fr. Martín de la Asunción, y a un hermano donado, que se llamaba Pedro de Santa María, y en una cuesta que hay al bajar de Porcuna, hacia el río Salado, quiso el Hermano donado correr por ella, y tropezando en una piedra, dió tan mala caída, que se trochó una pierna. Lastimáronse mucho nuestro Santo Padre y su compañero de la desgracia, y tratando de curarle, estaban tan hechas pedazos las canillas de la pierna, que sonaban como una caña cascada. Teníale la pierna el Hermano fray Martín, y nuestro Padre se encargó de curarle. La cu-

ra que le hizo, fué sólo ponerle un paño con un poco de saliva suya, y subiéndole en un jumento que llevaban, continuaron su camino. Llegando a la venta de los Villares, donde habían de parar, dijo nuestro Santo Padre al doliente: Aguarde, Hermano, y apearémosle, no se lastime, porque iba muy penado de su mal. Respondió el donado: Ya no me duele la pierna más que cuando estaba sano, y tentándosela vió que estaba sana, y con la alegría de la salud saltó con gran ligereza del jumento, y como haciendo cabriolas, mostró que de veras estaba sano. Espantado de esto el Hermano fray Martín, como testigo de vista de cuán hecha pedazos estaba poco antes la pierna, dijo con admiración: éste es conocido milagro. Pero nuestro Santo Padre queriéndolo deshacer y quitarles la estimación de él, respondió: ¿Qué saben ellos de milagros? Y viendo que no se daban por convencidos, mandó en obediencia a los dos Hermanos que no tratasen más de ello, ni dijesen a nadie lo que había sucedido.

Estando en Granada nuestro Santo Padre, estaba allí mala de una enfermedad muy peligrosa Isabel de la Encarnación, monja en el monasterio de nuestras religiosas de aquella ciudad, y conociendo los médicos su peligro, la mandaron sacramentar aprisa. Llamaron para esto al Padre Fr. Juan, y entrando a confesarla, halló muy mala a la enferma y a todas las monjas muy lastimadas, por ser sujeto de pocos años y de muchas esperanzas, de buen caudal y celo para utilidad de la Orden. Administróle los sacramentos y, al despedirse, le dijo el Evangelio de San Marcos; y llegando a aquellas palabras: «Super aegros manus imponent, et bene habebunt», le puso las manos sobre la cabeza, y luego sintió la enferma uno como sudor, y tan gran alivio y mejoría, que estuvo presto buena, atribuyendo todas las religiosas tan gran mudanza, en tan breve tiempo, a merced milagrosa que le había hecho Dios por medio de aquel religioso.

Llegando a nuestro convento de la Peñuela, poco antes de su muerte, sucedieron allí por su oración algunos casos milagrosos, de los cuales referiré sólo dos, que vienen probados en sus informaciones, y de que hubo muchos testigos. El uno fué, que siendo hortelano de aquel convento el Hermano fray Juan de la Madre de Dios, cayó malo y lleváronle a curar a

la ciudad de Baeza, donde le apretó tanto la enfermedad, que le desahuciaron los médicos. En este tiempo, llegó allí nuestro Santo Padre, y viendo la gran falta que el Hermano hacía, por ser el que tenía cargo no sólo de la huerta, mas también de todos los sembrados, de que los religiosos se sustentaban, persuadió al prior que enviase por él. Y respondiéndole cuán malo estaba y desahuciado de los médicos, le volvió a persuadir que enviase por él, que aunque estuviese de esa manera, tendría salud en llegando a la Peñuela. Con esto, dando crédito el prior a sus palabras, por la gran opinión que de él tenía, envió luego por el Hermano, y lo que sucedió después, dice el mismo enfermo en su declaración jurada, de esta manera: «En llegando a Baeza, el que iba por mí, y diciéndome que el Padre Fr. Juan de la Cruz le enviaba para que me llevase, parece que cobré fuerzas, y abrí los ojos, que tenía ya cerrados, y dije: vamos muy en horabuena; y así como estaba tan enfermo y flaco, me levanté y partí para la Peñuela. En llegando a ella, tomé la bendición del Santo Padre, y él me abrazó, y al mismo punto me hallé tan alentado, como si no hubiera estado enfermo, y nunca más me vino frío ni calentura, con tenerla antes cada día, y sentíme tan sano, que si me dejaran, me fuera al mismo punto a trabajar al campo. Y por ser la salud tan repentina y haber pasado en un punto de tan enfermo a tan sano, lo tengo por milagro.» Todo esto es de este testigo.

El segundo milagro fué que, por estar este monasterio en medio de los Montes de Sierra-Morena, taló allí la Religión parte del monte, para hacer huerta, olivar y viña, y sembrar pan, quedándose todo esto cercado de montes y malezas. Estaba la huerta a una parte del convento, y la viña y olivar hacia otros lados de él, y lo uno y lo otro con cerca de leña seca y sarmientos de tres varas en alto, y en partes otro tanto de ancho de las malezas que desmontaban, y donde no era tan ancha, era poco menos. Temiendo un religioso las quemas de los montes, que por allí suele haber el tiempo del estío, y que acercándose al convento no se prendiese en los rastrojos que habían quedado de los sembrados, y llegasen hasta las bardas de la cerca, quiso prevenir este daño. Y un día que corría aire cierzo, pareciéndole que aventaría

el fuego hacia la parte contraria del convento y de la huerta y olivar, pegó fuego a los rastrojos, que estaban espesos, crecidos y muy secos. En prendiéndose el fuego en ellos, y en algunas malezas que había en medio, comenzó a correr y a extenderse mucho, y volviéndose luego el aire, dió hacia el convento, con el fuego extendido ya casi un cuarto de legua, y pegóse en la barda de la huerta, que se continuaba hasta dar en el convento. Y como la materia de la leña era tanta y tan seca, levantaba las llamas tan altas y furiosas, que ponía espanto.

Cuando el religioso vió que se extendía tanto el fuego, y que se había vuelto el aire, trabajaba por atajarlo, pero toda su diligencia era como nada. Sintióse en el convento el ruido del fuego furioso y extendido, y salieron todos los religiosos y con ellos nuestro Santo Padre; y espantados de ver que venía ya el fuego cerca de los pajares y vallados de leña, que todo amenazaba al convento, y que caminaba con tanta furia, lo tuvieron por negocio sin remedio, persuadiéndose que ningún medio humano bastaba para atajarlo. Estando con este aprieto, tan turbados todos y como atónitos, sin saber lo que habían de hacer, llegó el Padre Fr. Juan, y con aquella milagrosa confianza que tenía en Dios, se puso de rodillas entre las llamas de fuego y el cercado del olivar y viña, donde amenazaba el mayor peligro, y allí, a vista de todos, vuelto el rostro hacia donde venía el fuego (cuyo humo y llamaradas no podían sufrir los otros religiosos estando más apartados), comenzó, como otro Jacob, a luchar con Dios, abrazado de su esperanza, para alcanzar su misericordia. Cuyo efecto milagroso se conoció luego; porque vieron los religiosos que, aunque a este tiempo volaban las llamas hasta besar el vallado y cerca, y muchas pasaban por encima de él, y le tocaban, siendo, como se ha dicho, de leña seca, y tan dispuesta como pajas para arder, y el tiempo caluroso, y del mes de agosto, cuando sin fuego se está todo abrasando, aunque llegaron a todo esto, no prendieron; antes desde entonces, se fueron retirando, lo uno y lo otro contra su naturaleza, hasta que él de suyo se remató y apagó, teniendo tanto en que cebarse.

Y no sólo hacia esta parte se conoció este milagroso efec-

to, mas también hacia las demás, por donde el fuego furiosamente se había extendido, y venía corriendo por la barda y vallados, y de la huerta hacia el convento. Porque estando tan cebado, que levantaba muy altas las llamas en materia tan dispuesta, como vides y jaras por agosto, y otras malezas secas y más menudas, se apagó repentinamente, en poniéndose en oración nuestro Santo Padre, tan conocidamente, que no se pudo dudar que por él no abrasó Dios aquel convento, y como de cosa tan milagrosa, dieron a Su Majestad las gracias. Entrando para esto en la iglesia, hallaron en ella una liebrecilla, que se había entrado a socorrer allí del calor del fuego, y huyendo de los demás religiosos, se fué a amparar de nuestro Santo Padre, y se le metió por el hábito; y dándole él libertad, como volviesen los demás a quererla coger, se tornaba a amparar del mismo Santo. Lo cual hizo tantas veces, que se tuvo por cosa notable, significadora de su inocencia, y que la reconocía aquel animalejo, como en Adán en el primer estado.

CAPITULO XXXI

Gracia que tenía de expeler demonios de los cuerpos humanos.

Entre las gracias sobrenaturales que concedió Nuestro Señor a San Juan de la Cruz para bien de las almas, fué tan notable la que tuvo contra los demonios, que se verificaba bien en él la calidad que San Dionisio pondera de la caridad abrasada de los serafines, diciendo que es perseguidora de las tinieblas y manifestadora de su peligrosa oscuridad. Porque toda su vida y doctrina fué una persecución continuada de las tinieblas del demonio, y manifestadora de sus lazos y engaños. Para lo cual le había concedido el Señor la gracia de discreción de espíritus, que el Apóstol cuenta entre las demás «gratis datas»; con la cual el de esta manera ilustrado hace certísima distinción entre la luz y las tinieblas, y entre la influencia del ángel bueno y la del ángel malo, por mucho que se encubra y trasfigure. Y demás de esta luz, le dió tan conocida superioridad sobre estos enemigos, que de la manera

que huían las moscas de la llama del fuego material, así huían los demonios de su espíritu encendido y como centelleando en el amor de Dios, y le temían. El cual temor atribuye nuestro gran Santo en uno de sus libros a la unión del alma con Dios: que como participa de su mismo espíritu tan de cerca, alcanza cierta potestad divina contra estos enemigos de la luz.

De esta gracia que Nuestro Señor le había dado, tuvo particular revelación nuestra Madre Santa Teresa, e hizo de ella muchas experiencias; y por eso procuraba tanto que él frecuentase los monasterios de sus monjas, para que espantase de ellos estos enemigos, como los perros espantan los lobos del ganado. Y cuando en ellos temía algún particular engaño, le pedía que fuese a reconocerlo: como cuando, estando ella en Avila y también nuestro Santo Padre, supo que en su monasterio de Medina del Campo estaba una religiosa endemoniada, le envió allá y escribió a la priora estas palabras: «Mi hija, mucho me pesa de la enfermedad que tiene la Hermana Isabel. Ahí les envío al santo fray Juan de la Cruz, que le ha hecho Dios merced de darle gracia para echar los demonios de las personas que los tienen. Ahora acaba de sacar aquí en Avila de una persona tres legiones de demonios, y en virtud de Dios hizo que le obedeciesen hasta decir sus nombres». Llegado a Medina nuestro Santo Padre vió a la religiosa que tenían por endemoniada, y luego conoció que no era demonio, sino falta de juicio, y después se conoció mejor que de esto estaba enferma.

Esta gracia se extendía, no sólo a conocer los endemoniados, mas también la licencia que tenían de Dios estos espíritus malignos, para atormentar los cuerpos de los hombres, el tiempo que les había de durar esta licencia, y los medios con que habían de ser expelidos de ellos, y conforme a eso procedía en los conjuros, como declararán dos ejemplos. En este tiempo, que estaba por prior en Granada, estaba endemoniado un vecino de aquella ciudad, y aunque se habían hecho porfiadas diligencias de exorcismos y otros medios por librarle, ninguno había aprovechado. Acudieron a nuestro Padre San Juan de la Cruz para que le conjurase, y en viéndole, conoció luego la calidad del demonio que le atormentaba, y que

era de los que dijo el Salvador que no salían sino con oración y ayuno; y así, en lugar del conjuro, se puso en oración, y pidió a los que estaban presentes que hiciesen lo mismo. En viendo el demonio puesto en oración al nuevo Elías contra los sacerdotes de Baal, conoció que había de vencerle, y airado contra él, le decía por la boca del endemoniado mil injurias y amenazas, y procuraba divertirle de la eficacia de la oración; pero nuestro Santo Padre la continuaba con tanto espíritu, que estaba como suspenso en ella. Al cabo de un buen rato, se levantó diciendo: «Ya el Señor nos ha concedído que este maligno salga; no hay que temer»; y así salió luego, dejando al hombre libre, y dando gracias a Dios y a su siervo por la libertad.

Estando S. Juan de la Cruz en el convento de la Mancha, junto a Jaén, le trajeron allí dos mujeres endemoniadas, en diferentes días: la una era casada, y en viéndola, conoció la licencia que tenía el demonio para atormentarla, y dijo a los que la traían que no era necesario conjurarla, que dentro de pocos días la dejaría el demonio, y así fué. La otra era soltera, y tampoco la conjuró, sino dijo a los que la traían, que le fuesen aplicando los conjuros que hasta allí le habían hecho, que con ellos saldría el demonio, pero que duraría de esta manera mucho tiempo; y sucedió así, porque duró más de dos años la porfía con el demonio. Persuadíanle los que la traían, que la conjurase, y excusóse diciendo que no era la voluntad de Dios que él tratase de esto, sino que corriese por estotro camino; a lo cual se persuadieron fácilmente los religiosos del convento, por conocer cuán de buena gana solía acudir a estas obras de piedad. A este modo sucedían otros muchos casos, en que usaba de medios extraordinarios, conforme a la luz que Dios le daba en ellos.

La potestad que el Señor le había dado sobre estos espíritus, se conocía también en muchos casos.

Estando nuestro Santo Padre en un monasterio de Castilla la Vieja, acudió a él un hombre muy afligido y como desesperado de la misericordia de Dios y desahuciado de su salvación, por haberse entregado por siervo del demonio con cédula particular que de ello le hizo, para que le favoreciese en cierta pretensión que había tenido. Consolóle nuestro San-

to Padre, y con la eficacia de palabras con que alentaba almas afligidas, despertó en ésta la esperanza de la divina misericordia, reduciéndole a penitencia de sus pecados, y encargándose de encomendarle a Dios y ampararle contra el demonio. Con esto le envió consolado, y de allí a algunos días volvió a él con nueva aflicción por los temores y asombros que el demonio le hacía, mostrándole la cédula por donde era suyo, y procurando ponerle en desconfianza de la misericordia de Dios por la gravedad de su pecado. Sosególe el santo religióso y púsose en oración, suplicando a Nuestro Señor concediese a aquel pobre hombre libertad de tan cruel tirano, y perseveró en ella, hasta que Nuestro Señor se lo concedió, y que el demonio le trajese la cédula que le había dado. La cual le trajo, y diciendo al Santo mil injurias, con la rabia que tenía contra él, se la arrojó; con lo cual quedó el hombre libre, arrepentido y escarmentado.

Había en la ciudad de Granada, en este tiempo que estaba allí nuestro Santo, una mujer a quien el demonio perseguía con figuras visibles, y en particular había doce o catorce años que no se le quitaba del lado, o en forma visible o muy a lo sensible; de manera que a cualquiera parte que iba, sentía que llevaba junto a sí al demonio, y cuando estaba sola, se le aparecía en figura de un mancebo de buen talle, provocándola a cosas deshonestas, particularmente de noche. Era la mujer persona virtuosa y andaba con cuidado de no ofender a Dios, y por eso le causaba grandísima aflicción verse acompañada a todas horas de aquel enemigo de pureza. Procuraba cuanto podía, nunca estar sola, y de noche no se acostó en cama en todo este tiempo, temiendo alguna violencia del demonio. Era tan grande el trabajo que con esto padecía, que la traía flaca y como asombrada, sin hallar remedio que le aprovechase. Comunicábase con doña Juana de Pedraza, una señora muy virtuosa, de quien ya se hizo mención, la cual, viéndola tan afligida y consumida (aunque no sabía la causa, porque ella le callaba), le dió noticia de San Juan de la Cruz y de la gracia que Nuestro Señor le había dado para consolar almas. Fué a verse con él, y dióle cuenta de su trabajo, y él hizo oración por ella, y le dijo cuatro veces el Evangelio de salud, y la envió consolada, certificándole que ya el demonio no la haría

guerra. Y así fué, porque con esto quedó libre de esta peligrosa persecución; de manera que nunca más vió ni sintio al demonio; y no acababa de dar gracias a Dios por esta merced y al medianero por cuya mano la había recibido.

CAPITULO XXXII

Temor que los demonios tenían a San Juan de la Cruz, y señorío que Dios le había dado sobre ellos.

Del temor que le tenían los demonios se conocía también la potestad que por gracia sobrenatural tenía sobre ellos, como se verificará con algunos casos, de los que vienen probados en sus informaciones.

Una mujer de buen crédito dice en su declaración que, desde la edad de siete años, la comenzó a afligir el demonio con grandes tentaciones e ilusiones, apareciéndosele en varias figuras visibles. Y como la opinión de nuestro Santo Padre era tan grande en Granada, en este tiempo, de hombre de conocida santidad y raro espíritu, fué a confesarse con él para comunicarle su trabajo. Y sucedióle muchas veces, cuando le estaba esperando, fatigarla con estas figuras el demonio, y en entrando él adonde había de confesarla, desaparecían luego, y no la molestaban más, mientras él estaba delante, dando muestras del temor que le tenían. Fuéla encaminando en ejercicio de virtudes y fortificándola por este camino contra las ilusiones, y hacía oración por ella; y cuando andaba más apretada de ellas, le dijo nuestro Santo Padre que no tuviese pena, que no vería más aquellas figuras. De lo cual ella entendió que había alcanzado ya de Nuestro Señor en la oración su libertad; y así fué, porque desde entonces quedó libre de ellas, y con haber muchos años que había pasado esto, cuando estas informaciones se hicieron, lo tenía muy presente, para dar gracias a Nuestro Señor por este beneficio y a nuestro Santo Padre que se lo había alcanzado.

Estando el Santo otra vez confesando en la iglesia de Granada, por haber aún poca comodidad de confesonarios, quiso Nuestro Señor, para honrar a su siervo, descubrir a una

persona muy espiritual lo que invisiblemente allí pasaba. Y así vió, hacia un rincón de la iglesia, muchos demonios en figuras de diferentes animales, como de monas, oso y escuerzos, los cuales algunas veces intentaban salir por la iglesia, a tentar a los que estaban en ella, y en levantando el siervo de Dios los ojos, volvían, como atemorizados, a recogerse otra vez hacia el rincón. En lo cual entendió esta persona cuánto los demonios le temían, y el señorío que Nuestro Señor le había dado sobre ellos.

En la misma ciudad estaba endemoniada una persona principal, y por ruegos de personas graves obligaron a S. Juan de la Cruz que fuese a conjurarla. Mientras hacía brevemente oración en un rincón de la pieza, oyó el P. fray Juan Evangelista, su compañero, que estaba hablando entre sí la endemoniada, y llegándose a ella, oyó que estaba diciendo el demonio: ¡Que no puedo vencer a este frailecillo, ni hallo por dónde entrarle, para hacerle caer, habiendo tantos años que me persigue en tal ciudad, y en tal villa (nombrándolas) y aquí no me quiere dejar! Díjole después el compañero lo que el demonio había dicho, y el Santo Padre, arrojando de sí lo que sonaba a alabanza suya, le respondió: «Calle, no crea a ese demonio, que son mentiras cuanto dice». Con lo cual se desnudó no sólo de la propia complacencia, mas también de la estimación que pudiera quedarle de esto.

Otra vez, estando en el monasterio de nuestras monjas de la misma ciudad, le trajeron allí una mujer endemoniada, para que la conjurase, y cuando la llevaban hacia donde él estaba, le iba el demonio maldiciendo con rabia, y entre otras cosas decía entre sí: Ya viene, ya viene el Senequita a perseguirme. Conjuróla y expelió de ella al demonio, dejándola libre de este enemigo.

No sólo de la ciudad de Granada, mas también de los lugares de su comarca le traían muy de ordinario endemoniados, así por la experiencia que tenían de la facilidad con que expelía de ellos los demonios, como porque, apremiados en algunas partes con los conjuros de la Iglesia, les habían hecho confesar que un frailecillo descalzo (señalando al Santo) era a quien en aquella ciudad más temían.

Cuando San Juan de la Cruz estaba en el monasterio del

Calvario, le importunaron mucho que fuese a la villa de Iznatoraf, a conjurar a un endemoniado que le trataba muy mal el demonio. Cuando llegó a vista del hombre, comenzó a hacer en él el demonio acciones muy furiosas y a decir: Ya viene el Basilillo a perseguirnos, como quejándose de él, que le hacía en su tiempo la guerra que San Basilio le había hecho en el suyo. Conjuróle y expelióle de aquel hombre, dejándole libre y bueno; y de estos ejemplos se ofrecían casi cada día. Pero otro más notable de este dón que tenía para conocer y expeler los demonios de los cuerpos humanos, contaremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXXIII

Un caso muy notable donde se descubre más el gran dón que tenía para conocer y curar endemoniados.

Estando de asiento nuestro Santo en una ciudad principal de estos reinos (que de propósito callo), entre otros muchos demonios que expelió de cuerpos humanos, dejó libre de algunas legiones de ellos a una monja de una Religión grave, que, por ser caso raro, le contaré más en particular, aunque brevemente, dejando muchos de los lances que con el demonio pasó, por no alargarme.

Siendo esta religiosa de edad de seis años, se le apareció el demonio, y la fué disponiendo para engañarla por el camino de sus inclinaciones. Era aguda y decidora, y de aquella edad se preciaba ya de decir dichos agudos, holgándose mucho que la alabasen de discreta, y para esto aprendió a leer y a escribir cuidadosamente, por sacar de los libros sus bachillerías y agudezas. Valióse el demonio de esta inclinación, que con los años iba creciendo más, y ofrecióle hacerla muy sabia, no sólo en las materias comunes a las mujeres, más también en otras más sutiles y levantadas, en que la igualaría con los grandes letrados. Pidióle para esto en recompensa, que había de darse por suya y hacerle de esto una cédula, firmada con la sangre de su brazo. Era ofrecimiento este tan a gusto de la muchacha, que no reparó en la recompensa, y

así le dió la cédula, como él quiso pintarla. Dejo lo demás, que hay que contar en el caso, hasta el tiempo que nuestro Santo se encargó de su remedio, que es lo que toca a nuestra historia.

Tenía ya esta religiosa veinte años, y declaraba la divina Escritura con tanta propiedad y claridad, que admiraba a cuantos la oían. Vinieron a arguir con ella, por cosa prodigiosa, muchos catedráticos de teología y grandes letrados de diversas Religiones, y salían admirados de su sabiduría y agudeza; porque sabían que no había aprendido letras, habiéndose criado, desde cinco años, en el monasterio, sin más enseñanza de la ordinaria de las demás religiosas, y alcanzaba de cuenta a los que las habían estudiado muchos años, y así la calificaban por mujer ilustrada de ciencia infusa y milagrosa. Los prelados de su Religión, aunque pudieran asegurarse con muchos pareceres de gente grave y docta, de que era buen espíritu, todavía por ser tan raro y no propio de mujeres ser ilustrado de sabiduría escolástica, para dar luz a otros, habiendo tan poca necesidad de esto en la Iglesia, los tenía recelosos, y después de otras muchas diligencias, pidieron a San Juan de la Cruz que la examinase y sacase en limpio de qué espíritu era movida, por el gran crédito que de nuestro Santo Padre tenían en aquella ciudad, por las ilustradas experiencias que de su espíritu veían cada día. Pero él se excusaba de meterse en censurar lo que tantos hombres graves habían aprobado, hasta que, llegando allí el General de la Orden cuya era la religiosa, le importunó tanto que la examinase, que no pudo excusarlo.

Hiciéronla salir a hablar al santo Padre fray Juan a un locutorio a solas, y la que hablaba con otros sin encogimiento y muy a lo confiado, enmudeció de tal manera, en viéndole, que no pudo acabar con ella que hablase una palabra sola, antes parecía estar toda temblando: tal era el temor que le tenían los demonios que en ella hablaban. Después de gran rato que estuvo porfiando con ella, sin poder acabar que hablase, conoció la dolencia, de que estaba enferma, y dijo a su prelado que aquella monja había sido engañada del demonio, y que por arte suya hablaba cuando se trataba de letras; que era menester conjurarla, y no pocas ve-

ces, porque tenía echadas allí el demonio muy hondas raíces. Con esto, se quiso despedir del prelado, pero él le hizo tanta fuerza a que se encargase de este conjuro (pareciéndole que por su medio la había de librar Dios de aquellos enemigos), que nuestro Santo Padre hubo de aceptarlo. Dióle para esto el prelado toda la autoridad de la obediencia, de manera que libremente ordenase todo lo que viese convenir a la salud de aquella alma; y licencia para entrar en la clausura a conjurarla. Antes que nuestro Santo Padre comenzase la batalla, se previno para ella con mucha oración y particulares penitencias: que éstas eran las armas con que se fortificaba para esta guerra de tan poderosos enemigos. Y como ya los demonios le conocían y supieron que se había encargado de esta empresa, pidieron nuevo socorro al infierno, y vinieron en su defensa algunas legiones de ellos, como después lo confesaron a fuerza de conjuros.

La primera vez que el Padre fray Juan la conjuró, verificó que estaba endemoniada, como lo había dicho. Y a la segunda, cómo desde los seis años de su edad había el demonio procurado engañarla, las ofertas que le hizo, y cómo después había hecho pacto con ella, y sacádole cédula de él firmada con su sangre. Averiguó también que estaban con ella una gran multitud de demonios y la dificultad que había de haber para echarlos de tan antigua posada.

Fueron muchos los lances que en esta conjuración pasaron, y lo que el Santo trabajó con ella, para humillarle el corazón y convertírsele a Dios; porque no la privaba el demonio del uso de los sentidos, sino cuando la conjuraban, que por esto pudo encubrir tanto su engaño. Y cuando ya nuestro Santo Padre traía su conversión en buenos términos (para que desarraigado el demonio de la voluntad, por medio del verdadero arrepentimiento y penitencia, le echase también del entendimiento, adonde se encaminaban los efectos de su pacto), hizo el demonio otro nuevo embuste, con que pensó acabar con ella, o por lo menos impedirle el reparo.

Tomó forma de San Juan de la Cruz y de su compañero, y llamó en el convento donde estaba la religiosa, diciendo que quería hablarla en el locutorio. Habiendo salido allí la monja, le dijo tantas cosas de la gravedad de sus cul-

pas y del poco remedio que tenían, siendo de las que no podían esperar la misericordia de Dios, y del afrentoso estado a que había venido, descubierto ya su pacto, que la pobre mujer estaba llorando, y para dar consigo en una desesperación. Tuvo revelación nuestro Santo Padre en su celda que aquella alma estaba muy necesitada de su socorro, y fué luego a su monasterio. Pidió a la tornera que se la llamase, y respondióle que no podía hablarla, porque estaba con el Padre fray Juan de la Cruz. Dijo él que aquello no podía ser, porque él mismo era el que llamaba. Quedó admirada de esto la tornera, y envióle al locutorio. En entrando el Santo, desapareció el demonio, y halló a la triste religiosa bañada en lágrimas y casi desesperada. A la cual consoló con las prendas de esperanza que de su salvación podía tener en la misericordia de Dios, que había venido a derramar su sangre por los pecadores.

En aquel conjuro apremió a los demonios, que habían tomado su figura y la de su compañero, a que dijesen qué habían pretendido con aquel engaño. Y respondieron que su príncipe se lo había mandado, para hacerla desesperar. Tuvo allí una batalla tan fuerte con los demonios sobre la libertad de la engañada, que todas las monjas estaban atemorizadas de oirla. Al fin, después de larga batería y de muchos encuentros, que en diferentes veces tuvo nuestro Santo Padre sobre esto con todo el infierno, le dió el Señor tanto poder contra aquellas potestades de tinieblas, que a vista de su compañero y de las monjas, les hizo traer la cédula que la religiosa les había dado. La cual él quemó, y dejó a la religiosa libre de aquel tirano cautiverio, desterrando de ella todos aquellos demonios que la señoreaban, reducida ya su intención a mejor norte, con notable consuelo de las monjas y de su prelado, que no acababan de dar las gracias al Santo religioso, y él las daba a Dios, cuya era la victoria.

Está verificado este caso con las declaraciones del Padre fray Pedro de la Purificación y del Hermano fray Francisco de los Apóstoles, religiosos antiguos de nuestra Orden, que en este tiempo fueron compañeros de nuestro Santo Padre, y vieron muchas de las cosas que aquí se han referido, y otras las supieron de las monjas y del mismo Santo.

En otros muchos casos se verificó esta superioridad como milagrosa, que tenía sobre los demonios, para expelerlos de los cuerpos humanos, y la misma tenía en las tempestades que ellos movían, y deshacía las nubes con medios muy fáciles, como con hacer la señal de la cruz sobre ellas. Y conocía también cuándo eran movidas de los demonios o cuándo de los vientos, y sucedía algunas veces comenzar con tanta furia de truenos y relámpagos, que ponían pavor a las gentes, y con gran facilidad las deshacía y serenaba el cielo: como lo refieren los testigos, del tiempo que estuvo en Segovia y en la Peñuela; y se notó que, en tres años que estuvo en Segovia, no cayó rayo en toda aquella comarca, ni hicieron daño las tempestades.

CAPITULO XXXIV

Aun después de muerto se conoce la potestad que Dios le ha dado sobre los demonios. — Protector de los fieles contra estos enemigos.

Pero no se les acabó a los demonios, con la muerte de San Juan de la Cruz, el temor que en vida le tenían, ni parece que cesó el imperio que sobre ellos le fué dado, sino que antes cobró mayores fuerzas. Porque, como dice Santo Tomás (1), cada Santo tiene alguna preeminencia según el uso especial de alguna virtud, en que en vida fué señalado. Y como el Santo, cuando vivía, servió a Dios en dar luz a las almas contra los engaños y tentaciones del demonio y trató para esto con tanta gente espiritual, deshaciendo a cada paso los lazos que este enemigo les tenía armados, y remediando con esto innumerables almas que estaban metidas ya en ellos; así parece que, después de muerto, le concedió Nuestro Señor que sea poderoso protector de estas mismas necesidades, y que a modo de serafín (cuya caridad, como ya vimos, tiene propriedad de perseguir todas las tinieblas y descubrir los daños y peligros de ellas), haga ahora este mis-

1 D. Th., in Job, c. 1, lect. 2.

mo oficio desde el cielo, como lo ejercitó con celo encendido en la tierra, y con mayor poder y más universal señorío. Pues como los demonios experimentan esto, y que es uno de los más poderosos contrarios que tiene su tenebrosa monarquía, por eso le temen y aborrecen tanto, como nos lo manifiestan muchos ejemplos sacados de sus informaciones, y se lo han hecho confesar muchas veces al demonio a fuerza de conjuros, de que haremos también memoria para verificación de este privilegio.

Estando en Salamanca el Hermano fray Francisco de Jesús María, maestro de obras de nuestra Religión y hombre de señalada virtud, se encontró con un religioso grave de otra Orden y le dijo: «Dígame quién es en su Religión el Padre fray Juan de la Cruz». Y pregúntolo porque, conjurando yo el otro día un endemoniado y apremiándole a que me dijese qué Santo le hacía mayor guerra, para valerme de su intercesión, le hice confesar que un Descalzo Carmelita, llamado fray Juan de la Cruz, y que después de San Basilio era el que más le había perseguido. Y habiéndole dicho el Hermano quién era el que el demonio temía tanto, conoció cuán ciertos eran sus temores. Lo mismo le sucedió a otro religioso nuestro, sacerdote, en un lugar cerca de Segovia, cuyo cura le preguntó otro tanto, afirmando que en un conjuro de un endemoniado había hecho confesar al demonio que quien más guerra le hacía, era un frailecillo Descalzo Carmelita, llamado Fr. Juan de la Cruz. También conjurando a otro endemoniado en el monasterio de San Gil, de Madrid, le hicieron confesar lo mismo, aunque no le apremiaron a que pronunciase el nombre propio.

Pero más notable fué aún, a este propósito, lo que sucedió al Padre fray Juan Bautista, procurador de nuestro monasterio de Valladolid, hombre de gran virtud, de fe muy rica y extraordinario fervor.

Tenía particular gracia en esto de conjurar endemoniados, y habiéndole traído uno a la iglesia del mismo monasterio, quiso para esforzar su fe y atemorizar más al demonio, sacar el vaso en que está reservado el Santísimo Sacramento, y le puso sobre el altar así cubierto, para pelear con su enemigo, a vista del que le había de dar virtud para vencerle. Tuvo con el demonio una porfiada batalla, sobre hacerle con-

fesar cuál de los Santos le hacía entonces mayor guerra, mostrando el demonio gran repugnancia en decirlo. Pero, al fin, le hizo confesar «que un frailecito Descalzo Carmelita, llamado Fr. Juan de la Cruz». Lo cual no confesó de una vez, sino a pedazos, como quien lo decía de tan mala gana. Pero no teniéndose aún por contento de esto el P. fray Juan Bautista, le apremió que le dijese en qué le hacía mayor guerra. Bramaba el demonio porque le tocaban esta tecla, y fué grande la resistencia que hizo a esta pregunta; pero al fin, después de larga batería que el Padre le dió sobre esto, dijo con gran regaño que había hallado un camino. En lo cual significó que él había descubierto en nuestro siglo el camino real y breve de acercarse las almas a Dios en la oración y huir los engaños que el demonio suele hacer en ella, transfigurándose en ángel de luz: como lo enseñó con admirable doctrina por todo el libro segundo del tratado que intituló Subida del Monte Carmelo. Y asimismo, que en vida y muerte ayuda mucho a las almas, para seguir este camino, y quitar los estorbos de la comunicación divina.

Para verificación de la experiencia que las personas espirituales hacen de esto en sus ejercicios, referiré aquí lo que el Padre Fr. Juan de Reina, de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, morador del monasterio de Baeza, dice en su declaración jurada, por estas palabras: «Lo que dice la pregunta, que Nuestro Señor hace muchas mercedes a algunas personas por la devoción que tienen con el Santo Padre Fr. Juan de la Cruz, lo he experimentado yo en mí. Porque, como le tengo muy gran devoción y le tomé como por patrón y amparo mío, así en la oración, como en mis sermones, experimento cuánto me aprovecha; y lo mismo sé que han hecho algunos religiosos de mi Orden, para caminar a la perfección y entablar en sus almas el espíritu de oración. Para lo cual le tengo yo por mi guía y muchas veces al día trato con él las cosas de mi alma, encomendándoselas, y las que se me ofrecen, y hallo en el Santo Padre muy continuo amparo, y he visto en mí grandes efectos de su santidad. Porque, para recogerme en la oración y afervorizarme en ella, me basta sólo acordarme del Santo Padre, y de su vida y virtudes, y llamarlo en mi ayuda. Y cuando algunas veces, co-

mo miserable, me veo combatido de alguna pasión, con sólo levantar la consideración a él y pedirle interceda por mí con Dios, o con invocar su nombre, me veo libre de todo y con gran fortaleza. Porque luego desaparecen todos aquellos nublados que el demonio me traía, de suerte que echo de ver lo mucho que puede con Dios, pues sólo el invocarle, causa lo que tengo dicho. Y como he experimentado en mí tantas ganancias de su devoción, aconsejo a almas espirituales que me comunican, sean muy devotas de este bendito Santo, y lean lo que escribió, teniéndole por maestro, y pidiéndole su favor, por parecerme que es uno de los más eficaces medios que les puedo dar para su aprovechamiento; y veo que les va bien con esto». Estas y otras palabras encarecidas dice de su experiencia este testigo.

El aborrecimiento mortal y temeroso que tienen los demonios a cualquiera cosa de las reliquias y memorias de nuestro Santo Padre, como de uno de sus mayores contrarios, que tantas veces ha triunfado de ellos, en muchas ocasiones se experimenta, de que pondremos otro ejemplo, probado con muchos testigos graves.

Estando mala en la ciudad de Ubeda doña Catalina Ortega de Sotomayor, pidió que le trajesen un pie de nuestro Padre San Juan de la Cruz, que está en nuestro convento de aquella ciudad, por cuyo medio hace Nuestro Señor muchos milagros. Trajéronselo dos religiosos nuestros con la veneración con que siempre se saca, en su caja guarnecida y con viriles. Y entrando con la reliquia en casa de esta señora, estaba en el patio una criada suya endemoniada: que aunque en dos años que había que padecía este trabajo, se habían hecho extraordinarias diligencias, para librarla del demonio, todavía de cuando en cuando la atormentaba y la traía afligida. No sabía ella que hubiesen ido por la reliquia del Santo, ni tan poco la había visto, porque los religiosos la traían debajo de la capa y como encubierta, porque no los llamasen en cada casa, según la gran devoción que se tiene con ella.

Pues, en entrando los religiosos en ésta de la enferma, comenzó de repente a dar grandes voces esta criada, diciendo: «¿Para qué traen ese zancarrón de ese frailecillo, mi enemigo?

Echenlo de ahí, que me atormenta y abrasa». Y en diciendo esto, se fué huyendo a lo alto de la casa, sin que la pudiesen detener otras mujeres que allí estaban, y no paró hasta esconderse en un caramanchón, arrimada a una chimenea, adonde daba grandes voces, repitiendo las mismas palabras, de manera que alborotó toda la casa. Mandó la señora que la trajesen al aposento donde ella estaba enferma y los dos Padres con la reliquia, y defendíase de suerte que no pudieron bajarla, hasta que, subiendo al desván dos hombres de buenas fuerzas, la bajaron arrastrando hasta el aposento de la enferma, y en viendo a los religiosos con la reliquia, comenzó a temblar toda y hacer otros grandes extremos. En soltándola los hombres que la traían, daba saltos tan grandes, que casi llegaba al techo del aposento, y hacía otros ademanes tan furiosos, que ponía espanto. Pidió aquella señora a los Padres que le pusiesen el pie del Santo, a lo cual la endemoniada resistía fuertemente. Al fin, la sujetaron y la pusieron la reliquia, y al punto se sosegó y se quedó muy quieta, como quien descansa de algún gran trabajo. Y en aquel instante, parece que la dejó el demonio, porque nunca más la vieron maltratada de él, ni con otro indicio de endemoniada, sino sana y buena.

CAPITULO XXXV

Obras de piedad que ejercitaba en Granada. Prosigue allí la declaración de sus libros místicos.

Volviendo a la vida que el santo Padre Fr. Juan hacía en Granada, hallóse allí el año de 1584, que fué muy estéril en toda España, y mucho más en el reino de Toledo y en la Andalucía, y como en los lugares pequeños no hallaban los hombres socorro, acudían a las ciudades, y así fueron innumerables los pobres que acudieron a socorrerse a la de Granada. Lastimábase mucho nuestro Santo Padre de ver necesitados y no poderlos socorrer, y con traer obra en el convento, que pedía mayor caudal del que entonces había en él, no se estrechó por eso su esforzada caridad, antes extendiendo

los senos de su inmensa confianza, puesta en sólo aquel Señor que todos los bienes tiene en su mano, se determinó a ser ministro de su liberalidad desde el estado de pobreza, para que más se descubriese en sus diligencias el autor de los socorros que por ellas se hacían.

Procuró para esto comprar cantidad de trigo, fiado en quien, sin empeñarse, había de proveer el dinero de su desempeño; y con esto y con lo que dos donados traían de la ciudad, abrió las puertas de la misericordia y socorría a todos los pobres que acudían a la portería, que eran sin número. Y como le vieron tan liberal, acudían personas honradas de la ciudad a representarle en secreto la necesidad que padecían, por no poder manifestarla a otros, según la calidad de su estado. Y haciéndole éstos tanto mayor lástima, cuanto su pobreza era más secreta y por eso menos socorrida, les enviaba el sustento por medio de arcaduces también secretos. Y de esta manera, repartía, como despensero de Dios, lo que Su Majestad le enviaba, sin que por eso se faltase al recogimiento que pide nuestro estado. Y los que fueron ministros de esta obra y por cuyas manos pasaba la limosna, tuvieron por cosa milagrosa que, habiendo sido tan grande en muchos meses que duró el hambre, y muy superior el gasto al recibo, no quedó el monasterio empeñado; y después de bien sustentados los frailes y de haberse labrado aquel año mucho en el convento, le sobró trigo, y así hacían misterio los religiosos, no sólo de los medios por donde Dios proveía lo que se daba de limosna, mas también de cuánto multiplicaba Su Majestad lo que para esto entraba en casa.

Y dando tan liberalmente a estos necesitados el sustento corporal, no se olvidaba de dar a otros el espiritual, que para esto acudían a él muchas personas, particularmente las que trataban de veras de oración y reformación de costumbres (que a éstas acudía más alentadamente), y no se puede fácilmente creer el provecho que con esto hacía. Porque con la reformación y ejemplo de estas personas que él doctrinaba, se movían otras a imitarlas y se esforzaba mucho la virtud contra los vicios. Y con haber muchos años que nuestro Santo Padre era muerto, cuando yo fuí a Granada, todavía hallé algunos resplandores muy ejemplares allí de esta

luz que esparcía, y algunas personas que él había comunicado, tan medradas en la virtud, que las tenían en opinión de santas, y hacían mucho fruto con su ejemplo, y confesaban que todo el bien de sus almas les había venido de Dios por la doctrina y enseñanza del Santo fray Juan de la Cruz, que de esta manera le nombraban.

Estando en este tiempo en Granada, le importunó mucho la M. Ana de Jesús, priora del monasterio de nuestras monjas de aquella ciudad, que le declarase aquella canción mística que él había compuesto en la cárcel, levantado en espíritu, que comienza: «¿Adónde te escondiste, Amado, y me dejaste?» En la cual están significadas con levantado estilo de espíritu, las disposiciones inmediatas de la unión del alma con Dios, y el estado felicísimo de ella, y cómo por los actos de unión va caminando el alma a la transformación en Dios, para otra unión más estrecha. Pidióle, asimismo, doña Ana de Peñalosa, hermana de don Luis de Mercado, oidor de aquella Chancillería, señora de muy gran virtud y aventajado espíritu, que le declarase otra canción, que él había hecho, después de salido de la cárcel, en espíritu ya transformado, que comienza: «¡Oh, llama de amor viva!» Donde con el mismo estilo están significados algunos de los admirables efectos de esta unión transformada. Y así en lo uno, como en lo otro, se excusaba, diciendo que estas canciones se habían hecho estando el espíritu levantado sobre sí mismo, en participación de aquello que en ellas significaba, y que aunque, después de vuelto de aquella contemplación sublime, le quedaba una como memoria confusa de lo que allí le habían comunicado, no era con tanta distinción como había menester para escribirlo en particular, hasta que el Señor le volviese a dar las mismas elevaciones de espíritu (1). Pero al fin, le importunaron tanto, que comenzó allí estos dos tratados y los acabó en otras partes, como Nuestro Señor le iba dando en la oración la experiencia de lo que en esta declaración había de decir, que era lo mismo que le había dado, cuando compuso estas canciones. Y entonces le sucedía lo que dice nuestra Madre Santa Teresa (*Vida*, c. 14), cuando escribía por obediencia las mercedes

1 Hugo Victor, De anima. l. 3, c. 49.

que Dios le hacía en la oración: que si le daban el mismo espíritu, de lo que había de escribir, que cuando lo había recibido, le era tan fácil el escribirlo, como quien tiene delante un dechado de donde va sacando la labor; mas que si este espíritu le faltaba, no había poder concertar aquel lenguaje.

Y por eso dicen los compañeros de nuestro Santo Padre que cuando escribía estos libros, era siempre que acababa de salir de la oración, y que no tenía allí otros libros de que valerse, sino de lo que sacaba de su espíritu, y en algunas cartas que se hallan suyas, escritas de otras partes a estas dos personas que la habían pedido la declaración de estas canciones, se disculpa de la dilación en enviarse, con decir que se han de declarar con el mismo espíritu que se hicieron, y esperar a que Dios le dé de nuevo. Pues como el espíritu de nuestro Santo Padre estaba tan empapado en Dios, cuando escribía estos dos libros, parece que les pegó algo de los efectos de su influencia, de que entonces gozaba. Y así, dicen en sus declaraciones muchas personas espirituales que, cuando leen en estos libros, aunque no entienden las cosas que se encierran en ellos, por ser de tan alto espíritu, con todo eso, sienten un no sé qué de eficacia y suavidad en sus palabras, que se pegan al alma y la sosiegan; y que para recogerse dentro de sí y tener oración, no han menester más que leer un poco en estos libros.

LIBRO TERCERO

CAPITULO PRIMERO

Marcha San Juan de la Cruz desde Granada al segundo capítulo provincial. Cosas de reformación que en él propuso.

Desde Granada fué San Juan de la Cruz al segundo capítulo provincial que se celebró de solos Descalzos en el monasterio de Almodóvar, a 1 de mayo de 1583. Y lo principal que se trató en él, fué lo que había que remediar en los grandes daños de falta de observancia primitiva, que se iban sintiendo en la nueva Reforma con la condición blanda del Provincial, y con su inclinación, más llevada a favorecer los medios de ayudar a las almas, fuera de nuestros conventos (en que otras Religiones se ejercitan por instituto propio, con tan loable perseverancia), que a procurar los de nuestra profesión, ordenados a recogimiento, oración, retiro de criaturas, aspereza corporal y predicación de buen ejemplo.

Hallóse en este capítulo el Padre Fr. Nicolás de Jesús María, señalado de la Religión por compañero del Provincial, (que aunque había hecho muchas ausencias de su lado, era el mejor testigo de estos daños, que la Congregación primitiva padecía en aquel tiempo), y con un espíritu de Elías, su Padre, dijo con gran libertad en el capítulo lo que por sus ojos había visto de quiebras de religión, que lastimó harto a aquellos venerables Padres que lo oyeron, pero más a nuestro Padre San Juan de la Cruz, en quien Nuestro Señor había asentado la forma viva y original del nuevo Carmelo, imitador del antiguo.

Y aunque todos los capitulares de buen celo dijeron apretadamente su sentimiento acerca de esto, fueron entre todos de gran peso y autoridad las razones de nuestro Santo Padre, que con espíritu superior ponderó cómo lo que Dios y la So-

berana Virgen su Madre habían pretendido en esta reformación, era resucitar la vida heroica que en el antiguo Carmelo se había ejercitado para hermosura de la Iglesia de Cristo y utilidad de sus fieles, en tan gran soledad y retiro de criaturas, con oración continua y asperezas corporales, a imitación de Cristo. Y que esto se había de apoyar y no otras observancias de institutos ajenos, aunque fuese para utilidad de los prójimos, pues ya Dios tenía proveída de esto su Iglesia. Y que lo que tocaba a nuestro oficio, era solicitar con Su Majestad, desde el rincón de la celda, en oracion fervorosa, los auxilios divinos que habían menester los obreros evangélicos, para hacer fruto en las almas que trataban, de la manera que lo habían hecho nuestros mayores, que desde los desiertos reformaban con su oración y raro ejemplo todos los demás estados de la Iglesia. Y que para la nueva añadidura que teníamos de mendicantes, bastaba ayudar dentro de nuestros conventos a los prójimos que acudiesen a ellos, sin darnos por obligados a irlos a buscar a sus casas. Y que sin estas diligencias, contrarias a nuestra profesión, sustentaba Dios nuestra pobreza.

La resolución de este capítulo fué encargar de nuevo al Provincial que favoreciese el recogimiento, la oración, y la penitencia y aspereza corporal, y que se guardase con gran puntualidad las nuevas Constituciones que en el capítulo de Alcalá precedente se habían hecho.

Y porque el Padre Provincial andaba muy metido entonces en hacer misiones de religiosos nuestros a reinos extraños, para conversión de infieles, hubo diferentes pareceres acerca de esto en el capítulo. Porque unos contradecían del todo el salir la Religión de los límites de España; y otros, siguiendo al Provincial, querían que se hiciesen muchas de estas misiones, y que se ejecutase luego la que entonces se trataba de hacer a Guinea, para alumbrar aquellos bárbaros idólatras. Pero nuestro Santo Padre, siguiendo el sentimiento medio entre estos dos extremos, decía: «Que no tenía por gusto de Dios que esta Reformacion de la Orden de su Madre se quedase en sólo los términos de España, sino que se extendiese por todas las provincias de la Iglesia, que fuesen accmodadas para guardar su Instituto. Pero que esta exten-

sión se hiciese como en tiempo de los Apóstoles, cuando los monjes, nuestros mayores, seguían la predicación del Evangelio por todas las provincias orientales, y luego se retiraban a los desiertos, adonde asentaban la vida monástica y retirada, para solicitar desde allí en la contemplación divina los auxilios de Dios para los que predicaban a los infieles; y que como aquella región de Guinea no era acomodada para esto, y el intento de esta misión no se ordenaba a este fin, sino solamente a instruir aquellos bárbaros en las cosas de la fe, tocaba ahora esto más a otras Religiones que a la nuestra.

Otra cosa intentó allí nuestro Santo Padre, que algunos la escucharon bien, y otros la repugnaron. Consideraba, no sin moción superior, que la enfermedad de que comúnmente adolecían las Religiones reformadas era, cuando entraba en ellas la ambición y apetito de mandar, y ser prelados con inquietud y desconsuelo de los súbditos; y que si a ésta se le atajaban los pasos, ahora que la Religión estaba tierna y no inficionada aún con esta peligrosa dolencia, se podía prometer larga perseverancia en la perfección que en ella se iba introduciendo. Para lo cual sería de gran importancia que los prelados no se fuesen envejeciendo en los oficios, sino que vacasen en acabándolos, y se quedasen súbditos por algún tiempo, quitándose las reelecciones, para que no siendo interesados en los capítulos los que asisten en ellos, se hiciesen con mayor libertad, y no violentasen los sucesos por particulares pretensiones, y se igualase la sangre entre los beneméritos, no siendo siempre unos los elegidos. Porque allí se trató de las conveniencias que había para que todas las elecciones se hiciesen en el capítulo.

Y a lo que en contrario se oponía, que todo se venía a resumir en el daño que sentiría la Religión con prelados no experimentados en el gobierno de ella, respondía, con fundamentos fijos de común experiencia, que nunca ninguna Religión se había relajado por la impericia de algunos de sus prelados, por ser daño éste de facilísimo reparo, y que por la ambición no sólo las Religiones más perfectas se relajaban, mas también se destruían las más floridas repúblicas y poderosos imperios. Y que el quitar las reelecciones, no disminuía los sujetos, antes los aumentaba, probando otros de

nuevo, y sazonando más los ya probados con la vida de súbditos por algún tiempo ejercitada; y se abría la puerta a que se premiasen los merecimientos y no los respetos; habiendo experiencia que, así en las Religiones reformadas, como en las que no lo son, no echan mano todas veces los electores de los mejores sujetos, sino de los que son más aplicados a sus propios sentimientos; y siendo siempre unos mismos los electores, siempre quedarán excluídos de las prelacías los que no se conforman tanto con ellos, aunque sean más dignos, por ser más retirados y menos oficiosos, y por eso más beneméritos, como menos tocados de ambición. Al cual daño y al desconsuelo común de la Religión de ver que manden siempre unos mismos, y sean favorecidos sus amigos, y otros siempre obedezcan y sean desfavorecidos (cosa muy condenada de los Santos), se ocurría eficazmente con este medio.

Todo esto sirvió solamente de monstrar nuestro Santo Padre su sentimiento, porque la mayor parte del capítulo no vino en ello, aunque desde entonces ha quedado el cuerpo común de la Religión inclinado a que este medio se ejecute.

En secreto exhortó nuestro Santo Padre al Provincial de algunos inconvenientes que en su gobierno había hallado en los conventos de las monjas, particularmente de ser él con ellas muy crédulo y demasiado de piadoso en materia de visiones y revelaciones, declarándole el daño que con esto les hacía, como el propio Santo lo dejó escrito con admirable doctrina en uno de sus libros. Asimismo, que daba fácilmente licencias a personas seglares para comunicarlas, de que a ellas se les seguía muy poco aprovechamiento, y se les desaguaba por este camino el espíritu, y faltaban al ejemplar encogimiento y retiro en que su Santa Madre las había criado.

CAPITULO II

Acredita nuestro Señor las cosas que San Juan de la Cruz propuso en este capítulo.

Por muchos caminos ha querido Nuestro Señor que sepamos que, como escogió a nuestra Madre Santa Teresa por guía y maestra de las religiosas de esta Reformación, y así influía en ella como en fundamento primario, así había también escogido al Padre fray Juan de la Cruz para que con su ejemplo y doctrina guiase a los religiosos de ella, y que para lo mismo le movía e iluminaba de lo que se había de introducir entre ellos, y por eso acreditaba sus acciones por modos milagrosos, cuando los ordinarios no bastaban. De esto vimos ya un ejemplo acerca de lo que propuso en la primera junta de Descalzos, hecha en el convento de Almodóvar, a que corresponde el oráculo divino que tuvo nuestra Santa Madre, según queda ya referido. Y ahora veremos otro, emanado a nosotros por un arcaduz segurísimo, acerca de lo que se tocó en el capítulo pasado. Para lo cual será necesario dar primero alguna breve noticia de este segundo arcaduz de iluminación tan provechosa.

Entre los sujetos muy señalados del nuevo Carmelo, tiene tan aventajado lugar la insigne virgen Catalina de Jesús, (que en el siglo se llamaba doña Catalina de Sandoval), fundadora y primera novicia del monasterio de nuestras religiosas de la villa de Beas, que después de su Madre Santa Teresa, resplandecen sus raras virtudes y heroicos ejemplos en este sagrado Monte, como las estrellas muy luminosas en el cielo; y dejando las demás virtudes de que estuvo singularmente ilustrada, y haciendo memoria de sólo la que toca a este lugar, fué tan amiga de vivir y orar en fe, y tan poco llevada de visiones y revelaciones, que una de las grandes cruces que tuvo en el estado de religiosa, fué la continuación de luz revelada en su entendimiento, particularmente después que murió nuestra Madre Santa Teresa, que como la amó

tanto en vida, la comunicaba después que estuvo en el cielo, con la familiaridad y frecuencia que si estuvieran ya entrambas en estado de gloria.

Aparecíasele nuestra Santa Madre en visión intelectual tan eficaz, que se verificaba bien en ella lo que dice Santo Tomás (1): que cuanto es más espiritual y abstraída la semejanza con que una cosa se comunica al entendimiento, tanto más perfectamente se aprende lo que representa. Porque era mucho mayor la certeza que tenía de la presencia de su ilustre Madre, que si la viera con los ojos corporales. Y así le sucedía lo que a la misma Santa en la visión intelectual, que tuvo en vida, de Cristo Nuestro Señor, de la cual dice (2): «Imprímese esta visión con una noticia tan clara, que no parece se puede dudar más que lo que se ve, ni tanto. Porque en esto, algunas veces nos queda sospecha, si se nos antojó; acá queda por una parte gran certidumbre, que no tiene fuerza la duda». Esto dice nuestra Santa, y lo mismo le sucedía a Catalina de Jesús; la cual se afligía tanto con estas visiones, que ni el asegurarla nuestra Santa Madre ni el hacer algunos milagros con ella, curándola de enfermedades perpetuas que padecía, bastaba para rendirse a tenerse por obligada a decir al Padre Provincial las cosas que ella le mandaba que le dijese para el gobierno de monjas y de frailes. Hasta que viniendo el Provincial a Beas y viéndola tan afligida, la consoló, y como tenía tan gran concepto de ella, la mandó que escribiese lo que nuestra Santa Madre le dijese, y se lo enviase, y con todo eso, lo hacía con notable repugnancia. Y aunque fueron muchas las cosas de reformación que le dijo, aquí tocaremos solamente las que hacen a nuestro propósito y sirven al apoyo de las que se propusieron en este capítulo segundo, que se hizo en Almodóvar.

Dice, pues, lo primero, acerca del recogimiento, estas palabras: «Algunos días antes de la fiesta de San Andrés, estando yo en oración encomendando a Dios las cosas de nuestra Orden, se me representó aquella presencia de nuestra Madre Teresa de Jesús, y me dijo: Di al Padre Provincial que

1 D. Th., II-IIae, q. 173, a. 2; et I-IIae, q. 35, a. 7.
2 *Vida*, c. 27.

procure introducir en las casas que no se procure el aumento temporal ni espiritual por los medios que los seglares lo hacen, porque ni harán lo uno ni lo otro, sino que se fíen de Dios y vivan en recogimiento. Porque algunas veces piensan que hacen provecho a los seglares y a nuestra Orden en comunicarlos, y antes pierden crédito y sacan daño en sus espíritus, y pensando pegarles espíritu, traen ellos el de los seglares y sus modos, y así saca mucho provecho el demonio; porque por la solicitud en lo temporal entra el espíritu de distracción en la Orden y tiniebla en el espíritu; y que procure tener tanto espíritu en sí, como enseña a los otros, para que haga efecto lo que enseñare. Esto ha un mes que me lo dijo, y mandó lo escribiese, y yo he tenido mucha repugnancia, así por los temores con que ando, como por tocar algunas de estas cosas a Vuestra Reverencia».

Acerca de la penitencia y guarda de las leyes, dice así: «Hoy, día de los Reyes, me ha dicho que diga al Padre Provincial que una barahunda que corre entre los religiosos, de que no hace penitencia y que trae lienzo, que ha sido razón tenerla. Porque muchos de los súbditos, que son amigos de su regalo, no miran la necesidad y trabajo, y lo que padece por los caminos, sino un día que llega de huésped, si comió carne y tomó un poco de regalo por su enfermedad, y tiéntanse y apetecen ser prelados. Y que por esto es necesario que le vean también penitente, aunque no sea con mucho secreto por el buen ejemplo. Que alabe mucho la penitencia y reprenda cualquiera exceso y demasía en las comidas. Porque, como no dañe a la salud, toda la penitencia y aspereza y menosprecio, ayuda mucho el espíritu. Que procure desterrar con rigor, si no bastare la suavidad, todo lo que fuere cualquiera punto de relajación de Regla y Constituciones; porque todas las cosas tienen pequeños principios y grandes fines».

Acerca de las reelecciones, dice de esta manera: «También me ha dicho Nuestra Madre diga a Vuestra Reverencia que no haya reelección de priores, porque importa para muchas cosas: la primera, porque aunque importa mucho ayudar a los otros, importa más el aprovechamiento propio de cada uno, y lo bien que parece ser súbditos los que han sido

prelados, y será de gran ejemplo, y los priores nuevos se irán imponiendo. Y que aunque éstos no tengan tanta experiencia, los que han sido priores, los podrán aprovechar, tomando su consejo, aun no queriéndoselo dar ellos, ni entremeterse en ninguna cosa de gobierno, sin pedírsele. Porque se me ha dicho que importa mucho que sean de veras súbditos los que han sido prelados, y lo parezcan, para ejemplo de los otros, y no piensen los demás que no pueden hallarse sin mandar y gobernar, y que parezcan súbditos, como si nunca hubieran sido priores, ni lo hubieran de volver a ser, no contando lo que ellos hacían en su oficio, sino aprovecharse a sí mismos. De esta manera harán provecho cuando lo vuelvan a ser». En estas palabras no hace mención más que de priores, porque no había entonces más prelados que priores y provincial, con quien hablaba.

Acerca de las visiones y revelaciones, dice estas palabras: «Este día (que es domingo de Quasimodo) me mandó esta presencia de nuestra Santa Madre que diga a Vuestra Reverencia que no se escriba cosa que sea revelación, ni se haga caso de ello. Porque, aunque muchas son verdaderas, también se sabe que son muchas falsas y mentirosas, y es recia cosa andar sacando una verdad entre muchas mentiras, y que es cosa muy peligrosa, y para esto me dió muchas razones. La primera, que cuanto más hay de este modo, tanto más se desvían de la fe, la cual es luz más cierta y más segura, que cuantas revelaciones hay. La segunda razón, que los hombres son muy amigos de esta manera de espíritu, y santifican el alma que las tiene, y es negar el orden que Dios tiene puesto para la justificación de un alma, que es por medio de las virtudes y el cumplimiento de su ley y mandamientos. Dice que Vuestra Reverencia ponga mucho en atajar esto, que importa, y que por la mayor parte somos las muejres muy fáciles de dejarnos llevar de imaginaciones; y como falta la prudencia y letras de los hombres para poner las cosas en lo que son, tienen mayor peligro en esto; y que lo que ella tiene y goza, no se lo dieron por las revelaciones que tuvo, sino por las virtudes; y que Vuestra Reverencia va estragando el espíritu a sus monjas, entendiendo les hace bien, con dar lugar a esto.» Va luego prosiguiendo esta mis-

ma materia, y declarando cuán ciertos son los peligros en las visiones imaginarias. Y no trata aquí de las ilustraciones, que en la contemplación tienen las almas puras y bien dispuestas acerca de Dios y de sus divinas perfecciones, aunque también las llama visiones divinas San Dionisio, porque éstas son las que introducen la verdadera santidad en el alma.

Dice, asimismo, calificando la doctrina de nuestro Santo Padre estas palabras: «A primero de marzo, me dijo esta presencia de nuestra Madre, juntamente con la de Nuestro Señor: Dile al Provincial que digo yo que mande al Padre fray Juan de la Cruz que vaya a Granada a tratar del aprovechamiento de las monjas; porque hará más provecho en un día, que en otras ocupaciones en un año; porque más agrada a Dios un alma que le sirve con perfección, que millares imperfectas, aunque sean buenas. Parecíame veía los interiores de todas las de aquella casa, y entre ellas algunas almas dispuestas para más perfección de la que tenían, y a Nuestro Señor con muy grande gana de comunicárseles, y los confesores de otra Orden, que allí las confiesan, no las ayudan a caminar por espíritu a unión, porque pocos van por aquí, y quisiera nuestra Santa Madre ponerle en cada una de sus casas. Amale muchísimo, y díceme que le diga toda mi alma y cuanto ella me dijere». Todas estas cosas escribió esta insigne Virgen de su misma letra, y se las envió o dió al Provincial, y entre sus papeles se hallaron al cabo de veinte años que habían sido escritas, y vinieron a mis manos por un suceso tan extraordinario, que parecía misterioso.

CAPITULO III

Le hacen Vicario Provincial de Andalucía. Reformación que allí introdujo, y peligros de que le libró la Virgen contra el demonio.

Estando todavía en Granada San Juan de la Cruz, se celebró en el monasterio de San Pedro de Pastrana el tercer capítulo provincial de la Congregación de los Descalzos, a 18 de octubre de 1585, en el cual hizo oficio de Definidor, y como se había de elegir en él nuevo Provincial,

y nuestro Santo Padre había conocido tan alentado celo de perfección en el P. fray Nicolás de Jesús María, y tan gran caudal natural y sobrenatural, para oponerse a las grandes dificultades que el nuevo electo había de hallar, para poner en regla primitiva lo que en muy gran parte de la Congregación Descalza se había apartado de ella, puso los ojos en él para prelado superior. Y hallando bien dispuestos los ánimos de los demás, aunque el P. fray Nicolás estaba ausente, fué electo Provincial, con aplauso no sólo del capítulo, mas también de toda la Congregación Descalza.

Procuró luego el nuevo Provincial poner los hombros a la reformación de ella, y pareciéndole que, estando ya tan extendida por los reinos de España, era menester, para que mejor se lograsen los efectos de su influencia universal, que fuese ayudada de otros ministros más particulares, también superiores, nombró Vicarios Provinciales de los principales reinos donde había conventos nuestros, para que cada uno en su distrito cuidase de la observancia y perfección de los que le tocaban. Y a nuestro Santo Padre le alcanzó el cuidar de la provincia de Andalucía por elección que en él hicieron de Vicario Provincial de ella, y hallándose el Padre fray Nicolás apretado con grandes dificultades, procedidas del gobierno pasado, hacía a tiempos junta de los Vicarios Provinciales, para tomar consejo con ellos y despachar algunos negocios graves que tenía represados; y hallóse también con este socorro, que de aquí vino a dar principio a la consulta de Definidores, que asisten de ordinario al prelado superior; porque entonces no duraban más que por el tiempo de capítulo donde se elegían: y esto baste haber tocado de los sucesos universales para nuestro intento.

Viéndose, pues, San Juan de la Cruz con cargo de aquella provincia, procuró luego reformar algunas cosas que antes le daban en rostro y no podía remediarlas.

La primera fué moderar los medios de acudir a las almas fuera de nuestros conventos, para que no se faltase a los de la propia obligación. Porque solían los predicadores y confesores estar fuera de sus conventos predicando y confesando por los lugares la mayor parte de la cuaresma y adviento, y otros tiempos del año, faltando al recogimiento de

nuestro estado y a la oración continua en nuestras celdas, que nuestra Regla manda. Y puso en esta materia muy gran esfuerzo y cuidado, con no pequeño sentimiento de algunos predicadores lucidos, que en aquella Provincia había entonces, y después ejercitaron harto la paciencia de nuestro Santo Padre. Procuró también que se celebrasen más a lo modesto y humilde las solemnidades de los Santos, en que había demasiada ostentación, más propia de iglesias catedrales, que no de religiosos Descalzos, que ha de ser gente de poco ruido, y en quien resplandezca la devoción humilde, y no la que llama mucho el concurso del pueblo. La misma moderación puso en los ornamentos, procurando que fuesen también humildes y poco costosos, como convenía a nuestro estado, y para que no era menester cansar mucho a nuestros bienhechores ni hacer muchas salidas, para procurarlos. Y a este propósito decía que no quería Nuestro Señor que gente dedicada a tan gran desnudez y pobreza le sirviese con el adorno suntuoso de las iglesias ricas, sino que hasta en el altar resplandeciese con la devoción la humildad y pobreza; y porque no eran conforme a ella algunos de estos ornamentos, hizo que se vendiesen.

Halló también que se criaban los religiosos mozos con mucha flojedad y poco fervor de espíritu, con una persuasión falsa, que había introducido el amor propio entre ellos, que la igualdad que en las comodidades profesamos, corría también en los trabajos, no teniéndose por más obligados los mozos a las ocupaciones de trabajo, que los viejos, ya cansados. Lo cual, demás de ser contra la Regla, que juntó las edades con las necesidades, es aprensión tan perniciosa, que los Santos muy experimentados en esto (1), la ponen por disposición próxima de relajación, en breve tiempo, de la Religión más reformada. Y así, trabajó nuestro Santo Padre por despertar en su provincia aquella ejemplar y utilísima competencia, que en los siglos antiguos había entre los mozos y viejos de nuestros monasterios, procurando los mozos con una filial piedad descansar a los viejos, como a verdaderos padres, y quitarles las obras trabajosas de las ma-

1· D. Bon., De quaestion. circa Regulam, q. 19.

nos; y los viejos dar buen ejemplo a los mozos, con la humildad y obediencia, paciencia y otras virtudes, a que estaban más obligados, por haber tenido más tiempo para ejercitarlas y adquirirlas. Y con esto, dando cada uno el fruto que a su edad y fuerzas convenía, conservaron la perfección religiosa con admiración del mundo tantos siglos. Y a los defensores de introducciones nuevas contra las observancias antiguas, decía lo que nuestra Santa Madre, en uno de sus libros (1): «Si por este camino trillado de nuestros Padres alcanzaron nuestros antiguos la perfección y nombre de Santos, yerro sería buscar otro ni pretenderle nadie».

Trató asimismo del modo provechoso de criar las nuevas plantas, como tan experimentado en esto.

Llegando al monasterio de los Remedios, de Sevilla, donde había muchos novicios de los cuales él había enviado algunos desde Córdoba, halló que los más de ellos estaban malos, y algunos como lisiados de males de cabeza; y examinándolo más de cerca, conoció que todo esto sucedía por impericia del Maestro, que por una parte no les practicaba la meditación provechosamente, contentándose con hacerles pláticas generales, y dejándolos que se quebrasen la cabeza con representación de figuras imaginarias, sin espiritualizarles la pración, para sacar con descanso provecho de ella; y por otra parte, los tenía recogidos en la celda todo el día, y como si fueran ya grandes contemplativos, los retiraba de los ejercicios de la vida activa. Y de aquí procedía que, como les faltaba tan presto el ejercicio corporal, a que estaban acostumbrados, se llenaban de crudezas y malos humores, y por no saber vacar tan continuadamente a la oración, lisiaban las cabezas, y con lo uno y con lo otro perdían la salud. Y así decía nuestro Santo Padre al Maestro que su magisterio comenzaba por donde había de acabar; que imitase a nuestros contemplativos de la antigüedad, que cuidaban tanto de ejercitar los religiosos mozos en el trabajo corporal, que cuando faltaban otras ocupaciones, les hacían mudar piedras de una parte a otra y volverlas otro día a su primer lugar, para que con esto se hiciesen más robustos en el cuerpo, y

1 *Cam. de Perf.*, c. 4.

más virtuosos en el ánimo; y con esto los disponían para la vida contemplativa. Porque en las obras activas se adquieren las virtudes morales, que enfrenan las pasiones (1), sin las cuales podrán mal ser contemplativos, y se conocen mejor los naturales y sus efectos, para curarlos. Y tales medicinas les aplicó el Santo, el tiempo que estuvo allí, que los dejó reparados en la salud corporal y mejorados en el espíritu.

Todas estas cosas y otras que allí introdujo de reformación, le costaron muy gran dificultad y trabajo; unas veces, de parte de los hombres, que las querían impedir, con título de religión y caridad; y otras, de parte del demonio, y en algunas ocasiones hubo menester el favor milagroso de la Virgen (cuya causa hacía), para salir de los peligros en que el demonio le ponía, de que referiré sólo dos casos.

Caminando por su provincia una vez, llevando por compañero al Hermano Pedro de Santa María, donado, llegó a un río, que se había de pasar por vado, y venía algo crecido, por haber llovido aquel día; de manera, que cuatro arrieros estaban allí detenidos, esperando que menguase algo para pasarlo. Quiso también aguardar el Santo Padre fray Juan de la Cruz, y hallóse interiormente tan movido a que pasase sin detenerse, que obedeciendo al espíritu, dijo al donado que aguardase a pasar con los arrieros, y entró en el vado. Yendo en medio del río, se atravesaron entre las piernas de la cabalgadura unas malezas que traía la corriente, y el demonio ayudaba (como después se conoció), para que pereciese allí su enemigo, con lo cual cayó en el agua la cabalgadura y también nuestro Santo Padre, con gran peligro de ahogarse. En este aprieto llamó a la Virgen y hallóla tan a mano, para socorrerle, que apareciéndosele con aquella hermosura con que alegra al cielo, le tomó de las dos puntas de la capa, y le llevó sobre el agua, hasta sacarle a la orilla, con no poca admiración de donado y arrieros, que veían el efecto e ignoraban la causa, hasta que después el Santo la manifestó a un grande amigo suyo, reconociendo lo que debía a esta Señora.

Salió también la cabalgadura, y caminó aprisa hacia una venta, que estaba de allí media legua, donde conoció

1 D. Th., III Sent., d. 35, q. 1, a. 3.

la causa por que Nuestro Señor le había movido a que pasase, y también del estorbo que el demonio le había puesto, para que no llegase en tan buena ocasión a la venta. Porque halló en ella una gran pendencia entre el hijo del ventero y otro hombre (que por allí pasaba), a quien el hijo del ventero había dado una puñalada mortal. Acudió luego a confesarle y a disponerle para morir, y antes que entrase en la confesión, le dijo que era religioso profeso de cierta Orden, y estaba con mala conciencia fuera de ella. Amonestóle a que no lo dijese, por la honra de la Religión, y a que diese gracias a Dios, que a tal tiempo le había traído ministro de su Iglesia, con quien pudiese descargar su conciencia. Hizo su confesión y en dos horas que le duró la vida, le ayudó a disponerse para la muerte y tuvo otra experiencia más de la inmensa piedad de Dios, que porque aquella alma no se perdiese, le había dado tanta prisa, para que llegase a tiempo de socorrerla.

El otro caso fué que, estando en este tiempo Nuestro Santo Padre en la fundación de nuestro convento de Córdoba, se derribaba una pared, para labrar la iglesia, y habiéndola socavado por los cimientos, quisieron los oficiales derribarla con unas sogas hacia una parte, donde, al caer, no hiciese daño; y ella inclinándose hacia la parte contraria, dió sobre la celda donde estaba nuestro Santo Padre, y la hundió y derribó. Acudieron los peones y religiosos a quitar los materiales de la celda hundida, pensando que había estrellado y muerto a su prelado, y después de haber quitado la madera, piedra y tierra, hallaron en un rinconcito al Padre fray Juan vivo y sin ningún daño, sino alegre y lleno de risa. Y preguntándole cómo se había escapado de allí, no siendo aquel el puesto de la celda donde solía estar, respondió que había tenido unos fuertes puntales, porque la de la capa blanca le había favorecido para quedar con vida y sin ningún daño. Por lo cual entendieron que la Virgen le había preservado milagrosamente, a quien él llamaba la de la capa blanca, porque de esta manera daba a entender que la había visto en sus apariciones, y con el hábito de su Orden, como ahora se aparece en la carne del mismo Santo, según en adelante veremos.

CAPITULO IV

Cuán favorecido fué en este tiempo con altísimas ilustraciones acerca del misterio de la Santísima Trinidad.

Después de todas estas operaciones de la vida exterior de San Juan de la Cruz, pide el orden de su historia que digamos algo de las que ejercitaba en la vida interior en este tiempo, pues eran las principales, y de donde estotras emanaban; con las cuales se iba acercando al grado superior de la perfección de esta vida por el camino de contemplación.

Pues en este estado donde dejamos su alma estrechamente unida a Dios, como ya esposa suya, dice él, de su ilustrada experiencia, que son muy grandes y muy frecuentes las mercedes que recibe del Esposo divino. De lo cual vieron hartos indicios sobrenaturales las monjas de Caravaca, adonde fué desde Granada por mandado de Dios, como poco ha tocamos, y en otra parte dijimos algo de ellos tratando de la gran devoción que tenía al misterio de la Santísima Trinidad, y al del Santísimo Sacramento. Y aunque él en sus tratados nos da noticia de algunas de estas mercedes, aquí haremos solamente memoria de las que en este tiempo recibió acerca de este inefable misterio de la Beatísima Trinidad. Para lo cual nos darán principio las palabras en otra parte referidas, que él dijo en esta jornada de Caravaca a la Madre Ana de San Alberto, priora de aquel monasterio y compañera de nuestra Santa Madre, y de quien nuestro Santo Padre tenía muy gran concepto. «De tal manera, dijo, comunica Dios a mi alma el misterio de la Santísima Trinidad, que si no esforzara mi flaqueza con particular socorro del cielo, fuera imposible poder vivir».

Para que podamos dar a entender cosas tan inefables, como son estas comunicaciones, nos ayudarán mucho dos lugares: uno, de la teología mística, de Santo Tomás, y otro, de la experiencia ilustrada de nuestra Madre Teresa. En el

primero dice el Angélico Doctor (1) que la iluminación del dón de sabiduría anda acompañada del conocimiento sencillo de los misterios de la fe, y lo que de ellos nos representa la fe, como envuelto en oscuridad, y a nuestro modo lo esclarece el dón de sabiduría en la contemplación endiosada, y en cierta manera despliega este envoltorio, mas o menos, según la dispensación divina, para darnos más ilustrado y distinto conocimiento de estos misterios, sobre nuestro modo humano; lo cual ignoraron los que dan en el destierro otra contemplación superior a los dones del Espíritu Santo.

Esto que aquí dice Santo Tomás, nos declara, de su experiencia, nuestra Santa Madre, de esta manera: «Estando en oración, después de comulgar, se comenzó a inflamar mi alma, pareciéndome que claramente entendía tener presente a toda la Santísima Trinidad en visión intelectual, adonde entendió mi alma, por cierta manera de representación, como figura de la verdad, para que lo pudiese entender mi torpeza, cómo es Dios trino y uno. Y así me parecía hablarme todas tres Personas y que se me representaban dentro en mi alma distintamente, diciéndome que desde este día vería mejoría en mí en tres cosas, que cada una de estas Personas me hacía merced: en la caridad, en padecer con contento y en sentir esta caridad con encendimiento en el alma. Entendí aquellas palabras que dice el Señor: que estarán con el alma que está en gracia, las tres divinas Personas.» Todo esto es de nuestra Maestra, y a este modo, eran algunas de las mercedes que en este tiempo recibía de Dios su ilustradísimo compañero.

Para hacer mayor aprecio de esta manera de comunicación divina, se ha de advertir lo que dice S. Dionisio (2): que estas semejanzas tan endiosadas y distintas de Dios y de sus divinos misterios no son contrahechas ni formadas a nuestro modo humano, sino procedidas de Dios al entendimiento, muy cercano a él, en iluminación inmediata, que no ha pasado por otro ningún arcaduz. A la cual iluminación llaman los teólogos (3) de semejanzas expresas, que expresamente descubre al-

1 D. Th., III Sent., d. 35, q. 2, a. 1.

2 D. Dion., De cael. hier., c. 7.

3 Santo Tomás, declarando (II Sent., d. 23, q. 2, a. 1) la contemplación del ángel viador, dice: «El ángel veía a Dios conociendo la misma luz de su naturaleza.

go de lo particular de Dios; y es el modo de contemplación que tuvo Adán en el estado de la inocencia, y el ángel viador antes de su glorificación. El cual es el medio de contemplación más alto de esta vida, aunque hay muy gran diferencia en ser estas semejanzas, más o menos expresas. El ejemplo de lo cual pone Sto. Tomás (1) en los ángeles, que aunque cualquiera de los inferiores es semejanza expresa de Dios, más expresa es el arcángel, y más el querubín, y más que todos el serafín; y desde la semejanza más expresa a su divino original, hay infinita distancia. Lo cual es muy considerable, para la facilidad con que algunos en la declaración de algunas iluminaciones de los Santos, que no llegaron a ésta, se arrojan luego a concederles la divina esencia con vista clara, siendo cosa tan negada en las divinas Letras.

Pues al modo de esta iluminación eran las que en este tiempo tenía nuestro Padre San Juan de la Cruz de este inefable misterio, donde se le representaban las tres Personas Divinas con distinción expresa, sobre su modo humano, como a nuestra Santa Madre, y le comunicaba sus dones cada una de las tres Personas Divinas, como él mismo nos lo dirá en su experiencia, en el capítulo siguiente. Y como ésta es una merced tan inefable y tan rara en el estado del destierro, hacía tales efectos en él, que le obligaba a decir, como poco ha vimos, «que si Dios no esforzara su flaqueza, fuera imposible vivir.» Porque estas semejanzas que representan expresa y distintamente algo de lo particular de Dios (y por eso las llama San Dionisio inefables para nosotros, como ajenas de nuestro conocimiento), representan siempre a Dios con tanta majestad y grandeza, que si el mismo Señor, que las comunica, no fortaleciese al alma, correría peligro su vida, y más

---

que es una semejanza de la luz increada». Y poco después añade que a esta contemplación, que es natural al ángel, y sobrenatural al hombre, «es elevado el hombre por la gracia aun después del estado de culpa, como se ve en los varones contemplativos que merecen las divinas revelaciones, y mucho más sucedió en el primer estado por la gracia de la justicia original». El mismo Santo declara (De Ver., q. 18, a. 1) esta contemplación de Adán en el primer estado, diciendo: «El hombre en el estado de inocencia necesitaba de un medio para conocer a Dios, porque le veía por alguna luz espiritual divinamente infundida en su inteligencia, que venía a ser una semejanza expresa de la luz increada».

1 II Sent., d. 16, a. 3.

cuando ellas son más expresas de la divina esencia o de alguna de sus inefables perfecciones; y como son comunicadas de la Sabiduría divina (y por eso las llama el mismo Santo hermosura formadora) influye en ellas como el sol en sus rayos. Por lo cual dice Santa Teresa que las tres Personas Divinas, de esta manera expresa y distintamente comunicadas, le hablaban y daban sus particulares dones, el cual efecto experimentaba también San Juan.

De esta manera de comunicación divina tan alta y favorable, gozó también el Hermano Fr. Francisco del Niño Jesús, y con ella quedó su entendimiento tan ilustrado de este misterio, que se verificaba en él lo que dice nuestra Madre Santa Teresa en estas palabras: «Vese el alma en un punto sabia, y tan declarado el misterio de la Santísima Trinidad, que no hay teólogo con quien no se atreviese a disputar la verdad de estas grandezas». Y así, con sola esta merced pudo nuestro santo Hermano dar al Patriarca Arzobispo de Valencia, su amigo, tan particular y alta noticia de este misterio, que le dejase admirado, sin que le hayan de conceder luego una cosa tan negada en las divinas Letras, como es la vista clara de la divina esencia. La cual le concedió, tan a lo llano y poco advertido, el que recopiló el libro de su vida, de que a mí me dan por autor, por haber dado para ella unos apuntamientos historiales y verdaderos, sacados de sus informaciones, de los cuales dejó de poner lo más substancial y las grandes mercedes que Nuestro Señor le hizo después de religioso, por el camino ordinario de fe ilustrada, que pudieran causar no sólo edificación, mas también algunas de ellas consuelo a todos estos reinos. Y en lugar de todo esto, puso sus propios sentimientos, menos acertadamente, y entre ellos esto de la divina esencia, con tan flaco fundamento, como una palabra encarecida de un gran devoto suyo. A la cual yo satisfacía suficientemente en estos apuntamientos, dándole lo que San Dionisio da a los Santos más ilustrados, aunque sean de los que hace mención la Escritura Sagrada, y lo que tengo por verdadero, por haber tratado mucho al santo Hermano.

CAPITULO V

Algunos dones que en este tiempo recibió de las tres Personas Divinas para más alta renovación de su espíritu.

Dándonos, pues, San Juan de la Cruz noticia más particular de las mercedes que en este tiempo recibía de las tres Personas Divinas, y cómo por medio de estas semejanzas infusas, tan levantadas, conocía distintamente en una misma esencia la operación de cada una de las tres personas, llama a la operación del Padre, «dádiva poderosa, que matando, trocó la muerte en vida» (1). Y declara esta muerte y esta vida, diciendo «que así como para llegar a la vida de gloria, que consiste en ver a Dios, ha de preceder muerte de la vida natural; así para la vida espiritual perfecta (que es posesión de Dios, en unión de amor), ha de haber muerte de vicios y mortificación de apetitos, y despojo de toda la ropa del hombre viejo, que es el uso imperfecto de las potencias, memoria, entendimiento y voluntad, empleadas en cosas del siglo, como el apetito en gustos de criaturas». Pues esta muerte, para vivir vida renovada, y también divina en transformación amorosa del alma en Dios (de la cual es propio dejar ya de vivir su propia vida, para vivir la del Amado), atribuye la experiencia ilustrada de nuestro maestro al Padre Eterno, por ser obra de la mano poderosa de Dios, según la distinción que los teólogos hacen de las operaciones divinas, y confiesa haberle recibido de su mano en este tiempo, en grado superior a los pasados, con que se hallaba ya vestido del hombre nuevo, que fué criado en justicia y santidad.

Y como agradeciendo a Dios este singular beneficio, particulariza esta renovación, y de camino nos da noticia del estado de su alma en este tiempo, de esta manera: «Porque el entendimiento, que antes de esta unión entendía corta-

1 *Llama*, c. 2.ª

mente, ya es informado de otro principio y lumbre superior de Dios. La voluntad, que antes amaba baja y muertamente, ya se ha trocado en amor esforzado y divino, movida de Dios en quien ya vive. La memoria, ocupada antes con formas y figuras de cosas criadas, ya se ocupa en memorias de Dios y en recordación de los años eternos. El apetito, que antes estaba inclinado a manjares terrenos, ahora tiene gusto y sabor de manjar divino. Y finalmente, todos los movimientos y operaciones, que antes tenía el alma del principio de su vida natural e imperfecta, ya en esta unión se han trocado en movimientos de Dios, porque ya el alma, como verdadera hija suya, es movida del espíritu divino, como dice el Apóstol, y así puede decir con él que ya ella no vive en sí, sino Cristo en ella».

A la operación de la persona del Hijo, que sentía en su alma, llama toque delicado, que sabe a vida eterna, porque él dice que es vida; con el cual toque dice nuestro maestro que sentía algunas veces penetrada sutilmente la sustancia de su alma, y redundando a las potencias, donde está la fruición, las dejaba todas anegadas en divinos modos de suavidades nunca oídos en nuestra tierra. Y así no halla otro término para declararlos, sino decir que saben a vida eterna; y dando la razón de este sabor, dice: «Este toque es sustancialísimo; porque toca la substancia de Dios en la substancia del alma, al cual han llegado, en esta vida, muchos Santos; de donde viene que la delicadeza del deleite, que en este toque se siente, es imposible decirse, ni hay vocablos para declarar y nombrar cosas tan subidas de Dios, como en esta alma pasan. Y por eso el propio lenguaje suyo es sentirlo y gozarlo, y entenderlo para sí, que no lo podrá entender quien no lo gusta. Porque aquí, por una admirable manera y participación, gusta el alma de las perfecciones de Dios, comunicándosele fortaleza, sabiduría y amor, hermosura, gracia y bondad; que como Dios sea todas estas cosas, gústalas todas el alma en un solo toque de Dios, con cierta eminencia. Y de este bien del alma redunda a veces al cuerpo algo de la inundación del espíritu, y parece penetra hasta los huesos, conforme aquello de David: «Todos mis huesos dirán: ¿quién habrá semejante a ti?».

De esta manera significa nuestro maestro lo que experimentaba en su alma de este efecto de la operación divina que atribuye a la persona del Hijo; y aunque en este tocar la substancia de Dios en la substancia del alma, habló a modo de los autores místicos, siempre se ha de entender, como en otra parte declaramos con la doctrina de los Santos, que estos toques divinos se hacen por medio de la gracia y de los dones criados, que proceden de ella, que son las ropas reales y los resplandores criados de que está Dios rodeado y como vestido; y como se dice que llega unó a tocar al rey, cuando llega a tocar sus vestiduras, del mismo término y propiedad usan los místicos, en llamar toques de Dios a éstos de sus dones.

Y con todo eso, con mucha razón dice el Santo Padre fray Juan de la Cruz que experimentaba efectos más intensos y sutiles, y con mayor suavidad en los toques divinos de este tiempo, que en los que había tenido en los demás estados de grados inferiores de perfección. Porque, según la doctrina de San Dionisio (1), cuanto más cerca de la luz increada recibe el espíritu sus iluminaciones, tanto con mayor eficacia obran en él los dones criados (que este Santo llama ornato divino), y son los arcaduces de su divina virtud. Y en este tiempo estaba el espíritu de nuestro Santo Padre muy íntimamente unido a Dios, como ya vimos, y sus potencias muy elevadas en él, y así recibía de muy cerca y con efectos muy intensos su divina operación: «De manera que (como él mismo pondera) quedaba con este toque divino, como desecha el alma en todos sus naturales apetitos, y con apartamiento de todas las cosas altas y bajas, tan adjudicada a Dios, que todo lo demás le daba en rostro, como grosero y bastardo».

Declara, finalmente, la operación que hacía en su alma el Espíritu Santo, en este tiempo, por estas palabras: «Como Dios es fuego infinito de amor, cuando él quiere embestir al alma apretadamente, es el ardor de ella tan en sumo grado, que le parece que está ardiendo sobre todos los ardores del mundo. Y como este fuego divino tiene transformada en sí

1 D. Dion., De cael. hier., c. 10.

al alma, toda ella le parece que es un cauterio de fuego intenso; y siendo tan vehemente, no consume al espíritu, sino que a la medida de su fuerza y ardor, lo deleita y y endiosa, ardiendo en él suavemente, según la fuerza que le ha dado. Porque, como el fin de estas comunicaciones sea engrandecer al alma, no la aprieta, sino la ensancha; no la fatiga, sino la deleita, la clarifica, la enriquece, y aunque la llaga, es llaga regalada; y tanto más regala, cuanto más intensamente hiere».

Declara luego cuán alto modo sea este de cauterizar el Espíritu Santo al alma, y cuán superior a los cauterios que en otro tiempo recibió de la operación de los serafines; que, con ser aquéllos tan grandes y tan eficaces, dice que no tienen que ver con éste. Lo cual nos persuaden dos razones. La primera, que éste es entendimiento del Espíritu Santo por sus dones, que es luz inmediata, y el otro por medio de los ángeles; y según la doctrina poco ha referida, cuanto los arcaduces de la luz e influencia divina son más inmediatos a su fuente, tanto con mayor eficacia, obran sus efectos de purgar, iluminar y perfecionar. La segunda razón es porque este cauterio es disposición para más alta forma que el de los serafines; que el uno dispone al alma para la unión divina, que llaman de desposorio espiritual, que es el grado más alto de perfección de esta vida por camino de contemplación e inmediato al de gloria. Y así, haciendo mención nuestra Madre Santa Teresa de lo que había experimentado en estas dos maneras de cauterios, dice que el que antes había recibido de los serafines, no tenía más que ver con éste, que una cosa muy corporal a una muy espiritual, y aun le parecía que lo encarecía poco (*Vida*, c. 20).

Añade el Santo (*Llama de amor*, canc. 2.ª) el gozo y alegría con que en este tiempo andaba, diciendo: «En este estado de vida tan perfecta, siempre anda el alma como de fiesta, y trae en su paladar un júbilo grande de Dios, y como un cantar siempre nuevo, envuelto en alegría y amor y en conocimiento de su alto estado, lo anda repitiendo en su alma, dando alabanzas a Dios, con versos de la Escritura, que los Santos, grandes amadores suyos, referían con este gozo. Porque el alma siente a Dios aquí tan solícito en regalarla con

palabras delicadas y frecuentes mercedes, que le parece que no tiene otra en el mundo a quien regalar, ni otra cosa en que se emplear, sino que todo él es para ella sola, cumpliéndose en ella lo que la Esposa dice en los Cantares: Yo toda para mi Amado, y mi Amado todo para mi». Todo esto es de nuestro Santo Padre; y ésta la vida interior que tuvo los postreros años, que estuvo por prelado en la Andalucía, por donde ahora hemos ido caminando.

CAPITULO VI

Elección de nuestro Santo Padre en Definidor primero de la Orden y vicario del Convento de Segovia.

Alcanzóse en este tiempo Breve de Su Santidad, para que la Congregación de los Descalzos tuviese Vicario General, con menos dependencia del General de toda la Orden de Nuestra Señora del Carmen.

Congregóse capítulo (que fué el primero General) en el convento de Madrid, a 18 de junio de 1588. Fué electo en él por Vicario General el P. Fr. Nicolás de Jesús María, y en el mismo capítulo se asentó la consulta de seis definidores, que asistiesen al Vicario General, como consejeros suyos, con voto decisivo, y fué electo por uno de los definidores San Juan de la Cruz.

Hallábase entonces en Madrid doña Ana de Peñalosa, por haber hecho a su hermano D. Luis de Mercado del Consejo Real de Castilla, y como había quedado tan aficionada á nuestra Religión, del tiempo que comunicó a nuestro Santo Padre en Granada, quería hacer un monasterio de frailes nuestros en Segovia, y pedía que fuese el Padre Fr. Juan de la Cruz a sentar esta fundación. Todo se lo concedió la nueva consulta, y el mismo Vicario General con sus definidores fueron a Segovia, para autorizarla más, y después se volvieron a Madrid, dejando allí por vicario a nuestro Santo Padre, para que acabase de acomodar con la fundadora las cosas de este monasterio.

Después que San Juan de la Cruz quedó sólo con sus conventuales, fué su vida tan celestial, que no parecía que vi-

vía en carne sujeta a pasiones y necesidades. Gobernaba su convento desde el rincón de la celda tan a lo milagroso como en otra parte tocamos; desde allí corregía las imperfecciones, reparaba los daños y evitaba los inconvenientes, tanto con mayor sazón y providencia, cuanto con luz y caudal más superior era para esto ayudado. Todo el tiempo que le sobraba de la vida común (en cuyos actos era siempre de los primeros), lo gastaba en oración o en lección de la Escritura Sagrada, de donde sacaba la materia y los motivos de su oración, y los grandes tesoros de sabiduría mística y escondida con que enriquecía su alma y las que gobernaba. Y dábale algunas veces a gustar con tanta abundancia lo que leía, que le hallaban con la Biblia en la mano, enajenado de los sentidos y como trasladado del tiempo a la eternidad, por conformidad de las potencias con su objeto, que en ella residía; y para no padecer también de día estos excesos de espíritu, era menester que trabajase mucho. Porque, aunque los padeció en Granada y en otras partes, fué en Segovia cosa más notable, por ser más poderoso el fuego que allí ardía en su alma; y así la fuerza que le hacía en este tiempo, para poder atender a las cosas exteriores, era para él cruz más pesada que todas las penitencias que hacía, con ser muy grandes.

Cuando había cumplido con las ocupaciones del convento y con los negocios de fuera, solía salirse a unos riscos y peñascos que había en la huerta, y allí se metía en una cuevecilla que había entre las peñas (en que podía estar un hombre recostado), desde donde veía el río y muy extendidos campos, y allí se estaba en oración largas horas, con tanto consuelo de su alma, que cuando el portero le iba a llamar para algún seglar que le buscaba, sentía notable congoja de haber de ir a tratar con criaturas por la fuerza que había menester hacerse para atender a sus pláticas. De noche, repartía las obras de oración en diferentes puestos, unas veces de rodillas delante del Santísimo Sacramento; otras veces, a la ventana de su celda, mirando al cielo y renovando con la vista de tan nobles criaturas, como allí resplandecían, la memoria del poder y hermosura del Señor, que las había criado.

Y aunque tenía ya en este tiempo muy gastadas las

fuerzas corporales, no por eso aflojaba en la penitencia, por ser el martirio en que había propuesto permanecer hasta la muerte, para conformar su vida con la de Cristo. Y así, con haber entonces en este monasterio religiosos muy penitentes, ninguno se le aventajaba en el rigor primitivo, y él se aventajaba a muchos. Su comida era muy poca, y ayunaba muchas veces fuera de lo que la Regla manda. Tenía tan largas vigilias, que admiraba a los religiosos que pudiese con tan poco sueño conservar la vida; y tomaba disciplinas extraordinarias tan largas, que compadecidos de él algunas veces los religiosos que velaban a los maitines o a la oración, llevaban luz hacia la parte donde se azotaba, para que dejase la disciplina, aunque él mostraba sentimiento de esta piadosa diligencia. Con esta vida corporal tan rigorosa y con el ejercicio interior tan fervoroso—que cuando es muy elevado (1), impide los actos de las fuerzas animales—, llegó a tener tan gran flaqueza, que no parecía tenía carne, sino la piel pegada a los huesos, pero tan fuerte el espíritu, que daba al cuerpo las fuerzas que le faltaban.

CAPITULO VII

Amor que en este tiempo tenía San Juan de la Cruz a los misterios de nuestra Redención.

Desde aquella influencia fogosa y transformativa de los serafines, con que San Juan de la Cruz fué acrisolado tan eficazmente, como vimos en otra parte, quedó tan vestido de sus nobilísimas propiedades, particularmente de la que toca a este lugar, que se pudiera decir de él lo que un autor muy docto (2) dice de estos espíritus supremos: que como son los que más aman a Dios, así son los que están más transformados en él, no sólo según su Divinidad, mas también según su humanidad, y que por esto, de tal manera están transformados en Cristo crucificado, que el que íntimamente viese un serafín, vería en su afecto amoroso las llagas de

1 D. Th., De Ver., q. 26, a. 10.
2 Maron., apud Pelbartum, l. 9, p. 1, a. 3.

Cristo Nuestro Señor intelectualmente señaladas, como estuvieron corporalmente en San Francisco, por influencia de los mismos espíritus: las cuales primero imprimió el serafín de su alma, donde lo perfecto de esta transformación se hace. Pues, a este modo de serafín, parece que transformaron a nuestro Santo Padre; de manera que quedaron en su espíritu impresas las llagas de Cristo, y por ellas crucificado con él, como él mismo lo significó de su experiencia, en uno de sus libros. Y declara (1), a este propósito, lo que el apóstol San Pablo dice que traía en su cuerpo las insignias de Cristo; porque como tenía el espíritu de esta manera llagado, y por la unión que hay entre el cuerpo y el espíritu, se comunican entre sí los afectos (2), del gran sentimiento que tenía de los dolores de Cristo, redundaba tanto al corazón la impresión del espíritu, que le traía también llagado; y esto mismo le sucedía a San Juan.

Pero más se le conoció este afecto tierno y llagado de los dolores del Señor en este tiempo que estuvo en Segovia. La razón de ellos nos da él mismo en el Cántico Espiritual, por estas palabras: «En este estado de matrimonio espiritual con gran facilidad y frecuencia descubre el Esposo divino al alma sus maravillas y secretos, y le da parte de sus obras, porque el verdadero y perfecto amor no sabe tener cosa encubierta; y particularmente le comunica dulces misterios de su Encarnación y las obras de la Redención humana, que son de las más altas de Dios, y así más sabrosas para el alma». Esto dice nuestro Santo Padre, y como en este tiempo que estuvo en Segovia (según muchos indicios que refieren los testigos en sus informaciones) entró en este sublime estado, y le comunicaba Nuestro Señor estas mercedes, le traían tan tierno, que cada memoria de los trabajos de Cristo le renovaban tanto los dolores de compasión en el espíritu, que redundando al corazón, que ya tenía llagado, hacían que fuese muchas veces público el sentimiento secreto.

De aquí le venía la gran ternura con que hablaba de es-

1 *Llama*, c. 2.ª
2 D. Th., De Ver., q. 26, a. 10.

tos efectos de nuestra Redención, y el extraordinario sentimiento con que andaba cuando la Iglesia nos los representa. El cual fué más notable la última semana Santa que estuvo en Segovia, que andaba tan transportado en la compasión de estos dolores del Señor y tan anegado en la profundidad de tan inefables misterios, que no podía atender a otra cosa; y con ser él tan recatado en dar a entender su devoción en señales exteriores, no podía disimular la de estos tiempos. Y de aquí venían también las grandes ansias con que andaba continuamente de padecer dolores y trabajos por quien los había padecido por él con tan incomparable amor.

En estas llagas divinas moraba su espíritu los últimos años de su vida, y en ellas aprendía la profunda sabiduría de la supereminente caridad de Cristo, que llena los espíritus de la plenitud de Dios. Y como sus pláticas ordinarias eran de esto mismo, tal efecto hacían sus palabras en quien las oía, que parecía que les pegaba su devoción y ternura, y que imprimía por aquel tiempo en sus corazones las llagas del Señor, que él tenía impresas en el suyo, y a todos procuraba hacer muy devotos de ellas.

De estas mismas llagas que en el corazón tenía impresas, le venía también lo mucho que se enternecía con cualquiera imagen de Cristo que representase su pasión, de que pudiéramos referir muchos ejemplos; pero contentaréme con solo uno, que en sus declaraciones dicen nuestras religiosas de Segovia. «Entrando una vez en este convento a confesar a una enferma y llegando adonde había una imagen de Cristo nuestro Señor, que estaba como racimo en el lagar, pareció que aquella memoria le había traspasado el alma con saetas de amor y compasión. Porque se le encendió tanto el rostro y se le mudó el semblante de manera, que parecía se iba a arrobar, y se echaba de ver la mucha fuerza que se hacía para resistir a la que sentía interiormente. Llegándose, después, a una cruz grande que estaba en el claustro, se abrazó con ella con notable afecto y dijo unas palabras en latín, que aunque las religiosas no las entendieron, conocieron que debían de ser de gran ponderación, según la demostración que al tiempo de pronunciarlas hizo, y allí pensaron también que se trasportara. Pero, aunque resistió al afecto interior, con todo

eso, iba tan llevado de él, y atendía tan poco a lo exterior, que se echaba de ver que no estaba en lo que allí se trataba, sino en otra cosa que le hacía más peso». Esto dicen estas religiosas, y la misma ternura y sentimiento mostraba también en el oficio divino, particularmente en el de la Semana Santa.

CAPITULO VIII

Gran dignidad a que fué levantada su alma, en este tiempo, en estado de perfección.

Es tan endiosado el estado de perfección en que San Juan de la Cruz entró en este tiempo, que ponderándolo, como admirado, San Lorenzo Justiniano, dice (1) que es una semejanza como participada de los desposorios divinos que el Verbo Eterno celebró con la naturaleza humana, uniéndola consigo en unión personal, y se cumple lo que dice el Apóstol: El que se une a Dios, se hace un espíritu con él. Y por eso usan los místicos, en esta unión y en la pasada, de nombres de desposorio y matrimonio espiritual, donde no sólo hay unión de voluntades que llaman los Santos afectiva (2), sino, en cierta manera, entrega de las personas, por la unión que llaman real, según se declaró en otra parte, la cual en este estado es más estrecha, como lo declara de su experiencia nuestra Madre Santa Teresa (3).

Y no sólo en la dignidad, mas también en la disposición para ella con dones divinos, parece que se verifica esta semejanza con la unión hipostática del Verbo Divino con la naturaleza humana. Porque, así como todas las tres Personas Divinas hermosearon y enriquecieron con incomparables dones la naturaleza del hombre, que sola la persona del Hijo había de unir consigo; así también, aunque a sólo el Verbo Eterno se atribuye el unir consigo al alma contemplativa en estas misteriosas bodas, todas las tres Personas Divinas la

1 D. Justin, De casto connubio, c. 9.
2 D. Th., I-IIae, q. 28, a. 1.
3 *Morada 2.ª*, c. 2.°

hermosean y enriquecen con sus dones para ellas, como ya lo tocamos de la ilustrada experiencia de nuestro Santo y de su gloriosa compañera.

Y aunque esta unión de matrimonio espiritual no recibe aun acá su última perfección, sino en la patria, con todo eso, como pone en tan gran dignidad al alma, la purifican para ella, al modo de la última purgación para entrar en el cielo. De la cual es propio, como declara Santo Tomás (1), reducir las cosas a la pureza con que fueron criadas. Y esto mismo parece que promete Dios por Isaías (2) a estas almas de perfección rara, diciendo que han de ser purificadas en tan apretado crisol, que así en lo natural como en lo sobrenatural, queden restituídas en una semejanza de la perfección que tuvo la naturaleza en el primer estado. Lo cual vemos verificado en la experiencia ilustrada de nuestra Madre Santa Teresa (3), que estando puesta en este último crisol, para entrar en el estado de que vamos hablando, le dijo Nuestro Señor, como ella misma refiere, «que tuviese en más esta merced que cuantas le había hecho, y que en esta pena se purificaba el alma, como el oro en el crisol, para poder mejor poner en ella los esmaltes de sus dones, y que se purgaba allí lo que había de estar en el Purgatorio». Y hablando también Nuestro Santo Padre de este último crisol en que le pusieron, de que trata muy a lo largo, lo remata con decir (*Llama*, c. 3): «Y así está el alma como en un purgatorio, semejante al de la otra vida, que estando en disposición para recibir su lleno, le es la privación de él pena gravísima».

También nos da noticia experimental de lo que Dios le descubrió de la perfección con que salió su alma de este divino crisol, diciendo (*Cántico*, c. 34): «En esta unión de matrimonio espiritual, entra el alma en Dios tan renovada a lo divino, y tan pura y limpia como salió de sus manos en la creación, y cargada de merecimientos. Y así, la podemos comparar a la paloma que salió del arca de Noé para volver a entrar en ella. Porque, así como esta paloma volvió al arca

1 D. Th., IV Sent., d. 47, q. 2, a. 1.
2 Isai., I, 15.—S. Th., Opusc. 61 in gradu 10.° amoris.
3 *Vida*, c. 20.

con un ramo de oliva en el pico, por señal de la misericordia de Dios en la cesación de las aguas sobre la tierra, que estaba anegada; así esta alma, que salió de la omnipotencia de Dios en la creación, después de haber andado por las aguas del diluvio de los pecados, imperfecciones, penas y trabajos de esta vida, vuelve al arca del pecho de su Criador con el ramo de oliva, que es la clemencia y misericordia que Dios ha usado con ella en haberla traído a tan alto estado de perfección, y haber hecho cesar en la tierra de su alma las aguas de los pecados, y dádole victoria contra toda la guerra y batería de los enemigos, que le habían procurado impedir siempre esa felicidad. Y así, la palomita no sólo vuelve al arca de su Dios blanca y limpia, como salió de ella en la oración, mas también con aumento de premio y cargada de merecimientos».

Todas estas son palabras de nuestro maestro, y pudo darnos tan conocida noticia de las riquezas interiores de su alma, porque, como este estado es tan privilegiado y favorecido de Dios, concede Su Majestad algunas veces a estas almas tan estrechamente unidas y transformadas en él que, a modo de los ángeles viadores (1), conozcan el estado de su alma y las riquezas que Dios va poniendo en ella. Del cual privilegio nos da noticia la experiencia de San Juan de la Cruz (*Llama*, c. 2.ª), de esta manera: «Porque aquí se ve el alma pura y rica, cuanto se compadece con la fe y estado de esta vida, y dispuesta para poseer en abundancia el reino de Dios; que ya en este estado la deja Su Majestad ver su hermosura, y le fía los dones y virtudes, que le ha dado; porque todo se le vuelve en amor y alabanzas divinas, no habiendo ya levadura que corrompa la masa». Esto que dice aquí, significó también en otras partes, y por eso nos pudo dar tan distinta noticia de lo que pasaba en su alma.

1 D. Th., De Ver., q. 8, a. 6.

CAPITULO IX

Es introducida su alma en la posesión del paraíso interior y del reino de Dios, que allí se goza, a semejanza de Adán en el primer estado.

Para conocer algo de la excelencia de este estado de perfección y unión divina, a que en este tiempo fué levantado el Padre Fr. Juan, se ha de advertir lo que dice S. Gregorio (1), tocado en otra parte: que habiendo criado Dios al hombre para que dentro de sí mismo, como en un paraíso espiritual, buscase siempre la presencia y hermosura de Dios, en fe muy ilustrada, y habitase en la suavidad y fortaleza de su amor, había sido por la culpa echado de este paraíso espiritual, como también del terreno, y condenado a andar por caminos tenebrosos, mendigando por medio de los sentidos y potencias el conocimiento de Dios, por el de las criaturas, apartado de la habitación de la verdadera luz; y las potencias desterradas de la morada de su centro y esencia, donde Dios singularmente habita, en los que están en gracia; y donde en el estado de la primera inocencia gozaban los ojos intelectuales el sabor celestial de este paraíso interior, como los corporales del material.

Pues cuando el alma contemplativa, después de tan apretados cauterios y tan favorables aumentos de dones divinos, ha llegado a una pureza y perfección tan singular, que tenga semejanza con la que tenía Adán en el primer estado, según la profecía, poco ha referida, de Isaías, la restituye el Señor en el patrimonio antiguo de este paraíso espiritual y habitación de la luz, que con gran propiedad llaman algunos autores el tálamo de las bodas celestiales, donde, aun entre las miserias de esta vida, se goza el reino de Dios, que está dentro de nosotros mismos, que consiste en justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo; para que ya desde entonces, no sólo la volun-

1 D.Greg., Moral, l. 8, c. 14.

tad, como en la unión afectiva, sino también el entendimiento y la memoria, puedan entrar en este paraíso y casa que hizo para sí la Sabiduría Divina, con mesa puesta de manjares celestiales, y gozar de ellos en participación del convite que hace en el cielo a sus escogidos. De todo lo cual nos dió muy particular noticia la experiencia de nuestro Madre Santa Teresa, en el capítulo primero y segundo de la séptima de sus Moradas, y su Venerable compañero en el Cántico Espiritual, por haber gozado entrambos de este singular y raro privilegio.

Pues en esta canción (*Cántico*, c. 22) nos da nuestro Santo Padre noticia experimental de la entrada de su alma en este estado felicísimo, por estas palabras: «El matrimonio espiritual es grado mucho más alto que el desposorio; porque es una total transformación del alma en Dios, con entrega y posesión de entrambas partes de la una a la otra por unión consumada de amor, en que está el alma hecha divina, por participación de Dios, en cuanto se compadece con el estado de esta vida; y así es el más alto estado a que se puede llegar en el destierro. Porque, así como en el matrimonio corporal son dos en una carne, como dice la Escritura divina; así también en este matrimonio espiritual entre Dios y el alma, son dos en un espíritu; bien así como la luz de una estrella o candela en presencia del sol, se une y junta con él, y el sol es ya el que luce y difunde en sí las otras luces».

«Habiendo, pues, sido el alma, por algún tiempo, esposa en perfecto y suave amor con el Hijo de Dios, la mete en su huerto florido, a perfeccionar este feliz estado de matrimonio espiritual, en que se hace tal junta de las dos naturalezas y tal comunicación de la divina a la humana, que no mudando alguna de ellas su ser, aun la humana parece divina. Aunque en esta vida no puede ser esta consumación espiritual perfecta; pero es sobre todo lo que se puede decir y pensar. A este estado la convida el Esposo divino en los Cantares cuando dice: Ven y entra en mi huerto, hermana mía, esposa, que ya he segado mi mirra con mis olorosas especies. Donde la convida a los deleites y grandezas que en este estado le comunica de sí o, por mejor decir, le comunica a sí mismo; y por eso es para ella este huerto muy ameno y deseado;

porque todo su fin y deseo es la consumación de este estado, y a él ordena Dios las obras que hace en ella; y por eso hasta llegar a él, nunca descansa. Porque en él, mucho más sin comparación que en el desposorio espiritual, goza de abundancia y henchimiento de Dios, y de más segura y estable paz, y más perfecta suavidad, como en brazos de tal Esposo». Todo esto es de nuestro Santo.

Para introducir su entendimiento en este paraíso espiritual y habitación de la verdadera luz, sin deslumbrarse con tan inmensa claridad, le ennoblecieron de nuevo a lo divino. Porque, así como en el cielo, para que el entendimiento del bienaventurado pueda ver a Dios cara a cara, según el estado de la patria, le conceden la luz de gloria, que comunicándole cierta calidad divina, le proporcione con la luz increada, para que pueda contemplar la divina esencia; así, para que el entendimiento en el destierro pueda entrar en la habitación de la luz y reino de Dios, que tiene el hombre dentro de sí mismo, donde Su Majestad singularmente habita como en templo suyo, le ennoblecen en esta entrada con otra endiosada calidad, que le proporcione con las iluminaciones divinas de este estado, superiores a las de todos los pasados, como la luz de gloria le proporciona para la contemplación de la divina esencia. Esto experimentaba nuestra Madre Santa Teresa (1) en tan alto conocimiento, que le parecía le habían quitado en esta entrada las escamas de los ojos, para ver lo que en esta habitación de la luz le comunicaron: que fué el misterio de la Santísima Trinidad, por semejanzas expresas y distintas de las tres Personas divinas; y la misma ilustración declara S. Dionisio (2), llamando heces a lo que nuestra Santa, escamas.

Pues este mismo beneficio hicieron al Padre fray Juan en esta entrada, y le comunicaron la misma contemplación que a su ilustrada compañera, aunque de diferente misterio; conviene a saber, de la divina esencia y de algunas de las infinitas perfecciones que están en ella, por semejanzas infusas y distintas, como se comunicaron a Moisés en el monte Sinaí.

1 *Morada 7.ª*, c. I.
2 D. Dion , De divin. nom., c. 4, p. 4.

De lo cual nos da noticia el propio Santo, diciendo (1): «Que algunas veces en este estado, tiene por bien el Señor de dar al alma particular noticia de sus divinas perfecciones y virtudes, y entonces echa ella de ver estas perfecciones en un único y perfecto ser, profundamente conocidas según se compadece con la fe». Y particularizando más esta noticia, que tanto excede nuestra capacidad, trabaja por dárnosla a entender con la comparación de muchas lámparas, que en un mismo tiempo le diesen luz y calor, diciendo que cada virtud y perfección que le mostraban de Dios, era como una lámpara divina, que le comunicaba luz y amor suyo. Y que en la divina esencia, como en un simplicísimo ser, le daban noticia de innumerables virtudes y perfecciones de Dios. Y así, en un mismo tiempo se le comunicaban con estas grandezas estos dos afectos de luz y amor tan multiplicados, como lo era la noticia de estas perfecciones. Y encarece esta merced por una de las más altas que se pueden recibir en esta vida; y con razón, porque en ella parece que le ilustraron con semejanzas expresas, no sólo de la esencia de Dios, mas también de muchas de sus divinas perfecciones y atributos, de las cuales semejanzas es propio dar algún conocimiento de lo particular de Dios, como declara Santo Tomás (2): que es una comunicación rara, concedida a pocos Santos en esta vida. Y no halla con qué encarecerla sino con decir que el amor, que en esta ilustración divina se le comunicaba, era como de vida eterna, en que se gustan todos los bienes juntos.

Y prosiguiendo sus excelencias, añade: «Estos movimientos del Espíritu Santo en el alma son como glorificaciones que hace Dios en ella, y como provocaciones y llamamientos a transformarla íntimamente en sí, para mayor participación de gloria, y para que sea más durable; y juntamente purifican y adelgazan, para que mejor las perciba y guste. Aquí gozan todas las potencias felizmente de sus objetos, en participación divina; porque al entendimiento le comunican altísimas inteligencias; a la voluntad, amor divino regalado y suavísimo; y a la memoria, divina posesión de gloria, como

1 *Llama*, c. 3.ª
2 D. Th., De Verit., q. 10, a. 7.

se permite al estado del destierro. Aquí parece que está la trabazón de carne y espíritu tan delgada como una tela, por estar ya muy espiritualizada, ilustrada y adelgazada, de manera que no se deja de traslucir la divinidad en ella. Y como siente el alma la fortaleza de la otra vida, echa de ver la flaqueza de ésta, y parécele muy delgada tela». Esto dice nuestro maestro de su endiosada contemplación, en este tiempo, dentro del paraíso interior; y de la misma dice su ilustradísima compañera (1): «En este templo de Dios, que es esta morada suya, donde él y el alma se gozan (con grandísimo silencio), no hay para qué bullir ni buscar nada el entendimiento; que el Señor que le crió, le quiere sosegar aquí, y que por una resquicia pequeña mire lo que pasa.» Todas las cuales comunicaciones, así ésta de mirar en este estado, como por resquicia las cosas divinas, como lo que se ha referido de su santo compañero, que se trasluce la divinidad, como por entre una delgada tela, se han de entender, según la doctrina de Santo Tomás (2), de mayor iluminación del dón de sabiduría, que ilustra la fe; y los misterios, que ella representa como envueltos en obscuridad, los esclarece este divino dón, y en cierta manera, los desenvuelve más o menos según la ordenación divina, para dar al contemplativo más particular noticia de ellos. Lo cual es más propio de este estado, que de los pasados, por ser la unión divina más estrecha, en alma más purificada, y la comunicación de bienes que hay en él, entre los de esta manera unidos, más favorable, como de una bienaventuranza comenzada, representadora en la tierra de la que esperamos en el cielo.

Esta, pues, es la felicidad endiosada que el Santo Padre gozó los postreros años de su vida, habitando de ordinario sus potencias en este paraíso espiritual. Porque, desde que las puso el Señor en la posesión de él, nunca más salieron de su habitación, donde hacían suavísima asistencia a Dios, como lo refiere de su experiencia, nuestra Santa Madre (3), y desde allí gobernaban las potencias inferiores en sus actos.

1 *Morada 7.ª*, c. 3.°
2 D. Th., II-IIae, q. 5, a 1.
3 *Morada 7.ª*, c. 1.

Y de aquí se puede conjeturar cuán grandes aumentos de perfección y merecimiento haría en este tiempo; porque si de una vez, que en los primeros actos de unión introducían su voluntad en este paraíso y bodega espiritual de los vinos del Esposo, para ordenar en ella la caridad, por tan breve tiempo, que nunca llegaba a media hora, quedaba tan mejorada en ella, y en todas las demás virtudes, como allí vimos, ¿qué aumento de ellas recibiría, estando ya de asiento en esta bodega, y bebiendo con tanta abundancia de estos vinos? Y si estando aún el entendimiento fuera de esta habitación de la luz, cuando recibía alguna ilustración de las perfecciones divinas, por semejanzas espirituales infusas, quedaba tan divinizado como vimos en otra parte, ¿cuánto lo estaría ahora, recibiendo tantas y tan superiores dentro de la misma habitación de la luz y junto a la fuente original de ella?

Después de la entrada en el paraíso interior, pone nuestra Madre Santa Teresa (1) la aparición gloriosa, acabando de comulgar, de Cristo Nuestro Señor, en visión intelectual, al modo que representa su Sagrada Humanidad a los bienaventurados en el cielo (según declara San Dionisio), no por semejanzas contrahechas, sino por las que resultan en el entendimiento de la presencia y vecindad de su original; y cómo la puso en la posesión de este supremo grado de matrimonio espiritual, con tan gloriosas prendas de su esposa, como ella refiere. Pero de este acto solemnísimo, que pide la presencia del Esposo, no nos dice nada nuestro Santo Padre; porque aunque en estos libros refiere sus experiencias, siempre huye el cuerpo a que las tengan por suyas.

---

1 *Morada 7.ª*. c. 2.

CAPITULO X

Favorables comunicaciones que tenía del Esposo Divino en el paraíso de su alma, donde gozaba de algunos de los privilegios de que gozó Adán en el primer estado.

Para no espantarnos de lo que refieren los contemplativos experimentados (1) de la felicidad que goza el alma en este estado de matrimonio espiritual, y de las íntimas y amorosas comunicaciones que en él tiene del Esposo celestial, en quien está toda transformada, es necesario que nos acordemos de lo que dicen los grandes maestros de la Iglesia (1), así místicos como escolásticos, que lo supremo del grado inferior toca los fines del grado superior inmediato y participa, aunque imperfectamente, de sus calidades. Porque como este estado de matrimonio espiritual en grado perfecto de transformación del alma en Dios, es el supremo de la perfección del destierro e inmediato a la vida de la patria, participa de su felicidad. Y por eso, habiendo de tratar de ella nuestro Santo Padre, como lo experimentaba, dice, como haciendo salva a nuestra admiración: «No le parezca al que esto leyere que en lo que se dice de la felicidad de este estado, nos alargamos en palabras. Porque verdaderamente, si se hubiera de explicar lo que pasa por el alma que a él llega, faltara tiempo y quedarían cortas las palabras, y se quedaría por declarar la mayor parte de ello». De estos efectos tratan las últimas canciones del Cántico Espiritual y de la Llama de Amor, y causara harta devoción a los lectores, si refiriéramos algo de estos efectos, a no caminar ya tan aprisa; y así referiremos solamente una comunicación íntima, que sentía del Esposo Divino, con que da remate a esta materia, y pone tres grados de esta comunicación, unos más favorables que otros.

---

1 D. Dion., De divin. nomin., c. 7, p. 4.
2 D. Th., III Sent., d. 26, q. 1, a. 2.

Del primer grado dice de esta manera: «Es, pues, de saber que Dios en todas las almas mora secreto y encubierto en la substancia de ellas. Pero en este morar, hay mucha diferencia; porque en unas mora agradado, y en otras desagradado; en unas mora como en su casa, mandándolo y rigiéndolo todo; y en otras mora como extraño, en casa ajena, donde no le dejan mandar ni hacer nada con resignación de la voluntad del hombre en la suya. Donde menos apetitos y propios gustos moran, allí es donde más solo, más agradado, y más como en casa propia mora, rigiéndola y gobernándola. Y aunque en las demás almas mora secreto, en ésta, puesta ya en estado de perfección y transformada en él, no le está ya secreto, que siempre le siente en sí, aunque como durmiendo en su seno».

Del segundo grado dice así (*Llama*, c. 4.ª): «Allí está de ordinario, como dormido en este abrazo con el alma, al cual ella siente y goza, y algunas veces le hace sus recuerdos, como amador dormido que recuerda. Porque, si estuviese en ella como recordado, (que es comunicándole las noticias y efectos de amor), ya sería estar en gloria. Porque, si una vez que recuerda, abriendo solamente los ojos, pone tal al alma, ¿qué sería si de ordinario estuviese en ella bien despierto? En otras almas, que aún no han llegado a esta unión, aunque no está desagradado, mora aún secreto, porque no le sienten de ordinario, si no es cuando él les hace algunos recuerdos sabrosos, aunque no son del género de éste, ni tienen que ver con él.»

Al tercer grado y más subido de esta comunicación llama respirar, y decláralo de esta manera: «Cuando de esta suerte recuerda el Esposo en el seno del alma unida a él, suele respirar al modo del que recuerda del sueño; el cual respirar de Dios llena al alma de tanto bien y gloria, que no se puede decir ni significar. Porque es una aspiración que Dios hace al alma, en la cual, en aquel recuerdo de alto conocimiento de su Deidad, la aspira el Espíritu Santo con la misma proporción que fué la noticia anegándola en él profundísimamente y enamorándola delicadísimamente, según aquello que vió. Porque, siendo la aspiración llena de bien y gloria, la llenó de bondad y gloria del Espíritu Santo, con

que la enamora de sí, sobre toda gloria y sentido, y por no poderse decir ni declarar con lengua mortal, lo dejo en silencio». De esta manera nos da noticia nuestro maestro de esta comunicación divina, que experimentaba en este estado, en el cual como se representa cierta semejanza de los desposorios que el Hijo de Dios hizo con la naturaleza humana, parece que también la hay en los maravillosos efectos que este Esposo soberano hacía en el tálamo purísimo de estas bodas, que era el vientre virginal de Nuestra Señora.

Finalmente, así como el alma de nuestro Santo Padre entró en este supremo estado con una pureza y rectitud semejantes a la que tuvo la naturaleza humana en su creación; así, después que entró en él, gozaba de algunos de los privilegios de que gozó Adán antes de la culpa, de que así él, como su ilustrada compañera, nos dan larga noticia en sus libros, de la manera que lo experimentaban, y aquí apuntaremos solamente tres, los más principales.

El primero, que gozaba allí del reino de Dios con paz habitual y gozo continuado, ajeno de afición y perturbaciones. Porque en esta casa, que la Sabiduría divina edificó para sí en el alma del contemplativo, tan adornada de dones divinos, siempre está puesta la mesa de manjares del cielo, y se da a beber en abundancia el vino que la misma Sabiduría mezcló de la divinidad y humanidad del Hijo de Dios; y si el alma se descuida de comer de estos manjares y de beber de este vino, la convidan y despiertan con recuerdos divinos, muy de ordinario; y aunque en la felicidad comenzada de que goza el contemplativo, recogido el espíritu, en este soberano alcázar, no se quita a la naturaleza la aptitud de padecer, porque todavía se queda pasible, refórmase por la gracia, cuanto a las potencias y a los actos personales que proceden de ellas como unidas y transformadas en el Autor de la paz y en la fuente de la suavidad.

El segundo privilegio es que, a semejanza de los ángeles que juntamente contemplan a Dios y administran a los hombres, y de Adán (1), que por los ejercicios de la vida activa no era impedido en la contemplación que en lo superior de su

1 D. Th., I p., q. 94, a. 1.

alma ejercitaba por iluminación divina; así San Juan de la Cruz, como su gloriosa compañera, puestos en este estado, ejercitaban las dos vidas, activa y contemplativa, de manera, que dice ella «que la parte inferior de su alma se quejaba, como Marta, de la parte superior, de que se estuviese como María, gozando de Dios en su descanso, y la dejaba a ella sola en los trabajos».

El tercer privilegio de este estado es ser movida el alma de Dios en todas sus operaciones, del cual gozó también Adán en el primer estado; de manera que no tenía necesidad de acudir, como nosotros, a las potencias sensibles, para adquirir conocimiento, sino solamente para ejercitarle. Porque por iluminaciones e inspiraciones interiores era movido de Dios en las cosas que había de hacer; y lo mismo sucedía a nuestros dos maestros, como ellos lo dicen, en diferentes lugares de sus libros. Y por eso llaman los Santos operaciones divinas (1) a los de esta manera movidos, porque las ejercitan por moción divina, sobre su modo humano.

CAPITULO XI

Algunas cosas que en este tiempo le sucedieron en Segovia, y una gran merced que nuestro Señor le hizo.

Aunque fueron grandes las ganancias que San Juan de la Cruz hizo en utilidad de los prójimos, en todo el tiempo que estuvo en Segovia, mucho más grandes fueron las del postrer año.

Porque, antes que Nuestro Señor le metiese en la casa de la Sabiduría, y confortase tan a lo divino sus potencias, para poder mirar al sol como águila generosa sin pestañear ni deslumbrarse, acudía con temor a la comunicación de los prójimos. Porque, como traía el corazón tan abrasado en amor de Dios, y no estaba aún el madero tan hecho carbón encendido, que no diese todavía llamaradas, en tratando

(1) S. Th., III Sent., d. 34, q. 1, a. 1.

de Dios con alguna continuación, se trasponía o se ponía en peligro de trasponerse, y en cuidado de hacer penosas diligencias, para evitarlo, como en otra parte vimos.

Pero como este postrer año (que fué 1590 y parte del 1591), estaba ya su entendimiento tan ennoblecido, que podía mirar al sol divino de esta manera, y su voluntad hecha holocausto de amor, consumidos todos los contrarios del fuego divino, y del todo transformada en él, hallábase ya con más libertad para tratar almas y guiarlas a Dios. Y así acudían a comunicarle muchas personas de la iglesia catedral y de la ciudad, y estaban tan colgados de sus pláticas y admirados de su sabiduría y espíritu, que les parecía que oían a otro San Pablo. Y lucíaseles tan bien lo que sacaban de esta doctrina, que todos los que la continuaron, fueron hombres muy espirituales, dados a oración y buenos ejercicios, y en personas de todos estados hubo en este tiempo notables mudanzas de vida, pasando del escándalo al buen ejemplo.

A algunas de las personas muy aprovechadas por este camino, mostró Nuestro Señor, en este tiempo, algunos indicios milagrosos de la santidad del Padre fray Juan, como haberle visto muchas veces despedir de su rostro un admirable resplandor, y salir de su cuerpo un olor tan suave, que confortaba, como se tocó en otra parte.

Otros de estos indicios vienen probados en sus informaciones, de dos de los cuales haremos solamente memoria.

Uno es que, yendo a confesarse con él una señora llamada Angela de Alemán (de cuya milagrosa conversión y rara virtud hicimos mención en su lugar), vió al Santo rodeado de una gran luz, y que tenía en su cabeza una diadema de gran resplandor, al modo que suelen pintar los Santos ya canonizados.

El otro fué el que se tocó en otra parte, que como nuestro Santo Padre andaba con tanto deseo de hacer en todo la voluntad de Dios y no faltar jamás a esto, y receloso si cumplía con esta obligación en leyes e inspiraciones, cuando confesaba personas de cuya virtud tenía mucho crédito, les solía pedir que suplicasen esto a Dios. Habiendo encargado esto una vez a Brígida de la Asunción, monja de nuestro convento de Segovia, se fué al coro a suplicarlo a Dios;

e instando en esta oración, se le representó en lo más alto del altar del coro una corona de oro muy resplandeciente, y juntamente tuvo ilustración en el entendimiento que aquella corona tenía Dios aparejada a nuestro Santo Padre, en premio de lo que procuraba hacer su voluntad. Y era esto en tiempo que algunos condenaban la libertad santa con que decía su sentimiento en las juntas en que se hallaba, y la entereza con que votaba en ellas.

Sucedióle en este tiempo que, estando una noche en oración en la iglesia, a la hora que todos los religiosos reposaban, se fué a rezar a un altar, donde estaba un Cristo de bulto con la cruz a cuestas, imagen con quien él tenía particular devoción. Y estando allí, oyó una voz de hacia el Cristo, que le dijo: «Fray Juan, ¿qué premio quieres por lo que me has servido?» Era poco llevado su espíritu de visiones y revelaciones sensibles, en que sabía que podía haber muchos engaños, y así no se dió por entendido a la primera vez, antes volvió a mirar si había por allí alguno, cuya pudiese ser aquella voz. Volvióla a oir otras dos veces, sintiendo en el alma los efectos que las operaciones divinas suelen hacer en ella, y entonces respondió a la Majestad Infinita: «No otro premio, Señor, sino trabajos y menosprecios que padecer por Vos». Escogiendo, no como Santo Tómás, el objeto de la bienaventuranza, que es el mismo Dios, sino las afrentas y trabajos con que Cristo nos la ganó.

Sobre esta elección tan desinteresada y deseosa, no de alcanzar las glorias y triunfos de los grandes Santos, sino de imitar los menosprecios y trabajos del Señor de los Santos han hecho hombres graves y muy doctos grandes ponderaciones, sacando por este fundamento tan macizo su rara santidad, y la perfección de los hábitos infusos, de que estaba eminentemente informada su alma, pues tan heroicos actos producían; como sea cierto que de potencia imperfecta no puede salir acto en toda bondad perfecto.

Describen los testigos este Cristo, y dicen que será de poco más de media vara en cuadro, y que está en el monasterio de Segovia en gran veneración, puesto debajo de un dosel de damasco azul, y dos velas delante, sobre el asiento priora del coro, y que en la ciudad se tiene con él tanta

devoción, que muchos hombres principales de ella vienen a visitarle y tocar en él sus rosarios, y se han sacado de él algunas copias.

Bien pudiera Nuestro Señor hacer esta merced a su siervo con voz interior y a lo intelectual, como suele hablar a las almas perfectas, cual era la de nuestro Santo Padre, acostumbrada a recibir en la oración por este camino favores semejantes. Y con todo eso, quiso Su Majestad que fuese por este medio más sensible, para que, viniendo a nuestra noticia, la pudiésemos percibir a nuestro modo grosero, y en ella con tan desinteresada elección de espíritu, fuerte y verdadero amador de Cristo, tuviésemos otro ejemplo más de los muy raros de cuánto deseaba abrazar la cruz de su Señor y seguirle con ella hasta la muerte.

Pues, como en este tiempo, en lugar de esta cruz, fué su alma restituída en el paraíso interior y en tan abundante participación del reino de Dios que allí se goza, como ya vimos, y en lugar de los oprobios, que había pedido a Dios, recibía cada día más honra de las personas principales de la ciudad, y más honorífico aplauso de todo el común de ella, llamándole chicos y grandes a boca llena Santo, y venerándole como a tal, se afligía tanto de esto, que aunque callaba la causa, no podía disimular el efecto. Vino en este tiempo a verle, desde Medina del Campo a Segovia, Francisco Yepes, su hermano, a quien él amaba mucho, por ser virtuoso y pobre, y como le hallase tan triste y no con la alegría que otras veces, le importunó mucho que le dijese la causa de su tristeza, y por consolarle se la dijo, y acabó la historia con un profundo suspiro, ponderando que, según lo que por él pasaba, no parecía que Dios le había oído, ni le quería hacer participante de sus dolores y afrentas, pues le honraban más cada día exteriormente y recibía en su alma mayores consuelos. Y en premio de haberle dado cuenta de su pena, le encargó el secreto.

CAPITULO XII

Una inquietud que sucedió en nuestra Religión, en este tiempo, de donde se originaron nuevos trabajos a nuestro Santo Padre.

Parece que en este tiempo tenía el demonio, de S. Juan de la Cruz, aquella antigua querella que él del Santo Job refirió: que por tenerle Dios muy fortificado y defendido, no tenía lugar de tentarle, y que le dió el Señor licencia para que ejercitase en él sus fuerzas, como se la había dado en este santo Patriarca, según fueron muchos los caminos por donde procuró combatir su paciencia este postrer año de su vida y obscurecer los resplandores de sus virtudes. Y como la persecución de buenos suele ser la mayor, en ésta puso gran esfuerzo. Y aunque la noticia de la causa que dió principio a los trabajos de nuestro Santo Padre, es más propia de la Historia General, que de esta particular, es forzoso tocarla aquí para la continuación de las cosas del Santo hasta su muerte.

Algunos clérigos y religiosos graves de otras Ordenes, que deseaban ver más cortesanas y tratables a nuestras monjas, que contemplativas y retiradas, sentían mucho que los prelados de la Orden cuidasen tanto de conservarlas en los buenos medios que nuestra Madre Santa Teresa había puesto en su acertada dirección, particularmente en el retiro de visitas, aunque fuesen de sus deudos, y de toda otra comunicación humana, como tantas veces se lo encomienda en sus libros, por cosa tan necesaria para la contemplación divina, a que están particularmente dedicadas por obligación de la Regla primitiva. Y por tener más mano, así en su comunicación, como en su gobierno, procuraban inducirlas a sacudir de sí este yugo. Y como no podían huir del todo el gobierno de sus prelados (cuya obediencia rendida y puntual les encarga tantas veces su Santa Madre) y tenían, en favor de esta obediencia, lo que el Señor le dijo, cuando le

mandó volver al gobierno de la Orden el monasterio de San José de Avila, dándole por razón que presto se relajaría, si la Orden no le gobernaba, inventaron un medio estos interesados consejeros, para que, sin apartarse las monjas del todo de la obediencia de la Orden, estuviesen como no sujetas a ninguna, que es lo que el demonio pretendía.

Para esto trajeron a su opinión tres monjas, de las que tenían más autoridad en el monasterio de la Corte, para dar con esto nombre de parte a su diligencia, y enviaron a Roma un clérigo muy confidente de estos consejeros, para que ejecutase sus intentos; el cual, al cabo de dos años de solicitud y de haber gastado en ella muchos ducados, alcanzó con razones falsas un Breve, para que las monjas tuviesen por prelado un solo Comisario de la Orden, y que éste las visitase y gobernase. Y aunque no excluía del todo la obediencia del prelado superior de la Religión, que entonces la gobernaba con título de Vicario General, quedaba tan limitada así ésta, como la del Comisario, y tan subordinada a jueces conservadores, y las prioras con tantos privilegios en el gobierno de sus monasterios, que toda la obediencia de los prelados no era más que una sombra de ella, sin que en el efecto pudiesen hacer nada. Y tras esto, traían mudados en este Breve muchos lugares de las Constituciones, que por apuntamiento de nuestra Madre Santa Teresa, les había dado el capítulo general de Alcalá, donde se hicieron leyes para toda la Orden. Y algunas de las cosas que alteraban, eran de las que la Santa había tenido por muy sustanciales. Todo lo cual se acomodaba a que los prelados tuviesen poca mano en el gobierno y corrección de los monasterios de monjas, y las prioras mucha autoridad para quitar y poner lo que las diese gusto, y con esto toda la libertad que quisiesen para las comunicaciones de afuera, sin que nadie les fuese a la mano, que es lo que pretendían las que solicitaban estas novedades.

Impetrado el Breve, hubo en España, sobre la ejecución de él, muchos lances enfadosos, en que ahora no pienso detenerme. Uno de ellos fué que, juntándose en capítulo los prelados de la Orden, hicieron total dejación, en Su Santidad, del gobierno de las monjas, y desde luego desistieron de él en

todas las casas y provincias con harta edificación de los que vieron a los religiosos con tan poca trabazón e interés en el cuidado de ellas; y sólo pretendían que el Comisario que hubiese de gobernarlas, según su Breve, no fuese fraile de nuestra Congregación primitiva.

Con esta dejación y con la falta de la influencia paternal de los prelados, experimentaron en este tiempo tan dañosos inconvenientes, así en lo espiritual de su perfección, como en lo temporal de sus conventos, que hicieron apretadísimas diligencias con la Religión para que tornase a gobernarlas. Y no pudiendo acabarlo con los prelados, (aunque los tenían muy obligados muchos monasterios de monjas, con grandes finezas de fidelidad que hicieron, no queriéndose mezclar con ellas, ni concurrir en sus pretensiones), acudieron al rey Don Felipe II, enviándole personas eclesiásticas, muy graves, a suplicarle interpusiese su autoridad con los prelados, para que volviesen a recibirlas debajo de su amparo y providencia. Y con tan gran intercesor y con el rendimiento humilde y fiel de las religiosas, volvieron a encargarse de ellas, después de muchos meses que las habían dejado. Y el Rey se encargó de la revocación del Breve, y de camino también de la corrección de los que habían procurado; y tal fué el enojo que el Rey les mostró, que al principal de ellos y pretensor de mitra le costó la vida el sentimiento que tuvo de ver tan indignado contra él al Rey Católico. Esto, pues, así tocado brevemente, para la continuación de esta historia particular, pasaremos a lo que ella toca, dejando lo demás para la general.

Estando en Segovia el Padre fray Juan, tuvo aviso de este desconcierto de las monjas, y aunque supo cuán pocas eran las autoras de ello, con todo eso, le dió notable pena. Porque, como daño de Hermanas nuestras, que tantas veces le había encomendado nuestra Madre Santa Teresa, le parecía que más que a otro le tocaba su reparo, y así en la oración pedía con gran eficacia a Dios lo remediase, y según después se conoció de sus palabras, fué certificado en ella que, aunque el demonio había pretendido destruir la perfección de las religiosas por aquel camino, que no prevalecería contra ellas, porque las amparaba su divina Providencia.

Andaban en este tiempo muy solícitas las autoras noveleras de esta traza, para hacer gente en su favor, persuadiendo a todos los monasterios de las religiosas con razones aparentes de comodidad, para que se juntasen con ellas en la aceptación del Breve, y a algunas prioras engañaron, y de otras tuvieron muy malas respuestas.

Una mañana avisó la priora de Segovia a nuestro Santo Padre que se hallaba en una gravísima aflicción, que le había quitado el sueño en toda aquella noche, y le pedía que fuese luego a socorrerla en ella. Fué el Santo Padre Fr. Juan, y era la congoja, que le pedían que levantase bandera contra el gobierno de los prelados, y diese su poder para la ejecución del Breve. Y como en esta pretensión se le ofrecía la ruina de la perfección que nuestra Santa Madre había introducido en sus monasterios, lo sentía con gran extremo. Nuestro Santo Padre la consoló, certificándole que no conseguiría el demonio su intento, y que todas aquellas prevenciones, aunque más le pareciese que amenazaban, no serían más que un nublado, que con cualquiera aire se deshace, porque a la providencia de Dios nadie puede contrastarla, y que ella favorecía la conservación de su estado, de la perfección en que las había criado su Santa Madre. Y, a vueltas de esto, le dijo otras cosas que vió después cumplidas, como ella misma lo refiere en su declaración jurada, y pondera mucho cuán cierto estaba nuestro Santo Padre del suceso, y cuán poco le turbaban aquellos asomos de guerra doméstica y solicitud violenta, aunque fué ocasión de grandes trabajos, que de aquí se le originaron al Santo, como veremos adelante.

CAPITULO XIII

Le previene nuestro Señor para estos nuevos trabajos, y se retira sin oficio al monasterio del Desierto de la Peñuela.

Como dilataba Nuestro Señor al Santo el premio que le había pedido de trabajos y afrentas por su amor, y en lugar de esto recibía honras y consuelos, le daba mayor aflicción verse apartado de la cruz viva de Cristo, que le dieran los mismos trabajos de ella.

Quiso el Señor consolarle con algunas ilustraciones en que le certificaba que se le cumplirían presto estos sus deseos; las cuales, aunque no las sabemos en particular, se traslucieron en algunas de sus palabras, cuando se trataba de esto con personas que le eran muy aceptas, particularmente religiosas.

Pocos días antes que se partiese al capítulo general segundo, que se celebró en Madrid, el 6 de junio de 1591, yéndose a despedir de nuestras monjas de Segovia, le dijo una religiosa, con quien en particular estaba hablando: Padre nuestro, en este capítulo le han de hacer Provincial de esta Provincia, para que todas las casas de ella gocen de su doctrina. Respondió el Padre fray Juan: «No dará Dios a la provincia tal castigo, y tenga por cierto, hija, que sucederá muy diferentemente de lo que ella piensa, y que hará muy poco caso de mí el capítulo. Hágole saber que, estando yo en oración, encomendando a Dios los sucesos de él, me pareció que me tomaban y arrojaban a un rincón. A otras religiosas dijo, en otros coloquios más en particular, los trabajos que había de padecer desde entonces, como ellas lo dicen en sus declaraciones. También a personas graves, que él trataba familiarmente, las previno de la merced que esperaba del Señor, en participación de su cruz, para que después no se turbasen y culpasen a la Religión, por lo que Dios permitía por su bien.

Celebróse el capítulo general, y como en este tiempo estaba todavía pendiente y en su mayor fuerza la inquietud del Breve de las monjas, y por serles tan acepto nuestro Santo Padre, entendió el capítulo que habían de echar mano de él para Comisario de todos los conventos de monjas de la Orden, y que con esto acreditaban su pretensión, escogiendo para prelado inmediato un hombre tan santo y tan prudente, así estaban con cuidado de atajar las disposiciones de este intento. Porque el de la Religión era que el Comisario no fuese religioso nuestro, sino que del todo estuviesen las monjas separadas de la Congregación de los frailes; aunque nuestro Santo Padre estaba bien lejos de aceptar este cuidado, por darle muy en rostro esta libertad e inobediencia, y saber que en el pecho de Dios estaba ya revo-

cado su pernicioso efecto; y tras esto, ser tan enemigo de ocupación de gobierno aun de frailes, cuánto más de monjas, y muchas de ellas poco rendidas, por mal aconsejadas.

Pues, como la elección del Comisario había de ser en religioso de la Orden, que fuese dignidad en ella, pareciéndoles a las principales cabezas del capítulo que acreditaban las monjas mucho su intento en pedir por prelado a nuestro Santo Padre, le dejaron en este capítulo sin oficio, pues con esto le inhabilitaban para el de Comisario. Era esto lo que él pedía a Dios tantos años había, y así fué grandísimo el gozo que tuvo de verse libre de cuidado de otros, y con esto sólo se le facilitaron todos los demás trabajos. Este fin, comunicado con muchos de los demás capitulares, y no todos advertidos en las circunstancias del caso, fué ocasión que mirasen desde entonces a nuestro Santo Padre como a persona sospechosa en materia de favorecer a monjas: que en este tiempo era muy odioso, por el caso que tenían entre manos. Ayudaba también para que esto se extendiese y acriminase algún sentimiento apasionado de algunos de los nuevos prelados, que habiendo sido súbditos suyos, no llevaban bien su entereza religiosa y el celo de la observancia primitiva; y disfrazada la pasión con capa de causa pública, emplearon su autoridad en ejercitar la paciencia del común Padre de la Orden.

El Padre Fr. Nicolás de Jesús María, Vicario General (a quien Dios había escogido, como por muro fuerte, contra los muchos asaltos que el demonio dió en este tiempo a la Congregación Descalza), como tenía gran estima de nuestro Santo Padre y le amaba mucho, le dijo la causa por que le habían dejado sin oficio en aquel capítulo, y que gustaría que se volviese a Segovia, a acabar de asentar aquella fundación y gobernar aquel convento. Pero él, como estaba tan consolado de verse libre de cuidados para cuidar sólo de la vida eterna, le pidió con mucha humildad que no le enviase donde era tan conocido ni le volviese a embarazar en cosas de gobierno, pues Dios le había hecho merced de desocuparle de ellas; sino que le enviasen a donde sin embarazos y ocupaciones se pudiese encomendar a Dios despacio. Y entendiendo el Padre Fr. Nicolás que gustaría de irse al monasterio del de-

sierto de la Peñuela, en los montes de Sierra Morena, le dió licencia para irse a él, deseando que con su buen ejemplo y gran espíritu esforzase la vida religiosa y alentada observancia primitiva, que allí se había siempre ejercitado. De lo cual el Santo se consoló mucho, deseando esconderse a todas las cosas de la tierra en aquel devoto yermo.

Cuando el prior y religiosos del monasterio de la Peñuela vieron allí a nuestro Santo Padre y maestro común de la vida primitiva, no se puede creer el consuelo que con él tuvieron, pareciéndoles que les había enviado Dios un querubín que les enseñase el camino del cielo, y un serafín que los abrasase en amor de Dios, y él también se consoló mucho con ellos, y se le renovó el espíritu, de verse en aquella devota soledad, donde tan esforzada vida monástica se había hecho siempre. Y como el prior había sido muchas veces súbdito suyo, y sabía por experiencia la gran utilidad que de su comunicación sacaban los religiosos, deseando que los suyos se aprovechasen de la buena ocasión que Dios les ofrecía para esto, pidió a nuestro Santo Padre que cultivase aquella heredad, como solía cultivar las que había tenido a su cargo, y ordenó a los religiosos que acudiesen a él, como al maestro común de la perfección que profesaban; y fuéles esto de tan gran importancia, que en dos meses que allí estuvo nuestro Santo Padre, quedaron como renovados sus espíritus, y con gran luz cada uno de su camino, hacia los aumentos espirituales, para no errarle; y como les predicaba no sólo con doctrina, sino también con buen ejemplo, era su presencia para todos de gran utilidad y consuelo.

Como el prior vió tan flaco al Padre Fray Juan, y tan gastadas las fuerzas corporales con los fogosos ejercicios del espíritu y trabajos que había pasado, quiso que tomase algún alivio y que moderase la vida penitente. Pero de ninguna manera quiso admitirlo, sino correr parejas con los solitarios fervorosos que allí había, y aun se les aventajaba; porque, aunque les era inferior en las fuerzas del cuerpo, les era muy superior en las del espíritu.

Su comida era la común, que allí siempre fué muy penitente, y su cama un zarco de varas tejidas con unas tomizas, y sobre ellas una manta donde tomaba el poco reposo

que daba al cuerpo. Y en todo lo demás de la vida común caminaba con tanto rigor, como los mozos más robustos. Y como andaba ya el demonio urdiendo aquella infernal tela para perseguirle y desacreditarle, que veremos adelante, le estaba Nuestro Señor en este tiempo acreditando con milagros, que por él hizo en esta casa, de que hicimos ya memoria en otra parte. Y con los demonios tuvo aquí algunas batallas en que se manifestaba el señorío que Dios le había dado sobre ellos.

Una fué que, estando un día en el corredor de la casa vieja, se levantó tan furiosa tempestad de truenos y relámpagos y oscuridad de aire, que puso en notable temor a los religiosos, por ser en tiempo que estaban para segar los panes. Asomóse a ver la tempestad nuestro Santo Padre y, conociendo los ministros que la causaban con tanto temor de los religiosos, se sonrió, como quien temía poco pelear con ellos, y saliendo al medio del claustro, se quitó la capilla del hábito y, mirando hacia el cielo, hizo con ella cuatro cruces hacia las cuatro partes del mundo, comenzando desde oriente, con tan milagroso efecto, que al mismo instante se deshizo la tempestad, y quedó claro y sereno el aire, como si tal cosa no hubiera habido, dejando con tan gran admiración a los religiosos, que hasta hoy dura a los que son vivos.

CAPITULO XIV

Celestial vida que San Juan de la Cruz hacía en el monasterio de la Peñuela.

La vida que San Juan de la Cruz hacía en este tiempo en la Peñuela, más parecía de ángel que de hombre. Después de haber tenido a la mañana la oración de comunidad con los demás y halládose en prima, decía misa y, acabada, pedía licencia al prior para irse por aquellos montes a gozar de mayor soledad y vacar a la contemplación, y su paradero ordinario era cerca de una fuente, rodeada de árboles silvestres, y allí, a solas, unas veces de rodillas y otras sentado, gastaba en oración todo el tiempo, hasta que tañían a los actos de comu-

nidad. Después de vísperas, habiéndolas dicho con los demás, se volvía a salir al mismo puesto, y gastaba allí en este ejercicio toda la tarde, hasta que tañían a la oración de comunidad, que se iba a ella; y el tiempo que estaba en la celda, si le buscaban para alguna cosa, le hallaban las más veces de rodillas. Porque, como en este tiempo le estaba patente el reino de Dios, que está dentro de nosotros mismos, y habitaba de asiento en la casa de la sabiduría, como ya vimos, le tenía el Señor puesta mesa franca de manjares del cielo, donde tenía su ordinaria comunicación, y así más parecía su vida celestial que terrena. Otras veces, entrándose por aquellos riscos, se escondía entre las peñas, que en la soledad le hacían devota compañía. Hallándole una vez rodeado de ellas un religioso, le dijo: Válgame Dios, Padre nuestro, ¿todo ha de ser estar entre peñas? A lo cual le respondió el Santo: «No se espante, hijo, que cuando trato con ellas tengo menos que confesar que cuando con hombres».

A este tiempo se han de reducir muchas de las comunicaciones divinas que nuestro Santo Padre refiere en el último de sus tratados místicos, que son experiencias ilustradas de los efectos que hacía Dios en su alma, unida y transformada en él, después que entró en el estado de matrimonio espiritual. Porque de los religiosos que asistieron allí con él entonces, sabemos que acabó este tratado estando en este convento, y que trabajaba en él cuando había salido de la oración. Y así parece que, como en los demás estados gozó de la contemplación que dice Santo Tomás (1) que tiene cierta semejanza con la que tienen entre sí las tres Personas Divinas; así en este estado, la tenía en otro grado superior, donde el Espíritu Santo le levantaba a cierta participación de semejanza de la comunicación eterna, con que las tres Personas Divinas se aman y gozan entre sí mismas. Porque, si es propio de la unión, como dicen los Santos (2), que entre los unidos haya comunicación de bienes, también por la transformación la ha de haber entre los transformados, como par-

1 D. Th., De Ver., q. 10, a. 7.

2 D. Th., III Sent., d. 27, q. 1, a. 1 ad 2. – D. Lauren. Justin., De casto connubio, c. 25.

ticipantes de una misma forma; pues esta transformación mira a toda la esencia, que abraza las tres Personas Divinas, como lo experimentaba el espíritu ilustrado de nuestro Santo.

Dice, pues, de esta comunicación divina que tenía en este tiempo, estas palabras (*Cántico*, c. 39): «Este aspirar del aire en estado es un delicadísimo toque y sentimiento que el alma percibe en la comunicación del Espíritu Santo. El cual, a manera de un aspirar, levanta al alma súbitamente con su aspiración y la informa para que ella aspire en Dios la misma aspiración de amor con que el Padre ama al Hijo, y el Hijo al Padre, que es el mismo Espíritu Santo, que a ella la aspira en la dicha transformación. Porque no sería transformación verdadera del alma en Dios, si ella no se transformase también en el Espíritu Santo, aunque no en perfecto grado, por la bajeza del estado de destierro; la cual aspiración es para el alma de tan gran deleite y gloria, que no le puede significar lengua mortal ni alcanzarle entendimiento humano». Esto dice nuestro maestro de esta altísima comunicación, y luego la va arrimando a algunos lugares de la Escritura, que hablan de ella, y refiere después cómo informaba el Espíritu Santo su alma, para que con nuevo caudal divino volviese a Dios los retornos del amor que de él había recibido.

De estos retornos, que granjean al alma incomparables ganancias de perfección y merecimiento, dice en otra parte (*Llama*, c. 3.ª) estas palabras: «Como en este matrimonio espiritual, donde el alma está transformada en Dios, la voluntad de los dos es una, así como Dios se le está dando con libre y generoso afecto; así ella también, teniendo la voluntad tanto más libre y generosa, cuanto más transformada en Dios, está como dando a Dios al mismo Dios por amorosa complacencia, que del divino ser y perfecciones tiene. La cual es una mística y afectiva dádiva del alma a Dios; porque allí verdaderamente le parece que Dios es suyo, y ella le posee en propiedad, por derecho de la gracia, que Dios de sí mismo le hizo. Dale, pues, a su Amado, que es el mismo Dios, que se le dió a ella, y con esto recibe el alma inestimable deleite, en ver que ella da a Dios cosa que a él tanto le cuadre, según su infinito ser, y lo toma Dios con

agrado, como cosa tan preciosa, y de nuevo se entrega a ella libremente, y en esta entrega se aumenta el amor del alma. Y de esta manera se ejercita actualmente entre Dios y el alma un amor recíproco, propio del matrimonio espiritual, en que los bienes de entrambos, que son la divina esencia, los poseen entrambos juntos, en la entrega voluntaria del uno al otro. El cual ejercicio en la otra vida es sin intermisión, en la fruición divina, y en este estado de unión transformada sólo cuando Dios pone al alma en él y le comunica caudal para hacer aquella dádiva de su parte, aunque es de más sustancia que su capacidad y su ser.» De esta manera nos da noticia nuestro celestial maestro de estos retornos de amor y de la contemplación que ejercitaba entre los riscos del monte de la Peñuela, y con esto damos fin a los grados de perfección que alcanzó por la vida contemplativa; y la que vivió los últimos años de ella, era como mezclada con la que se vive en el cielo. Y así le dejaremos, gozando de ella, como por principio de premio de sus trabajos, y pasaremos a contar los que precedieron a su muerte, que fueron grandes.

CAPITULO XV

Persecución doméstica que se levantó a San Juan de la Cruz, y enfermedad que le dió en la Peñuela. Le llevan a curar a Ubeda.

Como desde que San Juan de la Cruz se descalzó, imprimió Dios en su espíritu lo que el mismo Señor dijo después a nuestra Madre Santa Teresa: Que sus Descalzos tratasen poco con seglares, y que predicasen más con obras, que con palabras, a esto mismo procuró siempre encaminarlos, deseando hacerlos predicadores de buen ejemplo.

De aquí venía que algunos, menos inclinados al recogimiento de la celda y al retiro de las comunicaciones humanas, sentían mucho que nuestro Santo Padre ordenase la nueva Congregación a tanta soledad y silencio, pareciéndoles que con la comunicación y con el púlpito y confesonario, ejercitado a su modo y no al de la Religión, podían aprovechar a los prójimos; y así los que iban por este camino,

se mostraban poco aficionados al santo Reformador. Señaláronse más particularmente en esto dos religiosos graves y doctos, mostrándose sentidos de él, por haberlos mortificado siendo Provincial de Andalucía; y aunque no he averiguado las causas de esta mortificación, persuádome que no fueron haberlos castigado por delitos que hubiesen cometido, porque entrambos eran religiosos virtuosos y ejemplares, sino que, como eran predicadores muy lucidos, con inclinación a divertirse demasiadamente a esto (porque el uno faltaba meses enteros de su convento, por estas ocupaciones), nuestro Santo Padre les debía de ir a la mano, para que acomodasen el celo de almas a nuestro Instituto, y no a los ajenos, que esto predicaba siempre a los que se empleaban en la utilidad de las almas.

Pues, como en este capítulo donde el Padre Fr. Juan quedó sin oficio, salieron con prelacías estos dos religiosos, el uno de definidor de la Orden, y el otro de prior del monasterio de la ciudad de Ubeda, como hombres beneméritos por sus letras y virtud, comenzaron cada uno por su camino a ejercitar la paciencia de nuestro Santo Padre. Y estando él aún en la Peñuela, tenía avisos de algunas cosas que en su mortificación se iban trazando, de una de las cuales vió presto el efecto. Porque, tomando ocasión de que las monjas justificaban su causa, con pedirlo por Comisario, según el nuevo Breve, de que ya se hizo memoria, tratóse en el definitorio que se lo quitasen delante y le enviasen a las Indias de la nueva España, con doce religiosos, a acabar de fundar aquella Provincia y poner en orden las cosas de ella. Y como tenía por una parte razón de conveniencia, y por otra había tan buen solicitador, dentro del definitorio (que entonces asistía en Madrid), se determinó así, a 25 de junio de 1591.

Recibió el santo Padre Fr. Juan el decreto del definitorio y la orden de su jornada, y aunque de esta determinación se conocía fácilmente que los autores de ella le tenían ya como por estorbo y cosa sobrada en la Religión a que él había dado principio, no le inquietó esto, antes se consolaba de que se comenzasen ya a cumplir sus deseos, que eran de padecer trabajos y menosprecios por el Señor, que tan grandes los había padecido por él.

Pero sentía mucho que de él se tuviese tan poca satisfacción, que no se persuadiesen que, aunque las monjas le quisiesen hacer su Comisario, él no había de aceptarlo, y que no había de ser el primero que defendiese el estado en que su santa Madre las había dejado.

Sentía también mucho la inquietud que había de causar en toda la Congregación descalza que echasen de ella, como desterrado a las Indias, al que era tan comúnmente amado en ella, y estimado por la piedra fundamental de la vida primitiva. Y que habían de echar la culpa de esto al Padre general, fray Nicolás de Jesús María, a quien él amaba por su gran caudal y celo de religión, y que había de padecer su crédito sin culpa; porque bien sabía que no se movía por pasión, y que no en todas las acciones del definitorio era señor de los demás votos. Y así, una de las cosas que mayor pena le dieron en esta persecución, fué ver culpar al Padre Fr. Nicolás, y con gran eficacia defendía su inocencia; y por excusar oir quejas del definitorio, y de satisfacer a ellas en los demás conventos, dió cargo al Padre fray Juan de Santa Ana que fuese a Granada y a otras partes de aquella provincia, a recoger los doce religiosos, que habían de ir con él, con orden de que le avisase luego, en estando prevenidos, para partir a embarcarse, cómo ya se tocó en otra parte, en la virtud de la obediencia.

Quiso Dios atajar esta jornada con unas calenturas que dieron a nuestro Santo Padre fray Juan, estando todavía en la Peñuela, de las cuales él hizo tan poco caso, que las llevó en pie más de quince días, aunque le venían cada día, sin querer comer carne ni otro alivio de enfermo, hasta que habiéndosele enconado mucho una pierna, fué ya forzoso hacer caso de su enfermedad.

En este tiempo le avisó el Padre Fr. Juan de Sta. Ana, desde Granada, que ya tenía prevenidos los religiosos, para pasar a la nueva España; pero como Nuestro Señor le disponía para otra jornada más larga, no pudo tratar de aquella. Iba dando cuidado su enfermedad, y teniendo noticia de ella el Padre Provincial de aquella provincia (que lo era entonces el Padre Fr. Antonio de Jesús, su antiguo compañero), le escribió consolándole, y le envió una licencia, para que se

fuese a curar a uno de los dos conventos de Ubeda o Baeza, que estaban entrambos a seis leguas de la Peñuela, y escribió también al prior que le enviase luego, por la mala comodidad que en el convento de la Peñuela había para curarle, por ser casa de desierto.

Acerca de la elección de estos dos conventos, para irse a curar a uno de ellos, dice el Padre Fr. Diego de la Concepción, prior que era entonces de la Peñuela, estas palabras en su declaración jurada: «Como fuese forzoso llevar a curar a nuestro Santo Padre Fr. Juan de la Cruz a otra parte, yo, como prior del convento, trataba que fuese al colegio de Baeza, y no al convento de Ubeda, por ser casa más acomodada, y estar en ella por rector el Padre fray Angelo de la Presentación, gran amigo del Santo. Y por el contrario, el convento de Ubeda era fundación nueva, y así poco acomodada para curar enfermos, y el prior que la gobernaba, era muy desabrido y no muy afecto al Santo. Pero él rehusó el ir a Baeza, por ser el rector su amigo, y ser él muy conocido allí, como fundador de aquel colegio, y escogió el ir a Ubeda.» De estas palabras del prior de la Peñuela y de tan desigual elección, en tiempo de tan gran necesidad, se puede fácilmente conocer cuán esforzado era el deseo que el Santo tenía de padecer trabajos e incomodidades por Dios, y cuán desterrado estaba de su alma el amor desordenado de sí mismo, pues aun en acción tan justa de su comodidad le negaba. Había de ir a curarse también el Hermano fray Francisco de San Hilarión, y como temía el ir a Ubeda, persuadía mucho al Santo Padre que no fuesen sino a Baeza, dándole para esto fuertes razones; pero él negoció que enviasen a Baeza al Hermano, y perseveró en la ida de Ubeda.

Envióle el prior con un Hermano donado, e hizo esta jornada con notable fatiga, por haber ya días que estaba enfermo, y así muy flaco y tan desganado de comer, que había muchos días que no podía atravesar bocado; y así iba tan debilitado, que no se podía tener en el jumento.

Tras esto, como el humor de la enfermedad se le había recogido a la pierna, y estaba muy enconada, causábale el movimiento tan intensos dolores, que le parecía se la cortaban. Fueron tratando cosas de Dios por el camino, para

aliviar con esto los dolores y engañar el cansancio, y llegando cerca de la puente del río Guadalimar, le dijo el Hermano donado: A la sombra de la puente descansará Vuestra Reverencia un poco, y con la alegría de ver el río, podrá comer un bocado. Respondióle nuestro Santo Padre: «De muy buena gana descansaré, que llevo necesidad de ello, pero tratar de comer, es excusado; porque de cuantas cosas tiene Dios criadas, no apetezco nada, sino es una, de que ahora no es tiempo, que son unos espárragos».

Llegados al río, apeóle el Hermano del jumentillo, y sentóse a la sombra de la puente, junto al agua, y continuaron sus pláticas de Dios, a que les daba nueva ocasión la claridad del agua y la frescura de la ribera, y estando en esto, vieron junto a sí, sobre una peñuela, un manojo de espárragos atados con su mimbre. Espantóse tanto de esto el Hermano donado (por ser a los primeros de septiembre, en cuyo tiempo no se sabe qué cosa es ver espárragos en aquella tierra), que el Santo Padre, por quitarle la admiración, y para que no lo tuviese por cosa misteriosa, como lo pareno es tiempo, que son unos espárragos».

cía, le dijo: «Alguno los debió de dejar aquí por olvido o habrá ido a buscar más: mire por ahí si parece el dueño, porque no los llevemos sin su licencia». Dió vuelta el Hermano donado por aquellos cerros, y no viendo nada, se volvió donde el Santo Padre estaba. El cual le dijo: «Pues no hallamos al dueño, ponga sobre la misma piedra, donde estaban los espárragos un cuarto, que es lo que parece que valen, para que el dueño halle allí el precio de su trabajo, cuando venga.» Con esto se partieron, llevando sus espárragos, que no causó poca novedad en el convento verlos en aquel tiempo.

CAPITULO XVI

Se le agrava mucho en Ubeda la enfermedad. Gran paciencia y alegría con que la llevaba.

Llegado al monasterio de Ubeda el Padre Fr. Juan, fué recibido del prior con desabrimiento, y de todos los religiosos con gran alegría, porque toda la Religión le amaba como a Padre de ella y le veneraba como a santo.

Allí se le fué agravando la dolencia tan aprisa, creciendo los dolores, y extendióse el humor, que no sólo la pierna estaba corrompida y afistolada, mas también mucha parte del cuerpo, y se le hacían entre cuero y carne unas bolsas de materia, que le iban consumiendo. Y porque tengamos alguna mayor noticia, así de su enfermedad, como de la tolerancia con que la llevaba, y por aquí conozcamos cuán esforzada virtud ejercitaba en ella, referiremos algo de lo que el Hermano fray Bernardo de la Virgen, su enfermero, dice de entrambas cosas.

«Cerca de cuatro meses, dice, estuvo el Santo Padre enfermo, de una enfermedad de erisipela, que le dió en una pierna, y con grandísimos dolores, llevados con tanta paciencia, que a todos edificaba. Tenía el Santo cinco llagas en el empeine del pie, en forma de cruz, procedidas de la erisipela, las cuatro a los dos lados, y la mayor en medio del mismo empeine. De las cuales salía tanta materia, que a escudillas se la sacaban, y estaban tan afistoladas, que le atormentaban de día y de noche; no podía moverse, ni rodearse a una parte ni a otra, porque se le habían afistolado también entrambas pantorrillas y una cadera, y después se fué extendiendo el mal por todo el cuerpo, de manera que lastimaba verle. Para poderse rodear, tenía una soga clavada en el techo de la celda, a la cual se asía con entrambas manos, para poderse aliviar un rato».

»Todo esto llevaba con extraordinaria paciencia, sin que se le oyese palabra, ni cuando padecía los dolores, ni cuan-

do le hacían grandísimos martirios en las curas, sino con semblante sereno ofrecía a Dios sus trabajos en una memoria continua de la Pasión de Cristo, y le daba gracias por ellos. Tenía consigo un Cristo de metal, y era tanto el amor con que padecía, que algunas veces llevado del afecto, se abrazaba con él apretadamente, mostrando cuán en el corazón le tenía, y muchos ratos del día, se quedaba en una contemplación quieta. Tan olvidado estaba de comer y beber y de otros alivios corporales que apetecen los enfermos, como si fuera solo espíritu, y a todos pedía siempre que le encomendasen a Dios. Confesaba muy a menudo, y pedía con humildad al prelado que le hiciese dar el Santísimo Sacramento, y en todas sus palabras, obras y espíritu daba muestras de un gran santo. Cualquiera cosa que se hacía por él, agradecía mucho, y a los que trabajaban en su enfermedad, les estaba siempre pidiendo perdón. Y así, cuando me levantaba de noche, a ayudarle en algo (que era muchas veces, por ser grande su necesidad), no acababa de rogarme que le perdonase; y muchas veces sufría sus aprietos sin manifestarlos, por no desasosegar a nadie». Estas y otras cosas, dice a este propósito su enfermero.

De esta paciencia con que llevaba todos estos males y dolores, dice el Padre Fr. Bartolomé de San Basilio, religioso de aquella provincia, que asistió mucho a su enfermedad, estas palabras: «Todos los dolores y martirios de esta enfermedad llevaba el Santo Padre no sólo con paciencia, mas también con alegría y, al parecer, con deseo que no se acabasen tan presto; porque, cuando más apretado se hallaba de los dolores, solía decir: Haec requies mea in saeculum saeculi, como pidiendo a Dios que el padecer por él fuese eterno. Y en todo el tiempo que la enfermedad duró, no hubo quien le oyese palabra que no fuese para alabar a Dios por su dolencia y por lo que en ella le daba que padecer, y siempre parecía que estaba en oración. Demás del mal, que todos tenían ya conocido, otros padecía en el cuerpo, que procuraba disimularlos, hasta que los echaban de ver los que acudían a curarle. Como sucedió una vez que yo le tomé en brazos, para ponerle sobre un colchón, mientras le hacía la cama, y habiéndola hecho, cuando quise volverle a ella, me

pidió que le dejase a él volverse, como pudiese, y fuese arrastrando hasta su camilla. Lastimándome yo de verle ir así, le dije que por qué me había querido dar aquella mortificación, en no dejarme que le ayudase. Y por quitarme el sentimiento me respondió: Que lo había hecho porque tenía malas las espaldas. Con esta ocasión quise verlas, y hallé que tenía en ellas una gran apostema, de que otro día le sacaron mucha materia. Y entonces conocí que cuando me abracé de él para mudarle, le causaría grandísimo dolor, y con tener allí tanto mal, había callado, sin quejarse, ni aun cuando le apretaba, para mudarle, que era forzoso que el dolor le penetrase hasta el corazón». Todo esto es de este testigo.

Pondera también en su declaración el Padre Fr. Fernando de la Madre de Dios, suprior que entonces era de aquel convento, que se halló presente: «Cuando el licenciado Villarreal (que era el cirujano que curaba al Venerable Padre) le abrió con unas tijeras desde el talón del pie, hasta la pierna, más de un geme, y que, siendo forzoso que le causase esto dolor muy intenso, no se quejó ni mostró sentimiento; y que habiendo asistido, asimismo, a otras curas, donde le cortaron pedazos de la pierna, en todo estuvo el Venerable Padre con tanta paciencia y sufrimiento, como si en otro, y no en él, se hiciera la cura. Pero quien más conocía esta paciencia y la ponderaba, por cosa rara y como milagrosa, era el mismo cirujano, porque penetraba mejor la gravedad de la enfermedad; y así me dijo, como admirado, algunas veces, que no era posible haber podido sufrir tantos tormentos, si con virtud muy sobrenatural no hubiera sido socorrido para ello. Con todo eso, era tanto mayor el deseo de padecer trabajos y dolores por Cristo, que lo que padecía, que procuraba llevar aquéllos a secas y sin alivio, porque la pena y aflicción no se le disminuyese; y cualquiera cosa de comodidad o consuelo, que no fuese precisamente necesaria, para conservar la vida (a que él por ley natural estaba obligado), de ninguna manera la admitía, como se vió en el ejemplo de la música, que en otra parte queda referido».

»Entraban los religiosos a verle, no solo por piedad, sino también por edificación, y decían que para representar a Job con toda propiedad en su persona, no le faltaba más

que la reja con que se raía los gusanos, porque así en la dolencia y mortificaciones, como en la paciencia, era un retrato suyo, y un raro ejemplo de esta virtud, para los que le miraban; y así con él, como con sus palabras, les predicaba tan altamente, que salían de allí como renovados y haciendo grandes propósitos de perfección, y todo el convento parecía que andaba lleno de fervor, porque sus palabras pegaban el fuego celestial de que él estaba abrasado. El mismo provecho sentía el médico, y así venía a entretenerse con él algunos ratos, por lo que se consolaba de oirle hablar de Dios. Y a mí me decía, y lo declaró después en su dicho, que aquella comunicación del Venerable Padre le había trocado en otro hombre».

CAPITULO XVII

Otros grandes trabajos que en esta enfermedad padeció.

En muchas cosas se echaba de ver la licencia que el demonio tenía de Dios, para afligir a San Juan, según fueron muchas las piedras que para esto movió en este tiempo, muchas de las cuales pasamos de propósito en silencio.

Una (a que no podemos huir el cuerpo, sin agravio de la virtud de nuestro Santo) fué las continuas mortificaciones que el prelado del convento le hacía; las cuales fueron tan grandes y tan fuera de toda piedad humana, que se conocía fácilmente el autor que las movía, y que las permitía Dios para hacer nuevas pruebas heroicas, en nuestro siglo, de la paciencia y fortaleza de este siervo suyo, como las había hecho, en los siglos antiguos, de la del santo Job, en cumplimiento de los grandes deseos que tenía de padecer por su amor; porque, estando el enfermo tan lleno de llagas y dolores, y sufriéndolas con tanta modestia y mansedumbre, que pudiera dar lástima al consorte más cruel de nuestra naturaleza, cuánto más a una persona tan religiosa, como el prior era, se vestía de un ánimo tan riguroso contra el enfermo, que no parecía él quien le ejercitaba, sino el demonio, vestido de su figura; y así el gran extremo que

había en esto, le servía de disculpa, refiriendo los religiosos a causa superior lo que no parecía pudiera suceder por camino ordinario, y que Dios lo permitía para mayores bienes del enfermo.

Y porque algunos, llevados de particulares afectos, poco favorables a la verdad, quieren deshacer estos trabajos de nuestro Santo, alegando para esto que no era posible que en una Religión donde tanto se cuida del regalo y comodidad de los enfermos, aunque sean donados de dos días de hábito, sin alegar pobreza ni reparar en gasto, hubiese tan notable falta de piedad con el Padre común de ella en tan apretado caso, y con esto procuran obscurecer los finos resplandores de su corona, con agravio de nuestra imitación, privándola de tan raro ejemplo de paciencia; referiré aquí fielmente algunas de las palabras que algunos de los testigos de vista dicen, en sus declaraciones juradas, acerca de esto.

Uno de éstos es el Padre Fr. Diego de la Concepción, prior que era entonces del monasterio de la Peñuela, cuyas palabras son éstas: «Después que el Venerable Padre estuvo en Ubeda, le fuí a visitar, y ví que padecía gravísimos dolores del mal de la pierna, que estando allí se le abrió, y los llevaba con gran serenidad y gusto, como si no padeciera nada. Con la misma paciencia y alegría llevaba la condición del prior de aquel convento, que con deberle mucho al Santo, no hacía con él lo que tenía obligación, y a mí me pareció que lo tenía de mala gana en su convento, llorando y gruñendo lo que comía. Y como vi esto, dije un día al prior que no llorase lo que con aquel Santo gastaba, ni lo gruñese, ni mostrase mala cara de hombre apretado y mal acondicionado, con falta de caridad en caso semejante; y más habiendo ya una persona devota que se ofrecía a enviarle de su casa las cosas necesarias de regalo; y que si esto no bastaba, porque él no lo gruñese, lo enviaría desde mi convento. Y así, en llegando a él, le envié cuatro fanegas de trigo para el gasto de los religiosos, y seis gallinas para el enfermo; y como le vi padecer tanto con la condición del prior, me admiré que un hombre de tantas partes como él era, usase de tal término y sequedad con una persona tan santa, a quien yo sé que tenía muchas obligaciones. Y así me pareció lo

permitía Nuestro Señor, para mayor mérito y corona del Santo, y que aun en hijos suyos hallase tan gran materia de paciencia». Esto dice este testigo de vista, en declaración jurada en manos del obispo de Jaén, para las informaciones de su beatificación.

Al mismo propósito, y también debajo de juramento, dice el Hermano fray Bernardo de la Virgen, enfermero del Santo Padre en esta enfermedad, las palabras siguientes: «Estando malo en Ubeda el santo Padre Fr. Juan de la Cruz, tenía muy gran repugnancia con él el prior de aquel convento, y era de suerte que, al parecer, en todo lo que podía hacerle molestia, se la hacía, aun en la enfermedad larga y penosa de que murió, mandando que nadie le entrase a ver sin licencia expresa suya, y él entraba muchas veces en la celda del enfermo, y le decía siempre palabras de mucha pesadumbre, trayéndole a la memoria cosas pasadas, como vengándose. Y es el caso que, siendo el Venerable Padre Vicario Provincial de la Andalucía, le debió de mortificar en algo, y por eso dió en molestarle tanto, que eran increíbles las cosas que acerca de esto pasaban; y fué de manera que, por saber el prior que yo, como enfermero, regalaba al Venerable Padre y acudía a sus necesidades, me quitó el oficio de enfermero, poniéndome un precepto que de ninguna manera le acudiese en nada. Viendo yo esta violencia y haciéndome lástima el enfermo, envié un propio al Padre Provincial (que lo era entonces el Padre Fr. Antonio de Jesús, el Viejo), avisándole de lo que pasaba. El cual vino luego al punto a Ubeda y reprendió al prior con palabras pesadas su poca piedad, y estuvo allí cuatro o seis días, regalando al enfermo, y mandó que todos le visitasen y le acudiesen en todo lo que pudiesen; y a mí me tornó el oficio de enfermero, y me mandó que acudiese al enfermo con toda caridad, y que si el prior no diese lo necesario, que buscase yo los dineros que fuesen menester, y le avisase, que él los enviaría luego. En todas estas ocasiones de pesadumbre, que fueron muchas, nunca jamás oí decir al enfermo una palabra contra el prelado, antes las llevaba todas con la paciencia de un santo».

Todo esto dice el enfermero, en esta declaración, y exa-

minándole yo más en particular, me dijo otras muchas circunstancias que agravaban más la aspereza del prelado, y descubrían más la aflicción y paciencia del enfermo: como que, no contentándose con las mortificaciones que le hacía por medio del enfermero, negando las cosas que al enfermo podían ser de alivio, y enviando a decir, con otros religiosos, al mismo enfermo cosas muy pesadas y desabridas, el mismo prelado entraba algunas veces en su celda, no a consolarle, como lo hacen de ordinario otros prelados con sus enfermos, sino a decirle palabras ásperas y afrentosas, indignas de persona tan santa y venerable: como que era un religioso imperfecto y relajado; que destruía la Religión, mirando mucho por sus comodidades y regalándose demasiadamente. Todo lo cual era tan al contrario, que era menester que el enfermero adivinase sus necesidades y menguas, para poder acudir a ellas. Si algunas personas devotas le enviaban algunos regalos, por la noticia que tenían de su santidad y enfermedad penosa, se los volvía a enviar y a decirles que para el mal que el Padre Fr. Juan de la Cruz tenía, le sobraba un poco de carnero. Otras veces admitía estos regalos, y mandaba que diesen noticia de ellos al enfermo, pero no se los daban ni aun para probarlos, que era mortificación mayor que no recibirlos.

Lavábanse las vendas y paños que le sacaban de las llagas en casa de unas personas devotas y muy virtuosas, por no poderse lavar cómodamente en el convento: y porque venían muy limpias y aseadas, estuvo determinado a que no las lavasen más, diciendo que era mucho regalo, y por ruegos de algunos religiosos, disimuló con ello. Tenía prohibido con gran rigor que ningún religioso visitase al enfermo sin expresa licencia suya, y cuando se la pedían para esto, la negaba, particularmente a aquellas personas de que él sabía que gustaba más nuestro Santo. Y finalmente, tales eran sus obras y palabras en este tiempo, que no parecía que era él el autor de ellas, sino alguna furia infernal, para provocar aquella alma santa a alguna impaciencia. Y el mismo prior, después de muerto nuestro Santo Padre, reconocía cuán fuerte tentación había tenido en esto, y que se había dejado gobernar de lo que el demonio le persuadía, y se

lastimaba mucho de haber hecho padecer tan graves mortificaciones a un santo que se había entrado por sus puertas a socorrerse de su piedad en tan grandes trabajos. Muchas de las cuales mortificaciones se moderaron con la venida del Padre Provincial, y con el orden que dejó, para que, sin dependencia del prior, se acudiese piadosamente a las necesidades del enfermo, y le pudiesen visitar a cualquiera hora todos los religiosos.

Todas estas cosas y otras muchas, que se callan, duras de sufrir, llevaba nuestro Santo con tan heroica paciencia, que sin consentir que se dijese palabra en agravio del prior, le disculpaba, haciendo con mayor diligencia razones en favor suyo, que el amor propio las suele hacer para las propias disculpas; y a los que veía desconsolados y afligidos, por lo que el prior con él hacía, los consolaba y quietaba. Y no sólo esto, sino también procuraba por caminos que podía, soldar algunas quiebras que había en el gobierno de la casa, porque el prelado de ella no se desacreditase con los superiores. De los cuales oficios hablan también los testigos en sus declaraciones, y uno de los que más le asistieron en esta enfermedad, (que fué el Padre Fr. Bartolomé de San Basilio), dice acerca de esto estas palabras: «No sólo fué el venerable Padre fray Juan de la Cruz en Ubeda de consuelo para todos los religiosos, mas también de gran provecho para la perfección de ellos, por haber entonces poca paz en el convento, estando los religiosos exasperados con la condición y poca experiencia del prior, y con la llegada del Santo se alentaron mucho a la perfección, y se sosegó todo, no obstante que el prior proseguía en su natural inclinación; la cual le moderaba el Santo Padre por una parte, y por otra exhortaba a los religiosos a tolerársela. Pero en las cosas que el prior hacía con él, jamás le habló palabra de queja ni sentimiento, ni la dijo a nadie; antes lo llevaba con gran silencio y tolerancia». Todo esto es de este testigo, y éste es el modo de proceder de los hijos de Dios, que son movidos de él en todas sus acciones, como dijo el Apóstol, y lo declaran los Santos (1), llamándolos dioses por participación, y que obran a lo divino.

1 D. Th., III Sent., d. 34, q. 1, a. 3.

CAPITULO XVIII

Providencia con que socorrió nuestro Señor en su enfermedad y trabajo a San Juan de la Cruz.

Estando, pues, el Santo Padre hecho un lastimado Job, lleno de llagas, de dolores y de intolerables mortificaciones, llevado todo con invencible paciencia y mansedumbre, tan sin gana de comer, que no podía atravesar bocado de sustento, y sobre todo con unas calenturas tan ardientes, que le abrasaban las entrañas, movió Dios a una señora principal de aquella ciudad, llamada doña Clara de Benavides, mujer de Don Bartolomé de Ortega, para que cuidase de regalarle. Porque, aunque no le conocía estaba muy edificada de lo que el médico y otras personas les decían de la paciencia con que llevaba tan rigurosa enfermedad. Tratólo con su marido, y viendo que gustaba de ello, tomó tan por cuenta suya el regalo del enfermo, que era extraordinario el cuidado que en esto ponía, y en saber lo que era más a propósito para sus comodidades, sin perdonar costa ni trabajo; y era tan crecida esta piedad que Dios había impreso en su alma, (la cual ella reconocía por gran beneficio suyo), que estando su marido malo en este mismo tiempo, y amándole con amor más que ordinario, parece que se olvidaba de él, por acudir al Santo, según el consuelo que Dios le daba en esto.

Decíame a mí (después de haberlo dicho en una declaración jurada) algunas circunstancias que en esta piedad cuidadosa sucedían, con que parecía que Nuestro Señor le pagaba luego de contado lo que trabajaba en esto. A cuenta de las cuales ponía este consuelo tan grande que sentía en su alma con cualquiera cosa que para esto se ordenaba, y el buen logro que tenían todas sus diligencias, y la facilidad con que se acomodaba todo lo que para ello era necesario; porque por rara y extraordinaria que fuese la cosa que para el Santo Padre se buscaba, la hallaba como a la mano, y cosas muy fáciles y ordinarias que buscaban para su marido, se

hallaban con dificultad o no se hallaban. Para aquello estaban las tiendas abiertas de noche, aunque fuese muy tarde, y para esto solían hallarlas cerradas algunas horas antes, de manera que hasta sus criados lo notaban. Si para nuestro Santo había de sacar sustancia de alguna ave, salía doblado que de otra semejante, cuando la sacaba para su marido. Y a este modo sucedían otras cosas tan notables, que conocía en ellas (cuando no tuviera otros fundamentos de fe) cuánto Dios se agradaba de aquella su diligencia.

También alcanzaba parte de esto a las criadas que se ocupaban en ayudarla a guisar y aliñar lo que había de enviar a nuestro Santo; porque andaban en esta ocupación con tanta alegría y consuelo, que tenían por gran favor que Doña Clara las ocupase en esto, y como a porfía andaban trabajando en ello. Esta piedad y sus efectos se recibían en el convento sin contradición, por la larga licencia que el Padre Provincial había dejado al Hermano fray Bernardo de la Virgen, para acudir al regalo del enfermo, sin dependencia del prior; pero al cabo de algunos días que se guisaba la comida en casa de Doña Clara, conoció el Santo Padre, aunque se lo callaban, que no eran guisados aquellos del convento, y averiguando el caso, parecióle que era esto dar principio a alguna relajación, y que importaba menos que él muriese, que ser causa de dejar una mala costumbre introducida; y con el celo de reformación que siempre tuvo, de ninguna manera consintió que se guisase la comida. Y así, desde entonces enviaba Doña Clara largamente lo que era necesario para el regalo del enfermo, y en el convento se guisaba, y también enviaba paños e hilas para las llagas. Entonces conocieron mejor las criadas quién les enviaba el consuelo que en esta ocupación sentían, y lastimábanse tanto de verse privadas de ella, como si cada una hubiera tenido alguna gran pérdida de cosa que mucho estimara, y tenían por particular castigo que Dios les hubiese quitado la ocasión de servir a aquel Santo, que de esta manera le nombraban.

Era el enfermo tan agradecido a cualquiera beneficio que le hacían, que como eran tantos los que de estos bienhechores recibía, no se hartaba de darles gracias por ellos, y pagábaselos en buena moneda, encomendándolos a Dios de día

y de noche. Viéndole Doña Clara tan reconocido a su cuidado, le envió a pedir que suplicase a Dios que le diese buen parto, porque estaba muy temerosa. Y nuestro Santo Padre, después de haberla encomendado a Dios, le envió a decir «que perdiese el temor, porque tendría buen parto, y su fruto gozaría de Dios»; y así se cumplió, porque tuvo un parto felicísimo, y parió una niña que, antes de un año, murió y fué a gozar de Dios. No sólo en esto mostró Nuestro Señor la particular providencia que tenía de su siervo en esta enfermedad, sino también en otras muchas cosas, cuidando de sus comodidades a la medida que él se descuidaba de ellas.

Una muy notable fué que, como eran tantos los paños que eran necesarios para sus llagas, y los sacaban a menudo tan llenos de materia, para mudárselos, que ya en el convento no se podía dar bastantemente recado a esto, lo facilitó Dios, moviendo a dos doncellas virtuosas de aquel barrio, llamadas Inés y Catalina de Salazar, para que se encargasen de lavar estos paños, por la gran opinión que ya corría de la santidad del enfermo. Y dicen ellas en sus declaraciones juradas, por cosa misteriosa, que siendo de su natural asquerosas, y mucho más Inés de Salazar, por tener muy delicado estómago, y traerles espuertas llenas de estos paños, y tan bañados de materia como si los hubieran metido en un estanque de agua, y algunas veces envueltos en ellos pedazos de carne, de la que le cortaban de las heridas afistoladas, jamás sintieron asco ni pesadumbre con ellos, ni tenían mal olor alguno. De lo cual se admiraban tanto, conociendo la flaqueza de sus estómagos, que hasta hoy les dura esta admiración.

El consuelo que en esta ocupación les daba Nuestro Señor, era tan grande y hacían tan alto aprecio de ello, que lo significó Catalina de Salazar en su declaración, con estas palabras: «Tan sin asco nos hallábamos, cuando lavábamos estos paños llenos de materia, como si tratáramos flores con las manos; porque nos parecía, cuando los tomábamos en ellas, que no tocábamos cosa solamente de la tierra, sino que tenían un no sé qué del cielo; y que éste fuese particular privilegio, concedido por Nuestro Señor en favor de su siervo, se conoció mejor una vez que con los paños del Padre

Fr. Juan de la Cruz había mezclados otros, de una llaga que el Padre Fr. Mateo del Sacramento tenía en una espalda; porque, en recibiendo la espuerta de todos estos paños, Inés de Salazar sintió un olor malísimo, y tanto asco con él, que se le revolvió luego el estómago, de manera que no pudo lavarlos, y dijo a María de Molina, su madre: o el Padre fray Juan de la Cruz tiene algún nuevo accidente mortal, o con estos paños vienen algunos de otro enfermo. De allí a un rato vino a su casa un Hermano donado, y preguntándoselo, dijo cómo venían entre aquellos paños los del Padre Fr. Mateo, los cuales pudieron apartar fácilmente de los otros, por sólo el mal olor».

Este gran consuelo que las dos hermanas tenían con esta piadosa ocupación, y lo que entendían que agradaban a Dios en ella, creció tanto, que deseando cada una ser preferida en el trabajo y en el merecimiento, tuvieron una virtuosa competencia sobre cuál de ellas había de lavar los paños, no queriendo la una dar a la otra parte en esto. Púsolas su madre en paz, ordenando que una vez los lavase la una, y otra vez la otra, porque ambas ejercitasen la piedad y devoción.

Después codició el mismo empleo doña Clara de Benavides, así por su consuelo, como por el de sus criadas, que sentían mucho el que les habían quitado, de ocuparse en cosas del enfermo, y pretendió que le llevasen los paños a su casa. Pero las dos doncellas y su madre alegaron su posesión, y fué el pleito a nuestro Santo Padre para que lo sentenciase. El cual estaba tan agradecido a la curiosidad y limpieza con que las dos doncellas se los enviaban, y al cuidado y devoción que en esto mostraban, que envió a pedir a doña Clara que se contentase con la gran caridad que le hacía, sin querer aumentarla por tantos caminos, y así se hizo.

Esto de no sentirse mal olor ni asco con la materia que salía de las llagas del Santo Padre, muchas personas lo advirtieron por cosa muy notable, y lo refieren con admiración y espanto en sus declaraciones. Porque, con ser tan pequeña la celda en que estaba el enfermo, y tanta la materia que de sus llagas salía, que bastaba para inficionar un hospital entero, de ninguna manera se sentía mal olor en ella,

ni cosa que pudiese dar enfado. Todo lo cual les parecía que no podía ser cosa natural en un cuerpo tan corrompido.

CAPITULO XIX

Enciende más el demonio la persecución doméstica contra San Juan de la Cruz, procurando obscurecer el resplandor de sus virtudes.

Al que ha alcanzado ya la perfección de las virtudes, dice San Bernardo que le falta todavía una calidad, para ser perfectamente feliz en esta vida: la cual es que, siendo bueno, le tengan por malo, para que del todo se parezca a Cristo, Nuestro Señor; pues no puede haber mayor felicidad y excelencia para una criatura que ser semejante a su Criador.

Pues esta felicidad de gente perfecta y esforzada que faltaba a nuestro Santo, para ser del todo consumada en la perfección de esta vida, se la concedió Nuestro Señor al fin de ella: que siendo tan bueno en todo género de bondad, le tuviesen por malo. Y así, mirando la rara perfección y excelencia de su vida, y la profunda humillación y abatimiento de su muerte, fué este exclarecido varón uno de los retratos de Cristo más parecidos a su divino original, que hallamos entre todos los santos confesores.

Combatió el demonio en este tiempo con tantas tormentas la navecica primitiva, que si no tuviera a Dios por principal piloto, diera con ella a fondo; y así tuvo bien que hacer el gran caudal, valor y prudencia con heroico celo de religión del Padre fray Nicolás de Jesús María, que entonces la gobernaba, porque todo el infierno parece que se había juntado contra ella, y entre otros medios caseros que tomó para esto fué la inquietud de un religioso grave. Habíase comenzado ya en este tiempo, y siendo para ella necesario hacer ciertas averiguaciones en tres o cuatro conventos de los dos reinos de Granada y Sevilla, nombró el definitorio para esta diligencia uno de los definidores, tan poco aficionado a San Juan de la Cruz como ya tocamos. Y como la pasión, cuando es vehemente, ciega la razón, para que le parezca conveniente lo que la pasión propone, vistióse ésta en él de celo de re-

ligión, y engañándole, como suele engañar a muchos, le pareció que, pues no había pasado adelante, la traza que él había fomentado de enviar a Indias a nuestro Santo, todavía quedaba en pie el peligro de echar mano de él las monjas, para hacerle su Comisario, y que así se haría gran servicio a la Religión en desacreditarle de trato sospechoso con las religiosas, para que con esto no pudiese ser su prelado.

Con este pensamiento, aunque su comisión era limitada para sola la diligencia de aquel religioso, y le calificaron con nombre de Visitador para darle más autoridad, en viéndose de la otra parte de Sierra-Morena, parecióle alargar su potestad y hacer información contra el Santo Padre, y para esto se fué a Granada, donde el Padre Fr. Juan había asistido más, y atropellando las leyes divinas y humanas, comenzó a inquirir rigorosamente su vida, excediendo en la potestad, porque no tenía comisión, y en el modo de ejercitarla, que fué por modo de inquisición, para la cual era necesario que hubiese infamia clamorosa, y acerca de personas prudentes y virtuosas, sin la cual no podía inquirir delitos de persona particular, ni los testigos deponer en su agravio. Y en nuestro caso no sólo no había nota ni infamia, sino antes tan gran aplauso de virtud y santidad, que veneraban la tierra que el acusado hollaba. Excedió también en los medios, usando de algunos tan violentos en el examen de los testigos, que causó notable escándalo. Y callando los demás, que no son para referidos, pondré aquí sólamente lo que dicen dos testigos, de los que en esta información concurrieron.

El primero es la Madre Isabel de la Encarnación, priora del monasterio de nuestras religiosas de Jaén, la cual habiendo jurado en manos del obispo de aquella ciudad para otras informaciones, dice a nuestro propósito estas palabras: «Acerca de la información que se hizo contra el Santo Padre Fr. Juan de la Cruz, ví que el Padre que examinaba los testigos, hacia unas preguntas bien excusadas, como lo experimenté en las que a mí me hizo. Porque eché de ver claro que cuanto él preguntó, no lo había en el Santo, por ser un alma de las más puras que tenía Dios en su Iglesia, y que parecía hombre santificado. Y lo que preguntaba el Visitador, a mi juicio, no lo podía preguntar, ni inquirir del Santo cosa que más

repugnase a su santa vida, ni en que él estuviese más inocente; y así de todo lo que preguntó, y de la manera que se hubo en preguntarlo, y de los ofrecimientos que hacía por una parte, y de la apretura de preceptos y excomuniones en que por otra ponía a los testigos, hasta quitarles por aquel tiempo el comunicar a sus confesores ni a otras personas, sino a él (que de todo fuí testigo), se echó de ver que había procedido como hombre mozo (que lo era harto) y arrojado, no teniendo el caso fundamento; y ví que por cuanto inquirió en nuestro convento de monjas de Granada, no perdieron las religiosas un punto del crédito y opinión que del Santo tenían. Antes, de mí puedo afirmar que me sirvió esto de mayor ponderación de su santidad. Porque (como después supe) en el mismo tiempo que esto pasaba en Granada, hacía Nuestro Señor milagros en Ubeda con las vendas y paños que sacaban de sus llagas. Poco después de muerto el Santo, me dijo el Padre Fr. Agustín de los Reyes, Provincial de la Andalucía y varón de conocida santidad, que cómo había hablado en mi dicho contra un varón tan santo como el Padre Fr. Juan de la Cruz, lo cual me dijo con gran sentimiento. A lo cual le respondí: Padre, no sé que yo haya dicho nada contra este Santo, ni podía, porque no ví en él cosa que no fuese de persona muy santa y llegada a Dios y muy llena de virtudes. Y él me afirmó que había visto en mi dicho cosas que a mí no me habían pasado por el pensamiento, aunque lo había firmado de mi mano, pero no le leí cuando me le dió a firmar, y así no supe cómo iba, y de lo que después me decían, entendí que no se había escrito fielmente, o que se había interpretado mal lo que dije a buena parte». Todo esto es de esta testigo, y la aflicción que le causó saber que su dicho no había sido en calificación de tan santa persona, la apretó tanto, que cayó mala en la cama, y el Santo, ya difunto, la consoló con una aparición suya, de que en su lugar se hará memoria.

El segundo dicho es del Padre Fr. Baltasar de Jesús, confesor de nuestras monjas de Málaga, el cual refiriendo en su declaración jurada cómo se hizo esta información, dice estas palabras: «Halléme en la ciudad de Málaga al tiempo que el Visitador llegó allí a examinar dos o tres religiosas

que habían venido del convento de Granada a aquella fundación, y supe de su compañero y de las monjas (cuyo confesor yo era) de la manera que en esta información se procedía. Y estando yo en el monasterio de las monjas, llegó a mí una religiosa, llamada Catalina de Jesús, que había sido allí priora, y venía escandalizada de lo que el Visitador le había preguntado de nuestro Santo Padre Fr. Juan de la Cruz; y me contó cómo de una obra de caridad, que el Santo había ejercitado con ella delante de toda la comunidad de las monjas, levantaba una quimera, para acriminar al Santo un gran delito. En la misma ocasión acudió a mí otra religiosa, llamada Lucía de San José, confusa y turbada, y me dijo qué haría en lo que le había sucedido con el Visitador; que haciéndole él preguntas contra nuestro Padre Fr. Juan de la Cruz, y habiendo ella respondido la verdad de lo que sabía, había visto cómo no había escrito fielmente lo que ella había declarado, y que así no iba su dicho como había de ir. Yo la aconsejé que escribiese una carta sobre el caso al Padre Vicario General, diciéndole lisamente la verdad de lo que se le había respondido; y la una y la otra religiosa se hacían lenguas en referir alabanzas del Santo Padre». Todo esto es de este testigo.

Y porque esta información que contra San Juan de la Cruz se hizo, es uno de los más acreditados testimonios que podemos traer de su inmaculada vida, referiré aquí, después de estos dos dichos, unas palabras que dijo en el suyo el Padre Fr. Gregorio de San Angelo, definidor que era en este tiempo y secretario del definitorio, persona de muy gran crédito, y por cuya mano pasaron todas estas cosas. El cual dice a nuestro propósito de esta manera: «No llevaba este Comisario licencia para visitar más de tres o cuatro conventos, ni para más que para hacer información de las cosas de aquel religioso a que se ordenaba su jornada, y él se quitó de ruido, y visitó las dos Provincias de Sevilla y Granada. Y de propósito y con gran maña hizo información contra el Padre fray Juan de la Cruz, usando de grandes censuras con las monjas, sosacándoles con temores y otros artificios cosas que por ellas y por el término con que las escribió, se echa de ver la gana que tuvo de acriminar este negocio, queriendo

dar a entender con palabras preñadas grandes culpas. Toda la cual información yo vi y leí algunas veces, y con un poco de cuidado se echaba de ver el artificio con que anduvo el que la escribió. Y cuando de todo aquello se viniera a sacar algo, no eran cosas por que le pudieran dar de penitencia, más que los siete salmos penitenciales, por no haber en todo aquello, tomado en toda verdad, y quitado el artificio y preñez que las palabras querían significar, cosa de substancia ni que tuviese asomo de pecado mortal. Y según se entendió, no procedió quien hizo la información, conforme a Dios en ella. Y vi que algunas monjas, que dijeron sus dichos, refiriéndoselos después, dijeron que ellas no los habían dicho de aquella manera, ni con aquel sentido las palabras de ellos, e iban y venían al definitorio cartas de esto; y como nuestro Padre Fr. Nicolás de Jesús María, Vicario General, no hizo caso de esta información, tan poco se trató de los excesos de ella». Todo esto es de este religioso grave, el cual hace mención de las declaraciones de las monjas solamente, porque aunque el Comisario intentó también examinar a los religiosos, como los vió tan aficionados predicadores de nuestro Santo Padre, y que, sin hacer caso de temores, le pedían que exhibiese la comisión que traía para esto (sobre lo cual tuvo grandes demandas y respuestas con algunos), no trató de examinarlos.

Con una religiosa de cierto convento de aquella provincia había gastado nuestro Santo Padre más tiempo que con otras, por pedirlo así su necesidad y correrle más peligro, si no estuviera muy allegada a Dios; y aquí pensó hallar mucho paño el Comisario para sus intentos. Y para ejemplo de confesores de monjas referiré aquí lo que de esta comunicación dice esta religiosa, en declaración jurada en manos del obispo de Jaén, de esta manera: «Todo cuanto se descubría en el santo fray Juan de la Cruz, el aspecto, las palabras, predicaban pureza; porque el gran amor tan perseverante que mostraba tener a Dios, y la gran modestia y mortificación que en él vi, declaraba ser alma pura, y el no haberle oído jamás, en cuatro años que le traté muy de ordinario, palabra que se pudiese juzgar por ociosa, sino antes todo lo que ví en él, era de un varón santo y un alma de gran pureza; y puedo afir-

mar de mí que su trato de Dios y comunicación del cielo me pegaba pureza y olvido de todo lo del mundo; y con este concepto que de él tenía, de que era alma purísima, me acontecía, cuando entraba en el convento, siendo Vicario Provincial, a visitar la clausura, o a confesar alguna religiosa enferma, y le íbamos a besar la mano, aunque él lo rehusaba, que olía a una cosa superior a los olores de acá, que parecía recogía interiormente. Su modestia y composición era tanta, que con sólo mirarle, componía, y mirándole yo, sentía en mí cierta reprensión de mis imperfecciones, como si me reprendiera Nuestro Señor y me hablara al corazón, y quedaba con deseo de trabajar en perfeccionarme, y hacer mucho por servir a Dios, y alcanzar algo de las virtudes que en aquel Santo resplandecían, y así le miraba como a ejemplar de ellas. Y cuanto le vi hacer u oí hablar, parecía de persona santa, más levantada en santidad, que otras que he visto tener por santas». Todo esto es de esta religiosa, y el caudal de virtud que sacó de esta comunicación, lo ha mostrado en muchos conventos, donde ha sido prelada y ayudado a la perfección de sus súbditas.

CAPITULO XX

Aflicción y angustia en que puso esta persecución a los aficionados a nuestro Santo Padre, y la alegre tolerancia con que él la llevaba.

Esta información y rigorosas demostraciones, que el Comisario hizo en ella, pusieron en notable aflicción a todos los hijos y devotos de San Juan de la Cruz, de que a él le alcanzaba la mayor parte, aunque con su invencible tolerancia lo disimulaba. Porque, como el Comisario era definidor, y enviado a la Andalucía por el prelado superior y su definitorio, y él daba a entender que traía comisión de ellos para inquirir la vida del Santo Padre Fr. Juan, se persuadían frailes y monjas que todos los prelados superiores estaban grandemente indignados contra el acusado, y mal informados de su inculpable vida, pues llegaba su indignación a hacer

tan sangrientas diligencias contra una persona tan santa, que era como Padre universal de toda la Congregación Descalza. Ayudaban a esto algunas palabras pesadas que el Comisario, llevado de su pasión, decía, acriminando las cosas de nuestro Santo Padre y encareciendo el desacreditado concepto que de él tenían los prelados, hasta llegar a decir en actos públicos de algunos conventos (en uno de los cuales se halló presente el prelado de la casa donde esta historia se escribe) que por nuestro Santo Padre había sacado la Religión Breve, para enviar a galeras a los delincuentes de ella que lo mereciesen: que hasta aquí llega la tiranía de una pasión, cuando se apodera de un alma.

Otra cosa corría entonces, que ayudaba mucho a esta voz de la indignación de los prelados; porque, como el Padre fray Nicolás de Jesús María, así mientras fué Provincial, como después que le hicieron Vicario General, se opuso con gran valor y prudente celo a algunas relajaciones de observancia primitiva, así en los conventos de frailes como en los de monjas, todos aquellos a quienes la reformación alcanzaba (que eran muchos), desacreditaban el gobierno del P. Fr. Nicolás y del nuevo definitorio. Y como sabían que con ninguna cosa les podían causar mayor odio en toda la gente reformada de la Religión, que con publicar que perseguían al Padre común de ella, decían mucho del rigor e injusticia de esta persecución, afirmando que el Padre Fr. Nicolás era la cabeza de ella, y que el Comisario que estaba en la Andalucía, había llevado orden suya para hacer esta información; y lo menos que decían había de suceder de estas diligencias, era quitar el hábito a nuestro Santo Padre; y así se publicó en las dos provincias de la Andalucía, y de ahí se escribía a las de Castilla, y corría esta voz, no sólo entre la gente común de la Religión, mas también entre la muy granada, a quien yo lo oí, como muy persuadidos de este suceso, para lo cual no hubo más fundamento que las rigurosas diligencias que el Comisario hizo en esta información.

Con estos asomos de indignación de los prelados, que el demonio publicaba y persuadía contra el Padre Fr. Juan de la Cruz, estaban los religiosos tan atemorizados, que los que en otro tiempo se habían preciado de hijos aficionados suyos,

no se tenían en éste por seguros, temiendo que, como a sus amigos, los habían también de perseguir, y así se abstenían de su comunicación.

Con lo cual vino a quedar en sus trabajos solo de sus amigos, como Cristo Nuestro Señor de sus discípulos, para que en todo fuese verdadero retrato suyo. Y tanto fomentó el demonio este temor de frailes y monjas, que cualquiera que con el Santo Padre había tenido alguna comunicación familiar, les parecía que les corría peligro sólo hallarse su nombre escrito en su poder; y con esto todas las cartas que tenían suyas muy guardadas, por ser de excelente doctrina y de maestro tan santo, las quemaban; y lo mismo hacían de algunos retratos suyos, que personas devotas habían hecho copiar de uno que se sacó en Granada, estando él arrobado. Esta tragedia de sus cartas fué una muy gran pérdida y de las mayores granjerías que el demonio sacó de estas tormentas; porque, como las había escrito respondiendo a dudas de materia de espíritu, en que comunicaba la mucha luz que Nuestro Señor le había dado de esto, y para que suele haber tan gran falta de ella, aun entre los que se tienen por muy maestros, perdióse mucho en perder estos papeles.

De cómo llevó el Santo Reformador estos trabajos y persecuciones, nos dan larga noticia en sus informaciones testigos de vista, que entonces le comunicaron, y algunas cartas que él escribió en este tiempo, respondiendo a otras que en estas materias le escribían. Porque, cuanto a lo que a él tocaba, estaba lleno de gozo de verse desestimado y abatido, que era lo que él tanto había deseado, como no sea otra cosa gozo sino cumplimiento del deseo. Pero no se le dejaban gozar dos cosas, que en este tiempo mucho le afligían: la una era saber las grandes ofensas de Dios, que por causa de esta información se hacían, las cuales, por ser disgustos del Señor, a quien él tanto deseaba agradar, le lastimaban el corazón. La otra era que se echase la culpa de las diligencias que contra él se hacían, a quien no la tenía, que era el Padre Fr. Nicolás de Jesús María, Vicario General; y así muchas veces significó a sus amigos que el prelado superior no tenía parte en sus trabajos, y que sentía mucho que se los atribuyesen; y al mismo Comisario disculpaba cuanto el caso

podía admitir disculpa, atribuyendo sus diligencias a que Dios lo permitía por sus pecados y para satisfacción de ellos; y de ninguna manera consentía que de él se dijese mal ni se tratase de estas materias para más que persuadir a todos que, por mucho que se dijese de sus defectos, eran tantos, que no llegarían a saberlos todos; y algunas veces llegó a enojarse mucho con los que renovaban las pláticas de esto, habiéndolas él atajado.

Decíanle sus amigos que no se podía sufrir el modo con que se trataba de su honra, y cuán afrentosas diligencias hacía el Comisario, para inquirir su vida, y persuadíanle que escribiese sobre ello al prelado superior o que les dejase a ellos acudir a él, para quejarse de tan conocidos agravios. Pero de ninguna manera dió oídos a esto ni consintió que ellos hiciesen diligencia alguna, disponiendo el ánimo para recibir de buena gana cualquiera penitencia que por sus culpas le diesen. Como se lo escribió al Padre fr. Juan de Santa Ana, respondiéndole a una carta, que le había escrito muy afligido, porque se decía que le habían de quitar el hábito, en la cual le dice: «Hijo, no le dé pena eso, porque el hábito no me le pueden quitar, sino por incorregible o inobediente, y yo estoy muy aparejado para enmendarme de todo lo que hubiere errado, y para obedecer en cualquiera penitencia que me dieren.»

CAPITULO XXI

Fin que tuvo esta persecución contra San Juan, y cómo fué castigado quien la había movido.

Después que el Comisario hizo en la provincia de Granada con tan rigurosas demostraciones la información contra el Padre Juan, la envió al Padre fray Nicolás de Jesús María, mientras él pasaba a la provincia de Sevilla, a hacer la averiguación que a su comisión tocaba, y significó al Padre Vicario General el intento que había tenido para embarcarse en inquirir defectos del Santo Padre. Comenzó a leer la información el Padre Vicario General, y conociendo a pocas hojas el

veneno que llevaba, estando delante el Padre Fr. Gregorio de San Angelo, definidor y secretario del definitorio, arrojó la información, diciendo: «Ni el visitador tenía comisión para meterse en ésto, ni lo que él aquí pretendió inquirir, cabe en el Padre Fray Juan, y mostró haberle parecido muy mal, así el intento del Comisario, en querer desacreditar un hombre tan santo, y como fundamento y dechado de la Religión, como la mucha licencia que había tomado en visitar las dos provincias, llevando limitada comisión, para un negocio solo y en pocos conventos. Pero contentándose con que de la información no se hiciese caso, no trató de la corrección del Comisario, remitiéndolo para el capítulo general, donde se había de tratar de los defectos de los definidores y de su castigo.

Murió el Padre Fr. Nicolás de Jesús María antes del capítulo general, y el Padre Fr. Elías de S. Martín, que le sucedió, hizo cargo a este Comisario de los excesos que había hecho en esta jornada, metiéndose apasionadamente en lo que no le habían mandado, y por ello le dieron su penitencia, aunque más blandamente de lo que su culpa merecía; y la sentencia de esta condenación quedó escrita en el libro de los capítulos, donde yo la he leído. No se contentó con esto el Padre fray Elías, sino haciendo apretada diligencia para haber a las manos la información que contra nuestro Santo Padre se había hecho, la hizo quemar delante de sí, abominando, como era justo, de que en Religión tan santa hubiese habido quien, imitando a Can, hijo de Noé, procurase hacer alarde de las deshonras de su Santo Padre.

Pero, como tiene Dios tanta providencia de sus siervos y toma a su cargo la venganza de sus injurias, como él lo dijo por su Profeta, quiso que supiésemos que no estaba olvidado de las que a nuestro Santo Padre se habían hecho, en lo poco que dilató el castigo. En este capítulo general, salió el Comisario por Provincial de la provincia de Granada (que era lo que él y sus amigos habían deseado mucho), y de esta provisión se entristecieron notablemente los hijos y aficionados de nuestro Santo Padre, pareciéndoles que, en lugar del castigo que esperaban del que había querido profanar el templo de Dios y obscurecer con sus diligencias los resplan-

dores de aquella alma pura y santa, venía victorioso y como a triunfar del caso, en el mismo lugar donde había delinquido. Y como en lo exterior no podían mostrar su amargo sentimiento, se lastimaban mucho en lo interior y lamentaban con Dios este suceso, pareciéndoles que se acreditaba lo que se había hecho en agravio del difunto (que ya entonces era muerto San Juan de la Cruz), premiando con honra y dignidad al que le había perseguido.

Entró en su provincia el nuevo Provincial muy contento y dándose prisa para llegar al centro de ella, que era la ciudad de Granada, donde le estaban esperando sus amigos, para hacerle fiesta. Llegó a Alcalá la Real, ocho leguas de Granada, y desde allí avisó del día que entraría en ella; y como esta nueva fué alegre para unos, así fué triste para otros, particularmente para las monjas Descalzas, que como habían sido tan buenos testigos de las diligencias que había hecho con ellas nuestro Santo Padre para llegarlas a Dios y hacerlas santas, y de las que después hizo el nuevo Provincial para desacreditarle, lastimábanse mucho de ver premiado al que merecía castigo más severo. Había entre ellas una religiosa antigua, compañera de nuestra Madre Santa Teresa, y criada a sus pechos, llamada Beatriz de San Miguel, estimada por persona de señalada virtud y muy ilustrada de Nuestro Señor, la cual, como más obligada a los beneficios que había recibido de nuestro Santo Padre, por lo que la había ayudado con su doctrina, era la que más de corazón sentía sus agravios.

Estando una vez esta religiosa llorando esto con Nuestro Señor en la oración y rindiendo a sus profundos juicios la cortedad de los sentimientos humanos, no podía dejar de lastimarse de que hubiesen de recibir con aplauso alegre, como a Padre de la provincia, al que tan poco antes había visto perseguir injustamente al Padre universal de toda la Congregación Descalza; y le dijo Nuestro Señor que no entraría en Granada, sino muerto, en castigo de haber hecho aquella información contra el Padre Fr. Juan.

Esta revelación dijo luego a algunas personas de las que por lo mismo estaban afligidas, las cuales, aunque tenían gran concepto de su buen espíritu, suspendieron el crédito de ella,

sabiendo que había carta del mismo Provincial, que había de entrar en aquel día en Granada. Pero al fin se cumplió la revelación; porque, en llegando a Alcalá la Real, le dió tan fuerte enfermedad, que en pocos días le acabó la vida y le trajeron muerto a enterrar a Granada. El Provincial que le sucedió, examinó este caso, poniendo precepto formal a la misma Beatriz de San Miguel sobre ello (cuya confesión yo vi), y de ella y de lo que dijeron las demás religiosas, se sacó la verdad de lo que aquí se ha referido. Con lo cual y con muchos milagros, que muy aprisa hizo Nuestro Señor por medio de cosas que habían llegado al cuerpo de nuestro Santo Padre o habían servido en su enfermedad, ilustró Nuestro Señor, después de muerto, la opinión de santo que en vida había tenido.

De la poca caridad que el prior de Ubeda ejercitó con él, quedó la Religión tan despegada, que nunca más le ocupó en oficio de prelado; y aunque se ocupaba en la predicación, no se aprovechó de los consejos que nuestro Santo Padre le había dado, que la acomodase más a las leyes de su profesión, antes procuró privilegios fuera de la Orden para andar predicando por los lugares, sin dependencia de los Prelados de ella, y allá le cogió la muerte, fuera de la compañía de sus hermanos, que es el consuelo y ayuda que venimos a buscar a la Religión. Y esta muerte, tan poco consolada y socorrida, atribuyen los testigos a castigo de lo que había afligido al Santo, privándole Nuestro Señor del socorro de sus hermanos, por no haber socorrido al Padre común de todos.

CAPITULO XXII

Tiene San Juan revelación del día y hora de su muerte y le comunica nuestro Señor el cáliz de su Pasión, para colmo de las mercedes que le había hecho.

Al cabo de tres meses que San Juan de la Cruz estaba padeciendo en aquella cama, con ejemplarísima tolerancia, tantos dolores y aflicciones, queriéndole ya Nuestro Señor despenar, con sacarle del destierro, para que fuese a gozar

a la patria el dichoso premio de lo mucho que había trabajado por su servicio, le fué disponiendo algunos días antes, dándole noticia del día de su muerte, y que sospechar con sus acciones a los religiosos que había tenido ya estas buenas nuevas. Porque, en entrando la semana en que murió, tenía mucho cuidado de preguntar cuánto había de allí al sábado. Y uno de los días cercanos a su muerte, estando con el Padre Fr. Bartolomé de S. Basilio y con otros religiosos, volvió a preguntar cuándo era sábado. Y porque no hicieron misterio de la pregunta, añadió: Dígolo porque se me ha venido ahora a la memoria cuán gran beneficio es el que en este día hace Nuestra Señora a los religiosos de su Orden y a los que han traído su escapulario y cumplido lo que este privilegio pide. Pero, aunque él quería disimular el misterio, los que le oyeron estas palabras y la alegría con que las decía, quedaron con sospecha que sabía de buen original que había de morir en sábado y gozar de este privilegio.

Fué también indicio de esto lo que hizo dos días antes de su muerte; porque, guardando con mucho cuidado en una taleguilla, debajo la cabecera, las cartas que en aquella enfermedad había recibido, para que nadie las viese, este día llamó al Padre Fr. Bartolomé de San Basilio y pidióle que le trajese una luz, y traída, quemó todas estas cartas, como poniendo con esto en seguridad a los que las habían escrito, por la voz falsa, que por entonces corría, que sólo ser su amigo era delito.

Declaróse más esta noticia que tenía del día y hora de su muerte el mismo día de ella; porque, desde que entró el viernes, tenía mucho cuidado de saber la hora que era, y dijo diferentes veces que aquella noche había de ir a decir maitines al cielo: lo cual no dijera tan afirmativamente, siendo tan recatado en sus ilustraciones, si no hubiera tenido expresa revelación de la hora de su muerte, y que de aquella enfermedad, como de su purgatorio, había de ir a gozar de Dios derechamente. De esto mismo fué indicio que, por verle tan malo, le quisieron dar el Santísimo Sacramento por viático muchos días antes, y él dijo «que no se lo diesen sino por devoción; que cuando fuese tiempo para recibirlo por viá-

tico, él avisaría»; y así cuando fué tiempo, lo pidió y también el de la extrema-unción.

Había sido en vida nuestro Santo Padre un fino retrato de Cristo Nuestro Señor, donde parece que Su Majestad quiso singularmente estamparse, y así ordenó que lo fuese también en muerte. Porque, así como Cristo Nuestro Señor en su Pasión (ordenándolo así para mayor demostracion del amor que nos tenía) padeció en las fuerzas inferiores del alma desamparo de la divinidad, y de los efectos de la visión beatífica que la parte superior del alma goza, para poder sentir la vehemencia de los dolores del cuerpo y aflicciones del ánimo, tan intensamente como lo significó en aquellas dolorosas palabras que dijo en la cruz: «Padre: ¿por qué me has desamparado»; así quiso que nuestro Santo Padre, como se le había parecido tanto en las asperezas, deshonras, abatimiento y menosprecios de la vida, se le pareciese también en los dolores y desamparos de la muerte; y así, aunque había padecido tanto en todos aquellos tres meses, todo se le hacía tolerable, con el recurso que tenía a Dios, donde hallaba la puerta abierta para su comunicación dulce y favorable. Pero el día postrero de su vida, añadiéronse a los dolores corporales otros tan intensos del espíritu con aflicciones y congojas y tan gran desamparo de Dios, que estaba puesto como clavado el cuerpo en una cruz, y juntamente el ánimo atormentado en otra.

Y así parece que, como en vida le comunicó Cristo Nuestro Señor sus virtudes, así en muerte le comunicó sus pasiones, para colmo de su perfección, con semejanza tan estrecha de una criatura con su Criador.

Y aunque en toda la enfermedad había disimulado sus dolores con tan heroica tolerancia, fueron tan intensos los de este día, que por más que él los callaba, ellos mismos daban voces. Llegó aquella noche a Ubeda el Padre Provincial, Fr. Antonio de Jesús, su antiguo compañero, ordenándolo así Nuestro Señor para consuelo de entrambos. Cuando el Padre Provincial entró a verle, aunque se alegró mucho con él, estaba tan apretado con los dolores exteriores e interiores, que no pudo hablarle ni hacer otra demostración de alegría; y porque no entendiese el Padre Provincial

que era falta de amor, le dijo: «Perdóneme, Padre nuestro, que no le puedo responder, que me estoy consumiendo en dolores». Díjole el Padre Provincial, pensando que se consolara, que se alegrase mucho, que ya se acercaba el tiempo para gozar el premio de lo mucho que había trabajado en su compañía, en los principios de esta Reforma. Pero el enfermo, como le sonaba mal todo lo que podía ser alabanza suya, se esforzó para sacudir de sí aquélla, y tapando los oídos con las manos, dijo: «No me acuerde eso Vuestra Reverencia, sino mis pecados, que de éstos me acuerdo ahora, y que tengo, para satisfacer por ellos, solamente los merecimientos de Cristo».

Entró poco después a verle el Padre Fr. Agustín de San José, y viéndole tan trabajado con sus dolores, le dijo por consolarle que presto se acabaría el padecer, y le pagaría Nuestro Señor lo que por él había trabajado y padecido. Pero con el mismo esfuerzo arrojó de sí este consuelo, que el pasado, diciéndole: «No me diga eso, Padre mío, que le certifico que no he hecho obra que no me esté ahora reprendiendo». Parecióle al Padre Provincial que corría todavía limitadamente el acudir los religiosos a visitar y servir al enfermo, ya fuese por parecerles que no gustaba de ello el prior, ya por otros temores que entonces había, y así dijo con algún sentimiento: «Abranse esas puertas, Padres, para que no sólo todo el convento, mas también toda la ciudad vea el gran tesoro que aquí tiene, y le conozca.

CAPITULO XXIII

Dichosa muerte de San Juan de la Cruz.

Viendo nuestro Santo Padre que se iba acercando ya la feliz de su partida, comenzó a disponerse para ella. Y aunque toda la vida nos había dado admirables ejemplos de humildad y mansedumbre, quiso renovarlos este postrero día.

Aquella tarde pidió el sacramento de la Eucaristía y lo recibió con gran devoción y ternura, pidiendo perdón a todos los religiosos del mal ejemplo que les había dado, y después envió a pedir por amor de Dios al prior que entrase

a verle, y con gran humildad, como si él propio fuera el ofendido, le rogó que le perdonase los cuidados y pesadumbres que le había dado, y que como pobre, le pedía, por amor del Señor, que tanto los había encomendado, que le diese un hábito con que enterrasen su cuerpo, y que el gasto que aquel convento había tenido con él, procuraría pagarle con pedir a Nuestro Señor que lo socorriese siempre en sus necesidades, y que esperaba en Su Majestad que se lo concedería; y antes de esto, tratando con el suprior que entonces era, de la gran necesidad y pobreza de aquel convento, dijo el Santo Padre «que vendría tiempo que tuviese bien lo necesario»; de las cuales palabras juzgó el suprior que ya lo había suplicado a Nuestro Señor, y tenía prendas de que se lo había concedido. Y después acá se ha conocido mejor esto; porque, estando aquel convento hasta entonces tan necesitado, que se dudaba que aquella fundación pudiese pasar adelante, es ahora de las casas más bien acomodadas de aquella provincia.

Salió el prior tan compungido de las palabras y afecto humilde de nuestro Santo Padre, que derramaba lágrimas, y despertando como de un sueño de mortal letargo, (porque había quitado ya Dios al demonio la licencia que antes tenía para contrastar la paciencia de su siervo), conocía cuán falto de piedad había estado con aquel dechado de virtudes, y se dolía de ello, libre ya del mal afecto pasado.

Vino el médico, y conociendo en el pulso que se iba acabando aprisa, se lo dijo, y recibió la nueva tan alegremente, que como dándose a sí mismo el parabién de ella, dijo: «Laetatus sum in his, quae dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus». Díjole el Padre Fr. Francisco Indigno (que se halló también allí aquella noche) si la mucha gana que tenía de morirse, era porque se acabase el padecer; y él, como haciendo donaire de que se diese a su pasión un fin tan bajo, significó que el gran deseo que tenía de ver a Dios, le hacía las horas largas.

Viendo su cama rodeada de religiosos, con el afecto de Padre que siempre les había tenido, los exhortó brevemente, con palabras amorosas y eficaces, a la obediencia de los prefados y a la observancia de la Regla y vida primitiva, y les

encargó la caridad de unos con otros, como precepto tan principal de Cristo, y les trajo a la memoria que los había puesto en su Iglesia para predicadores de buen ejemplo e imitadores de la vida apostólica.

Algunnos religiosos le pedían que, por prenda del amor que le habían tenido, les diese alguna cosa de las que tenía a uso, a lo cual respondió: «¿Pues eso han de pedir a un religioso descalzo? ¿No saben que tengo hecho voto de pobreza, y que no puedo disponer de nada? Vayan al Padre prior, que es quien ha de disponer de ello, y si él se lo diere, mi bendición llevarán con ello». Su acción ordinaria en todo aquel día, cuando los que entraban en la celda no la interrumpían, era estar con los ojos cerrados, ocupado interiormente en Dios, y de cuando en cuando los abría, y los ponía amorosamente en un Cristo crucificado, que junto a sí tenía, como ofreciéndole sus dolores. A cosa de las ocho de aquella noche, pidió el sacramento de la Unción, y recibiólo con gran devoción, respondiendo como los demás a las oraciones que decía el preste. Quisiéronse quedar allí con él el Padre Provincial y otros muchos religiosos antiguos, y él les pidió que se fuesen a descansar, que todavía le quedaba tiempo.

Quedáronse allí con él el Padre Fr. Bartolomé de S. Basilio, que había asistido a su enfermedad, y el Hermano Francisco, donado, que había de tañer a maitines. Poco después de salidos los demás Padres, tomó el Cristo en las manos, y continuando su sosiego, le besaba los pies de cuando en cuando, diciéndole algunas palabras tiernas. A las nueve de la noche, preguntó qué hora era. Y habiéndoselo dicho, respondió: «A las doce iremos a decir maitines al cielo». Cerca de las once se quedó tan sereno en oración, que pensando el Hermano donado que se moría, quiso ir a hacer la señal que se acostumbra, para que se junte la comunidad, a hacer la recomendación del alma al enfermo, y entendiéndolo él, le dijo: «¿Para qué los quiere alborotar? ¿No ve que aún no es hora?», refiriendo esto a lo que había dicho antes, que había de morir a la hora de maitines.

Una hora antes que expirase, mostró un extraordinario aliento, como significativo de que habían cesado ya sus pe-

nas interiores, que habían tenido como impedidas las acciones exteriores, y que le asistía, a lo sabroso y conocido, el Señor que antes se le había ausentado. Y asiéndose de la soga que pendía sobre la cama, se sentó en ella por sí solo, aunque otras veces había menester ayuda, y con rostro alegre dijo a los religiosos y a otras personas devotas que allí asistían (por haber sabido que era aquella la hora de su tránsito) que dijesen algunos salmos en alabanza de Nuestro Señor. Y respondiéndole que comenzase él, comenzó el salmo «Miserere mei», y él decía un verso y los demás otro, estando él con rostro muy sereno y alegre, y de cuando en cuando besaba los pies del Cristo que tenía en la mano. Después de haber dicho, de esta manera, algunos salmos, pidió que le dijesen algo del libro de los Cantares, de que era muy devoto, como de materias místicas y retornos amorosos entre Dios y el alma, y leyéronle un capítulo, con que mostró particular consuelo.

Tenía cuidado de preguntar de cuando en cuando qué hora era. Y diciéndole que las once y media, dijo que llamasen a la comunidad. Vino con ella el Padre Provincial y dijo al enfermo que todos deseaban que, antes que se partiese de ellos, les echase la bendición, y cuando se viese delante de Dios, los encomendase a Su Majestad. A lo cual respondió que el encomendarlos a Dios él lo ofrecía, pero que el echarles la bendición era oficio de Su Reverencia, como prelado y padre de toda aquella provincia. Mas instando los religiosos y ordenándoselo el Provincial, alzó la mano hacia los religiosos, y haciendo la señal de la cruz sobre ellos, les echó la bendición con mucho amor. Comenzáronle a hacer la recomendación del alma, y estándosela diciendo el Padre fray Alonso de la Madre de Dios, le dijo, al cabo de un rato, el enfermo: «Padre fray Alonso, no se canse, sino encomiéndeme a Dios, que he menester que me dejen un poco». Con esto juntó las manos, apretando con ellas el Cristo, y cerró los ojos, como quien se queda en oración.

De allí a un rato, comenzó a dar el reloj las doce, y oyéndolas el Hermano Francisco, que era velador de maitines, salió a prisa a tañer la campana, y en sonando, abrió los ojos el enfermo y preguntó a qué tañían. Y respondiéndole que

a maitines, dijo: Gloria a Dios, y dando una vista a todos los que allí estaban, como despidiéndose de ellos, puso la boca en los pies de Cristo, diciendo: «In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum». Y al mismo punto expiró, como si se echara a dormir un sueño dulce, cumpliéndose en él lo que dejó escrito en uno de sus libros: que la muerte de los transformados en Dios no es rigurosa y amarga, sino sabrosa y dulce. Y fué todo esto tan aprisa, que estando aún tañendo a maitines el Hermano Francisco (como él lo dice en su declaración), le llegaron a decir que, en acabando de tañer a maitines, doblase a muerto, que ya nuestro Santo Padre había expirado, y así lo hizo.

Fué su muerte entrando el sábado, catorce de diciembre de 1591. Quedó su rostro hermoso, con una blancura a modo de resplandor, siendo antes algo moreno. Lo cual refieren en sus dichos los que allí se hallaron, por una de las cosas notables que concurrieron en su muerte. Y estuvo tan lejos de dar el horror que suelen causar los demás muertos, que antes daba consuelo mirarle y acompañarle. Murió de edad de cuarenta y nueve años, gastados en Religión la mayor parte de ellos, y siempre dando con su vida y virtudes a los demás muy gran ejemplo. Y como toda ella había sido una continua oración y comunicación con Dios, en esta misma oración y quietud murió.

En acabando de expirar, acudieron todos los que allí se hallaron presentes, religiosos y seglares, a besarle los pies y las manos, como de cuerpo santo, y a tomar cada uno lo que podía de sus vestidos y de las vendas y paños que habían servido a sus llagas. Y hasta la soga que tenía sobre su cama, para revolverse, la tomaron como por reliquia, y otros le cortaban cabellos del cerquillo. El prior recogió algunas de las cosas que el Santo había tenido a uso, para repartirlas entre sus devotos, y dió a doña Clara de Benavides, por lo que le había regalado, la correa que él había traído ceñida, por cuyo medio hizo después Nuestro Señor muchos milagros; y a don Bartolomé de Ortega, su marido, le dió el breviario en que rezaba. Las cuales prendas ellos recibieron con gran veneración y estima, y con la misma las conservan.

CAPITULO XXIV

Cosas maravillosas que sucedieron en la muerte de San Juan de la Cruz.

Muchas cosas notables y maravillosas dicen en sus declaraciones que sucedieron en su muerte los que se hallaron presentes a ella, de las cuales referiremos las que hallamos más bien probadas.

La primera es una notable fragancia y olor suave, que se sintió en aquella dichosa celdilla, en expirando nuestro Santo Padre, y se comunicaba a otras partes del convento. Lo cual, aunque parecía cosa de a fuera, se conocía que también participaba de ella el mismo cuerpo del difunto. Porque, estando tan lleno de llagas y emplastos, y habiendo por todo esto de oler mal, y mucho más después de muerto, cuando un cuerpo está más corrompido, no sólo no tenía esto, sino que antes salía de él olor suave, y lo sentían los que llegaban a besarle los pies y manos. A esto se añadió que, muriendo San Juan de la Cruz, sintieron los religiosos y las demás personas que allí se hallaron, una alegría y consuelo extraordinario, que parecía comunicado de causa sobrenatural, así por sus efectos, como porque era en tiempo que, según causas naturales, había de haber tristeza y soledad de la falta y ausencia del que tenían todos como por Padre y medio de su aprovechamiento. Y así se persuadieron algunos de los que allí se hallaron, que había tenido el difunto visitas celestiales, para que saliese de este mundo bien acompañado, al modo del santo Sabas, insigne Padre de nuestros monjes antiguos, a quien el coro de los mártires del cielo vino a hacerle compañía en la salida del mundo, como a capitán de mártires de penitencia. Y lo mismo sucedió en la muerte de nuestra Madre Santa Teresa, que había tenido el mismo oficio, y a entrambos fué parecido nuestro Santo Padre.

Persuade más ésta otra maravilla que se vió allí en este mismo tiempo: que fué una claridad muy alegre y tan su-

perior, que con haber en aquella celda muchas velas encendidas, obscureció de manera su luz, como si entrara en ella a puerta abierta el sol de medio día. Lo cual, como era cosa milagrosa, no quiso el Señor que se descubriese a todos: como sucedió en el globo de fuego que echaba de sí grandes resplandores, y se apareció sobre la cabeza de San Martín obispo. Del cual dice Severo Sulpicio que, estando todo el pueblo presente, sólo tres monjes y una virgen y un presbítero vieron esta maravilla. Y otro tanto sucedió en nuestro caso, que no todos los que se hallaron allí, vieron esta luz superior y peregrina. Tres religiosos afirman en sus declaraciones juradas haberla visto, y las palabras del uno referiré aquí, porque añade una circunstancia a nuestro propósito, las cuales son éstas: «Cerca de las doce de media noche, vi que, sobre la cama del Santo Padre Fr. Juan de la Cruz, en lo alto de la celda, hacia los pies del lecho, estaba una grande y hermosa luz, como redonda, que despedía de sí tanta claridad, que no se echaba de ver la que daban unas veinte luces que había en este tiempo en la misma celda. Porque en un altar había cinco velas, y muchos de los religiosos, que habían acudido ya allí, como a hora señalada por el enfermo, venían con velas en las manos, a hallarse en su muerte. Y no vi en lo qué había parado esta luz; porque en comenzando a dar las doce, acudí luego a tañer la campana de maitines. Y estando tañendo, llegó a mí un religioso, y díjome que, en acabando de tañer a maitines, doblase a muerto, porque ya el Santo Padre había expirado». Esto dijo este testigo delante del Juez Eclesiástico, y examinándolo yo más en particular, me dijo que esta luz era a modo de un globo de fuego, del tamaño de un harnero, que despedía de sí estos resplandores, semejante al que vió San Benito en la muerte de San Germán, obispo de Capua.

A la misma hora que nuestro Santo Padre expiró, fué su espíritu a visitar a sus dos grandes bienhechores, que estaban ya acostados y durmiendo, como a darles las gracias de lo mucho que le habían regalado, la cual visita refiere doña Clara de Benavides, en su declaración jurada, de esta manera: «La noche que murió el Santo Padre, estando ya acostados D. Bartolomé y yo, desperté. Y al mismo punto, sin

ver nada con los ojos corporales ni sentir ruido ninguno en el aposento, sino gran quietud y sosiego, se me ofreció al entendimiento que había persona en la misma pieza, y que el Padre Fr. Juan de la Cruz era muerto. Y no fué de manera que me causase miedo, antes tenía sosiego y gozo, y una gran certeza que estaba allí el Santo Padre. Con esta misma desperté a D. Bartolomé, mi marido, y le dije que el Padre Fr. Juan de la Cruz había muerto, y estaba allí. Pero él, como haciendo burla de mí, me dijo que cómo lo sabía. Y yo le respondí que lo sabía porque él me había despertado y representádoseme al entendimiento. Luego oímos que, cesando de tocar la campana de su convento a maitines, tañían a muerto, y con esta plática pasamos aquella noche, y a la mañana supimos que a aquella hora había expirado.

Esto dice doña Clara en su declaracción, y examinándola yo más en particular, añadió que al tiempo que nuestro Santo Padre se le había ofrecido en esta visión, había entendido, sin palabras, sino por impresión en el entendimiento, que le daba las gracias de lo que le había regalado en su enfermedad, y que así lo dijo a su marido; y que aunque no había visto nada, le quedó mayor certeza de que había estado allí, que si lo hubiera visto con los ojos corporales. Y dice que no había visto nada; porque la visión intelectual no se comunica por semejanza imaginaria, con distinción de figura, color y forma y otras condiciones materiales, sino por medio de alguna especie inteligible; la cual, para los no habituados a recibir estas ilustraciones tan espirituales y sutiles, es como imperceptible, y con todo eso, deja mejor certeza en el alma, que si se hubiera visto con los ojos del cuerpo, particularmente cuando procede, como ésta, de la presencia del espíritu que se comunica.

Desde esta visita parece que concedió Nuestro Señor a esta dichosa alma que fuese a librar a un hombre dormido en su pecado, que estaba en próximo peligro de perder la vida corporal y la del alma.

Era éste un carpintero de Ubeda, el cual, aquella misma noche, después de dadas las doce, comenzó a dar grandes voces a la portería, y bajando a ver quién era, le hallaron tan turbado y temeroso, que no parecía podía volver en sí,

y sólo tenía ánimo para decir a voces que le dejasen entrar a venerar el cuerpo de aquel Santo que había muerto, porque por él le había librado Dios de la muerte del cuerpo y del alma; y preguntándole quién le había dicho que era santo el que había muerto, pues no le conocía, contó que, habiendo ido aquella noche a cometer un pecado y estando descuidado y durmiendo en el delito, y a punto de matarle personas ofendidas, le habían despertado sin saber quién, y díjole el peligro en que estaba, y que se librase de él, que para ello le ayudarían; y que esta merced le hacía Nuestro Señor por intercesión de un religioso que acababa de morir en el monasterio de los Descalzos. Hízolo así, a tiempo que ya los enemigos le iban a dar asalto, y afirmaba del poderoso favor que le había amparado, que pasando por entre espadas desnudas, no había recibido daño alguno. De esta manera cuentan este caso, en declaraciones juradas, los que se lo oyeron; y que estaba muy persuadido que el mismo Santo era el que le había despertado y defendido de los que iban a matarle. Venía tan compungido de sus pecados y tan agradecido a Dios y al medianero de su reparo, que los religiosos quedaron persuadidos que había hecho el Señor favor a aquella alma santa de la vida y salvación de este buen hombre, que a aquella hora, para él tan dichosa, peligraba. Y así parece que, como a la muerte de Cristo Nuestro Señor le fué concedida la salvación del buen ladrón, como por prenda y principio de tan innumerable multitud de almas, como por ella se habían de salvar; así a la muerte de nuestro Santo Padre, verdadero retrato de Cristo, le fué concedida la salvación de este hombre, como por principio de las muchas almas que por su intercesión habían de ser ayudadas para que se salvasen.

Aquella misma noche que murió, pidió un religioso al prior del convento licencia para cortar un dedo del santo cuerpo. Habiéndosela dado, se encerró con él a solas, para cortárselo, y fué tal el resplandor y una cierta majestad que vió en el difunto, y tan grande el temor y reverencia que con esto le cobró, que sin atreverse a tocarle ni aun al hábito, se salió como despavorido y se lo contó al prior, lleno de admiración.

Algunas revelaciones hubo también de la gloria con que

el alma había ído a gozar de Dios, en saliendo del cuerpo, que dejo de referir, por no haberlas examinado. Pero bástanos los fundamentos de fe, para persuadirnos piadosamente que, en deshaciendo el nudo y trabazón del alma y del cuerpo, le dijo el Esposo celestial al alma, que en él estaba tan estrechamente transformada, aquellas palabras de los Cantares: «Levántate, amiga mía, y date prisa, que ya el invierno es pasado, y han cesado las lluvias y torbellinos, y venido ya la primavera florida, para pasar del tiempo penoso a la feliz eternidad de gloria».

Para persuadirnos a que fué muy eminente el lugar que en la Jerusalén triunfante dieron a su alma, basta lo que habemos visto de los efectos de la gracia en la verificación de su vida y virtudes, a los cuales corresponden los de gloria. Y con todo eso, parece que quiso la divina Sabiduría darnos un dibujo milagroso del lugar que tiene en el cielo. Porque, entre las apariciones misteriosas que se ven en la carne de nuestro Santo Padre, como veremos adelante, hay una donde la Virgen, Reina del cielo, da a nuestra Madre Santa Teresa y a San Juan de la Cruz esta nueva Reforma de su Orden, a modo de un bulto muy blanco, sobre la cabeza de un serafín sin corona, como queda tocado en otra parte, y en lo alto (que parece significaba la región celestial) se miraban otros dos serafines coronados, como representando allí el premio que había de corresponder por esta empresa a los dos Santos que allí elegía para ella. Y con haber, en otras de estas apariciones, algunas de serafines, como cuando iluminaban a nuestro Santo Padre, ninguno se ve coronado, sino estos dos que subieron a esta dignidad, no sin peleas, como los demás serafines, sino alcanzando con la gracia divina innumerables victorias que labraron sus coronas. Y si miramos la descripción que hacen San Gregorio y San Buenaventura (1) de las propiedades de los serafines humanados, que en la tierra imitan a los del cielo, las hallaremos todas con gran eminencia en nuestros dos serafines.

1 D. Greg., Homil. 34 in Evan.—D. Bon., Itiner. 7, d. 2.

CAPITULO XXV

Enterramiento del cuerpo de San Juan, y gran veneración con que le trataban.

Luego que se supo, a la mañana, la muerte de San Juan de la Cruz, acudió tanta gente al convento, que no se podían cerrar las puertas, ni cabía en la casa, pidiendo con grandes ansias que los dejasen entrar donde estaba el cuerpo santo (que así le llamaban), y cuando llegaban a él, le trataban con tan gran veneración, como si estuviera ya canonizado: tal era la estima de su santidad que, sin conocerle, había Dios infundido en sus almas.

Estaban allí algunos religiosos, defendiendo que no le quitasen nada del cuerpo ni del hábito, y no hacían poco en estorbarlo, según era grande el afecto con que lo procuraban.

Pedían con gran instancia que les diesen algo que hubiese tocado al santo cuerpo, y con cualquiera cosa que les daban, aunque fuese un pañito de los que habían estado en las llagas, iban muy contentos; y los que más no podían, le besaban los pies y las manos, y le tocaban los rosarios u otra cosa de las que traían, y con esto iban consolados, y muchos se lastimaban de que, habiéndole tenido tanto tiempo en su ciudad, no lo hubiesen conocido, y cuando comenzaban a conocerlo, lo perdían.

Llegada la hora de su enterramiento, se conmovió toda la ciudad, así religiosos, como seglares, a hallarse en él con tanta devoción, que enternecía verla. Llenóse la iglesia y el convento, y apenas cabían en la calle; y juntamente se oían los cantos funerales de todas las Religiones, que estaban en la iglesia, y las aclamaciones honoríficas de los seglares, que estaban dentro y fuera de ella, con que mostraban la grande devoción y estima que tenían del difunto.

Rodeaban al cuerpo algunos de nuestros religiosos para defenderle, porque no le cortasen pedazos por reliquias; pero era tan grande el tropel de la gente que concurría a besarle

los pies, y coger, si podían, algo del cuerpo o del hábito, que por mucho que hicieron en defenderlo, le quedó poco del hábito, por los muchos pedazos que le cortaron. Y no sólo los seglares, sino también los religiosos de todas las Ordenes acudían a venerar el cuerpo, y le besaban los pies y las manos con devoción extraordinaria.

Algunas cosas muy notables sucedieron entonces, en que se descubría más esta devoción, y otras que la hacían misteriosa, de las cuales referiré una que en sus informaciones está probada.

Entre los religiosos que allí concurrieron de la Orden de Sto. Domingo, fué uno el Padre Fr. Domingo de Sotomayor, persona grave en aquella provincia, y grandemente aficionado a San Juan de la Cruz desde un día que, siendo el Santo rector de nuestro colegio de Baeza, le vió salir acabado de decir misa, con un admirable resplandor en el rostro, al modo del de Moisés cuando bajaba de haber hablado con Dios en el monte. Pues este religioso, estando este día en la iglesia, hincóse de rodillas, como para venerar el cuerpo, y vieron los circunstantes que de repente se había caído sobre el mismo cuerpo. Tuvieron esto, al principio, por acto de devoción muy tierna, y como se detenía tanto, le ayudaron para levantarse, pareciéndoles que no podía, y viéronle tan turbado, que causó a algunos novedad. Súpose después de él que había querido cortar un dedo de la mano del santo cuerpo, y que, habiéndola tomado ya en la suya para esto, le dió tan gran temor y asombro, que le suspendió, y que del espanto que le había causado esto, se había caído allí como pasmado.

Esto dicen en sus declaraciones juradas los testigos que vieron esta acción y oyeron después al mismo el misterio de ella, y todavía le duraba la admiración del caso. También dicen que ayudó a su espanto haber el cuerpo retirado la mano para que no se la cortase; pero las personas que se lo oyeron a él mismo, lo cuentan como queda referido.

Otro religioso de la Orden de los Mínimos mostró tanta devoción, venerando al cuerpo, que cuando se echó sobre los pies, para besárselos, arrancó con los dientes la uña de un dedo de ellos, y se la llevó consigo.

Hízosele un solemnísimo enterramiento, sin haber tenido necesidad el monasterio de convocar para él la gente; y entre los religiosos más graves que allí se hallaron, había una piadosa competencia en querer cada uno tener parte en llevar el santo cuerpo a la sepultura. Y echóse de ver en este día que se cumplía en nuestro difunto lo que había dicho Dios por su profeta: que son grandemente honrados sus amigos, y parece que le concedió Nuestro Señor lo que a los grandes Santos, que es aquella gran ponderación y estima que imprime de su santidad en los corazones humanos, porque tal era la que demostraban todos.

Después que hubieron despojado el convento, así religiosos como seglares, de todo lo que pudieron darles de cosas que nuestro Santo Padre traía consigo o le habían tocado, fueron a casa de aquellas virtuosas doncellas que habían lavado sus paños, para que repartiesen con ellos algunos de los que ellas, por causa de veneración, habían guardado; de los cuales querían más los que estaban aún con la sangre y materia, que los limpios y lavados.

Sucedieron luego algunos casos misteriosos que pusieron en veneración la sepultura de San Juan de la Cruz, de dos de los cuales, probados en sus informaciones, haremos memoria, por remate de este capítulo.

Era tan grande la devoción que los seglares tenían a cualquiera cosa de San Juan de la Cruz, que hasta la tierra que cubría su cuerpo, parece que veneraban, guardándose de pisarla y reprendiendo a los que pasaban por encima de ella. Había menos cuidado de esto en los religiosos, y quiso Nuestro Señor advertirlos de su descuido con estos dos casos. El uno fué que, el lunes siguiente a su muerte, estando la comunidad en la iglesia, después de Completas, ya anochecido, para tomar la disciplina que acostumbra los tres días de la semana, en acabando de apagar la luz de la lámpara, con que la iglesia quedaba a oscuras, se levantó una luz, a modo de una hacha, de la sepultura del Santo, que puso en claridad toda la iglesia.

El prior y los Padres que estaban en la capilla mayor, para tomar la disciplina, como no sabían lo que pasaba en el cuerpo de la iglesia, decían que matasen la luz, y el prior

daba palmadas (que es la señal, que se hace para esto), y los Hermanos, que veían el misterio, estaban tan admirados, que a sólo aquello atendían; hasta que, pasada distancia de poco más de un Avemaría, se apagó aquella luz, y tomaron la disciplina, y los que la habían visto (como ellos lo dicen en sus declaraciones juradas), quedaron tan deslumbrados y con un cierto temor reverencial, que les causaba pavor la oscuridad en que después habían quedado.

El segundo caso fué que, tomando, otra noche, la misma disciplina, se puso el Hermano Francisco, donado, a tomarla sobre la sepultura de nuestro Santo Padre, sin advertir en ello, y cuando comenzó a azotarse, le impedían los golpes de la disciplina, de manera que no podía mover la mano. Y cayendo en lo que podía ser, se salió de sobre la sepultura, y luego cesó el impedimento, quedando de nuevo enseñado de la veneración que Dios quería que se tuviese a la tierra que cubría aquel santo cuerpo, y después se puso la sepultura de suerte, que no pudiesen pisarla, como adelante veremos.

CAPITULO XXVI

Favorece desde el Cielo San Juan a los bienhechores que dejó en la tierra.

Comenzó luego Nuestro Señor a manifestar por muchos caminos la santidad de su siervo, y particularmente con muchos milagros que obró por medio de cosas que habían tocado a su cuerpo, de algunos de los cuales será forzoso hacer memoria (que de todos no será posible, por haber sido tantos, que de sólo ellos se pudiera hacer un libro entero), para que, no sólo con testimonios humanos, mas también con los divinos y sobrenaturales, quede su perfección y santidad más conocida. Y aunque los que se obraron en casa de don Bartolomé de Ortega, no fueron en el tiempo los primeros, los pondremos en primer lugar, por ser de bienhechor suyo tan benemérito.

Tenía D. Bartolomé una niña de hasta diez meses, a quien

él y su mujer, doña Clara, amaban mucho; a la cual le dió una recia enfermedad de viruelas, que entrándosele en el cuerpo, hicieron más peligrosa la dolencia. Aplicáronsele muchos remedios, y algunos más violentos que aquella edad pedía, y todo tan sin aplacarse el mal, que comenzaron a darle los últimos parasismos de la muerte.

Vino a verla, a las diez del día, el doctor Villarreal, médico, y hallándola en esta disposición, la desahució, diciendo que estaba ya acabando. Estaban tristísimos sus padres, y no hallándose don Bartolomé con ánimo para verla morir, por la ternura con que la amaba, se salió de casa con intento de no volver a ella, hasta que le dijesen que era ya muerta.

Estando oyendo misa en una iglesia, ofreciendo a Dios aquel trabajo, se acordó que tenía en un escritorio un dedo del Padre fray Juan, que le habían dado por reliquia; y juntamente con acordarse de él, se vistió su ánimo de una confianza tan grande que por su intercesión había de resucitar Dios a su hija (contándola ya por muerta), que volviendo a su casa, sacó el dedo del escritorio, y se lo puso a su hija, que estaba ya agonizando, y al mismo punto cesó la agonía, y sosegándose la enferma, durmió un poquito, y despertó tan alegre y alentada, que tomó luego el pecho de su madre y mamó, habiendo algunos días que no arrostraba a tomarle.

Alegres ya, algo más, sus padres, se sentaron a la mesa para comer, y sentando también allí a la niña, comió y jugó con ellos, como solía cuando estaba buena, y estuvo tan alentada, que pudo andar en el carretoncillo, en que andaba antes que estuviese mala. Vino aquella tarde el médico, a consolar a sus padres, pensando que ya la niña sería muerta, según la disposición en que la había dejado, y admirándose de verla tan buena, afirmó que aquella salud era conocidamente milagrosa. Porque cuando, por alguna causa natural oculta, se diera caso que fuera del curso ordinario, faltaron tan brevemente todos los accidentes de la dolencia, que no era posible, por modo natural, quedar tan reparada una niña tan tierna, de tan grave mal como había padecido, y de tantos martirios y remedios penosos como le habían hecho, con los cuales había de quedar forzosamente debilitada; y así lo

afirma en su declaración, debajo de juramento. Y se ha tenido este caso por tan milagroso, que llamaban después a la enferma la niña del milagro, y hoy se llama doña Ana de Benavides.

Poco después, estuvo malo el mismo don Bartolomé de unas angustias grandes que le daban en el corazón, y poniendo sobre él el mismo dedo, se le quitaron luego, y quedó bueno.

Asimismo, estando mala doña Felipa de Carvajal, su madre, de un corrimiento que le caía al pecho, con que estaba muy apretada, y tras esto padecía muy grandes dolores de cabeza, se puso una escofieta de que había usado en su enfermedad nuestro Santo Padre, y estuvo luego buena. Todo lo cual declaran, en dichos jurados, los mismos don Bartolomé, D.ª Clara y D.ª Felipa; y añade D.ª Clara que tiene ya tan experimentado el favor que Dios le hace por intercesión del siervo de Dios, que en cualquiera aflicción o necesidad suya, ya sabe dónde ha de ir por el remedio. Porque, en encomendándose a nuestro Santo Padre, le hace Nuestro Señor merced de remediar lo que la afligía, y dejarla consolada, mostrando el Santo en muchas ocasiones cuán agradecido está en el cielo de los beneficios que recibió en la tierra; y en lo que particularmente ha experimentado, muchas veces, su favor, dice que fué en sus partos; y no sólo parece que favorece Dios con la intercesión de nuestro Santo Reformador para los trabajos de sus bienhechores, mas también para otros a quienes ellos desean socorrer, enviándoles de su casa alguna cosa del Santo, de cuya experiencia refieren muchos casos.

También las demás personas de quienes nuestro Santo Padre recibió en su enfermedad particulares beneficios, experimentan en sus trabajos el mismo socorro, valiéndose de alguna cosa suya. Así lo dice, en su declaración jurada, el doctor Villarreal, que fué el médico que le curó, y con quien tuvo en aquel tiempo agradecida amistad. El cual, habiendo alcanzado un pedazo del escapulario que San Juan de la Cruz traía, usa de él en sus enfermedades y achaques, y en las de la gente de su casa, y en poniéndoselo, lo mejoran luego. Dice, asimismo, que en hallándose con alguna tristeza o desconsuelo, tiene por remedio de él leer en al-

guno de los libros que el Santo compuso de cosas místicas, y en leyendo un rato en ellos, se le quita el desconsuelo, y queda alegre y consolado.

El mismo favor han sentido las dos doncellas que dijimos le lavaban las vendas y los paños, hallando socorro para sus dolencias, de que cuentan casos muy milagrosos en sus declaraciones, y a la una de ellas alcanzó, por esta intercesión, de Nuestro Señor vocación eficaz para ser monja en el convento de nuestras religiosas de la misma ciudad; y dicen asimismo que es muy ordinario, cuando llevan de su casa algunos paños de los que tocaron a las llagas del Padre Fr. Juan, para ponérselos a algunos enfermos, volverle a dar las gracias de la salud que por aquel medio alcanzaron.

CAPITULO XXVII

Algunas apariciones milagrosas con que, después de muerto, San Juan de la Cruz consoló a muchas personas sus devotas.

Muchas apariciones que hizo el Santo a sus amigos, después de muerto, refieren personas de todo crédito; de algunas de las cuales haré memoria, de que tengo bastante crédito, o por venir probadas en sus informaciones, o por haberlas yo examinado cuidadosamente.

La primera, después de la que ya se refirió de su enfermera, fué la que hizo a la Madre Isabel de la Encarnación, priora del monasterio de nuestras religiosas de Jaén, que estaba llorando, como San Pedro en la cueva, después que el Padre fray Agustín de los Reyes le dijo (como ya tocamos) que lo que ella había dicho en favor de nuestro Santo Padre, se había vuelto contra él. Esta aparición refiere ella misma, en la información que hizo don Francisco Martínez, obispo de Jaca, para su beatificación, de esta manera: «Con esto que el Padre fray Agustín de los Reyes me dijo, quedé muy afligida, culpando mi descuido e inadvertencia, y que por ella hubiese quien pudiese decir que yo había dicho algo contra persona tan santa, y con esta pena le pedía mu-

chas veces que me perdonase, porque ya era muerto. Esta aflicción me comenzó a apretar tanto, que vine a caer mala en la cama. Estando una noche despierta, y así enferma y afligida, se me apareció el mismo Padre fray Juan de la Cruz en la celda, y llegándose cerca de la cama, me dijo: No tenga, hija, pena, que en nada me ha ofendido; y poniéndome las manos sobre la cabeza, me dió su bendición, y desapareció, dejándome del todo consolada el alma, y con tanta suavidad, que por muchos días me trajo recogida y con gran deseo de ser buena. Con esto cobré luego salud, y se me quitó la aflicción del corazón, dejándome con mucha quietud». Todo esto es de esta declaración.

Otras apariciones hizo a Francisco de Yepes, su hermano, persona de mucha virtud, y a quien nuestro Santo Padre amaba, no tanto por la inclinación de la sangre, cuanto por su sencillez y gran humildad; de las cuales referiré sola una, por cierta circunstancia que la acompaña. Estando una vez con una gran aflicción y obscuridad interior, con que suele Dios labrar a los contemplativos, se encomendó a San Juan de la Cruz, como otras veces solía, por lo que experimentaba que le favorecía Nuestro Señor por este camino; y aunque padecía sequedad y aprieto interior, perseveraba en la oración a solas y a obscuras en su aposento. Estando así, vió resplandecer toda la pieza con una admirable luz, y al mismo instante, apareció allí la Virgen Nuestra Señora, acompañada de muchos ángeles y santos, y traía a su lado a nuestro Santo Padre. El cual, llegándose a su hermano, con rostro alegre y apacible, le consoló un rato, y después, con música celestial, se volvieron a subir al cielo, dejándole libre de su aflicción, y lleno de consuelo y alegría.

En otra grande aflicción estaba una religiosa capuchina, del convento de Granada, a quien, siendo ella seglar, había ayudado mucho nuestro Santo Padre con su doctrina, y por esto y por haber conocido su gran santidad, le veneró mucho, siendo vivo, y no menos después de muerto. Era su congoja por cierta cosa de valor de hacienda del convento, que dándola por el torno, pensó que la recibía la persona que la había de haber, y pareció después que no la había recibido, y que ella se había engañado, dándola a quien no conocía. Y

como ya corría la voz de los milagros que hacía Nuestro Señor por intercesión del Santo Fr. Juan, con quien ella tenía muy gran fe, acudió a él para que suplicase a Dios que aquella prenda pareciese. Y favoreciendo el Santo su confianza, se le apareció, acompañando a Nuestra Señora, vestida del hábito de las religiosas carmelitas, y hermosísima, y llegándose nuestro Santo Padre a su devota, le dijo: «Hija, no tenga pena, que eso que ha perdido, parecerá». Quedó la religiosa tan confiada y con tanta paz, como si ya hubiera hallado lo que había perdido; y el mismo día lo trajo un hombre, y lo echó por el torno sin decir quién era ni haberle conocido.

De estas dos apariciones podemos notar que, así como la Virgen nuestra Señora eligió a nuestra Madre Santa Teresa y a su santo compañero para piedras fundamentales de este edificio suyo, en renovación del antiguo de su sagrado Monte Carmelo, los honra como a personas que representaron la suya en el oficio que en la tierra hicieron, y no se contenta con que los bienaventurados vean en el cielo esta honra que les hace, sino también quiere que en la tierra tengan los hombres noticia de ella, viniendo ella misma a favorecer a los que los llaman, como se ha experimentado algunas veces, de que tenemos noticia acreditada en las informaciones que se hicieron para la beatificación de Santa Teresa.

En las que se hicieron en Segovia, para la de nuestro Santo, viene probada otra aparición suya, hecha a Beatriz del Sacramento, persona de gran espíritu y muy ilustrada de Nuestro Señor; y referiréla como la cuenta María de la Concepción, que concurrió en el caso, con la cual concuerdan otras religiosas: «Siendo vivo el Venerable Padre, había dicho a la Madre Beatriz del Sacramento que había de padecer grandes trabajos, que se aparejase para llevarlos con alegre tolerancia, como cosa enviada de Dios, para santificarla. Cumplióse la profecía, y cargóla Nuestro Señor de tantas enfermedades, que estuvo siete años tullida en una cama. Una noche, después de las doce, la apretaron tanto los dolores, que le hacían dar gemidos y derramar muchas lágrimas, y aunque la enfermera (que era María de la Concepción) le hizo por algún tiempo compañía, como el trabajo iba tan

a lo largo, y ella tenía necesidad de reposar, se echó a dormir un rato. Cuando despertó, vió a la enferma muy contenta, y preguntándole cómo estaba, respondió: Mejor; que no ha faltado quien me consuele, pues ella no quiso consolarme. E importunándola que le dijese quién había sido el medianero de su consuelo, le dijo que el santo fray Juan de la Cruz se le había aparecido, vestido del hábito de la Religión, todo chapeado de oro y sembrado de estrellas, con una corona de oro en la cabeza, y la había alentado a que llevase con paciencia sus trabajos, por amor de Dios, que eso era lo que en el cielo se estimaba.»

De esta manera refiere la enfermera esta visión, y remátala, diciendo: «Cuando la enferma no fuera persona de tanto crédito, la creyera yo, por lo que experimenté de consuelo, al tiempo que desperté. Porque me hallé tan llena de gozo, que me pareció había allí alguna cosa del cielo, de donde procedía, y cuando supe el misterio, me persuadí a que todavía estaba allí el Santo Padre, haciéndonos participantes del bien que goza. Y siempre que paso por aquella celda donde el Santo se apareció, se me renueva el bien que allí sintió entonces mi alma». Con las mismas insignias se apareció después a otra religiosa de este convento, para consolarla en otro trabajo, y se verificó en estas informaciones.

De los oficios que hace en el cielo nuestro Santo Padre por nuestra Religión, intercediendo con Dios por ella, como protector suyo, ha habido también algunas revelaciones de buen crédito, y de la una le tengo yo muy grande, por la seguridad de la persona que la tuvo.

También toca a este oficio la aparición que hizo al Hermano fray Martín de la Asunción, en Andújar, mandándole que dijese al Padre Provincial de aquella provincia que hiciese desenterrar cinco cuerpos de religiosos santos, que estaban enterrados en el claustro de nuestro colegio de Baeza, y ponerlos en lugar decente. Y para que se asegurase que no era ilusión, sacó una cruz debajo del escapulario, y la besó con gran reverencia, y se la dió al Hermano; y el Provincial desenterró los cuerpos e hizo la traslación de ellos, como el Santo lo había ordenado.

Otra aparición de San Juan de la Cruz se refiere en de-

claración jurada de la Madre Mariana de Jesús, diciendo que habiendo ido desde Granada a la fundación del monasterio de monjas de Almodóvar, después de fundado y puestas en orden las cosas de él, hallábase tan mal allí, que vivía muy afligida, deseando volverse al convento de su profesión. Habíala comunicado mucho en Granada nuestro Santo Padre, y mientras él vivió, todavía tenía esperanza que por su medio había de alcanzar lo que deseaba; pero cuando supo que era muerto, se aumentó su aflicción con la mayor dificultad de salir de allí. Estando una vez muy fatigada con ella, se le apareció el P. Fr. Juan de la Cruz con el semblante y hábito que tenía en vida, y la consoló, diciéndole que no tuviese pena, que él la sacaría de allí y la volvería a su casa de Granada. Verificóse haber sido verdadera esta aparición; porque, sin haber ella hecho diligencia alguna para salir de allí, la enviaron, poco después, los prelados superiores de la Religión recados para volverse a Granada.

CAPITULO XXVIII

Un gran milagro que hizo nuestro Señor en Ubeda, con una reliquia de San Juan, sanando a una doncella tenida por difunta.

Son tantos los milagros que en poco tiempo ha obrado Nuestro Señor por intercesión de San Juan de la Cruz, que nos están como afirmando que, como por humildad escondió en vida el dón que tenía de hacerlos, le concede Su Majestad que haga tantos en muerte, levantándole por el mismo camino que él se humilló por agradarle. Y porque si se hubieran de referir todos los que vienen probados en las informaciones que se hicieron para su beatificación, fuera menester para esto un libro entero, según son muchos, cumpliremos brevemente con esta parte de su historia, con referir algunos de los que sucedieron en Ubeda, y los principales después que entró en aquel obispado el Comisario de estas informaciones a solicitarlas; porque entonces fueron muy frecuentes en aquella ciudad, y en los demás pueblos circun-

vecinos, como dándonos con esto el Señor una prenda sobrenatural de que le quiere honrar en su Iglesia.

A 5 de julio de 1617, estando buena doña Juana Godínez de Sandoval, hija de Don Francisco Godínez de Sandoval, le dió de repente un frío y calentura con un mal tan grande, que luego la privó de juicio, y le duró de esta manera, sin remisión alguna, cinco días. Sobreviniéronle después grandes dolores con tan apretadas angustias, que parece se moría, y tenía levantado el pecho, como quien estaba ya agonizando. Decían los médicos que la principal enfermedad era pulmonía y alferecía. Volvióle el juicio, cuanto bastó para reconciliarse y recibir el Santísimo Sacramento por viático, y luego se volvió a quedar privada de él y sin hacer acción vital, que parecía estaba ya muerta, y sin género de pulso, y así comenzó su padre a tratar ya del enterramiento. Volvió después a dar muestras que aún estaba viva, y diéronle la extrema-unción.

Al quinto día, le dió otro parasismo, en que se quedó como muerta, los dientes traspillados, cerrados los ojos y el rostro difunto. Hiciéronle muchos remedios, de los muy penosos, para que volviese, pero sin provecho. Los médicos, teniéndolo ya por caso sin remedio, consolaban al padre de la muerte de la hija, para que la llevase en paciencia, con decirle que, aunque sanara, había de quedar mentecata y sin juicio, toda su vida, porque así sucedía a los que tenían esta enfermedad. Hicieron los médicos todas las pruebas que suelen hacer en semejantes casos, para conocer si tenía vida; habiéndoles salido inciertos, la dejaron como por muerta, y se despidieron.

Era su padre muy devoto de nuestra Religión, como sobrino de la insigne virgen Catalina de Jesús, fundadora del monasterio de nuestras religiosas de Beas, y compadeciéndose de su trabajo el prior de nuestro convento de Ubeda, envió a dos religiosos con el pie de nuestro Santo Padre, que está en aquella casa, para que lo pusiesen a la enferma, y llegaron cuando, despedidos ya los médicos, la lloraban los demás por muerta. Con todo eso, más por hacer lo que les habían mandado, que por entender que tenía vida, le pusieron el pie del Santo sobre el pecho, y estando la enferma

de esta manera sin sentido y como muerta, extendió los brazos, y se abrazó con el pie, diciendo algunas palabras medio desbaratadas, y otras como en su juicio; y después de haber estado así un rato, queriéndose ir los religiosos y llevar la santa reliquia, la defendía la enferma, diciendo que no se la habían de llevar. Al fin, se despidieron de la enferma y de su madre y hermanas, que allí estaban, y se fueron llevando consigo el pie del Santo.

Al mismo punto que los religiosos salieron por la puerta del aposento, se levantó la enferma, sin ninguna ayuda y se sentó en la cama, diciendo que ya estaba buena, y que su Padre fray Juan de la Cruz la había sanado, y echando mano de los defensivos que tenía en la cabeza, y los que tenía en la garganta contra el frenesí, se los quitó todos, diciendo que ya no los había menester, porque su Padre fray Juan de la Cruz la había sanado. Entonces conoció a su madre y hermanas, y a doña Juana de Carvajal, su tía, que allí estaban; porque hasta entonces, desde que le dió el mal, no las había conocido, y así preguntó que dónde habían estado tanto tiempo como había pasado sin verlas. Estaba su madre como pasmada, de haberla visto tan poco antes como muerta, y en un instante como sana, y no acababa de creerlo. Conociendo la enferma su duda, dijo: Para que vea que estoy buena y que es cierto que mi Padre fray Juan de la Cruz me ha sanado, denme mi ropa, que me quiero vestir. Y viendo que no se la daban, con la gana que tenía de que se entendiese su salud, salió de la cama, y anduvo por el aposento, y dió algunas vueltas por él, como antes que cayese mala, y por persuasión de su madre se volvió a la cama.

Cuando los religiosos entraron en casa de la enferma, con la reliquia, acababa su padre de salir del aposento donde ella estaba como muerta, a despachar un negocio, y volvió a entrar cuando los religiosos habían salido, pensando que ya habría acabado, y salióle al camino otra hija suya, llamada doña Francisca Godínez, y le dijo: Señor, doña Juana está buena. Entró el padre en el aposento y halló a la enferma sentada en la cama, alegre y contenta, con su madre, hermanas y tía, diciendo que ya estaba sana y buena, de lo cual el padre quedó admirado, por haber tan poco que había

salido de allí, dejándola por muerta. Preguntóle el padre qué había sido aquello, y respondióle: Mi Padre Fr. Juan de la Cruz me ha sanado. Y viendo que su padre estaba como atónito, de ver cosa tan rara, le dijo: Señor, que estoy buena, y me he levantado para que mi madre y tía lo creyesen; y para que también vuesa merced lo crea, tráiganme de comer, y no sea cosa bebida, sino cosa asada y pan; y habiéndoselo traído, comió con el aliento y buena gana con que solía comer antes, y mirando a su padre, le decía: ¿No ve vuestra merced que estoy buena, y que puedo hoy ir a dar las gracias por esta merced a mi Padre fray Juan de la Cruz, visitando su sepulcro, que no sé yo para qué me quieren tener aquí en la cama? Y con una extraordinaria firmeza aseguraba que aquella era salud cumplida y no de prestado; y que no le corría el peligro de recaer, que a los convalecientes que recibían la mejoría con medicinas humanas.

Y monstrándose agradecida al favor, que había recibido del Santo, dijo a su padre: «Muchos días ha que deseo ser monja carmelita descalza, y no se lo he dicho antes, por no darle pena; pero pues Dios me ha dejado acá para que lo sea, vuestra merced me ha de dar licencia para que muera en esta santa Religión, y me llame Juana de la Cruz; y que entretanto que esto se acomoda, me vista luego este santo hábito del Carmen. Concedióselo el padre, y temiendo no le volviese el mal, no la dejó salir de casa a cumplir su devoción, hasta cinco días después, que era día de Nuestra Señora del Carmen, y entonces fué a pie a nuestro convento, con estar lejos, sin cansarse, a visitar el sepulcro de nuestro Santo Padre, y se vistió el hábito de su Orden. Y entonces se hallaba pesaroso el padre de la doncella de no haberla dejado ir el mismo día que le pusieron la reliquia, para que se manifestara más el milagro y la merced que Dios le había hecho.

Esta es la sustancia de las declaraciones juradas de su padre y madre, hermanas, tías y tíos de la enferma, personas todas muy calificadas, y del doctor Ginés de Robles, médico, que con todos está comprobado este milagro: que no sólo cobró en aquel instante salud de tan mortales enfermedades, mas también de otros achaques muy penosos, que antes de ellas padecía.

Examinó el juez, para mayor comprobación del milagro, a la misma doña Juana Godínez de Sandoval, que había estado enferma, y añade en su declaración que, algunos días antes que le diese esta enfermedad, andaba con algunas tristezas, y que aquel día le dió de repente aquel frío y calentura, que la privó de juicio, y que en todos los demás cinco días de su mal no tuvo ningún acuerdo ni sentido; sólo se acordaba que había confesado y comulgado, hasta que le trajeron el pie de nuestro Santo Padre, a quien había mucho tiempo que tenía devoción y le rezaba; y como le dijeron que los Padres que lo habían traído, querían volverlo, se abrazaba con él, sintiendo que se le llevasen. Y entonces dice que le dió interiormente una gran certeza que, por medio de este Santo, le había de dar Dios salud, y dentro de su alma se estaba encomendando a él, pidiéndole se la alcanzase de Dios, y en esto le quitaron la reliquia y se la llevaron. Y en lo demás de su declaración concuerda con los testigos ya referidos.

En otras palabras que luego dice, da a entender que, en aquel instante, no sólo le dieron la salud perdida, mas también una renovación milagrosa de cuerpo y alma, con iluminación divina de la merced que recibía, y del Santo por cuya intercesión se la concedían; y así añade que, como viese a sus padres, hermanas y tías, que no acababan de asegurarse de su salud, los persuadía a que creyesen que no había de volverle el mal, y que esto lo decía porque tenía dentro de sí una seguridad muy cierta que no le había de volver mal ninguno, y no podía tener duda de que fuese cumplida y milagrosa la salud que tenía, y que esta certeza no sabía de dónde le venía, ni cómo la tenía; porque luego que recordó de su mal y volvió en sí, se le puso allá dentro de su corazón una seguridad firmísima de su salud, que no sabe decirla, y que esta salud se la habían dado por nuestro Santo; y que juntamente con esta certeza le dieron una alegría interior tan grande, que no lo sabe explicar.

CAPITULO XXIX

Otro milagro que hizo nuestro Señor con la misma reliquia, dando salud a una señora que todos juzgaban por muerta.

No es menos admirable que el milagro pasado, otro que el mismo año hizo Nuestro Señor con esta reliquia, en otra señora de la misma ciudad de Ubeda, el cual cuentan los testigos de vista, de esta manera: «El día de la Presentación de Ntra. Señora, a 21 de noviembre de 1617, enfermó en Ubeda D.ª Luisa Bela, de una gravísima enfermedad, con tan violentos efectos, que a las dos de aquella misma tarde, la había privado ya del sentido, quedando como un cuerpo muerto, sin hacer acción de persona viva, aunque se echaba de ver que no estaba muerta, por el calor natural que todavía conservaba. Llamaron tres médicos, y habiéndola visto, y conferido entre sí la dolencia, dijeron que era apoplegía, y de las muy fuertes, y como de tal comenzaron a hacerle los remedios penosos que la medicina tiene por eficaces, para que volviese, y con ninguno hizo más movimiento que si estuviera muerta. Viendo sus parientes lo poco que aprovechaban los medios humanos, hicieron diligencia en nuestro convento, para que le trajesen el pie del Padre fray Juan, por cuyo medio hacía Nuestro Señor en aquella ciudad muchos y grandes milagros».

»Lleváronselo dos religiosos, y hallaron a la enferma de la manera que suelen estar los demás cuerpos muertos, sin señal de pulsos, los ojos vueltos, y los dientes traspillados, y ya fría; de manera que, dudando de que estuviese viva, le pusieron un espejo en la boca, para probar si tenía respiración, y de ninguna manera lo empañaba. Con todo eso, aunque estaba en estado tan desahuciado, le pusieron la reliquia de nuestro Santo Padre sobre el pecho, y de ahí a un rato que la tuvo puesta, volvió en sí la enferma, y comenzó a cobrar calor y a usar de los miembros y sentidos, que antes tenía

como muertos, fuera de la vista y de la lengua, que todavía tenía impedidos, y tan cerrada la boca, que aunque se hicieron muchas diligencias para abrírsela, porque pudiese tomar alguna cosa de sustancia, no fué posible, y junto con esto estaba tan dolorida, que en todo el cuerpo sentía dolores. De esta manera pasó cinco días, sin comer más que unas gotas de caldo de pisto, y éstas en muy poca cantidad; porque como no podía abrir la boca, no pasaba más de lo que hacían entrar por entre los dientes, que era muy poco».

»Volvieron luego los religiosos la reliquia a su monasterio, y la enferma se estuvo de esta manera, hasta el día de Santa Catalina, a 25 de noviembre, que era el quinto día de su enfermedad. A las dos de la tarde de este mismo día, le volvieron a traer la reliquia, y ella la tomó en sus manos, y con mucha devoción y lágrimas, pidió al Santo le alcanzase de Dios salud y su habla para poder confesarse. Y en aquel punto le dió una gran confianza que había de ser su petición oída, y que el santo fray Juan de la Cruz le había de alcanzar de Dios lo que pedía. Con la fuerza de esta eficaz confianza tenía tan apretada consigo la reliquia, que no la dejaba de las manos, aunque habían querido quitársela. Y viendo que los Padres que la habían traído, se querían ir y llevársela, hacía su petición con mayor instancia, renovando la fe en el deseo».

»Estando en lo muy afectuóso de esta oración, se sentió en un instante sana y libre de todos los impedimentos de la dolencia, restituídos ya del todo sus sentidos y con renovado aliento y alegría. Con lo cual, como quien prorrumpe en júbilos, comenzó a hablar, diciendo: Santo mío, fray Juan de la Cruz, bien confiada estaba yo que me habíades de alcanzar salud de Dios; y esto repetía muchas veces. Y viendo suspensos a los circunstantes, como no sabían el suceso, les dijo que se hallaba sana de todos sus dolores y accidentes, y con una gran certeza que había recibido de Dios esta merced por intercesión del santo fray Juan de la Cruz. Certificados de esto los religiosos y los demás que allí se hallaban, por ver el semblante alegre y alentado con que lo decía, se hincaron de rodillas y dijeron un «Te Deum laudamus» en hacimiento de gracias, dándolas a Dios, que tan admirable se

muestra en sus Santos. Trajéronle luego de comer, por haber tantos días que no comía, y comió con tan buen aliento como cuando estaba sana».

A la voz del milagro acudió mucha gente, particularmente de las personas que la habían visto como muerta, y viéndola tan en sí y tan alegre, repitiendo las palabras de su salud y del medio por donde la había alcanzado, no acababan de admirarse y de alabar a Dios Nuestro Señor por el suceso, y mucho más los tres médicos que, como sabían por su arte cuán mortal era la dolencia, conocían mejor cuán grande había sido aquel milagro, y afirmaban que lo era fuera de todo el curso de la naturaleza y del socorro de la medicina, de lo cual daban razones muy evidentes. Llegada la hora de cenar, no quiso que fuese la cena a solas, como a enferma, sino como cuando estaba sana a mesa puesta, y con los demás de su casa, y cenó con buen gusto. Después de acostados todos, tenía tanta gana de hacer pruebas de su salud, que se levantó de la cama y anduvo por todo el aposento, y llamó a dos puertas que salen a otras piezas, y dijo a los que estaban dentro que se había levantado para que viesen que estaba del todo buena y sana; y así lo quedó, sin rastro alguno de dolencia ni de flaqueza de convaleciente, como la suele haber en las otras enfermedades que se curan por el camino ordinario.

Está probado este milagro con mucho número de testigos y todos de gran crédito, y entre ellos los tres médicos que acudieron a su enfermedad. Y el doctor Lucas Copado, de Salamanca, que es uno de ellos, significa en su declaración que estaba muerta, según las pruebas que hicieron, para saber si lo estaba; porque es imposible, dice, vivir sin respirar, como tan poco respirar sin vivir. Y por lo que decían los médicos y el barbero (que hizo grandes martirios en ella, para que volviese, sin dar con ninguno muestra de sentido), trataban ya los de su casa de enterrarla, teniéndola por difunta. Y así, este caso y el pasado se tuvieron en Ubeda como milagros de resurrección de muertos, queriendo Nuestro Señor que aun en esto fuese nuestro Santo Padre como corriendo parejas con nuestra Madre Santa Teresa de Jesús.

CAPITULO XXX

Innumerables curas milagrosas que ha hecho Nuestro Señor en diferentes enfermedades por medio de cosas que tocaron al cuerpo de San Juan de la Cruz.

Si pudiéramos detenernos, sin alargar mucho esta historia, en referir con particularidad muchos de los milagros que Nuestro Señor ha hecho, por medio de cosas que tocaron al cuerpo de San Juan de la Cruz, pienso que fuera no sólo de edificación, mas también de consuelo para los lectores, ver en nuestro tiempo renovadas las maravillas de los siglos antiguos, y las que Dios obró en ellos, para honrar a los grandes Santos de su Iglesia.

Porque casi no hay enfermedad en que Nuestro Señor no haya socorrido una y muchas veces por este medio a los que las padecían; y en algunas parece que se halla más a mano este favor de nuestro Santo; como en los dolores y aflicciones del corazón; que como tuvo en vida esta gracia de quitar congojas y aflicciones con sus palabras y escritos, así parece que, después de muerto, se compadece de las personas que están trabajadas con semejantes accidentes, según son muchos los casos milagrosos que en sus informaciones vienen probados de estas curas. Y algunas de los males más apretados de corazón, como es la gota coral, quitando unas veces el accidente, cuando estaba en su mayor furia, con sólo ponerle alguna de estas cosas, y otras veces sanando tan del todo la dolencia, siendo envejecida y muy frecuente, que nunca más se tuvo.

Siéntese asimismo este socorro en todos los males de dolores, como en premio de la paciencia con que este Santo ofreció a Dios los suyos; de lo cual hay innumerables casos probados, de personas muy fatigadas de dolores, en diferentes partes del cuerpo; y cómo quedaban libres de ellos, en poniéndoles alguna cosa que hubiese tocado a nuestro Santo Padre, aunque fuesen dolores de gota artética, que son muy in-

tensos y nunca del todo curados. Y alguna vez se hacía en esto tan milagrosa experiencia, que estando el enfermo padeciendo estos dolores en todas las coyunturas y otras partes del cuerpo, le aplicaban esta reliquia de San Juan de la Cruz, y como le iban tocando con ella en los miembros condolidos, iba huyendo el dolor, hasta que le echaban de todo el cuerpo, dejando al sujeto tan sano, que con ser mal tan incurable, nunca más le tuvo.

De miembros lisiados unas veces por humor, y otras por penetración de fuego, y de sentidos perdidos y restaurados por este medio, hay también ejemplos milagrosos.

En los aprietos muy dificultosos de partos, hay probados notables casos de cuán a lo milagroso socorrió Dios a las que los padecían, por medio de la correa de nuestro Santo Padre o de otra cosa que le hubiese tocado; librando de muerte en este trabajo a muchas mujeres, ya deshauciadas, que en un instante pasaban, con feliz parto, de peligro de muerte a la salud reparada, por este mismo medio.

De todas las demás enfermedades hay probadas muchas curas milagrosas, y hasta de la ponzoña de víbora, que es tan mortal, y en muchos de estos casos desahuciados ya los enfermos y llorados como por muertos, y tocados con alguna reliquia del Santo, eran luego reparados.

Y aunque son innumerables las curas que hizo Nuestro Señor por medio del pie, que en vida fué tan llagado, también las hace con cualquiera otra cosa que haya tocado a nuestro Santo Padre: como los paños que estuvieron en sus llagas y las demás cosas que en su enfermedad le sirvieron, la tierra de su sepultura, las astillas del ataúd donde le enterraron, las estampas donde está dibujada su figura, y otras veces bastó, para dar salud y librar de peligros, sólo la invocación de su nombre; y esto no solamente en la ciudad de Ubeda (donde son más frecuentes los milagros), sino también en otras partes. Y sin los milagros ya pasados, suceden cada día otros nuevos muy acreditados, y algunos, calificados ya por el tribunal eclesiástico, de curas milagrosas hechas por este medio, como la que sucedió en Salamanca, el año pasado 1623, que estando la Madre María de Jesús, religiosa nuestra, desahuciada de tres médicos, con un dolor de costado, de mortales

accidentes y muy penosos, quedó en un instante libre de todos y buena con sólo ponerle una reliquia de nuestro Santo Padre, de lo cual se hizo estrecha averiguación por el tribunal episcopal, con declaración de cinco médicos, todos catedráticos de aquella Universidad, que habían visitado a la enferma, y se declaró por milagro con la solemnidad que el Concilio Tridentino pide. Esta noticia, así resumida, baste para satisfacer a esta parte de nuestra historia, por la prisa con que caminamos a darle fin, y remataremos este capítulo con referir sólo dos casos milagrosos de miembros quebrados y consolidados por este medio, donde la virtud milagrosa se ve más al descubierto.

El uno sucedió en la ciudad de Ubeda, el año 1599, y refiérenlo verídicos testigos, de esta manera: Un hijo de D. Francisco de Narváez, llamado Rodrigo, de edad de veinte meses, andaba jugando en un corredor que salía a la huerta de la casa, donde entonces vivía (que era la del mayorazgo de don Pedro Armildes, que está en la colación de San Isidro), y alguna parte de este corredor estaba sin antepecho. Descuidáronse del niño, y él continuando su juego hacia la orilla del corredor, cayó de él abajo, que es muy alto, y dió con la cabeza en lo enlosado de un estanque de la huerta, y se la aplastó de manera que por la boca, narices y oídos, salía mucha abundancia de sangre, y alguna cosa blanca entre ella que los médicos decían que eran los sesos, porque tenía la cabeza magullada, y los cascos quebrados, de suerte que palpándola, sonaban; y aunque le hacían remedios, él estaba tal, que ninguno de los que le acudían, juzgaban que pudiese vivir. Era tío del niño el P. fray Francisco de Jesús María, religioso nuestro, y habiéndole dicho la desgracia que había sucedido a su sobrino, pidió licencia para irlo a ver y llevarle el pie de nuestro Santo Padre. Hallóle ya desahuciado y sin sentido, y a sus padres llorándole como muerto, sin esperanza de su vida. Púsole el Padre Fr. Francisco el pie del Santo sobre la cabeza magullada, y luego el niño volvió en sí, y comenzó a alentarse y a mostrar mejoría.

Estuvieron allí los dos religiosos un rato con él, y queriéndose volver a su convento y llevar consigo la reliquia, resucitada ya la esperanza de sus padres con la repentina me-

joría de su hijo, pidieron a los Padres tan encarecidamente que no se llevasen la reliquia, que hubieron de dejársela. Caminó tan a prisa la mejoría del niño, contra lo que habían esperado médicos y cirujano, que se fueron consolidando entre sí los cascos quebrados, y reparándose todo lo magullado de la cabeza tan a lo sobrenatural y milagroso que, volviendo de allí a dos días los religiosos a ver al niño y llevar la reliquia, le hallaron sano y bueno de la cabeza, y sin otro accidente alguno, y todos publicando que había sido un grandísimo milagro tan breve salud, obrado por intercesión del Santo; y así lo dicen en sus declaraciones juradas sus padres, tíos y otras personas.

El otro milagro sucedió también en la misma ciudad de Ubeda, el año 1602, y cuéntanlo de esta manera los testigos. Tenía doña Jerónima Enríquez de Carvajal una hija enferma de perlesía, y como se decía tanto en aquella ciudad de los milagros que hacía Nuestro Señor, por medio de las cosas que habían tocado al cuerpo de nuestro Santo Padre, procuró alguna, para ponerla a su hija, y diéronle un pedazo de lienzo que le había servido en su enfermedad; el cual puso a la enferma, y desde entonces quedó libre de aquella dolencia, y así la madre, como la hija, iban publicando el milagro. Oyéndolo Catalina Becerra, vecina suya, le pidió prestado el paño, para ponerlo en su casa a otro enfermo; y habiéndoselo prestado, volvió luego a pedírselo con mucha prisa, diciendo muy lastimada que se le había quebrado un brazo a una criada suya, llamada Antonia, y estaba dando voces con los dolores y le habían de poner el paño; porque era tanta la fe que con él tenía, por lo que había experimentado, que le parecía que con sólo ponérsele, había de quedar sana, sin ser menester llamar para ello al cirujano. Tomó doña Jerónima el brazo quebrado de la criada, y acomodando lo mejor que pudo los huesos divididos de la canilla, puso sobre ellos el paño de nuestro Santo Padre, en lugar de las vizmas que suelen aplicar a esto; y al instante se le quitó el dolor, y poco después conoció que tenía el brazo sano, y le podía mandar como antes, y hacer las cosas de casa que estaban a su cargo.

Habiendo sucedido esto a la mañana, fué Catalina Becerra,

aquel mismo día por la tarde, en casa de doña Jerónima a saber cómo estaba su criada Antonia, y la primera persona con quien encontró, fué con la misma criada, que andaba muy contenta, trabajando en las haciendas de casa. Preguntóle si era ella la que se había quebrado el brazo, y respondió que sí, y que poniéndole el paño del santo Fr. Juan de la Cruz, había quedado sana, sin otra ninguna cura. No acababa con todo eso de creer cosa tan rara, y entrando en el aposento donde estaba la misma doña Jerónima, le preguntó si era verdad aquello. Y ella con la misma admiración que tenía su vecina, le respondió certificándole que, cuando envió por el paño, tenía su criada la canilla del brazo quebrada, y salidos fuera por entre la carne los pedazos de ella, y que con sólo ponerle el paño de nuestro Santo Padre, había quedado sana, como la veía ahora. Toda esta verificación consta de la información jurada, con que ya damos breve remate a esta extendida materia.

CAPITULO XXXI

Es trasladado el cuerpo de San Juan de Ubeda a Segovia. Algunas cosas notables que en esta traslación sucedieron.

Antes de referir otros milagros y sucesos misteriosos con que Nuestro Señor honró la memoria de su siervo, es necesario hacerla primero de cómo se trasladó su santo cuerpo de Ubeda a Segovia.

Porque, en sabiendo D.ª Ana de Peñalosa que era muerto, hizo apretadas diligencias, por medio de don Luis de Mercado, su hermano, oidor del Consejo Real, con el Padre fray Nicolás de Jesús María, Vicario General, para que mandase llevar el cuerpo al monasterio que él había fundado en Segovia. Y aunque el Padre Vciario General lo rehusaba, por no despojar a la ciudad de Ubeda de una prenda de tan gran estima, se pusieron para esto tan poderosos medios, que le obligaron a concederlo; y así dió patente, con precepto y excomunión para el prior del convento de Ubeda, en que le

mandaba que, en recibiéndola, desenterrase con gran secreto el cuerpo de nuestro Santo Padre y le entregase a la persona que la llevaba; de manera que ni en el convento ni en la ciudad se supiese, porque no lo estorbasen, según era grande la devoción que le tenían.

Al cabo de un año que el santo cuerpo estaba debajo de tierra y que ya pareció que estaría gastado, para poder llevar los huesos, envió don Luis de Mercado, desde Madrid, a instancia de su hermana, un alguacil de corte, llamado Juan de Medina, persona de caudal, y de quien tenía satisfacción, para que le trajese, y le entregó la patente del Vicario General, con las advertencias de cómo se había de haber en el secreto. Entró de noche en Ubeda Juan de Medina, y con todo recato fué a nuestro convento, y encerrado a solas con el prior en su celda (que todavía lo era el Padre fray Francisco Crisóstomo) le intimó la patente del Vicario General, y obedeciéndola, aguardó, para ejecutarla con secreto, la hora más quieta, cuando los religiosos estuviesen ya durmiendo. Dadas las once, llamó el prior al que velaba para tañer á maitines y a otro Hermano donado, y poniéndoles un precepto, para que guardasen secreto, se fué con ellos y con Juan de Medina, su compañero, a la iglesia y desenterraron el santo cuerpo, al cual hallaron tan entero y fresco, como si entonces acabaran de enterrarlo, y hasta las llagas de la pierna tenía frescas. Y en lugar de venerar aquella incorrupción de un cuerpo de varón tan santo, por quien había hecho ya Dios tantos milagros, y que de ninguna manera se había embalsamado, ni hecho con él otro beneficio que quitase a la incorrupción la estima de misteriosa, le trataron como a otro cualquiera cuerpo muerto.

Porque, viendo que no estaba en disposición para poder llevarlo, le abrieron el vientre, y le sacaron todos los intestinos, tan frescos como de persona viva; y así vacío el cuerpo, le volvieron a meter en la sepultura, y de la cal viva que estaba en el convento para su edificio, echaron muchas expuertas, así dentro del vacío del cuerpo, como por toda la sepultura. Y para consuelo de doña Ana de Peñalosa, y como testimonio de que no estaba aún el cuerpo para ser trasladado, pidió Juan de Medina al prior que cortase un dedo

del santo cuerpo, y se le diese para llevarlo. Hízolo así, y al cortar el dedo, salió sangre de la herida, como si estuviera vivo; y con todo esto, no bastó para dar estima de aquella incorrupción y tenerla por misteriosa. Todo lo cual se supo después por relación de los dos hermanos, y por la que dió el alguacil a don Luis de Mercado y a su hermana. Volvieron a cerrar la sepultura, y a poner sobre ella una alfombra, que por decencia estaba allí encima; y así se encubrió el caso, y el alguacil salió del convento y de la ciudad aquella noche, para evitar toda sospecha.

Pasados ya unos nueve meses, y pareciendo a doña Ana y a su hermano que con tanta cal estaría ya consumida la carne, para poder llevar los huesos, enviaron al mismo alguacil otra vez por ellos, y abriendo la sepultura con el recato que antes, hallaron el santo cuerpo, aunque no comida la carne, como habían pretendido, ya más seca con el calor de la cal. Acomodóle el alguacil en una maleta, para que, pensando que era ropa, le llevase más encubierto, y de esta manera salió del convento y de la ciudad a la hora más quieta de la noche, temiendo el alboroto que hubiera en Ubeda, si supieran que los despojaban de aquel tesoro. Viéronse aquella noche no livianas señales de que el ángel protector de la ciudad de Ubeda defendía este despojo de cosa tan preciosa en los ojos de Dios contra el ángel de Segovia; al modo que en el capítulo décimo de Daniel contendía el ángel del pueblo de Dios con el del reino de Persia sobre la salida de aquel cautiverio; algunas de las cuales señales declaran los testigo en sus informaciones.

A este propósito hace lo que dice en su declaración jurada el Padre fray Bartolomé de San Basilio, conventual entonces de aquel monasterio: que estando durmiendo aquella noche solo en su celda, a la hora que desenterraban el cuerpo, sin saber el nada, le despertó, sin saber quién, cerca de las once de la noche, y le dijo: «Levántate, si quieres ver el cuerpo del santo Fr. Juan de la Cruz, que lo quieren llevar». Con esta voz le dieron tan gran certeza que era así, que sin acabar de ponerse el hábito, acudió a la Iglesia, donde le estaban desenterrando, y el presidente del convento se puso a la puerta, y sin dejarle entrar, le mandó que se volviese a la celda, sin

decir nada a nadie de lo que sospechaba; y así lo hizo, y cuando se supo el caso, atribuían a esta defensa del ángel de Ubeda el haberle despertado, y que no había tenido licencia de Dios para hacer más ruido ni resistencia.

Otras señales contaban en Segovia, con gran ponderación de misteriosas, el mismo alguacil Juan de Medina y su compañero, como un temor y espanto tan grande que llevaron consigo toda aquella noche, no de la ciudad y de sus alborotos, sino de cosa que más de cerca los asombraba; de manera que, con ser hombres de buen ánimo, iban notablemente temerosos. Crecióles el temor cuando, habiéndose alejado ya mucho de Ubeda y pasando por un monte despoblado, a la falda de un cerro, antes de haber amanecido, les dieron voces de lo alto del cerro, diciendo: «¿Adónde lleváis el cuerpo del Santo? Dejadlo donde estaba». Las cuales de ninguna manera pudieron persuadirse que fuesen voces de persona humana, pues nadie podía saber lo que llevaban, y el efecto pavoroso que hizo en ellos, era más que de voz de hombre.

Entre las cosas notables que contaban de este camino, era una el buen olor y fragancia que salía del santo cuerpo, desde que le desenterraron (lo cual afirman también los religiosos que le sacaron de la sepultura); y algunas veces era tan vehemente este olor, que en los caminos y posadas les preguntaban qué llevaban, que tan bien olía. En Madrid le sacaron de la maleta, y le pusieron en un baúl con flores y hojas de laurel, para que llegase con mayor decencia a Segovia. Y aunque lo llevaban muy secreto, por guardar el orden que los prelados de la Religión habían dado, para que sin concurso de gente se colocase en su convento, era tan fragante el olor que despedía, desde que tocó los términos de Segovia, que antes de entrar en la ciudad, se les comenzó a llegar gente, sin que el alguacil y dos hombres bien puestos que traía consigo, pudiesen estorbarlo, y con pasar a nuestro convento por defuera de la ciudad, para entrar más solos, ya llegaron bien acompañados.

CAPITULO XXXII

Llega el santo cuerpo a Segovia. Gran devoción y alegría con que es recibido de toda la ciudad.

Llegado el santo cuerpo a nuestro monasterio de Segovia, le quitaron del baúl y le pusieron en una caja decente, y aunque venía entero, estaba tan lleno de la cal que se le había pegado en la sepultura, que era menester raérsela con cuchillos; lo cual causaba no poca lástima, viendo que así hubiesen tratado un cuerpo tan venerable. Sólo le faltaba la pierna de las llagas, que Nuestro Señor había ordenado que se quedase en Ubeda, para hacer con ella tantos y tan grandes milagros como allí se experimentan; y un brazo que doña Ana de Peñalosa le había quitado en Madrid, para quedarse con él por su consuelo; y también algunos dedos, que por devoción le habían ya quitado. Vistiéronle su hábito, y viendo que por gran secreto que habían procurado que hubiese, así en traerlo, como en recibirlo, cargaba mucha gente a venerarlo. quiso ocultarlo el prior, e hízolo poner en la sacristía y cerrar las puertas de la iglesia, y que no abriesen la de de la portería sino a personas graves. Pero en un punto se conmovió la ciudad de manera que de todas las edades y estados acudieron a nuestro convento, dando voces y golpes para que les dejasen ver y venerar al Santo.

Resistió el prior lo que pudo a la vocería popular; pero como acudieron también el obispo y muchos canónigos y dignidades de su iglesia, y el Corregidor con muchos Regidores y caballeros de la ciudad, como a darse el parabién del gran tesoro que les había venido a ella, no pudo encubrirlo ya el prior más tiempo. Abrieron la caja en que estaba, y (como algunos lo describen en sus declaraciones juradas) vieron el cuerpo entero, sin vientre e intestinos, con pedazos de la cal todavía pegados. Y después de haber descubierto y tratado la carne, se admiraron de verla, aunque enjuta con la cal, no consumida, sino todavía tratable y del buen olor que salía

de ella. Y el rostro conservaba todavía la distinción y color de sus facciones; de manera que los que le habían conocido en vida, le conocieron entonces, aunque por otro camino no supieran que era aquel su cuerpo.

Mientras esto pasaba en la sacristía, era tanta la voceria del pueblo a las puertas del convento y de la iglesia, y tan recios los golpes que daban, que temiendo no las quebrasen, sacaron la caja con el santo cuerpo a la capilla mayor de la iglesia, y abrieron las puertas principales de ella, cerrando las de la reja de la capilla, para que por ella, sin entrar dentro, pudiesen ver el cuerpo, y con esto se diesen por contentos. Llenóse luego la iglesia de gente, y temiendo los religiosos que rompiesen la reja, por entrar en la capilla, se pusieron a defenderlo, y desde la parte de dentro recibían las cosas que los seglares daban para que tocasen con ellas al santo cuerpo, como rosarios, pañuelos y otras que hallaban a mano, de la manera que lo suelen hacer los fieles con los cuerpos de los santos ya canonizados, para guardar como por reliquias las cosas que les han tocado; y quedando todavía la calle llena de gente, como salían unos, entraban otros; y duró tanto este concurso, que dicen en sus declaraciones juradas muchas personas graves de las que allí se hallaron, que en muchos días no se podía pasar por la calle de junto a nuestro convento, ni a pie ni a caballo, por la mucha gente de todos estados que acudía a venerar el santo cuerpo.

En sabiéndose en Madrid el gran aplauso común, con que en Segovia habían recibido el cuerpo de nuestro Santo Padre, y la mucha gente que acudía al convento a aclamarle por santo, como nuestra Religión se estrecha tanto en la veneración de sus Santos, hasta que la Sede Apostólica los dé por tales; sintió mucho el definitorio general esta aclamación y concurso de gente, y envió un riguroso mandato al prior del convento, para que en todo caso lo excusase. Pero como Dios era el autor principal de esta devoción, pudo el prior quitar el cuerpo de la vista de la gente y esconderle, pero no el concurso de ella; porque fué tanto la que cargó pidiendo que les dejasen ver el santo cuerpo, que rompieron un pedazo de la reja de la capilla mayor, para entrar dentro, sin que los religiosos pudiesen estorbarlo. Y para moderar este ímpetu po-

pular, mandó el prior que de un hábito viejo, que del Santo había quedado en el convento, se repartiesen algunos pedazos entre aquella gente, y después de haber despojado de estas prendas al convento, acudieron a casa de doña Ana de Peñalosa por algo de lo que ella había guardado de los pobres remiendos de nuestro Santo Padre, y los que no alcanzaban ninguna cosa de éstas, pedían de las yerbas en que el santo cuerpo había venido envuelto, y también se repartieron como por reliquias.

De las dos calidades sobrenaturales que acompañaban al santo cuerpo, que son incorrupción y buen olor, dicen mucho los testigos que se examinaron para sus informaciones en la ciudad de Segovia y en la villa de Medina del Campo, donde está el brazo que doña Ana de Peñalosa quitó al santo cuerpo, y cuentan casos muy notables en que estas calidades se experimentaron. Y con haber reliquias de nuestra Santa Madre en aquel convento de religiosas, donde está este brazo, dicen algunas de ellas que es olor más fragante y vivo el que sale de este brazo, y más particularmente se experimentó esto el tiempo que en Medina se hacían estas informaciones para su beatificación; y hasta las yerbas que vinieron en el baúl con el santo cuerpo, conservaban este buen olor, y lo pegaban a otras cosas, aun después de muchos años, y su verdor y frescura, como lo afirman por cosas notables, en sus declaraciones juradas, las personas que las llevaron y las guardaban por reliquias. También se experimentó muchas veces en nuestro convento de Segovia que, pidiendo los enfermos agua, tocada con alguna reliquia del cuerpo del Santo Padre, como se suele tocar con la de San Alberto, pegaba el buen olor al agua, aunque fuese en mucha cantidad, de que los médicos se admiraban, como de cosa tan sobrenartural.

CAPITULO XXXIII

Cómo se colocó el santo cuerpo en un sepulcro bien labrado, y de la suavísima fragancia que se sintió en su colocación.

Tratóse luego en Segovia de colocar el santo cuerpo en lugar donde estuviese con decencia, y se excusase la importunación de la gente, que venía a verle y venerarle, particularmente personas graves y señores de título, a quienes no se les podía negar la puerta.

Eligieron para esto una capilla de Nuestra Señora del Monte Carmelo que está al lado del Evangelio de la Caplila mayor, en la iglesia del convento; donde levantado del suelo, labraron un sepulcro, sobre que pusieron el santo cuerpo, metido en una urna o arca rica, aforrada dentro y fuera de terciopelo carmesí, con franjas y pasamanos de oro, y mucha clavazón dorada, con tres cerraduras cantoneras y aldabones todo dorado, la cual dieron, por devoción del Santo, D. Martín de Guzmán y su mujer doña Isabel de Silva, señores de Monte Alegre. Dieron también una sábana de Holanda, con puntas de oro, para envolver el cuerpo; y no se usó de ella para esto, porque estaba perfumada y no quisieron mezclar olor ninguno de la tierra con el olor del cielo, que despedía de sí el santo cuerpo, y así le envolvieron en un mantel de la sacristía sin olor, que había servido en los altares. Para cubrir la urna, ofrecieron al Santo don Antonio de Robles y Guzmán y doña Antonia de Luyando, su mujer, señores de la villa de Trigueros, un paño de raso blanco de la China, prensado y aforrado en carmesí, con unas muy grandes puntas de oro; y los excelentísimos señores don Juan Pimentel y doña Mencía de Requesenes, Condes de Benavente, ofrecieron también para lo mismo una rica cobertura de brocado de cinco altos, con mucha guarnición de oro. Todo lo cual estaba debajo de un dosel de demasco carmesí, con guarnición de oro, y delante una reja dorada para guarda del santo cuer-

po. Ofreció asimismo don Alonso de Bracamonte, Marqués de Peñaranda, una lámpara de plata, para que ardiese delante del sepulcro; y de esta manera quedó por entonces colocado allí el santo cuerpo.

Ibase cada día esforzando tanto la devoción de la gente a San Juan de la Cruz, con los milagros que Nuestro Señor hacía por sus reliquias, y creciendo con esto la frecuencia de su sepulcro, de manera que era ya muy estrecha la capilla, para la mucha gente que entraba en ella a visitar el santo cuerpo, y así fué necesario tratar de ensancharla. Y el año de 1618 comenzaron a ponerlo por la ejecución, alentándolo el P. Fr. José de Jesús María, General que era entonces, y poco antes había solicitado las informaciones sumarias de la vida y milagros de Nuestro Santo Padre delante de los señores Obispos, a quien tocan.

Fabricóse para sepulcro perpetuo del santo cuerpo una curiosa capilla en el mismo lugar, de veintiún pies en cuadro, de poca menor altura que la iglesia principal, con dos ventanas sobre la cornisa, la una hacia oriente, y la otra hacia poniente; que con la luz que entra por ellas, hacen la capilla alegre y clara. En la cual, frontero de la reja de la misma capilla y al lado derecho del altar de Nuestra Señora, se levantó sin altar el sepulcro de nuestro Santo Padre con más perfecta arquitectura y más autorizado que el primero. Renovóse también el retablo del altar de Nuestra Señora, que ayuda a hermosear la capilla, y delante de él y del sepulcro se pusieron tres lámparas grandes de plata, con muchos donativos y cirios muy grandes de cera blanca, que personas devotas ofrecieron al Santo, por beneficios milagrosos que habían recibido de Dios por su medio.

Señalóse para la traslación del santo cuerpo, de la capilla mayor (donde estaba de prestado) a su sepulcro, el día de los Reyes, del año 1621, teniéndolo muy en silencio; porque si en la ciudad se supiera, no se pudieran revolver en el convento con la mucha gente que acudiera a hallarse en ella, y tenían orden de los prelados superiores que se hiciese la traslación sin ruido. Acabada la oración de la tarde del día señalado y dichas Completas, cerradas ya las puertas del convento, bajó la comunidad a la capilla mayor, donde estaba

hecho un curioso altar portátil, y sobre él puestas unas andas, donde pusieron la urna con el santo cuerpo, mientras se dijo una plática, que duró una hora, celebrando las virtudes y vida heroica de San Juan de la Cruz. La cual acabada, se levantó el secretario del Padre Provincial, y leyó un precepto del Padre General, en que mandaba que nadie quitase cosa alguna del santo cuerpo, y fué muy necesario para reprimir las ansias con que estaban los religiosos de sacar de aquella feria alguna prenda de su devoción.

Hecho esto, llegó el Provincial con tres llaves doradas, pendientes cada una de ellas de un listón carmesí, y abrió la urna, acercándose los demás religiosos; después quitó de sobre el santo cuerpo una cubierta de raso carmesí, aforrada en tafetán blanco, con puntas de oro a la redonda, y apartando el lienzo, en que el santo cuerpo estaba envuelto, descubrió la venerable cabeza; y puesto de rodillas, la veneró como a instrumento de Dios, por quien Su Majestad obró tantas maravillas, y lo mismo hicieron todos los demás religiosos que allí se hallaron, así prelados, como súbditos, que llegaron a número de cincuenta y seis. De la fragancia suavísima que se sintió entonces, referiré lo que dice en su declaración el Padre Fr. Alonso de la Madre de Dios, religioso grave de aquella provincia, y tan incrédulo de cosas sobrenaturales, que hace su confesión más creíble ésta, de que hubo tantos testigos, y él fué uno de ellos.

Dice, pues, de esta fragancia, estas palabras: «En el tiempo que estuvo de esta manera el arca, donde estaba el santo cuerpo, abierta por diversas veces, se sintió en la capilla mayor, donde estábamos un olor suavísimo, tan percibido de todos los presentes, que lo decían a voces. De mí doy fe que lo sentí diversas veces, unas estando más cerca del arca, y otras más apartado, y todas sin pensamiento de tal olor. No era como olor seco de perfumes, ni de algalía y olores semejantes, sino de una cosa suave y dulce, que suavizaba el interior; que este olor fuese sobrenatural, y que salía del cuerpo del Santo, muy bien lo puedo afirmar; porque lo sentimos a tiempo que ni en la iglesia ni en el convento hubo cosa que le pudiese causar, porque no hubo flores ni cazoleta, ni incensario ni cosa de lienzo rociada. Ni del lienzo

del arca tampoco salió, porque eran unos manteles de un altar, que servían en él, cuando allí los pusieron de propósito, por no estar rociados; y así todos los que allí nos hallamos, lo juzgamos por cosa milagrosa». Todo esto es de este religioso.

Acabada la veneración de los religiosos, se volvió a cubrir el santo cuerpo con la sábana y cubierta de carmesí, aforrada en blanco, y se cerró el arca con las tres llaves. Tomaron los religiosos velas y hachas, y se pusieron en orden, y el P. Provincial, y un Padre definidor, y los priores de Osma y Peñaranda tomaron sobre sus hombros las andas con la urna, y la llevaron a la capilla de Nuestra Señora cantando un «Te Deum», con devoción y alegría, y subiendo al sepulcro la urna, la pusieron en su lugar, y sobre ella la cubierta de brocado, y aseguraron el sepulcro con dos fuertes candados, y por remate de alegría festiva se cantaron algunas letras en alabanza del Santo. En todo lo cual estuvieron los religiosos tan devotamente entretenidos, y con tanto gozo y consuelo, que habiendo comenzado el acto de la traslación a las seis de la tarde, eran las doce de la noche cuando se acabó, pareciéndoles a todos que había sido tiempo breve.

CAPITULO XXXIV

Devoción con que acuden los fieles a visitar el sepulcro de San Juan de la Cruz, y cuánto experimentan su favor.

Desde que trajeron el santo cuerpo a Segovia y le colocaron en el primer sepulcro, fué grandísima la devoción, y mucha la frecuencia con que acudía a visitarle la gente de todos los estados, así de aquella ciudad, como de su comarca, particularmente personas necesitadas, afligidas o enfermas, y andaba tan liberal el Santo en interceder por ellas con Nuestro Señor, que muchas recibieron milagrosamente remedio de sus enfermedades y trabajos, unas veces en la misma iglesia, y otras con alguna reliquia del Santo, que llevaban a sus casas; y así son muchos los milagros que vienen pro-

bados en las informaciones que allí se hicieron, que obró Nuestro Señor por este medio, librando a sus devotos de muchas enfermedades, aflicciones y peligros.

Con esta experiencia milagrosa se aumentaba cada día esta frecuencia, así de los que venían a hacer novenas al santo sepulcro, como de los que acudían de ordinario a ofrecer al Santo sus oraciones; y después que se hizo la capilla y se mejoró el sepulcro, parece que se ha esforzado más la devoción de los fieles con nuevas experiencias milagrosas; y si de día es visitado de muchos seglares, también lo es de noche de los religiosos, por la gran devoción que le tienen, y allí han alcanzado algunos la salud de enfermedades perpetuas, a que los médicos no hallaban cura, de que se refieren en sus informaciones casos milagrosos muy notables. Y así es ordinario ver algunos de ellos velando al santo sepulcro hasta las once de la noche, y otros que se anticipan a la mañana, antes de ir a la oración de comunidad.

El día de su muerte, que fué a 14 de diciembre, cuando le llevaron a gozar en el cielo el premio merecido de sus trabajos, hacen en aquella casa particulares muestras de alegría, como gozándose de la gloria del Padre común, y dándole el parabién de ella; con lo cual celebran su nacimiento en el cielo, como se suele celebrar el día que los Reyes nacen en la tierra. Y mientras la Sede Apostólica no les abre la puerta a la veneración pública, hacen sus demostraciones caseras del amor filial que le tienen, y de lo que estiman su memoria; y en orden a esto, celebran este día sus alabanzas con oraciones retóricas y cosas de poesía; y los estudiantes del curso de Artes, que allí se les vaca aquel día de los estudios, como los días de fiesta; en la alegría de los ánimos muestran no sólo la gran devoción que le tienen, mas también el altísimo concepto que de su santidad y gloria hacen. Cuando tienen sus conclusiones, suelen dedicárselas, y en las introducciones de ellas piden de ordinario su favor para el buen acierto de aquellos actos.

De la veneración que los Padres de la Observancia de nuestra Orden tienen a las cosas del santo Juan de la Cruz, referiré sólo el testimonio que da de esto, en la información que se hizo en Medina del Campo, el P. Maestro Fr. Antonio

de Sagramena, prior que fué de aquel convento, el cual dice de esta manera: «Siendo yo prior de este convento de Santa Ana, hallé en el libro antiguo, que en él hay, de las profesiones de sus religiosos, la del venerable P. Fr. Juan de la Cruz, y tuve impulso interior de poner con decencia aquel libro, por estar en él aquella profesión; y así lo hice encuadernar en cuero negro, dorado todo con las armas de la Orden, y por principio la imagen del venerable Padre, como la suelen pintar con una cruz en la mano y un querubín al lado derecho que envía un rayo de luz al oído. Y en el capítulo del convento hice poner una imagen suya de cuerpo entero, y a un lado de esta imagen un archivo en que este libro estuviese, en veneración de la profesión de varón tan santo, que en él estaba». Todo esto es de este religioso.

Como Dios mueve los fieles a la devoción y reverencia de su fidelísimo siervo, así también castiga la falta de esta reverencia, de que referiré sólo un ejemplo, probado en las informaciones de Granada. En las primeras que en aquella provincia se hicieron a mi instancia, de la vida y grandes virtudes de Fr. Juan de la Cruz, para escribir su historia con noticias muy verdaderas, había de decir su dicho un religioso, que en vida no había sido muy aficionado suyo, que era indicio de poco reformado; llamóle para esto el P. fray Alonso de Cristo, compañero que era del Provincial, y sabiendo ya para lo que le llamaban, dijo, con un sonsonete de mucho menosprecio: ¿Qué tengo de decir del Padre Fr. Juan de la Cruz? Como significando que no había que hacer caso de su santidad; con esto volvió las espaldas al P. fray Alonso, y luego al mismo punto se le quitó el habla, sin poder hablar palabra en algunas horas, en que hubo algunas ocasiones de nota de su silencio. Viéndose con esto afligido, y abriéndole los ojos la pena, que le había cerrado la culpa, y conociendo que era castigo de la irreverencia con que había hablado de tan gran santo, se compungió mucho por ello, y pidió con muy grande devoción y arrepentimiento a nuestro Santo Padre perdón de su desestima, y que le fuese intercesor con Dios, para que le restituyese el habla, ofreciéndole serle de allí adelante muy devoto; y experimentó luego cuán eficaz medio había tomado, porque le restituyó Nuestro Señor el habla como antes.

Y lleno de admiración, fué a buscar al Padre Fr. Alonso, y le contó lo que le había pasado, y no acababa de ponderar la gran estimación que Nuestro Señor le había dado de la santidad de este fiel siervo suyo.

Fué muy sabido este caso, y como cosa tan pública, la refirió el mismo fray Alonso en una oración retórica que hizo el año 1617 en el convento de Granada, a 14 de diciembre, celebrando la alegre memoria de San Juan de la Cruz en el día de su muerte.

CAPITULO XXXV

Pleitean en Roma las dos ciudades de Ubeda y Segovia el cuerpo de San Juan de la Cruz. Medio que se tomó para concordarlas.

En sabiéndose en Ubeda la traslación del cuerpo del Santo Padre a Segovia, hizo toda la ciudad particular sentimiento de que la hubiesen despojado de tan rico tesoro, como es el cuerpo de un santo, ilustrado en vida con tan heroicas virtudes, y en muerte con tantos milagros. Y con el celo y valor que esta ilustre ciudad muestra en la estima y veneración de los Santos, determinaron en su ayuntamiento que se acudiese a Roma a pedir a Su Santidad restitución de este despojo, y nombraron comisarios que lo solicitasen.

Púsose la demanda delante de la Santidad de Clemente VIII y salió a la defensa la ciudad de Segovia, y por ella Don Luis de Mercado y doña Ana de Peñalosa; y en contradictorio juicio (como consta de los recados de Ubeda), mandó Su Santidad que se restituyese el santo cuerpo a la ciudad de Ubeda, para lo cual dió su Breve Apostólico, expedido a 15 de septiembre de 1596, y el Auditor de la Cámara sus ejecutoriales, para mayor firmeza de la ejecución; la cual cometió a D. Bernardo de Rojas, obispo de Jaén, y al doctor don Lope de Molina, tesorero de la iglesia colegial de Ubeda, a cada uno *in solidum*.

Fué tan grande el aprecio que Su Santidad hizo que dos ciudades tan ilustres de España pleiteasen con tanta instancia

el cuerpo de un pobre religioso (pareciéndole que no se podían mover a esto sin algún gran fundamento, y que Dios los movía para que su fiel y amante siervo fuese conocido), que entre tan graves ocupaciones como tenía a su cargo del gobierno del mundo, gastó algunos ratos con Pedro de Molina, natural de Ubeda, y solicitador de esta causa, informándose del Santo Padre, y del crédito de virtud y santidad que tenía; y para excelencia de la prudencia y piedad de este gran Pontífice y de la estimación que hizo de esta causa, que delante de él se había ventilado, referiré aquí unas palabras que el doctor Don Lope de Molina (poco ha nombrado) refiere acerca de esto en su declaración jurada.

Certificóme, dice, Pedro de Molina, mi hermano, que estando para partirse con este Breve a España, le envió a llamar Su Santidad Clemente VIII, y le dijo: «Cuando vaya vuestro hermano a Segovia por el cuerpo del Beato Juan, diga que va a negocios nuestros, y váyase a posar al convento donde está, y después de cena diga al prior del convento que se vaya a la iglesia, que le quiere comunicar el negocio a que va. Y estando en la iglesia, haga que un notario, que llevará consigo como criado, le notifique nuestras Letras, y mándele que, so pena de excomunión, guarde secreto; y tome el cuerpo con sus criados, acomodándolo en parte decente, y luego aquella noche le saque de Segovia, sin parar, y llévelo a Ubeda. Esto dice este testigo, y con esta diligencia del supremo monarca, quiso evitar el alboroto que hubiera en Segovia, si la restitución se ejecutara, habiendo noticia de ella.

Sabido por el General de nuestra Orden que estos despachos habían llegado a Ubeda y que se trataba de ir el Comisario apostólico, acompañado de dos veinticuatros, a Segovia por el cuerpo, hizo apretadas diligencias, a instancia de Segovia, para que la ciudad de Ubeda se contentase con que le diesen parte del cuerpo, y habiéndolo alcanzado de ella, dividieron del cuerpo una pierna y brazo, y con mucha decencia los enviaron a Ubeda, entregándolos al Provincial y socios de aquella provincia, que habían venido al capítulo general, con bastantes recados para que constase que eran partes del santo cuerpo. Y dicen los testigos que se hallaron presentes que, cuando se dividieron de él estas dos piezas, fué

tan grande la fragancia de olor del cielo que salía de las santas reliquias, que penetró hasta la sacristía, y por muchos días se conservó en la capilla de Nuestra Señora, donde está el sepulcro, y también en unas tijeras y cuchillo con que la división se hizo.

Fueron estas reliquias recibidas en Ubeda con gran alegría, y habiéndolas entregado a la ciudad, las mandaron colocar en nuestro convento, y dieron libranza para que, a costa de la ciudad, se colocase decentemente con todo el adorno que a la Religión pareciese. Hízose para esto un tabernáculo dorado e iluminado en la capilla mayor del convento, al lado del Evangelio, en el cual pusieron las santas reliquias en una arca ricamente adornada, y todo esto debajo de un dosel de damasco. En la misma iglesia está asimismo con veneración la sepultura donde el santo cuerpo estuvo enterrado; la cual está a modo de sepulcro, levantada una cuarta del suelo, y la cubre una losa grande de jaspe, y rodéanla dos órdenes de barandillas, la una de hierro, encima de la losa, con sus remates de bronce dorado, y otra más apartada de madera torneada, para mayor ornato. En medio de esta losa está una rotura, por donde sacan alguna tierra para los enfermos, por ser grande la devoción que así esta ciudad, como toda la comarca, tienen con San Juan de la Cruz y con su sepulcro.

De los oficios de patrocinio y amparo que Fr. Juan de la Cruz hace desde el cielo a la ciudad de Ubeda, ha tenido hartos indicios milagrosos en tantos y tan grandes milagros, como por su medio hizo Nuestro Señor en ella, para socorro particular de sus vecinos, y aunque los universales nos están ocultos, de uno solamente haré memoria, que viene probado en sus informaciones. El año 1607, por el mes de mayo, se armaron, una tarde, sobre la ciudad de Ubeda, unos muy terribles nublados, al modo de cuando las nubes vienen cargadas de piedra. Y como, pocos días antes, habían otras nubes descargado en los términos de los lugares convecinos mucha y muy grande piedra, que destruyó sus campos, temieron mucho los de Ubeda que había de suceder aquel día lo mismo en los suyos, y así comenzaron a tañer las campanas en todas las iglesias de la ciudad; y amenazando ya más de cerca la tormenta, con frecuentes relámpagos y terribles truenos, sa-

caban en las iglesias las reliquias que en cada una había, y puesta la gente en oración, pedían a Dios que los librase de aquel peligro, e invocaban para esto a los Santos sus devotos, para que les fuesen buenos intercesores; y a nuestro convento acudía mucha gente a pedir lo mismo a San Juan de la Cruz, entendiendo que era muy poderosa su intercesión para alcanzarlo de Dios.

Antes de anochecer, se obscureció el cielo, como si ya fuera de noche, y era tanto el ruido y espanto de los truenos, que ponían temor hasta a los más animosos; y echábase de ver que había en el aire quien conmoviese las nubes, y las detuviese sobre la ciudad; porque viniendo con un viento tan impetuoso, que parecía querer llevar las casas, y ser propio de él llevar con velocidad las nubes, se estuvieron muy despacio sobre la ciudad, desde poco antes de anochecer, hasta más de tres horas de noche, durando en todo este tiempo la furia de la tormenta. Y queriendo Nuestro Señor que se conociese en la ciudad quién la defendía, vieron algunas personas, a la luz de los relámpagos, que andaba en el aire un fraile carmelita descalzo, deteniendo diversas veces las nubes y haciéndolas volver atrás, para que no descargasen la piedra ni en Ubeda ni en sus términos. Y así, aunque duró todo este tiempo la tormenta y el amenazar con sus efectos, y de cuando en cuando caían algunas piedras gruesas, como dando señal de la mercaduría de que venían cargadas las nubes, no hicieron mal y se fueron deshaciendo; y los que vieron el defensor, lo atribuyeron a San Juan de la Cruz.

CAPITULO XXXVI

Algunas cosas misteriosas sucedidas con una reliquia de San Juan de la Cruz, y cómo se comenzaron a ver las apariciones milagrosas en su carne.

Para tratar de muchas cosas misteriosas que nos quedan en el remate de la historia del Santo Reformador, es forzoso hacer primero memoria de algunas que Francisco de Yepes, su hermano, refiere en dos dichos concordes, el uno poco antes que muriese, y el otro algunos años antes: a los

cuales no negara el crédito quien hubiere conocido la virtud, verdad y sinceridad de quien las afirma. Cuando supo Francisco de Yepes, que habían traído a Segovia el cuerpo de su santo hermano, fué allá para verle, y habiéndole dicho que estaba ya cerrado en su sepulcro, y que no podía abrirse, pasó a Madrid a pedir a doña Ana de Peñalosa alguna reliquia suya. Fué bien recibido de ella, y después de haberle regalado, le dió para su consuelo un pedacito de carne del Santo Padre, y se lo hizo poner en un viril, con un cerco muy pobre (porque su humildad lo pidió así), para que, colgado de una cinta, lo trajese consigo; y porque a doña Ana le hacía ya escrúpulo tener en su poder una cosa tan preciosa, como el brazo de nuestro Santo Padre, que había quitado del cuerpo cuando pasó por allí, lo dió a Francisco de Yepes, para que, pasando por Segovia, lo entregase al prior de nuestro convento, para que se pusiese con el cuerpo en el sepulcro.

Partió de Madrid en un día muy claro, y a poco más de legua y media, le sobrevino tan gran oscuridad y tormenta, que pensó perecer allí, sin poder volver atrás ni pasar adelante; y era tan grande el torbellino y tan molestos los remolinos, que le cegaban y atemorizaban. Porque no parecía alteración aquella de causa natural, sino movida contra él por los demonios, en odio de la reliquia que llevaba, del que en vida tanto los había perseguido, y aunque se encomendaba a Dios, no cesaba la tormenta. Estando en esta aflicción, se acordó cuán devoto era su hermano de la madre de Dios, cuando era vivo, y con un impulso más que ordinario se encomendó a ella, diciéndole que por quien ella era y por los grandes servicios que su hermano le había hecho, le suplicaba le librase de aquel peligro en que estaba, y al mismo punto que pronunció estas palabras, se quitaron todos los nublados, y cesaron el torbellino y remolinos, y quedó el tiempo tan apacible, como le había traído antes, con gran consuelo de su alma de aquella experiencia que había hecho, de cuán agradable era a la Virgen la memoria de su hermano, y cuán aceptos le habían sido sus servicios.

Continuando la jornada de Segovia, con intento de ir a dormir a Cerecedillo (lugar puesto al pie del puerto de la Fuenfría), le anocheció una legua antes; y como el camino de

sierra es angosto y pedregoso, y hacía la noche muy oscura, y tras esto no encontraba a nadie a quien preguntar si era aquél el camino que iba al lugar o le había perdido, afligióse mucho, temiendo quedarse en la sierra aquella noche. En esta aflicción volvió a valerse de la experiencia pasada, haciendo la misma petición a la Virgen, y vió luego el efecto de ella, porque se le descubrió una luz muy hermosa y peregrina, que le mostraba apaciblemente el camino. Admirado de cosa tan rara, miró hacia el cielo y vió otra cosa que le aumentó la admiración; porque aquella claridad procedía de dos luminarias muy hermosas del tamaño cada una de ellas de una media luna, la una muy blanca, y la otra a manera de una luz dorada, y de mayor resplandor y hermosura que la blanca; la una estaba a la mano derecha, y la otra a la izquierda, de las cuales procedían dos rayos que, tomando en medio al caminante, le iban guiando al paso que él caminaba. Fué grandísimo el consuelo que esto le causó, porque no sólo parecía que alumbraban el camino, mas también su alma, y hasta ponerle en el lugar, no le dejaron. Llegó otro día a Segovia, donde había de dejar la reliquia de su santo hermano, y por cierto disgusto que allí tuvo, se determinó de pasar con ella a Medina del Campo, y entregarla a nuestras religiosas, como en premio de haber sustentado en aquel monasterio a su madre, para reparo de su vejez, y dádole en él sepultura después de muerta, y así lo hizo.

Para mitigar la soledad que su santo hermano le hacía, le era de gran consuelo el pedacito de carne que le había dado doña Ana de Peñalosa, para que lo trajese consigo, y nunca lo apartaba de sí de día ni de noche.

Una mañana después de levantado, la halló menos, y habiendo desenvuelto la cama y revuelto toda la casa, no pudo hallarla, ni él podía sosegar, afligido de esta pérdida. Estando en esta aflicción, le vino un pensamiento, si cuando la moza había hecho la cama y barrido el aposento la había echado en la lumbre, con las pajas que del jergón se habían caído. Con esta aprensión, se fué a la lumbre, y revolviendo las brasas con un palo, halló en medio de ellas su viril con la carne, y sacándole, vió que ni en el viril ni en el cerco había hecho daño el fuego, ni se había derretido un «Ag-

nus» de cera, que dentro estaba; sólo había quemado y hecho polvos la cinta con que le traía colgado al cuello. Y preguntando con cuidado a la moza el tiempo en que había echado las pajas en el fuego, averiguó que había más de una hora, y así le tuvo por caso milagroso, y se le renovó la afición con que traía aquella reliquia.

Algunas veces le apretaban mucho las soledades de su santo hermano, y el deseo de verle en esta vida, antes que muriese; y queriendo Dios consolarle, un día de los Reyes, estando en oración, oyó una voz muy interior que le dijo que todas las veces que mirase aquel viril, podría ver a su hermano estampado en su misma carne. Descubrió el viril que traía en el pecho, y mirándole con atención, vió en la carne que estaba dentro de él (que sería del tamaño de un real de a dos) a nuestro Santo Padre, estampado tan al natural, como si hubieran sacado un retrato por el original vivo, y otra cosa más que le renovó la admiración y el consuelo. Porque vió también estampada en la misma carne a la Virgen Nuestra Señora, con el Niño Jesús en los brazos; de manera que el sagrado Niño venía a estar entre los dos. Estaba sentada la Virgen y vestida del hábito del Carmen, con su manto blanco, y San Juan de la Cruz, hincado de rodillas con las manos puestas.

Estando Francisco de Yepes mirando todo esto, con una muy gran admiración, mezclada con extraordinario consuelo, le dieron a entender por ilustración del entendimiento con tanta certeza, que él pudo jurarlo, que por la gran devoción con que su hermano había servido a la Madre y al Hijo, le tenían en su compañía y tan junto a sí. Dió Francisco de Yepes tiernas gracias a entrambos por tan particular merced, como le habían hecho, y gozaba de ella con nuevo consuelo y devoción siempre que miraba al relicario.

Este milagro se comenzó a divulgar por Medina del Campo, y haber de él opiniones diferentes; porque, como cosa tan sobrenatural, no la veían todos, sino sólo aquellos a quienes Dios lo concedía; y como éstos veían estas tres figuras en tan poca carne, y echaban de ver que ni con impresión ni con otro artificio humano se podían así figurar, admirábanse mucho y la tenían por cosa milagrosa y los otros que con mucha

atención miraban el viril, no veían más que la carne sola, hacían donaire del misterio. Las personas que vieron en ella unas mismas figuras, fueron muchas, así religiosos, como seglares, y entre ellas algunas de gran crédito, y habiendo sido examinadas en las informaciones que por el obispo diocesano se hicieron, para la calificación de este milagro, como adelante veremos, afirman haber visto en esta poca carne tres imágenes distintamente: una de la Virgen María Nuestra Señora, vestida del hábito del Carmen, con el rostro muy alegre, y su corona en la cabeza; otra del Niño Jesús, al cual tenía la Virgen hacia el brazo derecho, y el Niño mostrando gran alegría en el rostro; la tercera de San Juan de la Cruz hacia los pies de la Virgen, vestido con su hábito de carmelita descalzo, y con su corona y cerquillo, como lo usan en su misma Orden, y tenía como reclinada la cabeza en los pies del santísimo Niño, y la sagrada Virgen estaba como mirando al Santo con mucha alegría, y él como adorando al Niño y a la Madre.

Demás de estas figuras, afirman haber visto otras; porque unos veían un Cristo Crucificado, otros una paloma, como suelen pintar al Espíritu Santo, otros una custodia con el Santísimo Sacramento, y muchos también al mismo Francisco de Yepes, allí estampado. Algunos ven siempre unas mismas figuras, y otros no siempre las ven; otras veces ven unas y no otras; porque ven también a San José, y otros a nuestra Madre Santa Teresa. De manera que no sólo la impresión de las imágenes es obra sobrenatural, mas también lo parece verlas con tantas diferencias. Porque hasta en la imagen del Cristo las había, que unas veces era con su cruz en figura entera, y otras sin cruz, y cubierta con una nube la cabeza y los brazos, y encima de la nube el Espíritu Santo, y en forma de paloma echando rayos; y esta segunda imagen del Cristo era más ordinaria.

CAPITULO XXXVII

Efectos que hace en las almas la vista de estas imágenes.

Los que no ahondan mucho en las cosas dificultosas, se casan tanto con su propio juicio, fundado en algunas reglas generales y ordinarias, que por allí las juzgan siempre, sin mirar otras circunstancias y accidentes que acompañan al prudente juicio de las cosas arduas, como sea cierto lo que dice Santo Tomás (1): que en esta vida no conocemos de primera instancia la substancia de las cosas, como la conocen los ángeles, sino que entramos al conocimiento de esta sustancia por los efectos y propiedades de ellas como por puertas; y así es necesario para no errar, reconocer estos efectos, y entrar por estas puertas; y si esto acaece en la cosas naturales y comunes, mucho más necesario es en las sobrenaturales y milagrosas, cuya sustancia está más encubierta.

Por defecto de esto, viene lo que sucede a muchas personas que se tienen por doctas y advertidas, que sin reconocer de cerca las circunstancias de estas apariciones, las condenan luego por sospechosas de no buen espíritu, sin otro fundamento más que decir que en las cosas materiales y visibles puede tener el demonio mucha mano, y que así la puede tener también en esto. Por lo cual, antes de pasar adelante, en lo que resta por referir de este misterio, será necesario responder a esta objección y descubrir un poco de los accidentes conocidos, para que por ellos, como por puertas de acertado juicio, entremos en la sustancia no conocida, de donde como de su causa proceden estos efectos.

Y lo primero se ha de advertir que, de tener el demonio mano en estas cosas materiales, no se sigue que ésta sea obra suya; pues, como prueba San Agustín (2), no todas las

1 D. Th., III Sent., d. 35, q. 2, a. 2, q. 1.
2 D. Aug., De Trinit., l. 3.º, c. 7.

cosas que el demonio puede obrar por razón de su naturaleza, le son permitidas; ni él puede hacer nada en sus obras injustas, sino en cuanto Dios justamente se lo permite, o para pena de los malos o en alabanza de los buenos. Asentada, pues, esta verdad, queda excluído el poder del demonio de estas apariciones; pues no hay razón de permitírselas Dios para castigo de males, como cuando permite al demonio que se trasfigure en ángel de luz para engaño y castigo de los soberbios, porque la soberbia merece ser engañada; ni tampoco para alabanza de los buenos; pues no acostumbra Dios hacer a los demonios ministros de cosas milagrosas, para alabanza y gloria de sus Santos, sino a los buenos ángeles. Y si el demonio tuviera parte en esto, no permitiera Dios que se encubriera a tantas y tan apretadas diligencias como ministros tan graves de su Iglesia hicieron, según veremos adelante, para reconocer este misterio, precediendo tantas oraciones y sacrificios para alcanzar en su juicio luz divina; ni consintiera que tantos siervos suyos, que sólo desean su gloria, padecieran engaño en cosa tan grave, como declarar por milagro de Dios una obra del demonio.

El mismo argumento podemos hacer de los milagros que ha obrado Nuestro Señor, por médio de algunas estampas, donde están las imágenes de estas apariciones; de los cuales referiré brevemente sólo dos, el uno de los que vienen probados en las informaciones que se hicieron en Jaén, y el otro de que yo mismo fuí testigo.

Estaba en Jaén mala y muy afligida doña María de la Fuente, de un dolor muy intenso de cabeza y un ruido tan grande en ella, que unas veces le parecía que le sonaban flautas, y otras ríos, y el ruido y dolor ordinario nunca le faltaba, ni la dejaba reposar de día ni de noche, sin aprovecharle ninguna medicina ni remedio. Compadecidas de ella nuestras monjas de aquella ciudad, le enviaron una estampa de San Juan de la Cruz, en que estaban las apariciones ya referidas de Medina, para que se la pusiese sobre la cabeza. Y estando ella padeciendo actualmente este dolor y ruido, se puso esta estampa sobre la cabeza, y al mismo instante se le quitó así lo uno, como lo otro, y se sintió del todo buena y sana;

y con ser mujer de ochenta años y enferma de la cabeza, nunca más tuvo mal en ella.

El segundo milagro fué en la ciudad de Guadalajara, el año pasado de 1623. Estaba allí mala María de Jesús, monja nuestra, de un garrotillo con tercianas dobles de grandes crecimientos, y mandóme la obediencia que fuese a darle los sacramentos desde Alcalá, y a disponerla para morir, porque estaba peligrosa. Halléla desahuciada de los médicos, porque demás de la enfermedad principal, tenía tan gran apretura de garganta y pecho, que había tres días que no podía pasar ni aun un trago de agua, por tener cerradas las vías por donde pasa el sustento desde la garganta al estómago; y así, aunque alguna vez pasaba con mucho trabajo algún trago de sustancia, de la garganta lo volvía a lanzar luego, por estar cerrado el paso en lo demás del camino. Estaba la enferma muy afligida, no tanto del peligro de la muerte, cuanto de no poder comulgar por este impedimento, y las monjas lo estaban por entrambas cosas, y deseando consolarlas, pedí que me trajesen alguna reliquia de San Juan de la Cruz, y no se halló otra cosa, sino una estampa suya de estas apariciones de Medina. Pusiéronsela sobre la garganta, por encima de las tocas, y todos los que allí nos hallamos, pedimos a Dios, por intercesión de su siervo, que le quitase aquel impedimento, para que pudiese comulgar la enferma. Y luego hice que le trajesen algo que comiese y trajeron un bizcocho, y no habiendo podido tragar, un instante antes, un trago de agua, pudo comer del bizcocho sin dificultad, y el primer bocado sintió que le iba abriendo el camino hasta el estómago, y quedó este impedimento quitado del todo, de manera que pudo comulgar por viático, y después comer, y se reparó de la enfermedad. Los cuales milagros no hiciera Dios, si este misterio no fuera obra suya.

Asimismo, el reino de los demonios no está dividido para sus malas obras, antes se aúnan en ellas, para contradecir las obras de Dios y dañar a sus criaturas, como lo significó Cristo Nuestro Señor, cuando curó aquel endemoniado; ni en las cosas con que procuran nuestro daño son contrarios a sí mismos, como lo fueran si estas apariciones procedieran de obra suya. Porque es muy ajeno de su intento querer honrar y

engrandecer la memoria y santidad de uno de los mayores enemigos que ellos han tenido; pues tantas veces, como en otra parte vimos, les han hecho confesar, con la fuerza de los conjuros de la Iglesia, que después de San Basilio no han tenido mayor perseguidor de sus engaños, que nuestro Santo Padre. Y es tan cierto que no le desean esta honra, que antes han procurado por muchos caminos deshacer la estima de estas apariciones milagrosas, y uno de ellos es contrahacer alguna de ellas en otros huesos de Santos, en este mismo tiempo, aunque no pudieron otras, ni tampoco sus efectos: como en tiempo de Moisés, contrahacían, en los profetas falsos de Egipto, algunas de las maravillas de Dios, para engañar a Faraón y a sus idólatras.

Otra probanza muy cierta nos dió el Salvador, para diferenciar la luz de las tinieblas, y las obras de Dios de las del demonio, diciendo que por los frutos de ellas las conoceríamos; porque, como el buen árbol no puede dar mal fruto, así el malo no le puede dar bueno. Y según esta probanza, están muy lejos estas apariciones de tener parte en ellas el demonio; porque son innumerables las personas que con sólo la vista de las imágenes que se aparecen en la carne del Santo, han recibido notable devoción y renovación de espíritu; y personas muy apartadas de Dios y endurecidas en vida estragada, se han compungido y derramado muchas lágrimas de arrepentimiento de sus pecados, con eficaces deseos de convertirse a Dios y caminar a la perfección de la vida cristiana. Los cuales efectos refieren de propia experiencia, en sus declaraciones juradas, muchos de los testigos que se examinaron en los tribunales Eclesiásticos, así en la calificación de este milagro, como en las informaciones para la beatificación de nuestro Santo Padre; y no sólo personas particulares, mas también comunidades enteras de personas religiosas experimentaron estos efectos de devoción interior y renovación de espíritu con la vista de estas imágenes; de lo cual hay en estas informaciones dichos muy notables de la gran eficacia con que estas personas eran movidas a servir a Dios perfectamente.

Se han hecho también por la vista de estas imágenes conversiones muy extraordinarias, y algunas de cuyo remedio estaban ya desahuciados los que las procuraban; de las cuales

referiré sólo una que, como testigo de vista, dice, en su declaración jurada, el doctor Freylas, médico doctísimo de Jaén, de esta manera: «Tenía un vecino de Alcalá la Real una esclava de Berbería, tan empedernida en la secta mahometana, que por muchas diligencias que se habían hecho con ella, para que se volviese cristiana, ninguna había hecho fuerza a su obstinación. Llevaba consigo el doctor Freylas una reliquia de nuestro Santo Padre, en que se veían algunas imágenes, y dándosela a mirar a la mora, dijo: Hay que ver aquí mujer y niño; y en aquel instante fué tan movida, que dijo que quería ser cristiana, y se convirtió a la fe, de que antes abominaba.» Esto dice este testigo.

Y entre estas conversiones pueden entrar las de muchos hombres graves y doctos que, movidos de la razón común, que ya queda tocada, no sólo desestimaban el misterio de estas imágenes, mas también condenaban mucho a los que hacían estima de ellas, y las impugnaban con tan apasionada eficacia, que ya llegaban a decir cosas muy pesadas, y mirando alguna de estas reliquias, para contradecir mejor a los que hacían misterio de ellas, les descubría Dios alguna de estas imágenes, con tal efecto de moción interior, que convencidos de la experiencia a que era cosa milagrosa, obrada por Dios, para manifestación de la santidad de su siervo, se hacían defensores de lo que antes impugnaban.

Finalmente, no es cosa nueva en la Iglesia hacer Dios estas maravillas, y señalar con señales suyas y de su vida y Pasión los cuerpos de sus Santos, a unos en vida, y a otros después de muertos, y estar en ella recibidas por milagros de Dios, hechos en confirmación de la santidad de los así señalados a lo divino: como parece en las llagas de San Francisco y de Santa Catalina de Sena. Y lo que autores graves escriben, que en el corazón del glorioso San Ignacio, mártir, se halló escrito el nombre de Jesús, con letras de oro. Y en el corazón de Santa Clara de Montefalcón, se halló figurada, (y dura hasta hoy día) una figura de Cristo crucificado, con todas las demás insignias de la Pasión (1). Todos los cuales milagros están recibidos y aprobados en la Iglesia.

1 D. Th., opusc. 3.° - D. Antoninus, I p., t. 7, c. 1.

También hace a este propósito lo que escriben los autores (1): que, en la villa de Santarén, en el reino de Portugal, hay una reliquia de un pedacito de carne, que quedó de una Forma consagrada, por particular milagro de Dios; la cual concurren a ver de todo aquel reino, por Pascua de Resurrección, y en ella aparece unas veces Cristo crucificado, otras Cristo azotado a la columna, y otras veces se representa en otras figuras; y unas personas le ven de una manera, y otras de otra, y otras no ven nada; lo cual es muy al propio de nuestro caso. Y esta reliquia fué aprobada por el señor Arzobispo de Lisboa, y declaró por cosa muy milagrosa las apariciones que se veían en aquella reliquia.

CAPITULO XXXVIII

Nuevas apariciones milagrosas en otras reliquias de la carne de San Juan de la Cruz.

Como Nuestro Señor quería publicar este misterio y hacer por él más conocida la santidad de su fidelísimo siervo, se dió prisa a extenderlo; y así no sólo en Medina del Campo, mas también en otras muchas partes, se vieron en este tiempo imágenes suyas, y de su sagrada Madre, y de otros Santos, en reliquias de nuestro Santo Padre, con tan notables y extraordinarias circunstancias, que me obligan a no pasarlas en silencio, particularmente las que se vieron y examinaron en el tribunal eclesiástico de la ciudad de Jaén. Llegó a aquella ciudad, a principio del año 1618, el P. Fr. Juan de Jesús María, Provincial de aquella provincia, con el P. fray Diego de S. Juan, su compañero, y entrambos llevaban la reliquia de San Juan de la Cruz, el uno un huesecito y el otro un poquito de carne, y en estas dos reliquias se vieron allí tantas apariciones milagrosas, que pusieron en admiración no sólo a la gente sencilla y devota, mas también a muchos hombres doctos y bien considerados, y que antes de verlas, estaban opuestos a los que hacían misterio de ellas, y con esta admiración las

1 Bozius, De signis, l. 15. c. 3. s. 59.

refieren en sus declaraciones juradas. De algunas de las cuales haremos aquí memoria para nuestra devoción y doctrina, que de todo tienen.

El P. fray Luis de la Trinidad, conventual de nuestro monasterio de Jaén, vió en una de estas reliquias una imagen de Nuestra Señora, y cerca de ella, algo más bajo, la de un religioso nuestro, que estaba como de rodillas, inclinado delante de ella, y la Virgen extendía los brazos hasta tocar con las manos la cabeza del religioso. Un poco después, el mismo día, solicitado de la admiración, volvió a mirar la misma reliquia, y estándola mirando, vió que se fué formando o relevando un rostro de la Madre de Dios con su corona, el más perfecto y bien acabado que en su vida había visto, de la cual imágen no se mostraba más que el medio cuerpo. Y notó que, siendo la reliquia parda, se mudó, y lo que apareció en ella, era tan blanco como la nieve. El día siguiente, volvió a mirar la misma reliquia, y vió en ella una cruz de color de madera, como la del *Lignum Crucis*, y la misma vió en otras dos o tres ocasiones que miró esta reliquia.

El P. Fr. Cristóbal de Jesús, suprior del mismo convento, vió en esta reliquia un rostro entero de ángel, y junto a él otro medio rostro de otro ángel, que no se descubría del todo. Y estando mirando estos dos rostros, se fué formando en todo aquel espacio que ocupaban, y como saliendo a fuera de hacia lo interior, otro rasgo grande, el cual se formó del todo, y desaparecieron los dos primeros que allí estaban. Este último rostro era hermoso y blanco, y la barba era de un color entre castaño y rojo, como suelen pintar al Salvador. Este rostro dice que le causó cierta admiración devota, fuera del camino ordinario, y que de tal manera se le imprimió en la memoria, que no le puede olvidar. Vió asimismo un «Ecce Homo» y una cruz al modo de la de Calatrava, de la cual el trozo que caía hacia la parte de abajo, se alargó y se hizo un montecito tan formado, que hasta las yerbecitas que se suelen pintar en los tales montes, se veían.

El P. Fr. Juan de la Purificación, prior del mismo convento, vió en una de estas reliquias un viejo venerable, con su barba blanca, larga, y los ojos como centelleando, que le pareció la figura de nuestro Padre el Profeta Elías; otra

vez vió una hermosa imagen del Salvador, y estándola mirando, se formó allí otra de un fraile de nuestra Orden, que juzgó sería de San Juan de la Cruz, y de repente vió que el Salvador le había puesto la mano sobre la cabeza, la cual mano vió muy formada, y distintamente vió los dedos realzados en la misma carne. Otras veces ha visto en la misma reliquia otras apariciones de rostros hermosos, como serafines; otras veces un viejo venerable, y otras una Verónica.

Juan Bautista de Alvarado, vecino de Jaén, vió en una de estas reliquias un Salvador hasta medio cuerpo, su rostro hermoso, con cabellos y barba rubia, de un rubio claro, y estaba echando la bendición con la mano. Pasados algunos días, vió un Cristo crucificado, sólo el cuerpo, sin ver cruz, y mostrábase sólo desde los pechos hasta los pies, los cuales estaban clavados uno sobre otro. Todo el cuerpo estaba del color de un difunto, más claro que lo demás de la reliquia, y desde el pecho arriba (que se entiende cabeza y brazos) estaba cubierto con una nube, sobre la cual vió un querubín, de muy hermoso rostro y cabellos, como de niño natural, y aunque era muy pequeño, estaba muy perfectamente figurado con boca y mejillas rosadas, y sus alas del color de la carne. Después de esto, pasado como medio cuarto de hora, queriéndose certificar más, de lo que había visto, volvió a mirar la misma reliquia, y no vió nada de lo que había visto antes, sino un Padre Carmelita formado hasta los pechos, venerable y calvo, que le pareció sería nuestro Santo Padre, y al lado izquierdo se parecía un querubín, vuelta la cabeza, cara a cara hacia el Santo, como cuando pintan una persona que habla con otra. Todo lo cual dice que le causó notable admiración, y que en distancia tan pequeña se pudiesen ver tantas cosas distintamente.

Juan López de Soria, veinticuatro de Jaén, vió en la una de estas reliquias que el Padre Provincial traía consigo, un medio cuerpo de cintura arriba, de un religioso Carmelita, con su hábito y capa, al modo que suelen pintar a San Juan de la Cruz, y tenía sobre la cabeza diadema de Santo. Vió asimismo una figura de San Juan Bautista, toda entera, con mucha distinción; tenía descubierta parte de las piernas y brazos, y en la mano una vara que no vió en qué se remataba, si

era cruz u otra cosa. Y encarece mucho los grandes efectos que esta vista obró en él de devoción, con renovación de buenos deseos y propósitos.

María de la Trinidad, religiosa del monasterio de nuestras monjas de Jaén, mirando la misma reliquia, vió que de repente se había mudado el color que tenía, y se puso como entre colorada, con unos arreboles tan vivos, que parecía despedían resplandores. Vió asimismo después un «Ecce Homo», coronado de espinas, y este vió muchas veces en diversas ocasiones que llegó a mirar esta reliquia. Vió también la imagen de la limpia Concepción de Nuestra Señora, con una corona rica en la cabeza, y, debajo los pies, la luna, aunque el manto tiraba a blanco. Vió asimismo un rostro muy hermoso del Salvador, y un religioso Carmelita, como suelen pintar al Padre Juan de la Cruz, el cual tenía un Niño Jesús en el brazo izquierdo, y le abrazaba con el derecho, y el Niño llegaba su rostro al del religioso. Vió también un Padre de la Compañía, levantando los ojos al cielo, al modo que pintan a San Francisco Javier. Vió asimismo una Magdalena y una monja de nuestro hábito, puestas las manos, y una Verónica, y debajo de ella un corazón, y otra vez un serafín. Y notó con admiración que la reliquia no tiene aquellas figuras en sí, aunque se ven, sino que parece que salen de ella, y se realzan allí.

Isabel de la Encarnación, priora de nuestras religiosas de Jaén, vió en la misma reliquia, lo primero, que de repente se alteraba y mudaba su color. Vió asimismo en ella, por cinco o seis veces, un «Ecce Homo», coronado de espinas, de juncos marinos verdes, y con gotas de sangre, que parecía le salían de las heridas, y el rostro amancillado, que daba gran compasión. Y en el instante que le vió, parece que le traspasaron el corazón con tan gran compasión y dolor, que no pudo reprimir las lágrimas. Vió también a Nuestra Señora con el Niño Jesús en los brazos, y al Espíritu Santo en forma de paloma, rodeado de resplandores. Vió asimismo a un religioso con el hábito del Carmen y sin capa, y un Niño Jesús, arrimado a su hombro derecho, como echado al desgaire sobre el brazo del religioso, el cual se estaba como riendo con el Niño. Vió también otro religioso Carmelita con un Niño Jesús, desnudito en los brazos, como suelen pintar al

santo Hermano Fr. Francisco del Niño Jesús. Vió asimismo a la Virgen Nuestra Señora, como la pintan para significar su purísima Concepción, y otra vez la vió con el hábito del Carmen. Vió también un San Francisco, con el color blanco del rostro algo encendido, con el cerquillo del cabello rubio, y toda la figura muy devota. Vió asimismo a Santa Catalina, virgen y mártir, muy hermosa, con un serafín al pecho, y al lado la rueda de las navajas. Vió, finalmente, un Padre de la Compañía con el rostro hermoso, y los ojos levantados al cielo, al modo que suelen pintar a San Francisco Javier.

El P. Fr. Martín de la Asunción, religioso de nuestro convento de Jaén, vió en una de estas reliquias un serafín, como de medio relieve, harto hermoso, con corona en la cabeza, y luego vió otro también con corona, y otro sin corona, con sus mejillas muy encendidas. Los dos serafines de las coronas estaban más altos, y el otro sin corona más bajo. Cerca de éste se veía un rostro de un viejo venerable, de barba larga, y le imprimieron en el entendimiento que era nuestro Padre el Profeta Elías. Cerca de él estaba un religioso nuestro, como suelen pintar a nuestro Santo Padre, y después de él, estaba nuestra Madre Santa Teresa, en medio cuerpo, descubierta toda la frente, la cual ceñía luego la toca y velo negro. Miraban estas figuras a las manos de una imagen de la Virgen María, Nuestra Señora, que se mostraba en lo alto hacia la parte izquierda de la reliquia. Lo que la Virgen tenía en las manos, no quiso Nuestro Señor que él lo viese, más de echar de ver que era un bultico muy blanco, y lo que ello era, tenía su asiento sobre la cabeza del serafín que dije arriba no tenía corona, y esto es lo que vió el día primero.

Volviendo el día siguiente a mirar la misma reliquia, vió las dos figuras del santo viejo venerable y de nuestra Madre Santa Teresa, y aparecieron mudadas; porque nuestra Santa Madre estaba primero, y entre ella y el viejo venerable parecía una cruz, tan ancha como larga. Y en el lugar donde en el día pasado había visto a Nuestra Señora, vió este día a San José, que tenía en las manos un Niño Jesús, y estaba como dándole a los que allí se mostraban; y entre el Niño y San José aparecía otra cruz, de la misma manera que la había visto primero.

Todo esto dice que vió, en la forma que está referido, y entre otras cosas que le causaron admiración, fué una el ser el hueso en que vió esto, no capaz de lo que allí se apareció, por ser él muy pequeño, y las cosas que vió muchas y crecidas, y no ser del jaez de las cosas de acá. Porque, siendo él pintor, y labrado mucho de pintura menuda para cosa de «Agnus» joyeles, echó de ver que nada de lo que allí se descubre, es imitable por naturaleza, y así quedó persuadido ser cosa muy celestial y muy divina, y también por la mucha operación que hizo en él de renovación de buenos deseos.

Toda esta aparición que refiere el Padre fray Martín, es historial: lo primero, de la elección que la Virgen hizo de nuestra Santa Madre, y de su muy venerable compañero para piedras fundamentales de esta Reformación de su sagrada Orden, como en su lugar queda tocado; y lo segundo, cómo la misma Virgen María dió, por prenda de amor a la nueva Reforma, al glorioso San José por protector y con el Niño Dios, como ella se lo prometió en una revelación que la Santa refiere en el libro de su Vida (c. 33). Y en otra aparición que vió el mismo doctor Freilas, está significado cómo nuestra Madre Santa Teresa de Jesús dió cuenta a San Juan de la Cruz, su compañero, de esta elección, y cómo él humildemente la aceptó. Lo cual refiere en su declaración jurada de esta manera:

«Otro día, en otra partecita de carne del Santo Padre fray Juan de la Cruz, que tenía el Padre suprior de la ciudad de Jaén, vi clarísimamente un rostro hermoso, con los labios rojos y algo gruesos, la frente ancha, con una toca blanca, que acompañaba al rostro, y sobre esta toca un como velo negro, como lo usan las monjas descalzas Carmelitas. El rostro estaba alegre y muy resplandeciente, y a la parte izquierda tenía una figura blanca, como de paloma. Al lado derecho se parecía un rostro, cuello y cabeza, en forma de fraile, con cerquillo y corona, y señalada la capilla; y parecía tener inclinada la cabeza al rostro de la imagen, que tenía forma de Santa Teresa». Esto dice este testigo, y añade que estas apariciones le dejaron muy movido y edificado con nuevos alientos de servir a Dios, y ser muy devoto del Santo Padre, y que muchas personas que miraban estas imágenes, las vió con los mismos efectos, derramando lágrimas de devoción,

encendidos sus rostros con notables afectos de ternura interior, como a él le sucedía.

Otras apariciones vió el mismo doctor Freilas en la misma reliquia, y una que le admiró mucho, habiendo él sido de los más incrédulos; en la cual se fueron formando una a una cuatro estrellas muy resplandecientes, de las cuales se formó después una cruz, y de la cruz un calvario sobre un peñasco, y debajo del brazo derecho de la cruz del Calvario, estaba nuestro Santo Padre y un Niño junto a él que le llegaba al rostro.

El que más contradecía el misterio de estas apariciones en Jaén, era don Francisco Sarmiento, canónigo de aquella iglesia, y mirando una vez esta misma reliquia, más por curiosidad, que por devoción, vió en ella una imagen de Nuestra Señora, y de allí a un poco volvió a verla, y vió en ella un «Ecce Homo», con un cardenal sangriento, como que vertía sangre en la mejilla derecha. Lo cual le causó tan gran admiración y devoción, con un consuelo interior tan extraordinario, que en más de tres cuartos de hora no dejó la reliquia de la mano, por no perder aquel consuelo. Este «Ecce Homo» con el cardenal sangriento en la mejilla vieron también otras personas, de quienes no hacemos mención, por no alargarnos más en esta materia. Y es muy de notar que todas estas apariciones que se han referido de Jaén, y otras muchas que aquí se pasan en silencio, se vieron al mismo tiempo que en aquel obispado se estaban haciendo las informaciones para la beatificación de nuestro Santo Padre. En lo cual se nos ofrece otro argumento de que son obra de Dios, y no del demonio, según aquello del Salvador: el que hace mal, aborrece la luz y huye de ella, para que no se arguyan sus obras; pero el que hace verdad, viene a la luz, para que sean manifestadas sus obras y se conozcan; y así se hicieron éstas en tiempo que habían luego de ser examinadas y conocidas.

CAPITULO XXXIX

Algunas ponderaciones muy notables, fundadas en la doctrina de San Dionisio, que hombres doctos han hecho sobre estas apariciones milagrosas.

Tratando San Dionisio (1) de las figuras y semejanzas que proceden de la sabiduría divina, significativas de misterios escondidos, dice estas palabras: «No estimamos estas formaciones y figuras aparentes, porque hayan sido formadas para sólo la vista de ellas; sino porque nos son propuestas para significación de secreta e invisible sabiduría. La cual quiere el Señor que se esconda a los imperfectos y se manifieste a los amadores de la santidad, que saben pasar, en bondad de intención y sencillez intelectual, de las figuras materiales a la verdad sencilla y sobrenatural, que sobre ellas está colocada. Porque estas figuras no contienen historia desnuda, sino perfección vital. Pero con todo eso, no habemos de estimar en poco las mismas figuras materiales, ni defraudarlas de su debido honor como semillas y expresiones, y semejanzas manifiestas de visiones secretas y sobrenaturales». Toda esta es doctrina de S. Dionisio, escribiendo a San Tito, su condiscípulo.

Asentado, pues, ya que estas imágenes que se representan en la carne de nuestro Santo Padre, es obra de la sabiduría divina, según tan fuertes argumentos como lo aseguran, habemos de tener por cierto, conforme a esta doctrina de este sumo teólogo, que no son figuras ociosas, sino que cada una de ellas tiene sobre aquella apariencia material que se ve, significación espiritual de misterio secreto, como alma de aquel cuerpo, escondido a la gente ruda e imperfecta, para descubrirla Nuestro Señor, como y cuando quisiere, a los amadores de la santidad, que con intención sencilla miran las obras de Dios y veneran en ellas la profundidad de su sa-

1 D. Dion., Epi. ad Tit.

biduría, y no la quieren medir con su corto y grosero juicio. Y así, haciendo lo que a mi oficio toca (que es referir la historia visible y desnuda de estas apariciones), dejaré la misteriosa, encubierta para estos sabios bien intencionados, a quienes Dios suele manifestarla, como dice este Santo. Sólo referiré algunas ponderaciones y discursos prudentes, que hombres doctos y graves han hecho de estas apariciones misteriosas, sacados de sus declaraciones juradas, como parte también de esta historia.

Después de haber ponderado en su declaración don Pedro Arias de Avila, arcediano de Sepúlveda y canónigo de la catedral de Segovia, la estrecha calificación que el señor obispo de Valladolid hizo de estas apariciones, como veremos luego, dice a nuestro propósito estas palabras: «Habiendo leído las historias de vidas de Santos, en todos los hombres graves que las escriben, tengo este misterio que se vé en la carne del santo Fr. Juan de la Cruz, por una de las cosas más portentosas y extraordinarias que de Santo ninguno hasta ahora he oído, visto, ni leído, de la cual se pueden presumir y entender dos cosas. La primera, que por este medio quiere Dios descubrir al mundo la santidad y raras virtudes de este gran imitador suyo, para que, después de muerto, sea venerado, estimado y conocido por Santo en su misma carne, el que viviendo en ella, quiso, por imitar a Cristo, ser menospreciado, desconocido y tenido en poco de todo el mundo. Porque, así como es traza de Dios y costumbre suya humillar y abatir al que se ensoberbece y engríe por los mismos pasos y medios por donde quiso ensalzarse; así suele también Su Majestad levantar y honrar a los que se humillan y tienen en poco, por los mismos medios por donde ellos pretendieron ser abatidos».

«Lo segundo, porque como el Santo Padre por esta humildad fué tan retirado, que lo que más procuró en vida, fué ser desconocido de los hombres, y por esto fueron pocos los que alcanzaron a conocer cuán heroicamente supo abrazarse con la cruz de Cristo y traer con él crucificada siempre su carne, y de esos los más son muertos, y así no pueden testificar ni deponer de ello; quiere Dios que sean muchos y vivos los que, después de muerto, vean a Cristo crucificado impreso en

la misma carne del Santo, para que por falta de testigos no deje de constar al mundo cuán perpetuo y fiel compañero fué de su cruz mientras vivió, y cuán impreso tenía en su corazón y carne a Cristo crucificado, pues no ha sido poderosa la misma muerte, para borrarle de ella. De manera que no sólo en vida, mas también en muerte, puede este Santo decir lo de San Pablo: Ego enim stigmata Domini Iesu in corpore meo porto. Y finalmente, me persuado que entre otros altos fines que Dios tendrá en obrar este raro prodigio, demás de los dichos, es uno, y que cede en gran alabanza del Santo Padre, que quiera la divina Majestad que la santidad y virtudes de su fidelísimo siervo no se prueben sólo con testigos de la tierra, sino que también los haya del cielo; y ésos sean tan calificados, como el Espíritu Santo y Cristo Nuestro Señor y su Madre, que en su carne se aparecen». Estas y otras palabras de justa estimación dice este testigo, ponderando este misterio.

Otra persona religiosa y muy ejercitada en libros de los Santos y en sus historias, hace otra ponderación de este misterio de esta manera. «Los juicios y caminos de Dios son profundísimos e incomprensibles al discurso humano; pero si la piedad tiene licencia para restrearlos, parece que en estas apariciones quiere Su Majestad significarnos que, habiéndonos dejado el Santo Padre Fr. Juan de la Cruz, por su gran recato, tan poca noticia de los favores que gozaba de Dios y de su Madre en los éxtasis y raptos a que en la contemplación era levantado en espíritu, los veamos como escritos en su carne; y que los misterios sagrados de que él fué singularmente devoto, y se aparecen ahora en ella, los tenía impresos en su espíritu, cuando vivía y gozaba algunas veces de sus originales en la oración, con participación de gloria. Porque en estos raptos de los grandes amadores de Dios, donde son levantados a comunicación divina, no en la imaginación, sino en el espíritu, se les comunican, como declaran los Santos (1), muchos misterios divinos y participan por entonces de la vida celestial y compañía de los ángeles. Lo cual experimentaba también en los suyos la gloriosa virgen

1 D. Th., De veritate, q. 13, a. 2, ad 9.

Santa Teresa de Jesús. Pues como el venerable Padre nos escondió tanto estas noticias de sus excesos de espíritu cuando vivía, nos los manifiesta Nuestro Señor ahora en muerte, representándonos en su carne estas comunicaciones, como entonces estaban en su espíritu.

También la Verónica (que significa los trabajos de la Pasión del Señor), puesta sobre el corazón del venerable Padre, nos está certificando de cuán impresos tenía en él estos trabajos, y cuán inseparable compañía le hacían, con cuán agradecidos afectos los veneraba, y la alta aceptación que Dios tenía de ellos. El Calvario sobre el peñasco (que representa soledad) con la cruz de estrellas sobre él, debajo de la cual estaba el Venerable Padre recibiendo favores del Niño Dios, nos persuade que por aspereza de vida y por soledad abstraída de criaturas, caminó a alcanzar tan alta luz celestial, como tuvo, y a gozar en la oración de comunicación tan familiar de Cristo y de su Madre, como en todas estas apariciones vemos, donde se nos representa, unas veces regalándole el soberano Niño con favores tiernos, y otras veces favoreciéndole la Madre con muestras de aceptación de sus servicios, como poniéndole la mano sobre la cabeza o sobre el hombro, como se ve en las apariciones de Jaén y de Medina.

Asimismo, las que se nos representan en su carne de ángeles y santos (que son muchas), nos están también certificando que les fué muy parecido en las excelencias que tuvieron (pues según la doctrina ya referida de San Dionisio, no están ociosas allí estas figuras), conviene a saber: a los serafines, en el amor de Dios deificado y encendido en que ardía; a su Padre Elías, en ser hijo legítimo de su espíritu y celo, y participante de la dignidad primaria de su Orden en esta Reformación; a San Juan Bautista, en la penitencia y santidad, y en el oficio de Reformador, en nuestro siglo, de la Religión de Elías, como él lo fué de la misma Religión de los siglos antiguos; a San Pedro, en la muerte de cruz, a imitación de su Maestro. A Santa Catalina, virgen y mártir, representada aquí con el serafín en el pecho, en significación de la excelencia de su amor, le fué parecido el Venerable Padre en su blanquísima pureza y en la fineza del amor con que padeció por Dios grandes trabajos. A la gloriosa Santa

Teresa, en su levantado espíritu, en ser como ella maestro ilustradísimo de los grados de contemplación, por donde se sube en esta vida a la perfección cristiana y a la unión del alma con Dios, a que se ordena, como a su fin, toda la vida espiritual; y asimismo le fué parecido en la gloriosa primacía de esta Reformación, como compañero suyo en ella, escogido de Dios para esta dignidad.

Al glorioso Patriarca San Francisco le fué parecido en su pobreza y penitencia, y en tener en su carne las insignias de nuestra redención impresas, como lo estuvieron también en el espíritu. A San Francisco Javier, en sus grandes trabajos por la gloria de Dios y bien de su Iglesia y en el celo de la salvación de las almas, según lo permitía su estado. Al santo Hermano fray Francisco del Niño Jesús, en la gran piedad que ejercitó con los pobres, a lo corporal cuando le fué posible, y a lo espiritual en todo tiempo. De manera que estas milagrosas apariciones son por una parte demostración sobrenatural de la particular aceptación que Dios ha tenido de la devoción con que veneró los misterios de su vida y muerte, y del amor entrañable que a su Madre tuvo, y de los servicios que le hizo. Y por otra, es como una prueba milagrosa de sus esclarecidas virtudes y excelencias, en la cual están como testificando los Santos que allí se aparecen». Todo esto es de esta persona religiosa.

El doctor Alonso de Freilas, graduado por la Universidad de Alcalá y varón eminente en muchas facultades, después de haber visto en la carne de San Juan de la Cruz las apariciones que quedan referidas y otras de que no se hace memoria, quedó tan persuadido que era obra muy milagrosa y de las muy raras de Dios, que en su declaración jurada hizo un largo defensorio de ellas, probando, con fundamentos firmes de la filosofía y teología, que las apariciones que él vió, no podían ser por artificio de perspectiva, ni situación, ni antojo de la imaginativa, ni imprevisión, ni por otra manera en que el demonio pueda tener parte. Y después lo confirma con razones muy eficaces, unas de la piedad cristiana, y otras de cuán ajeno es de los fines que podía tener el demonio en procurar esto, y concluye este defensorio diciendo «que como fué grandísimo milagro de Dios la impresión de las llagas del

seráfico Padre San Francisco permanentes, y del nombre de Jesús en el corazón de San Ignacio, mártir; lo es también que en lo interior de la carne y huesos de nuestro Venerable Padre estén como estampadas y embebidas tantas imágenes y figuras santas de muchos misterios de Dios y de sus Santos, y que las vaya Su Majestad brotando, cuando es servido, como testigos sobrenaturales y abonados de la santidad de este su siervo, de lo mucho que en él se agradó en vida, particularmente por haber sido tan gran amador de su cruz y pasión. Y que a los ejemplos ya referidos se añade en éste otra nueva maravilla: que allí se hizo una vez sola este milagro, y acá se hace muchas veces.»

Otro defensorio, semejante a éste, hizo también en su declaración el doctor Francisco Romero, hombre muy docto de la ciudad de Jaén, después de haber visto, en una de estas reliquias de nuestro Padre San Juan de la Cruz, muchas y muy diferentes apariciones, que causaron en él muy grandes efectos de consuelo muy interior, y renovación de muy buenos deseos y propósitos.

CAPITULO XL

Cómo se calificó el milagro de estas apariciones en el Tribunal Eclesiástico, precediendo en el examen de ellas estrechísimas diligencias.

El año de 1615, hallándose en la villa de Medina del Campo el Padre fray José de Jesús María, General de la Congregación de nuestros Descalzos, quiso ver la reliquia de nuestro Santo Padre puesta entre los dos viriles, que Francisco de Yepes, su hermano, había traído consigo en vida, y la dejó allí a una persona, su bienhechora, de la cual reliquia y de las imágenes que se representaban en ella, hicimos memoria ya en otra parte.

Y mirando el relicario él y su compañero, vieron entrambos unas mismas figuras de la Virgen con el Niño Jesús en los brazos, y nuestro Santo Padre humillado a sus pies; sólo se diferenciaba la postura de San Juan de la Cruz. Porque

su compañero le veía, como los demás, humillado a la Virgen y a su Hijo, y el Padre General no le veía así, sino inclinado hacia sí mismo, como haciéndole reverencia y significando que, como cuando estaba en el destierro había venerado y obedecido tan de corazón a sus superiores, así ahora, aunque le era superior en el estado de vida de la patria, veneraba, con todo eso, en él la dignidad que tenía de Padre y prelado de la Religión que él había profesado en vida mortal, y de cuyos premios gozaba en la de gloria.

Causó esto al Padre General tan gran admiración y devoción que, visitando al señor don Juan Vigil Quiñones, obisde Valladolid (en cuya diócesis cae la villa de Medina del Campo), le refirió las imágenes que se veían en esta pequeña carne de nuestro Santo Padre, con algunas circunstancias de admiración. Y con ser el obispo un hombre muy detenido en estas cosas sobrenaturales, y de notable tibieza en tratar de ellas, le dió esta tan gran devoción, que ocasionó al Padre General a pedirle que hiciese averigüación de estas maravillas, y según lo que averigüase, hiciese la calificación de ellas, pues el Concilio Tridentino le daba autoridad para ello.

Y habiéndolo admitido, y nombrado el Padre General procurador para las diligencias que de parte de la Religión se habían de hacer, el Señor Obispo procedió jurídicamente en la averiguación de la causa, nombrando por fiscal de ella un hombre grave y docto, para que, según derecho, alegase contra lo que de parte de la Religión se pedía se hiciesen las diligencias y autos que para esto convenía. Y para ello mismo nombró un notario, ante quien se hiciesen dichas averiguaciones, y le tomó el juramento de fidelidad acostumbrado.

Y prosiguiendo en la causa, mandó exhibir la reliquia, en que se veían estas apariciones, y depositarla en persona religiosa y muy confidente. Y hecha esta averiguación, que era carne de nuestro glorioso Padre San Juan de la Cruz, la hizo reconocer a muchos cirujanos, y a médicos muy doctos y muy afamados de aquella ciudad, para que declarasen si era verdadera carne humana. Y habiendo ellos hecho todas las diligencias que pedía su arte, y declarado por la parte afirmativa, la hizo también reconocer a muchos plateros y pintores, para lo que tocaba a su arte. Los cuales habiéndola visto y

considerado muy cuidadosamente, declararon debajo de juramento que la dicha reliquia no estaba adornada de algún artificio, color o pintura, con que pudiese formar las dichas figuras.

Todo lo cual, de esta manera asegurado, hizo estrecha información de las imágenes y figuras que se aparecían en la dicha carne de nuestro Santo Padre, y que pintores debajo de juramento de fidelidad las sacasen dibujadas de la manera y con los colores que las veían; y así lo hicieron, dibujándolas en tres óvalos o tarjetas, de que se sacaron después las estampas que andan impresas de estas admirables apariciones de Medina.

Habiendo, pues, el fiscal puesto todas las objecciones que el caso pedía, y hecho sus diligencias en la causa, y el juez dado términos muy suficientes a las partes, para lo que a cada uno convenía, y sustanciado el proceso conforme a derecho, últimamente, para proceder en cosa tan grave con mucho mayor acuerdo y más seguro consejo, hizo muchas juntas de hombres muy gravísimos y muy doctísimos, que entonces se hallaron en aquella ciudad de Valladolid, así de teólogos de los insignes colegios de Santa Cruz y San Gregorio, y de la Santa Iglesia Catedral y Universidad, y de las Religiones, como de juristas, de la Chancillería Real, que allí reside (a cuyas plazas suben por eminencia de letras) y de los catedráticos de la Universidad, y también de la Facultad de medicina los médicos de la cámara de Su Majestad, y otros hombres muy doctos de la ciudad.

Con todos los cuales consultó diversas veces el proceso que sobre esta causa se había hecho, y les pidió su parecer para concluirla. Y habiendo convenido todos que las dichas apariciones eran verdaderas y ciertas y obradas milagrosamente por Dios Nuestro Señor, para mayor demostración de la santidad de San Juan de la Cruz, añadió a estas diligencias humanas las divinas, de oración y sacrificios, pidiendo a la Divina Majestad de Dios Nuestro Señor luz para que acertadamente se determinase en la causa.

Después de todo lo cual, pronunció su sentencia, declarando por muy milagrosas las dichas apariciones, y que todo lo que se ve en la dicha reliquia de imágenes y de muchas

figuras, es cosa sobrenatural, obrada por la mano poderosa de Dios Nuestro Señor y de su Santísima Madre, sobre todo el orden de la naturaleza, en demostración de la santidad de nuestro glorioso Padre San Juan de la Cruz, para fines muy altísimos de la divina Sabiduría que nosotros no alcanzamos.

Y así declarado todo lo dicho, lo dirigió y sujetó a la santidad del Pontífice Paulo V, que entonces ocupaba la silla de San Pedro, como al sumo Pastor y Vicario de Cristo en la tierra, que tiene en ella sus veces, para declarar a su Iglesia los grandes méritos de los Santos, y los que han de ser colocados en el número de ellos.

OMNIA SUB CORRECTIONE SANCTAE ROMANAE ECCLESIAE.

ÍNDICE DE LA OBRA

Págs.

AL LECTOR. VII
Noticia histórica del V. P. José de Jesús María. XIII

LIBRO PRIMERO

Capítulo I.—Santa Teresa y San Juan de la Cruz, elegidos por Dios para dar principio a la Reforma de la Orden del Carmen. . . 1
Capítulo II.—Patria y Padres de San Juan de la Cruz.—Cuán temprano comenzó a ser favorecido de la Virgen. 4
Capítulo III.—Por la devoción que tenía a la Virgen Nuestra Señora, toma el hábito de su Orden.— Buen ejemplo que dió en su noviciado. 8
Capítulo IV.—Estudia en el Colegio de su Orden de Salamanca.—Su ejemplar vida.. 12
Capítulo V.—Primeras disposiciones para fundar Conventos de Descalzos.—Va San Juan de la Cruz a Medina, donde estaba Santa Teresa. 16
Capítulo VI.—Elección que Dios hizo en San Juan de la Cruz para primer descalzo de esta Reformación 20
Capítulo VII.—Medios con que se dispuso San Juan de la Cruz para dar principio acertadamente a la fundación de Religiosos primitivos 24
Capítulo VIII.—Se comienza a tratar de la fundación de los frailes primitivos y se sacan las licencias para ella. 28
Capítulo IX.—De la fundación del Monasterio de Duruelo. . . . 32
Capítulo X.—El Monasterio de Duruelo, planta fundamental del Carmelo renovado. 35
Capítulo XI.—Observancia de la Regla primitiva en Duruelo. . . 40
Capítulo XII.—Va nuestro Señor perfeccionando el espíritu de San Juan de la Cruz y despojándole de las ropas del hombre viejo, para vestirle de sus resplandores. 44
Capítulo XIII.—Algunas mercedes que nuestro Señor le hizo después de este despojo, como disposiciones de la unión divina. . 48
Capítulo XIV.—Cómo fué levantada su alma a la unión divina, y de los incomparables bienes que en ella comunicaba de la suma Bondad.. 52
Capítulo XV.—Dón de sabiduría celestial con que instruía a sus discípulos. 54
Capítulo XVI.—Heroico ejemplo que San Juan de la Cruz daba en Duruelo a los Religiosos en todas las cosas de rigor y observancia primitiva. 59

Págs.

Capítulo XVII.—Fundación de Religiosos de Pastrana y traslación de la de Duruelo a Mancera.—Jornada de San Juan de la Cruz a Pastrana, a dar forma primitiva a aquel noviciado 62
Capítulo XVIII.—Jornada de San Juan de la Cruz a Pastrana a moderar los excesos de fervor que allí había. 67
Capítulo XIX.—Informa en la vida primitiva a nuestros Religiosos del Colegio de Alcalá. 72
Capítulo XX.—San Juan de la Cruz, Confesor de las Monjas de la Encarnación de Avila, a instancia de Santa Teresa. 76
Capítulo XXI.—Caridad del Santo con las Religiosas de la Encarnación para llegarlas a Dios. 80
Capítulo XXII.—Vida ejemplar que hizo en Avila.—Provechos de su comunicación a Religiosas y seglares. 85
Capítulo XXIII.—Ilustraciones y comunicaciones divinas con que el Señor favoreció en este tiempo a San Juan de la Cruz. . . 89
Capítulo XXIV.—Es levantado su espíritu, al modo de los Angeles viadores, a música celestial de la concordancia de las criaturas con su Criador. 93
Capítulo XXV.—De las heroicas virtudes de San Juan de la Cruz y particularmente de su fe. 96
Capítulo XXVI.—Firmeza de la esperanza en San Juan de la Cruz. 101
Capítulo XXVII.—Caridad del Santo. 106
Capítulo XXVIII.—Algunas calidades de perfecta caridad que resplandecieron en el Santo. 111
Capítulo XXIX.—Caridad seráfica de San Juan de la Cruz. . . . 114
Capítulo XXX.—Intensidad de la caridad luminosa de San Juan de la Cruz, que comunicaba algunas veces su resplandor al cuerpo. 119
Capítulo XXXI.—Caridad iluminativa con que. a modo de serafín, iluminaba y encendía a otros en el fuego en que él ardía. . . 123
Capítulo XXXII.—Caridad de San Juan con los prójimos, de que resultaban conversiones muy ejemplares 128
Capítulo XXXIII.—Magisterio espiritual de San Juan de la Cruz. . 132
Capítulo XXXIV.—Dón particular que tuvo para guiar y consolar almas. 136
Capítulo XXXV.—Discreción de espíritus de San Juan de la Cruz. 141
Capítulo XXXVI.—Cómo gobernaba San Juan de la Cruz las almas contemplativas. 146
Capítulo XXXVII.—Otros efectos de la caridad del Santo con que socorría a las necesidades de los prójimos. 152
Capítulo XXXVIII.—Cuán aventajado fué el Santo en la virtud de la religión. 156
Capítulo XXXIX.—Virtud de religión ejercitada por San Juan acerca del misterio de la Santísima Trinidad. 160

Págs.

Capítulo XL.—Entrañable amor que San Juan tuvo a la sagrada Humanidad de Cristo. 162
Capítulo XLI.—Devoción que tuvo al misterio del Santísimo Sacramento del altar, y cuán favorecido fué de Dios por este camino. 165
Capítulo XLII.—Devoción que el Santo tuvo a la Virgen y al misterio de su Inmaculada Concepción. 170
Capítulo XLIII.—Imitación de la Vida de Cristo en la aspereza corporal y negación de espíritu del Santo. 173
Capítulo XLIV.—Abstinencia del Santo 178
Capítulo XLV.—Cómo ordenaba la aspereza corporal a la mortificación espiritual de apetitos y pasiones 181
Capítulo XLVI.—Humildad de San Juan de la Cruz. 185
Capítulo XLVII.—Otros actos ejemplares más comunes de la humildad de San Juan de la Cruz. 189
Capítulo XLVIII.—Ilustrada prudencia de San Juan de la Cruz. . 192
Capítulo XLIX.—Virtud de la justicia y privilegiada inocencia de San Juan de la Cruz 197
Capítulo L.—Perfecta obediencia del Santo a las inspiraciones divinas. 201
Capítulo LI.—Cuán obediente fué a los mandatos de los superiores, aunque, por obedecerlos, aventurase la salud y la vida. . . . 204
Capítulo LII.—Fortaleza con que San Juan, a imitación de Cristo, toleraba por su amor los trabajos 208
Capítulo LIII.—La virtud de la castidad en San Juan de la Cruz. . 213
Capítulo LIV.—Algunas batallas que el Santo tuvo en defensa de la castidad y su gloriosa victoria 218
Capítulo LV.—En vida pegaba castidad con su presencia, y en muerte la conservaba con los medios de su devoción. . . . 222
Capítulo LVI.—Estrecha pobreza de San Juan de la Cruz. . . . 225
Capítulo LVII.—Eminentísima perfección de las virtudes de San Juan de la Cruz, propia de la perfección de la patria.. . . . 229

LIBRO SEGUNDO

Capítulo I.—Algunos sucesos que hubo en este tiempo entre las dos Congregaciones de Calzados y Descalzos de nuestra Orden, que amenazaban a San Juan de la Cruz. 235
Capítulo II.—Junta que se hizo de Descalzos en este tiempo para remedio de los daños que les amenazaban, y tratar de otras cosas convenientes a su Congregación. 238
Capítulo III.—Prisión de San Juan de la Cruz, en Avila, para llevarle a Toledo 242
Capítulo IV.—Diligencias que se hicieron en Toledo con San Juan

Págs.

de la Cruz, para que volviese a calzarse. Por resistirlo, le encarcelan y afligen. 245
Capítulo V.—Algunos trabajos que San Juan de la Cruz padeció en la cárcel. Paciencia con que los llevaba 248
Capítulo VI.—Algunos consuelos espirituales muy extraordinarios, con que el Señor esforzó al Santo en sus trabajos 253
Capítulo VII.—Algunas grandes mercedes que Cristo Nuestro Señor y la Virgen le hicieron en la cárcel. 258
Capítulo VIII.—Da principio en la cárcel a sus tratados místicos, según el conocimiento experimental que sacaba de los efectos que obraba Dios en su alma. 262
Capítulo IX.—Manda la Virgen al Santo que se salga de la cárcel, y le da traza para la salida. 265
Capítulo X.—Salida de la cárcel de San Juan de la Cruz. . . . 268
Capítulo XI.—Lo que le sucedió en Toledo después de la salida de la cárcel hasta que se fué al convento de Almodóvar 272
Capítulo XII.—Elección de San Juan de la Cruz en vicario del monasterio del Calvario.—Reformación que en él hizo. 274
Capítulo XIII.—Heroica y ejemplar vida que San Juan de la Cruz hacía en el monasterio del Calvario. 278
Capítulo XIV.—Trabaja el Santo algunos de los tratados místicos que dejó escritos, y renueva el ejercicio de la contemplación divina 282
Capítulo XV.—Pasa San Juan de la Cruz de un grado de unión divina a otro más estrecho y favorable. 288
Capítulo XVI.—Admirables efectos de perfección y comunicación divina que experimentó San Juan en su alma, después que entró en este estado de unión transformada. 293
Capítulo XVII.—Oráculo divino que tuvo Santa Teresa en favor de los sentimientos primitivos de San Juan de la Cruz. 298
Capítulo XVIII.—Funda San Juan de la Cruz el Colegio de Baeza con pobreza muy ejemplar. 300
Capítulo XIX.—Vida religiosa que San Juan asentó en el Colegio de Baeza, mezclando la de religiosos solitarios con la de mendicantes. 304
Capítulo XX.—Intensos deseos que el Santo tenía de padecer por Cristo. Ensayos de martirio. 310
Capítulo XXI.—San Juan, mártir de penitencia. 314
Capítulo XXII.—Elección de San Juan de la Cruz en prior de Granada. Cuánto favoreció allí la vida primitiva con nuevos ejemplos de su confianza. 318
Capítulo XXIII.—Ejemplar recogimiento que San Juan de la Cruz y sus religiosos guardaron en el monasterio de Granada. . . 322

Págs.

Capítulo XXIV.—Dones del Espíritu Santo y otras gracias singulares de San Juan de la Cruz en este tiempo. 325
Capítulo XXV.—Dón que tuvo de profecía. 328
Capítulo XXVI.—Otros efectos de espíritu de profecía con que ayudaba a las almas San Juan de la Cruz. 331
Capítulo XXVII.—Con el dón de profecía conoce los interiores para la utilidad de las almas que gobernaba. 334
Capítulo XXVIII.—Cuánto aprovechaba a San Juan de la Cruz la luz de profecía para el acertado gobierno de sus súbditos. . . 337
Capítulo XXIX.—Conoce con esta luz de profecía las tentaciones de los que caminaban a dedicarse a Dios, y los socorre en ellas. 340
Capítulo XXX.—Gracia que tuvo San Juan de hacer milagros . . 344
Capítulo XXXI.—Gracia que tenía de expeler demonios de los cuerpos humanos 348
Capítulo XXXII.—Temor que los demonios tenían a San Juan de la Cruz, y señorío que Dios le había dado sobre ellos. 352
Capítulo XXXIII.—Un caso muy notable donde se descubre más el gran dón que tenía para conocer y curar endemoniados. . . 354
Capítulo XXXIV.—Aun después de muerto se conoce la potestad que Dios le ha dado sobre los demonios.—Protector de los fieles contra estos enemigos. 358
Capítulo XXXV.—Obras de piedad que ejercitaba en Granada. Prosigue allí la declaración de sus libros místicos 362

LIBRO TERCERO

Capítulo I.—Marcha San Juan de la Cruz desde Granada al segundo capítulo provincial. Cosas de reformación que en él propuso. 369
Capítulo II.—Acredita nuestro Señor las cosas que San Juan de la Cruz propuso en este capítulo. 373
Capítulo III.—Le hacen Vicario Provincial de Andalucía. Reformación que allí introdujo, y peligros de que le libró la Virgen contra el demonio 377
Capítulo IV.—Cuán favorecido fué en este tiempo con altísimas ilustraciones acerca del misterio de la Santísima Trinidad. . . 383
Capítulo V.—Algunos dones que en este tiempo recibió de las tres Personas Divinas para más alta renovación de su espíritu. . . 387
Capítulo VI.—Elección de nuestro Santo Padre en Definidor primero de la Orden y Vicario del Convento de Segovia 391
Capítulo VII.—Amor que en este tiempo tenía San Juan de la Cruz a los misterios de nuestra Redención 393
Capítulo VIII.—Gran dignidad a que fué levantada su alma, en este tiempo, en estado de perfección. 396

Págs.

Capítulo IX.—Es introducida su alma en la posesión del paraíso interior y del reino de Dios, que allí se goza, a semejanza de Adán en el primer estado. 399
Capítulo X.—Favorables comunicaciones que tenía del Esposo Divino en el paraíso de su alma, donde gozaba de algunos de los privilegios de que gozó Adán en el primer estado 405
Capítulo XI.—Algunas cosas que en este tiempo le sucedieron en Segovia, y una gran merced que nuestro Señor le hizo. . . . 408
Capítulo XII.—Una inquietud que sucedió en nuestra Religión, en este tiempo, de donde se originaron nuevos trabajos a nuestro Santo Padre. 412
Capítulo XIII.—Le previene nuestro Señor para estos nuevos trabajos, y se retira sin oficio al monasterio del Desierto de la Peñuela 415
Capítulo XIV.—Celestial vida que San Juan de la Cruz hacía en el monasterio de la Peñuela. 419
Capítulo XV.—Persecución doméstica que se levantó a San Juan de la Cruz, y enfermedad que le dió en la Peñuela. Le llevan a curar a Ubeda 422
Capítulo XVI.—Se le agrava mucho en Ubeda la enfermedad. Gran paciencia y alegría con que la llevaba. 427
Capítulo XVII.—Otros grandes trabajos que en esta enfermedad padeció 430
Capítulo XVIII.—Providencia con que socorrió nuestro Señor en su enfermedad y trabajo a San Juan de la Cruz. 435
Capítulo XIX.—Enciende más el demonio la persecución doméstica contra San Juan de la Cruz, procurando obscurecer el resplandor de sus virtudes. 439
Capítulo XX.—Aflicción y angustia en que puso esta persecución a los aficionados a nuestro Santo Padre, y la alegre tolerancia con que él la llevaba 444
Capítulo XXI.—Fin que tuvo esta persecución contra San Juan, y cómo fué castigado quien la había movido 447
Capítulo XXII.—Tiene San Juan revelación del día y hora de su muerte y le comunica nuestro Señor el cáliz de su Pasión, para colmo de las mercedes que le había hecho. 450
Capítulo XXIII.—Dichosa muerte de San Juan de la Cruz. . . . 453
Capítulo XXIV.—Cosas maravillosas que sucedieron en la muerte de San Juan de la Cruz. 458
Capítulo XXV.—Enterramiento del cuerpo de San Juan y gran veneración con que le trataban. 463
Capítulo XXVI.—Favorece desde el Cielo San Juan a los bienhechores que dejó en la tierra. 466

Págs.

Capítulo XXVII.—Algunas apariciones milagrosas con que, después de muerto, San Juan de la Cruz consoló a muchas personas sus devotas. 469

Capítulo XXVIII.—Un gran milagro que hizo nuestro Señor en Ubeda, con una reliquia de San Juan, sanando a una doncella tenida por difunta. 473

Capítulo XXIX.—Otro milagro que hizo nuestro Señor con la misma reliquia, dando salud a una señora que todos juzgaban por muerta. 478

Capítulo XXX.—Innumerables curas milagrosas que ha hecho nuestro Señor en diferentes enfermedades por medio de cosas que tocaron al cuerpo de San Juan de la Cruz. 481

Capítulo XXXI.—Es trasladado el cuerpo de San Juan de Ubeda a Segovia. Algunas cosas notables que en esta traslación sucedieron. 485

Capítulo XXXII.—Llega el santo cuerpo a Segovia. Gran devoción y alegría con que es recibido de toda la ciudad. 489

Capítulo XXXIII.—Cómo se colocó el santo cuerpo en un sepulcro bien labrado, y de la suavísima fragancia qne se sintió en su colocación 492

Capítulo XXXIV.—Devoción con que acuden los fieles a visitar el sepulcro de San Juan de la Cruz, y cuánto experimentan su favor. 495

Capítulo XXXV.—Pleitean en Roma las dos ciudades de Ubeda y Segovia el cuerpo de San Juan de la Cruz. Medio que se tomó para concordarlas. 498

Capítulo XXXVI.—Algunas cosas misteriosas sucedidas con una reliquia de San Juan de la Cruz, y cómo se comenzaron a ver las apariciones milagrosas en su carne. 501

Capítulo XXXVII.—Efectos que hace en las almas la vista de estas imágenes. 506

Capítulo XXXVIII.—Nuevas apariciones milagrosas en otras reliquias de la carne de San Juan de la Cruz. 511

Capítulo XXXIX.—Algunas ponderaciones muy notables, fundadas en la doctrina de San Dionisio, que hombres doctos han hecho sobre estas apariciones milagrosas. 518

Capítulo XL.—Cómo se calificó el milagro de estas apariciones en el Tribunal Eclesiástico, precediendo en el examen de ellas estrechísimas diligencias. 523

28373